3 1761 08166216 5

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 169.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

ENERO, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

H62659

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 15
no.169-71

UN DUELO

(NOVELA)

I

Eran las ocho de la mañana, hora en que los oficiales, los empleados y los viajeros, tras una noche cálida en exceso, tenían la costumbre de ir á zambullirse en el mar antes de tomar en el casino su cotidiana taza de café ó de té.

Ivan Andreitch Laievski, rubicundo y delgaducho joven de veintiocho años de edad, con la gorra del Ministerio de Hacienda en la cabeza y calzados los pies con zapatillas, se encontró aquel día en la playa con una porción de caras conocidas, entre las cuales se hallaba la de su amigo, el médico militar Samoilenko.

Con su cabezota recién rapada, su carencia de cuello, su faz roja y con arrugas, engalanada con una colosal nariz, sus cejas negras y espesas y sus patillas grises, su imponente corpulencia y, sobre todo, su vozarrón de bajo, Samoilenko producía á primera vista una impresión poco halagüeña de oficial de cuchara; pero cuando se le volvía á ver dos ó tres veces seguidas, su rostro comenzaba á parecer más agradable, y se concluía por encontrarle extraordinariamente dulce, bueno y hasta hermoso.

A pesar de su aspecto basto y de su voz ruda, era, en efecto, un hombre pacífico, sumamente bueno, plácido y servicial. Tuteaba á todo el mundo en la ciudad, prestaba dinero á quien se lo pidiera, cuidaba á los enfermos, concertaba bodas, reconciliaba á las personas enemistadas y organizaba meriendas, para las cuales asaba las aves y confeccionaba una excelente sopa de pescado; en una palabra, siempre se estaba ocupando en algo y se mostraba constantemente de buen humor. Según opinión de todos, no tenía ningún defecto, y á todo rigor no se le podían censurar sino dos pequeñas debilidades: se esforzaba en ocultar su bondad bajo un aspecto rudo y una mirada severa, y gustaba de que los soldados y los practicantes le llamasen *Vuecencia*, aunque no era más que *consejero de Estado* (1).

—Dime, Alejandro Davidovitch—fueron las primeras palabras de Laievski cuando ambos se encontraron con el agua hasta los hombros,—tengo que hacerte una pregunta. Supongamos que hubieras amado á una mujer y que te la hubieras llevado; has vivido con ella algo más de dos años, y después, como sucede muy á menudo, se concluyó tu amor y comprendes que ha llegado á ser para ti completamente una extraña. ¿Qué harías tú en ese caso?

—Pues muy sencillo. Mi peroración se reduciría á estas palabras: ¡Vete, querida mía, á todos los diablos!

—Eso se dice fácilmente. ¿Pero y si ella no tiene asilo en donde refugiarse? Si es una mujer sola, sin familia, sin dinero, que no sabe trabajar...

---

(1) El título de *Excelencia* no corresponde, en efecto, sino á los tercero y cuarto tchines de la nobleza rusa, es decir, á los *consejeros secretos* y á los *consejeros de Estado actuales*, mientras que Samoilenko, no siendo más que simple *consejero de Estado*, no pertenece sino al sexto tchine, y no tiene derecho, por consiguiente, sino al título de *Grandeza*.

Conviene tener bien presente que estos nombres de *consejeros secretos, consejeros de Estado*, etc., no son más que simples títulos honoríficos, que no implican ninguna función ni tienen en modo alguno el significado que se les da generalmente en los otros países de Europa.

—Pues bien. Se le entrega de una vez 500 rublos ó se le señala una pensión de 25 rublos al mes; no hay nada más que hacer. La cosa es muy sencilla.

—Admitamos que tengas los 500 rublos de un golpe ó los 25 al mes; pero la mujer de que te hablo es inteligente y altiva. ¿Te decidirás á ofrecerle dinero? ¿Y bajo qué forma?

Samoilenko iba á responder cuando una ola grande les cubrió de pronto, corrió hasta la playa y rebotó con estrépito entre las dispersas rocas. Los dos amigos ganaron la orilla y procedieron á vestirse.

—Es, en efecto, bastante difícil vivir con una mujer á la que no se quiere—dijo Samoilenko, sacudiendo la arena de sus zapatos;—pero es preciso, sin embargo, razonar con humanidad, Vania. En cuanto á mí, ocultaría cuidadosamente á la mujer el fin de mi cariño y continuaría viviendo con ella hasta mi muerte.

Pero en seguida se avergonzó de sus palabras, y cambiando de tono, añadió:

—Pero yo jamás tendré ningún asunto con las mujeres. ¡Que se vayan todas al diablo!

Los amigos, una vez vestidos, se dirigieron al casino. Samoilenko estaba allí en su elemento, y hasta tenía un servicio especial para él solo. Todas las mañanas le traían en una bandeja una taza de café, un gran vaso esmerilado con agua y hielo y una copita de cognac. Comenzaba por beber el cognac; tomaba después el café muy caliente, y por último el agua y el hielo, cosa que debía ser excelente, porque después de semejante absorción, sus ojos se ponían lánguidos, *dulzarrones;* se acariciaba lentamente las patillas, y decía contemplando el mar:

—¡Qué hermoso punto de vista!

Tras una larga noche, transcurrida en tristes é inútiles pensamientos que le impedían dormir y aumentaban (así le parecía) el calor y la oscuridad, Laievski se sentía abatido y molesto. No se encontró nada mejor después del baño ni después del café.

—Prosigamos nuestra conversación, Alejandro Davidovitch—dijo;—no te ocultaré, antes bien, te confesaré con toda franqueza, como á un amigo, que la cosa va muy mal con Nadiejda Fedorovna... ¡muy mal! Perdona que te revele así mis secretos; pero tengo necesidad de hablar.

Samoilenko, presintiendo la continuación de la confidencia, bajó los ojos y se puso á hacer que tecleaba en la mesa.

—He vivido dos años con ella y he dejado de amarla—continuó Laievski,—ó más bien he concluído por comprender que el amor no había existido nunca... Estos dos años fueron un error.

Laievski tenía la costumbre al hablar de examinar cuidadosamente las palmas de sus manos, de roerse las uñas ó de arrugarse los puños con los dedos, y no dejaba de hacerlo en aquel momento.

—Sé perfectamente—dijo—que tú no puedes serme de ninguna ayuda, pero te lo cuento, porque, para los hombres gastados é inútiles como nosotros, la salud está en la conversación. Yo debo generalizar cada uno de mis actos, debo encontrar la explicación y la justificación de mi vida inepta en algunas teorías, en tipos de la literatura, en la razón, por ejemplo, de que nosotros los nobles somos degenerados, etc... Así, la noche última, me he consolado al pensar constantemente: ¡ah! ¡qué razón tiene Tolstoi, cuánta razón! Y esta reflexión me ha aliviado mucho. Por lo demás, hermano, ese es un gran escritor.

Samoilenko, que no había leído jamás á Tolstoi, pero que tenía siempre el proyecto de leerle, quedó un poco desconcertado, y dijo:

—Sí, los otros escritores pintan con arreglo á su imaginación, él únicamente copia la naturaleza...

—¡Señor!—exclamó Laievski—¡hasta qué punto estamos gastados por la civilización! Me puse á amar á una mujer casada; ella me amó también... Al principio no hubo más que besos, y tiernos coloquios, y juramentos, y Spencer, y el ideal,

é intereses comunes... ¡Cuánta mentira! Creíamos huir del vacío de nuestra vida intelectual; pero nos engañábamos á nosotros mismos, porque, en realidad, no hacíamos más que huir del marido. Y nuestro porvenir se delineó también: ir al Cáucaso, en donde, mientras transcurriera el tiempo necesario para conocer el lugar y las gentes, tomaría yo un empleo de funcionario; después compraríamos un pedazo de tierra, y trabajando, con el sudor de nuestra frente, cultivaríamos una viña, un campo y lo demás. Si en vez de mí se hubiera tratado de ti mismo ó de tu amigo Von Koren, hubieseis vivido así con Nadiejda Fedorovna por lo menos treinta años, y vuestros descendientes hubieran heredado una rica viña y mil deciatinas (1) de terreno sembradas de maíz; pero yo desfallecí desde el primer día. En la ciudad me abrumaba el fastidio, el calor tórrido, el aislamiento; en cuanto al campo, estaba infestado de escorpiones, de culebras y de animales dañinos, y más allá se extendía el desierto limitado por montañas. Gentes extrañas, una naturaleza extraña, una civilización mezquina, todo esto, hermano, no es tan agradable como pasearse con pelliza por la perspectiva Nevski dando el brazo á Nadiejda Fedorovna y soñando con los países cálidos. Aquí hay que luchar no por la vida, sino por la muerte, y ya ves lo buen guerrero que soy. Un pobre neurasténico, un sér inútil... Desde el primer día comprendí lo vano de mis proyectos de una existencia laboriosa y del cultivo de una viña. En lo que concierne al amor, puedo decirte que vivir con una mujer que ha leído á Spencer y ha venido por uno al fin del mundo, no es más interesante que hacerlo con una Akulina ó una Anfises cualquiera. En ambos casos se huele á tenacillas de rizar el pelo, á polvos de arroz y á medicinas; son los mismos *papillotes* por la mañana, y el mismo engaño.

— No se puede vivir en la intimidad sin tenacillas — dijo Samoileńko, poniéndose colorado al oir hablar á Laievski con

(1) La deciatina vale aproximadamente una hectárea.

tanta libertad de una dama que él conocía.— Observo, Vania, que no estás hoy de buen humor... Nadiejda Fedorovna es una mujer encantadora, instruída, y tú eres un hombre muy inteligente... ¿Por qué no habíais de hacer una buena pareja? Cierto es que no estáis casados—añadió Samoilenko dirigiendo una mirada á las mesas próximas,—pero esto no es culpa vuestra... es preciso permanecer uno libre de prejuicios y mantenerse al nivel de las ideas corrientes... Yo mismo me inclino al matrimonio civil, sí... Pero, en mi opinión, una vez que dos se han unido, es necesario que continúen estándolo hasta la muerte.

—¿Sin amor?

—Déjame explicarte—dijo Samoilenko.—Hace ocho años teníamos aquí como agente un anciano muy inteligente, y he aquí lo que decía: «En la vida de familia la cualidad primordial es la paciencia.» ¿Comprendes, Vania? No el amor, sino la paciencia... El amor no puede durar mucho tiempo. Tú has vivido dos años con el amor, y ahora tu existencia familiar entra en un período en el que, para conservar el equilibrio, debes poner en obra la paciencia...

—El consejo de ese viejo es para mí un absurdo. Puede hacer el hipócrita, ejercitarse en la paciencia y considerar al hombre que no ama como un sujeto necesario para su ejercicio; pero yo no he caído tan bajo todavía; cuando yo quiera ejercitarme en la paciencia, compraré juegos de habilidad ó un caballo difícil, pero dejaré en paz á mi prójimo.

Samoilenko mandó al mozo que trajera vino blanco y hielo. Cuando hubieron vaciado cada uno su vaso, Laievski preguntó de repente:

—¿Quieres decirme lo que es el reblandecimiento del cerebro?

—Es... ¿cómo explicarte?... una enfermedad en la que el cerebelo se pone más blando, como si se licuefara.

—¿Es curable?

—Sí, si la enfermedad es atacada á tiempo... Duchas frías, un vejigatorio... Vamos, á ti te pasa algo por dentro...

—Sí... Ya ves cuál es mi situación. No puedo vivir con ella; es una cosa superior á mis fuerzas. Mientras estoy contigo, tengo filosofía, sonrío; pero en cuanto entro en casa, pierdo el valor. Y llega hasta un punto, que si vinieran á decirme, por ejemplo, que he de vivir todavía un mes con ella, me parece que me alojaría una bala en la cabeza. Y sin embargo, es imposible separarme de ella... ¿En dónde se refugiaría? ¿Adónde iría? No encuentras solución... Pues eso es lo que te pregunto: ¿qué hacer?

—Sí— murmuró Samoilenko, que no sabía qué responder.

—¿Y ella te ama?

—Sí, me ama, porque un hombre es necesario á su edad y á su temperamento. Le sería tan difícil dejarme como dejar sus polvos de arroz y sus rizos. Yo soy para ella una parte integrante de su tocador.

Samoilenko quedó confuso.

—No estás de buen humor hoy, Vania. Tal vez no has dormido.

—¡Oh! he dormido muy mal... En general, hermano, me siento muy molesto... La cabeza está vacía, el corazón agobiado, estoy débil... ¡Necesito huir!

—¿Adónde?

—Hacia allí, hacia el Norte. Hacia los pinos, hacia las setas, hacia el mundo y las ideas... Daría la mitad de mi vida por estar en este momento en el gobierno de Moscú ó en el de Tula, para bañarme en un río, para tener frío, ya ves, para pasearme tranquilamente con un estudiante, aunque fuese el más tonto, y hablar, charlar... ¿Y el buen olor del heno? ¿te acuerdas de él? Y por la noche, cuando uno se pasea por un jardín, oyendo las notas de un piano que salen de la casa; cuando se escucha el paso de un tren...

Laievski sonrió de placer; en sus ojos apuntaron las lágrimas, y á fin de ocultarlas, se volvió hacia una mesa cercana para coger fósforos.

—Hace diez y ocho años que yo no he estado en Rusia —

dijo Samoilenko,—y lo he olvidado todo. Para mí no hay comarca más hermosa que el Cáucaso.

—Vierechtchaguine ha pintado un cuadro en el que se ven unos condenados á muerte languidecer en el fondo de un pozo profundo. Tu soberbio Cáucaso me hace el efecto de ese pozo. Si me propusieran la elección entre el oficio de deshollinador en Petersburgo, ó el de Príncipe aquí, sin más ocupación que la de permanecer tumbado bajo un plátano, contemplando esa idiota y sucia Lesgia, aceptaría el oficio de limpiar chimeneas. ¡Qué estupidez tan grande tu Circasia y sus habitantes!

—No digas eso.

Laievski se quedó pensativo. Samoilenko contempló su cuerpo un poco inclinado, sus ojos fijos en un punto, su rostro pálido y sudoroso y sus sienes hundidas, sus roídas uñas, y la zapatilla que colgaba del talón y disimulaba mal un calcetín remendado, y se sintió lleno de piedad; Laievski le pareció un niño sin defensa, y por asociaciones de ideas le preguntó:

—¿Vive tu madre todavía?

—Sí, pero hemos reñido. No ha querido perdonarme esta alianza.

Samoilenko quería á su amigo. Veía en Laievski un buen muchacho, un estudiante, un hombre casi con el que se podía beber un vaso, reir y hablar agradablemente.

A la verdad, no todo le agradaba en absoluto. Laievski bebía mucho y fuera de sazón, jugaba á las cartas, despreciaba su empleo, vivía de una manera superior á sus fuerzas, empleaba frecuentemente en la conversación expresiones poco cultas, paseaba en zapatillas, y disputaba públicamente con Nadiejda Fedorovna, y todo esto era contrario á Samoilenko. Mas, por otra parte, Laievski había sido de la Facultad de filología, recibía dos gruesas revistas, hablaba á veces de cosas incomprensibles para muchos, vivía con una mujer instruída, y Samoilenko, sin comprenderlo bien todo, estimaba á Laievski y le consideraba como superior á él.

—Un punto más—dijo Laievski meneando la cabeza,—

pero solamente entre nosotros... Mientras yo no se lo diga á Nadiejda Fedorovna, no le hables de ello... Hace tres días que he recibido una carta, anunciándome que su marido ha muerto de un reblandecimiento cerebral.

—¡Que Dios le tenga en la gloria!—exclamó Samoilenko. —¿Por qué se lo ocultas?

—Enseñarle esa carta equivaldría á decir: casémonos por la iglesia. Y yo debo primeramente dilucidar nuestras relaciones. Cuando ella se haya convencido de la imposibilidad en que nos encontramos de vivir juntos, entonces le enseñaré la carta. Porque en ese caso ya no habrá peligro.

—¿Sabes una cosa, Vania? Pues bien, cásate, amigo mío— dijo Samoilenko; y su rostro tomó de pronto una expresión triste y suplicante, como si implorara por su propia cuenta y temiera una negativa.

—¿Y por qué?

—Cumple con tu deber respecto de esa encantadora mujer. Su marido ha muerto y la Providencia te indica así lo que debes hacer.

—Pero comprende que eso es imposible. Casarse sin amor es tan cobarde é indigno de un hombre como, por ejemplo, ayudar á misa si no se tiene fe.

—¡Pero estás ligado!

—¿Por qué, pues?—preguntó Laievski con exasperación.

—Porque se la quitaste á su marido y la tomaste bajo tu responsabilidad.

—Pero te he dicho, sin embargo, en buena lengua rusa que no la amo.

—Pero, á falta de amor, puedes estimarla, hacerla dichosa...

—Estimarla, hacerla dichosa...—dijo Laievski.—No demuestras ser un buen psicólogo ni un buen fisiólogo, si crees que se puede vivir con una mujer sobre la sola base del respeto y de la estimación. La mujer, ante todo, necesita un lecho.

—Vania, Vania...—exclamó Samoilenko confuso.

—Eres un niño grande y un teórico, y yo soy un joven viejo y un hombre práctico, y jamás nos entenderemos. Mejor es cortar este coloquio... ¡Mustafá!—gritó Laievski al mozo,—¿cuánto te debemos?

—No, no...—dijo el doctor cogiendo la mano de Laievski. —Me corresponde pagar. Yo he pedido. Ponlo en mi cuenta—añadió dirigiéndose al mozo.

Los amigos se levantaron y recorrieron en silencio el muelle. A la entrada del bulevar, se detuvieron y se estrecharon la mano.

—Estás demasiado mimado, caballerito—dijo Samoilenko suspirando.—La suerte te ha dado una mujer joven, hermosa, instruída, y la rechazas; ¡y yo me contentaría con una vieja gibosa, pero cariñosa y buena! Viviría con ella en mi viña, y...

Samoilenko, conteniéndose, añadió:

—Con tal de que la bruja esa colocara allí una tetera.

Se separó de Laievski y siguió el bulevar. Cuando paseaba así, majestuoso y aplomado, con el rostro severo, con su guerrera blanca como la nieve y sus botas maravillosamente charoladas, bombeando el pecho en el que lucía la cruz de Vladimiro, se hallaba muy á gusto, y le parecía que todo el mundo le miraba con placer. Sin volver la cabeza, dirigía ojeadas á las aceras y todo lo hallaba de su agrado.

Es extraño que no le guste el Cáucaso á Laievski—pensaba,—es muy extraño.

Un grupo de cinco soldados se cruzó con él y le saludó militarmente. Después se encontró con la mujer de un tchinovnik que iba con su hijo, un colegial.

—Buenos días, María Constantinovna—exclamó Samoilenko con amable sonrisa.—¿Va usted á bañarse?... Muy bien... Expresiones á Nicodemo Alejandrovitch.

Y continuó su camino, sonriendo siempre; pero vió que venía á su encuentro el ayudante Byline, y frunciendo el entrecejo le detuvo para preguntarle:

—¿Hay alguien en el lazareto?

—Nadie, excelencia.

—¿Cómo?

—Nadie, excelencia.

—Muy bien, siga...

Y, contoneándose majestuosamente, se dirigió hacia un kiosko, tras cuyo mostrador estaba sentada una judía vieja y compuesta, que se hacía pasar por georgiana, y le dijo con el mismo tono con que hubiese mandado á un regimiento:

—¡Haga el favor de servirme una limonada!

II

La enemistad de Laievski hacia Nadiejda Fedorovna se traducía de dos maneras, principalmente: todo lo que ella decía ó hacía le parecía una mentira, y todo lo que él leía contra las mujeres y contra el amor le parecía aplicable de una manera maravillosa á su propia situación.

Cuando volvió á su casa, ella estaba sentada cerca de la ventana, y bebía café al mismo tiempo que hojeaba una revista. Laievski se dijo que el acto de tomar café no constituía una ocupación de tanta importancia para merecer una actitud tan preocupada como la que ella mostraba, y que era inútil que se hubiera arreglado un peinado á la moda, por cuanto no tenía nada que pudiese agradar á nadie. Y vió también una mentira en la lectura de la revista; pensó que ella se había arreglado para parecer bonita, y que leía para parecer inteligente.

—¿Sería cosa de que me fuera hoy á bañar?

—¡A mí qué me cuentas! Supongo que porque vayas ó no, no ocurrirá ningún terremoto.

—No, pregunto solamente si le parecerá bien al doctor.

—Pues pregúntaselo á él; yo no soy médico.

Nadiejda Fedorovna disgustaba en esta ocasión á Laievs-

ki más que nunca, porque había dejado al descubierto su blanco cuello y mostraba unos ricitos en la nuca.

Laievski se acordó de que á Ana Karenine (1), cuando dejó de amar á su marido, le chocaron del mismo modo las orejas de aquél, y pensó: «¡Qué exacto es eso! ¡Qué exacto!»

Sintiendo su cabeza débil y como vacía, entró en su gabinete y se tumbó en un diván, después de haberse cubierto la cara con un pañuelo para preservarse de las moscas. Pensamientos molestos é incoherentes se deslizaban penosamente por su cerebro, como un largo convoy en una noche tempestuosa de verano, y no tardó en caer en un estado de sopor.

Le pareció ser culpable para con Nadiejda Fedorovna y su marido, y haber causado la muerte de éste; le pareció también que tenía que responder de sus actos ante su existencia que había malgastado, ante el mundo de las ideas elevadas, del saber y del trabajo; y este mundo maravilloso se presentó á sus ojos como posible y efectivo, no en aquel país en el que vagan turcos hambrientos é indígenas indolentes, sino allí lejos, en el Norte, en el país de la música, del teatro, de los periódicos y de los otros productos de la actividad intelectual. Únicamente allí era posible mostrarse honrado, inteligente, justo y cultivado; esto era imposible en donde se encontraba. Se acusó igualmente de no tener ningún ideal ni idea alguna directora de su vida, aun cuando no comprendiese sino de un modo muy confuso lo que quería decir. Hacía dos años, cuando comenzó á enamorarse de Nadiejda Fedorovna, le pareció que para sustraerse al vacío y á la trivialidad de la vida, debía marcharse con ella al Cáucaso; y ahora estaba convencido de que, para recobrar lo que le faltaba, debía abandonar á aquella mujer y volver á San Petersburgo.

—¡Huir!—murmuró, royéndose las uñas.—¡Escapar!

Y se vió, con la imaginación, sentado en el puente de un vapor, bebiendo cerveza y hablando con señoras. Después en

(1) Heroína de una novela de Tolstoi.

Sebastopol, en donde tomaba el tren y partía. ¡Salve, oh libertad! Las estaciones iban desfilando; la atmósfera se iba haciendo más fría y más dura; veíanse aparecer los pinos y los abetos; se llegaba á Koursk; se llegaba á Moscú. En la fonda de la estación se comía á la europea; en una palabra, ya no se estaba en Asia, sino en Rusia, en la verdadera Rusia. Los viajeros del tren hablaban entre ellos de comercio, de las nuevas cantatrices, de las simpatías franco-rusas; por todas partes apuntaba una vida intelectual, civilizada... ¡más de prisa! ¡más de prisa!... He aquí, por fin, la Nevski, la Bolchaía morskaía y la calle de Kovno, en la que él vivió en otro tiempo con los demás estudiantes; he aquí el cielo gris y suave, la lluvia menuda y fría, los cocheros completamente calados...

—¡Ivan Andreitch!—gritó una voz desde la habitación contigua.—¿Está usted ahí?

—Aquí estoy—contestó Laievsky.—¿Qué desea usted?

—Unos papeles para firmar.

Laievski se levantó perezosamente, un poco aturdido, y bostezando y arrastrando sus zapatillas, pasó á la otra habitación. Junto á la puerta que daba á la calle estaba uno de sus jóvenes colegas, el cual extendía unos papeles timbrados en el reborde de la ventana.

—En seguida, querido—dijo dulcemente Laievski, yendo á buscar un tintero; después, inclinándose en la ventana, firmó los papeles sin leerlos, y añadió:

—¡Qué calor!

—Sí. ¿Vendrá usted hoy?

—No estoy seguro... No me encuentro muy bien. Diga usted, pues, á Chechkovski que iré á verle después de comer.

El tchinovnik salió.

Laievski volvió á tumbarse en el diván y se puso á reflexionar.

—Y es preciso—se dijo—pesar y examinar todas las circunstancias. Antes de marchar de aquí, debo pagar mis deudas, que ascienden á 2.000 rublos, próximamente, y no tengo

dinero... Por lo demás, esto es una cosa poco importante, porque pagaré desde luego una parte, y enviaré lo restante desde Petersburgo... Lo principal es Nadiejda Fedorovna... Ante todo, hay que poner en claro nuestras relaciones... sí.

Tras una pausa, se preguntó si no debía ir á aconsejarse de Samoilenko.

—Puedo ir—se dijo;—¿pero qué provecho sacaría? Le hablaré de nuevo, inútilmente, de asuntos de tocador, de las mujeres, de lo que es y no es honrado. ¿De qué puede servir el discurrir sobre el bien y el mal, si necesito, ante todo, salvar mi vida; si me ahogo en este maldito cautiverio, si me mato?... Es preciso, en resumen, comprender que la prolongación de una existencia como la mía es una cobardía y una crueldad, ante la cual todo lo demás parece dulce y fútil. ¡Oh, huir, huir!—exclamó, sentándose.

La solitaria playa del mar, el calor tórrido y la uniformidad de las montañas de violado tinte, le ponían melancólico, le adormecían y le arrebataban (así le pareció á él) sus facultades. Tal vez era en el fondo inteligente, hombre de talento, sumamente honrado; tal vez también, si las montañas y el mar no le encerraran así por todas partes, se revelaría como un excelente trabajador de la tierra, como un hombre de estado, como un orador, como un publicista ó un héroe, ¡quién sabe! En tales condiciones, en vez de discutir sobre el bien y el mal, sobre la utilidad ó los dones de su sér, ¿no valía más evadirse de la prisión, derribando los muros y burlando á los carceleros? Todo resulta honrado en ciertas circunstancias.

A las dos, Laievski y Nadiejda Fedorovna se sentaron á la mesa para almorzar. Cuando la cocinera les sirvió una sopa de arroz con tomate, Laievski dijo:

—Todos los días es lo mismo. ¿Por qué no hacéis *tchi*?

—No hay coliflor.

—Es extraño. En casa de Samoilenko hacen sopa de legumbres, y también en casa de María Constantinovna; yo soy

el único que he de tragar, quieras que no quieras, esta salsa dulzona. Esto no puede durar, querida mía.

Lo que sucedía aquí, ocurre en la mayor parte de las casas. Laievski y Nadiejda Fedorovna no podían antes terminar una sola comida sin regañar por caprichos ó cosas semejantes; pero desde que Laievski había resuelto poner fin á aquella existencia, se esforzaba en tratar bien á su compañera, la hablaba dulce y cariñosamente, sonreía, la llamaba querida, y terminada la comida la besaba en la frente.

—Esta sopa sabe á regaliz—dijo con una sonrisa y esforzándose en parecer afable; pero no pudo contenerse, y exclamó:

—Nadie en esta casa se ocupa de estos quehaceres... Si continúas enferma ó absorta por tus lecturas, tendré yo que meterme en la cocina.

Ella hubiese respondido en otro tiempo: «Como gustes», ó quizá: «Ya veo que quieres hacer de mí una cocinera»; pero en esta ocasión se contentó con mirarle tímidamente, ruborizándose.

—¿Cómo te sientes hoy?—le preguntó él amablemente.

—No estoy mal hoy; un poco débil.

—Ten cuidado, querida. Siempre tengo miedo por ti.

Nadiejda Fedorovna estaba siempre doliente. Samoilenko decía que lo que padecía era una fiebre intermitente, y la saturaba de quinina; otro doctor, Onstimovitch, hombre alto, delgado y misántropo, que permanecía durante el día en su casa, y se paseaba por la noche á lo largo de la playa con las manos cruzadas detrás de la espalda y el bastón en alto, y que escupía en el agua, pretendía que se trataba de una enfermedad de mujer, y le ordenaba compresas calientes. En la época en que Laievski amaba á su compañera, aquella enfermedad excitaba su compasión y le asustaba; pero ahora no veía en ella sino una mentira.

Como segundo plato le sirvieron espinacas con huevos duros, y á Nadiejda, en su calidad de enferma, una gelatina de leche. Cuando con su rostro preocupado comenzó ella á tomar

indolentemente la gelatina á cucharadas, se apoderó de él repentinamente un odio tal, que el cerebro le dió vueltas. Reconoció, sin embargo, que aquel era un sentimiento que uno procuraría ocultar hasta á un perro; y se enojó, no contra sí mismo, sino contra la joven que despertaba en él semejante animosidad, y entonces comprendió por qué los amantes matan á veces á sus queridas. Ciertamente él no llegaría á matar jamás; pero si alguna vez fuese jurado, absolvería al asesino.

—Gracias, querida mía—dijo, una vez terminada la comida;—y besó á Nadiejda Fedorovna en la frente.

Volvió á su gabinete, se paseó en él durante cinco minutos, mirando de soslayo á sus botas; se sentó después en el diván, las cogió, y murmuró:

—¡Marcharme! ¡Huir! ¡Arreglar nuestras relaciones y huir!

Se tumbó en el diván, y recordó de nuevo que el marido de Nadiejda Fedorovna había muerto, tal vez por culpa suya.

—Hacer á un hombre responsable de lo que ha amado ó dejado de amar, es estúpido—se dijo con convicción, poniéndose las botas.—El amor y el odio no dependen de nosotros. En lo que concierne al marido, tal vez soy yo una causa indirecta de su muerte; ¿pero en qué soy yo responsable si he querido á su mujer y si ella me ha querido á mí?

Se levantó, tomó su gorra y se dirigió hacia la morada de su colega Chechkovski, en donde los tchinovniks se reunían diariamente para jugar á las cartas y beber cerveza fresca.

—Con mis indecisiones me parezco á Hamlet—pensó Laievski mientras marchaba.—¡Qué buen observador era Shakespeare! ¡Qué exacto es eso!

III

Con objeto de aliviar su aburrimiento, y también con el de prestar un servicio á los desgraciados viajeros ó á los recién llegados sin familia, los cuales, á falta de una fonda en la po-

blación no hubiesen encontrado ningún sitio donde comer, el Dr. Samoilenko había organizado en su casa una especie de mesa redonda.

En la época de nuestra relación, no tenía más que dos huéspedes: el joven zoólogo Von Koren, que pasaba el verano á orillas del mar Negro á fin de estudiar la embriología de las medusas, y el diácono Pabiedof, que acababa de salir del Seminario y había sido enviado á aquel punto para desempeñar provisionalmente las funciones de un anciano diácono que estaba enfermo. Pagaban ambos por las dos comidas doce rublos mensuales, y Samoilenko había hecho que le prometieran acudir exactamente á las dos.

Von Koren era el primero que llegaba habitualmente, se sentaba sin decir palabra en el salón, y tomando un álbum de la mesa se ponía á examinar las fotografías de algunos señores desconocidos con sombrero de copa, y de algunas damas ataviadas con pretensiones.

El mismo Samoilenko conocía por su nombre á muy pocos de aquellos personajes, y en cuanto á los otros, se contentaba con decir suspirando: «Era una persona de mucha inteligencia, de mucho ingenio.»

Después de haber pasado revista á todos los retratos, Von Koren cogía de un estante una pistola, y cerrando el ojo izquierdo apuntaba durante mucho tiempo al retrato del Príncipe Voronsof, ó bien se ponía ante el espejo y contemplaba su rostro moreno, su amplia frente y sus cabellos negros rizados como los de un negro; después, su camisa de seda gris y su ancho cinturón de cuero, que reemplazaba al chaleco. Esta autocontemplación le procuraba una satisfacción casi tan grande como el examen de las fotografías ó el de la pistola con que apuntaba. Estaba muy satisfecho de su figura.

Mientras tanto, Samoilenko atendía á los menesteres de la casa; preparaba la ensalada, y cuidaba de que todos los platos estuvieran á punto y bien servidos, regañando constantemente á su asistente.

—Trae el vinagre —decía... — Pero si esto no es vinagre, sino aceite... ¿En qué estás pensando, animal?

—Lo estoy buscando, excelencia—respondía el soldado, intimidado por aquellos gritos.

—¡Aprisa! Está en el armario. Dí á Daría que tenga mucho cuidado con la crema.

Su voz repercutía en toda la casa. Diez ó quince minutos antes de las dos llegaba el diácono; era un joven de veintidós años, delgaducho, imberbe, de cabellos largos y con naciente bozo. Al penetrar en la sala se santiguaba dirigiéndose á las imágenes, y con una sonrisa tendía la mano á Von Koren.

—Buenos días—decía con frialdad el zoólogo;—¿en dónde ha estado usted?

—He estado pescando cerca del embarcadero de los bueyes.

—Veo, diácono, que jamás se ocupará usted de nada serio.

—Pero ¿qué he de hacer?—respondía el diácono sonriendo. —Con eso no hago mal á nadie.

Desde su conversación con Laievski, Samoilenko experimentaba en el fondo de su alma una cierta opresión, á pesar de su excelente disposición de espíritu; compadecía á su amigo y deseaba prestarle ayuda.

Después de sentarse á la mesa con sus pensionistas, exhaló un suspiro y dijo:

—He visto esta mañana á Vania Laievski. Lleva una existencia difícil, no le es muy favorable la parte material de la vida, pero sobre todo, tiene deprimida la parte moral. ¡Pobre muchacho!

—No me inspira ninguna compasión—dijo Von Koren.—Si ese hombre estuviera alguna vez á punto de ahogarse, yo le empujaría con mi bastón diciéndole: ahógate, hermano, ahógate.

—Eso no es verdad. Tú no harías eso.

—¿Por qué no?—dijo el zoólogo encogiéndose de hombros. —Soy tan capaz como tú de ejecutar una buena acción.

—¿Y acaso constituye una buena acción el ahogar á un hombre?—dijo el diácono riendo.

—Cuando se trata de Laievski, sí. Laievski es absolutamente perjudicial, y tan peligroso para la sociedad como el microbio del cólera. Así, pues, el ahogarle es meritorio.

—No te honra el hablar así de tu prójimo—dijo Samoilenko.—¿Por qué le detestas?

—No digas tonterías, doctor. Odiar y despreciar á un microbio sería estúpido; pero considerar como prójimo de uno al primero que llega, es una falta de juicio; es renunciar á todas las relaciones equitativas con las gentes; es, en una palabra, una negligencia penable. Yo considero á Laievski como un mal bicho, no te lo oculto, y me comportaré con él con arreglo á ese principio sin ningún escrúpulo; tú le consideras como tu prójimo, y esto quiere decir que te conduces con él de la misma manera que con el diácono ó conmigo. Tú eres igualmente indiferente con todo el mundo.

—¡Mala persona! Te expresas, Dios me perdone, como...

—A las gentes se las juzga con arreglo á sus actos—añadió Von Koren.—Juzgue usted, diácono. ¿Qué ha hecho Laievski durante los dos años que ha vivido aquí? Contemos por los dedos. Ha enseñado á los habitantes de la población á jugar al vinte; antes este juego era desconocido aquí, y ahora se juega á él desde la mañana hasta media noche, y todo el mundo toma parte, hasta las mujeres y los niños; ha enseñado á estos habitantes á beber cerveza, que era igualmente desconocida aquí hace dos años; le deben también su conocimiento sobre las diversas clases de aguardiente. Además, si antes existía aquí el concubinato, por lo menos era secreto; la adúltera estaba considerada como algo que no puede presentarse ante la vista. Laievski vive aquí en público con una mujer que no es la suya. Yo comprendí á Laievski desde el primer mes de nuestras relaciones. Vinimos aquí al mismo tiempo. Las personas como él gustan de la amistad, de los conocimientos, porque siempre tienen necesidad de compañía para jugar al vinte, para beber y para divertirse; además, como esos hombres son charlatanes, necesitan auditorio. Nos hicimos, pues,

amigos; es decir, que él vino á mi casa todos los días, me impidió trabajar y me contó sus relaciones con su compañera; y desde los primeros tiempos me chocó por una extraña propensión á la mentira, que me causó náuseas. En calidad de amigo le censuré que bebiera tanto, que gastase más de lo que tenía, que no hiciese ni leyera nada, y él se contentaba con sonreir amargamente, suspirar y decir: «Soy un sér inútil; soy un degenerado.» Y á veces se ponía á marearme con un galimatías acerca de filosofías extrañas y acomodaticias. Según él, si los expedientes se eternizan en su oficina, si se emborracha y acostumbra á los demás á emborracharse, no es culpa suya, sino la de ciertos personajes que han creado el tipo del hombre inútil y degenerado...

—¡Cállate!—exclamó Samoilenko interrumpiéndole.—No permitiré que en mi presencia se hable de esa manera de un hombre muy estimable.

—No me interrumpas—replicó fríamente Von Koren,—voy á terminar. Créame usted, diácono, que Laievski habla de degeneración y de abulías para ocultar sus vicios y su mala índole. Es sencillamente un hombre dedicado al vino, á las cartas y á las mujeres, porque éstas juegan en él un papel muy importante. Dice que á los trece años estaba ya enamorado; durante su primer año de estudiante vivió con una mujer que ejerció sobre él una influencia saludable y á la cual debe sus conocimientos musicales; en el segundo año sacó una prostituta de una casa pública y la elevó hasta él, es decir, que la hizo su querida; ésta vivió con él durante un semestre, después de lo cual se escapó y volvió á la casa; esta fuga causó á Laievski grandes penas psicológicas; lo sintió tanto que hubo de dejar la Universidad y permanecer dos años en su casa sin trabajar, lo que no le impidió liarse con una viuda, que le aconsejó abandonase la Facultad de Derecho para tomar la de Filología; él escuchó sus consejos. Una vez terminados sus estudios se enamoró perdidamente de su presente... ¿cómo diré?... mujer casada, con la cual se vino al Cáucaso en busca de

ideal. Y uno de estos días dejará de amarla y se volverá á San Petersburgo, siempre en demanda también de algún otro ideal.

—¿Qué sabes tú?—murmuró Samoilenko.

—La mujer desempeña un papel esencial en la vida de todo hombre—dijo el diácono.

—Sin duda, pero hasta cierto punto. Para nosotros la mujer puede ser una madre, una hermana, una esposa, una amiga; mas para Laievski es siempre una amante. Ella, ó más bien su posesión, he aquí el fin y la felicidad de su vida; él está triste ó alegre, aburrido ó divertido á causa de la mujer. Unicamente le agradan los libros y los cuadros en que se trate de una mujer. Nuestra época, según él, es mala y peor que los años 40 y 60 por la sola razón de que nosotros no sabemos entregarnos por completo al éxtasis amoroso de la pasión. Si fuera instruído ó literato, dotaría al mundo de una disertación sobre «la prostitución en el Egipto antiguo» ó sobre «la mujer en el siglo XIII» ó sobre alguna otra cosa parecida. Estos voluptuosos deben tener en el cerebro una excrecencia especial que comprime el cerebelo y domina toda su psicología. Todos sus pensamientos, de cualquiera clase que sean, tienen el mismo objeto. Si te paseas con él por la calle y pasa un asno, se le ocurre preguntar: «¿Qué saldría del coito de una burra y un camello?» ¡Y los sueños! ¿Os ha contado sus sueños? ¡Son magníficos! Sueña que le casan con la luna ó que le llevan al Juzgado, acusado de vivir con una guitarra...

El diácono soltó la carcajada; Samoilenko frunció el entrecejo y quiso permanecer severo, pero no pudo contenerse y se echó á reir.

—Y el caso es que siempre miente—dijo enjugándose las lágrimas.—La verdad es que miente siempre.

IV

El diácono era muy inclinado á la risa y se reía hasta ponerse malo de la menor tontería que escuchaba. Parecía que buscaba la sociedad de las gentes únicamente porque siempre se descubre en ellas un lado risible y porque es muy agradable ponerlas motes. Llamaba á Somoilenko la tarántula, al asistente el gato, y celebraba con grandes carcajadas el que Von Koren denominase á Laievski y á su compañera los macacos.

—Es un sujeto corrompido y pervertido — siguió diciendo el zoólogo mientras el diácono le miraba con atención en espera de nuevos chistes.—Es raro encontrar semejante nulidad. Físicamente es un sér débil, y en cuanto á inteligencia, está al mismo nivel que una vendedora ambulante.

Yo no sé lo que tú quieres exigir de él—dijo Samoilenko mirando al zoólogo, no ya con irritación, pero sí con seriedad. —Es un hombre como todos nosotros, no sin debilidades, pero al nivel de las ideas actuales, que presta sus servicios á su patria...

—¡Sus servicios! ¿Dices que sus servicios? Yo no le veo que sea puntual en su oficina sino el día 20 del mes para cobrar el sueldo; los demás días no hace sino holgar, y todavía parece que hace un favor al Gobierno al dignarse vivir en el Cáucaso. No, Alejandro Davidovitch, no tomes su defensa, porque no serías sincero. Si le quisieras verdaderamente y le considerases como amigo, no te mostrarías tan indiferente para con sus vicios, no se los tolerarías, y para bien suyo tratarías de hacerle menos inofensivo.

—¿De qué manera?

—Difícil es, porque es incorregible; no hay más que una sola manera de conseguirlo: ó de esta (y Von Koren se apretó la garganta con una mano), ó arrojándole al mar. Semejantes

individuos deben ser suprimidos, en interés de la humanidad, sin misericordias.

—¿Qué estás diciendo?—balbuceó Samoilenko levantándose y mirando con estupor el rostro frío y tranquilo del zoólogo.—¿Oye usted, diácono?

—No insistiré en la pena de muerte—dijo Von Koren,—si está probado que es perjudicial; pero hay que buscar otro recurso. Es necesario aniquilar á Laievski; se le puede aislar, despojarle de su personalidad, condenarle á trabajos forzados.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó Samoilenko, aterrorizado.

—En fin, dejemos de hablar de Laievski—replicó el zoólogo.—Acuérdate únicamente de esto, Alejandro Davidovitch: la humanidad primitiva se vió preservada de individuos tales como Laievski, á causa de su lucha constante por la vida y de la selección; pero ahora que esa lucha ha disminuído del mismo modo que la selección, nosotros mismos debemos ocuparnos en la eliminación de los débiles y de los inútiles, pues de otra manera llegarían pronto á ser numerosos, la civilización perecería y la humanidad degeneraría por completo. Y nosotros tendríamos la culpa.

—Si hay que ahogar ó ahorcar—dijo Samoilenko,—en tal caso, al diablo la civilización y la humanidad. Tú eres un hombre muy sabio y muy inteligente; pero los alemanes te han trastornado. Sí, los alemanes.

Desde que volvió de Dorpat, en donde había estudiado la Medicina, Samoilenko había encontrado rara vez á un alemán y jamás había leído un libro de aquel país; pero, según él, todo el mal en política y en ciencia provenía de los alemanes.

Había terminado la comida, y los tres comensales se levantaron y salieron al exterior para tomar el té.

Hacía mucho calor, 35° á la sombra.

Samoilenko no tardó en quedarse dormido beatíficamente. Von Koren y el diácono salieron á la calle.

—¿Va usted á pescar otra vez?—preguntó el zoólogo.

—No, hace mucho calor.

—Venga usted conmigo, me ayudará á embalar y copiará usted algo. Hablaremos de la manera de que se ocupe usted un poco. Hay que trabajar, diácono, es necesario.

—Sus palabras son justas y lógicas, pero mi pereza encuentra una excusa en las circunstancias de mi vida actual. Ya sabe usted que las situaciones mal definidas contribuyen notablemente á hacer apáticas á las gentes. ¿Me han enviado á este lugar por algún tiempo ó para siempre? Dios lo sabe; pero yo vivo en la incertidumbre, y mi mujer languidece y tiene frío en casa de su padre, mientras que el calor me reblandece aquí el cerebro.

—Todas esas cosas son bagatelas—dijo Von Koren;—puede uno acostumbrarse al calor y vivir muy bien sin mujer. Pero no hay que abandonarse; uno debe, por el contrario, someterse á una dura disciplina.

V

Nadiejda Fedorovna experimentó una mañana el deseo de bañarse y se dirigió hacia el mar, seguida de Olga, la cocinera, que llevaba lo necesario para el baño.

En la rada se encontraban dos buques extranjeros con chimeneas blancas, póco airosos, evidentemente buques mercantes...

Algunos hombres, vestidos de dril y con zapatos blancos, estaban en el embarcadero y hablaban en alta voz, en francés, con los marineros de los vapores.

La iglesia de la población lanzó al viento todo el repiqueteo de su campanario.

—Hoy es domingo—pensó Nadiejda Fedorovna con placer.

Se hallaba á gusto y en una excelente disposición de espíritu. Estaba muy bonita, con su traje nuevo y su sombrero de paja. Y se decía que ella era la única mujer hermosa é inteli-

gente de la localidad, y que ella únicamente sabía vestirse con elegancia y gusto por poco dinero. Era indudable que debía agradar á todo el mundo, y los hombres, quieras que no, debían envidiar á Laievski.

Se alegraba de que este último estuviese con ella desde hacía algún tiempo, más frío, más reservado, y en ocasiones grosero ó impertinente. En otro tiempo, las palabras despreciativas de Laievski, sus miradas frías ó extrañamente vagas, la hacían llorar; pero ahora se contentaba con ruborizarse en actitud culpable, y se alegraba de la frialdad de aquél. Se sentía culpable, en efecto, por no haber compartido sus sueños de una vida de trabajo, por los cuales él había abandonado Petersburgo y venido al Cáucaso, y ella estaba persuadida de que Laievski estaba mal con ella por ese motivo.

Además, sin decírselo á él, había hecho ella diferentes adquisiciones, y en la actualidad debía trescientos rublos.

Por último, había recibido ya dos veces en su casa, en ausencia de Laievski, al oficial Kirilline, una vez por la mañana mientras Laievski se bañaba, y otra por la noche mientras aquél jugaba á las cartas. Los días largos, cálidos y aburridos, las noches hermosas y aquella existencia constantemente desocupada, el pensamiento de que ella era hermosa y joven y que su juventud se deslizaba sin provecho, en fin, la compañía de Laievski, inteligente y joven sin duda, pero siempre arrastrando sus zapatillas, royéndose los uñas y caprichoso hasta el extremo, todo esto había contribuído á despertar sus deseos, y como una alucinada, no hacía más que pensar en ello día y noche... Y cuando Kirilline se puso á hacerla la corte, ella no tuvo fuerzas para resistir ni las quiso tener, y se entregó á él.

Por lo demás, ella se decía que aquello no había tenido nada de terrible, porque su alma no había tomado parte. Kirilline se mostró tonto, grosero y poco interesante; sus relaciones no tardaron en romperse, y no hubo consecuencias.

En la playa no había más que una sola caseta para las se-

ñoras. Al entrar en ella la joven, se encontró con María Constantinovna Bitugof, mujer de un empleado, con su hija Katia, de quince años de edad; estaban sentadas en un banco y se desnudaban.

María Constantinovna era una buena mujer, sentimental, delicada y solemne, muy charlatana, con una pronunciación lenta. Había vivido hasta los treinta y dos años como aya, y después se había casado con Bitugof, hombrecillo pacífico y bonachón.

—¡Querida!—dijo solemnemente al ver á Nadiejda Fedorovna.—¡Cómo me alegro de verla! Vamos á bañarnos juntas; será delicioso.

Olga se quitó rápidamente el vestido y la camisa, y se puso en seguida á desnudar á su ama.

—Hoy no hace tanto calor como ayer—dijo Nadiejda Fedorovna;—ayer yo no sé cómo no me he muerto de calor.

—Cierto, querida mía. Yo me ahogaba, me bañé tres veces... Sí, como usted lo oye, tres veces.

Una vez desnuda, Nadiejda Fedorovna experimentó el deseo de volar; y le pareció que si moviese los brazos, volaría infaliblemente.

Observó en seguida que Olga contemplaba con desdén su cuerpo blanco; mujer de soldado y legalmente casada, Olga se consideraba como superior á su ama. Esta comprendió también que María Constantinovna y Katia no la respetaban ni la amaban. Esto le desagradó, y para realzarse en su estimación, dijo:

—Entre nosotros, en San Petersburgo, la vida de campo está ahora en su apogeo. ¡Mi marido y yo tenemos tantos conocimientos! Habrá que tratar de volverse á ver.

—Su marido de usted es ingeniero, según creo—dijo tímidamente María Constantinovna.

—Hablo de Laievski. Tiene muchos amigos. Pero por desgracia, su madre es una aristócrata muy orgullosa, bastante limitada...

Nadiejda Fedorovna no concluyó y se arrojó al mar, seguida de las otras dos mujeres.

—El mundo tiene entre nosotros muchos prejuicios—siguió diciendo Nadiejda Fedorovna,—y no se vive en él tan fácilmente como parece.

María Constantinovna, que había sido aya en casas aristocráticas y conocía así el mundo, respondió:

—¡Oh, sí! Figúrese usted que en casa de los Garantiski había que vestirse para el almuerzo y la comida de tal manera, que además de mis honorarios recibía también un guardarropa completo, como una actriz.

Por la abertura de la puerta que daba al mar se veía á un nadador á cien pasos de la caseta.

—Mamá, es Kostia—dijo Katia.

—¡Ah!—exclamó la madre asustada, y se puso á gritar:—¡Kostia, vuélvete pronto, vuélvete!

Pero el colegial, que tenía catorce años, queriendo demostrar su valentía delante de su madre y de su hermana, se sumergió y reapareció más lejos; pero el cansancio le hizo volver al poco rato.

—¡Cuánto dan que hacer estas criaturas!—dijo María Constantinovna tranquilizada;—siempre está una temiendo que les suceda una desgracia. ¡Ah! Es muy agradable, pero también muy terrible el ser madre. Se tiene miedo de todo.

Nadiejda Fedorovna se puso su sombrero de paja y salió al mar al exterior de la caseta. Nadó unos ocho metros y luego se puso á hacer la plancha. A su lado pasó un bote con la vela desplegada; el hombre que iba al timón la dirigió una larga mirada, y ella experimentó el placer de ser así admirada.

Después del baño las tres mujeres se vistieron y salieron juntas.

—Tengo todos los días un acceso de fiebre, y sin embargo no adelgazo—dijo Nadiejda Fedorovna, pasando su lengua por sus labios, salados por el agua del mar, y respondiendo con una sonrisa á los saludos de las personas que conocía. Añadió:

—He estado siempre bien de carnes, y me parece que ahora estoy mejor que nunca.

María Constantinovna se detuvo ante la puerta de su casa é invitó á la joven á entrar un instante.

—Entre usted, querida—dijo con amable acento, mientras miraba, sin embargo, con ansiedad á Nadiejda Fedorovna, esperando que ésta rehusaría tal vez y continuaría su camino.

Pero Nadiejda Fedorovna aceptó.

—Con mucho gusto. Ya sabe usted lo que me agrada su compañía.

Y entró en la casa.

María Constantinovna la hizo sentar, le ofreció café y bollos de leche, y le enseñó los retratos de sus antiguas alumnas las señoritas Garantiski, ya casadas á la hora actual, así como los diplomas escolares de Katia y Kostia; aquellos diplomas eran muy honrosos; pero á fin de hacerlos valer más, la buena señora hizo observar con un suspiro que los estudios son ahora muy difíciles en los liceos...

Se mostraba muy amable con Nadiejda Fedorovna, y al mismo tiempo la compadecía y sufría al pensar que su presencia podía ejercer una mala influencia sobre la moral de Kostia y de Katia; se alegraba, desde este punto de vista, de la ausencia de su marido Nicodemo Alejandrovitch, porque, según su opinión, todos los hombres gustaban de aquella clase de mujeres.

Mientras hablaba con la joven, María Constantinovna se acordaba de que aquella misma tarde se celebraría una partida de campo y de que Von Koren la había rogado que no hablase á los macacos, es decir, á Laievski y á Nadiejda Fedorovna; pero de repente se hizo traición, se puso como la grana y dijo con embarazo:

—Espero que ustedes vendrán también...

ANTON TCHEKHOF.

(*Se continuará.*)

POETAS AMERICANOS

A UNA MONEDA DE NERÓN

ENCONTRADA EN LAS RUINAS DE ITÁLICA

«Nero Cæsar Augustus.» «Jupiter Custos.»

A D. Gaspar Núñez de Arce.

I

Obscuro artista modeló en tu anverso
Del sexto César el perfil divino,
Y aun en sus toscos rasgos, adivino
El ceño del Señor del universo.

Buitre parece, que el destino adverso
Fijó en la roca del poder latino,
Y que prepara al pueblo de Quirino
Sangrientas pruebas de su amor perverso.

Quizá, pesando su poder, delira
Viendo sumisa al látigo infecundo
La humana grey, que en la abyección espira;

Quizá ensaya su númen iracundo
Para cantar, sobre su griega lira,
La suprema catástrofe del mundo.

II

Cuando este disco se forjó, el tirano
Que en él destaca su soberbio busto,
Sacrificaba á su rencor injusto
Su infausta madre y su inocente hermano.

Y tinta en sangre la apolínea mano,
Bajaba al circo cual gañán robusto,
Y flotaba la púrpura de Augusto
Entre confuso torbellino insano.

Y á la hora de la danza y los festines,
Con antorchas de cuerpos palpitantes
Alumbraba la red de sus jardines,

Ó animaba con gestos delirantes,
Tendido sobre estrado de jazmines,
El lascivo furor de las bacantes.

III

Tal vez, en tanto, agricultor ignoto
Del opulento Betis en la orilla,
Te custodiaba en olorosa arquilla,
Cesárea efigie, con afán devoto.

Y cuando, á impulsos de irritado noto
Temblaban los cimientos de su villa,
Iba á ofrendarte, con piedad sencilla,
Al Dios amigo, como sacro ex-voto.

El bético cultor, en su alquería,
No sabe que el imperio se desploma
Al peso de su propia tiranía.

Y consagra en su altar, nívea paloma,
Al doble Númen en quien él confía:
Jove en los cielos y Nerón en Roma.

ANTE LA ESTATUA DE MARCO AURELIO

A D. Juan Valera.

I

Del Capitolio en la vetusta plaza,
Que el ámbito de Roma señorea,
El magnánimo César gallardea
Con el decoro de su excelsa raza.

Casco no ostenta, escudo ni coraza,
Ni la espada terrífica blandea:
Sereno, tras el choque y la pelea,
Su vasto Imperio con la vista abraza.

Su grave rostro de perfil romano,
Rostro de padre y de monarca, muestra
Las hondas huellas de pensar profundo:

Y refrenando con la izquierda mano
El potente bridón, tiende la diestra
Como amparando con su cetro el mundo.

II

Nativo del recóndito hemisferio,
Do tu águila imperial llegar no pudo,
Yo, viajero errabundo, te saludo,
¡Oh monarca más grande que tu Imperio!

Te admiro, en tu dorado cautiverio
Libre viviendo, de ambición desnudo,
Y en los descansos del combate rudo
La Natura explorando y el misterio;

Te admiro, alzando de Nerón al trono
La Compasión, deidad desconocida
De los fieros repúblicos romanos;

Y exento el pecho de pasión y encono,
Tendiendo al cielo al terminar la vida,
Limpias de mancha, las augustas manos.

III

¡Cuán severa tu suerte y cuán extraña!
Alma benigna, para amar nacida,
Fue un doloroso batallar tu vida
Y tu solio la tienda de campaña.

Tu pensamiento, que en la luz se baña
Por el ático genio difundida,
Vió estallar en tu prole envilecida
Los instintos de indómita alimaña.

A un tiempo contra tí se conjuraron
Tierra y cielo, los hombres, la Natura,
Preludiando el supremo cataclismo:

Las horrendas catástrofes pasaron,
Y tú quedaste, en tu inviolada altura,
Señor del universo y de ti mismo.

IV

De tu existencia el silencioso drama
A través de los siglos se embellece,
Y tu figura pensativa crece
De Roma en el inmenso panorama.

Y el libro de oro que en su rica trama
La noble imagen de tu vida ofrece,
No muere, ni se olvida, ni envejece,
Y aun hoy nos purifica y embalsama.

Sin la soberbia majestad de Augusto,
Ni la arrogancia militar de Mario,
Ni la fiereza de Catón adusto,

Tú imperas de la gloria en el santuario
Y se reflejan en tu faz de justo
Remotos resplandores del Calvario.

AL TEMPLO DE NEPTUNO EN PESTUM

A D. Marcelino Menéndez y Pelayo

Cerca del mar que con amante instinto
Besa el playón do manso se dilata,

Pestum, en triste esquividad recata
Del dorio templo el colosal recinto.

El sol poniente, en arreboles tinto,
Cruza el frontón con líneas de escarlata,
Y parece la inmensa columnata
Legión de atletas, con el arma al cinto.

Vencido el Dios, cayeron los altares,
Y del santuario ante las losas yertas
Ya no resuenan himnos y cantares;

Y á las vislumbres de la tarde inciertas,
Se destacan los frisos seculares
Con la tristeza de las cosas muertas.

LA TUMBA DE CECILIA METELA

A D.ª Emilia Pardo Bazán.

De la Campiña en el silencio augusto
La regia mole funeral se asienta,
Y con festón de flores, ornamenta
La desnudez de su contorno adusto.

Al lado, inclina solitario arbusto
Las puntas de su copa soñolienta,
Y el búfalo de enorme cornamenta
Descansa al pie del túmulo vetusto.

El despojo mortal aquí reposa
De la que, envuelta en los nupciales velos,
Joven y amada, descendió á la fosa;

Y, cual testigo de inmortales duelos,
Sobrevive el sepulcro de una hermosa
A la pompa triunfal de los Metelos.

EN LA VILLA DE ADRIANO

Al Conde de las Navas.

La luna asoma su brillante disco
Ceñido apenas por cendal flotante,
Y prolonga la sombra vacilante
De hosco ciprés y escuálido lentisco.

Aquí, al abrigo de cercano risco
Se alzó otro tiempo fábrica arrogante,
Y en las ruinas del pórtico gigante
Muge hoy la grey en el cerrado aprisco.

Aquí el artista y soñador Adriano,
Del trono sacudiendo el cautiverio,
Gozaba en brazos del amor liviano;

Y, á veces, del boscaje en el misterio,
Contaba atento, con recelo arcano,
Las pulsaciones del dormido Imperio.

EL CÍCLOPE

A José de Lázaro.

En la costa del mar de las Sirenas
Ensaya Polifemo su cicuta,

Mientras su Ninfa lo provoca astuta
Respondiendo con risas á sus penas.

El rojo sol calcina las arenas,
Silba el viento del Cíclope en la gruta,
Y el mar domando su melena hirsuta,
Embriagado de luz, palpita apenas.

El amante pastor diera gustoso
Su inmensa grey, por oprimir la Dea
Sobre su pecho de titán, velloso;

Mas aunque grande su delirio sea,
Siempre huirá del abrazo voluptuoso
La belleza ideal de Galatea.

ULISES

A Emilio Ferrari.

Juguete del rigor de la Fortuna
El padre Ulises al azar navega:
Esquivo el sueño su dulzor le niega
Y el anhelo de Patria lo importuna.

Isla genial, de las Sirenas cuna,
Descubre el héroe en su derrota ciega,
Y oye muelle canción, á usanza griega,
Brotar de los escollos de la duna.

Atado al mástil el astuto aquivo,
Hace que el timonel vire en redondo
Para esquivar el pérfido atractivo;

Y él, con anhelo delirante y hondo,
Ve deslizarse, sobre el mar lascivo,
De las Sirenas el cabello blondo.

LA GRUTA AZUL

(ISLA DE CAPRI)

Al Duque de Rivas.

Del mar siguiendo el armonioso giro,
Rasa el esquife la empinada roca
En donde, aislado en su soberbia loca,
Buscó Tiberio su postrer retiro.

De pronto, hundirse entre las peñas miro
La leve barca por estrecha boca,
Y entro en la gruta, do la luz retoca
Aire y agua con tintas de zafiro.

A este palacio azul de la Alegría
El fantasma imperial, ya decadente,
Para calmar su lasitud venía;

Y al espaciarse en el cerúleo ambiente,
Un rayo de ilusión quizá sentía
Alegrar las arrugas de su frente.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

EL SUPUESTO CASAMIENTO DE ALMANZOR

CON UNA HIJA DE BERMUDO II

NOTA CRÍTICA

El célebre historiador R. Dozy, que tan severo y aun declaradamente hostil se muestra con nuestros cronistas de la Edad Media, suele ceñirse, en cambio, con una docilidad sorprendente á las opiniones y juicios que halla en cualquier compilador árabe; y para sustentarlos y defenderlos apura todo su ingenio, que era grande, y su erudición, que era mucha, aunque la cronología, la lógica y, en fin de todo, la verdad histórica queden á veces en sus manos, harto maltrechas.

No importa que el narrador, confundiendo y tergiversando las circunstancias de lugar, tiempo, persona, ocasión y otras tan esenciales del suceso, lo cuente así desfigurado: unas cuantas notas *aclaratorias* al pie y algunos paréntesis en el texto suavemente colocados, convierten un verdadero despropósito en el más puro y acendrado documento. Y si la conclusión, como formada de aquellas premisas falsas, es opuesta á lo que nuestros viejos cronistas dejaron establecido, tanto peor para ellos; se rechaza su aserción, porque lo otro es la única verdad posible, aun en las cosas que pasaron ante su vista y de las que los autores árabes sólo de oídas han podido tener noticia.

Esto que es ya harto sabido de los inteligentes, y no infrecuente en aquel escritor, por otra parte benemérito, conviene

recordárselo de cuando en cuando á los que ciegamente creen y apadrinan todo lo que Dozy ha escrito sobre nuestra historia. Sin negar ni desconocer los eminentes servicios que ha prestado en esta parte, sobre todo en extraer y aducir textos árabes antes de él ignorados, en cuanto al uso que hace de ellos, á su aplicación crítica y filosófica, creemos que está muy lejos de haber dicho «la última palabra», como algunos pregonan.

Un caso bien patente de la predilección excesiva que Dozy concedía á sus textos árabes nos lo ofrece uno de los capítulos de sus celebradas *Recherches sur l'histoire... de l'Espagne* (1) al reproducir cierto pasaje de la historia universal de Abén-Jaldún.

Fue éste un compilador que escribía en el Cairo por los años de 1392, después de haber estado algún tiempo en Castilla como Embajador, ante el Rey Don Pedro, del granadino Mohamed V. Dozy transcribe el fragmento relativo á la historia de los Reyes cristianos desde la invasión árabe hasta Don Juan I de Castilla; y tal importancia concede á este trozo de solas 25 páginas, que no vacila en afirmar que honra sobremanera á la literatura árabe y que la de los cristianos de la Edad Media no ofrece nada que pueda comparársele (2). Es decir, que la historia del Tudense, las del Arzobispo D. Rodrigo, la *Crónica general,* las *Crónicas* de Alfonso X, de Sancho IV, de Fernando IV, de Alfonso XI y la admirable del Rey Don Pedro, por D. Pero López de Ayala, escrita probablemente antes de 1392, ningún valor tienen al lado del corto capítulo del autor hispano-árabe.

Y sin embargo, son tantos los errores, patrañas y desatinos que hormiguean en esta obra maestra de historia, que el propio Dozy tuvo que ponerle multitud de notas para desmen-

(1) *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age, par R. Dozy, troisième edition.* Leide, 1881; t. 1.°, págs. 89 y siguientes.

(2) Idem, pág. 90.

tirla á cada paso, y aún dice que no le puso más «por no ahogar el texto». Eso sería preciso hacer para rectificar todos los disparates que tal narración contiene y extraer de ella las quince ó veinte especies aprovechables.

En este fragmento, pues, está incluída también la noticia que sirvió á Dozy para hilvanar otro de sus capítulos de las aludidas *Recherches* (1) y asentar de una manera contundente que una hija del Rey de León Bermudo II, llamada Teresa, se había casado con el famoso *hagib* de Hisen II, el invencible Almanzor.

En honor de la verdad, habremos de decir que la leyenda del matrimonio de la Infanta Doña Teresa con un Príncipe musulmán es muy antigua y nacida entre nosotros mismos. Hállase al principio del cronicón latino de D. Pelayo, Obispo de Oviedo, personaje célebre por su credulidad excesiva ó deseo de contar patrañas, como las que aparecen en las interpolaciones del *Cronicón* de Sampiro y en otras obras á él atribuídas.

Sea como quiera, allí está referido el suceso del modo que después repitieron todos los historiadores antes de Dozy; esto es, que el Rey de León Alfonso V, para afianzar las paces con el de Toledo, le concedió en matrimonio á su hermana Teresa. Ésta, que repugnaba tales bodas á causa de la diferencia de religión, al llegar ante su prometido le dijo: *Noli me tangere, quia paganus rex es: si vero me tetigeris, Angelus Domini interficier te.* Pero el toledano *derisit eam et concubuit cum ea semel;* y en el acto, como la Infanta le predijera, se sintió herido de muerte, y aterrorizado, hizo que se volviese la joven á su país con ricos presentes de oro, plata, joyas y preciosos vestidos, con lo que mandó cargar muchos camellos. Teresa tomó en León el hábito de monja y luego en Oviedo, donde falleció, siendo sepultada en el Monasterio de San Pelayo. Tal es la relación del autor ovetense (2). No dice cuándo sucedió el hecho,

(1) Páginas 184 y siguientes en la edición citada.

(2) *España Sagrada*, tomo XIV, pág. 483.

sino que fue después de la muerte de Bermudo II, ni quién era el Rey de Toledo. Pero el Tudense afirma que fue durante la menor edad de Alfonso V, aconsejado por sus tutores, y que el esposo se llamaba Abdalá.

Éste, apodado *Piedra Seca*, era una especie de gobernador de Toledo durante el gobierno de Almanzor; pero que habiéndose rebelado contra él en unión del hijo mayor del propio hagib, fue hecho prisionero y Almanzor le tuvo encadenado hasta su muerte. Entonces logró Abdalá salir de la prisión, y como por el mismo tiempo comenzó la guerra civil entre los árabes y la desmembración del califato, del antiguo gobernador de Toledo, aunque parece probable que tomase el título de Rey, y así lo aseguran nuestros historiadores, los árabes no dicen nada de ello, ni hasta bastantes años después mencionan á Toledo con ocasión de establecerse allí la dinastía de los Aben-Yaich. Lo más probable es que sucumbiese en las primeras contiendas que siguieron á la muerte de los hijos de Almanzor ó antes.

Dozy impugna, á nuestro juicio, victoriosamente la narración del ovetense, fundándose en que el estado de descomposición en que repentinamente cayó el Imperio árabe no obligaba á ningún Monarca cristiano á consentir en la humillación que acusa el hecho referido, y menos con un reyezuelo tan insignificante como Yaich ó Yahya, de quien nada tenía que temer el Rey de León, sino al contrario, aquél de éste, y en que el tal Yahya no murió hasta 1036, y consta que Doña Teresa estaba ya en el convento de León en 1017, lo cual no sería posible á ser ciertos el casamiento y demás circunstancias.

Pero Dozy halla el pasaje de Abén-Jaldún, y entonces, discurriendo que la leyenda de Don Pelayo debe de estar basada en un hecho real, y que el esposo de Doña Teresa fue un Príncipe muy poderoso, un enemigo muy temible para los cristianos, acepta la nueva versión, que es como sigue:

Después de referir Abén-Jaldún otras expediciones del cé-

lebre guerrero, continúa: «Almanzor impuso un tributo á los gallegos, y todos los cristianos reconocieron su autoridad; de suerte que sus Príncipes parecían Gobernadores nombrados por él, á excepción de Bermudo, hijo de Ordoño, y de Menendo González, Conde de Galicia, pues éstos eran más independientes que los otros. Sin embargo, *Bermudo envió en 83 (año 993) su hija á Almanzor, quien la hizo su esclava, aunque más adelante la emancipó y se casó con ella*» (1). No obstante este vínculo, Bermudo *se sublevó de nuevo,* y provocó, según Abén-Jaldún, la famosa expedición á Compostela.

Dozy aceptó enteramente esta versión, añadiendo que lo demás de la leyenda cristiana pudo y debió de haber sucedido; esto es, que muerto Almanzor en 1002, su hijo y sucesor Abdelmelic, llamado Modhaffar, habría devuelto á su hermano Alfonso V, la Infanta Doña Teresa, al ajustarse las paces entre ambos.

Vamos, pues, á demostrar que nada de lo dicho pudo haber sucedido, sirviéndonos de documentos del tiempo que tienen algo mayor fuerza que los delirios de un compilador de fines del siglo XIV.

El Rey Don Bermudo II, hijo de Ordoño III, tuvo dos mujeres legítimas. Llamóse la primera Doña Velasquita, de origen obscuro (2), y con ella estaba casado ya en 981, como consta por una escritura del Monasterio de Samos, alegada

(1) Dozy: *Ob. cit.*, pág. 101.

(2) Sandoval, Yepes y Salazar y Castro la creyeron hija de Ordoño IV *el Malo;* Flórez (*Reinas,* I, 122), guiándose por un pasaje obscuro del Arzobispo D. Rodrigo, la hace hija del Conde de Castilla Garci-Fernández. Pero Risco (*Esp. sag.*, XXXVIII, 17) halló en la iglesia de San Salvador de Deva una inscripción antigua en que se nombra á *Velasquita, regina, prolis Ranimiri.* Risco cree que este Ramiro es el segundo de León, con lo cual vendría á ser Velasquita tía carnal de su marido Bermudo II, razón bastante para que este casamiento hubiese de disolverse, como se verificó en efecto. Pero la razón de tiempos dificulta algo esto, si no admitimos el segundo matrimonio de Ramiro II, que también sostiene Risco.

por Yepes y Flórez (1), en que dice: *Veremundus prolis Ordon. Rex. Velasquita uxor ipsius. Era 1019.* Sin que sepamos la razón con claridad (2) aparece el Rey divorciándose de Velasquita en 987, ó algo después (3), y contrayendo un nuevo matrimonio con Doña Elvira, hija del Conde de Castilla Garci-Fernández, y de su mujer Doña Ava. Consta este segundo matrimonio, por varios privilegios que se continúan hasta después de la muerte del Rey (4).

Consta también que hijos de este segundo casamiento fue-

---

(1) *Reinas*, I, 120.

(2) Si Velasquita era hija de Ramiro II, la razón es evidente; pero entonces no se explica cómo pudo decir el Arzobispo D. Rodrigo que era ilegítimo el segundo matrimonio de Bermudo II.

(3) Risco (*Esp. sagr.*, XXXIV, 297) cita un privilegio de 987 en que al lado del Rey Don Bermudo aparece *la Reina Geloira*, ó sea Elvira, que fue su segunda mujer. Flórez (*Reinas*, I, 120) sostiene que el matrimonio duró hasta 988, apoyándose en otro privilegio, transcrito por Yepes (*Crónica*, V, escrit. 57), de la era MXXVI (año 988), en que se escribe: *Veremundus, nutu Dei, rex, cf. Velasquita, Regina cf.* Pero la razón no es bastante, porque la misma Velasquita, y llamándose expresamente *Reina*, confirma otro privilegio (Morales, *lib.* XVII, *cap.* XXIII) de 996 en que positivamente estaba ya Bermudo II casado con Doña Elvira, quien confirma igualmente el privilegio titulándose *mujer del Rey*. Muchos años después, en 1006, aún seguía Velasquita diciéndose Reina, como se ve en una donación que en dicho año hizo á la iglesia ovetense (*Esp. sagrada*, XXXVIII, 285). Pero esto no obsta para que la fecha de Risco esté equivocada. Es, en efecto, extraño que en el privilegio de 988 que cita Flórez, al paso que se menciona á Velasquita como Reina, no aparezca ya Doña Elvira, como en el de 996; lo es también que en tres privilegios, por lo menos, de 991 (*Esp. sagr.*, XIX, 379; XXXIV, 379 y XL, 150) no mencione el Rey Don Bermudo mujer alguna suya, y sí lo haga en dos, correspondientes al año siguiente (Flórez: *Reinas*, I, 127 y *Esp. sagr.* XXXIV, 301), se la nombra puntualmente. Flórez, á nuestro parecer, muy fundadamente, asegura que este segundo matrimonio de Bermudo II se celebró hacia el mes de Septiembre de 992, en cuyo caso las dificultades propuestas arriba suben de punto.

(4) Son, efecto, bastantes los que Doña Elvira otorgó en la menor edad de su hijo Alfonso V.

ron Alfonso V, Doña Sancha, Doña Elvira y Doña Teresa (1). Esta es la que, según Dozy, se casó en 993 con Almanzor, con las circunstancias que apunta Abén-Jaldún, y algunas del *cronicón* de Don Pelayo. Y como, según la implacable cronología, aunque supongamos primogénita á dicha Doña Teresa, no pudo haber nacido hasta 988, cuando más pronto, resultaría que á los cinco años de edad se hallaba ya dicha señora en estado de compartir el tálamo con el terrible guerrero musulmán. Si queremos suponer que la fecha de Abén-Jaldún está equivocada y que la boda pudo haberse celebrado mucho después, nos hallamos contenidos por la muerte del caudillo sarraceno, ocurrida el 10 de Agosto de 1002, esto es, cuando su mujer presunta tendría poco más de trece años; y por lo tanto, no hubo espacio para que el Hagib, después de tenerla algún tiempo como esclava, la emancipase y se casase con ella.

Por otra parte, la entrega por Bermudo II de su propia hija debía de haberse hecho como prenda de paz y concordia con su enemigo; y por el contrario, vemos que justamente en los últimos años de la vida del Rey leonés menudean las expediciones de Almanzor contra los cristianos, y las catástrofes y derrotas como nunca, después de la conquista, habían experimentado. En 995 (á 25 de Mayo) derrota en la batalla de Langa al Conde Garci-Fernández, le aprisiona mal herido, tanto, que muere á los cinco días de sus heridas. Era el abuelo de la esposa que se le atribuye. En 996 asalta, toma, saquea y destruye á León, la capital del reino, llevándose cautivos muchos de sus habitadores. Poco después arruina de nuevo á Sahagún, se apodera de Zamora y Astorga, las segundas ciu-

(1) De Doña Velasquita sólo parece que tuvo Bermudo á la Infanta Doña Cristina, fundadora del Monasterio de Cornellana, en Asturias. Los del segundo, constan en diversos privilegios que citan Flórez y Risco. Alfonso V parece era el primogénito, si, como asegura Risco, tenía en 999, en que falleció su padre, siete años, y no cinco, como le dan los cronicones é historiadores. Doña Sancha y Doña Elvira fueron probablemente más jóvenes que Doña Teresa, pues se las menciona después que ésta.

dades del reino. Los cristianos tuvieron que refugiarse, como en los tiempos de Pelayo, en las montañas de Asturias, huyendo de aquel azote. En Julio y Agosto de 997 realiza su célebre expedición á Compostela; saquea y destruye la ciudad, y en hombros de sus habitantes hace conducir á la mezquita cordobesa las campanas de la iglesia del Apóstol, donde las coloca para servir de lámparas, hasta que dos siglos y medio más tarde el Rey San Fernando las devuelve á su primitiva iglesia en hombros de cautivos mahometanos. Bermudo II, agobiado por el peso de tantas desdichas, sucumbe tristemente en el mes de Septiembre ú Octubre de 999 (1).

No por eso cesaron las terribles incursiones del árabe: durante una de ellas, y tal vez á consecuencia de un desastre que al fin tuvo que sufrir, aunque los autores enemigos no lo mencionen, le sorprendió la muerte cerca de Medinaceli, donde fue sepultado. No hay, por consiguiente, posibilidad de que el Rey Don Bermudo entregase su hija á aquel verdugo de los cristianos.

Las noticias que poseemos de la tierna Princesa que se dice entregada al harem del viejo y odioso tirano, nos confirman todo lo que llevamos expuesto. Es cierto que Morales, influído por la idea, que aceptó, del matrimonio de Doña Teresa con el Rey de Toledo, creyó haber visto, en un privilegio otorgado por ella y su hermana Doña Sancha, en 1028, á la iglesia de Santiago, que el escriba la había pintado con cetro y corona; pero también lo es que Flórez, que asimismo logró ver dicho privilegio, asegura que no hay tales signos de majestad, sino otros muy diferentes, aunque por lo tosco del dibujo halle á sus ojos disculpa el error de Morales. Éste mismo había, con todo, advertido que en los diferentes documentos que de Doña

(1) Los últimos privilegios suyos que se conocen son del 17 y del 22 de Junio (*Esp. sagr.*, XXXV, 3 y Morales, *lib.* XVII, *cap.* XXVI); pero como su hijo no fue coronado hasta mediados de Octubre (*Esp. sagr.*, XXXVI, *ap.* 2.°), parece lógico suponer que la vida del padre se hubiese prolongado hasta poco antes.

Teresa existen, nunca se había designado con el nombre de Reina, cosa que de fijo no hubiese sucedido á haberlo sido, aunque fuese con un Príncipe sarraceno (1). Doña Teresa fue monja, primero en San Pelayo de León y después en el convento de igual título de Oviedo, donde falleció el 25 de Abril de 1039.

Hasta el epitafio que se le dedicó aleja toda idea de un matrimonio del carácter que suponen Dozy y el *Cronicón* de Don Pelayo, no sólo por el silencio que guarda acerca de tal suceso, sino porque parece indicar que aquella Infanta mantuvo siempre el estado de castidad: *Vitam duxit praeclaram, ut continent norma. Hanc imitare velis si bonus esse cupis* (2).

¿Cómo explicar, pues, la coincidencia del autor árabe y del cristiano en cuanto al fondo del asunto? Nos parece muy sencillo. Abén-Jaldún, que anduvo por Castilla en los años de 1364, oiría contar el hecho en la forma poco más ó menos que lo refiere Don Pelayo; tal vez llegaría á sus manos algún escrito que lo refiriese. Como era hombre curioso y recogía datos para su historia lo conservó; pero, convencido de que tal boda no pudo efectuarse con el despreciable *Piedra Seca*, y menos con el primer Rey de Toledo, después del Califato, y como la cronología no era su fuerte, según acreditan los muchos errores que contiene el fragmento transcrito por Dozy, no vaciló en atribuir esta gloria más al héroe correligionario suyo, á quien adjudica otras igualmente falsas.

Además el error de Abén-Jaldún pudo originarse también de una confusión suya, respecto de otro matrimonio del famoso Abén-Abi-Amir. Apenas hay leyenda que no tenga algún

(1) Son varios los privilegios en que figura el nombre de esta Princesa, desde el de 1017 que citó Morales (*lib.* XVII, *cap.* 38), en que confirma en unión de sus hermanos Alfonso, Sancha y Elvira una donación que hace su madre, hasta el de 1032 (7 kal. Sept.) V. *Esp. Sagr.*, XIX, 394 y 396 y Morales, *lib.* XVII, *caps.* 43 y 44.

(2) El epitafio de Doña Teresa fue publicado diversas veces por Morales (*lib.* XVII, *cap.* 52), Carvallo, G. Dávila, Yepes, Quadrado, Vigil, etc.

fundamento real, por remoto que sea, y así aconteció con la presente; es indiscutible que Almanzor tuvo por esposa ó amante una mujer cristiana, quien le dió un hijo que llegó á sucederle, si bien efímeramente, en el mando en Córdoba.

La historia de los matrimonios é hijos de Almanzor, es aún incompleta. Según las noticias de Dozy, son los siguientes: Un hijo, probablemente el mayor, estaba ya en la juventud en 977 cuando su padre fue nombrado alcaide ó prefecto de Córdoba. Almanzor le hizo matar á correazos en dicho año, por algunas calaveradas, y para mostrar cuán inflexible se proponía ser en el cargo. En 966 le había nacido otro hijo, que llamó Abdalá y á quien hizo también degollar, en 9 de Septiembre de 990, por cierta conspiración en que había entrado con *Piedra Seca,* Gobernador de Toledo.

En 973, é hijo de diferente madre, nació Abdelmelic, el predilecto de Almanzor, y fue más conocido con el nombre de Modaffar. Éste le sucedió en 1902 en el cargo de Gobernador general del califato, ó rey y amo del Imperio musulmán; pero murió prematuramente en 1008.

En 1.° de Enero de 978 contrajo Almanzor otro matrimonio con Asma, hija del valiente General Galib, que fue otra de las víctimas de aquel hombre sanguinario. De esta mujer no parece haber tenido sucesión varonil, pues en tal caso no hubiera sucedido á Modaffar, el más joven de los hijos de Almanzor, llamado Abderramán *Sanchol* ó *Sanchuelo* (1).

Los árabes daban este sobrenombre despreciativo á aquel joven, á quien asesinaron al año escaso de suceder á su hermano, llamándole el nieto de Sancho. La existencia de este hijo y con tal apodo, consta, no sólo en los escritores árabes, sino en los *Anales toledanos* y en el Arzobispo D. Rodrigo. Dozy da por supuesto que la madre de *Sanchol* fue una Princesa

(1) Dozy: *Hist. des musulmans d'Espagne jusqu'a la conquête de l'Andalousie par les Almoravides,* t. III, págs. 158, 161, 209, 218, 236, 240, 268, 269, 277 y 281.

cristiana, fundándose en el pasaje siguiente de Abén-Aljatib: «El jefe de los rumíes de tal modo temía á Almanzor, que aspiró á unir su casa con la suya propia y le ofreció su hija, la cual llegó á ser la mujer predilecta de Almanzor, y sobrepujó á todas sus compañeras *en piedad* y en virtudes» (1). Por una serie de cálculos, no infundados, llega Dozy á la conclusión de que Almanzor celebró su boda con la madre de *Sanchol* en 985; y examinando que Sancho, de los que entonces reinaban en el Norte de España, pudiese tener en 985 una hija casadera, admite que pudieran serlo el Rey de Navarra, Don Sancho II, *Abarca,* ó el Conde de Castilla, D. Sancho García. Pero también aquí la cronología se vuelve, al menos en parte, contra el historiador holandés.

El Conde D. Sancho García, nacido en 972 ó poco antes (2), no pudo, en manera alguna, tener una hija núbil en 785. Sabemos con certeza que el primero de sus hijos conocidos lo fue Doña Mayor ó Elvira, que en el año 1000 se casó con Don Sancho el Mayor, Rey de Navarra. Hasta el de 1002 (tal vez en acción de gracias por la muerte de Almanzor, á la que quizá había cooperado el Conde) no empezó el célebre Monasterio de Oña, para que en él entrase su hija, Santa Tigridia, como lo hizo nueve años más tarde. Más joven todavía era Doña Sancha, que hacia 1016, ó quizá algo después, por ser aún muy jóvenes los esposos, se casó con Ramón Berenguer, *el Curvo,* Conde de Barcelona, que había nacido en 1005. La tercera

(1) *Recherches,* I, 192.

(2) En dicho año de 972 confirma por vez primera privilegios como uno de Cardeña copiado por Berganza (*Antig. de Esp.,* II, 410). Como es sabido, esta clase de confirmaciones eran nominales, pues las hacían los hijos de Reyes y Príncipes cuando aún lloraban en la cuna. Esto se ha comprobado muchas veces, y así resulta en el caso presente de las observaciones que siguen arriba. Dozy supone que pudo haber nacido en 950; pero tal aserción está contradicha por él mismo en el documento que copia en la página 209 de sus *Recherches,* según el cual, D. Sancho murió relativamente joven.

hija del Conde D. Sancho, Doña Urraca Jimena, se casó hacia 1027, y no antes, con Bermudo III de León, que tendría entonces catorce ó quince años. Por último, el heredero del mismo D. Sancho, la víctima de los Velas, el Conde Garci-Sánchez, es sabido que se hallaba en la flor de la juventud (*aetate puer,* dice el epitafio), cuando el *martes 13* (desde entonces se consideran por el vulgo funestos estos días) de 1029 (1) fue traidoramente asesinado en la ciudad de León, ante la vista de su prometida Doña Sancha, después Reina de Castilla.

---

(1) Las fechas del nacimiento y muerte del Conde D. Garci-Sánchez están muy embrolladas en los historiadores; pero pueden señalarse algo aproximadamente. Los *Anales complutenses* (*Esp. sagr.,* XXIII, 312) fijan el nacimiento del Conde D. García en el mes de Noviembre de 1013; y esta fecha aceptaron, entre otros, Morales (XVII, 37), Flórez: (*Reinas,* I, 142), y otros. Pero los *Anales compostelanos* (*Esp. sagr.,* XXIII, 319) dan la fecha de 1009, que fue la que tuvieron por buena Berganza (*Ant. de Esp.,* I, 313) y algún otro; aunque no responde á la tierna edad del joven Conde, en que es constante se hallaba cuando fue asesinado.

Tampoco este suceso está fechado con igualdad por los cronistas é historiadores. Los *Anales complutenses* lo colocan en 1026; los *Compostelanos* y el *Cronicón de Burgos* (*Esp. sagr.,* XXIII, 308), que también los sigue en la data del nacimiento, en 1028. El *Fuero de Sobrarbe,* y tal vez los segundos *Anales toledanos* (añadiendo á éstos una x) fijan la muerte del Conde en 1029. Que esta es la verdadera fecha, resulta de muchas circunstancias: 1.°, que sólo en este año fue *martes* el 13 de Mayo, y por testimonios antiguos aparece cometido el crimen en tal día; 2.°, que reinaba ya en León Bermudo III, y es evidente que su padre Alfonso V no murió hasta después de Junio de 1028 (no 1027, como vienen asegurando muchos historiadores: V. Risco, *Historia de León,* pág. 254); 3.°, porque en los diplomas del año 1030 se llama ya Rey *en Castilla* Don Sancho el Mayor de Navarra (por su mujer). Berganza (*Antig.,* I, 311, y II, 417) cita un privilegio de dicho Don Sancho como Rey en Castilla en 1028 (Septiembre); pero como no lo vió en su original, es claro que en la copia se perdió una unidad al estampar la era MLXVI, debiendo ser la 1067. Flórez (*Reinas,* I, 144), por una obcecación extraña en él, acepta la fecha 1026, sin reparar en que en dicho año aún vivía Alfonso V, á quien él da por fallecido al ocurrir la muerte del Conde y después de fijar la defunción de Don Alfonso en Mayo de 1027. Morales también se inclina al año 1029 (XVII, 45).

Todo esto nos aleja bastante de la fecha de 985; pero tenemos todavía otros datos, algunos suministrados por el mismo Dozy, al reproducir el precioso fragmento de Abén-Hayán (1), en el cual se describe por un coetáneo la persona del Conde D. Sancho en 1016, en la plenitud de la vida, con los cabellos, aunque escasos, que sólo comenzaban á encanecer; en fin, un hombre como de cuarenta á cincuenta años. Consta además que D. Sancho murió prematuramente al año siguiente, en 5 de Febrero de 1017 (2); de modo que todo viene á corroborar la fecha de 972 que hemos asignado al nacimiento de dicho Conde, que así vendría á fallecer de cuarenta y cuatro ó cuarenta y cinco años, y, por tanto, no pudo tener hija casadera en 985.

Respecto de Don Sancho II, *Abarca,* no sucede lo mismo. Nacido en 933, pudo, en efecto, tener una hija ya núbil en 985; pero aquí las dificultades son de otro orden. En primer lugar, el silencio de todos nuestros historiadores sobre el hecho; después, las condiciones especiales del reino de Navarra, que, alejado ya por esta época de los lugares que se disputaban las armas cristianas y mahometanas, sólo como aliado de los castellanos ó leoneses, intervenía en sus diferencias; lo cual hacía que ni los navarros abrigasen muchos temores de los árabes, ni éstos concediesen gran importancia á aquel montañoso y exiguo rincón de la Península. Ni Abén-Aljatib, ni árabe alguno, pudo considerar al Rey de Navarra como «Jefe de los rumíes»; este título únicamente podían concedérselo al Conde de Castilla ó al Rey de León; y ya hemos visto que ni uno ni

(1) *Recherches,* I, 203.

(2) Esta fecha resulta por el epitafio del Conde (*Berganza,* I, 310), el *Cronicón Burg.* (*Esp. sag.,* XXIII, 308), los *Ann. compost.* (íd., 319) y los *Toledanos II* (íd., 384), y se comprueba por los diplomas con su nombre que concluyen en 1.° de Enero de 1017, figurando luego su hijo D. García (*Berganza,* I, 305 y 306; y II, 416). Los *Anales complutenses* dan el año 1021; pero estos anales están casi siempre equivocados por descuido de los copistas.

otro dieron sus hijas al feroz conquistador musulmán. Su hijo *Sanchol* pudo haberlo sido de cualquiera esclava de que se hubiese apoderado en sus correrías. Los árabes tomarían el nombre de Sancho (como después el de Alfonso) en el sentido de su nombre de familia, según su propia costumbre; quizá el recuerdo de aquel ridículo Sancho *el Gordo,* á quien habían visto en Córdoba implorando la curación de su dolencia y socorros para reconquistar el reino, les movió á dar un sobrenombre despreciativo al joven infeliz, á quien, más que otra cosa, arruinó su impuro origen.

Emilio Cotarelo.

LOS MUSEOS DE ARTE EN MADRID

En el tráfago de la vida moderna no hay paréntesis más grato y saludable al espíritu que el que proporciona la visita á un Museo. Dejar el ruido de las calles, el bulle bulle de la gente, que aturde; el ir y venir de tranvías y carruajes, que ensordece; la baraunda de rótulos cuya lectura marea; las molestias de la intemperie, y penetrar en las salas de un Museo, donde, en medio de un silencio casi religioso y un reposo absoluto, en un ambiente tranquilo, es dable contemplar serenamente las obras admirables de la Naturaleza ó del hombre, interrogarlas, mantener con ellas íntimo coloquio, produce una impresión consoladora y vivificante, pues vale tanto como si al sentirnos abrumados por lo efímero, nos asomáramos á la inmortalidad. En los Museos de Arte se disfruta, ante todo, del goce estético que produce la contemplación de la belleza; además se aprecian las costumbres pasadas ó exóticas, se ven representados los hechos históricos, los retratos de los grandes hombres, los tipos, trajes, recuerdos y vistas de ciudades, etc., etc. Fuentes inagotables de enseñanza, no solamente la enseñanza técnica, llamada académica, sino la que insensiblemente se les entra por los ojos á la mayoría de los visitantes, prestándoles segura base de instrucción, ó si se

quiere, de lo que hoy llamamos cultura general, son hoy los Museos, y en particular los de Arte, por aquello de que enseñan deleitando; centros de grandísima utilidad, y obra altamente civilizadora y meritoria fomentarlos, mejorarlos, mantenerlos abiertos á todo el mundo gratuitamente y á las horas más cómodas para el público.

No hay que decir si todo esto es más necesario tratándose de los Museos españoles, cuyos visitantes, si son compatriotas, por lo general se hallan harto necesitados de tales enseñanzas, entre las cuales no es despreciable, por cierto, la que ejerce la belleza por sí misma elevando el espíritu y ejerciendo, por consiguiente, una influencia moralizadora; y si son extranjeros, no debe olvidarse que los Museos es lo primero que visitan, y el Arte lo que vienen á ver en España, puesto que las mejoras de nuestras grandes ciudades, copiadas de las de allende el Pirineo, no pueden asombrarles, y como desconocen el idioma, tampoco pueden disfrutar del teatro. Resulta, pues, que, hasta mirados desde un punto de vista utilitario los Museos, como los monumentos de nuestras ciudades históricas, Toledo, Granada, Sevilla, Burgos, Salamanca, etc., etc., son elementos de riqueza dignos de estimación y conservación, en lo cual deben estar igualmente interesados los gobernantes y las entidades encargadas de secundar su acción respecto de tales centros y restos preciosos.

En Madrid pueden ser visitados hasta una docena de Museos de Arte, pues no solamente deben considerarse como tales el del Prado, los de Arte moderno, Arqueológico, de Reproducciones, Galerías de las Academias de San Fernando y de la Historia, Armería y Caballerizas reales, más las numerosas colecciones, en su mayoría de valor artístico, que tienen expuestas la Biblioteca Nacional y el Archivo histórico, como también el Museo Pedagógico, sino que debe asimismo ser tenido en cuenta que en los Museos militares, cuales son el Naval y el de Artillería, hay algunas cosas de interés desde el punto de vista que señalamos. Existe, pues, en la capital materia abun-

dante para quienes pretendan deleitarse con la contemplación de las producciones del Arte, olvidando por tal medio las preocupaciones serias ó futiles que por lo general amargan la vida.

Veamos si todos los Museos responden por sus riquezas, sus instalaciones, su disposición, etc., á lo que podemos llamar el ideal en la materia, y los medios que convendría emplear para conseguirlo con mayor eficacia. Y téngase en cuenta que, al dejar correr la pluma sobre este asunto, lo hacemos sin querernos acordar de que pertenecemos al personal de los Museos, y que nada absolutamente de cuanto digamos va contra nadie, sino en todo caso contra la indeferencia española; esto es contra un mal de nuestra sociedad, cuyo perfeccionamiento deseamos.

Convendrá precisar ante todo, para que pueda servir de punto de partida, qué debe entenderse por Museo. La definición es obvia: Museo es un centro de enseñanza, pero de enseñanza libre, á diferencia de la Universidad, asequible á todo el mundo, como libro abierto sobre un atril donde pueda leer fácilmente quien se acerque á él; Museo es un centro de enseñanza en el que se exhiben, con arreglo á un orden sistemático de clasificación, los productos de la Naturaleza ó del trabajo humano, en cualquiera de sus manifestaciones. Lo cual quiere decir que, si en un local se reunen objetos de un género ó de otro, y se colocan sin orden alguno, á capricho, como vulgarmente se dice, por buenos y afines que esos objetos sean, aquello no merecerá el nombre de Museo, pudiendo serlo, sin embargo. Lo esencial para una colección, es que un método riguroso de clasificación venga á formar de aquel conjunto de objetos distintos un organismo bastantante armónico y homogéneo, para dar vida al cuerpo de doctrina que fácilmente debe apreciar el público al seguir en los ejemplares expuestos el desarrollo ó evolución de una tendencia ó una fuerza creadora cualquiera que determine un período histórico, un estilo ó una personalidad artística. Tal es la elocuencia muda que

deben tener en los Museos las colecciones y los ejemplares antedichos.

Pero dejemos de teorizar y vengamos á la práctica, ó mejor dicho, ó la realidad.

*
* *

El primer Museo de Arte que ha tenido la nación, y el que primero se considera siempre por su importancia, es el del Prado. Debido á la feliz iniciativa del pintor de cámara don José Madrazo, y formado con obras selectas de la pintura que decoraban los reales palacios, goza de justa fama, y es ciertamente la perla de los Museos españoles. La vanidad nacional, alentada por la ignorancia, ha formado, sin embargo, respecto de este Museo una opinión falsa, según la cual, esa nuestra colección de cuadros no tiene rival en el mundo; ¡como si no existieran los grandes Museos del extranjero! Lo que distingue á nuestro Museo, no de todos, pero sí de otros, es el número verdaderamente crecido de obras maestras que atesora. Pero de esta misma bondad de las obras de nuestra pinacoteca ha nacido, no entre el vulgo, sino entre los artistas, otro concepto igualmente erróneo, cual es el de que un Museo debe ser lo que es el nuestro, un conjunto de modelos que poder estudiar y copiar para la enseñanza y adelantamiento del arte. Mientras aquí hemos considerado colmadas en este punto nuestras aspiraciones, en el extranjero, atentos á las corrientes del saber y á las proporciones con que á la luz de él es dable apreciar el campo de los conocimientos, se han preocupado de completar en lo posible los Museos para reconstituir en ellos la evolución natural del arte, y hasta de los mismos artistas, facilitando de este modo el estudio de las varias tendencias de aquél, en el terreno de las ideas y en el de la técnica, de suerte que la teoría y la práctica del arte sean apreciables sobre la base de la historia, esto es, como se han producido.

Con este criterio ha formado el Louvre su sala de pintores primitivos italianos, y ha formado la Galería Nacional de Londres una colección análoga, más numerosa é importante, y se han reformado, puede decirse, todos los Museos de Europa. El nuestro, como los demás de España, viviendo en el *statu quo* en que se mantiene desde largos años la cultura en nuestro país; alejado siempre del gran mercado de cosas de arte, apenas se ha aumentado desde su fundación con algún que otro cuadro. Las penurias del Tesoro y otras causas igualmente tristes y nacionales, son el obstáculo de que ni se haya pensado en enriquecer nuestro Museo de Pinturas con algunas de primer orden que poseen ciertos particulares. Pudieran, sin embargo, completarse las colecciones, especialmente la de cuadros españoles, haciendo cambios con Museos de provincia, dándoles obras de artistas de quienes el Museo del Prado posea muchas, y así se conseguiría que tuviesen representación en él pintores nacionales que hoy no la tienen, como lo indicó el inolvidable crítico de Bellas Artes, D. Ceferino Araujo Sánchez, en su libro de *Los Museos de España* y en varios artículos que escribió después, proponiendo siempre mejoras utilísimas en dicho Museo que conocía admirablemente.

En cuanto á la instalación, el edificio que ocupa, construído hace más de un siglo para otro fin análogo, carece de verdaderas condiciones para la buena exhibición y aun conservación de los cuadros, sin que las costosas obras de reforma de las techumbres consiga mejorarle en lo esencial. Necesita primeramente mayor espacio; necesita además que se destierre en absoluto el sistema de claraboyas, que dejan paso á la luz cenital, insoportable en este clima, pues produce excesivo frío en invierno y calor de horno en el verano, lo cual es perjudicial á la conservación de los cuadros.

La distribución y disposición de las colecciones, puede decirse que durante mucho tiempo obedeció más al halago de los ojos que á las exigencias de la crítica. Sin embargo, en tiempo de los Madrazo, esto es, cuando D. Federico era Director y

D. Pedro estaba encargado del Catálogo, se hicieron saludables reformas, como fue las agrupaciones en salas especiales, por escuelas, italianas, españolas, germánicas, sin perjuicio de la mezcla de cuadros en las salas grandes; y la escultura se reinstaló con un criterio más absoluto, pues fue agrupada la estatuaria griega y la romana típica, y separadamente la del Renacimiento.

Pero los últimos Directores, perseverando en el camino emprendido con aquellas colocaciones de cuadros, han realizado reformas más importantes. De ellas fue la primera la creación de la sala de Velázquez, con ocasión de su centenario, y la instalación especial del cuadro de *Las Meninas*. Hoy tenemos asimismo salas de Murillo, de Ribera, de Ticiano, de Verones y Tintoretto, de Rubens, de Vandyck, de Teniers y de Snyders; y en fin, las salas de Goya, que es la personalidad histórica con que termina el Museo, pues los sucesores suyos pertenecen al Museo del Arte Moderno. Sin duda en el del Prado hay algo que hacer todavía por el camino emprendido, y aun pudiera satisfacerse á los visitantes que no se quieren acostumbrar á tales innovaciones haciendo en la sala grande un resumen de la historia de la pintura con obras típicas, una de cada pintor importante, para que así fuera fácil el compararlos.

En cuanto á lo que podemos llamar la vida del Museo, en sus salas encontraréis, los días laborables, numerosos copistas de uno y otro sexo que ejercitan sus aptitudes en el manejo de los pinceles, y algunos que lo hacen *pro pane lucrando,* pues venden luego sus modestas copias por cuatro cuartos. Encontraréis también artistas y eruditos que no copian, pero estudian los cuadros; y en fin, al público, que solamente va por recreo, los días de fiesta en más número que en los demás de la semana, sin que falten nunca extranjeros.

En suma, el Museo del Prado, centro de preciosa é inagotable enseñanza, representa principalmente una de las épocas más gloriosas del Arte, cual es la constituída por la gran evolución de la pintura al calor del Renacimiento, atrayendo,

por consiguiente, con el poderoso encanto del color; y al propio tiempo presta elementos para conocer la sociedad europea en los últimos siglos.

En la Historia del Arte hay otra gran época, anterior á la indicada, y es la del Arte antiguo, que conocemos por la escultura, cuyo medio de expresión es la forma. En el Museo también hay escultura, como queda dicho; una colección modesta; pero sus salas están casi siempre desiertas; allí ni copistas, ni artistas, ni eruditos más que rara vez. Convendría que la enseñanza académica impulsara por ese lado á los alumnos.

***

El Museo de Arte Moderno es el complemento necesario, é históricamente hablando, la consecuencia del Museo del Prado, pues contiene las obras del período pseudoclásico y del romántico, de cuyas tendencias igualmente exclusivas ha nacido el eclecticismo moderno. Pero su finalidad, digámoslo así, ni en lo estético ni en lo técnico, es la de aquel otro verdadero santuario donde se consagra el mérito de los artistas que pertenecen al pasado. El Museo Moderno alberga, por el contrario, á los artistas que todavía no han pasado á la Historia; y como muchos de ellos viven aún, en este caso sí que las obras deben ser maestras, esto es, muestras acabadas de la personalidad del autor. No nos detendremos aquí á considerar si esta circunstancia esencial avalora todos los lienzos que allí se guardan; pero no es posible pasar en silencio que como el Estado, con motivo de las Exposiciones de Bellas Artes y por la protección que de continuo dispensa á los artistas, adquiere todos los años buen número de cuadros, que por lo general son grandes, los aumentos en este Museo son proporcionalmente mayores que en los demás, y sin embargo, cuenta con menos espacio. Mentira parece que esta circunstancia no se tuviera en cuenta por quienes dispusieron la distribución de las dependencias reunidas en el palacio de la Biblioteca y de los Mu-

seos Nacionales, en el local del mismo. Verdad es que esa distribución fue en todo viciosa y desacertada. El orden establecido en dicho Museo á su fundación, que permitía seguir la evolución de nuestra moderna pintura, se mantiene; pero la aglomeración de cuadros es tal, que no lleva diez años de vida esa dependencia y ya pide triple espacio. Sin embargo, ha podido establecerse en ella una sala de Hães, y acaso pudiera establecerse otra de Rosales, que sería por cierto de gran enseñanza.

Excusado es decir que no faltan copistas en las salas de tan útil centro de enseñanza, que pudiéramos llamar palpitante porque en él vive la tendencia moderna del Arte; ni faltan visitantes, los cuales, además de admirar á los artistas contemporáneos, ven representadas en sus obras páginas de la historia patria, de las costumbres populares, paisajes, y otros motivos de las bellezas del país.

***

El Museo Arqueológico Nacional, cuyo período de formación coincidió con el de la Revolución política, ha vegetado largos años en los mal preparados locales que ofrecía el *Casino de la Reina*, en uno de los peores rincones de la capital, hasta que pudo ser decorosamente instalado en el palacio construído para la Biblioteca y los Museos Nacionales. Puede decirse que entonces entró el Arqueológico en su mayor edad, puesto que hallándose ya formado, esto es, abundantes y catalogadas sus colecciones, pudieron éstas ser distribuídas con arreglo al plan general y al orden históricogeográfico, cuya base es la cronología, establecido en el Museo, para que la simple visita á éste sea como una lección práctica de las fases sucesivas que ha ofrecido la civilización en su desarrollo. Verdad es que el Museo se ha regido desde su fundación por un método científico rigurosamente observado.

Aquí también alguna deficiencia del local y falta de elementos para dar á ciertas colecciones la amplitud que mere-

cen, reclaman algunas mejoras en la instalación. Pero aun así, ha merecido elogios de algunos arqueólogos extranjeros el orden con que se ven expuestas sucesivamente las antigüedades prehistóricas, las egipcias y orientales, las ibéricas, griegas, etruscas y romanas, las cristianas y arábigas; y con separación el Monetario y la «Sección etnográfica», en la que se ven las antigüedades americanas y los objetos del extremo Oriente y de la Occeanía.

Aunque no ha cesado ni cesa de enriquecerse este centro, también se dejan sentir en él los mismos males, hijos de la administración y de la política de retraimiento que señalados dejamos al hablar del Museo del Prado; con la agravante en el caso de las antigüedades, de que entre tanto permanece el Museo en esta forzosa quietud, muchos ejemplares de primer orden están pasando á enriquecer los Museos del extranjero.

Nos extenderíamos demasiado si fuéramos á señalar todo lo que el personal del Museo Arqueológico podría hacer para remediar ese y otros males que invalidan en cierto modo sus esfuerzos, y contando con medios de que hoy carecen, señalaran á sus trabajos una orientación práctica y, por decirlo así, expansiva. El Museo vive retraído, como vive el país y todos sus organismos.

También hay lagunas en el vasto cuadro histórico que ofrece el Museo; algunas imposibles de llenar; porque España no envía sus arqueólogos á excavar en las tierras remotas y seculares de la civilización, como han hecho Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, para enriquecer sus Museos, y dentro del país propio hacen Bélgica, Suiza, Grecia y Turquía.

Mucho podría obtenerse aquí por tal medio, y estableciendo relaciones con los Museos y otros centros de provincia, como también procurando atraerse las colecciones particulares.

Aunque no en la proporción y con la asiduidad que al Museo del Prado, también van al Arqueológico dibujantes y fotógrafos; van eruditos, entre los que no faltan extranjeros que

estudian alguna especialidad, y acude el público, en su mayoría de curiosos, á los que sin duda sirven de recreo y enseñanza aquellas reliquias históricas, mudos testimonios de las costumbres pasadas y muestras elocuentes de la evolución del gusto estético en el arte, especialmente en lo que llamamos industrias artísticas.

En los últimos años, por virtud de una disposición oficial, el personal facultativo del Museo dió conferencias de carácter práctico, en las que un público heterogéneo, ansioso de satisfacer la curiosidad que naturalmente despierta lo pasado, demostró con su asistencia asidua lo necesarios que son en España estos trabajos, cuyo fin es la propagación de la cultura. Sería prematuro el tratar de establecer en nuestro Museo Arqueológico una Escuela de estudios superiores del género de la del Louvre en París; por el contrario, lo que demanda nuestro público es una enseñanza popular, de vulgarización, como la que se practica en los Museos de Italia, y en Roma y Atenas ante la ruina de los monumentos. Por cierto que en este sentido podían hacer mucho los Directores de los Museos de provincias, donde tal vez por ese medio se consiguiera inculcar á los naturales un amor á las antigüedades regionales que hoy no demuestran generalmente.

En cuanto á la enseñanza técnica, los Museos Arqueológicos debieran ser para los alumnos de las Escuelas de Industrias lo que son los Museos del Prado, Moderno y de Reproducciones para los alumnos de la Escuela de Pintura y Escultura. Seguramente que los profesores de aquellos centros favorecerían mucho á sus alumnos si los impulsaran por ese camino, pues habiendo en el Arqueológico tanto y tanto modelo excelente de lo que ha producido el Arte en sus varias aplicaciones á la industria, al cabo de ejercitarse en la copia y estudio de ellos la juventud que ha de llevar nueva savia á los talleres, es indudable que mejoraríamos nuestra producción artístico-industrial, y en general nuestras artes decorativas, con elementos propios.

E. M.—*Enero 1903.*

Es incalculable el beneficio que por este lado puede prestar y prestará algún día el Museo Arqueológico Nacional, y en su esfera limitada los de provincias.

***

El Museo de Reproducciones artísticas, fundado al calor de las ideas modernas por feliz iniciativa de D. Antonio Cánovas, y organizado admirablemente por nuestro inolvidable maestro D. Juan Facundo Riaño, constituye por su carácter, por su importancia y por los resultados prácticos que ha venido dando en los veinte años que cuenta de existencia, uno de los avances más plausibles que se han dado á la cultura nacional. Aquello no es un Museo, es un templo del arte clásico. Quien penetra en él por vez primera, se siente poseído de la admiración entusiasta que produce el ver reproducidas, con la fidelidad que da el vaciado, las esculturas más hermosas del Arte antiguo y del Renacimiento, y sorprendido de ver por todas partes gentes copiando aquellos modelos. La impresión que se recibe al ver todo esto, es en extremo grata. Acaso este Museo sea el más útil de todos los de Madrid, pues la mayoría de los dibujantes son alumnos de la Escuela de Pintura y Escultura, que van á perfeccionarse en la fuente más pura del arte clásico.

El local que ocupa el Museo tiene por núcleo un resto, como es sabido, del antiguo palacio del Retiro, *el casón,* cuya bóveda conserva el magnífico techo pintado por Lucas Jordán, y con las adiciones modernas da espacio reducido, es cierto, pero bien aprovechado, para la instalación de dichos modelos. Aun hay salas nuevas no abiertas al público, que aguardan todavía ampliaciones de ciertas series. Las correspondientes á la Edad Media y al Renacimiento contienen colecciones todavía poco numerosas, pero en días más prósperos que los actuales para la vida de los Museos podrán recibir aumentos importantes, y en lo que se refiere al arte español,

llegar á ofrecer un conjunto tan completo como no lo posee ningún Museo. Justamente la ventaja que ofrecen los de Reproducciones sobre los demás, es que permiten, sobre todo respecto de obras escultóricas susceptibles de ser vaciadas, la realización de un ideal, cual es el de poseer una serie completa de las producciones por lo menos típicas de un estilo ó de un autor, contando, naturalmente, aquellas obras capitales cuya sustitución con otras análogas, en las colecciones de piezas originales, es imposible.

La distribución de las reproducciones en el Museo de Madrid, habiendo colocado las del Arte antiguo en la planta baja, que es la más capaz, y las de la Edad Media y el Renacimiento en el piso principal, fue desde luego muy acertada y ha permitido recientemente completar las agrupaciones para ofrecer en el salón central un resumen del arte griego en su buena época, establecer una «Sala de Praxiteles», que es el artista antiguo que más influencia ha ejercido y ejerce en los modernos; y con los vaciados de las colecciones del piso principal formar dos salas, una sala española y otra italiana, más la sala de industrias de los últimos siglos.

Con estas separaciones se pone de un modo más completo al alcance de los copistas el valor artístico de lo que escogen por modelo, y se facilita el estudio y en general la comprensión de las distintas épocas de la historia del arte á los visitantes, pues claro es que este Museo, como todos, tiene que satisfacer por igual á los teóricos y á los prácticos. No es posible en Madrid intentar un estudio fructuoso de la Arqueología clásica, sin visitar el Museo de Reproducciones.

Y como la enseñanza del arte clásico, por lo mismo que éste representa un grado de perfeccionamiento y en él reconocemos el origen del arte actual, interesa á todo el mundo, estimó el autor de estas líneas que sería útil dar conferencias públicas en dicho Museo de su cargo, y los comienzos de esta intentona modesta, que tiende á suplir en cierto modo la falta de una cátedra de Arqueología clásica, como las que se expli-

can en los Museos de vaciados del extranjero, no ha podido ser más satisfactoria, pues acudió numeroso público, deseoso de ilustrarse en la materia.

Este Museo, el Arqueológico y el del Prado, forman un conjunto utilísimo para toda persona que desee estudiar de una manera práctica la historia del Arte.

***

Digno complemento de tales centros es la Real Armería. Fundada ésta como verdadero depósito de armas de los Austrias, y conservada con igual carácter por sus sucesores hasta que Doña Isabel II la convirtió en Museo, que después el señor Conde de Valencia de Don Juan ha sabido reorganizar y catalogar de una manera acabada, constituyendo de tal centro un verdadero modelo, ofrece los caracteres propios de su origen; que si bien es cierto que los antiguos Reyes cuidaban de guardar en sus Armerías las espadas gloriosas y otros nobles recuerdos de sus antecesores y famosos caudillos, lo cual justifica que se hallen en la Armería muchas piezas anteriores á Carlos V, dista mucho de ser un Museo completo de la Panoplia, pues lo que abunda y constituye el núcleo más importante son los arneses del poderoso Emperador y de su hijo Felipe II, pudiéndose apreciar en las pocas armas de sus sucesores lo que por virtud de las mudanzas de los tiempos fueron perdiendo los Reyes en condición guerrera. Permite, sin embargo, la Armería el estudio de las armaduras en su mejor época y el de las armas defensivas desde más adelante; pero lo que le falta para satisfacer las exigencias de los arqueólogos, le sobra para ofrecer los más bellos modelos al estudio del arte decorativo en su aplicación á la exornación de las armas y en general de los hierros por los procedimientos todavía en uso.

Huelga decir, por consiguiente, el fruto que pueden sacar de tan excelente colección los alumnos de las Escuelas de Artes

é Industrias. Bastará decir—aparte toda hipérbole—que nuestra Armería no tiene rival en cuanto á la cantidad de piezas de arte allí atesoradas; ¡como que se trata de las armas de parada ó de corte de los monarcas más poderosos de Europa, cuando el Renacimiento embellecía la vida con sus inagotables invenciones y los adelantos industriales, más dóciles que nunca á las exigencias decorativas, rayaban en la perfección!

***

Aunque en menor escala también, es un Museo de interés arqueológico y artístico, desde un punto de vista decorativo que puede tener provechosas aplicaciones, la dependencia de Palacio, conocida con el nombre de Reales Caballerizas, las cuales deben su buena organización actual al Rey Don Alfonso XII. En particular, las sillas de manos y las carrozas, guardadas por cierto con todo esmero, son piezas artísticas de mucho valor.

Inútil parece mencionar aquí los elementos de interés artístico y arqueológico, tales como armas, tiendas de campaña, muebles, modelos de monumentos y de barcos, que se conservan en los Museos de Artillería y Naval, dignos de ser visitados por quien desee hacer un estudio de conjunto de las colecciones matritenses. Con mayor motivo deben no olvidarse los amantes de la pintura, de la selecta colección de cuadros que posee la Real Academia de San Fernando, ni de la de antigüedades que constituyen el gabinete de la Academia de la Historia, y que es lástima no se halle abierto al público, como lo están las salas de la otra Academia.

***

Aun hay dos Museos más, pues como tales deben considerarse las colecciones expuestas en vitrinas en ciertas salas del Archivo histórico y de la Biblioteca Nacional desde que am-

bos centros fueron instalados en el palacio de Recoletos. En el Archivo se ven numerosos diplomas, privilegios con sus signos rodados y demás rasgos en que la caligrafía toma marcado carácter decorativo, Códices con miniaturas y una colección importantísima de sellos de cera y plomo, muy útil para el estudio especial de esta especialidad arqueológica y para el de la indumentaria, panoplia y otros puntos de vista relacionados con el Arte. En la Biblioteca Nacional la rica colección de códices italianos, españoles, orientales, etc., con miniaturas, que se ven en las vitrinas de las salas de manuscritos; la de libros de los primeros tiempos de la imprenta, con viñetas grabadas en madera; la de encuadernaciones mudéjares, góticas, del Renacimiento, de gusto barroco y del tiempo del Imperio; la de estampas, de distintas escuelas y la de dibujos de artistas famosos; la de cartas geográficas, que en los pasados siglos tuvieron por cierto un carácter decorativo de que hoy carecen: cada colección, presentada convenientemente en el departamento á que pertenece, son otros tantos elementos preciosos para el estudio del Arte del libro, hoy tan en boga y que merece detenido estudio.

De las soberbias tapicerías de la Corona nada decimos, porque en los almacenes de Palacio aguardan el momento de ser expuestas en un Museo, que no tendría rival en Europa, y con lo cual haría el Real patrimonio señalado bien al Arte.

Pero basta lo dicho para hacer comprender que los Museos, como centros que son de cultura, no deben ser mirados cual los miran muchos espíritus frívolos, que los consideran en la categoría de cosas superfluas, de puro lujo, que sólo sirven para recreo de los ojos, ni tampoco debe tomarse en cuenta la especie propalada por algunos espíritus inquietos, los cuales no hacen la regla, de que el ver tanto y tanto objeto, cuyos distintos caracteres respectivos solicitan la atención, causa mareo y, por consiguiente, un Museo es donde peor se disfruta de las obras de Arte. Bien al contrario, los Museos merecen la mayor y más constante atención por los beneficios

positivos que reportan á la enseñanza con los modelos que atesoran, y por ser, repetimos, fuentes de instrucción para la masa común del público. Cuanto se haga para facilitarlo será poco. Dada la escasa afición que en general tiene esa masa común á las Bellas Artes, no ha sido pequeño obstáculo para que visitara, siquiera por curiosidad los Museos, el mantener en éstos la viciosa costumbre, ya por fortuna desterrada, de la entrada mediante papeleta de pago. La creencia arraigadísima de que los Museos son para quien los conserva y para los doctos, y que dejarlos ver á la gente es dispensarle favor, es uno de los más grandes errores de la rutina y de la ignorancia. Los Museos, tesoros nacionales, deben mantener su entrada franca á todo el mundo. La masa en cuestión cree lo contrario, cree aquello otro porque así se lo han enseñado por la fuerza de la costumbre, y no se ha percatado de que siendo los Museos de la nación, deben ser asequibles á todo el mundo. Abiertos están ya, por fortuna, los Museos que dependen del Ministerio de Instrucción pública. Cerrados siguen los Museos militares.

El Museo debe además atraer al público por la comodidad y, siempre que sea posible, el lujo con que merecen y piden ser instalados los tesoros del Arte. La acertada clasificación y distribución sistemática de los objetos, de modo que sea comprensible el proceso histórico y el desarrollo técnico; las rotulaciones instructivas para que sea aquel conjunto como verdadero libro de constante enseñanza, y, en fin, el catálogo que dé cuenta puntual y completa de lo que se ve, deben hacer lo demás, para que el visitante, por indiferente que llegue al Museo, salga de él con algún provecho.

Para que tan eficaz sea la acción educadora reservada á los Museos, falta, á nuestro modo de ver, un factor importante y que entendemos no es, como alguien piensa, la escasa instrucción del público: es la poquísima costumbre de ver, de conocer las cosas prácticamente. La enseñanza práctica, más fructuosa que ninguna, está aquí muy abandonada. La Geo-

grafía, la Historia, el Arte mismo, necesitan ser enseñados de un modo positivo y, en cierto modo, experimental. Sus laboratorios deben ser los Museos. Por esta razón las visitas escolares á los Museos son de absoluta necesidad á los niños, para mostrarles cosas que necesariamente han de despertarles ideas; á los alumnos de los Institutos para que conozcan directamente lo pasado, y á los alumnos especiales ó de facultad para que aprendan á estudiarlo.

Por ahí, por la reforma que implica en el modo de enseñar y de aprender, ha de venir el beneficio más precioso que los Museos pueden reportar, no sólo para saberlos apreciar mejor, sino para apreciar también de otro modo que se aprecia hoy la obra incesante de la humanidad.

José Ramón Mélida.

UN NOVELISTA DE LAS CLASES DESPOSEIDAS

MÁXIMO GORKI

Hay en la Historia un desfile de grupos humanos naturales, razas, como hay un desfile de individuos ó personajes. En nuestros días, mientras se acentúa la decadencia de las naciones latinas y se afirma la superioridad de los anglo-sajones, la raza eslava inspira grandes esperanzas.

El gran imperio moscovita, que sugiere en los mapas la idea de un enorme risco inclinado amenazador sobre las naciones constituídas en el resto de Europa, tiene moralmente la figura descrita por Bourdeau en su libro sobre *El socialismo alemán y el nihilismo ruso:* «Esfinge de faz humana y de »cuerpo bestial. Tres ó cuatro grandes poblaciones de una ci»vilización refinada, producen la ilusión del espejismo. Pero »tras esta débil fachada de monumentos y palacios, de cos»tumbres é instituciones, se extiende hasta perderse de vista »un inmenso imperio rural dominado por una burocracia ce»sárea...»

Mas allí viven almas jóvenes llenas de fe é ilusiones. Cualquiera que sea el móvil que las ponga en acción, ya sean los intereses y pasiones meramente individuales, ya las que trascienden á la colectividad, salta el resorte allí con una energía poderosa. Como ha dicho Melchor de Vogüé: «Esta raza abre

»horizontes desconocidos en almas distintas de las nuestras y »nos revela un nuevo mundo de naturalezas más poderosas »para el mal y para el bien, más fuertes para querer y sufrir.»

Limitándonos al punto que ahora nos interesa, ellos—los rusos—han presentado en nuestra época, uno tras otro, figuras extraordinarias de novelistas. Sin contar á Gogol, más retrasado, ¡qué trinidad esta: Turguenef, Dostoyuski, Tolstoy!

El primero es el lazo que une la novela de Rusia con la del Occidente.

El segundo, el depósito de todos los fenómenos patológicos del alma rusa.

En el tercero, el crítico Boborykine—que da también las anteriores conceptuaciones—cree descubrir el «granito primitivo» de la tierra eslava.

Y he aquí que cuando la serie parecía terminada, otro nombre más viene á agregarse á aquéllos: Máximo Gorki.

Sabido es que estas palabras ponen un seudónimo.

El autor de las hermosas y tristes narraciones de desdichados, en pocos años traducidas á todas las lenguas europeas, llámase Alejo Peschkow. Con las dos palabras que componen su nombre literario, latina la primera, la segunda rusa, ha querido expresar sintéticamente toda su vida. Máximo Gorki significa «el mayor desdichado».

Porque este hombre de talento excepcional, de sensibilidad exquisita, ha sufrido las durezas de la vida que en la cruel Rusia sufren los trabajadores. Leed en *L'Europa giovane* de Ferrero el estudio acerca de Moscou y quedaréis penetrados de esa dureza.

Como dice uno de sus biógrafos, Gorki «ha vivido entre los vagabundos y entre los ladrones, ha dormido arrullado por el ruido de las olas á orillas del mar, sobre la dura arena; ha caminado á través de la estepa; se acostó sin cenar, anduvo sin comer; llegó á una ciudad donde nadie le conocía; despertó desesperado y sintió, al recordar el conjunto de sus impresiones, una lástima inmensa por los hombres...»

Nadie como él ha analizado ni ha expresado mejor las sensaciones de hambre, de sed, de frío, de cansancio, de sueño, de agotamiento.

Muchos son los que las experimentan, muchos; pero el artista tiene el privilegio de convertir en material artístico cuanto pasa á través de él, sea lo que fuere. Este es cabalmente su poder. Esta es su fuerza.

*
* *

Hablaré ahora de sus obras.

Novelas, cuentos, dramas... todas ellas son fragmentos de la vida de las últimas capas sociales, de lo que algunos llaman *el quinto estado.*

Hay una concepción de la estática y la dinámica de las sociedades, que recuerda, hasta cierto punto, la estructura y formación de los terrenos. Hablamos de *estratos, capas* y *estados sociales,* y nos representamos su constitución y levantamiento con arreglo á cierto plan geomorfista que—como el antropocentrismo—nos acompaña en nuestras creaciones.

El corte ideal de una de nuestras sociedades en el grado de complicación á que han llegado, ofrecería á la vista lo siguiente:

1.° Un estrato á que llamamos de las *altas clases sociales,* la *aristocracia,* especie de terreno paleozoico para la Sociología.

2.° Otro, que es el de las *clases medias,* la *burguesía,* terreno de formación posterior, mucho más reciente.

3.° Uno más, en vías de composición, que es el llamado *estado obrero,* fragmento de las bajas clases sociales en el cual las gentes que le componen trabajan por la elevación de su vida, por la mejora de sus condiciones de existencia.

En fin, bajo este último estrato, un montón de humanidad, amorfa, desorganizada, deshecha... compuesto del resto

inerte de los nacidos en las bajas clases sociales que no participan en el movimiento general obrero, y de los individuos desprendidos de las capas superiores por obra de procesos de descomposición interior, que se verifican en el seno de cada una y especialmente en la clase media, por lo mismo que, entre otras causas, en ella se realiza el esfuerzo mental de nuestras sociedades.

Esa masa desorganizada de humanidad es, en resumen, el *Quinto Estado,* siguiendo la numeración que es costumbre seguir desde la Revolución francesa, cuando el *Tercero* se constituyó violentamente, como por un efecto volcánico.

Imaginad, pues, los hombres, los lugares, las situaciones en las obras de Máximo Gorki.

¡Cuán grande autor ha de ser para sacar de allí efectos de belleza!

¡Y qué pueblo el pueblo ruso en el cual hasta la escoria social llega á una intensidad de pensamiento y sentimiento aquí desconocida!

«Las narraciones de Gorki—dice una escritora francesa, la Sra. Rachilde,—las narraciones de Gorki no adulan al pueblo, ni le recriminan. Descubren aspectos singulares de su existencia, terribles algunos por exceso de candor.»

Sus palabras sinceras purifican siempre los hechos más repugnantes.

***

Sabido es que el alcoholismo, la ociosidad y la ignorancia, son las tres faltas que achacan á los nacidos en las bajas clases sociales.

El pueblo se entrega al alcoholismo; la taberna es su lugar favorito. ¿Mas no ha de serlo?

Escuchad las palabras de un borracho en *Los tres,* una de las más hermosas obras de Gorki:

«—Hace cuarenta años que trabajo. A veces falta el pan. »Cada día que pasa nos aprieta más y casi nunca nos alivia.

»Estar en casa es triste. Los niños lloran. La mujer gime. De »buena gana se moriría uno. Pero no hay más remedio que vi- »vir. Cuando pasan los vapores del vino se advierte que, mien- »tras bebíamos, el dolor nos ha clavado de un modo más pro- »fundo sus dientes.»

Se quiere transformar un estado de hondísima depresión mental en un estado de alegría... y los agotados, los extenuados, los débiles, tienen que pedir á un agente químico—el alcohol—el efecto que en el hombre normal se verifica naturalmente.

El símbolo aparece con toda claridad al final de la novela *El matrimonio Orlof:*

«La pesada puerta de la taberna en que me hallaba sentado »ante Orlof se abría á cada instante... y al hacerlo exhalaba »pequeños gritos que se hubieran llamado voluptuosos. Y el »interior de la taberna evocaba la visión de una inmensa boca »que, lentamente pero de un modo cierto, íbase tragando á »los desgraciados...»

En *Los ex-hombres,* finalmente, aparece el resultado. Zola tenía razón. El alcohol es, verdaderamente, el *assommoir,* la maza que derriba para siempre.

Todo lo lírico, todo lo épico del alcoholismo se encuentran en *Los ex-hombres.*

Novela angustiosa y terrible. ¡Con qué placer se escucha el último párrafo!

«Había en las nubes grises y severas que cubrían el cielo »algo tirante, implacable... como si quisieran morir y espar- »cirse en lluvia torrencial con el propósito firme de limpiar de »lodo esta tierra de desgracia, de torturas y de tristezas...»

*
* *

Dos palabras acerca de la ociosidad.

Un hombre que no trabaja degenera. Sin duda es esto cierto. Se conocen los casos estupendos de insectos y crustá-

ceos que al darse á la vida parasitaria pierden órganos y funciones hasta quedar reducidos á un chupador seguido de un saco digestivo.

Pero claro está que cuando se habla de la virtud de trabajar, se alude al trabajo realizado en condiciones fisiológicas, al trabajo que se hace con tal gusto que es para el hombre su mejor juego.

Cuando no, el trabajo es también una causa degenerativa.

La legión de los vagos, de los impenitentes ociosos que viven en nuestras ciudades, tumbados al sol en holganza sempiterna, ¿qué es sino la descendencia final de dos ó tres generaciones de fatigados... el producto último del trabajo organizado según la Economía moderna?

Gorki lo sabe bien y nos lo enseña en muchos de sus tipos de vagabundos.

***

Finalmente, reinan la ignorancia y la superstición sobre los desposeídos. Pero como un gesto de insurrección, ¡qué ardiente deseo de saber sube, en ocasiones, de la masa! ¡Qué adoración, qué respeto inevitable por los que saben.

—«¡He ahí lo que es la educación!»—dice el tabernero Vavilof, subyugado ante Petunnikof, hijo, en *Los ex-hombres,* como si viera brillando sobre su cabeza la llamarada del don de sabiduría, que descendió sobre los Apóstoles.—«La ciencia »es la luz. Y nosotros... ¡como bichos ante el sol! ¡A ciegas! »¡Tanto peor! Ultimemos el asunto, señoría.»

¡Qué razón tenía el pobre hombre!

La admirable escena de Konovalov, en el cuento del mismo nombre, experimentando el placer de la lectura, merece también ser recordada.

***

Así, pues, apenas las cosas se comprenden bien, al punto quedan perdonadas.

Los héroes de Gorki son, si así queréis, degenerados. Pero contra el sentido despreciativo, humillante, que los soberbios y orgullosos dan á esta palabra, debemos oponer el sentido piadoso del novelista.

Dice así al terminar el bellísimo cuento *Boles:*

—«Sí, cuanta más amargura saborea el sér humano, más »ardiente es su sed de dulzura. No comprendemos esto los que »nos hallamos cubiertos con nuestra capa de virtudes anticua- »das y nos miramos los unos á los otros á través de la gasa de »la suficiencia y la convicción de nuestra superioridad.

»De aquí resulta algo brutal y cruel. Decimos: *degenera- »dos.* ¿Y cuáles son los degenerados? Hombres, ante todo. Los »mismos huesos, la misma sangre, la misma carne, los mismos »nervios que en nosotros. Y nosotros los oímos y... ¡pardiez, »qué absurdo! ¿Es que nos hemos vuelto completamente sor- »dos á fuerza de escuchar los sentimientos humanos predica- »dos en voz tan alta? En el fondo, nosotros somos también de- »generados, caídos... en un abismo de dudas de toda especie, y »de la creencia en la superioridad de nuestros nervios y de »nuestros cerebros sobre los cerebros y los nervios de aquellos »seres á quienes sólo se puede tildar de ser menos astutos que »nosotros y de saber peor que nosotros la manera de pare- »cer buenos... Pero basta de esto... Es todo tan viejo, que »vergüenza causa ya hablar de ello... ¡Es muy viejo, tan »viejo...!»

Y en verdad, si sus acciones repugnan á nuestros sentimientos más delicados, pensemos que si las almas viviesen desnudas nadie admitiría en su trato á nadie, y nosotros mismos nos rechazaríamos.

¿Quién se halla libre del pecado? repetiremos veinte siglos después.

Y en cambio, si un instante de bondad, de ingenuidad, de simpatía, disipan la salvaje indignación, pensemos que—según

la frase de Máximo Du Camp—guijarro alguno hay tan duro que no dé en ocasiones una chispa.

Alcoholismo, ociosidad, ignorancia, barbarie, superstición... Todo—como dice Gorki—todo consiste en su «existencia triste y llena de tinieblas».

Ved aquí, en este pasaje, la causa y el remedio.

Todos podemos alegrar la vida de alguien, iluminar su existencia.

Nada han dicho los sabios que quite la esperanza de la desaparición en un porvenir lejano de esas vidas sombrías, asunto de las obras de Máximo Gorki.

Y entonces éstas, si sobreviven, quedarán para testimonio de una humanidad inferior y defectuosa, como en nuestros museos de Historia natural los extraños monstruos antidiluvianos lo son de una fauna pesada, torpe.

Constancio Bernaldo de Quirós.

PERSPECTIVAS UNIVERSITARIAS

SUMARIO: Ojeada retrospectiva.—Discursos y Asambleas.—La obra de un Ministro de Instrucción Pública.—Un resumen.—Las pensiones escolares en el extranjero.—Los resultados obtenidos.—Necesidad de una reforma del decreto sobre pensiones.—Lo que deberían ser y representar.—Optimismos.—Reformas que pudieron esperarse y que no vinieron.—La formación del Profesorado.—Ensueños.—Las escuelas de profesores.—La misión de la Universidad.—Los colegios especiales de pensionados en el extranjero.—La realidad.—Las Universidades de Escocia.—Contrastes.

Son varios los acontecimientos de carácter genuinamente pedagógico, en cierto sentido al menos, que se pueden señalar en España en estos últimos meses. Uno de ellos, no tiene en rigor nada de extraordinario en sí mismo, pues se produce con monótona regularidad todos los años: la apertura del curso académico; otro, sí, es verdaderamente extraordinario, me refiero á las Asambleas Universitaria y Pedagógica celebradas en Valencia con ocasión de las fiestas conmemorativas del cuarto Centenario de aquella ilustre Universidad. Y por fin, otro, las bases formuladas para una ley de enseñanza por el Sr. Ministro de Instrucción Pública, como consecuencia, en parte, de cierta discusión muy interesante habida en el Senado al debatir, si no recuerdo mal, el proyecto de ley reorganizando el Consejo de Instrucción Pública, allá por los meses de Marzo y Abril últimos.

No es esta ocasión ni lugar de reseñar ó de criticar, según los casos, estos tres acontecimientos. Los unos, porque la

índole de estas crónicas ó revistas no permite entretenerse en describirlos y detallarlos en la parte que pudiéramos llamar externa de los mismos, cosa que corresponde hacer, y ha hecho la prensa periódica diaria á su debido tiempo, y en la sazón oportuna en que los referidos acontecimientos, los dos primeros, eran una palpitante actualidad; y el otro, el último, porque todavía no ha llegado la hora de emitir un juicio sobre un intento legislativo, que acaso no pase de tal (1); si pasara, entonces sería preciso tratarlo muy en serio, porque en serio habría que discutir casi todas las bases formuladas por el señor Conde de Romanones, con el propósito de ordenar la enmarañada legislación de Instrucción pública.

Pero si no es esta ocasión de enumerar los discursos leídos al abrir el presente curso por los Paraninfos de las distintas Universidades, ni señalar sus temas, entre los cuales ha habido alguno de carácter pedagógico, ni referir uno por uno los incidentes de las Asambleas de Valencia, ofrecen ambos acontecimientos materia muy á propósito, para discurrir acerca de algunos de los temas que más de cerca interesan á la educación nacional.

*
* *

Se recordará que el Sr. Ministro de Instrucción Pública (2) ha tenido la buena ocurrencia este año de acudir á la histórica Universidad de Salamanca á presidir la apertura de las tareas académicas, y además se recordará que aprovechó la ocasión para leer un importante discurso en defensa de su gestión ministerial.

Pues bien, aunque no fue el Sr. Ministro el único que ante las Universidades españolas habló esta vez del problema de la

---

(1) En efecto, por ahora no ha pasado de tal.

(2) Conviene advertir que este artículo se escribió cuando el Sr. Conde de Romanones era Ministro de Instrucción Pública.

enseñanza; aunque también el Sr. Lázaro, Profesor de Madrid y de los que honran *á la clase*, escribió un bien meditado trabajo sobre la organización universitaria, acerca del cual podrían decirse muchas cosas en son de elogio; sin embargo, en el presente artículo he de fijarme tan sólo en el discurso del Sr. Ministro.

Confieso que lo he leído con gusto; que además, aun antes de leerlo, me ha parecido excelente el *acto*, porque estimo que es de aplaudir, sin reservas, el que el Sr. Conde de Romanones, Ministro, se haya creído obligado á hacer un poco de examen de conciencia en público, presentando en resumen su obra, y defendiéndola; que hay en ella una buena parte sólida y defendible, al lado de alguna obra *muerta* y de otra harto endeble y poco consistente.

Mas no se crea que voy á hacer aquí un análisis, ó una crítica, del discurso ni de la obra en él defendida por el Sr. Conde de Romanones. Ya es un poco tarde para ello; y además, repito, que no trato aquí de estos acontecimientos pedagógicos, sino en cuanto me procuran motivo para hacer por mi parte ciertas consideraciones que estimo oportunas.

Hay, en efecto, en el discurso de que hablo un pequeño defecto, que es el que me sugiere el asunto de esta crónica, y el cual vale para mí tanto acaso como el resto de la labor ministerial en la enseñanza que el discurso resume; vale, de una parte, en cuanto la reforma á que me voy á referir es de las más importantes que el Sr. Conde ha hecho, de aquellas de que pudiera vanagloriarse más, y vale en cuanto la indiferencia respecto de ella neutraliza, á mi ver, en no pequeña parte el mérito del resumen presentado en el discurso, por la transcendencia que la reforma misma tiene, y la significación que puede atribuirse á su poco aprecio. La indiferencia indicada es todo un programa, un poco *negativo;* el Sr. Conde de Romanones, al hacer el balance de sus diversas reformas en la enseñanza, no ha estimado quizá en su justo valor, para calcular su *haber,* el decreto creando las pensiones escolares en

el extranjero (1), y sin embargo, yo creo, y no soy de seguro el único que así piensa, que acaso no ha hecho ninguna otra reforma más radical, más transcendental, ni que señale de una manera más acentuada y eficaz la orientación única salvadora de la reforma verdaderamente interna de nuestra enseñanza, que ciertamente no depende de cambios más ó menos aparatosos en la pura organización de las instituciones docentes, sino, y sobre todo, de la creación de un personal culto, bien preparado, y formado en aquellos *medios* superiormente constituídos en que vive y trabaja la gente de ciencia de los países más civilizados.

El Sr. Conde defiende, y hace bien, el decreto de 26 de Octubre de 1901, por el que se dispuso que el Estado se encargase de pagar las atenciones de la primera enseñanza; recuerda por extenso el decreto de 23 de Abril de 1901, reformando de una manera esencial el régimen de los exámenes, en el sentido de la supresión de los mismos, que merece el más entusiasta de los aplausos; y aplaudo aquí, fundándome en mi personal experiencia; razona también su reforma de la segunda enseñanza y de las Normales, acerca de la cual habría mucho que decir, y no siempre en son de alabanza, la organización de la enseñanza llamada técnica, la reforma de la de Medicina, los decretos sobre inspección tan discutidos, y hasta la fundación de la Orden civil de Alfonso XII.

¿No valía la pena hablar largo de la creación de las pensiones en el extranjero?

***

Puede ser que alguien estime que, en efecto, no valía la pena, fijándose en los resultados obtenidos de la primera aplicación del decreto á que nos referimos. Un decreto sobre pen-

(1) Real decreto de 18 de Julio de 1901, y reforma de este Real decreto por otro de 11 de Abril de 1902.

siones en el extranjero, que crea una por Facultad, sin contar las de otros Centros especiales de enseñanza, que, por tanto, facilita la *colocación* de un buen número de jóvenes universitarios, de 40 á 50, en los Centros de enseñanza del extranjero, con su pensión nada mezquina y con derecho á ocupar á su vuelta, no una espléndida canongía, pero al fin un puesto de Auxiliar en una Universidad, y que por todo resultado consigue que sólo *cinco* jóvenes acudan al llamamiento, ó mejor, obtengan las plazas ofrecidas, quedando, por tanto, abandonadas la gran mayoría de las restantes...; un decreto, digo, que tal éxito alcanza, ¿no puede estimarse como un fracaso? ¿No supone quizá un buen deseo, pero en definitiva una verdadera equivocación? ¿A qué razonarlo como parte de una obra de reforma que se juzga sólida y bien llevada?

Yo no sé si habrá quien razone de esta suerte. Dado como aquí solemos juzgar de las cosas, mirando más al ruido que al fondo de las mismas, enamorándonos tan sólo de las apariencias, despreciando todo lo que tiene aire de modesto y no entraña reclamo de relumbrón, no me parece aventurado pensar que el juicio indicado se haya podido formular en no pocos espíritus, cuanto más castizos mejor que mejor.

Y sin embargo, el juicio, aunque á primera vista parezca justificado, no lo es de ninguna manera.

Por de pronto, aun en el supuesto de que, en efecto, la creación de las pensiones no ha dado de sí todo lo que con cierta dosis de optimismo podría pensarse, el hecho solo de que haya habido durante el año pasado cinco representantes de la juventud española universitaria aprendiendo á trabajar en los grandes Centros científicos de Europa, es algo; vale eso más, pero mucho más que diez buenos, ó más que veinte admirables bases para una ley de Instrucción pública, y aún, que siete nuevos planes de cualquier enseñanza oficial. No ocuparán esos cinco pensionados españoles dos líneas de la *Gaceta;* pero en cambio, serán otros tantos cables lanzados al mundo culto, otros tantos órganos de relación con las Universidades y con

los Centros científicos, en donde se produce la luz, de que tan necesitados estamos.

Por otra parte, aun sin ver si el decreto mismo que ha creado las pensiones, no contiene toda ó casi toda la explicación del supuesto fracaso ó de la pobreza relativa del resultado obtenido, podía esperarse que éste no había de ser espléndido desde el primer momento, con sólo considerar la falta de costumbre que aquí las gentes tienen de moverse, la dificultad con que los padres dejan á sus hijos traspasar *solos* la frontera, la poca educación que la juventud tiene para vivir por sí misma, sometida á una espontánea disciplina moral y económica rigurosa, la general ignorancia de los idiomas vivos, desde el francés para arriba, el miedo á lo nuevo, la falta de conocimiento respecto de la utilidad de la cosa misma, amén de mil prejuicios y preocupaciones de un chauvinismo ridículo, tan ridículo como arraigado en el alma de los que ven con semibárbara desconfianza todo lo extranjero, y temen que esas pícaras ideas de los pueblos cultos nos hundan más y más en no sé qué abismos de descreimiento, por lo visto más negros que estos otros en que en efecto vivimos, de la ignorancia y de la intransigencia ciega.

*
* *

Mas prescindiendo de esto, quizá la posición más natural y más lógica ante el primer resultado de la aplicación del decreto de pensiones, hubiera sido otra, al menos para quien está convencido de la bondad y de la transcendencia de la reforma en sí misma, sobre todo si se ha visto en ella, no una medida aislada, de buena intención, sino la indicación de toda una manera de orientar la juventud universitaria, las generaciones científicas venideras, y hasta, y acaso sea esto lo capital, de formar el futuro personal docente.

Que todo esto y mucho más puede y debe representar el decreto creando las pensiones en el extranjero, como luego veremos.

Pero antes de verlo, estimo que la posición más natural, más racional y lógica, á que me refiero, habría sido, descontando por adelantado, es decir, antes aún de formular concretamente la reforma en la *Gaceta,* las dificultades con que un buen éxito de la misma habría de tropezar, una vez hecha, ver si podía mejorarse, investigando en la experiencia realizada, si no hay en el decreto de creación de las pensiones alguno ó algunos obstáculos artificiales, que entorpecen seriamente su aplicación en el grado máximo que fuera de desear. Y de haberlas, sencillamente quitarlas; aunque para ello hubiere necesidad de modificar de arriba á abajo toda la estructura del decreto.

Y la investigación imparcial de las disposiciones del decreto de que hablamos señala sin duda, en su articulado, defectos capitales de tal índole, que pueden acaso hacer estéril la buena intención con que aquél se ha dictado.

En efecto, en este país donde la pereza intelectual y aun la otra, la física, la de moverse, nos domina, donde son pocos pero muy pocos los que sienten aquella vocación firme y decidida que exige el estudio, la profesión de la ciencia, el ejercicio de la enseñanza, cuando no se toma ésta como una simple colocación segura, ó que asegura, y perdónoseme la palabra, el garbanzo, sino como un verdadero sacerdocio social, lleno hoy por hoy de grandes sacrificios, en este país, digo, era necesario al organizar las pensiones de viaje, hacerlo sin traba alguna, solicitando la buena voluntad donde la hubiere, sin desatender, claro es, aquel género de garantías indispensables, sobre todo, en el caso de que fueran varios los candidatos.

Pues bien, el decreto no ha hecho eso; hay en él una traba, puesta sin duda con excelente intención, pero que mata en flor lo mismo que el decreto busca, y que además revela que no se ha estudiado bien las condiciones propias de los futuros candidatos, mejor aún, de los posibles candidatos á pensionados universitarios.

***

En el decreto, con ánimo sin duda de seleccionar el personal de pensionados, con la buena intención, repito, de llamar á las pensiones los mejores estudiantes, y á fin de que los llamamientos atrajesen á estudiantes actuales, ó que han dejado apenas de serlo, se pide y exige para aspirar á una pensión universitaria haber obtenido el *premio* extraordinario en la licenciatura ó en el doctorado de la Facultad ó sección respectiva, y en el año ó curso corriente ó en el inmediatamente anterior. Lo cual limita de tal manera el círculo de los aspirantes posibles que, en efecto, en muchas Universidades no los hay, quizá no los puede haber, v. gr., porque en aquel año y en el anterior, á nadie le hubiera convenido aspirar al premio extraordinario, ó porque el joven ó los jóvenes premiados —dos ó tres á lo sumo en alguna Universidad—no tengan afición al profesorado, que es para lo que todo el mundo ha entendido que preparan y orientan las pensiones.

La supresión de esa traba debiera dictarse en seguida. Mientras exista, puede estimarse que el decreto sobre pensiones está poco menos que muerto. Aun sin esa traba habrá pocos aspirantes, hasta que vayamos haciendo costumbre, que aún costará no poco tiempo.

***

Esto sin contar con que no hay nada que justifique la limitación indicada, en cuanto á la exigencia del premio extraordinario; se equivoca á mi ver, quien estima estos premios y cualquier otra distinción académica por el estilo, como señal indudable de extraordinaria superioridad intelectual; sobre todo, como indicación segura de una vocación desinteresada por el estudio. Aunque, claro es, no puede formularse una regla general, sin embargo, es frecuente que el estudiante que estudia por amor al arte no se pague demasiado de esas exterioridades, pudiendo afirmarse que aquel joven que les con-

cede demasiada importancia no es el hombre de vocación que se necesita mandar al extranjero.

Pero aun prescindiendo de esto, siendo evidente que hay jóvenes no premiados por modo extraordinario, que valen mucho, que tienen vocación verdadera, ¿á qué privarlos del derecho de pretender en buena lid—si la hay—una pensión en el extranjero? Si se ha visto prácticamente que los premiados no quieren ó no pueden perfeccionar sus estudios fuera de España, ¿no es una pena que hayan quedado vacantes por falta de premiados animosos ó de vocación científica, más de cuarenta plazas el año pasado, cuando acaso habría jóvenes sin premio, pero con buenos deseos, que habrían solicitado y cubierto, no todas, pero sí algunas de esas vacantes?

En cuanto á la limitación del tiempo, es decir, la exigencia de que el aspirante haya de haber sido premiado en uno de los dos últimos cursos, es una limitación, acaso razonada en principio, pero es demasiado corto el plazo. De mantener la limitación en cuanto al tiempo en que el aspirante habría de haber terminado su doctorado, tendría que ampliarse más el termino: lo menos á cinco años.

Porque no hay más remedio: si se quiere llevar la reforma á sus naturales y deseables consecuencias, de *lanzar* á los centros de enseñanza de los pueblos cultos un numeroso contingente de jóvenes, hay que ampliar muchísimo, todo cuanto se pueda, la esfera de donde hayan de reclutarse los aspirantes.

Por eso también convendría modificar la manera de hacer efectiva la pensión, haciendo que éstas se pagasen en *oro*; realmente, no es aventurado pensar que algún estudiante se haya retraído de acudir al llamamiento universitario, ante el temor, nada infundado, de que las oscilaciones de los cambios convirtiesen en una cantidad de *francos* muy baja, demasiado baja, las *pesetas*, suficientes si cada una valiera un franco, de la pensión.

*
* *

Esto en cuanto al decreto de pensiones, que en cuanto á la reforma en sí misma, ó mejor, en cuanto á lo que con el decreto parecía pretenderse, habría mucho, pero muchísimo más que decir. No se trata, ó mejor, no debiera tratarse, como ya indiqué más arriba, de una medida aislada: aun así, el decreto sería plausible, por aquello de que «vale más algo que nada», y porque al fin, creadas las pensiones, alguna vez habrá quien saque de él todo lo que se puede sacar. Pero es indudable que el decreto sería «miel sobre hojuelas», si al dictarlo se obedeciese á un plan meditado, en virtud del cual la pensión en el extranjero habría de ser, sobre todo, el año ó los años de aprendizaje del futuro maestro normal, de Instituto ó de Universidad y hasta del maestro de primera enseñanza de España, amén del año ó años de preparación del hombre de trabajo, del investigador y del científico.

Yo, un poco optimista quizá, declaro que me imaginé siempre que la creación de pensiones en el extranjero era, sobre todo, el primer paso en la reforma interna pedagógica de la *formación* del profesorado español. Se empieza por poco, me decía; por más, sin embargo, de lo que podría esperarse, dada la incultura gubernamental corriente; pero al fin se empieza. Tras este decreto vendrá, á la larga, la condenación práctica del régimen de oposiciones: ¿qué mejor oposición que dos años —uno sería poco—de estudios en el extranjero? ¿Qué más podrían querer las Universidades que ver en sus aulas á sus hijos predilectos acabados de formar en los centros de superior cultura del mundo? (1).

Cierto es que para llegar al ideal, es decir, al pensionado bien preparado, bien formado en un serio aprendizaje pedagó-

(1) Cuán lejos estamos de este ideal, á lo menos, si nos atenemos á ciertas manifestaciones oficiales, puede calcularse leyendo algunas de las bases formuladas para codificar la legislación sobre enseñanza. Se dice que el ingreso en todos los órdenes y clases del profesorado oficial será exclusivamente por oposición. ¿Ni siquiera se dejará á salvo la excepción de la ley de 1857 para los hombres de alta competencia científica? Ese pre-

gico y de investigación científica, sería preciso hacer muchas cosas aquí, á fin de que nuestros jóvenes pensionados se fueran al extranjero en las mejores condiciones posibles de cultura, de orientación; cierto que no basta mandar á un joven, dejado á sí mismo, á París, ó á Berlín, ó á Oxford, para que vuelva hecho un profesor acabado; pero, pensaba, todo se andará. Se han de ver de un modo tan palmario los encadenamientos indispensables de las reformas necesarias, que pronto se pondrá mano á la obra, y de este decreto modestísimo, dado tan sin pretensiones, acaso surja ó brote la regeneración—y ustedes perdonen la palabra, tan manoseada y desacreditada —de nuestra enseñanza, sobre todo de la universitaria.

***

Y puesto á soñar, veía yo en las penumbras de la posibilidad muchas cosas: veía, por de pronto, reformados de una manera radical los doctorados de todas las Facultades, y convertidos en virtud de las reformas efectuadas, después de vencidas las naturales dificultades, en verdaderas Escuelas normales del profesorado de segunda enseñanza y de Facultad; cómo de los doctorados habían de salir los pensionados extranjeros, se había querido levantar hasta el límite de lo posible el nivel de los estudios, á fin de que aquéllos aprovechasen más y mejor su viaje. Habían desaparecido las antiguas asignaturas y cada doctorado era un grupo de enseñanzas, de investigación, un grupo de laboratorios, al frente de los cuales estaban los distintos maestros, formando el doctorado de cada Facultad

---

cepto tan terminante, ¿excluye la probabilidad de pensar en la organización de un procedimiento de *formación* del profesor? Es de esperar que, si al fin el proyecto de ley se llega á discutir, habrá en el Parlamento quien *transforme* esa disposición tan cerrada en otra más de acuerdo con las exigencias pedagógicas del reclutamiento del profesorado oficial. El cambio de gobierno quita oportunidad á esta nota... pero sólo hasta cierto punto, y por eso la dejo.

una institución sustantiva con vida propia, hasta en edificios especiales, con su biblioteca especial, sus revistas en gran número y sus ejercicios pedagógicos... ¡Qué tesis escribían los jóvenes alumnos! Eran verdaderos libros de investigación personal, nutridos de erudición y de doctrina.

Y luego veía más, mucho más: ¡si hasta me parecía imposible ni aun en sueños!

***

Pero es lo cierto que aquel famoso decreto, germen modestísimo, se había ido desarrollando de tal manera, que al fin daba de sí todos, todos los apetecidos frutos.

¡Ya no iban sólo cinco jóvenes entusiastas y decididos á pasar un año en cualquiera de los centros científicos ó universitarios del extranjero! Habían desaparecido todas las trabas, y no pasaba un año sin que fueran lo menos cincuenta ó sesenta doctores á las grandes Universidades extranjeras y regresaran otros tantos, después de haberse dedicado uno ó dos años á los trabajos de investigación, relativos á la materia de su especialidad. Por tal modo, con ese plantel constantemente renovado de hombres de ciencia en donde elegir el profesor, las Universidades españolas, aunque todavía en esfera muy modesta, pues se trata de una transformación harto radical, profunda, compleja y difícil, para que pueda cumplirse en poco tiempo, empezaban á realizar la misión que indicara la Asamblea de Valencia, resumiendo las aspiraciones mil veces acariciadas por cuantos querían convertir á aquéllas en verdaderas fuerzas vivas del país: empezaban, digo, las Universidades á dedicarse «al cultivo de la ciencia pura por medio de la más alta y desinteresada investigación, siguiendo de cerca el movimiento científico del mundo culto y tomando parte activa en él»; y sin fijarse demasiado en el carácter profesional de algunos de los estudios universitarios, las Universidades procuraban contribuir cada día con mayor calor y decisión á «la

elevación del nivel moral é intelectual del país por medio de la educación completa de los alumnos, por la difusión de los procedimientos de investigación y de la cultura general entre los que no pueden concurrir á las aulas y por su concurso en todas las empresas de acción social» (1).

*
* *

Naturalmente, esas generaciones de jóvenes que constantemente nos devolvían las Universidades inglesas y alemanas, y aun las francesas, que poco á poco se iban apoderando de las cátedras en nuestras Universidades, traían en la cabeza—y en el corazón—una manera de ver y de sentir la Universidad y la misión de la Universidad, harto distinta de lo que imperaba en tiempos que mi delirio optimista me hacía estimar como pasados. Ya su estancia en los doctorados reformados había preparado á los peregrinos de la ciencia para entender bien la nueva vida universitaria; pero la estancia en Oxford, ó en Berlín, ó en Leipzig, los había acabado de convencer de la necesidad de orientar la labor de la Universidad en un sentido completamente distinto del para ellos inmediatamente tradicional.

Se creía antes, solían decir algunos á su regreso á la patria, que la tarea de la Universidad empieza y acaba con la cátedra: se ha tenido como ideal del profesor bueno el que no deja un solo día de *labrar* sus horas de lección pronunciando un elocuente discurso, y que luego no se acuerda más de que es un representante de la sociedad en la función muy compleja de la educación nacional; era corriente estimar que entre el profesor, sentado en su sillón, más alto que el nivel del suelo del aula, y el discípulo, colocado en los escaños no siempre cómodos de

(1) Conclusiones propuestas por el Sr. Sela, representante de la Universidad de Oviedo, en la Asamblea universitaria de Valencia y aprobadas por ésta.

la clase, no siempre confortable ni clara, mediaba una distancia que no hay modo de franquear, por ser como en cierta ocasión decía Mr. Lavisse (1), el profesor «un personaje solemne, inaccesible, y el día de los exámenes, hasta enemigo», llegando algunos á limitar la acción de conjunto de la Universidad misma, sobre todo como escuela de abogados ó de médicos, á una acción puramente mecánica y preparatoria del ejercicio de una profesión.

Pero ahora todo había cambiado, y nuestros pensionados, al regresar á España, solían repetir, cada cual en sus términos, esta idea exactísima que en el Congreso de Economía social de Junio de 1902, había expresado elocuentemente el profesor de París Mr. Saleilles: «Preguntad á Inglaterra, preguntad á Alemania, cuál ha sido y cuál es todavía el papel de las Universidades. Nada tengo que enseñaros en este punto: sabéis tan bien como yo cuál es el ideal inglés. Se trata, por ejemplo, en Oxford, de hacer un buen *Lawer* ó un excelente práctico. Bien sabido es que no es tomando notas en un curso magistral como puede aprenderse el manejo de los negocios. Sea cual fuere la parte á que se consagra un *oxfordman,* ya estudie griego, ya filosofía, ó historia constitucional de su país, ó bien la evolución del derecho inglés, lo que la Universidad procura hacer de él es un perfecto *gentleman.*»

«Y lo mismo ocurre con las Universidades alemanas, ya se trate de Berlín, ya de Leipzig ó de Heidelberg, de Göttinga ó de Bonn. Atienden mucho menos á hacer abogados ó jueces, lo que no se logra sino mediante la práctica, por vía de una estancia al lado de los hombres de negocios, que á hacer hombres de ciencia armados de buenos métodos para la práctica de la vida» (2).

---

(1) En un discurso á los estudiantes de París.

(2) Memoria acerca de *Les methodes d'enseignement du droit et l'education intelectuelle de la jeuneusse.*

Y puesto á soñar... despierto, con gran esfuerzo de imaginación, aunque expuesto á dar una tremenda caída desde el mundo de las ilusiones al triste mundo de las realidades, veía yo la obra de las pensiones extranjeras, en la que tanto espero, llevada á un extremo admirable, gracias á la persistencia noble del Ministro (que al fin se había dado cuenta de su inmensa importancia) ayudado por unos cuantos Fúcares, modestos imitadores de Mr. Carnegie. Me imaginaba yo una cosa, después de todo posible, y que venía á ser el complemento perfecto de la reforma iniciada por el Sr. Conde de Romanones.

En fin, lo que yo me imaginaba era esto: que habíamos fundado en París, en Berlín y en Oxford, tres colonias universitarias, ó mejor, tres colegios, tres casas en el estilo del Colegio de Bolonia, si éste fuera como debería de ser. Un profesor de los más distinguidos de las Universidades de España estaba al frente de cada uno, y á él iban los distintos pensionados de nuestros Centros de enseñanza; en ellos residían de ordinario, cuando no se creía preciso que alguno de aquellos residiese en otra ciudad por tener que seguir la enseñanza de cualquier profesor eminente, ó efectuar tales ó cuales trabajos especiales.

La misión de estos Colegios, misión tutelar, directiva, completábase con otra no menos importante, cual era la de unificar la acción de las Universidades mismas, por cuanto éstas mantenían una relación constante por medio de los Directores de los Colegios españoles, con los grupos de trabajadores que en los mismos vivían, ó que si vivían en otra ciudad distinta, tenían en el Colegio respectivo su amparo más inmediato.

***

Pero tiempo es ya de volver á la realidad y de abandonar esos terrenos libres de los sueños, esas verdaderas utopias, esos ideales lejanísimos, que sólo en un momento de extraor-

dinario optimismo puede uno permitirse señalar como posibles entre nosotros.

La verdad positiva, la actualidad triste, no del todo negra, sin embargo, pues no puedo resignarme á ser pesimista en absoluto, á pesar de todos los argumentos que hay para ser pesimista, y del género más desesperado, la verdad positiva, repito, es la expuesta al principio de este artículo: el decreto de pensiones, con sus trabas... y por ahora nada más.

Digo si se podrían citar muchas cosas más, tantas y tantas; pero por hoy basta ésta. De ellas, acaso se hablará otro día, que el campo de nuestra educación nacional tiene mucho en qué poner mano, y mucho con qué alimentar ese maldito espíritu pesimista.

*
* *

Y demos vuelta á la hoja. Salgamos de España para recoger una nota de esas que conviene divulgar en cuanto representan uno de esos grandes contrastes desconsoladores, pero que es necesario señalar para ver si alguna vez á fuerza de repetirlos se convierten en contrastes animadores...

La nota de hoy la encuentro en uno de los últimos números de la *Revue internationale de l'enseignement*, de París, y se refiere á la distribución hecha de cinco millones de francos, parte del donativo de Mr. Carnegie, uno de los *grandes ricos* contemporáneos, á las Universidades escocesas.

Universidad de *Edimburgo:* 1.437.500 francos, distribuídos en esta forma: construcciones de laboratorios de física, patología, bacteriología, 1.000.000; enseñanza de las lenguas vivas ú otras, 312.000; compra de libros para la biblioteca, 125.000.

Universidad de *Glasgow:* 1.375.000 francos, distribuídos como sigue: construcciones de laboratorios de física, de fisiología, de química, etc., 1.000.000; fundación de una cátedra de geología, 187.500; enseñanza de las lenguas vivas y otras, 62.500; compras para la biblioteca, 125.000.

Universidad de *St. Andrews:* 1.062.500 francos, distribuídos de este modo: laboratorios, 375.000; enseñanza general, 25.000; enseñanza de lenguas vivas, 312.500; compra de libros, 125.000.

Universidad de *Aberdeen:* 1.125.000 francos, distribuídos en esta forma: laboratorios, 125.000; enseñanza general, 562.500; enseñanza de lenguas vivas, 312.500; compras para la biblioteca, 125.000.

Y cuenta que aparte de estas respetables cantidades, el Comité que administra los fondos se ha reservado—y aquí del contraste en el punto más fuerte—una suma de 125.000, para destinarla á propuesta de los Senadores académicos de las Universidades, á un cierto número de *pensiones de estudio y de viaje* para los jóvenes que más se distingan en sus trabajos.

Además, debe advertirse que estas cantidades que aquí tienen que parecernos casi fabulosas, no son donativos por una sola vez; los cinco millones de francos de cuya distribución damos cuenta, representan parte de la renta del regalo de 50 millones de Mr. Carnegie; otra parte de la renta, unos 600.000 francos, se ha destinado á adelantar el dinero necesario para los gastos de estudios de 2.441 estudiantes, de los 3.600 que lo han solicitado, habiendo habido un estudiante que ha podido reintegrar ya á la Universidad el adelanto pecuniario con que fue favorecido.

Esto es, prescindiendo de otras cosas: las Universidades escocesas, que viven y funcionan en un país donde lo de la *regeneración* no es precisamente un programa de acción, por lo menos en las condiciones en que tiene que serlo para nosotros, porque ya se viene regenerando por modo natural desde Dios sabe cuánto tiempo hace, y que no ha experimentado ningún reciente desastre de que tenga que levantarse á fuerza de... medidas extraordinarias, como tuvo que hacer Francia á raíz de 1870, creen que es indispensable destinar una cantidad tan importante como la de 125.000 francos á pensiones de es-

tudio y de viaje, y nosotros... véase toda la primera parte de este artículo.

El contraste no puede ser más fuerte.

Digo si aún podríamos señalar otros; ¿pero á qué insistir demasiado? Me bastará uno más, uno solo.

Las cuatro Universidades escocesas han estimado de igual manera el valor de uno de los instrumentos de trabajo más indispensables en toda Universidad, en todo centro de enseñanza: la *Biblioteca*. ¿Qué hacer? ¿Cómo enterarse de lo que pasa en el mundo sin una biblioteca nutrida, rica, en renovación constante, abierta á todos los vientos para recibir de todas partes los últimos libros y las revistas todas que puedan tener algún interés, con más los mismos periódicos más importantes de los principales países? ¡Una biblioteca! Casi nada. ¡Y que no cuesta dinero tener una biblioteca regular á la altura de las necesidades más elementales del estudio serio y bien orientado de cualquier ramo del saber!

La prueba nos la presentan los votos idénticos de las cuatro Universidades escocesas. ¡125.000 francos destinan cada una á la compra de libros para sus respectivas bibliotecas! En junto: ¡500.000 francos!

De ahí á las *mil* pesetas de que dispone al año una Biblioteca provincial universitaria que cuenta con más de cuarenta mil volúmenes, como la de Oviedo, la distancia es tan enorme que no necesita comentarios.

Se dirá: pero ¡si somos unos pobres! En cambio ellos, los escoceses, son muy ricos, y por si no lo fueran bastante, les mandan los millones de América en abundancia.

Todo eso es verdad, pero en parte, nada más que en parte. Mil pesetas de subvención para una gran biblioteca provincial y universitaria, maestros de escuela con menos de cien pesetas de sueldo al año, unos millones de... analfabetos como premio, amén de tantas otras calamidades que tienen el mismo origen... ¡Quién lo diría! ¿Lo podría presumir el viajero que al llegar á Madrid por la estación del Mediodía contempla el archi-

lujoso edificio destinado á Ministerio de Instrucción Pública y de Agricultura, con su *verja* magnífica, costosísima?

En efecto, somos pobres, y jamás podríamos ser tan espléndidos con los libros como lo son otros pueblos; pero más que pobres somos gastizos, manirrotos, pródigos hasta el escándalo en el lujo de relumbrón, y mezquinos, miserablemente mezquinos para los gastos necesarios, pero que no *lucen* á los ojos de las gentes que forman el coro ó que llenan la galería.

Adolfo Posada.

Oviedo, Diciembre de 1902.

CONTRA EL PURISMO

Hay que volver á levantar voz y bandera enfrente y en contra del purismo casticista, de esta tendencia, que mostrándose á las claras cual mero empeño de conservar la castidad de la lengua castellana, es, en realidad, solapado instrumento de todo género de estancamiento espiritual; y lo que es peor aún, de reacción entera y verdadera.

El más claro testimonio del enorme yermo de decadencia y de ramplona fruslería por que atràviesa el pseudo-pensamiento español contemporáneo, nos lo da la extensión alarmante que van tomando las disputas gramaticales y el insustancial ojeo de gazapos de lenguaje (1). Cuando se pierde la fe, se cae en la superstición fetichista; cuando se secan las ideas, quedan sus coberturas.

El que dijo que toda disputa se reduce en última instancia á una cuestión de palabras, dijo una relativa verdad. Harto más acertado anduvo Proudhon al afirmar que en el fondo de toda discusión hay un problema teológico. En este mismo caso del purismo ó casticismo castellano puede decirse que, en último término, es una cuestión teológica la que se debate; y á

(1) Téngase en cuenta que este artículo fue escrito hace ya algún tiempo. Después ha menguado mucho el mal y hasta podría decirse que va desapareciendo. Aun así y todo, dejo el artículo como estaba escrito, sin modificarlo en aquellas partes en que podría hacerlo, alterándolo acaso muy sustancialmente.—*N. del A.*

quien le pareciere esto una paradoja, con su pan se lo coma, que yo no voy á explanarlo aquí ahora.

Lo del purismo envuelve una lucha de ideas; se tira á ahogar las de cierto rumbo, pretendiendo obligar á que se las vista á la antigua castellana, seguros los que tal pretenden, de que así han de desfigurarse y perder su más exquisita eficacia. Hay que ponerse en guardia frente á esa monserga de los odres y del vino viejos y nuevos. Los falsificadores lo dan viejo en odres nuevos; y los locos se empeñan en encerrar al nuevo en viejos odres.

*
* *

Nada más apetecible al parecer que la más perfecta adecuación posible entre la forma y el fondo, su acabada y exacta correspondencia, el que no sea aquélla otra cosa más que la trasparente exteriorización de éste. Pero ésta es una concepción estática; y como tal, excluyente de progreso; todo dinamismo lleva consigo, entre otros pasajeros desequilibrios, el que se produce entre el fondo y la forma que lo expresa, ya que no es posible que marchen á compás y á la par ambos, por estar contra las leyes de la evolución tal marcha. Por debajo del fondo constituído y hecho ya, hay, siempre que ese fondo sea vivo, otro que se está haciendo y pide forma. La forma marcha á remolque del fondo de ordinario; en inverso sentido suceden las cosas en desgraciados casos. Rechazar lo informe es querer ahogar el progreso de la vida.

Épocas y países clásicos son aquellos en que una perfecta correspondencia entre la civilización y la cultura produce una perfecta adecuación entre el fondo y la forma de cada una de sus manifestaciones. Llamo aquí civilización al conjunto de instituciones públicas de que se nutre el pueblo oficialmente, á su religión, su gobierno, su ciencia y su arte dominantes; y llamo cultura al promedio del estado íntimo de conciencia de cada uno de los espíritus cultivados.

Nuestra actual época en nuestro país no es clásica ni mucho menos; porque aquí la civilización y la cultura no están de perfecto acuerdo, ó cuando menos, somos muchos ya los que vivimos en un estado de conciencia discorde con la trama de las instituciones y de las concepciones públicas confesadas. Los que así vivimos, tenemos el deber de luchar por nuestra emancipación; y á la vez, el de despertar en los esclavos inconcientes la dormida conciencia de la esclavitud en que vegetan.

Referida la tesis del antipurismo á sus términos más sencillos, se reduce á esto: hay que hacer la lengua hispánica internacional con el castellano; y si éste se nos muestra rehacio, sobre él ó contra él.

El pueblo español, cuyo núcleo de concentración y unidad históricas dió el castellano, se ha extendido por dilatados países; y no tendrá personalidad propia mientras no posea un lenguaje en que, sin abdicar en lo más mínimo de su peculiar modo de ser cada uno de los países que lo hablen, hallen en él la más perfecta y adecuada expresión á sus sentimientos é ideas.

Si no ha de llegarse á esto, harán mejor el gallego, el catalán y el vasco, en escribir en sus nativos idiomas y en cultivarlos. Y hacen bien los hispanoamericanos que reivindican los fueros de sus hablas, los que en la Argentina llaman idioma nacional al brioso español de su gran poema el *Martín Fierro*. Mientras no se internacionalice el viejo castellano, hecho español, no podremos vituperarles los hispanoespañoles. Obran muy cuerdamente los hispanoamericanos al ir á educarse en París; porque de allí, por poco que saquen, siempre sacarán más que de este erial; ya que lo que aquí puede dárseles, la materia prima de su lengua, la llevan consigo.

En Inglaterra, en la vigorosa patria de Robinsón (que la llevaba consigo), opónese al estrecho espíritu de la *little England*, de la pequeña Inglaterra, el amplísimo del *english-speaking folk*, del pueblo que habla inglés. Aquí hay que presentar frente al patriotismo de la vieja España el hispanismo, al

cual sólo se llega por absoluto libre cambio de ideas y de lenguaje con los demás pueblos cultos.

Hase dado recientemente, y con ocasión de dolorosos sucesos, en lamentar lo que se llama por unos nuestro aislamiento, y nuestra neutralidad, por otros. No ven los que así se lamentan que ese aislamiento en la política internacional no es sino reflejo de aquel otro, mucho más hondo, en que vivimos en la vida de la cultura espiritual, recibiendo traducida la letra muerta de lo de fuera, pero cerrándonos á su espíritu. ¿Qué vamos á hacer con pueblos que no hablan en cristiano, que no beben Valdepeñas ni saben lo que es una verónica, y que son capaces de aguantar, sin dormirse, á cualquier tío raro?

*
* *

El futuro lenguaje hispánico no puede ni debe ser una mera expansión del castizo castellano, sino una integración de hablas diferenciadas sobre su base, respetando su índole, ó sin respetarla, si hace al caso.

Y hay, además, otro aspecto de la cuestión, y es que como hoy ningún pueblo puede vivir aislado si quiere vivir vida moderna y de cultura, ningún idioma puede llegar á ser de verdad culto sino por el comercio con otros, por el libre cambio. El proteccionismo lingüístico es á la larga tan empobrecedor como todo proteccionismo; tan empobrecedor y tan embrutecedor.

Un español culto del siglo XXI, no sólo no podrá hablar ni escribir en el castellano castizo del siglo XVI — hoy tampoco podemos hacerlo,—sino que ni aun en una lengua formada en la línea de aquel castellano, y sin salirse de sus derroteros. La razón me la callo por ahora.

Hay quienes creen que la más profunda revolución que trajo la reforma protestante fue la debida al empleo de las lenguas vulgares en los oficios religiosos; que lo más genial de Lutero fue su traducción de la Biblia. Y así también cabe sos-

tener que, una de las más profundas revoluciones que pueden hoy traerse á la cultura (ó lo que sea) española, es, por una parte, volver en lo posible á la lengua del pueblo, de todo pueblo español, no castellano tan sólo, es cierto; mas, por otra parte, inundar al idioma con exotismo europeo.

La lengua es una forma, y como tal sujeta á los cambios del fondo á que da expresión. Y tal pudieran venir las cosas, que verificada honda trasformación en el fondo se resistiera la forma á ella, produciéndose de esta disidencia desgarros y dislocaciones. El proceso del gusano á mariposa, pasando por crisálida, es lento, pero es violenta la rotura del capullo en que aquél se encierra. La palabra, que protege á la idea primero, la ahoga muchas veces después.

Hablando no sé dónde Spencer de la superstición lingüística, recuerda á aquellos indios que al ver las maravillas del arado lo pintarrajearon para colgarlo y hacer de él un fetiche á que rendir adoración. Y esto lo dice Spencer precisamente á propósito del fetichismo lingüístico.

A menudo se oye, sobre todo entre periodistas, esta frase: lo primero que hace falta para escribir es gramática. Es la alcahuetería de que se sirven muchos para eximirse de pensar. Con algo de filología, verdaderamente científica, se les curarían esos prejuicios gramaticistas.

***

¿Que el núcleo del futuro lenguaje hispánico, el núcleo procedente de la dirección central, la ortodoxa, será el castellano castizo?

Es lo probable, siempre que no sobrevenga alguna sustitución nuclear, que se dan casos de ello. Mas de todos modos, la vida se debe á los excitantes, y hasta á las intrusiones de las corrientes heterodoxas. Las lenguas, como las religiones, viven de herejías. El ortodoxismo lleva á la muerte por osificación; el heterodoxismo es la fuente de vida. Y así que una

herejía se constituye á su vez en ortodoxia, cosa perdida. Defendamos á la herejía por ser herejía, por su mera cualidad de herética.

¿Que una lengua sometida á los torbellinos heréticos acabaría por morir? Si tal era su destino, bien muerta estaba; y tal sería, á no resistir tales torbellinos. Mas no, no haya cuidado; no muere una lengua así como así. Llámase al latín lengua muerta, mientras vive vida más rica y profunda que en la llamada literatura clásica latina; vive en los romances. Las modernas lenguas neo-latinas, constituyen el latín; son el latín diversificado. Y ¿quién sabe si no se integrarán un día, brotando de tal integración un glorioso sobre-latín que sea al de Virgilio, Cicerón y Tácito, lo que es la mariposa que se baña en aire soleado, al gusano que se arrastra bajo tierra?

Nada más instructivo á mi actual propósito que la historia del proceso del latín á los romances. A medida que el latín fue extendiéndose, llevado por el pueblo romano á las nuevas tierras que iba conquistando éste, fue cayendo en oído y boca de gentes diversas, que oyéndolo, extendiéndolo, pronunciándolo y construyéndolo de diversos modos, según la diversa índole de cada uno de ellos, llegaron á constituir diferentes latines, latines diferentes qu e en su conjunto formaron el bajo latín. Caracterizan á éste, por oposición al latín clásico—mucho más pobre que él,—una vigorosa fecundidad patentizada en el extraordinario juego de afij os y sufijos, y en un gran desarrollo de la derivación nominal y de la verbal, y una enorme intrusión en él del elemento bárbaro, germánico sobre todo. Basta recorrer ligeramente el *Glosarium mediae et infimae latinitatis,* de Ducange, para ver cuánto elemento germánico latinizado entraba en el bajo latín. Cicerón se habría escandalizado si hubiese oído aquel *intertenere,* bárbara traducción literal del *unterhalten* germánico, traducción bárbara de que hemos hecho nuestro *entretener.*

Gracias á ese desarrollo del neologismo, del barbarismo y del solecismo en el bajo latín, pudieron brotar los romances;

del antiguo latín clásico jamás habrían surgido (1). La causa de todo ese proceso fue la corrupción del latín en boca de extranjeros; la invasión en él, como en el pueblo que lo hablaba, del elemento bárbaro. ¡Qué falta nos hace hoy en España una invasión como aquella!

Es que en las lenguas, como en los organismos superiores, la propagación viva sólo se cumple merced á generación sexuada, á la conjunción de elementos diversos, aunque el desarrollo del embrión se haga en el seno de uno de los progenitores, del que hace de madre. Y así como hay hembras de animales que esquivan y rehuyen la acometida del macho, así hay también lenguas que la resisten. Mas, bien claro está qué es lo que hay que hacer para fecundarlas.

*
* *

¿Que todo puede decirse en castellano corriente y moliente á todo ruedo? No es verdad, y precisamente porque no es verdad es por lo que se defiende el purismo; porque se vislumbra, cuando no se sabe claramente, que hay cosas que pierden su eficacia al querer reducirlas á castizo castellano. Se busca el modo de atenuarlas y hacerlas inocentes; se trata de amañar así caldos de cultivo para inocular á un pueblo un suero que le ha de librar del supuesto virus, del regenerador sarampión, en realidad.

Desafío á cualquiera á que traduzca á Hegel ó á Schleiermacher en castellano correcto y limpio, sin desfigurar el pensamiento traducido ni matar su matiz propio; á que traduzca algo más que el seco esquematismo de sus doctrinas. En realidad, nada hay perfectamente traducible, y esto lo sabemos bastante bien los que profesamos la enseñanza de alguna lengua. Apenas hay en dos lenguas diversas dos vocablos sinóni-

(1) Esta concepción me parece hoy un tanto aventurada y no muy exacta.—*N. del A.*

mos, sobre todo si se refieren á términos abstractos, que tengan ni igual extensión ni igual comprensión; sus respectivos contenidos se expresan bien por dos círculos secantes entre sí, que teniendo campo común, conservan sendas secciones peculiares.

Las lenguas son en todo rigor intraducibles, pero no impenetrables; cabe comercio en ellas. Ahí está la lengua más admirable acaso, la más expresiva tal vez, la más rica seguramente, y en el rigor etimológico de la palabra, la más *perfecta,* es decir, la más hecha, la que en el proceso que siguen los actuales idiomas cultos, á partir de sus matrices, más adelantada está; ahí está el inglés, una lengua de presa y de libre cambio. Toma donde encuentra, y con pronunciarlo á su modo, hágote inglés. En su léxico, cabe todo lo que recoge en los vastísimos campos por que se extiende y donde penetra. Hála enriquecido, además, su misma falta de pureza, la mezcla en ella de elemento anglo-sajón con elemento latino-normando, elementos que emplea de ordinario, aquél para los conceptos familiares, los primarios y los espontáneos, éste para los secundarios y reflejos. Así llama, v. gr., *worth* al valor de uso, y *value* al valor de cambio. De la lengua de lord Macaulay á la de Carlyle va una enorme diferencia, y todo es inglés. Y este mismo Carlyle, ¿no prestó acaso uno de sus mayores servicios á su patria plagando la lengua de ésta de todo linaje de germanismos, de metaforismos neológicos y hasta de verdaderos barbarismos?

Sólo un límite tiene la libertad lingüística, y límite libre en cuanto es, más bien que impuesto, nacido de la necesidad de las cosas. Este límite es la inteligibilidad de lo que se dice (1).

Mas hay que saber entender y apreciar á la vez esto de la

(1) Hoy creo que puede y debe señalarse otro límite además del límite de la inteligibilidad. Es preciso hacer que las cosas que digamos sean inteligibles *con el menor esfuerzo posible* de parte del lector, y además que las lea con agrado.—*N. del A.*

inteligibilidad, porque si todo el que habla ó escribe debe, en provecho propio, cultivar sus explicaderas, debe el que oye ó lee, también en propio provecho, cultivar sus entendederas, sacudiéndose de la pereza mental.

Mal negocio esto último en país de tan enorme pereza intelectual como el nuestro, en pueblo tan insugestible que quiere se le dé todo mascado y ensalivado, y hasta hecho bolo deglutible para no tener más que tragárselo. ¡Hay tantos que aunque leen no *prenuncian!*

A nadie se le ocurre exigir que se escriba de química orgánica, pongo por caso, de manera que lo entienda cualquier peón de albañil; pero se supone, con evidente error, que en tratando de obras de arte la cosa varía. ¡Como si quien ha cultivado su espíritu en el sentido de la filosofía científica moderna pudiera ver el mundo, como artista, con los ojos del inculto, ó con los del casticista nutrido de pseudo-escolasticismo más ó menos disfrazado, y que de lo demás sólo la letra muerta conoce!

Hácese lenguas todo el mundo, y con mayor ardor los que menos atentamente los han leído, de la lengua con que los místicos castellanos expresaban los más recónditos y sutiles conceptos psicológicos, al zahondar en los repliegues del espíritu; mas sin meterme á discutir lo que haya de hondo y de original en la psicología de estos místicos—punto de no poca discusión y en que hay sus más y sus menos, — me atrevo á afirmar redondamente que no se puede traducir á su lengua la psicología de Hegel, la de Herbart, la de Wundt ó la de James; que para escribir de psicología moderna en aquel lenguaje, ó en otro que mantenga su alma, ó hay que violentar á la psicología ó al lenguaje. ¡Harto lo saben los que aparentan defender nada más que los fueros del castizo lenguaje castellano!

Para los que quieran divertirse un rato y sepan alemán, guardo un vocabulario de términos psicológicos alemanes modernos, con exposición del matíz de cada uno de ellos, para

que los pongan en castellano de San Juan de la Cruz ó de Fray Luis de Granada. A lo que se me dirá que puede hacerse la experiencia inversa con análogo resultado, y aunque acá, para mi capote, dudo mucho de la tal analogía, esto sólo argüirá en todo caso contra el casticismo alemán, tan malo como todo casticismo si no se mantiene en sus propios límites.

Si no en el caso concreto este de la psicología, ni en general en nada que se roce con la ciencia, no cabe negar que hay aspectos en que somos intraductibles. Por algo se han casi universalizado nuestros vocablos *pronunciamiento, torero* y otros, y por algo intercala Amiel más de una vez en su francés ginebrino la palabra española *nada,* encontrándola sin duda más expresiva que el *rien* francés.

El espíritu general de nuestra gente letrada, no hay que darle vueltas, está todavía en el período pre-kantiano, no se le han batido las cataratas, y si sale del realismo sancho-pancesco es para dar en quijotesco idealismo, posiciones ambas que se dan en unidad y fuera las dos del idealismo realista ó realismo idealista y á la vez dinámico, que da vigor y savia al pensamiento europeo contemporáneo. Entre Sancho y su amo no media tanta distancia como parece, porque de tomar los molinos por gigantes, á soñar con el gobierno de la ínsula, no va más que un solo paso hacia abajo. Hay mucha más diferencia de lo de «la vida es sueño» de Calderón, á lo de que «somos de la madera de que se hacen los sueños» de Shakespeare; como que lo uno es afirmar que soñamos el mundo, y lo otro que nosotros mismos somos lo soñado.

*
* *

Pocos movimientos espirituales han sido más fecundos y beneficiosos en España que el que provocó y fomentó aquel bienhadado krausismo, tachado de bárbaro y maldecido por quienes, sin conocerlo, se han dejado invadir y vivificar de no poco de su espíritu.

Hay un sinnúmero de giros, de matices de expresión, de modismos, hasta de vocablos, que debidos á aquel movimiento han entrado en el curso general y se repiten á diario en la prensa misma.

Estuvo de moda algún tiempo entre cierta gente el hacer burla y chacota de escritores como D. Julián Sánz del Río, y citar párrafos de su *Analítica* para hacer con ellos reir á los tontos. «Y sin embargo—añadían,—cuando este hombre quería escribir claro, lo hacía, y bien; ¿por qué no escribe todo así, y no sino que se empeña en envolverse en brumas para velarse á los no iniciados en los misterios mistagógicos?»

Aquí no cabe contestar sino aquello del Cristo: dejad que los muertos entierren á sus muertos. O que traten de resucitarlos.

Cuando tuvo D. Julián sus discípulos, y discípulos que le rinden piadosa memoria, era porque le entendían y comprendían. La única oscuridad verdadera, la del loco ó la del mentecato que repite por boca de ganso lo que ha cogido al vuelo por ahí, lleva en el pecado la penitencia.

Lo que hay es que muchos se creen, sin darse cuenta clara de la tal creencia, que la filosofía no es otra cosa que el conocimiento vulgar sistematizado, la organización puramente esquemática por lo común, de los conceptos casi en bruto, y no una síntesis de un análisis. Redúcenla á principios como aquel de que el alma siente porque tiene sensibilidad. Sus filósofos son Sancho Panza el refranero y Pero Grullo mal entendido; buen provecho les haga. ¡Qué inspirada es esa frase de tan castiza enjundia que por ahí corre: hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad! Por todo pasan menos por tener que esforzarse en pensar, por pensar activamente, con intelecto agente; hay que darles las cosas hechas, y sobre todo claras.

***

¡Claridad! ¡claridad! ¡Bendita claridad que al matar lo indeterminado, lo penumbroso, lo vago, lo informe, mata la vida! ¡Nada de organismos vivos, con las entrañas al aire, entrañas en que apenas se logra ver claro; nada de esto! ¡Vengan esqueletos ó pellejos rellenos de paja, como los que constituyen las viejas colecciones de los gabinetes de historia natural! La cosa es tener cien, mil, dos mil fichas y saber barajarlas de todas maneras, porque así se obtienen casi infinitas combinaciones; pero que cada ficha esté bien recortada y definida, no sea que se nos vaya de las manos.

¡Oh, nítida claridad meridional, no empañada por nieblas hiperbóreas, por brumas germánicas, británicas ó escandinavas! ¡Oh hermosa trasparencia de nuestro diáfano ambiente, donde se ve todo lo visible, y lo invisible no estorba ni inquieta! ¡Oh dulce simplicidad de nuestra alma, libre de todo metafisiqueo! ¡Oh salomónica sabiduría! Para lo que hemos de durar... ¡Válgame Dios lo que *semos!* ¡Que vengan, que vengan todos esos pintores morados y neblinosos bajo nuestro cielo y se curarán! No les estaría mal el venir, si nos decidiéramos también á ir con ánimo franco y abierto nosotros.

Muy claro nuestro rancio romance, sin duda alguna, muy claro, pero también muy dogmático. Y de tal modo ha encarnado en la lengua el empecatado dogmatismo de la casta, que apenas se puede decir nada en ella sin convertirlo en dogma al punto; rechaza toda *nuance* (en este caso mejor que matíz). Una lengua de conquistadores y de teólogos dogmatizantes, hecha para mandar y para afirmar autoritariamente. Y una lengua pobre en todo lo más íntimo de lo espiritual y abstracto.

¡Dogma, siempre dogma! ¡Soluciones concretas! Démonos prisa, resolvamos los problemas fisiológicos de la digestión, que si no se nos va á indigestar la comida. «¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo te llamas? ¿Qué doctrinas concretas, qué soluciones nos traes? ¿Cuál es tu dogma?» ¡Váyase usted á tomar el fresco, que buena falta le hace!

Obra de romanos la de expresar en el castizo castellano los vagos estados del espíritu, sin contenido conciente, definido y claro; las sumersiones del alma en nebulosos océanos; el palpitar en ella de enjambres de meras larvas de ideas; el despojarse del tiempo y del espacio para bañarse en la infinitud fundida (¡qué lío, Santo Dios! ¿Qué querrá decir este hombre?) ¡Lengua admirable, en cambio, para describir lo visible de una quejiga!

«Escribe como un ángel», me decían en cierta ocasión de un periodista que goza fama de galano y castizo escritor. Y hube de responder: «Sí, pero piensa como un bruto», por no decir que afortunadamente para ellos los ángeles no necesitan escribir, porque se dice que se nos comunican en vivo toque de alma á alma.

En ótra ocasión decía un crítico casticista disfrazado de espíritu amplio y liberal: «paso porque un escritor falte á todo, menos á la corrección del lenguaje». El genio de su casta le inspiraba al susodicho crítico, su inconciente ministro, esa actitud, pues harto sabe el tal genio que no lleva eficacia ningún ataque que se le dirija sin faltar á su verbo; sabe que quien se le somete á éste, no tiene fuerzas contra él.

¿Se puede entrar en sociedad—sociedad que se dice cristiana—sin creer en Dios ni en el Demonio, con el corazón seco y la cabeza hueca, pero... sin corbata? ¡Eso no! Pase que no se vaya remilgado y acicalado á la última moda, hecho un lechuguino ó gravemente ataviado cual irreprochable hombre de mundo, pero por lo menos que se lleve corbata, aunque sea de tela basta y de hechura rural. Esto mismo viste á las veces, y agrada y se aplaude, porque entona el cuadro con una nota de fresca y respetuosa discordancia. ¡Y aún hay cándidos que se creen que es perder lastimosamente el tiempo combatir contra la ortografía y el purismo, y la levita y la chistera!

Pero exagero, es evidente que exagero. ¿Dar á entender que no hay libertad dentro de nuestra ortodoxia lingüística? ¡Qué disparate! Cabe en ella toda personalidad... toda perso-

nalidad sumisa á la disciplina y al dogma lingüísticos, se entiende. Dentro del casticismo cabe libertad, desenfado, se toleran pecados veniales y aun mortales, y hasta pueden caer en gracia; nada de remilgos ni de academismos, *in dubiis libertas*, pero ¡ojo con faltar á la sagrada esencia del verbo tradicional! Al verbo mismo se le puede faltar en rigor, y tal pecado se perdona; ¡pero los pecados contra el espíritu de ese verbo no tienen remisión... *in necessariis unitas!* Lo que no se ve por ninguna parte es la *caritas* que debe reinar *in omnia*. ¡Ojo con escribir español de Venezuela ó del Paraguay! Los paraguayos no tienen derecho á tener español propio; ha de ser castellano de Castilla, ó por lo menos querer serlo, y si no *¡anathema sit!* El que quiera que no se le juzgue sin oirle bien y enterarse antes con fundamento de lo que dice—deber de todo juez,—que se castellanice.

Está bien. Por nuestra parte dejemos á la Real Academia (hay que fijarse en esto de *Real*, y en su íntimo consorcio con lo académico, pues esto ofrece una de las claves del misterio casticista), dejemos á la Real Academia que fije la lengua castellana, haciéndola hipoteca inmueble, y por nuestra parte, nosotros los vivos heterodoxos, los que por favor de la naturaleza no somos instituciones ni tiramos á serlo, ya que tenemos que servirnos de esa lengua, procuremos en la medida de nuestras fuerzas cada uno, movilizarla, aunque para conseguirlo tengamos que ensuciarla algo y que quitarle algún esplendor.

*
* *

¿Que toda esta doctrina, ó lo que sea, no es otra cosa que una justificación *à posteriori* de un defecto propio del autor de ella? Santo y bueno... ¿Y qué? Así son todas las doctrinas vivas, y así deben ser para que tengan eficacia y calor.

Mi naturaleza y las de mis análogos y semejantes (porque no pretendo constituir reino aparte) es realidad tan real como

la del casticismo castellano, y como la de éste lleva la nuestra consigo su doctrina propia.

¿Que esto es predicar la anarquía en el lenguaje y el estilo? Justo y cabal; exacto, absolutamente exacto; eso es, y eso quiere ser. Sí, es defender y predicar el anarquismo lingüístico, como el barbarismo antes.

No debe un hombre verdaderamente libre malgastar sus energías en acomodarse así como así al espíritu ambiente. Lo propio del animal es acomodarse pasivamente al medio; lo propio del hombre adaptar el medio á sí, hacerse el mundo, manera la más noble de hacerse al mundo. Recíbanos el ambiente si quiere, y si no lo quiere, es que ni somos nosotros dignos de él, ni él lo es de nosotros. La suerte, no nuestra libre voluntad, nos ha hecho nacer en tal ó cual pueblo y balbucir esta ó la otra lengua en la cuna. El hombre que dobla la cerviz á la suerte sin luchar con ella, no es verdadero hombre, no es de los que aspiran al sobre-hombre (1).

¿Por qué hemos de malgastar los bríos de nuestra alma en acuñarla para que corra en el mercado? El alma no se vende, y si por ventura fuese de oro, ella se gozará en serlo (más exacto sería decir que se gozará en su aureidad).

¿Que sólo te entiende una docena de personas? ¡Basta! Si tienes algo que decir y se lo dices, ellos lo traduciráu de doce maneras diferentes, y como la luz una y blanca, refractada en el prisma en los colores varios de la irisación, se reconstituye de nuevo en su blancura, así recobrará al cabo tu pensamiento su blancura en el espíritu colectivo, y dejarás tu gota en el inmenso océano de la vida. Dé cada cual su nota propia, según su propia y peculiar estructura; lo que de ella concuerde con la dominante melodía, en ésta se perderá reforzándola,

---

(1) Tampoco esta expresión de aspirar al sobre-hombre la emplearía hoy. De obligarme bajo pena de la vida—á la que tanto quiero—á sustituirla por otro mote, antes adoptaría el de *hombre* pura y simplemente, ó si es caso *más-hombre*.—*N. del A.*

y lo que no, irá al fondo inexhausto de los armónicos, discordantes entre sí muchos. ¡Nada de canto monofónico!

De lo que hay que huir es de la insinceridad y de la mentira. Si sientes que algo te escarabajea dentro pidiéndote libertad, abre el chorro y déjalo correr tal y como brote. Que hagan de filtro los que te escuchen ó te lean. Y si alguien te lo atribuyere á *pose,* ó creyere que no eres dueño de ti mismo, ten piedad de él, porque tienen ojos y no ven.

MIGUEL DE UNAMUNO.

LOS HIMNOS NACIONALES

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Cada pueblo que independientemente se constituye, sea por pactos pacíficos, sea por medio de luchas de emancipación, crea desde el primer momento de su existencia, ya como insignias, ya como símbolos de su soberanía, una bandera, un escudo y un himno nacional. Civilizado ó salvaje, el hombre en todos los términos del planeta, cualquiera que sea la raza á que pertenezca y el organismo social en que viva, ama con frenesí estos tres símbolos de su individualidad nacional.

Los colores de la bandera no se someten á reglas algunas de elección. La heráldica intuitiva presta al escudo las figuras de su representación simbólica. Pero los himnos nacionales fueron desde su origen inmemorial cantos de guerra y estímulos para la lucha, ora los inspirasen los odios contra el extraño, ora el furor contra los enemigos, ora, en fin, las iras de la revolución. Como los cantos populares, nacieron espontáneos en medio de la atmósfera moral de un estado político patológico, y los refinamientos de toda literatura adelantada jamás, ó en muy raras ocasiones, han sabido crearlos de modo que hieran intensamente las fibras nerviosas de las multitudes exaltadas, manteniendo en los espíritus su virtud para constituirlos en permanentes.

Los pueblos neolatinos de Europa produjeron en sus últi-

mas revoluciones, en Francia *la Marsellesa,* en España *el himno de Riego* y en Italia *el himno de Garibaldi.* La antigua Monarquía de Francia, convertida en República, así como en la trasmutación de los tiempos trocó la *Chanson de Rolland* de la Edad Media por el *Vive Henry IV* de los Reyes de la casa de Pau, del mismo modo, después que la Revolución proscribió de todo punto los himnos de la Monarquía guillotinada, y ni bajo la Restauración, ni bajo la Monarquía Constitucional, ni bajo los dos Imperios, adoptó otro himno que el que la Revolución produjo, privándole, para que pudiera ser alto símbolo internacional de la Soberanía francesa, de la letra, que argüía la excitación á la lucha, y que sólo se recuerda en las embriagueces anárquicas de las muchedumbres populares. En España *el himno de Riego* era también otro canto de guerra intestina. Creólo el espíritu reformador que ha realizado, por alternativos movimientos de avances y de retrocesos, la transformación de nuestro derecho político, á la vez que la transformación de nuestras ideas morales y de nuestras costumbres cívicas; y cuando esta transformación ha estado realizada, y concordadas fundamentalmente las antiguas instituciones y las opiniones modernas, entonces el *Himno de Riego* ha dejado de tener su razón de ser y ha sido insensiblemente proscrito, abriendo de nuevo paso á la majestad de nuestra *Marcha Real*, que careciendo de letra escrita, deja en la impresión del ánimo un sentimiento augusto de la mayor elevación. Con el *Himno de Garibaldi* en Italia ha sucedido lo mismo. Agitó las pasiones para conducir las voluntades exaltadas, y, unidas á la obra insigne de la unidad nacional, y obtenida gloriosamente ésta, el canto de guerra que la excitó pasó á dormir el eterno sueño de la muerte á la misma roca de Caprera, bajo cuyo enorme peso descansan para siempre las cenizas del caudillo aventurero de cuyo mágico nombre era además aquel himno una glorificación. Este destino ha sido común á todas estas obras artístico-patrióticas de ocasión, desde los *Niebelungenlied* y la *Rule Britannia,* desde la despuesta *canción de Lelo*

y la no menos apócrifa de *Altoviscar* en nuestras montañas cántabras, que quieren recordar los siglos de la dominación romana, hasta la *Oda á Kosciusko* de los polacos modernos, la *Marcha de Rakotzky* de los húngaros y la pasada *Canción de la Brabançonne* de los belgas. En nuestros propios días los vencidos boers sudafricanos también han tenido su canto de combate, que si les ha sostenido en el tesón admirable de su lucha, con sus libertades ha fenecido sobre el campo sangriento de batalla (1).

En toda la *Historia de la Humanidad* puede decirse que cuatro han sido los únicos grandes imperios que, habiendo tenido por teatro de su dominación respectiva casi toda la extensión del orbe por ellos conocido, han suscitado contra sí la erección de estas banderas, de estos escudos y de estos himnos, cuando, al iniciarse sus decadencias, contra su poder se han levantado los pueblos que sometieron y civilizaron en alas de su

(1) Del himno de los *bóero s* tenemos una preciosa traducción en castellano, hecha por el poeta chileno D. M. R. Blanco. Hela aquí:

HIMNO DE LOS BOERS

¡Marchemos á luchar! La espada vibre
Sin temor á la suerte;
Si es preciso morir para ser libre,
¡Corramos á la muerte!
¿Qué valen la riqueza ni la vida
Hoy, cuando el bronce brama,
Diciendo que la patria bendecida
Nuestro auxilio reclama?
¡Desplegad la bandera noble y pura!
¡Esgrimid el acero!
¡Donde la Santa Libertad fulgura
No reina el extranjero!
Nuestra sublime ley no tiene nombre...
Ni es falsa ni mezquina;
Vale más que las leyes que hizo el hombre,
¡Porque es la ley divina!

propia independencia. Estos cuatro grandes imperios, encarnación de otras tantas sublimes civilizaciones, han sido y aún son el de los Césares de Roma, que llevaron por todas partes con el valor de sus legiones la nueva y uniforme noción del derecho humano; el imperio muslímico de Oriente, que derramó á la vez por todos los campos del Asia, del África y de Europa, y hasta en las más recónditas é ignoradas regiones del mundo boreal con el vigor físico de una nueva sangre, el vigor moral de nuevos fanatismos engendradores de una nueva fe; el imperio español, que dando al de la civilización cristiana el conocimiento pleno del planeta, sometió todo el globo de la tierra á la luz fraternal y benéfica de la Cruz, y el imperio británico, cuyo espíritu de civilidad no ha dejado inexplorado ningún rincón del orbe ni ninguna raza humana de las que le pueblan, y á todas ha llevado con la atracción de su industria y su comercio el hálito vivificador que ha realizado y realiza la grandiosa unidad del hombre sobre la tierra. De la Roma

---

Nuestro pueblo leal, bello, fecundo,
Joya engarzada en oro,
Es un vergel que enorgullece al mundo:
Es del mundo tesoro.
Mozos, mujeres, débiles ancianos,
Por la adorada tierra
Sostened el fusil en vuestras manos;
¡Corramos á la guerra!
Corramos, sí, que por el aire vibre
El himno rudo y fuerte:
Si es preciso morir para ser libre,
¡Marchemos á la muerte!
¡Señor, Señor, en súplica rendida
Pedimos la victoria!
¡No importa el sacrificio de la vida
Siendo el morir más gloria!
¡Salva á tu pueblo, oh Dios; préstale ayuda,
Bendice el limpio acero
Y caiga al fin de la batalla ruda
Vencido el extraujero!

pagana, del Asia mahometana y de la España católica se derivan, grandes ó pequeñas, la mayor parte de las nacionalidades políticas que se mecen en el regazo de la civilización; mientras Inglaterra, heredera por la acción de su genio de estos imperios, completa la obra espléndida que hace comunes partícipes de todos sus beneficios á los demás hombres nacidos en las salvajeces de la soledad y el aislamiento, ó en los estragados tálamos de las civilizaciones estancadas ó muertas. Contra las águilas de Roma, contra la Media Luna, símbolo del imperio oriental, ó contra la Cruz santa de la augusta España, se han levantado todas las nuevas banderas, se han esculpido todos los nuevos escudos y se han elevado todos los cantos guerreros que han simbolizado y aún simbolizan todo espíritu de libertad é independencia: banderas, escudos é himnos que la Gran Bretaña ya vió erigirse triunfalmente en la pasada rebelión de sus provincias americanas, y que ahora ha logrado debelar en su germen en la vencida guerra de las Repúblicas sometidas del Africa del Sur. No es una vergüenza, sino un privilegio excepcional en la historia, merecer el tributo de estos odios de familia que originan estas grandes divisiones emancipadoras, y antes por el contrario, la España actual, como la Roma antigua, se envanece con la maternidad de tantas naciones de gloriosos destinos, á las que le cabe el honor de haber dado la vida material y la vida del espíritu que las dispone á jugar el papel que á cada una reserva el giro del tiempo y de la historia.

Indudablemente, así la bandera como el escudo suelen tener condición más permanente que los himnos nacionales, que como ecos de la pasión de un momento, el tiempo los gasta y acaba por proscribirlos. Con todo, ni las banderas ni los escudos en las jóvenes Repúblicas de América que se han formado de las divisiones de nuestra antigua paternal dominación, han dejado de experimentar algunas modificaciones sucesivas, sobre las que varias veces se ha legislado y aún se legisla. En el Congreso Ecuatoriano, en los últimos días de Diciembre

de 1900, se pronunció un acto legislativo mediante el cual se determinaba que «las armas del Ecuador serán en lo sucesivo un escudo ovalado que contenga interiormente en la parte superior el sol, con aquella porción del Zodíaco en que se hallan los signos correspondientes á los meses memorables de Marzo, Abril, Mayo y Junio; en la parte inferior, á la derecha, se representará el monte histórico Chimborazo, del que nacerá un río, y donde aparezca más caudaloso estará un buque á vapor que tenga por mástil un caduceo, como símbolo de la navegación y del comercio. El escudo reposará en un grupo de haces consulares, como insignia de la dignidad republicana. Será adornado exteriormente con banderas nacionales y ramos de palma y laurel, y coronado por un cóndor con las alas desplegadas. El pabellón nacional será, sin alteración alguna, el que adoptó el Ecuador desde que proclamó su independencia, cuyos colores son: amarillo, azul y rojo, en listas horizontales, en el orden en que quedan expresados, de superior á inferior, debiendo tener la faja amarilla una latitud doble á las de los otros colores.» Por cierto que Colombia, no encontrando bien definidos los términos de este mandato, dirigió una nota á la Cancillería de Quito pidiendo aclaraciones; porque habiéndose distinguido hasta aquí el pabellón nacional de Colombia del del Ecuador por el ancho de la faja amarilla, que en aquél es doble, mientras que en éste era igual á cada una de las fajas roja y azul, con la disposición legislativa que dejamos anotada, el tricolor colombiano resultaba igual al ecuatoriano; y para distinguir la nacionalidad de un consulado, legación ó buque, habría que tomar en cuenta las diferencias del escudo; lo que se prestaba á fácil confusión y hasta á desagradables errores.

No en el sentido de la modificación, sino en el del uso de la bandera nacional, también se ha legislado recientemente en el Perú, y el actual Presidente de la República, D. Eduardo L. de la Romaña, por un decreto del 4 de Julio de 1901, refrendado por el Ministro de la Guerra, D. Agustín Tovar, es-

tableció un Reglamento para él por no existir hasta ahora en aquella República ningún género de resoluciones legales, ni aun sobre la forma y dimensiones de la bandera y de los estandartes, sobre todo en el ejército. Este decreto, que consta de seis artículos, dispone lo siguiente: «1.° El uso de la bandera «nacional de guerra» es obligatorio á los cuerpos de las tres armas. 2.° En los de infantería y artillería, la bandera será de tela de seda llana, tendrá el largo de un metro cuarenta centímetros, y de ancho ochenta y cuatro, llevando en su centro el escudo de las armas nacionales, bordado en seda y con entera sujeción á la ley de 25 de Febrero de 1825. Este escudo ocupará un espacio de cuarenta y dos centímetros en sus lados mayores, y veintiocho centímetros en su anchura. 3.° En los regimientos ó escuadrones de caballería, el estandarte de igual tela tendrá un metro y seis centímetros de longitud por sesenta y seis centímetros de ancho; llevará asimismo el escudo de las armas nacionales bordadas, ocupando un espacio en la parte central de treinta y cinco centímetros de largo por veintitrés de ancho. 4.° La asta de la bandera tendrá una longitud de dos metros, diez centímetros inclusive moharra; y los estandartes, dos metros setenta y dos centímetros, comprendidos moharra y regatón. La hoja ó lengüeta de la moharra será de cuatro filos y medias cañas de diez y ocho centímetros de largo, sin crucetas. 5.° Las banderas y estandartes no llevarán otra inscripción que la siguiente, bajo el escudo: Batallón número..., ó Escuadrón número... Y 6.° Los abanderados, para llevar la bandera, usarán un porta de charol negro á manera de tahalí, con un cubo para introducir y apoyar la asta; los portaestandartes elevarán el regatón de la asta del estandarte apoyado en el cubo de la estribera como es de costumbre.»

Sobre las vicisitudes por que ha atravesado el abanderamiento en las diversas Repúblicas de la América de nuestra sangre, habría tema para llenar muchas páginas de accidentes curiosos de la historia de aquellas jóvenes nacionalidades. En

Chile, por ejemplo, el General Carreras ordenó en 1812 que se usase una bandera formada de tres fajas, á imitación de la española, pero de distintos colores, que fueron el azul, el blanco y el amarillo. Esta fue la bandera bajo que se hicieron los actos de guerra de 1813 y 1814, y que O'Higgins llevó al sitio de Ramagua; pero, vencida la insurrección por los Gobernadores de España, aquella bandera quedó proscrita para siempre. La insurrección de Chile permaneció aplastada, hasta que el 5 de Abril de 1819 el General San Martín, pasando de Buenos Aires á Mendoza, organizó la división con que atravesó la cordillera de los Andes y dió á las tropas reales de España la batalla de Maypó. El ejército libertador que San Martín había organizado era casi en su totalidad argentino, y se formó bajo la dependencia del Gobierno de Buenos Aires. La bandera que llevó, por lo tanto, fue la argentina; mas cuando, después de la campaña, O'Higgins se arrogó el papel de Director, tuvo que organizar un ejército chileno, para lo que dispuso que se formasen batallones en diversos pueblos, con lo que fue necesario atender al cuidado de darles una insignia de unidad. No obstante, en vez de restablecer la bandera que Carreras decretó en 1812, estableció otra con los colores azul, blanco y encarnado, que no logró generalizarse pronto, pues el Gobernador de Valparaíso escribía al Gobierno de Santiago, mucho tiempo después, diciéndole: «Hasta ahora tremolan en los castillos y buques de este puerto las banderas de Buenos Aires, y no se ha hecho mutación de ellas por no haber orden para variarlas. V. E., por medio de un diseño, se servirá indicarme cuál es la forma que se haya adoptado en nuestro Estado de Chile para los castillos y embarcaciones. En esa capital las he visto tricolores, pero de distintos modos y figuras, que no me dan lugar á resolverme para establecerlas aquí, por cuyo motivo V. E. tendrá á bien el exponerme acerca de este particular lo que tuviese por conveniente.» Mas aunque el Gobierno de Santiago debió expedir sus órdenes al tenor de lo que se le había pedido, pues un mes más tarde el mismo Gobernador de

Valparaíso pedía que se le mandasen lanillas de los tres colores, azul, blanco y encarnado, para las banderas que necesitaba ordenar tejer, de la resolución superior no ha quedado constancia alguna en los archivos oficiales de Chile. Lo que sí constan son las disposiciones que sobre el uso de esta misma bandera, con ó sin estrella, se decretaron en 1826. En esta fecha el Gobierno del Presidente Freire mandó que la bandera tricolor con estrellas sólo pudiera ser enarbolada en el ejército, en las plazas fuertes, en los buques de guerra y en los edificios del Estado; pero que los buques mercantes y los edificios no públicos no podrían usar la bandera sino sin el distintivo de la estrella. Cerca de treinta años después, en 1854, volvióse á legislar sobre el asunto y se hizo general la facultad de usar de la bandera con estrella, así por el mundo oficial como por los particulares.

Del mismo modo que la bandera argentina fue la generadora de la independencia de Chile, á la bandera chilena, algún tiempo después, cupo el honor de presidir la independencia del Perú. El caudillo de esta empresa fue también el General San Martín; pero al organizar su expedición formó un ejército mixto de chilenos y argentinos. O'Higgins trató directamente con San Martín sobre los términos de la alianza, y San Martín cedió á Chile el honor de que su bandera nacional, recientemente preconizada, fuera la divisa de su obra común. Por manera que, así como la bandera argentina alcanzó en Maypó la paz de la victoria para libertar á Chile de la dominación de España, la bandera chilena fue la que en Ayacucho presidió la victoria de Sucre y la derrota de Laserna, el Conde de los Andes, cuya victoria equivalió á la libertad del Perú, último imperio de la América del Sur que en 1824 quedaba á España todavía sobre la ribera andina del mar Pacífico.

Ni escudos ni banderas en las guerras de emancipación, ni en las revoluciones políticas, pueden entrañar los símbolos que, más que el supremo esfuerzo del fin ulterior, representan

las iras y las violencias de toda lucha. La expresión, no simbólica, sino textual, de estos sentimientos son las que inspiran las estrofas de los *himnos nacionales*, á que el compás rítmico de la música contribuye á aumentar la energía. Hay que reconocer que los odios reconcentrados que la pasión política enrojece, suelen tener una forma más violenta de expresarse en los pueblos y en las razas del Mediodía que en las razas y en los pueblos del Norte. En una nota anterior hemos reproducido la traducción del último de estos himnos de libertad y de protesta que el alma exaltada de un pueblo, herido en su independencia y lanzado á la fuerza al palenque del combate sin misericordia ni esperanza, ha producido. El *Himno de los boers*, nutrido de pensamientos nobles y profundos, no exhala una palabra ni de odio ni de venganza:

Si es preciso morir para ser libre,
¡Corramos á la muerte!

Esta es su expresión sustancial. Invita, es verdad, á la guerra. Pero ¿en qué términos?

Mozos, mujeres, débiles ancianos,
Por la adorada tierra,
Sostened el fusil en vuestras manos...
¡Corramos á la guerra!

Después de esta invitación, viene el alma creyente, viene la súplica á la divinidad:

¡Señor, Señor, en súplica rendida
Pedimos la victoria!
¡No importa el sacrificio de la vida,
Siendo el morir más gloria!
¡Salva á tu pueblo, oh Dios; préstale ayuda;
Bendice el limpio acero
Y caiga al fin de la batalla ruda
Vencido el extranjero!

En la misma América hay otro pueblo, no de razas ibéricas, sino anglosajona, que también en días de luchas de emancipación trató de levantar el espíritu de sus pueblos con un *Himno Nacional*. El *Himno Nacional* de los Estados Unidos envuelve el programa entero de su colosal desenvolvimiento ulterior en el seno de la civilización. El *Himno Nacional* de los Estados Unidos no recuerda ninguna opresión, ningún agravio, ningún odio, y casi puede llamarse el *Himno de victoria de la civilización actual*. Consta de siete estrofas y el coro; y traducido, dice así:

Coro: Tu sol salió y no se pondrá jamás sobre tu día divino, América emancipada; tuyos son los siglos y los siglos de los siglos.

I. ¡Salud, oh libertad! Tu brillante cimera, tu resplandeciente escudo, bendito tres veces, reflejan las glorias de un mundo que es tuyo. ¡Salud, celeste país! Guiados por tu gloriosa luz, nuestras miradas descubren tus caminos sembrados de flores inmortales. ¡Ah dulce patria nuestra, hija de una lucha sublime! Vive con nosotros hasta que la lucha haya desaparecido en lo infinito del tiempo.

Coro: *Tu sol salió, etc.*

II. Una de tus manos aplica un sello de oro á las puertas del palacio de la noche; y la otra abre los anchos pórticos de la aurora. Sobre la desierta y silenciosa región de las nieves y coronando tu altiva frente, brilla en el cielo del Norte tu estrellada diadema; en tanto que, guarnecido de vistosas flores, el Sur esparce á las plantas de tu libertad sus flores fragantes.

Coro: *Tu sol salió, etc.*

III. En la paz, ¡cuán grato es el trabajo, cuán rica la cosecha, para los que viven felices al aura de la Libertad! Mas cuando llegan las crueles alarmas de la guerra, Dios da brazos

y corazones intrépidos á los que han jurado el triunfo de una causa santa. Nada temas. Espera en Dios. Defiende el Derecho y prospera en la fuerza insuperable de una invisible unión.

CORO: *Tu sol salió, etc.*

IV. Se estableció la Constitución santa, soldada á la ardiente llama de la guerra, forjada en el foco de la gloria, probada por la constancia, templada por la majestad de la desgracia. ¡Quiera Dios que su fama pueda seguir brillando cuando ya los siglos se hayan desvanecido en la lenta marcha de las edades!

CORO: *Tu sol salió, etc.*

V. ¡Honor á los puñados de hombres que tomaron parte en los primeros combates de la Libertad y arrostraron la furia de la terrible marea de la guerra; los que sucumbieron en la tierra laboriosamente conquistada, y los que derramaron como suave bálsamo en las heridas de la Libertad la sangre de sus valerosos corazones! ¡Sucumbieron, sí; pero sobre su gloriosa tumba ondea libre la bandera de la causa por cuyo triunfo perdieron la vida!

CORO: *Tu sol salió, etc.*

VI. Radiante de belleza y de esplendor celeste, flota apacible en el aire esa bandera que jamás inclinó su orgullo victorioso, con sus estrellas que brillan suavemente, con sus fajas que se despliegan sobre nosotros; bandera santificada en las sublimes angustias de la guerra. ¡Estandarte sagrado, puro y libre, que da luz al asilo de la paz ó centellea en la victoria!

CORO: *Tu sol salió, etc.*

VII. ¡Oh Padre, cuyo infinito poder nos protege en las cortas horas de la vida! A ti te invocamos, diciéndote: *¡Bendice-*

nos y consérvanos libres! ¡Perdona todo lo pasado! ¡Enséñanos á vivir en adelante de manera que podamos honrarte, haciendo á nuestro país digno de tus beneficios! ¡Y cuando se acabe esta existencia material, recibe nuestras almas en tu paz eterna!

CORO: *Tu sol salió, etc.*

Realmente, los dos himnos reproducidos ¿no bastan para formar el serio concepto de dos pueblos y de dos razas robustas y varoniles? Así el himno de los norteamericanos como el de los boers, pueden ser cantados en las plazas, en los teatros, en los salones de Londres, hasta los más augustos, sin que ningún afecto fraternal se marchite ni se hiera ningún altivo sentimiento de patria, de raza ó de nación, ni se pongan en grave aprieto las atenciones recíprocas de toda relación política internacional. Los *Himnos nacionales de la América española,* por el contrario, retratan á nuestra raza igual en todas partes. ¡Ninguna idea fundamental, fuera del grito de independencia, que no se excluye en ninguno de los dos que dejamos apuntados! En todo lo demás, *los heroísmos de capa y espada,* que tan ridículos nos hacen aparecer muchas veces en presencia de los pueblos y naciones que tienen formada una idea tan diversa de la nuestra acerca de la circunspección y de la seriedad. Pongamos algunos ejemplos que sirvan de base de comparación.

La Argentina celebra anualmente su fiesta nacional el 9 de Julio, que constituye el aniversario del del año 1816, en cuyo día los Diputados de las provincias del Río de la Plata, reunidos en el Congreso que celebraron en San Miguel de Tucumán, se declararon independientes de la autoridad de Fernando VII y separados enteramente de la metrópoli española. La conmemoración de este día encabeza casi invariablemente la publicación del *Himno Nacional* cada vez que se da á la estampa (y se da con frecuencia), pues es obligatorio en las escuelas de primera instrucción hacerlo aprender de memoria á los niños, y

frecuente el que éstos, en ciertas fiestas cívicas anuales, concurran presididos de sus respectivos maestros y de sus lujosos estandartes para cantarlo en exaltación de toda solemnidad. El *Himno* dice así á la letra:

CORO: *Sean eternos los laureles*
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

I. Oid, mortales, el grito sagrado,
Libertad, libertad, libertad.
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en el trono á la noble igualdad;
Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación,
Coronada su sién de laureles,
Y á sus plantas rendido un león.

II. De los nuevos campeones los rostros,
Marte mismo parece animar;
La grandeza se anida en sus pechos;
A su marcha todo hacen temblar;
Se conmueven del Inca las tumbas,
Y en sus huesos revive el ardor;
Lo que va renovando á sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

III. Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor;
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;
Su estandarte sangriento levantan,
Provocando á lid más cruel.

IV. ¿No los véis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cual lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los véis, sobre el triste Caracas,
Luto, llanto y muerte esparcir?

¿No los véis, devorando cual fieras,
Todo pueblo que logran rendir?

V. Á vosotros se atreve, argentinos,
El orgullo del vil invasor;
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor;
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre,
Fuertes pechos sabrán oponer.

VI. El valiente argentino á las armas
Corre ardiente con brío y valor;
El clarín de la guerra cual trueno
En los campos del Sur resonó.
Buenos Aires se pone á la frente
De los pueblos de la ínclita Unión,
Y con brazos robustos desgarran
Al Ibérico altivo León.

VII. San José, San Lorenzo, Sulpacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia, y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó;
Aquí el fiero opresor de la patria,
Su cerviz orgullosa dobló.

VIII. La victoria, al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió;
Y azorado á su vista el tirano,
Con infamia á la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas, se rinden
Por trofeos á la libertad;
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran majestad.

IX. Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de la América el nombre enseñando,
Les repite:—¡Mortales, oid!...
Ya sobre trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sur,
Y los libres del mundo responden
Al gran pueblo Argentino: salud.

Ni de mejor forma literaria, ni de mejor concepción social y política, está dotado el *Himno Nacional del Perú*. He aquí su letra:

CORO: *¡Seamos libres! ¡Seámoslo siempre!*
Y antes niegue sus luces el sol,
Que faltemos al voto solemne
Que la Patria al Eterno elevó.

I. Largo tiempo el peruano oprimido
La ominosa cadena arrastró,
Condenado á una cruel servidumbre;
¡Largo tiempo en silencio gimió!
Mas apenas el grito sagrado
¡Libertad! ¡Libertad! proclamó,
¡La indolencia de esclavo sacude,
La humillada cerviz levantó!

II. Ya el estruendo de broncas cadenas
Que escuchamos tres siglos de horror,
De los libres al grito sagrado
Que oye atónito el mundo, cesó.
Por doquier San Martín inflamado
¡Libertad! ¡Libertad! proclamó,
Y meciendo su base los Andes
La enunciaron también á una voz.

III. Del letargo en que estaba sumida
Lima se alza y su frente arrugó,
Al lanzar al tirano impotente
Que intentaba alargar su opresión.
A su esfuerzo saltaron los hierros,
Y los surcos que en sí separó
Le atizaron el odio y venganza
Que heredó de su Inca y Señor.

IV. ¡Compatriotas, no más verla esclava,
Si humillada tres siglos gimió!
Para siempre jurémosla libre
Manteniendo su propio esplendor.
Nuestros brazos, hasta hoy desarmados,
Estén siempre cebando el cañón,
Que algún día en las playas de Iberia
Lanzará, en humo denso, terror.

V. En la faz del guerrero peruano
Nunca sombra de miedo se vió,
Y en el campo feliz de Ayacucho
Hierro y fuego arrojó al opresor;
Mas con noble y heroico ardimiento,
Al vencerle la mano le dió,
—Y aquí acaban mis odios, le dijo;
Quedo libre, cesó mi rencor.

VI. En su cima á los Andes sostengan
La bandera ó pendón bicolor,
Que á los siglos anuncie el esfuerzo
Que ser libres por siempre nos dió.
A su sombra posemos tranquilos,
Y al nacer por sus cumbres el Sol
Renovemos el gran juramento
Que rendimos al Dios de Jacob.

Por el estilo de los dos *Himnos* de una y otra vertiente del Andes y de uno y otro mar, que quedan insertos, son los demás que desde la guerra separatista han arraigado en aquellas jóvenes nacionalidades, sobre las que por tanto tiempo se explotó el odio acérrimo contra la metrópoli maternal y civilizadora hacia la que vientos de mejor intención vuelven con creciente calor cada día más las fraternales miradas de aquellos hijos predilectos de nuestro genio que ennoblecen los recuerdos de nuestra historia. Hay, sin embargo, la particularidad de que muchos de estos *Himnos Nacionales* no proceden del tiempo de la lucha, sino que han sido creación posterior de ingenios desdichados, que en vez de buscar su inspiración como los antiguos norteamericanos de la emancipación de Inglaterra y los modernos boers del África del Sur en ideas de propia elevación, de propia fe y de propia esperanza, prosiguieron la mala costumbre de ahogar sus musas, poco propicias por lo general, en los cenagales de las pasiones rencorosas ó en los relumbrones ridículos de los heroísmos que antes hemos apellidado de capa y espada, pues son pobre recurso de un efecto puramente teatral, á semejanza de las horribles pinturas con que los antiguos salvajes de la América misma y las

enervadas cohortes del ejército chino y de otros pueblos degenerados del Asia, se embadurnan el semblante, tratando de aparecer ante el enemigo como monstruos horribles, ya para aterrorizarle sin combatir, ya para disimular su propia debilidad y su impotencia.

El *Himno del Perú,* que queda transcrito, parece que procede de las primeras revoluciones separatistas de América. Sin embargo, si es posterior á la batalla de Ayacucho, á que se alude en alguna de sus estrofas, mal puede compaginarse su origen con las noticias históricas que ha dado sobre él el eruditísimo Ricardo Palma. La derrota del Virrey de Lima D. José de Laserna, Conde de los Andes, en Ayacucho, tuvo lugar el 9 de Diciembre de 1824. ¿Cómo pudo el Protector D. José de San Martín, jurada la Independencia en 1821, expedir en este mismo año el certamen musical y literario, de que en el primero salió triunfante el antiguo donado de los dominicos de Lima, José Bernardo Alcedo, y en el segundo el obscuro poeta D. José de la Torre Ugarte, ni cómo el Himno preferido por el tribunal de calificación pudo ser estrenado en el teatro la noche del 4 de Septiembre del año referido de 1821 por la bella y simpática cantatriz *á la moda* Rosa Merino, «para festejar la capitulación de las fortalezas del Callao por el General La-Mar», si el Brigadier español D. Ramón Rodil, Comandante entonces de aquella fortaleza, cuyos prodigios de valor para sostenerse han merecido los holocaustos hasta de los propios peruanos vencedores, no se verificó hasta el día 23 de Enero de 1825? Entre el Acta-Jura *primera* de la Independencia del Perú,—que después de la proclamación hecha por San Martín se firmó el sábado 28 de Julio de 1821, y que con San Martín suscribieron clases privilegiadas tan culminantes como el sacerdocio representado por el mismo Arzobispo de Lima y los superiores de todas las Órdenes religiosas, y por la antigua aristocracia, por títulos de Castilla como los Marqueses de Villafuerte, Casa-Dávila, Montealegre y Corpa, y los Condes de la Vega del Ren, de las Lagunas, de Vistaflorida y de San

Juan de Lurigaucho,—y la batalla de Ayacucho, mediaron cerca de dos años y medio, y otro medio año más entre la batalla de Ayacucho y la capitulación de las fortalezas del Callao: de modo que la fecha atribuída al certamen provocado por San Martín para el *Himno Nacional,* y su estreno en el teatro por la cantatriz Rosa Merino, es completamente inexacta. La música, que es lo único que de él, á la postre, quedará como *marcha nacional,* será de Alcedo en competencia ó no con los maestros Huapaya, Terra, Filomeno y Fray Cipriano Aguilar; pero ni Alcedo, que habiendo nacido en 1798, bajo la dominación española, no murió hasta 1879, tuvo tiempo para corregirle y perfeccionarle, al término de sus días, apenas le reconocía ya por obra suya, según las adulteraciones que con el tiempo había sufrido, ni el decreto de 8 de Mayo de 1901 que mandó restaurarlo con las correcciones del profesor Claudio Rabagliato, que decía tenerlas conformadas con el primitivo autor antes de su fallecimiento, acaso puedan dar al porvenir esta obra como definitiva. En cuanto á que la letra no lo es, no hay más que fijarse en el párrafo segundo del artículo segundo del decreto referido, para cerciorarse de ello. Este párrafo dice:—«Y en cuanto es indispensable variar la parte literaria del himno, por ser de gusto anticuado y por las inconveniencias que contiene, no propias ya de esta época en que el Perú se encuentra en paz con todas las naciones, se dispone: «1.°, que se convoque un concurso literario para proveer á esta necesidad; 2.°, que las personas que se ocupen del asunto presenten sus trabajos en la Dirección del Gobierno hasta el 30 de Noviembre del año en curso, y ésta los pasará al Jurado que oportunamente se nombre, á fin de que abra dictamen antes del 31 de Diciembre; y 3.°, que el trabajo que tenga verdadero mérito sea premiado con una medalla de oro, y con un diploma de honor el que obtenga el accésit.» Es indudable que los nuevos Himnos nacionales de la América española parecerán mejor, como ya sucede en todas las naciones cultas de Europa, si se reducen al ritmo majestuoso de su composición

musical, con carencia absoluta de palabras; pero si á la composición musical acompaña la literaria, será una cosa digna de todo elogio que las ideas que contenga se amolden más á los elevados conceptos de que están imbuídos el *Himno de los Estados Unidos* y el *Himno de los boers,* que á las jactancias pueriles de superioridades de valor ó de fortuna, que en el campo de los hechos suelen correr mil difíciles vicisitudes.

Si la reforma espontánea que el Gobierno del Perú que preside el Sr. Romaña ha sido inspirada por la reforma decretada en la Argentina por el Gobierno del General Roca, después de la visita que hicieron á los puertos de España los apreciables marinos de la fragata *Sarmiento,* no lo sabemos. Como quiera que sea el acuerdo del Gobierno del Sr. Romaña, demuestra el espíritu amplio que en su alto papel distingue á este ilustre magistrado.

Por lo que hace á la modificación introducida en el *Himno argentino,* en realidad poco entraña en su esencia. La estrofa primera, que ha sido la modificada, decía:

Oid, mortales, el grito sagrado
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas;
Ved en el trono á la noble igualdad.
Ya levanta á la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación,
Coronada su sién de laureles
Y á sus plantas rendido un león.

De esta estrofa se han corregido los cuatro últimos versos, que se han sustituído así:

Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sur,
Y los libres del mundo responden
Al gran pueblo argentino: ¡salud!

Sostenemos que esta sustitución es enteramente pueril. No es esta parte de la primera estrofa del himno, la que no está

en su lugar: es el himno todo; porque política y moralmente á ningún sentimiento de grandeza mueve, como los himnos de los Estados Unidos y de los Boers, y porque la composición total literaria del mediocre poeta D. Vicente Fidel López y Planes, si como decía muy oportunamente *El Tiempo* de Buenos Aires, podía considerarse como el trasunto de una época, pero nunca como la expresión perpetua del alma ni de la vida argentina, á la vez hay que reconocer que carece de las vibraciones de formas y de concepto que establecen una obra inmortal. De esta opinión participa en la capital misma de la Argentina el más ilustre veterano del renacimiento suramericano, el venerable General Bartolomé Mitre. Cuando el Poder ejecutivo de la República, con la única excepción del Ministro señor Magnasco, quiso dar á España una prueba recíproca de su estimación nacional, mandando suprimir por decreto la estrofa en que se creía que el alma de la antigua madre quedaba injustamente herida, el mismo *Tiempo* aludido antes quiso conocer y dar á sus lectores la opinión del anciano General. Mitre se expresó diciendo: «Los himnos son casi siempre gritos de guerra, gritos bárbaros que sintetizan el alma de un pueblo en momentos dados. Más tarde, reanudada la tranquilidad, el himno sigue escuchándose; pero ya no se oyen las palabras, se toca la música. He aquí cómo la Marsellesa puede hacer oir perfectamente sus armonías guerreras sin que los ingleses se crean ofendidos. En general sucede así con todas las naciones. Pasando de lo general á lo particular, y refiriéndome al caso que se me consulta, me parece muy bien lo que el Gobierno piensa hacer. Debemos á España esta retribución de afectos... Los que sostienen la supresión de las estrofas, pueden contar con mi apoyo.» Esta es la única opinión razonable sobre la letra escrita de los himnos en general.

Como Palma al peruano, al himno argentino le han formado su leyenda el erudito Zinny y D. Pastor S. Obligado; solamente que la leyenda de Obligado no es más que una rectificación de la de Zinny, pues éste, al inventarla, no habiendo te-

nido presente las fechas, atribuye á su creación la antigüedad de Septiembre de 1812, y en Septiembre de 1812 aún no se habían realizado los hechos de armas de San Lorenzo, Salta y Tucumán que en el himno se conmemoran. Obligado quiere que el *himno argentino* naciera en 1813, no decretado, como Zinny había escrito, por el General Belgrano, ni inspirado bajo la sombra de la enorme *tipa* tucumana en el delirio de la victoria del Río de las Piedras, sino entre los patrióticos arrebatos de la juventud patriótica de Buenos Aires, exaltada á la vez por dos palancas distintas, impulsoras de su entusiasmo, la que movían los ingleses á quienes el gobierno de la metrópoli había consentido comerciar y establecerse en toda la extensión de nuestras colonias americanas y la que movían los frailes y sacerdotes del país, los cuales, á la manera como en la península materna inflamaban con su voz y con su ejemplo las iras nacionales contra el invasor extranjero, en todas las provincias insurrectas de América tomaron el mismo papel para empujarlas á la separación de la madre patria. En efecto, según la leyenda de Obligado, en la tertulia artístico-literaria que por aquel tiempo tenía en su casa de la agitada ciudad de Buenos Aires la señora D.ª María Sánchez de Thompson, á diario leíanse por los concurrentes ya las composiciones patrióticas que salían de sus plumas, ya las críticas y satíricas contra *el tirano* dominador, que en la península, sometido á la dura prueba de la sangre y el fuego, febrilmente juntaba todas sus fuerzas para luchar contra el invasor extranjero que lo tenía desquiciado y deshecho. Uno de estos concurrentes, Fray Cayetano Rodríguez, había tomado sobre sí el empeño de escribir para la legión emancipadora el canto de la libertad. Pero cierta noche otro poeta local, D. Esteban de Luca, sacó ante la reunión unas hojas impresas, de las que leyó las estrofas que había trazado el hasta entonces desconocido don Vicente Fidel López. Aquella lectura fue el delirio. Fray Rodríguez rompió lo que con el mismo tema él tenía escrito, y en el paroxismo del entusiasmo allí se abrazaron todos, hasta las

sillas con las sillas. Mr. Thompson, el respetable señor de la casa, hizo tocar al clivicordio unos salmos que había traído de Londres, á ver si la música de alguno de ellos encajaba con la letra del himno, y si bien no se logró este feliz resultado por ensayos que durante tres días continuados se hicieron, al cabo los místicos ritmos, hiriendo el alma y fecundando la inspiración del maestro D. José Blas Parera, catalán de nacimiento, y á quien debió desde este hecho la Argentina poseer una composición musical de carácter nacional, que á pesar de las mutilaciones que han operado en ella la torpe mano y las torpes podas de Esnaola, Albornoz y Calzadilla, no tiene comparación en los dos mundos, según el Sr. Obligado, sino con *la Marsellesa*. ¡Ojalá que los mismos elogios que de la obra inspirada del compositor catalán, pudieran hacerse del poeta argentino! Mas la pieza literaria, dígase lo que se quiera, no se puede comparar ni con los Himnos españoles *Al Dos de Mayo* de Gallego, de Arriaza y de Sabiñón, ni con el *Himno á los astures* del insigne Jovellanos, ni con el Himno *A la fraternidad* de Desorgues, á la que puso su música Cherubini, ni con el Himno *A la libertad* de Regel y Ranglé, ni con el Himno *A la igualdad* de Andrés Chenier.

Como Magnasco y Obligado en la Argentina, hay en todas las jóvenes Repúblicas de sangre española en América cierto partido puritano que así respecto á los *himnos* llamados *nacionales* como á otras cosas, afecta una ciega intransigencia; sin considerar que las virtudes de los pueblos que lucharon contra España para constituirse independientes, no fueron virtudes propias y características suyas, sino virtudes heredadas de la madre común á la que debían su existencia. Eran virtudes propias las de los españoles que por el mismo tiempo heróicamente combatían en la Península contra un invasor extranjero; pero las guerras de separación no son más que contiendas de familia, en las que unos mismos son los defectos y unas mismas las virtudes. No tienen, pues, los puritanos de América por qué asirse tan ciegamente al honor de estas virtudes.

Si las tuvieron, de lo que no hay duda, aquéllas fueron virtudes españolas gastadas en guerras parricidas. Constituídas sus nacionalidades, individualizados sus nuevos caracteres de nación y nación, suyas son desde entonces las virtudes que despliegan y con que se prosperan y crecen, y suyos los errores con que se extravían y debilitan.

La mayor parte de los *Himnos nacionales* de la América Meridional, dejando á un lado fábulas de novelistas y visiones de la imaginación, es muy posterior á las guerras de la emancipación y á la consecución definitiva de ésta. En las Repúblicas de la América del Sur ha sucedido con los *Himnos nacionales,* con los escudos, con las banderas, poco más, poco menos, lo que sucedió en Méjico, cuya insurrección y guerra, desde la deposición del Virrey Iturrigaray el 15 de Septiembre de 1808, hasta la derrota del brigadier Pérez de Barradas por Santana, al desembarcar aquél en las inmediaciones del río de Tampico en 1829, se prolongaron por más de veinte años con sucesos varios y alternativos. Méjico no tuvo un himno patriótico que fuera á la vez canto por excelencia del pueblo, saludo al primer magistrado de la nación é himno marcial que llevara los ejércitos á los combates, hasta que siendo Presidente de la República el General Santa-Anna, en 1854, tomó la iniciativa de su poder para convocar un certamen poético y musical, á fin de adoptar una música y una letra definitiva para dicho himno. La convocatoria se hizo por conducto del Ministerio de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, á la sazón desempeñado por el ilustre reformista D. Miguel Lerdo de Tejada. Para la composición poética se presentaron veintiséis autores, y dieciséis para la musical. Hubo dos jurados técnicos: el literario, compuesto de D. José Bernardo Conti, D. Manuel del Carpio y D. José Joaquín Pesado, adjudicó el premio á la letra de D. Joaquín González Bocanegra; el musical, formado por D. José Antonio Jiménez, D. Agustín Balderas y D. Tomás León, á la composición que bajo el título de *Dios y Libertad* llevaba la firma de D. Jaime Nunó, que

en opinión de sus censores era la que «tenía el aire marcial que se requería, siendo á la vez la más sencilla y que reunía condiciones más ventajosas para hacerse popular». Este fue el génesis histórico, sin leyenda, fábula ni novela del *Himno Nacional Mejicano,* que se estrenó públicamente el 11 de Septiembre de 1854. El compositor D. Jaime Nunó es español. Vive aún en Méjico, y el año pasado asistió á la capital, invitado por el Presidente de la República, General Porfirio Díaz, no sólo para que fuese partícipe de los festejos preparados con motivo de la celebración del segundo Congreso Internacional Panamericano, sino para autorizar con su presencia la traslación al panteón de Dolores de los restos del poeta D. Francisco González Bocanegra, su consocio en la creación del *Himno Nacional,* por el voto del Jurado de 1854.

No es sólo el *Himno Mejicano* el que lleva en la América Española un hombre literario que le enaltece. En Chile, como en toda la América Meridional, el Director O'Higgins, en 1819, había encargado á un poeta criollo, D. Bernardo Vera y Pintado, argentino, la composición de su correspondiente canto nacional patriótico para celebrar las fiestas del 18 de Septiembre, aniversario de la instalación del primer Gobierno independiente. El primer año la canción se cantó con la música del himno argentino; pero en 1820 un compositor chileno, D. Manuel Robles, le dió música propia. Los versos de la canción nacional sólo expresaban los sentimientos de aversión á España, que los instigadores de las revoluciones americanas por largo tiempo han explotado en aquel continente, á pretexto de las crueldades que los hombres de la conquista y la colonización allí cometieron. Esto no obstante, en 1828 el maestro compositor español D. Ramón Carnicer fue invitado á componer un nuevo ritmo musical. Hízolo con general aprobación del culto pueblo de Chile, y en recíproca compensación á los lazos de fraternidad que España se apresuró á establecer con sus antiguas colonias emancipadas, en 1847 se encargó escribir una letra nueva basada en más nobles sentimien-

tos al poeta nacional D. Eusebio Lillo, el ilustre profesor de la Universidad de Santiago, el Ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno del Presidente Santa María, el poeta, en fin, de *El junco* y de *Las flores,* que, como en la CYCLOPŒDIA OF AMERICAN BIOGRAPHY se escribe: «*He has achieved fame in South America as a poet.*»

Acaso á imitación de Lillo y Bocanegra, el trágico autor del drama mejicano *Vasco Núñez de Balboa,* en Centro-América, el guatemalteco D. José Flamenco, quiso dotar, más que á su propio país, á las cinco hermanas divididas, de un canto patriótico que se erigiera en *nacional* para todas ellas. Aprovechóse para ello del concurso abierto para este fin por el Gobierno del Presidente Reina Barrios; y aunque el propósito era condensar en este himno toda el alma y todo el sentimiento del patriotismo centro-americano, como se desenvolvía en el acto de la independencia del 1.° de Julio de 1823, el criterio patriótico sostenido por José Matías Delgado, por Pedro de Molina, por José María de Castilla, por José Francisco Barrundia, por Cirilo Flores, por Mariano Córdova, por todos los promotores de la Asamblea más notable en que los intereses nacionales de Centro-América han sido representados, Flamenco, cuya composición fue premiada, no supo sustraerse enteramente en ella del pérfido influjo de *los puritanos intransigentes* de que más arriba se ha hablado, y que no pueden salir del lecho aún ningún día sin gritar dentro de su corazón: *¡Muera el feroz ibero!*

La crítica en Guatemala no ha dejado de cebarse en su obra, producto del ejercicio retórico de un aficionado, pero no del entusiasmo ni de la fe popular, y que, por lo tanto, ni interpreta sentimientos populares, ni llega al alma de las muchedumbres, ni conmueve, ni enardece; pues toda alusión al combate es en él una mera ficción, toda vez que en Guatemala la emancipación se realizó sin sangre.

Uno de los críticos del *Himno* de Flamenco, dice á este propósito, con tanta sana razón como picante gracejo: «La nota

guerrera y la invectiva contra España, resulta en la obra de Flamenco falsa, fuera de lugar, ficticia é incapaz de mover el alma del pueblo. ¿Por qué? Porque nosotros no tuvimos guerra de independencia; porque la conseguimos sin luchas sangrientas ni conflictos armados; porque al realizarla no tuvimos que lamentar la muerte, al golpe del acero español, de nuestros padres y hermanos.» Hay en la obra de Flamenco una estrofa en que, hablando de la independencia de Guatemala, dice que ésta

> Quiebra al fin su cadena oprobiosa
> En la frente al ibero león.

Si este león pudiera hablar—continúa el mencionado crítico—diría: «Amigo Flamenco: no sea usted guasón. Eso que usted dice no concuerda con la verdad histórica. A mí los guatemaltecos no me han *quebrado* (*roto* sería más propio) cadena alguna en la frente ni en parte alguna. Pase que digan esas cosas, y las exageren como quieran, chilenos y argentinos, venezolanos y mejicanos, que tuvieron sus más y sus menos en la cruzada de la libertad; pero los que jamás podemos decir esas cosas somos los guatemaltecos, que no sostuvimos guerra ninguna y á quienes los propios emisarios del poder español ayudaron á emanciparse de su dominación. Dígalo si no aquel bonachón de Gabino Gainza que, en vez de volver los fusiles españoles contra los patriotas centro-americanos, se apresuró el primero á proclamar la independencia, logrando así pasar de último Capitán General de la colonia á primer jefe de la naciente República.» Así diría *el ibero león,* y á fe que no diría mal. En esto de las heroicidades de la guerra separatista de América con España, hay mucha *mitología;* pero no tanta, aunque el insigne Castelar tuviese razón cuando decía que «la emancipación de América fue el hecho capital de nuestro siglo».

Todavía al discreto crítico guatemalteco á quien aludimos, la observación de lo que realmente pasa en América con los

Himnos nacionales y con otras cosas, por las que la Historia está en peligro de pasar á la fábula, le arrancaba estotros amargos pensamientos: «De este vicio de origen se resienten muchos himnos americanos que son *oficiales;* pero no *nacionales,* que son *pensados* por algún literato en su gabinete, pero no *sentidos* por el pueblo al aire libre. Éste los escucha, pero no los siente ni los comprende, no retiene sus versos en la memoria, no se enardece con sus compases, y de seguro no los canta á la hora de los conflictos patrióticos. Se llaman nacionales, pero apenas si se cantan por los niños de las escuelas en alguna función gubernativa.»

Hasta para estas domésticas funciones, los *himnos patrióticos,* que sólo hablan de heroísmos de capa y espada, suelen ser contraproducentes. Chile lo sabe bien. En su afán de *chilenizar* las provincias peruanas de Tacna y Arica que retiene cautivas y cada día se incorpora más por no haberse podido cumplir los pactos económicos del tratado de Ancón, en 28 de Julio del año anterior se expidió un decreto para hacer obligatorio que los niños de ambos sexos que concurren á las escuelas primarias gratuitas que se han establecido en una y otra provincia, aprendan de memoria el *Himno Nacional Chileno.* Si las protestas diplomáticas, políticas y de publicidad en el Perú se han formulado con todo el intenso dolor del más depresivo agravio, en los mismos territorios cautivos la amargura y las increpaciones contra la tiranía no tienen límites. Un periódico tacneño, aconsejando á los padres que no permitan á sus hijos asistir á las escuelas establecidas por el Gobierno chileno, escribe:—«No es posible, ni patriótico, ni digno, que cuando se anuncia en todos los tonos y bajo todas las formas la *chinalización* de Tacna y Arica hasta la forma repugnante del insulto procaz y cobarde, vayan nuestros hijos á la plaza pública ó al teatro á levantar *hosannas* que sólo deben elevarse á la libertad, al progreso y á la democracia. ¡Sarcasmo sería que á cada bocanada de esos himnos se oyere la sonrisa burlona y humillante de los que los imponen en pago de una instrucción

caritativa! La limosna no tiene derecho de cobrar tan caro su munificencia. Es inmoral pretender que los labios digan lo que el corazón no siente. El 18 del presente, los niños y las niñas de las escuelas entonarán el *Dulce patria, recibe los votos...* ¿Y qué patria es esa? ¡Dios Santo! ¿Es Chile acaso? ¿Y esos niños no son peruanos? ¿Y qué votos son esos? ¿Son acaso los que hicieron sus abuelos en Junín y Ayacucho, en el Alto de la Alianza y en el Morro de Arica?»

Los antiguos pueblos helénicos entendían mejor estas cosas. En sus escuelas los niños cantaban himnos; pero ¡qué himnos! el *Himno á Apolo,* que Tucídides atribuyó á Homero; los *Himnos á Venus, á Ceres,* y hasta *al Valor,* de la celeste Safo; los *Himnos á Júpiter, á Minerva,* de Eleantho de Eolia; el *Himno á la Virtud,* de Aristóteles, que Atheneo nos ha conservado: himnos de ideas ya religiosas, ya morales, ya políticas, que no sembraban rencores entre miembros de una misma familia; himnos ya sagrados, ya morales, ya políticos, que por su forma artística y por su fondo ético ennoblecía, educaba y llevaba el espíritu y sus concepciones, disponiendo á aquellas juventudes á las grandes conquistas que, como carácter de su genio, aquel pueblo dejó con memoria inmortal en todo el palenque de las ciencias y en todos los ambientes del arte. Donde los *Himnos Nacionales* no tienen una sublime dirección, más vale que desaparezcan. En Europa se han proscrito los *himnos* con letra: el *God save the King*, obra de Hendel de 1744, en la Gran Bretaña; la *Marcha Real* en España, la *Marcha Real* italiana, el *Rhin* alemán, el *Bodjé Tzara Kraire* de Rusia, y hasta la *Marsellesa* en la República francesa, privados de la palabra, cumplen un alto destino, llenan el sentimiento nacional, y son y serán perpetuos é insustituíbles.

Juan Pérez de Guzmán.

CUERNOS Y PLUMAS

A mi distinguido amigo el Sr. Conde de las Navas, S. P. D.

Si no fuera un hecho sancionado por la experiencia eso de que *los extremos se tocan,* vendría á acreditarlo en la presente ocasión la circunstancia del doble donativo con que hace poco tiempo se sirviera usted obsequiarme, consistente en dos de sus más valiosas producciones bibliográficas (que todas lo son), intituladas, respectivamente, *El Espectáculo más nacional* y *De Gallinas* (*y sus concomitancias*); producciones de carácter diametralmente opuesto, al representar aquélla el tipo del denuedo y la fuerza, y ésta el de la cobardía y la molicie: por algo se dice de la persona de sangre caliente, que *tiene el genio de un toro*, y de la que está dotada de un carácter medroso, que es un *gallina,* de igual manera que de la cosa que produce molestia suma se suele decir que *sabe á cuerno quemado,* así como de aquello que resulta suave al tacto, que es *blando como una pluma.* Además, de que *los extremos se tocan* me sale al encuentro ahora otra prueba aún más marcada, y cuya circunstancia me reservo para el fin de la presente misiva; y, fijando ahora nuestra consideración en el porqué del título impuesto á esta mi *Carta familiar* (con pujos de *histórico literaria*), baste saber como me propongo tratar en ella *de Re taurina* y *de Re gal linacea*, con relación exclusiva al Estado eclesiástico, y sacados esos pormenores de las *Constituciones*

sinodales pertenecientes á tal ó cual diócesis de nuestra nación, puesto que el hacerlo de todas ó las más de ellas, sobre profuso y redundante, resultaría harto enojoso. Pero, antes de entrar en materia, echemos una ojeada, siquier sea rápida, sobre la importancia que entrañan las *Constituciones sinodales.*

Son los *sínodos diocesanos* la reunión del prelado con el clero catedral y parroquial de su jurisdicción y con otros sujetos graves, así del estado eclesiástico como del seglar, los cuales todos, previamente convocados por la autoridad superior diocesana, se juntan con el objeto de deliberar acerca de ciertos asuntos referentes en su mayor parte á la disciplina eclesiástica, ya respecto de las obligaciones que toca desempeñar á cada cual en particular, ora con el fin de extirpar abusos más ó menos arraigados, luego para nombrar examinadores, y, en suma, con el intento de ocurrir al remedio de todo género de necesidades, no siempre en el terreno espiritual, sino á veces en el orden civil. Presupuesto lo dicho, no hay para qué ponderar el cúmulo de curiosidades que encierran las páginas en que se estampan esos estatutos ó reglamentos, comúnmente recogidos y dados á luz con la denominación de *Constituciones sinodales,* si se tiene en cuenta, á mayor abundamiento, las diversas épocas de su redacción, las distintas regiones constitutivas de cada país y las diferentes fases por que pasa la sociedad al través de la evolución de los siglos. No entrando en mi plan el descender á considerar tantos y tales pormenores, como ajenos de todo punto al objeto que aquí nos ocupa, concretarme he ahora al primero de los dos asuntos arriba indicados, esto es, al *taurino,* tomando nota de las citas siguientes y pasando después á echar una rápida ojeada acerca del segundo, con el fin de no involucrar las especies.

En las *Sinodales* de Palencia, ordenadas por D. Luis Cabeza de Vaca (1548, fol., let. gót., imprenta de Diego Fernández de Córdoba), se dispone, con referencia á uno de sus antecesores (D. Fray Diego de Deza), *Que los clérigos no jueguen | ni*

salgan al toro | ni canten ni baylen públicamente, por medio de las siguientes palabras: «*Sancta synodo approbante,* Mandamos que ningún clérigo de cualquier orden que sea, beneficiado, ó no beneficiado, sea osado de jugar á la pelota, ó otro juego públicamente: ni salga al correr de los toros andando en la plaza á pie con los legos, ni canten cantares deshonestos: ni bailen, ni dancen á las misas nuevas: ni á bodas de parientes: ni de extraños so pena de mil maravedís por cada vez» (1).

Abro la *Synodo diocesana, que celebró el Ilustríssimo Señor Doctor Don Manuel de Alday y Aspee, Obispo de Santiago de Chile* (Lima, Oficina de la calle de la Encarnación, año de 1764), por la pág. 137, y leo lo que traslado á continuación:

«Aunque la Santidad de Pío V, en un breve que empieza *De salute gregis dominici,* prohibió absolutamente lidiar toros á pie ó á caballo, con pena de excomunión mayor, pero la de Gregorio XIII, á petición del señor don Felipe II moderó esa prohibición para los reinos de España, y, en cuanto á las personas seculares, bajo la calidad que no se hiciesen corridas de toros en días de fiesta, y que el juez eclesiástico pudiese declarar incursos en la excomunión á los que contraviniesen, lo que se halla también mandado en el Concilio Mejicano y otras Sínodos de estas partes; siendo conforme á la mente de la Iglesia, que, aun anteriormente tenía prohibidos los torneamentos y espectáculos en días de fiesta, por lo cual manda esta Sínodo se guarden tan justas decisiones, y prohibe, con pena

(1) Aprovecho esta ocasión para preguntar: ¿Será esta obra el primer libro impreso en Palencia?... Conste, por de pronto, que el *Supplément* del Brunet introduce la Imprenta en dicha localidad veinticuatro años después, ó sea en 1572. (V. allí el artículo *Pallantia.*)

A mayor abundamiento en contra de dicho supuesto, añadiré como conozco igualmente otras *Constituciones* redactadas en aquella localidad por el prelado Sr. Fernández de Valtodano y estampadas allí por el tipógrafo Sebastián Martínez, año de 1567, esto es, cinco años antes que la fecha atribuída por el autor del *Supplément* á que me refiero en la nota presente.

de excomunión mayor, las corridas de toros en días de fiesta.»

A esta Constitución, redactada en el estilo machaca é iliterario propio de la gente de la Curia, sigue la que voy á copiar en seguida, y la cual dice así:

«Cuando se juegan los toros, aunque sea en día de trabajo, suelen quedar de noche, en los tablados que se forman, varias personas, con el motivo de cuidar los asientos, y muchas mujeres vendiendo refrescos y también licores fuertes, con el cual motivo se ha introducido llenarse el circo y los tablados de personas de ambos sexos, embozados y tapadas, á que después se han agregado músicas; y todo este conjunto ocasiona muchos desórdenes y trae el peligro de no pocas ofensas de Dios, por lo cual las Justicias tienen particular cuidado de rondar la plaza ó el lugar en que se han corrido los toros; pero como es fácil ocultarse en los tablados, y mucho más en las barreras bajas, donde se forman aposentos en que se abrigan hombres y mujeres tapadas, bajo el pretexto y aliciente de ventas y músicas, no se podrán evitar los daños de que se tiene experiencia; por lo cual, ha parecido á este Sínodo los represente al superior Gobierno de este reino; por que mande prohibir dichos concursos de embozados y tapadas, ó tome la providencia que sea más conveniente para su remedio.»

No carece de interés la Constitución V, título XIV de las *Sinodales* de Plasencia, promulgadas por el Sr. Jiménez Samaniego en 1687 é impresas en Madrid por Melchor Alvarez, año de 1692, la cual Constitución es del tenor siguiente:

«Y porque el afecto apasionado á las profanidades ha llegado en algunas partes á tanto exceso que algunas cofradías, pueblos y comunidades han hecho votos ó juramentos de correr toros en honra de Dios ó de los santos sus titulares, para ocurrir á este absurdo, por ser indubitable que el voto de su naturaleza pide que sea de cosa mejor que su contrario, y que el juramento de cosa vana é inútil ninguna obligación induce, y el correr toros, aunque se permite en estos reinos, dado que no sea malo, es cierto que no es mejor que su contrario, y que

á lo menos es cosa vana é inútil y prohibible, como consta de las Constituciones Apostólicas que los han prohibido, S. S. A. declaramos los dichos votos y juramentos por nulos é írritos, y que en ninguna manera obligan ni se deben guardar, antes es torpe ignorancia correr dichos toros, como ejecución de voto ó juramento.»

En verdad, que no cabe ser más chistosa la índole de semejante conducta; pues eso y decir, v. gr., *prometo comer codornices la mayor parte del año y dormir diariamente en colchón de plumas,* es todo uno; por donde me doy á entender que aquel señor Obispo anduvo algo benigno al calificar de *torpe ignorancia* la tal práctica, en vez de adjudicarle el título de *refinada malicia;* siendo, como lo es, generalmente sabido lo taimado y marrullero que es el pueblo español, y capaz, por ende, de abrir cátedra de *Gramática parda.*

Y sigue el capítulo de ridiculeces é inconveniencias cornumentales, como lo acredita el siguiente pasaje de las *Constituciones sinodales* de Oviedo hechas por el diocesano D. Agustín González Pisador en 1769 y 84, é impresas en Salamanca, año de 1786. Léese en las mismas, al pár. 17 de la *Constitución* 1.ª, lo que sigue:

«Del mismo modo prohibimos, bajo la pena de cincuenta ducados aplicados á obras pías, el abuso que hemos notado tener algunas parroquias, cofradías ó hermandades, de disparar armas de fuego en las procesiones que tienen de costumbre ó estatuto; é igualmente de llevar en ellas ó junto á ellas un novillo ó buey, por la suma indecencia é irreverencia que con ello se causa, y otros graves perjuicios y daños que se han experimentado; y con superior razón prohibimos el que en festividad ni tiempo alguno se introduzcan semejantes animales en la iglesia»; etc.

Por fin y remate de la cuestión taurómaca, citaré los siguientes pasajes de las *Constituciones de Málaga* hechas y ordenadas por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Alonso de Santo Tomás en el año de 1671, con lo que se acabará de ver la ene-

miga declarada contra los clérigos por parte de los prelados respecto de la asistencia á las lidias taurinas; enemiga tanto más inexplicable, cuanto que se permite entrar los santos óleos en las plazas destinadas á dichas lidias, mientras se les cierra las puertas de los teatros. Abro por la pág. 171 y leo lo que sigue:

«Exhortamos que (los eclesiásticos) no oigan comedias, especialmente en el teatro público, porque, como dicen muchos santos y la experiencia lo manifiesta, raras veces deja de haber peligro ó incentivo de pecado en los que las oyen... Y porque no ponga (J. C.) á cargo de nuestra negligencia la vida espiritual que nuestros súbditos perdieren con semejante perfidia, se lo advertimos é intimamos, según la doctrina de los Santos Padres, para que eviten tales obras y pompas.

»Y asimismo les advertimos que los espectáculos y fiestas donde se corren toros, se prohibieron por bula de Pío V de 1.° de noviembre del año de 1567, mandando á los príncipes y repúblicas, so pena de excomunión mayor *latæ sententiæ,* no dejasen correr toros, y que los clérigos regulares ó seculares que tuviesen beneficio eclesiástico ú orden sacro, so pena de la misma excomunión, no estuviesen presentes á los tales espectáculos de toros; y después la santidad de Gregorio XIII en 25 de agosto del año de 1575 permitió que corriesen toros en España, como no sea en día de fiesta, y que se procurase por los gobernadores que no se siga muerte alguna, y alzó las censuras y penas á los legos y á los caballeros de las Órdenes militares que no estuviesen ordenados de orden sacro. Y últimamente, la santidad de Clemente VIII alzó la pena de excomunión á los clérigos seculares constituídos *in sacris* ó que tienen beneficio eclesiástico, y redujo la prohibición al Derecho común, conforme al *motu proprio* que sobre esto expidió en 13 de enero del año de 1596; de que se sigue que: aunque esté alzada dicha censura, y sin incurrir en ella puedan ver fiestas de toros los clérigos seculares, no aprobó la ejecución, sino la dejó, por lo que desdice del estado eclesiástico en la prohibición del Derecho común.

»Por todo lo cual, S. S. A., ordenamos y mandamos que ningunas cantidades procedidas de rentas, limosnas, oblaciones, ó de otra cualquier manera que pertenezcan á iglesias, hospitales, cofradías, hermandades, ermitas, ni otras obras pías, se gasten ni distribuyan por los mayordomos ni administradores en hacer representaciones de comedias ni fiestas de toros, ni para ello se pidan limosnas ni hagan demandas en nombre de las tales iglesias ó cofradías, pena de excomunión mayor, *latæ sententiæ* en que *ipso facto* incurran todas y cualesquier personas que en la contravención de esta nuestra *Constitución* fueren parte ó intervinieren, y de que no se les pasen en cuenta los tales gastos, aunque sean en pequeña cantidad, que directa ó indirectamente en lo referido se hayan hecho, y otras á nuestro arbitrio, sin que les excuse el pretexto de devoción para celebrar la fiesta de algún misterio de nuestra santa fe, ó de algún santo, aunque sea patrono.»

Vengamos, que ya es hora, á tratar de la familia zoológica volátil, quiero decir, la que ostenta *carne de pluma*, de la que reza el refrán que *siquiera de grúa* (y la cual última, dicho sea entre paréntesis, se la cedo á quien de ella gustare, para quedarme yo con el capón y la perdiz); y siguiendo nuestra excursión sinódico-diocesana, abro las *Constituciones* de Astorga promulgadas por Fray D. Pedro de Rojas en 1592, y topo en una de sus páginas con el decreto siguiente, cuyo contenido no deja de ser curioso é interesante para el estudio de los antiguos usos y costumbres de nuestro pueblo. Dice de esta manera:

«Otrosí, *sancta Synodo approbante,* estatuímos y mandamos en virtud de santa obediencia, y so pena de descomunión y de cuatro ducados por cada vez, que de aquí adelante ninguno use de abusos algunos de los que hasta aquí usaban en este obispado, de *llevar la gallina*, que llamaban, después de media noche el día que recibían las bendiciones nupciales, con cantares lascivos y deshonestos, en ofensa de Dios y del matrimonio, ni se hagan semejantes abusos en ninguna manera,

ni se canten cantares enderezados á semejantes deshonestidades. Y mandamos á los curas que lo avisen á los que se velaren y á sus padrinos, advirtiéndoles desta nuestra *Constitución* y penas della, por que no puedan pretender ignorancia.»

Con sólo pronunciar el nombre del Ilmo. D. Pedro Lepe, Obispo que fue de Calahorra y La Calzada á fines del siglo XVII, natural de Sanlúcar de Barrameda, y uno de los varones más sabios y ejemplares que registra en sus anales el Episcopologio español, se tendrá una idea de lo mucho que valen las *Constituciones* por dicho señor redactadas con ocasión del Sínodo que celebró en Logroño, año de 1698, siendo impresas en Madrid por Antonio González de Reyes en el de 1700, y formando un abultado volumen en folio, como comprensivo de cerca de 1.000 páginas (1). Pues bien, entre el cúmulo de disposiciones curiosímas que figuran en el título XII, cual lo son, por ejemplo, que los hombres no formen corros á las puertas de las iglesias para ver pasar á las mujeres; que en los templos haya silencieros; que no se representen comedias ni autos en las iglesias, ni entren en ellas las danzas de espadas ni de otro género alguno; que las justicias seculares no se propasen á hacer abrir el sagrario para tomar declaración jurada al reo en presencia del Santísimo Sacramento; que no se siga consintiendo el empleo de freiras, sororas ó sacristanas; que las mujeres no lleven á hombros las andas en las procesiones; que no se destine el toque de las campanas de las iglesias á usos profanos; que en las iglesias no haya armerías, ni en sus desvanes existan *palomares*, conejeras ni colmenas, etc.

Ya hablé arriba de las *Constituciones* de Oviedo hechas por el Sr. González Pisador al propósito *de Re taurina,* y ahora

(1) Sospecho que la locución proverbial *Saber* uno *más que Lepe* debe su origen al vasto talento de este egregio andaluz, pues no recuerdo haberla visto usada en época anterior al año de 1641, que fue el de su nacimiento. No sin motivo incluye su nombre la Real Academia Española en el *Catálogo* de los escritores que ejercen autoridad en el territorio de nuestra lengua, por lo bien que manejaba la pluma.

vuelvo á citarlas con el motivo de esta otra materia. En efecto, el párrafo siguiente al allí transcrito, se declara en contra de la poca reverencia que muchas mujeres tienen al templo de Dios, «unas entrando y estando en él oyendo misas y más divinos oficios sin mantilla y descubierta la cabeza del todo; otras pasando por él, y aun estando también á dichos oficios, cargadas con cestas llenas de aves vivas, como *pavos, gallinas,* etc., y otros géneros que van á vender á los mercados...»

Más adelante (tít. 17) se consigna «haber costumbre inmemorial en esta diócesis de comer lacticinios, que no sean huevos, en la cuaresma, sin bula de la Santa Cruzada, y favorecer dicha costumbre á los sacerdotes de Puertos de aquende».

Sobre este último particular se dice en las *Sinodales* de Badajoz, promulgadas por su obispo D. Fray Francisco de Roys y Mendoza en 1671, lo siguiente (pág. 204):

«Tiene la santa Madre Iglesia algunos días de ayuno riguroso, en que no se puede comer más que una vez al día, si bien la colación en todos está ya permitida por costumbre; y otros, que sólo son de abstinencia de carne. En los primeros entran todas las ferias ó días feriados de cuaresma; las cuatro témporas del año, tres días en cada una, que son: miércoles, viernes y sábado, y las vigilias que llaman de precepto de santos, ó misterios de nuestra redención, y en éstos, sin la bula de la Santa Cruzada, no se pueden comer huevos ni lacticinios, aunque en este obispado, por la falta de pescados debió de ser, hallamos intruducida por costumbre muy antigua la de comer lacticinios, huevos no, como nos deponen hombres ancianos y vemos afirmado y aprobado en los sínodos del año de 30 y de 45.»

Demasiada extensión va tomando ya la presente carta, y así, y con el objeto de que no llegue á resultar una verdadera *epístola ad ephesios*, doblemos ya la hoja; mas antes, anudemos un cabo que quedó arriba desatado, con motivo de considerar aquella otra fase de la verdad que entraña el aforismo de que *los extremos se tocan,* y es la siguiente: Usted, querido amigo, me obsequia con dos obras valiosas de su composición,

á saber, *El Espectáculo más nacional* y *De Gallinas (y sus concomitancias)*, y yo, en retorno, divierto su atención de cargos palaciegos más graves y espinosos con la dádiva exigua de mis dos últimas producciones, intituladas respectivamente, *Ambigú literario* é *In illo témpore*. ¡Feliz yo, que salgo ganando en el cambio! Llenas de nutrida y sabrosa lectura ambas á dos, con especialidad la primera de aquéllas, no habrá en lo sucesivo quien desee tratar á fondo cualquier punto que se relacione con los cuadrúpedos del coso ó con los bípedos del corral, que no tenga que acudir por fuerza á dichos sus libros, como á arsenal bien provisto de cuanto en el particular pudiera ocurrírsele, con el fin de ver luego satisfechas sus aspiraciones.

Y yo, para concluir, sin meterme á dilucidar si el *espectáculo* (el deporte, no el libro) *más nacional* es argumento de civilización, ó de barbarie, como quiera siga pesando sobre mí la prohibición de poner los pies en el circo (y ¡gracias que desapareció hace años la coleta de la excomunión!), digo lo que Bertrand Claquin, aunque sin la intención aviesa y fementida que á éste animara en la trágica escena de Montiel:

Ni quito ni pongo rey;
pero ayudo á mi señor.

Usted lo es muy mío, querido Conde, y en tal concepto ordena y manda cuanto sea de su gusto á quien se repite suyo afectísimo seguro servidor y capellán q. s. m. b.,

José María Sbarbi.

De su casa y mi estudio hoy 13 de Diciembre (festividad de Santa Lucía, en que, según el cómputo antiguo, menguaban las noches y crecían los días) del año de gracia de 1902.

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS: A. Nin Frias, *Ensayos de Crítica é historia y otros escritos.* —S. Pérez Triana, *Reminiscencias tudescas* (primera serie).—M. Sánchez Mármol, *Las letras patrias.*— I. Alcides López, *¿Puede ó no adaptarse á los países hispanoamericanos la organización política de los Estados Unidos del Norte?*—A. Miguel Alcover, *El periodismo en Sagua.—Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires,* Memento.

El Sr. Nin y Frías es joven, muy joven. Su labor se resiente de esta condición personal, que es, por fortuna en lo que tiene de malo, por desgracia en lo mucho bueno que también tiene, de las que indefectiblemente se modifican con el tiempo. El Sr. Nin, debido á su juventud, se muestra entusiasta en sus aficiones y absoluto en sus juicios. Su entusiasmo merece todo género de simpatías, porque es noble é ideal y porque contrasta de una manera notable con ese escepticismo (quizá no siempre sincero) de que hace gala ahora una parte de la juventud europea, cuya preocupación principal consiste en que no se la crea responsable del crimen de tener fe en doctrina alguna, ni de tomar en serio las conclusiones científicas de la derecha ó de la izquierda. El supremo radicalismo estriba en no afirmar nada, ni aun á la manera como los más escrupulosos y rigoristas hombres de estudio afirman y han afirmado siempre tales ó cuales verdades. Repito que el Sr. Nin no es así. El Sr. Nin cree en

muchas cosas; y su defecto consiste precisamente en que cree demasiado en ellas, con ardor que más parece sentimental que reflexivo. Y no sólo cree en cosas, es decir, en ideas, sino en hombres, y del mismo modo. Taine es su ídolo; y quizá esta preferencia por el insigne autor de *Los orígenes de la Francia contemporánea,* explique la nota característica del espíritu del Sr. Nin. Taine es admirable como escritor; es sugestivo en alto grado; la historia espiritual de su vida (que la reciente publicación de su *Correspondencia* permite conocer en sus más íntimos movimientos) es edificante, y á veces asombrosa; pero es un *constructivo,* que se deja llevar fácilmente por la atracción del sistema y su trato es por esto peligroso para los jóvenes.

Buckle es otro de los ídolos de Nin, aunque no en tal alto grado como Taine; y sabido es que Buckle, cuya huella será indeleble en la crítica histórica, en los esfuerzos del siglo pasado por reducir á condición científica el conocimiento histórico, vale más por la doctrina que por la aplicación de ésta á los hechos, en que contradice su mismo rigor, de mucho más alcance del que pudiera presumirse juzgando por la manera como él hubo de usarlo.

Pero no obstante la ciega fe que el Sr. Nin tiene en sus maestros y las exageraciones á que le lleva (matando también en gran parte su propia originalidad), hay en este culto á dos grandes pensadores que sacrificaron toda su vida sinceramente á la investigación de la verdad y á la explicación de los hechos humanos, algo sumamente simpático y plausible. Quien es capaz de sentir esas preferencias, no puede ser tenido por hombre vulgar y frívolo; y hay derecho á esperar de él que, cuando piense algo menos por cuenta ajena y algo más por la propia; cuando conquiste su originalidad por medio del trabajo, ha de darnos frutos intelectuales dignos de toda estima.

El libro que ha dado origen á estas apreciaciones, es, como indica ya su título, una colección de trabajos varios. No podemos detenernos en el examen de todos. Aparte un *Ensayo*

sobre Taine—que revela la generosa idolatría á que nos hemos referido,—los que más pueden interesar al lector español, son: el «Ensayo sobre una sociedad para propagar la cultura y la lengua española»; el de «Los cien mejores libros»; el de «Filosofía de la historia de España»; y el que versa sobre el «Ariel» de José E. Rodó.

Del primero ya tienen noticia los lectores de La España Moderna (porque este *Ensayo* se publicó previamente en folleto aparte, del cual se habló en estas páginas); y no hay para qué insistir acerca de sus méritos y de su doctrina.

El segundo es una nueva prueba de la falta, perfectamente excusable, de sedimentación que tiene aún la cultura del señor Nin. Basta leer su lista de libros españoles. Incluye en ella á Calderón y no á Lope, ni á Tirso, que quizá lo merecen más; tanto, por lo menos. Como único historiador modelo, cita á Lafuente, fijándose en el peor de los tomos de su *Historia,* el primero. Como novelistas trae á Valera, Emilia Pardo y Nogales; ni uno más, etc.

El Ensayo sobre la filosofía de nuestra historia no es más que un resumen de Buckle. Pasemos por alto los errores que contiene en punto á la cultura de los *moriscos;* á la tolerancia de los musulmanes (así, en absoluto y para todos los períodos de su historia) tocante á los filósofos y científicos; á la condición extranjera de *todos* los directores de las reformas en tiempo de Fernando VI, etc.; y fijémonos en la tesis, que consiste en echar toda la culpa de nuestra decadencia al catolicismo. Si España hubiese sido protestante, no hubiera decaído. Los países protestantes son, bien se ve, los más prósperos del mundo.

Este último hecho es cierto. Falta saber si la causa de su grandeza está en la religión. Esas soluciones ó explicaciones simples, monoideistas, de fenómenos sociales muy complejos, son siempre falsas. No es que yo desconozca que al catolicismo le corresponde *parte* de culpa en nuestra caída y estado presente; pero, entiéndase bien, á *nuestro catolicismo,* á la

manera como hemos tenido aquí, y seguimos teniendo, de comprender y vivir la religión. El mismo Sr. Nin advierte en alguna parte de su libro la diferencia grande que hay entre el catolicismo español y el de los católicos alemanes, norteamericanos, ingleses, aun los franceses mismos. De donde surge el problema de por qué es así; de qué cosa hay en nuestro espíritu nacional que explique esa diferencia, en virtud de la cual es positivo que, no obstante todas las protestas teóricas, los primeros y más tenaces obstáculos para toda innovación que signifique amplitud en la cultura ó en la tolerancia, vienen siempre del campo de los que se consideran como los más genuinos representantes y defensores de la causa católica. Los ejemplos abundan y deshacen toda la retórica de las declamaciones en contrario.

El Sr. Nin—que es protestante—cree que el defecto proviene de la intolerancia española. Si en España hubiera arraigado libremente el protestantismo, la Iglesia católica hubiese tenido aquí un acicate de emulación, provechoso para sus mismos fines. Cosa análoga creía y dijo nuestro Ganivet. Puede que sea cierto; pero, en fin, esto no quita la insuficiencia de la causa católica para explicar eso que todavía llama el Sr. Nin la «Filosofía de la historia de España».

Y es curioso que el Sr. Nin, al entrar en la determinación (tercer apéndice, párrafo 4.°) del Gobierno que conviene á España, afirme que la Monarquía. Lo mismo piensa respecto de Francia, arrastrado por Taine (¿cómo no?) y por Bourget, que también le entusiasma demasiado.

Por último, el ensayo sobre «Ariel» es endeble, á pesar de lo cual me fijo en él por la importancia del libro de Rodó. Creo que el Sr. Nin no ha entendido el sentido de «Ariel». Rodó no niega lo grande de la civilización norteamericana, pero quiere también salvar lo grande é íntimo de la latina. En cuanto á creer que este empeño sea utópico porque sólo pueden hacerse cargo de él los intelectuales, me parece argumento de poca fuerza. ¿Quiénes hacen las revoluciones de ideas y quié-

nes impulsan á las masas sino los intelectuales, en todo tiempo y ocasión?

***

Del Sr. Pérez Triana se acordarán muchos de los que asistieron al Congreso hispanoamericano de 1900. Su cultura y su buen sentido nos cautivó á los que pudimos oirle; pero no pudimos sospechar que fuese tan excelente escritor como se revela en las *Reminiscencias tudescas*. Su libro anterior, *De Bogotá al Atlántico*, creo fuese desconocido de casi todos los españoles que estábamos en el Congreso.

El Sr. Pérez Triana ha estudiado en Universidades tudescas, en Leipzig principalmente, según parece. Sus *Reminiscencias* son ecos de aquellos años de vida estudiantil. No dicen mucho nuevo, ni bastan (me figuro que tampoco se propuso eso el autor) para conocer la sociedad alemana en sus notas fundamentales, ni aun la sociedad escolar de la que, salvo en el capítulo *De profesores,* no cuenta cosa que no se haya repetido cien veces en libros y revistas. Pero esto nada importa ni nada quita al valor de su libro, en que lo admirable es el arte, es la *literatura*. Hace tiempo que no leía una prosa castellana tan fluída y elocuente como la del Sr. Pérez Triana. Las cualidades de escritor y de poeta (de poeta, sí) son en él tan notables y vigorosas, que á mi juicio le arrastran incluso fuera del campo que el título del libro parece imponerle. Cabe, en efecto, pensar si aquellos tipos alemanes que describe, aquellos Otto, Karl, Hans, etc., son siempre retratos y no personificaciones de ideas del autor: de ideas sugeridas por las impresiones de la vida estudiantil alemana, ó expresivas de aficiones y creencias actuales. Sean lo uno ó lo otro, son de una belleza indudable. Lo probaré con ejemplos.

Karl es el tipo de un teólogo... escéptico. No cree en la religión, pero va á ser pastor luterano. A ello le obligan el ham-

bre, no sólo la suya, sino la de toda su familia, y la tradición de esta misma. He aquí cómo razona la compatibilidad de sus ideas y su profesión:

«Digo á ustedes que son profanos en la materia, y lo digo después de diez ó doce años de estudio concienzudo y tenaz, que si hay algo en que abunde y prevalezca lo fofo, lo engreído, lo convencional, y á veces hasta lo ridículo, es lo que los hombres con arrogancia llaman teología, la ciencia de Dios, como si estuviera al alcance de ellos. A poco andar, advierte el más lerdo que penetre en ese campo con intención de analizar cuanto á su paso se le presente, que si á los teólogos se les quita la muletilla de la fe, todo su edificio se cae por tierra. Huyendo de la tristeza y de la melancolía que estos descubrimientos infundieron en mí mismo, quise refugiarme en el estudio de algo positivo, en que la verdad y la razón pudieran ejercer su imperio libres de trabas convencionales, y me dediqué al estudio de la filología.» Y más adelante:

«Yo podría desempeñar perfectamente en la aldea á que me vinculan tantos lazos y á la cual pronto he de volver, el ministerio protestante luterano y el curato de la Iglesia católica. Conozco á fondo todo lo bueno que cada una de esas iglesias dice de sí misma; todo lo malo que cada una de ellas dice de la otra y de todas las demás. Me sería fácil dogmatizar y anatematizar desde el uno ó el otro de los dos púlpitos, apoyándome en textos evangélicos, en citas de los Santos Padres, en comprobaciones históricas; en una palabra, haciendo en cada caso uso y aplicación de todas las armas de los respectivos arsenales. Y creo que para desempeñar esas tareas me hallo mejor preparado, mejor pertrechado, por decirlo así, que la mayoría de los ministros protestantes ó de los curas católicos que andan por esos mundos de Dios. Ojalá la tolerancia de las gentes y el espíritu de ellas fueran suficientemente amplios para permitirme desempeñar los dos oficios á un mismo tiempo, cosa perfectamente realizable en el hecho, ya que merced á la escasa población de mi pueblo, me alcanzaría el tiempo

para ello. Al fiel, en realidad, lo que le importa es la exposición clara de lo que él cree, la defensa de eso mismo con los mejores argumentos y comprobaciones que se conozcan para el efecto, y el ataque á la teoría ó la doctrina enemiga, con toda la forma de ira ó de pasión usual y que mejor éxito haya tenido. Poco ó nada, en realidad, tiene que importarle al feligrés lo que en el fondo de su ánimo sienta el individuo que predica. De lo que él necesita es de una voz que hable, que resuene en los oídos, repitiendo lo que los creyentes consideran ser la verdad. Si es la verdad lo que suena para esos oídos, poco importan los labios que la pronuncien, así como importa poco quién imprimió el libro, si el texto es verídico ó tenido por tal.»

Hans es un maestro de esgrima, tras cuya capa de soldado hay un excelente aficionado á la música, buen cantor en sus años juveniles. Ved cómo habla de la educación musical y literaria de su pueblo, que el nuestro debía imitar, no sólo como fuente de cultura, pero también como apoyo solidísimo del sentimiento patrio.

«La educación que todos recibimos en Alemania, aun en las clases más humildes, nos familiariza desde niños con las obras maestras de nuestra literatura, tanto las de prosa como de verso, y nos hace aprender las melodías populares, en que nuestros genios musicales han encerrado la balada ó la canción popular, unas veces de autor conocido, otras anónimas, prohijadas por el pueblo que reconoce en ellas la esencia de sus sentimientos, el eco de sus dolores, de sus alegrías ó de sus aspiraciones. Así, todos conocemos las baladas de Uhland, las de Bürger, las de Becker, las de Lenau, las de Chamisso, lo mismo que los cantos guerreros de Koerner, los poemas de Schiller, los de Goethe, los de Wieland y los de mil más, cuya lista sería interminable, como lo sería la de los cantos anónimos.—Compositores tales como Schumann, Abt, Schubert, Franz, han tomado las palabras de nuestros poetas y las han adaptado á melodías simpáticas y congéneres. A más de estos

compositores conocidos han venido los anónimos, y entre todos ellos, poetas y músicos, han creado el tesoro mayor y más hermoso de música cantable y popular de que puede enorgullecerse pueblo alguno.»

La descripción de una visita hecha en París, á Heine moribundo, por un orfeón alemán, es de una elocuencia honda y sentida que encanta.

«En las primeras horas de una noche de invierno, bajo un cielo plomizo, en el cual apenas se veían algunas estrellas por entre los jirones de las nubes, llegamos á una casa de modesta apariencia en la calle de Amsterdan. Se nos advirtió que no hiciéramos el menor ruido, y subimos la escalera midiendo nuestros pasos y conteniendo el aliento. En el segundo piso se detuvo el director enfrente de una puerta que se abrió sin necesidad de que tocaran á ella, y una mujer joven y hermosa, la Matilde tantas veces mencionada en los cantos del poeta, la esposa y compañera de su vida, nos hizo una muda seña, invitándonos á entrar.

»Penetramos luego á una estancia de regular capacidad, en donde ardía una lámpara cuya luz estaba velada y se esparcía por el suelo, dejando el resto de la habitación en una semi-obscuridad propicia á la tristeza. Hacia el fondo pudimos distinguir el lecho en donde yacía el poeta.

»Sabíamos que tenía uno de los ojos y una mano paralizados, que sufría los más horribles dolores y que, á pesar de esto, desde eso que él llamaba su «colchón fosa», con energía incontrastable, con fe suprema en su misión y en su genio, luchando á brazo partido con el dolor y con la muerte, había continuado su labor de artista y de poeta. . . . . .

»... Nos alineamos en fila contra el muro. Me sentí más conmovido entonces que nunca antes en mi vida, ni aun cuando me había tocado formar en línea de batalla enfrente al enemigo. El director dió la señal; el programa estaba convenido de antemano. Nuestro primer canto fue aquel tan conocido en que el poeta se dirige á sus propias canciones diciéndoles:

«Suavemente atraviesa mi espíritu un canto celestial; sal, can-»ción de Primavera, y resuena en los espacios; sal, y resuena »allá donde brotan las flores y, cuando encuentres una rosa, »dile que yo la saludo.»

»A esta canción siguieron otras... Con esas melodías y con esas palabras hubo de alzarse para el poeta todo ese pasado irrevocablemente perdido, como se alzó también para nosotros, que conocíamos su vida. Esos cantos y esas palabras evocaron mil memorias traídas con aquella fuerza distintiva de las melodías y de los perfumes, que con una nota ó con una ráfaga reconstituyen en la memoria todo un mundo. Todo lo que nos rodeaba desapareció y se alzaron ante nuestros ojos, como los cuadros de un drama, los recuerdos de la vida del poeta, en cuya mente, sin duda, debió de producirse idéntico fenómeno, evocador de su pasado.»

Los párrafos que siguen, en que Hans reconstruye las diferentes fases de la vida de Heine, son de una poesía honda y de un arte escogido y firme.

El capítulo titulado *De profesores,* es quizá el más hermoso del libro. La ceremonia de admisión de los nuevos alumnos está muy bien contada y es de un efecto seguro.

«En el día fijado reúnense los solicitantes en el gran salón de la Academia. El Rector les dice, sin fórmulas oratorias, que cuantos después de leído el reglamento estén dispuestos á prometer que lo observarán, deberán, en señal de asentimiento, acercarse á él, como jefe de la Universidad, á sellar con un apretón de manos el pacto solemne entre hombres de honor, de respetar el reglamento y ser fieles á su alma mater. Y eso es todo. Aquel apretón de manos, como el espaldarazo de antaño, arma caballeros del estudio á cuantos los reciben. La ceremonia, por su augusta sencillez y serena majestad, conmueve los espíritus serios y pensadores, y la huella que deja es tan honda que no son parte á borrarla los años ni á desfigurarla las vicisitudes.»

El cuadro final de la elección de Virchow (el genial antro-

pólogo que ha fallecido recientemente) para el Rectorado, tiene corte épico é impresiona de un modo profundo.

Del prólogo que al libro del Sr. Pérez Triana ha puesto el Sr. Valera, me parece ocioso hablar. Es tan ameno é ingenioso como todo lo que escribe el autor de *Genio y figura...* El cual, por cierto, alude á una frase despreciativa en que don Rufino Cuervo ha dicho que «sólo hay cuatro ó cinco libros en castellano que puedan leerse con deleite y provecho por los habitantes de la América española». Si esto no lo dijera nadie más que el Sr. Cuervo, podría perdonarse y olvidarse, como genialidad ó rasgo de humorismo de un trabajador benemérito, que ha encanecido en el estudio gramatical de nuestra literatura y que vive en un país donde á diario verá que se estiman y leen más libros que cinco escritos en castellano. Pero como también lo dicen otros que no merecen el respeto y la indulgencia que todo español culto debe al Sr. Cuervo, don Juan hace bien en recoger la especie y mejor haría en contestarla con todo despacio. A bien, que los mismos americanos la rectifican diariamiente (no obstante su afrancesamiento), llenando sus libros de notas tomadas de fuentes españolas y adoptando como obras de texto y consulta algunas cuyos autores viven y escriben en la España de hoy.

***

El Sr. Sánchez Mármol ha escrito, para la obra *Méjico. Su evolución social,* un capítulo que contiene la historia de la literatura mejicana desde la independencia de nuestra antigua colonia.

La crítica de obra semejante se hace casi imposible para un español que no ha estado en Méjico, por lo dificilísimo de informarnos aquí corrientemente de la literatura de aquel país (como de cualquier otro americano) con el detalle que permi-

tiría apreciar lagunas ó erróneas apreciaciones. Por eso nosotros, prescindiendo de detalles, nos fijamos en las notas de carácter general que consigna el Sr. Sánchez Mármol, cuyo trabajo, en conjunto, nos parece interesante y bien compuesto.

En la introducción procura el autor demostrar—rectificando el contrario aserto del Sr. Menéndez y Pelayo—que existe literatura propiamente mejicana, aunque su desarrollo sea todavía escaso y embrionario en algunos géneros.

«Si lo que el Sr. Menéndez y Pelayo quiso decir—escribe—es que los mejicanos carecemos de una literatura que lleve una fisonomía original, que marque por sí misma una región determinada del globo ó raza, familia ó tipo humanos, dotados de propia individualidad, capitulamos con el conspicuo académico; mas si su afirmación significa que aquí, en esta joven República, no se encuentra una producción literaria hija de cerebros mejicanos, que en algunos casos reivindica cierto colorido local, entonces hay exhorbitancia en su juicio.»

Pero esta literatura—según indicábamos más arriba—es todavía pobre, debido á la incultura general del país que no ofrece ni público ni medio adecuado para que florezcan muchos y grandes escritores, no obstante el positivo progreso de los últimos años del siglo XIX, que atestiguan varias Revistas mejicanas y nombres ilustres como los de D. Justo Sierra, Icazbalceta, Sosa, Riva Palacio, Icaza y otros más. «Hoy por hoy—dice el Sr. Sánchez Mármol—embarga nuestras fuerzas, y debe embargarlas, la solución de nuestro problema económico, único secreto de asegurar nuestra independencia nacional é individual. Lograda esta solución, lo demás vendrá por añadidura.»

En diferentes pasajes del libro que examinamos, se afirma la influencia preponderante de la literatura francesa sobre la mejicana. Aunque los poetas españoles de la época romántica hallaron eco en aquel país; y aunque recientemente las obras de Pérez Galdós, Valera, Echegaray, Menéndez y Pelayo, Pereda, Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán y otros autores tan

conocidos como éstos, suscitaron «en las que antes fueron colonias hispanas el interés más vivo, imprimiendo nueva dirección al estudio del culto saber, y cobrando nuevos y hasta ardorosos estímulos las aficiones á la propia habla», estas influencias «no han ido más allá de la dicción, pues la obra literaria, es decir, el fondo de ella, ha continuado informándose, con señaladísimas excepciones, por los modos y estilos franceses».

Lo que el Sr. Sánchez Mármol dice del porvenir del castellano en Méjico es interesante, por lo que concuerda con opiniones de Ricardo Palma y de Ernesto Quesada.

«No desconocemos—dice—que por este camino (el de cerrar el idioma á toda novedad, hija de los tiempos y de las modalidades nacionales ó regionales), si España (debiera decir la Academia) persiste en su sistema, el castellano que dentro de una centuria se hable en Méjico, y tal vez en los demás países hispanoamericanos, no será ya el de nuestra madre y educadora; pero á ella la culpa de negar á su lengua la facultad evolutiva, de pretender mantenerla en moldes inquebrantables, que será como ir circunscribiendo su circulación, primera etapa hacia la tumba de las lenguas que van á morir.»

*
* *

La monografía del Sr. I. A. López es una tesis presentada por su autor para obtener el grado de abogado y notario. Con esto quedan de antemano inutilizadas ciertas reservas que una crítica rigurosa pudiera oponerle. Nos limitaremos á señalar en este trabajo dos cosas que tienen importancia: la cita frecuente de libros españoles (v. gr., el *Derecho político* de Posada) ó conocidos por traducciones españolas, y la opinión del autor, resueltamente contraria á la adaptación del sistema federal yanki. «Admiro—dice—la descentralización

angloamericana, y lamento que sea inadaptable á los países de la Amérina latina, *porque carecemos de ese poderoso individualismo, espíritu de empresa y self help que caracteriza á los ingleses y americanos.* . . . . . .

. . . . . .

Las razas anglosajona y latina forman *los dos polos de la civilización actual.* Es la primera: egoísta, fría, calculadora, perseverante, descentralista, individualista—ve en el Gobierno un mal necesario,—razonadora, realista y utilitaria. La segunda es: altruísta, fogosa, desprendida, inconstante, centralista, socialista—anhela el Estado Providencia y todo quiere esperarlo de él,—imaginativa, espiritualista y no utilitaria. Estos caracteres tan opuestos—y conste que no los agoto—han originado los continuos fiascos de acomodación de las leyes anglosajonas á los países latinos.»

El Sr. López cree que esto tiene remedio. «Los hábitos bien dirigidos, mejor dicho, la educación científica y práctica, puede modificar en cierta manera nuestra condición y regenerarnos.—Preparemos el reinado del Derecho, imitando la excelente educación sajona, porque, como dice Gumplowicz, «no son las leyes quienes dan la libertad, sino que lo que hace libre al hombre es la educación».

El periodismo en Sagua es una curiosa recopilación de noticias que, sobre contribuir á la historia del periodismo cubano, servirá para conocer muchos pormenores de los últimos años de nuestra dominación antillana y de la lucha que le puso término. El libro va ilustrado con numerosos fotograbados.

El *Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires* (año XI, 1901) merece consideración especial. Es un modelo de libros de su género, por su contenido y por su método. Empieza con una serie de tablas y observaciones climatológicas é higiénicas que comprenden, entre otros, los extremos siguientes: observaciones heliométricas, análisis químico y bacteriológico del aire, análisis del agua de lluvia.

Siguen los datos referentes al crecimiento de la población, que es considerable. En 31 de Diciembre de 1900 tenía la capital argentina 821.293 habitantes, y en la misma fecha de 1901, 848.367: aumento, 27.074, ó sea el 3,3 por 100. Este crecimiento relativo es, pues, superior al de la mayoría de las grandes ciudades del mundo. Le superan tan sólo Munich, Leipzig y Breslau, con 9,8, 5,1 y 5,2 por 100, respectivamente. De los 27.074 habitantes acrecidos, 160.582 fueron inmigrantes. La natalidad fue también numerosa (33.298) y coloca á Buenos Aires en uno de los primeros lugares. Las cifras de mortalidad son menores que en 1900 y «acusan un sensible mejoramiento en las condiciones sanitarias de la capital». Las defunciones fueron 15.807, ó sea el 18,60 por 100. En Londres hay un 16; en La Haya, 16,60; en París, 19,8; en Munich, 22,4; en Berlín, 16,4; en Viena, 19,9; en Copenhague, 19,1, y en San Petersburgo, 24 por 100.

Siguen á la demografía los datos de alimentación. Las tablas referentes al agua son interesantísimas. «Las máquinas de la administración encargada de proveer de agua potable á la población, bombearon en 1901, 39.756.646 kilolitros, suma que, distribuída sobre toda la población, arroja para cada habitante una proporción de 129 litros por día»; pero de esto hay que descontar lo que se emplea para servicios municipales y policiales, con lo que la cantidad para usos domésticos disminuye mucho.

El capítulo siguiente es de Locomoción: ferrocarriles, tranvías y vehículos (coches de plaza). Estos últimos son 2.184. De servicio particular hay 2.077.

Las cifras referentes al movimiento económico son de gran importancia. Corresponden á los siguientes conceptos: Transferencias de inmuebles, Pactos de retroventa, Hipotecas, Bolsa de Comercio, Clearinghouse, Bolsa de Londres, Casas de comercio é industria y Fábricas y talleres. Las casas de comercio é industria son 33.241. Las fábricas y talleres, 8.803.

El comercio exterior da las siguientes cifras: 96.181.992 pesos oro para la importación, y 82.013.000 para la exportación (aduana de Buenos Aires). La primera cifra es inferior á la correspondiente de 1900; la segunda, superior en 12.907.000 pesos, lo cual es un gran síntoma.

El capítulo VIII trata de Correos, Telégrafos y Teléfonos. Prescindiremos de él para detenernos en el IX, Asistencia pública. La mortalidad absoluta de los 36.267 enfermos asistidos en 16 hospitales y dos manicomios ha sido de 3.894, ó sea el 10,74 por 100. Las consultas gratuitas, 222.261. Los baños aplicados, 254.363. El Laboratorio bacteriológico ha verificado 3.183 análisis; el Laboratorio Pasteur, 419. Las vacunaciones y revacunaciones han subido á 169.054; las desinfecciones, á 6.908; las cremaciones, á 558, y los primeros auxilios de la Cruz Roja, á 801.

El Movimiento criminal acusa un crecimiento de 913 casos, así como el de suicidios. La mayoría de los delitos (746) son contra la propiedad.

La Educación primaria merece consideración especial. Como es sabido, depende en Buenos Aires de un Consejo Nacional de Educación, que goza de relativa autonomía y rentas propias.

El número de alumnos fue de 69.958. Los de segunda enseñanza, 1.718. Las diversas Facultades, 3.212, la mayoría en la de Medicina. El número de escuelas primarias es de 244, con 1.678 maestros, 243 profesores especiales. Las tres grandes bibliotecas públicas tuvieron 31.928 lectores.

Terminaremos indicando tan sólo (porque ya nos falta el espacio) que los restantes capítulos tratan de Diversiones y juegos, materias fecales, obras de salubridad, alumbrado, inspectores municipales, afirmados, plazas y paseos, limpieza pública, Banco municipal, Sociedades anónimas, finanzas comunales y canje de publicaciones.

Basta con lo dicho para que nuestros lectores confirmen plenamente el juicio que nos merece este Anuario. Sus autores,

Sres. A. Bullrich y Alberto B. Martínez (éste, Director de la Estadística municipal), merecen un caluroso aplauso.

HISPANUS.

MEMENTO.—Publicaciones recibidas. — R. Montúfar, *Artículos y discursos.*—Dr. E. M. Cavazzutti, *Proyecto de organización del movimiento científico universal.*—W. J. Cocker, *El Gobierno de los Estados Unidos de América,* con prólogo de D. Valero Pujol.—Americo Lugo, *El punto largo.*—Rodolfo Rivarola, *La justicia en lo criminal.*—Ídem, *Instituciones del Derecho civil argentino.*—E. Quesada, *La política argentino-paraguaya.*—R. Mayorga, *Poesías.*—M. Díaz Rodríguez, *Sangre patricia* (novela).—J. Vancouver, *Viaje á Valparaíso y Santiago*, trad. por Nicolás Peña M.—José A. Rivera G., *Sonetos.*—F. Estrada Paniagua, *Pasatiempo.*—M. Luis Rocuant, *Brumas.* — E. Menéndez Barriola, *Flor silvestre.*—E. Torres Torija, *Versos.*—F. Contreras B., *Moral cívica* (libro escolar).—S. Escobar, *Geografía descriptiva.*—Lúcas T. Cojulún, *Álgebra elemental.*—M. Arzu Saborio, *Nuevo libro cuarto de lectura.* — Dr. Luis Lazo Arriaga, *Elementos de Anatomía, fisiología é higiene.*—E. Quesada, *El* «Criollismo» *en la literatura argentina.*

CRÓNICA LITERARIA

La poesía política en Castilla en el siglo XV.—Discurso de recepción en la Academia Española de D. Raimundo Fernández Villaverde.—Ojeada á un género muerto.—La *Biblioteca de novelistas del siglo XX*.

Muy propicia suele estar la Academia Española á recompensar los merecimientos literarios adquiridos en el ejercicio de la oratoria; en particular, cuando los han contraído Ministros presentes ó pasados. Así se da el caso de que veamos elegidos, para ocupar los huecos que la muerte deja en la casa de los inmortales, á personajes muy eminentes sin duda, pero cuyo renombre se asienta en otras obras distintas de las literarias. Como los académicos de esta clase suelen ser personas ilustradas y discretas, no diré yo que su elección escandalice al público, al que, por otra parte, se le da una higa de las Academias; pero alguna sorpresa produce el ver entrar en la Academia de la Historia á quien públicamente no cultivó los estudios históricos; ó en la Española, considerada generalmente como Instituto literario, á los que no deben á las letras su fama.

Verdad es que la Academia Española no es sólo un Instituto literario, sino también un Instituto lingüístico ó filológico. Y la palabra, medio sensible de la literatura, es además instrumento general de comunicación entre los hombres, medio de relación de todas las actividades sociales, órgano de la cien-

cia, de la política, del derecho, de la religión, de la industria, de cuanto requiere inteligencia y trato entre seres humanos. De ahí que la Academia, como Corporación conservadora y reguladora del idioma, pueda alegar que al idioma atiende cuando llama á su seno á personas distinguidas ó eminentes en ciencias ó artes distintas de la literatura. Pero es el caso que sólo á las notabilidades de la política suele aplicar este benévolo criterio. No hemos visto elegidos académicos de la Española á médicos notables, á militares ni á eclesiásticos de autoridad que no fuesen escritores, en concepto de cultivadores del idioma en su respectiva facultad ú oficio, y en atención al concurso que pudieran prestar con su experiencia y práctica profesional á la formación del Diccionario.

Lo que ocurre, hablando en puridad, es que las Academias siguen la corriente general. Los políticos son los hombres del día, como antaño lo fueron militares y eclesiásticos. Y lo son, no sólo por la natural influencia que ha acompañado siempre al ejercicio de las funciones de gobierno, sino porque no hay clase que los contrarreste. En España no hay ya verdadera aristocracia; la Iglesia ha perdido casi del todo su antiguo poder; el militarismo repugna á la mayoría de las gentes; sabios tenemos pocos, y la opinión general no siente entusiasmo hacia la ciencia. Así la jerarquía política ha llegado á ser una jerarquía solitaria y casi única; y por lo mismo se ha llevado á sus filas, si no á todos, á muchos de los hombres de más valer. Y ya por lo que efectivamente valen estos hombres, ya por la representación que les da su encumbramiento, hemos venido á parar á la conclusión práctica de que para todo sirven y en todo deben ser los primeros. La posición que ocupan es como una cumbre que atrae las miradas de las gentes. Y así sus merecimientos son fácilmente descubiertos y aun adivinados; mientras que los que están en el llano, tienen que agitarse mucho para que la atención se fije en ellos y los distinga entre la multitud con la cual andan confundidos.

No se entiendan estas palabras como censura á la Acade-

mia Española por la elección del Sr. Fernández Villaverde. Me limito á señalar una costumbre, un fenómeno general, sin discutir los casos particulares. Y una vez admitida la costumbre, creo que uno de los casos más felices á que ha podido dar lugar, es la entrada en la Academia de aquel notable personaje cuya laboriosidad infatigable, cultura y claro entendimiento son harto conocidos, y de cuya afición á las letras da testimonio su discurso de ingreso en la Corporación encargada de la guarda del lenguaje.

No eligió el Sr. Villaverde para su discurso un tema jurídico ó económico; lo buscó literario, como si quisiera mostrar que no es ajeno á estos conocimientos ni le arredra el trato con las musas, ó hubiese querido hacer profesión de fe de que las letras son la verdadera jurisdicción de la Academia, y no admiten allí la competencia de otras disciplinas. El hecho es que en frases discretas y elocuentes justifica la elección del asunto, diciendo que vino en escogerle por ser la poesía política género en que coinciden los estudios y ejercicios á que él se ha consagrado, y aquellos otros á que le llama su nueva investidura.

Versa, pues, el discurso sobre *La Escuela didáctica y la Poesía política en Castilla durante el siglo XV;* y su extensión, aun sin contar las numerosas notas que le siguen, es algo mayor de lo acostumbrado en este género de trabajos académicos.

Es un tema de erudición y de historia literaria que mira á lo pasado, á un género que ya casi ha desaparecido, y al que arrebató la mayor parte de su importancia el mudar de los tiempos. Los trabajos de Amador de los Ríos y de Menéndez Pelayo han desbrozado el camino, y sin emprender nuevos trabajos de investigación, con lo ya conocido, se puede formar juicio de lo que fué y representó la poesía política castellana en el siglo xv. En realidad, el trabajo del Sr. Villaverde no aporta datos nuevos; más ó menos son conocidos los poetas de que nos habla; sus obras andan impresas en cancioneros y

antologías. La labor del nuevo académico ha consistido en compilar y reunir la historia literaria de ese período y de ese género. Su discurso representa sin duda — dentro de estos límites—considerable trabajo y mucha lectura de textos.

Por las páginas del discurso van desfilando muchas antiguas figuras de la poesía castellana, borrosas y olvidadas las más, perdonadas algunas por las injurias de los años. El Arcipreste de Hita, el Canciller López de Ayala, Juan de Mena, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique, viven aún en la memoria de los cultos; son los supervivientes del gran naufragio del olvido, en cuya ola, á medida que va subiendo, subiendo, sobrenadan menos hombres y menos cosas de las generaciones pasadas. Vienen luego otros, de quienes habla también con encomio la Historia, pero cuyos nombres suenan ya menos en los oídos modernos: el judío D. Sem Tob, Gómez Manrique, Alfonso Alvarez de Villasandino, Juan Alfonso de Baena, Juan Alvarez Gato, Antón de Montoro, el ropero de Córdoba, y tras éstos la multitud de aquellos de cuya notoriedad pasada sólo queda el eco lejano y el pálido reflejo que nos conservan los libros de la historia literaria: Pero Ferrus, Gonzalo Martínez Medina, Fray Lope del Monte, Ferrant Sánchez de Talavera, Alfonso Sánchez de Jaén, y tantos otros como cita en su discurso el Sr. Villaverde.

Algo peca de monótona la disposición del discurso. Es una disposición rectilínea, uniforme, sin accidentes, sin desviaciones; una línea recta tirada por el campo de la poesía didáctica, una formación de los poetas que en larga hilera se van formando á la voz de mando que les da el nuevo académico. Con sólo un mínimum de metáfora, puede decirse que el señor Villaverde pasa revista á los cultivadores de la poesía política del siglo xv. Y al mismo tiempo, tal vez por exceso de modestia del nuevo académico, se observa en su trabajo cierto encogimiento, falta de juicios personales y de observaciones propias, dócil asentimiento á las opiniones consagradas, sin meterse en más averiguaciones, no para refutarlas,

que esto sería acaso temerario, pero ni aun para añadir aspectos y puntos de vista nuevos, ni para sellar, en fin, con sello individual y firmar, por decirlo así, con un rasgo personal esta exposición de la poesía política castellana.

Paréceme oir en mis adentros, mientras escribo estas palabras, la protesta de los que quieren que se destierre á la imaginación del campo de los estudios de historia literaria y se reduzcan éstos á una especie de historia natural, á la tarea de desenterrar textos, cotejarlos con los conocidos ya, si los hay, publicarlos con todas sus variantes, y á lo sumo, compararles con otras obras parecidas de la literatura nacional ó de las extranjeras. Meritísimos son estos trabajos; sin ellos no podría hacerse la historia literaria; pero no se encierra ni contiene en ellos toda la labor de ésta. A la acumulación y ordenación de materiales, tiene que seguir la obra constructiva; la crítica no puede ser meramente paleográfica, ni filológica, ni sólo comparativa; no debe pararse en el examen exterior de los textos, sino ahondar en ellos; interpretar el alma de épocas y escritores; resucitar, en cuanto cabe, lo pasado, y resucitarlo, no como se exhuma una momia para llevarla á un Museo, sino con conjuro que le dé apariencias de vida. Y todo esto requiere el concurso de la imaginación, como pide también sagacidad psicológica, espíritu filosófico. Tratar desdeñosamente á esta parte de los estudios literarios, calificándola de generalidades retóricas, es tan injusto como sería reducir á obra de ratón de biblioteca ó de archivo los trabajos de investigación.

No son, pues, inútiles, ni deben despreciarse por livianos, los estudios literarios que operan sobre materiales conocidos, ya para ordenarlos y compilarlos, ya para interpretarlos ó mostrar algún aspecto nuevo que puedan ofrecer. A este género pertenece el discurso del Sr. Villaverde; y es sensible que se haya limitado á la mera exposición y haya sido tan parco en reflexiones propias.

Con todo, es grato echar una ojeada retrospectiva á estos lejanos verjeles de la poesía castellana, muchas de cuyas flores

tuvieron en el tallo las más punzantes espinas de la sátira. Deléitase la imaginación viendo en aquellos poetas un reflejo de la sociedad de entonces y comparando con las ideas y pasiones de aquella época las actuales. La poesía política de las antiguas escuelas didácticas es, en realidad, un fósil literario; pero los sentimientos que la animaron, subsisten bajo otras formas de expresión. En la batalla de las formas literarias la prosa va venciendo al verso; de la didáctica casi le ha expulsado; y los únicos residuos que quedan ya de la poesía política son las composiciones jocosas que suelen insertar los periódicos satíricos y algunas otras con caracteres de libelo, que demasiado licenciosas ó desvergonzadas para que la letra de imprenta las acoja, suelen circular á veces de mano en mano zahiriendo á personajes ó criticando sucesos. Pero una y otra poesía política, la pública y la clandestina, tiene escaso eco. Las prosas de la Prensa les han quitado la mayor parte de la atención del público; y es lógico que así sea. La poesía política podía llenar su misión en épocas en que la crítica de la gobernación no era constante y cotidiana como ahora; ni la opinión pública, aunque fuese en ciertas ocasiones decisivas muy poderosa, asistía en continuo ejercicio. Por eso el poeta se fijaba sólo en acontecimientos muy sonados, como los excesos y la caída de algún poderoso valido, cual se ve en las numerosas poesías consagradas al trágico fin de D. Alvaro de Luna; ó en un estado general de cosas, como el que critican las coplas de Mingo Revulgo. La prosa es un medio más rápido y más analítico; y aun concediendo que «los metros se asienten mejor en la memoria que las prosas», como decía Gómez Manrique, la crítica y la sátira política de hoy, más que á labrar honda y permanente huella en la memoria, aspiran á reflejar la impresión del momento. Andan á par de los acontecimientos, y van dejando atrás los pasados muy deprisa, para no quedarse ellas rezagadas. Pero aunque sean tan efímeras y envejezcan y mueran tan pronto estas prosas políticas del día, á ellas puede aplicarse mejor que á los versos de la antigua didáctica polí-

tica lo que escribió en una copla, que cita el Sr. Villaverde, el Rabí Don Sem Tob de Carrión:

Non hay lança que passe
Todas las armaduras,
Nin que tanto traspasse
Commo las escrituras.

Uno de los más curiosos pasajes del discurso es aquel en que extracta el Sr. Villaverde la polémica ó disputa poética que hubo con motivo de la caída del Cardenal de España D. Pedro Fernández de Frías, privado de Don Enrique III. A los violentos ataques de Villasandino, que llamaba al Prelado, entre otras lindezas,

El asno aborrydo, linage marfuz,

contestan Fray Lope del Monte y Alfonso Sánchez de Jaén, y contestan con el argumento eterno, que lo mismo se esgrime hoy que en el siglo XIV; pidiendo castigos para la difamación:

Por ende castigo devia ser puesto
Al que trovando declama denuesto
De quien quier, de mas sy tien grant estado.

Dice el uno, y el otro, abriendo el Código penal de entonces, añade:

Pena le pone la setena partida
Al que es disfamoso componedor,
Quanto mas al que es trobador
De desonores, que es cosa sabida.

Pero Alonso Alvarez no era hombre de dejarse amedrentar por la setena partida, y contesta así al Canónigo de Toledo, que le disparaba la cita legal:

Tu torpe gesto muy bien te conbida
A ser porcariço ó guardar ovejas
O andar por las calles vendiendo mollejas;
Por ende non cures desta arte polida.

¡Quién había de decir que tiene más de seis siglos de antigüedad el anatema que hemos visto lanzar en nuestros días á algunos críticos por la tremenda contra poetas que no les daban gusto, y á quienes enviaban, no á freir espárragos ni á escardar cebollinos, sino á vender garbanzos y judías! A vender mollejas, por la fuerza del consonante, enviaba Villasandino á su impugnador el Canónigo, con toda su canongía.

El Sr. Villaverde simpatiza poco con Villasandino. Le acusa, entre otras cosas, de haber acogido «la idea vulgar y funesta, no corregida entre nosotros por los siglos, de que el Gobierno es placentero goce y no arduo oficio». Pero es el caso que el vulgo, de suyo desconfiado y malicioso, se resiste á creer que sea tan gran sacrificio el de gobernarle, notando cómo en todas las épocas abundan los que desean sacrificarse en esta forma y se denuestan y acometen unos á otros sobre quién se sacrificará antes y por más tiempo. Arduo oficio es el de gobernar, pero mucho debe de tener de placentero goce cuando tal atracción ejerce sobre los hombres y tanto se le disputan y no perdonan diligencia ni trabajo para alcanzarle.

El discurso de contestación del Sr. Silvela es brevísimo. Cuatro palabras, bien dichas y discretas, á las que pone término la exacta observación de que las pasiones que la política despierta, con ser tan vivas de presente, son las que antes abate la acción del tiempo y las que menos vida conservan en la poesía.

***

Con el título de «Biblioteca de novelistas del siglo xx», ha empezado á publicarse en Barcelona una nueva colección de novelas españolas. Pero ¿hay verdaderamente novelistas del siglo xx? ¿Es su número suficiente para formar una biblioteca? La lista de autores de aquella colección nos dará, si no la respuesta definitiva, por lo menos un avance de ella.

Se han publicado hasta ahora en esta colección, que dirige

un publicista estudioso y modesto, muy entusiasta por el progreso de la cultura, D. Santiago Valenti Camp, obras de Unamuno, de Martínez Ruiz, de D. Antonio Zozaya y de don Timoteo Orbe, y hay anunciadas novelas de D. Dionisio Pérez, de Altamira, *Claudio Frollo, Fray Candil,* Campión, Baroja, Maeztu, López Allué y D. José del Cacho.

Fácil es distinguir quiénes son entre éstos los novelistas... presentes y quiénes podrán ser los futuros. Miguel de Unamuno se reveló como novelista de cuerpo entero desde su primera obra: *Paz en la guerra*. La que ha publicado en la Biblioteca á que aludo—*Amor y Pedagogía*—es obra de menos alientos, de más reducido escenario, pero de mucha hondura psicológica. En ella ha realizado el Rector de Salamanca una de las magnas obras de la alquimia literaria: trasmutar la alegoría en intuición, el símbolo en vida; empresa que con tanta frecuencia se frustra. Por eso en *Amor y Pedagogía* no se mueven frías abstracciones ni vagos fantasmas, con ser intelectual el fondo del problema; hay allí calor humano, la pedagogía se ha hecho carne y el amor lo es siempre.

Martínez Ruiz no *era*, en realidad, novelista, si bien había publicado algunos ensayos en este género. Su libro *La Voluntad,* aunque no es *novela pura,* pertenece á una de las variedades novelescas más interesantes. Puede comparársele á los últimos libros de Anatolio France *(Historia Contemporánea)*. Y no se escandalice nadie al ver comparar con France, con el divino France, á un escritor español. Páginas hay en *La Voluntad* que no ceden en meollo ni en elegancia literaria á las de *L'orme du Mail* ó *Le Mannequin d'Osier*. Martínez Ruiz es de los indiscutibles entre la nueva generación literaria; piensa á la moderna y ama lo antiguo, con amor arqueológico, no con pasión fanática; se ha formado un estilo muy personal y muy depurado, tiene cultura extensa y selecta. Si sigue cultivando la novela, será indudablemente uno de los verdaderos novelistas del siglo xx.

El Sr. Zozaya es escritor de gusto delicado y de mucha

ilustración, pero su novela *La dictadora* no permite graduarle aun de novelista formado. Se ve que no domina los procedimientos novelescos, y que se encuentra en ese período de noviciado por el que pasan muchos, no todos los noveladores, en el cual no mueven con desembarazo las figurillas de su retablo. No llevan ellos el asunto, sino que el asunto les lleva y les arrastra á ellos. En *La dictadora* hay páginas muy literarias, pero lo propiamente novelesco deja que desear.

El Sr. Orbe, autor de *Guzmán el Malo,* había publicado antes una novelita titulada *Redenta.* Algún progreso se observa en su nueva producción. Pero si se ha propuesto presentar el problema agrario de Andalucía, no lo ha conseguido. El principal personaje de este drama, el obrero andaluz, no aparece en la novela y queda reducida ésta á una novela de costumbres de la clase media en Sevilla, bien escrita, con algunos personajes *bien vistos,* discreta en general y cuyo principal interés está, á mi juicio, en las observaciones agudas y á veces profundas de psicología colectiva que contiene. Las páginas que acerca de los toros, por ejemplo, ha escrito el señor Orbe, merecen leerse.

Entre los autores que aparecen también en la lista de esta Biblioteca, aunque aún no se han publicado los libros con que figurarán en ella, hay tres verdaderos novelistas, conocidos ya del público en este género: Baroja, el mejor de los noveladores de la nueva generación; López Allué, que en su libro *Capuletos y montescos* mostró dotes de observación y de estilo nada comunes; Campión, probado también en esta clase de escritos, y cuya novela *Blancos y negros* era mucho más que la obra de un principiante. *Fray Candil,* aunque más conocido como poeta y crítico que como novelista, ha publicado una colección de novelas cortas de mucho mérito, titulada *Novelas en germen,* de la cual he dicho algo en estas crónicas. Ramiro de Maeztu, escritor de potente originalidad y vigoroso estilo, es una incógnita respecto á la novela; pero juzgando por sus otros escritos, puede formarse acerca de él pronóstico favora-

ble. *Claudio Frollo* es observador sagaz de la realidad y ha dado en sus crónicas y cuentos una nota tierna y compasiva al pintar las miserias de la clase media. D. Dionisio Pérez y don Rafael Altamira, tan conocido el último por sus escritos históricos, también ha hecho algunos ensayos en la novela.

Se ve que la nueva *Biblioteca* ha agrupado á muchos escritores de mérito. Para acreditarse no necesita más que una obra de sensación, quizá no mejor que las publicadas, pero sí más ruidosa, que llame hacia ella la atención del público.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Estética: Una nueva concepción de la Estética.=Psicofísica: Psicología de la pasión.=Cuestiones sociales: El repudio.=Cuestiones jurídicas: La libertad de imprenta en relación con la crítica y la historia.=Literatura: Los críticos franceses: Faguet, Nordau, Rebell, Bordeaux.=Sociología: Un místico del materialismo.=Feminismo: La pretendida inferioridad de la mujer.=Impresiones y notas: El catolicismo en Inglaterra.—Una visita á Tolstoi.—Propinas y sisas.—Los pecados capitales del periodista japonés.—La mortalidad en las grandes ciudades.—Constitución utópica de Carnegia.

ESTÉTICA

Una nueva concepción de la Estética.—Mario Pilo declara en la *Nuova Antologia* que la *Estética* de Benedicto Croce (Palermo, 1901, 550 páginas) es un libro que ha producido en su cerebro toda una revolución.

Croce atribuye al conocimiento humano dos formas únicamente: el conocimiento por intuición, por fantasía, por imágenes, de los seres individuales, y el conocimiento por intelecto, por lógica, por conceptos, de las relaciones abstractas. De estas dos formas, la primera está abandonada por la ciencia como si fuera inepta para el oficio espiritual, cuando la intuición vale por sí misma, sin necesidad de guía ni de tutela. El pintor es pintor porque ve lo que otros no hacen más que entrever, y por eso decía bien Miguel Angel, que se pinta con el cerebro y no con las manos, ó mejor dicho, primero con el cerebro y luego con las manos.

La opinión común hace equivocadamente del artista un hombre dotado de aptitudes mayores y mejores que las corrien-

tes para expresar ciertos estados de su alma, llamando sólo obra de arte á la expresión de tales estados fuera de lo común: una novela es obra de arte, y una crónica de periódico no; la declamación escénica sí, y la palabra conmovedora que brota improvisada del corazón en los mil actos de la vida, no. ¿Por qué? El haber separado el arte de la vida común haciendo de él no sé qué círculo aristocrático ó función singular, es causa principalísima de que la Estética no haya logrado alcanzar á la verdadera realidad. La Estética, «ciencia del arte», como dice Croce, ó «ciencia de lo bello», como Pilo quiere con la generalidad, es en definitiva la ciencia del placer sustancialmente sensorial.

No puede admitirse más que una diferencia cuantitativa entre el llamado *genio* y el *no-genio* ú hombre común; poetas pequeños é inconscientes unos, grandes y conscientes otros, pero poetas todos, en uno ó en otro período, arrebatados en uno ú otro grado; y artistas, no por la materia, sino exclusivamente por la forma de expresión.

Croce pasa después á las relaciones del pensamiento estético con el pensamiento lógico, combatiendo las ingerencias del intelectualismo en estética. Lo verdadero y lo verosímil tiene en estética un sentido enteramente distinto del científico y experimental; toda fantasía, todo castillo en el aire, todo sueño, toda ilusión, tiene en estética igual valor que cualquier hecho comprobable y medible, y hadas y quimeras son verdaderas en el arte, con la sola condición de que respondan bien á la intuición fantástica que de ellas tenemos. Las pretendidas leyes de los convencionales géneros literarios, las categorías retóricas, las clasificaciones de escuelas y estilos, las definiciones de los tropos y de las figuras, representan una intrusión de la lógica en los dominios de la Estética y son una superchería. El que razona mal, habla y escribe mal; y el hablar y escribir bien depende de la límpida intuición del propio pensamiento encarnado en imágenes adecuadas.

En las relaciones de la Estética con la vida práctica, la in-

tuición, el hecho estético, es el determinante más decisivo de nuestros actos. El hombre práctico rara vez obra con base filosófica; la reflexión es el enemigo natural de la acción resolutoria; los filósofos, absortos en sus especulaciones, suelen ser ineptos para los negocios, abúlicos en el gobierno positivo de sí mismos y de sus familias. No debe, sin embargo, confundirse la actividad estética con la práctica; el hecho estético es completo con la elaboración expresiva de las impresiones. Esta es la verdadera obra de arte, según Croce, y no su traducción sensible á los ojos y oídos de los demás, como generalmente se piensa, y como estima el mismo Pilo al calificar de exagerada la afirmación de Croce.

Croce, llevado de su concepto simplicísimo de la Estética y de lo bello, excluye de la Estética todo lo que se refiere á lo cómico, á lo sublime, á lo trágico, á lo humorístico y á lo gracioso. Lo cómico para él es la expectación defraudada como en el parto de los montes, lo que no tiene ningún contacto con el hecho estético.

El arte no tiene límites estéticos, y es inútil clasificarlo más que por la técnica. Hay, por otra parte, el arte interno, el arte pensado, libre como el aire, y el arte externo, el arte efectivo. Del primero no hay más juez competente que el artista mismo. Del segundo puede juzgar todo el público, y en su nombre, en ciertos casos excepcionales, la policía.

Pero ¿qué significa en Estética juzgar? Reproducir en sí mismo la imagen extrinsecada por otro y gozar con ella; la actividad juzgadora es la misma actividad que produce lo juzgado; genio y gusto son sustancialmente idénticos. Así que cuando el artista y el crítico no están de acuerdo, el crítico es siempre el equivocado. La tesis es paradójica, y tomada literalmente hará la felicidad de mil poetastros y embadurnadores de telas; pero en el fondo es justa.

Por lo demás, ya se comprende que para ser crítico perfecto, en tales condiciones, sería preciso ser, no un hombre ni un superhombre, sino un pan-hombre, es decir un hombre capaz

de convertirse sucesivamente en cada uno de los demás hombres, para sentir y juzgar sus inspiraciones, tales como ellos las sienten. Y como eso es humanamente imposible, se debe procurar, según Croce, recoger todos los informes necesarios para entender el estado de ánimo del artista.

PSICOFISICA

Psicología de la pasión.—La pasión—dice en *La Revue* Camilo Melinand—no es un hecho, tal como hoy se entiende, aunque lo fuera en el sentido clásico; es un conjunto complejísimo de hechos que bautizamos por comodidad con un nombre. Cuando vemos cierto grupo de síntomas, decimos: «He ahí una pasión.» Ahora bien; ¿qué síntomas son esos?

El primero parece ser una *obsesión;* estar apasionado es estar poseído por un sentimiento tiránico. El avaro sólo piensa en su fortuna; el ambicioso en el puesto que desea; de ahí ese carácter ausente de los apasionados; se cree que están ahí, ante nosotros, y están en realidad en otra parte, vueltos hacia la imagen que los absorbe.

El segundo síntoma es cierto trabajo de imaginación, muy activo y muy intenso. Durante el período pasional el espíritu está entregado á una verdadera creación; lo que se ama ó se odia con pasión no es el sér ú objeto real, sino cierta imagen que de él nos forjamos. Siempre estamos ocupados en embellecer al sér amado y en afear al sér aborrecido. Este trabajo de creación interna es el que Stendhal ha llamado cristalización, y es el que explica la frecuencia de las decepciones para los seres apasionados y la analogía entre la pasión y el juego, que hace de una muñeca un sér viviente, de un carrete de hilo, un coche, ó de una nuez, un navío. Por la misma razón el amor se exalta por el misterio; es preciso que exista algo desconocido y que se presienta una identidad profunda. Lo que hace que la mujer, sólo por serlo, pueda inspirar siempre pasión, es

que en ella hay siempre para nosotros lo desconocido, el misterio mismo del sexo, inexperimentable para nosotros.

El tercer síntoma es la intensidad excesiva de las emociones en los seres apasionados. Un nada basta para exaltarlos ó para abatirlos. Por eso la pasión se reconoce en signos físicos: rubor, palidez, opresión, suspiros, latidos, lágrimas. Esta exaltación sentimental es parcial; y fuera del objeto que la inspira, lo demás es indiferente; el sér está absorto, anestesiado por la hiperestesia misma.

El último síntoma esencial de la pasión es una especie de parálisis de la voluntad; juzgan que un acto es bueno y útil, y no tienen energía para ejecutarlo; saben que su deseo es nocivo, y no aciertan á resistirlo. De aquí el carácter violento é impetuoso del hombre apasionado. Precisamente porque faltan las facultades moderadoras, se producen explosiones formidables de energía. En el terror se derriban obstáculos que en estado normal no podrían removerse; el odio y la venganza centuplican las fuerzas. Por eso los actos del apasionado son actos *impulsivos,* como dicen los alienistas. Este carácter involuntario de nuestros actos nos deja sorprendidos á nosotros mismos: ejecutamos movimientos y pronunciamos palabras que nacen en nosotros, á pesar nuestro, sin nosotros. Todo, en suma, pasa como si el sér apasionado sufriese una sugestión, como si una voluntad extraña, otro yo, le condujera.

La causa inicial de la pasión es siempre una emoción viva. La vida de la pasión—amor, odio, juego, embriaguez —no es más que una serie de esfuerzos más ó menos convulsivos para hacer renacer esa inolvidable emoción inicial. La herencia y la educación explican en parte por qué unos se ven dominados por tal pasión y otros por otra. Una vez nacida, la ley á que se ajusta el desarrollo de la pasión es ésta: la pasión crece en proporción del trabajo que nos cuesta satisfacerla.

¿Es bueno ó es malo, para ser feliz, ser apasionado? La pasión es la enemiga de la felicidad, y es peligrosa para la moralidad. La pasión crea la injusticia; y hasta el amor paternal

es siempre algo injusto. La pasión, sin embargo, es una fuerza positiva, temible, pero fecunda. Hay dos modos de ejecutar una obra: el modo tranquilo, por el que se llega al bien y á la corrección; y el modo apasionado, por el que se excede uno á sí mismo, y del que es producto la inspiración y el genio. La pasión obscurece el entendimiento, pero no sin iluminar con vivísima luz cuanto puede servir á la pasión. La pasión es desordenada, pero es también ordenadora cuando crea. La pasión es una sed insaciable de lo absoluto; el hombre sereno se resigna con lo provisional; el apasionado se consume por conquistar lo definitivo. Y lo que aumenta la fuerza impulsiva de la pasión, es que paraliza las facultades reflejas.

De todo esto se desprende, como consecuencia práctica, que tan injusto es condenar todas las pasiones, como aprobarlas todas. Las pasiones son como las grandes fuerzas naturales: vapor, electricidad, dinamita, etc.; pueden producir catástrofes ó ser hadas benéficas, «según el modo de utilizarlas». El ideal, como estado teórico, sería la ausencia de pasiones. Pero en la vida real la pasión es una energía; y lo que importa es saberla emplear y saberla elegir. Un tren rápido es cosa excelente, si va en la dirección que uno desea; pero es un desastre si va en la dirección contraria, porque nos aleja del punto que nos conviene.

Hay, pues, que curar las pasiones malas y alimentar las buenas. Pero ¿cómo? Atacando la pasión mala en cuanto nace; si uno se monta en un tren y nota á tiempo que se ha equivocado y se baja para subir en otro, el daño es pequeño; el mal está en notar la equivocación cuando el tren está en marcha, y cuanto más tarde, peor. Todos los remedios propuestos para curar una pasión se reducen á tres: la ausencia, la reflexión y otra pasión. La ausencia es útil al principio; más tarde, es impotente. La reflexión es remedio que sólo está al alcance de los sanos, pero no de los enfermos, porque la enfermedad del apasionado consiste precisamente en carecer de reflexión. El único medio práctico para curar una pasión, es oponerla otra

pasión; la manía más vulgar, la del coleccionador de sellos ó de tarjetas, el automovilismo, cualquier cosa á que uno se entregue con ardor, puede ser de resultado eficacísimo; lo que importa es saber buscar entre las pasiones que duermen en nuestra alma, la más á propósito para despertar y absorbernos.

En cuanto á los medios de alimentar nuestras pasiones, la receta es sencillísima: no dejéis de ocuparos de una pasión, y asi la alimentaréis. El verdadero sabio es el que encuentra el medio de amar apasionadamente su oficio, su profesión, la obra que ha creado, la misión que le han confiado, su mujer legítima. El verdadero sabio es también quien halla medio de conservar, vivaz y juvenil, la pasión fecunda. Por eso la sabiduría aconseja crear en los jóvenes pasiones nobles y útiles: no basta hacerles comprender su deber; es preciso hacérselo amar.

CUESTIONES SOCIALES

El repudio.—Los Sres. Pablo y Víctor Margueritte han presentado á la Cámara de los diputados una petición, y han hecho presentar á Gustavo Rivet un proyecto de ley en favor de la extensión del derecho de divorcio. Por la ley de 1876, de Naquet, el divorcio no es admisible sino en caso de flagrante delito de adulterio, de condena infamante de uno de los esposos y de sevicias é injurias graves, apreciadas como tales por el Tribunal competente. Los hermanos Margueritte quieren que se admita también el divorcio por consentimiento mutuo y por la voluntad de uno solo de los esposos.

En cuanto al mutuo consentimiento—dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*—no hay dificultad; lo que puede hacerse debe poderse deshacer; el que se liga debe poder desligarse: *quidquid ligatur dissolubile est,* como decían los romanos, que admitieron el divorcio por mutuo consentimiento hasta Justiniano. En cuanto los esposos están de acuerdo para divorciar-

se, no hay leyes que puedan evitarlo, pues en último resultado inventan una causa legal y consuman el divorcio. Y si esto es así, vale más dejarse de hipocresías y llevar á la ley lo que implícitamente se halla en ella, antes que consentir esa burla de la ley.

En cuanto al divorcio por voluntad de uno solo de los esposos, ya es cosa distinta; eso no es divorcio, sino repudio, lo cual es muy diferente. El repudio es anterior, seguramente, al divorcio, pues, como dice Voltaire, «lo probable es que el marido riñera con su mujer á los quince días, que la golpeara al cabo de un mes y que se separara de ella á las seis semanas». La ley romana admitía el repudio por ciertas causas, como el adulterio y la esterilidad; y la Convención de 1792 admitió el repudio puro y simple, siendo la anarquía resultante una de las causas de la caída de la primera República. Este repudio convencional, que es el que intentan resucitar los Sres. Margueritte, es inadmisible. Es la resurrección de la historia del matrimonio primitivo, de Voltaire; se casa uno, riñe con su mujer á los quince días, la golpea al mes y la echa de casa á las seis semanas. Que un hombre diga: «Despido á esa mujer.—¿Por qué?—Porque se me antoja», es salvajismo puro, es una bestialidad. Se comprende que una mujer pudiera repudiar á su marido, porque, como dice Montesquieu, «la mujer que repudia no hace más que echar mano de un triste remedio»; mientras que el hombre que repudia «no hace más que ejercitar un nuevo abuso de su poder». Por regla general, la mujer que, no por el capricho de un instante, sino por su firme y constante voluntad, persiste en repudiar á un hombre, tiene razones sobradas para hacerlo, aunque no las diga; pero el hombre que deja á una mujer porque está cansado de ella, es un antropoide de la edad de las cavernas.

Los hermanos Margueritte, previendo la objeción, replican que «la mayor parte de los divorcios son pedidos por las mujeres», y que ellos no hacen más que ser los intérpretes de la aspiración del Congreso Internacional de 1900 al reclamar que

«el divorcio pedido por uno solo sea autorizado al cabo de tres años, cuando su voluntad de divorciar haya sido expresada tres veces con un año de intervalo».

Esta argumentación contiene un sofisma y un error. El sofisma consiste en deducir de que las mujeres desgraciadas sean las que piden el divorcio en mayor número que los hombres, que se debe conceder á los hombres el derecho de repudio. El error está en atribuir á las mujeres del Congreso haber pedido el derecho de repudio para el hombre; lo que han pedido es el derecho de repudio para la mujer. ¿Cómo podían pensar en otra cosa?

Los hermanos Margueritte han hecho, en el mismo sentido (salvo una pequeñez) de su petición, la novela *Las dos vidas;* pero como son listos, se han librado bien de presentar en ella á un hombre que quisiera repudiar á su mujer; han presentado una mujer que quería divorciarse de su marido, y que por las lagunas de la ley no podía conseguirlo. Que hagan un proyecto de ley en el mismo sentido que su novela, y podría ser—dice Faguet—que yo les apoyara; pero les desafío á que hagan una novela en el mismo sentido que su proyecto de ley.

CUESTIONES JURIDICAS

La libertad de imprenta en relación con la crítica y la historia.—Los hombres públicos, los artistas, los literatos, los actores, todo el que ejerce una profesión ó formula una pretensión que puede ponerle enfrente del público, debe someterse á la crítica, conquistando aquella atmósfera de estimación resultante del examen de sus actos por la sociedad en que vive. El autor de un escrito ó el que ejercita un acto de dominio público reclama siempre, explícita ó implícitamente, el juicio de ese público. Pero como dice Bianchi, con razón, en la *Rivista di Diritto penale*, de Pisa, frente al derecho del público á la libre censura está el derecho del individuo á que se respete su actitud científica, industrial ó artística.

Esta limitación de la crítica se halla sancionada en las leyes francesas, napolitanas y parmesinas al calificar de *difamación* «toda alegación que afecte á la consideración de la persona ó del cuerpo á que se imputa». Los Códigos alemanes van todavía más allá, castigando al que afirma ó propaga hechos que puedan rebajar á una persona en la pública opinión; y en el mismo sentido, con ligeras variantes, se expresan los Códigos suizo, español, portugués y americano. No es difamar á un médico, como dice Chassan, decir que no ha curado bien á un enfermo; pero si esa publicación se repitiese tendiendo á denigrar á la persona, entonces se convertiría en difamación. El fin y el modo de la crítica son elementos esenciales en la apreciación de los juicios emitidos. Frola pretende que ni siquiera es lícito censurar simplemente la obra publicada, porque esa censura puede matar ó paralizar las nobles aspiraciones del hombre de genio, y porque la ley no sólo ampara el honor, sino también la reputación de los ciudadanos; teoría inadmisible por lo exagerada. Se puede discutir con libertad toda obra, y hasta acusarla de plagio para que nadie se vista con ajenas plumas, sin incurrir por eso en el delito de difamación. La crítica, contenida en los límites del decoro, es un gran bien, y el autor criticado debe ser el primero en agradecer que le indiquen los defectos de su obra, si son tales, para corregirlos.

La crítica suscita la polémica, y la doctrina sentada para una vale para la otra, recordándose con rubor batallas como las de Salviati contra el Tasso, y las de Carducci con Rapisardi, y pudiéndose citar como modelo el libro de *La Moral católica* de Manzoni contra ciertas doctrinas de Sismondi.

Tratándose de aspirantes á cargos públicos que lanzan ó dejan lanzar su candidatura, es evidente que no pueden evitar que se discutan sus nombres, su vida, sus méritos y sus aptitudes; pero aun aquí tiene derecho el individuo á que su reputación quede amparada; así no puede admitirse que en la lucha electoral, so pretexto de discusión y fiscalización, se ofenda la

personalidad del candidato con apreciaciones malévolas, y menos con imputaciones injuriosas. En los Estados Unidos se siguió algún tiempo este sistema de invectivas y calumnias, del que sólo salió malparada la Prensa misma; pero en Europa no se distingue el período ordinario del electoral, y la injuria se castiga siempre del mismo modo.

Es difícil, sin embargo, en el hombre público, separar la vida pública de la privada, pareciendo natural que ésta sea el fundamento y el espejo de aquélla. El derecho de la sociedad á la fiscalización se afirma con el derecho á la prueba de los hechos imputados. Y en esto se hallan de acuerdo la doctrina, la ley y la jurisprudencia. «Si un ciudadano—dice Mittermaier—notifica públicamente las acciones de otro, demostrando que un candidato es indigno del puesto á que aspira, no hay delito, porque el público tiene interés en que un indigno no sea revestido de funciones públicas.»

Podrá objetarse que una candidatura puede surgir independientemente de la voluntad del candidato y hasta contra ella, y que entonces no debe admitirse la prueba de los hechos imputados al así propuesto por los electores. Pero en este conflicto de derechos, el derecho del público á discutir su candidato debe prevalecer sobre el derecho del candidato á negar la prueba de la acusación que se le infiera; todo ciudadano, requerido al efecto, tiene el deber de cooperar al bienestar de su patria en la medida de sus fuerzas. En todo caso debe atenderse siempre, para fijar la legitimidad ó criminosidad de una imputación, como quiere Chassan, á la intención con que se lanza; buena, si es para ilustrar al cuerpo electoral imparcialmente; mala, si se funda en un resentimiento personal.

Tratándose de un sentenciado que ha cumplido condena, cada cual tiene el derecho de recordar su historia; pero no le dirá: «eres un ladrón ó un estuprador», sino que recordará lisa y llanamente los hechos, para que cada cual los aprecie y juzgue; en esta distinción estriba la diferencia entre lo lícito y lo penable.

En cuanto á la historia, ¿caen todos los hechos en su dominio? ¿Es lícito, diciendo la verdad, recoger lo que puede redundar en desprestigio ó vergüenza de un personaje histórico? Si la misión del historiador es decir la verdad, es lícito imputar á quien quiera que sea, Papa, Emperador ó Rey, un hecho deshonroso cuya prueba se presente con citas, testimonios y documentos. La historia es irresponsable ante todos, pero todos son responsables ante ella. La historia puede y debe juzgar sin trabas el pasado, porque para eso es, como dice Cicerón, *testis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, mens vetustatis*. Claro es que si se trata de una difamación calumniosa, de un verdadero libelo, el hecho imputado es ilícito.

Si el periodismo quiere ejercitar la libre censura para mantener la conciencia de los funcionarios públicos y educar al pueblo en la celosa custodia de las instituciones patrias; si quiere ejercitar en las naciones libres una misión de redención de la plebe y de tutela de los intereses privados; si quiere mantenerse como vindicador de los principios elementales de justicia y honradez anteriores á todos los Códigos, debe encerrarse en la órbita que le señalan las leyes, antes que convertirse en instrumento lacerador de la fama de los ciudadanos. Pero si el periodismo ha de ser un monopolio, una tienda de unos cuantos mantenida por el tacto de codos para sostenerse mutuamente; si esta camarilla, por sus intrigas, relaciones, amistades y talento, abusando de la timidez de los unos y de la vanidad y ambición de los otros, de los apetitos nobles é innobles que serpentean en la sociedad, quiere constituirse en tribunal y en árbitro de todo; y si la gente observa que ese sindicato no tiene más objeto que dar ó quitar carteras especulando en pro de los intereses de esa camarilla, todos maldecirán la imprenta como se maldice toda tiranía.

LITERATURA

Los críticos franceses: Faguet, Nordau, Rebell, Bordeaux. —Con motivo de la publicación de los *Propósitos literarios, El Liberalismo* y *Andrés Chenier,* de Emilio Faguet; *Vista desde afuera,* de Max Nordau; *Las inspiradoras de Balzac,* de Hugo Rebell; y *Los escritores y las costumbres,* de Enrique Bordeaux, dedica uno de sus chispeantes artículos J. Ernesto Charles á estos críticos.

Emilio Faguet. — No hay espíritu más sano que Emilio Faguet, ni mejor hecho para desesperar al ardiente teórico de *degeneración,* si Max Nordau es hombre capaz de desesperarse por nada. Observador penetrante de los primeros genios literarios, ha elaborado poco á poco su sistema huyendo de todos los sistemas á que se habían reducido los pensamientos de los grandes escritores. Los estudia en su relación con la humanidad general en sus modos de sentir y pensar, que resumen los modos de sentir y pensar, no de su época, sino de la flor y nata de su época; y como está convencido de que la humanidad no progresa sino por sus hombres superiores, si progresa, en éstos es donde hay que buscar la huella de este progreso.

Emilio Faguet ha llegado á ser uno de los escritores franceses más representativos. Ha ido con disciplina donde le conducía el movimiento natural de las ideas y de los hombres de nuestro tiempo, llegando á ser uno de sus guías. Esta gloria, esta influencia, aseguradas regular y profundamente por la sola fuerza de irradiación de un espíritu noble y alto, son la protesta más categórica contra el desaliento de todos los que hiere la invasión ignominiosa de los aventureros de la literatura.

Max Nordau.—Max Nordau, que tiene bastante talento, no consigue convencernos de su imparcialidad. No es desde fuera, sino desde dentro, como Max Nordau mira á Francia. Es ale-

mán; pero su formación intelectual, la extensión de su saber, los hábitos de su espíritu, han hecho de él un cosmopolita. Luego reside en Francia; y no es esta situación la mejor para ver á Francia desde fuera. De ahí que las pasiones francesas se introduzcan en el alma de Max Nordau; y porque Julio Lemaître es nacionalista y Anatolio Francia lo contrario, dice tanto mal del uno como bien del otro.

Por mucho que alardee de independencia, nadie es menos independiente que Max Nordau: depende de sus concepciones científicas, de sus teorías médicas, de su talento de dialéctica agresiva, de su inclinación irresistible á la sátira y á la paradoja, y hasta de las ideas y de las pasiones francesas. Su esfuerzo leal y virulento para ser libre nos hace ver mejor las ligaduras que le oprimen y de que no puede desprenderse. Max Nordau es quizá un gran espíritu muy incompleto. Tiene una memoria gigantesca de todas las ideas; sabe asimilárselas y construye con destreza hermosos sistemas que aplica erróneamente á la literatura. Sobresale en profundizar con rapidez; ninguno le aventaja en la generalización á paso redoblado. Es en el fondo un orador, un retórico filosófico que ha forjado un sistema con todas sus prevenciones, sentimentalismos, lecturas, certezas é hipótesis.

Hugo Rebell.—¡Crítico encantador!... Es el más feminista de los hombres, y comprende el amor mejor que Carlos Maurvas la descentralización. Sin embargo, no acaba de convencer. Todo lo que es amor tiene tanto prestigio á sus ojos, que toma frecuentemente por amor lo que es sólo su falsificación. Tal vez es prestar demasiado imperio á las mujeres, y quizá la dependencia en que de ellas están los escritores, no es tan total como lo quiere apasionadamente Hugo Rebell. Las mujeres, para ser soberanas, no necesitan ser absolutas, exclusivas. El alma de las mujeres amadas no es la única inspiradora.

Enrique Bordeaux.—Max Nordau ha conquistado su reputación de hombre razonable por haber demostrado que todos sus contemporáneos estaban locos. Enrique Burdeos es cuerdo

de otro modo; afirmando con gravedad imperturbable que todos los escritores de hoy son sensatos, y que ninguno está privado de considerable talento. Enrique Burdeos lo admira todo, acaso—no es seguro—porque lo comprende todo.

Max Nordau rebaja á todos los escritores; de ahí que nos parezca que se equivoca, y que por eso nosotros los elevemos. Enrique Bordeaux los exalta á todos indistintamente; y con eso nos excita á rebajarlos. Su crítica es, sobre todo, funesta á los más grandes, porque casi se confunden con los del montón. Como no hay grandeza en la igualdad, todos parecen medianos. Para ser crítico literario es absolutamente esencial tener el sentido de las perspectivas, perspectiva del tiempo y del espacio; y de este sentido parece completamente desprovisto Enrique Bordeaux.

SOCIOLOGIA

Un místico del materialismo.—Benjamín Kidd, nacido en el condado de Sommerset en 1858 y casado en 1887, es el autor de *La Evolución social,* de *La Intervención en los Trópicos* y de los *Principios de la civilización occidental,* publicados, respectivamente, en 1894, 1898 y 1902. Al último de estos libros consagra en la *Nuova Antologia* un artículo Aquiles Soria, profesor de la Universidad de Padua, y en verdad que merece fijar la atención del público.

Kidd arranca del principio de que la condición necesaria para la persistencia y evolución de las especies es el sacrificio del presente al porvenir, de las generaciones actuales á las venideras. El hecho mismo de la muerte es la primera y más solemne aplicación de esta doctrina, pues la muerte es el holocausto de los individuos presentes á los futuros. La muerte, en efecto, según Weismann y Comte, no es una necesidad individual, sino una institución social. La divergencia misma en la duración de la vida de los seres de diversa especie está determinada atendiendo á los intereses de las generaciones futuras.

Desgraciadamente este fecundo principio es desde hace tiempo desconocido, y el liberalismo occidental, en su forma contemporánea y degenerada, se inspira sólo en los intereses del presente, elevado á regla inapelable de conducta de la vida social. Hobbes y Locke afirman explícitamente la existencia de leyes superiores, y esta doctrina reaparece en la Constitución norteamericana, que admite, sobre la voluntad popular, leyes morales inviolables. Pero este concepto se explica en los doctrinarios del contrato social, en Espinosa y sobre todo en Rousseau, que encarecía la teoría del Estado utilitario, que halla su aplicación en todas las Constituciones nacidas de la Revolución francesa, acentuándose esta dirección en Adam Smith, cuyo libro representa la insurrección de los presentes contra los vínculos económicos del pasado; en Bentham, para quien el principio de la política y de la legislación es el mayor bien del mayor número; en el economismo histórico y político, para los que el factor económico es el regulador de la historia, siendo el Estado la explicación de la voluntad del pueblo; en las teorías de Mill sobre el Estado estacionario y en las de Spencer sobre el estadio final de su evolución. En nombre, sin embargo, de tales principios, defiende Stuart Mill la teoría de Malthus, «sociológicamente suicida tanto como biológicamente irracional», y luchan las doctrinas más opuestas, desde el socialismo de la cátedra al individualismo. «Uníos—dice Marx á los proletarios—y asaltad la vieja sociedad; en una revolución social nada tenéis que perder y tenéis un mundo que ganar.» «Sed despiadados—dice Nietzsche á los ricos—y conquistad los goces y el poder.» ¿No es la misma substancia la de ambas doctrinas, arrancando siempre de la concepción utilitaria de la vida y de la sociedad?

¿Es esto lógico ni tolerable? En la edad pagana toda la vida social está tiránicamente dominada por los intereses del presente. El Cristianismo produce una revolución y por primera vez se exalta la sumisión del presente al porvenir, el evangelio de la abnegación y el sacrificio. Cesan entonces los

infanticidios y se mitiga la esclavitud, y comienza una nueva evolución, truncada por el predominio de la Iglesia, que restaura, en forma larvada, miedosa y tiránica, la ascensión pagana del presente, sólo contenida en parte por la Reforma. Esta preponderancia de los intereses presentes, que todavía persiste en el campo económico, viene contraponiéndose á una corriente intelectual, que refleja los más elevados intereses de lo futuro; la lucha se inicia en el terreno filosófico, en el que la teoría spenceriana egoísta vacila, acentuándose la vuelta á la moral kantiana, transcendental y altruista, y se traduce en las relaciones internacionales, donde al antiguo dogma manchesteriano de la irresponsabilidad económica reemplaza, en Inglaterra al menos, una idea más elevada de la intervención del Estado. Las naciones conscientes de su responsabilidad deben consagrarse á la alta misión de restablecer el principio hollado de la justicia, y no es dudoso que el principio de la sumisión del presente al porvenir llegará pronto á generalizarse, siendo su victoria el comienzo de una nueva era, más bella en todos sentidos que las pasadas.

FEMINISMO

La pretendida inferioridad de la mujer.—Jamás se le ha ocurrido á una persona sensata—dice Novicow en la *Revue des Revues*—que la camella sea menos inteligente que el camello, ó la oveja que el carnero. Estaba reservado á la especie humana tener un sexo por inferior al otro.

La diferencia entre los sexos no es un hecho de orden fisiológico ni psíquico, sino de orden social. El hombre, desde los primeros tiempos, se consagró con preferencia á la caza y á la guerra; la mujer, al cuidado de sus hijos y de su casa: por esta diferencia de ocupaciones, el tipo fisiológico de la mujer se modificó en cierta medida; se hizo más débil, pero más gra-

ciosa que el hombre. La caza y la guerra han revestido en los primeros tiempos cierto carácter de dignidad y honorabilidad; y como la mujer ha sido excluída de estas tareas, ha quedado rebajada, por lo mismo, á los ojos del hombre; pero no por eso es inferior.

Es un convencionalismo decir que el hombre tiene más vigor muscular que la mujer; hay hombres débiles y mujeres fuertes, y generalizando, se ve que la obrera soporta once horas de trabajo en la fábrica y la quedan fuerzas para soportar otras cuatro horas de trabajos caseros. Y en cuanto al valor, hay mujeres mucho más animosas que los hombres, y de ello son testimonio histórico Juana de Arco, Carlota Corday, María Pita, Agustina Zaragoza, Mariana Pineda, etc.

Atendiendo á la inteligencia, nada más falso que la inferioridad intelectual de la mujer. Uno de los hechos en que se apoya este error, es el peso del cerebro; pero hay muchos cerebros masculinos más ligeros que los femeninos; además, si el peso absoluto es mayor en el hombre, el peso relativo es mayor en la mujer.

Es indiscutible—se dirá—que el influjo de la mujer en la civilización es inferior al del hombre. Las mujeres no cuentan con un Aristóteles, un Kant ó un Newton. Es verdad. Pero, ¿es imposible que la mujer, por su constitución fisiológica y psicológica, llegue á ser un genio? Nadie se atreverá á sostener esta imposibilidad. Es indudable que el buey no llegará nunca á ser tan inteligente como el hombre; por eso es un servidor del hombre. Pero nadie podrá decir otro tanto de la mujer. Si Descartes y Newton hubieran nacido entre berberiscos, es casi seguro que no hubieran escrito sus obras, y su genio hubiera permanecido ignorado. ¿Quién sabe cuántas mujeres habrán existido con facultades geniales que por falta de desarrollo y exteriorización nos son desconocidas? Hay mujeres que son verdaderas muñecas; pero lo que importa saber es si son muñecas á consecuencia de la naturaleza del sexo, ó lo son por particularidades individuales, pues en el primer caso to-

das las mujeres serían muñecas, y en el segundo, el ser muñeca es una excepción.

La prueba directa nos la dan los hechos. En cuanto las condiciones sociales la son favorables, en seguida aparecen los talentos de la mujer. En América, la mujer hace estudios más extensos que el hombre, y es superior intelectualmente á éste. Pero supongamos que, tras largos años de experimentos, se demostrase que la mujer no sirve para el cultivo de las matemáticas ó de la arquitectura, por ejemplo. ¿Probará eso su inferioridad? No. Euler no era capaz de escribir una ópera como Mozart; para un aficionado á la música, la facultad de escribir *Don Juan* vale más que la posibilidad de resolver ecuaciones de cuarto grado; para un matemático sucede al contrario.

Se afirma que la inferioridad de la mujer proviene de que debe ejercer la función de la maternidad, y que ésta impide el desarrollo intelectual; pero ni todas las mujeres tienen hijos, ni el tenerlos afecta en cantidad apreciable al desenvolvimiento de las facultades intelectuales.

La mujer no tiene menos aptitudes virtuales que el hombre, y por lo tanto, no es fisiológicamente inferior. «Todos los descubridores de verdades, todos los inventores—dice Tarde, —han sido en la antigüedad hombres libres; los esclavos no inventaban nada.» Esto se aplica perfectamente á la mujer; si su producción intelectual ha sido inferior á la del hombre, es debido á las desventajas de su posición social. La mujer, en el período del salvajismo, fue la cosa, la esclava del hombre; cuando más tarde se estableció un régimen de relativa justicia, la mujer hubiera podido emanciparse; pero el espíritu tradicional y rutinario se opuso á ello, hasta que llegó un día en que la iniquidad de las instituciones quedó patentizada. Entonces se trató de explicar la servidumbre de la mujer, declarándola inferior en inteligencia al hombre; era la manera de legitimar el atropello. Pero aunque así fuese, ¿no hay hombres inferiores al promedio? ¿Y se les condena por eso á verse

privados de sus derechos civiles y políticos? Pues ¿por qué se ha de privar de estos derechos á la mujer?

IMPRESIONES Y NOTAS

El catolicismo en Inglaterra.—Sesenta y cinco cartas de los nuevos convertidos al catolicismo contiene el último libro *Roads to Rome,* publicado por el Cardenal Vaughan, exponiendo los motivos y razones de la conversión de sus autores.

Muchos de los convertidos proceden de las sectas disidentes, y como éstas son tantas y con tantas subdivisiones, puede decirse, en realidad, que cada persona tiene su credo especial, habiéndose reducido la fe de la secta á una fe puramente personal. Los que anhelan base más sólida para su fe ó sienten la necesidad de un dogma á que someterse, vuelven sus ojos hacia el catolicismo, y encuentran en su doctrina amplia satisfacción á sus aspiraciones y deseos; y esto explica su conversión. A este grupo pueden también agregarse los que, sintiéndose impotentes para razonar sus creencias, y no sintiéndose con fuerzas para sostener una discusión, desean evitar toda incertidumbre, que inquieta sus conciencias, y se refugian en el seno de la Iglesia católica, que afirma sin vacilaciones su fe.

Otros deben su conversión á motivos de otro orden: crisis de alma, lecturas piadosas, sucesos de familia, y hasta motivos puramente sentimentales y estéticos. Lo que resulta de la lectura del libro es la impresión de que el protestantismo, en sus varias manifestaciones, tiende á debilitarse cada vez más, yendo á perderse cuantos espíritus no se sienten alentados por la fe, en las filas de los ateos y materialistas, y tendiendo á refugiarse en el seno del catolicismo los que sienten vigorizada su alma por doctrinas espiritualistas.

***

Una visita á Tolstoi. — Después de contar Nemi en la *Nuova Antologia* que Tolstoi ha terminado el último capítulo de su novela *Hadji-Mourat,* cuya tesis es un problema de arte, y que Máximo Gorki ha concluído también su drama *En los bajos fondos,* que se representará en Moscú, refiere la entrevista de un parisién con Tolstoi.

Fue en Yasnaya Poliana, y estaban presentes sus tres hijas: la más pequeña, de catorce años, la mayor, Taziana, que sirve de secretario á su padre, y la segunda, Mariana, que se dedica á curar á los pobres de aquellos contornos.

Tolstoi pidió que le explicaran un párrafo algo extravagante de Paul Adam, y luego leyeron un soneto de Esteban Mallarmé, que decía así:

M'introduire dans ton histoire
C'est en héros effarouché
S'il a du talon nu touché
Quelque gazon du territoire
A des glaciers attentatoire
Je ne sais le naïf péché
Que tu n'auras pas empêché
De rire très haut sa victoire
Dis si je ne suis pas joyeux
Tonnerre et rubis aux moyeux
De voir en l'air que ce feu troue
Avec des royaumes épars
Comme mourir pourpre la roue
Du seul vespéral de mes chars

Tolstoi se echó á reir estrepitosamente, pues la cosa lo merecía.—«¡Pero eso es horrible!—decía.—¿Qué sentido tiene eso?... ¡Y luego ni una coma, ni un punto, ni siquiera el punto final!... ¿Por qué prefieren los jóvenes semejante mamarracho, cuando vuestra lengua tan bella y tan pura, es siempre suficiente para expresarlo todo con sencilla majestad?»

En el curso de la conversación se habló de todo, mostrando Tolstoi su desestima por Ibsen y su admiración por Víctor Hugo, Alejandro Dumas y Maupassant. Este para él es el más

grande de todos «por su don de ver como observador único, y de escribir en una forma que tiene la pureza del metal precioso».

Le gustaba Zola; pero al leer *Tierra* empezó á perder terreno en el aprecio de Tolstoi, que no pudo pasar de la centésima página de Lourdes. También desprecia las *Semi-vírgenes* y *Cartas de mujer* de Prévost, aunque le agrada *La Confesión de un amante* del mismo autor. De Alfonso Daudet dice que *tiene talento*, y de Bourget que tiene *ingenio*. Los Margueritte le agradan y *Sub-of* de Descaves le complació mucho. Todo lo cual demuestra el excelente criterio literario del eminente ruso.

***

Propinas y sisas.—Las propinas por un lado y las sisas de las criadas por otro, son incompatibles, según *Les Lectures modernes,* con la estrechez de recursos de que dispone la generalidad de las familias de la clase media. Un parisién invierte por término medio al día, las siguientes cantidades en propinas:

Por tres carreras en coche, á 0,25 céntimos una, de propina..	0,75
Por tres consumos, en el café, á 0,10.....	0,30
Por dos comidas en el restaurant, á 0,20.....	0,40
Al repartidor de telegramas.	0,10
Al demandadero, por un recado.....	0,20
Al peluquero.....	0,20
Guardarropa, portezuela y otras menudencias.....	0,50
Total.....	2,45

Lo que representa al cabo del año 894 pesetas, con las que habría para contratar un buen seguro de vida ó asegurarse una buena pensión para la vejez. El cálculo es algo exagerado para la clase media, que no tiene telegramas, ni pasea en coche, ni se afeita diariamente; pero como promedio de gasto de la gente acomodada, está bastante ajustado á la realidad.

A principios del siglo pasado, un camarero sacaba de propina unos 60 céntimos diarios; á mediados del siglo las propinas ascendían á cerca de dos francos, y en 1900 los camareros de los buenos cafés del Boulevard tienen que pagar á sus amos 7, 8, 10 y hasta 15 pesetas diarias por el derecho de servir al público, del que sacan 25 ó 30 pesetas de propinas. Con los cocheros ha sucedido otro tanto: á principios del siglo se daba por muy satisfecho el que sacaba 50 céntimos al día de propinas, y hoy hay que darles 25 céntimos por cada carrera, ó el doble si se quiere estar bien servido.

En cuanto á las criadas, la antigua sisa á los amos se va convirtiendo en una propina que reciben de los vendedores, y que suele ser de cinco á diez céntimos por cada peseta de gasto; claro es que el amo es quien paga en definitiva, pues los géneros así comprados, sobre ser peores, suelen también ser más caros, saliendo del sobreprecio para la propina de las infieles domésticas que se prestan á este robo y á este engaño como á la cosa más lícita.

*
* *

Los pecados capitales del periodista japonés.—Según *Chuô-Kôron*—y el testimonio no puede ser más autorizado,—los periodistas japoneses incurren en los diez pecados capitales que siguen, tales como los traduce *La Revue:*

1.° Arreglan y embarullan á su gusto los hechos que relatan, sin cuidarse para nada de la verdad.

2.° No tienen el menor sentido de su responsabilidad, y depravan el gusto y las ideas del público con sus falsas noticias.

3.° No saben nada con exactitud, y en la guerra anglo-boer, por ejemplo, han contado los mayores disparates.

4.° Cuentan minuciosamente lo que pasa en las casas de prostitución y corrompen así las almas inocentes.

5.° Consagran casi exclusivamente sus columnas á relatos de crímenes, robos y fechorías de todas clases.

6.° Muchos de ellos no viven más que del *chantage*, oprimiendo á los débiles y á los tímidos.

7.° Emplean las amenazas cuando no les dan resultado las súplicas y las indicaciones para explotar á las gentes.

8.° Como un lobo á otro no se muerden, los periodistas son encubridores unos de otros.

9.° Escriben siempre abultando las cosas, sin documentación, extraviando al público de este modo.

10. Emplean un lenguaje grosero en lo que escriben, propio de los golfos (*haori gorotsuki*).

***

La mortalidad en las grandes ciudades.—Con el título de *¿En qué barrio de Madrid debemos vivir?*, publica D. Eduardo Castañer en *Por esos mundos* un artículo cuyos datos son dignos de atento examen.

El clima y el aire del Guadarrama han sido las muletillas empleadas para explicar la enorme mortalidad de Madrid; pero el tiempo ha venido á demostrar que en todos los climas y con aires iguales ó peores, ciudades que antes tenían una mortalidad semejante á la de la capital de España, la han disminuído considerablemente sin más que higienizarse. En efecto, la escala de mortalidad por 1.000 en varias ciudades importantes del mundo culto es la siguiente:

Basilea, 14,1.
Zurich, 14,3.
Amberes, 14,9.
Leicester 14,8.
Bristol, 15,8.
Amsterdam, 15,1.
Berna, 15,6.
Christiania, 15,0.
Bruselas y suburbios, 15,8.
Londres, 16,0.
Bradford, 16,0.
La Haya, 16,6.
Berlín, 16,4.
Ginebra, 16,3.
Nottingham, 17,8.
Roubaix, 17,8.
Hamburgo, 17,1.
Dresde, 17,9.
Hanovre, 17,3.
Stokolmo, 17,2.
Lieja, 17,0.
Buenos Aires, 18,6.
Hull, 18,4.
Leipzig, 18,8.
Magdeburgo, 18,6.
Dusseldorf, 18,7.
Praga y suburbios, 18,4
Leeds, 19,0.
Edimburgo, 19,6.
Newcastle, 19,3.
Rotterdam, 19,1.
París, 19,8.

Lyon, 19,0.	Birmingham, 20,4.	Belfast, 21,7.
Dunkerque, 19,5.	Saint Etienne, 20,1.	Salford, 21,6.
Viena, 19,9.	El Havre, 20,3.	Lila, 21,5.
Budapest, 19,5.	Luxemburgo, 20,1.	Munich, 22,4.
Copenhague, 19,1.	Gante, 20,3.	Colonia, 23,2.
Filadelfia, 19,3.	Manchester, 21,6.	San Petersburgo, 24,0.
Glasgow, 20,8.	Sheffield, 21,0.	**Madrid, 32,78.**

Comparando la mortalidad de unos distritos con la de otros dentro del mismo Madrid, he aquí el promedio resultante en los años de 1896 á 1899:

1.° Congreso	21,51	por	1.000.
2.° Buenavista	21,98	»	»
3.° Centro	22,26	»	»
4.° Palacio	24,54	»	»
5.° Hospicio	27,00	»	»
6.° Universidad	27,02	»	»
7.° Audiencia	29,01	»	»
8.° Latina	29,51	»	»
9.° Hospital	31,01	»	»
10.° Inclusa	32,52	»	»

Hay que tener en cuenta, sin embargo, para no incurrir en errores, la mortalidad resultante de los crímenes y accidentes de todas clases, así como la procedente de los asilados en hospicios y hospitales; el contingente suministrado por estos conceptos explica en gran parte las diferencias existentes entre los distritos en que se hallan enclavados el Hospital General, el Hospital de la Princesa, el Hospicio y la Inclusa, y los distritos restantes. Teniendo esto en cuenta, las diferencias disminuyen en proporción no pequeña, sin que deje por eso de quedar en pie la conclusión de que los distritos mejor situados, con casas de mejores condiciones higiénicas y de población menos aglomerada, dan menos defunciones que los que tienen condiciones menos recomendables.

***

Constitución utópica de Carnegia.—Basada en los principios sentados por el célebre archimillonario Carnegie, ha publicado la *North American Review* la «Constitución Carnegia», un Estado ideal, de régimen semisocialista, en el que á la muerte de cada cual, la propiedad acumulada por él vuelve al pueblo, como su cuerpo torna á la tierra.

Según esta Constitución, ningún ciudadano llegado á los sesenta años de edad es protegido por el Estado en sus derechos de propiedad. A esa edad toda persona, rica ó pobre, debe transmitir su propiedad al Estado, si la tiene, y si no la tiene, sus derechos de adquirir y de poseer. En compensación, los sexagenarios son declarados Ciudadanos Honorandos y mantenidos mientras vivan á expensas del Estado, trabajando ó descansando, como les plazca. Con los fondos dejados por los unos hay evidentemente con qué mantener cómodamente á los otros. El rico que muere antes de los sesenta años puede disponer libremente de su propiedad, pero ésta queda sujeta á una tasa de sucesión elevadísima que constituye un descuento enorme á favor del Estado.

Tales son las bases de esta supuesta comunidad, cuyo estudio no deja de ofrecer puntos de vista dignos de la atención del sociólogo.

Fernando Araujo.

INDICE

Págs.

Un duelo (novela), por Anton Tchekhof..... 5

Poetas americanos, por Antonio Gómez Restrepo..... 33

El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo II, por Emilio Cotarelo..... 42

Los Museos de Arte en Madrid, por José Ramón Mélida..... 56

Un novelista de las clases desposeídas: Máximo Gorki, por Constancio Bernaldo de Quirós..... 73

Perspectivas universitarias, por Adolfo Posada..... 81

Contra el purismo, por Miguel de Unamuno..... 100

Los himnos nacionales de la América española, por Juan Pérez de Guzmán..... 116

Cuernos y plumas, por José María Sbarbi..... 145

Lecturas americanas, por Hispanus..... 155

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 171

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 182

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 170.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

FEBRERO, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

UN DUELO

(NOVELA)

(CONTINUACIÓN)

VI

Habían convenido en que irían á siete verstas de la población, á la confluencia de los dos ríos, el Negro y el Amarillo, y que allí cocinarían una sopa de pescado.

Pusiéronse, pues, en camino á eso de las cinco de la tarde. Rompía marcha un cochecillo, en el que iban Samoilenko y Laievski; seguía una troika que contenía á María Constantinovna, Nadiejda Fedorovna, Katia y Kostia, así como la vajilla y la cesta de las provisiones; en el carruaje siguiente habían tomado puesto el oficial Kirilline y el joven Atchmianof, hijo de un rico comerciante á quien Nadiejda Fedorovna debía trescientos rublos; y enfrente de ellos, en la bigotera, doblado y con las piernas cruzadas, Nicodemo Alejandrovitch, muy acicalado y con los cabellos pegados á las sienes. Cerraban marcha en otro vehículo, Von Koren y el diácono; este último llevaba sobre las rodillas la cesta que contenía el pescado.

—¡A la derecha!—exclamaba Samoilenko cuando se cruzaban con algún coche ó con alguna caballería.

—Dentro de dos años, cuando haya podido reunir las gentes y los créditos necesarios, haré una expedición—decía Von Koren al diácono. —Seguiré la costa desde Vladivostok hasta

el estrecho de Bering, y en seguida, desde Bering hasta Jenissei; trazaremos el mapa de los lugares; estudiaremos la fauna y la flora, y no descuidaremos tampoco la geología y las investigaciones antropológicas y etnográficas. Unicamente de usted depende que nos acompañe.

—Es imposible—respondió el diácono.

—¿Por qué?

—Estoy casado.

—Su mujer le dejará marchar. La tranquilizaremos. Pero lo mejor sería convencerla para que entrase en un monasterio; esto le permitiría á usted hacer otro tanto y participar de la expedición en calidad de fraile.

El diácono no respondió.

—¿Conoce usted bien la teología?—añadió el zoólogo.

—Muy mal.

—Pues yo no puedo darle á usted ningún dato acerca de ella, porque la conozco muy poco. Me dará usted una lista de las obras que le sean útiles, y yo se las remitiré este invierno desde San Petersburgo. Tendrá usted que leer igualmente las relaciones de los viajeros eclesiásticos; encuéntranse entre ellos excelentes etnólogos, é iniciados en las lenguas orientales. Cuando usted haya trabado conocimiento con ellos, le será fácil ponerse á la obra. Por de pronto, mientras no tenga usted los libros, y para no perder tiempo, véngase á mi casa; manejaremos el compás, el sextante, y estudiaremos meteorología. Todo esto es indispensable.

—Seguramente...—murmuró el diácono, el cual se echó á reir al mismo tiempo, y añadió:

—He pedido una plaza en la Rusia Central, y mi Arcipreste me ha prometido ayudarme en la demanda; de modo que si me marcho con usted, habré molestado á la gente en balde.

—No comprendo sus vacilaciones. Si continúa siendo un diácono ordinario, celebrando el servicio los días de fiesta y no ocupándose en nada los demás días, se verá usted dentro de diez años lo mismo que ahora, sin haber ganado nada más

que los bigotes y la barba, mientras que después de semejante expedición será usted dentro de diez años otro hombre, con la conciencia de haber realizado una obra útil.

En aquel momento se oyeron gritos de espanto y de admiración, que partían de los carruajes en que iban las señoras. Los coches seguían un camino practicado á lo largo de una roca cortada á pico, y á todos les parecía que galopaban sobre lo alto de un muro elevado y que iban á rodar hacia el abismo.

A la derecha se extendía el mar, y á la izquierda se erguía una muralla granítica de color oscuro por la que trepaban la hiedra y el jaramago; en lo alto, algunos arbustos se inclinaban como si contemplasen el vacío con curiosidad y espanto.

—No comprendo por qué he venido con ustedes — dijo Laievski.—¡Qué tontería! Será preciso que me marche al Norte, que me escape. Esta es una expedición ridícula.

—¡Pero hombre, mira qué panorama! — le respondió Samoilenko, cuando los caballos salvaron un recodo y apareció ante las miradas el valle del río Amarillo; no tardó en brillar el mismo río Amarillo, un poco turbio, algo agitado.

—No veo nada de bonito en todo esto — replicó Laievski. —Extasiarse continuamente ante la Naturaleza, es dar pruebas de pobreza de imaginación.

Los coches corrían ya por las márgenes del río. La montaña rocosa, en torno de la cual daban vueltas, estaba formada por enormes piedras amontonadas unas sobre otras. De cuando en cuando presentaba grandes cortaduras, á través de las cuales se descubrían otras montañas, sombrías, rosadas, violadas, esfumadas unas y delineadas otras con toda pureza.

—¡Cuánto me tienen fastidiado estas malditas montañas! —exclamó Laievski.

Llegóse por fin á la confluencia de los dos ríos, en donde el agua negra como la tinta del uno, manchaba el amarillo del otro. En uno de los ángulos del camino se elevaba la casa

del tártaro Kerbalai, con una bandera rusa en el techo y una inscripción que decía: «Doukhan (1) amistosa»; alrededor un jardinillo, rodeado por una empalizada, contenía mesas y bancos. Kerbalai esperaba á los viajeros, y cuando vió los coches salió á su encuentro, con una mano en el vientre y la sonrisa en los labios.

—Buenos días, Kerbalaika — dijo Samoilenko.—Vamos á comer un poco más lejos; tráenos un samovar y sillas. ¡A escape!

Kerbalai movió la cabeza y murmuró algo, que únicamente fue oído por las personas que ocupaban el último carruaje.

—Tengo truchas, señor.

—¡Tráelas, tráelas!—le dijo Von Koren.

A quinientos pasos de la casa se detuvieron los coches. Samoilenko eligió un prado, en el que se encontraban unas piedras cómodas para sentarse. En aquel lugar atravesaba el río un puente rústico, que conducía á unas cabañas en las que se guardaba el maíz.

—¡Encantador!—exclamó María Constantinovna, exhalando profundos suspiros de éxtasis.—¡Mirad qué hermoso es esto, hijos míos! ¡Qué silencio!

— Sí, no está mal — dijo Laievski con condescendencia, porque el punto de vista le agradaba; y se puso triste al mirar el cielo y la azulada humareda que salía de la chimenea de la casa.

—Sí, es muy hermoso—repitió.

—Ivan Andreitch, debería usted describir este lugar — le dijo gimoteando de emoción María Constantinovna.

—¿Por qué?—preguntó Laievski.— La impresión vale más que todas las descripciones. La riqueza de colores y de sonidos que todo hombre recibe de la naturaleza por medio de las impresiones, se ve desnaturalizada y destruída por los escritores.

—¿Cómo es eso?— preguntó fríamente Von Koren, al mis-

(1) Habitación tártara.

mo tiempo que hacía rodar una piedra que había ido á buscar á orillas del agua.

—¿Cómo es eso?—repitió mirando fijamente á Laievski. —¿Y Romeo y Julieta? ¿Y por ejemplo, la noche de Ukrania de Pouschkine? La naturaleza se ve obligada á inclinarse ante esas maravillas.

— Sea — dijo Laievski, harto indolente para entablar una discusión. Añadió, sin embargo, al cabo de un instante:

—Por lo demás, ¿qué viene á ser en el fondo Romeo y Julieta? Un bello, poético y santo amor; esas son cosas bajo las cuales se quiere ocultar la fealdad. Romeo es un sér como todos nosotros.

—De cualquier cosa que se hable con usted, siempre va usted á parar á...

Von Koren miró á Katia y no concluyó la frase.

—¿Adónde voy á parar?—preguntó Laievski.

—Si se le dice á usted, por ejemplo: «¡qué bonitas son estas uvas!» responde usted: «sí; pero quedan destruídas cuando uno las ingiere en el estómago.» Yo no sé cómo expresar esto, que después de todo no es de un género nuevo, pero no deja de ser extraño en general.

Laievski conocía la antipatía de Von Koren y le temía; en su presencia experimentaba un verdadero malestar. No respondió nada y se alejó, sintiendo haber venido.

—Señores, ¡en busca de ramaje para encender fuego!—exclamó Samoilenko.

Todo el mundo se dispersó, y no se quedaron más que el oficial Kirilline, Atchmianof y Nicodemo Alejandrovitch. Kerbalai trajo sillas, extendió un mantel en el suelo y dispuso algunas botellas de vino. Kirilline, un buen mozo, pero que tenía la manía de llevar en toda estación la capa sobre la guerrera, se parecía algo á los jefes jóvenes de policía de las provincias rusas; á la vista de botellas y manjares de restaurant experimentaba siempre un acceso de dignidad personal que lo exteriorizaba á grandes voces.

—¿Qué es eso que traes aquí, animal?— dijo á Kerbalai.— Te he ordenado que sirvas *quareli*. ¿Qué has traído, imbécil tártaro, dí, qué?

— Ya tenemos mucho vino, Yegor Alexievitch — se aventuró á observar tímidamente Nicodemo Alejandrovitch.

—Pues bien, también yo deseo ofrecer vino. Participo de la merienda y me parece que tengo derecho á suministrar mi parte. Trae diez botellas de *quareli*.

—¿Para qué tantas botellas?—exclamó Nicodemo Alejandrovitch, que conocía la penuria de dinero de Kirilline.

—¡Veinte botellas!—replicó éste.

—Déjele, yo pagaré—dijo en voz baja Atchmianof á Nicodemo Alejandrovitch.

Nadiejda Fedorovna estaba muy alegre y en una excelente disposición de espíritu. Hubiera querido saltar, reir, gritar, bromear, coquetear; con su traje vaporoso, sus botas amarillas y su sombrero de paja, parecía una niña, sencilla, ligera y aérea como una mariposa. Corrió hacia el puentecillo rústico y se contempló un minuto en el agua; después, dando un pequeño grito, se dirigió riendo hacia las cabañas. Oyó el vozarrón de Kirilline y pensó un instante que aquel hombre podía emborracharse, charlar, dar un escándalo; pero reflexionó en seguida que nadie le creería, y se sintió muy alegre al pensar que aquella estúpida y vergonzosa novela había pasado sin consecuencias para ella, y que no había de reanudarse. Entró en una cabaña, pero tuvo miedo de la oscuridad, y volvió corriendo hacia el puente; y le pareció en aquel momento que todos los hombres, incluso el mismo Kerbalai, debían amarla.

Cuando las tinieblas se hicieron tan densas que no permitieron distinguir los árboles de las montañas ni los carruajes de los caballos, y en las ventanas de la casita brilló una luz, Nadiejda tomó un sendero que corría á través de las piedras y de la maleza, subió á una altura y se sentó en una piedra.

Bajo ella ardía el fuego; en rededor se movía la sombra negra y alargada del diácono, que paseaba dando vueltas.

Samoilenko iba y venía, dando órdenes:

—¿En dónde está la sal, señores? ¿La habremos olvidado? Todos ustedes están sentados tranquilamente como propietarios, y ven que yo no paro.

Sobre un árbol caído estaban sentados juntos Laievski y Nicodemo Alejandrovitch, que miraban pensativamente al fuego. María Constantinovna, Katia y Kostia, sacaban de una cesta los platos y las tazas para el té. Von Koren, con los brazos cruzados, se había instalado á orillas del río y reflexionaba.

El diácono se dirigió hacia los pescados que estaba limpiando Kerbalai; pero se detuvo á medio camino y miró en torno suyo.

—¡Qué hermoso es esto, Dios mío!—pensó.—Unas cuantas personas, unas piedras, una hoguera, la oscuridad y un árbol caído, bastan para constituir una maravilla.

En torno de las chozas percibíanse ahora algunas siluetas desconocidas. Como el fuego no brilla sino con intermitencias, y el humo se dirigía hacia aquel lado, no se podía distinguir de una vez á todas aquellas gentes; pero percibíase por instantes ya un sombrero peludo y una barba gris, ya una camisa azul, unas veces una figura harapienta con un puñal al cinto, otras un rostro joven y cobrizo con negras y pobladas cejas. Cinco hombres estaban sentados formando un círculo en el suelo, y otros cinco iban y venían por las cabañas. Uno de ellos apareció de espaldas á la puerta hablando con otro y contándole sin duda algo interesante, pues cuando Samoilenko atizó el fuego que produjo una viva llamarada, pudieron verse dos fisonomías tranquilas y atentas mirar por la puerta, mientras que los que estaban sentados se volvían para escuchar mejor la relación. Un momento después, las gentes sentadas entonaron un canto lento, melodioso, semejante á un majestuoso himno de iglesia... Al escucharles, el diácono se imaginó lo que sería dentro de diez años, cuando volviese de la expedición: un joven misionero, un autor de nombre y pasado gloriosos; le nombrarían Archimandrita, después Obispo, y cele-

braría la misa en una Catedral; con la mitra de oro en la cabeza, la fanagia (1) al cuello, se mostraría en el ambon (2) y bendeciría al pueblo con el candelero de tres brazos y pronunciaría en alta voz:

—«¡Desciende del cielo, oh Dios, y ve y considera esta viña que la cultiva tu diestra!»

Y los acólitos de angélicas voces entonarían en respuesta: «Oh Dios santo...»

—Diácono, ¿en donde está el pescado?—preguntó Samoilenko. Al volver hacia el fuego, el diácono se representó una procesión marchando por un camino polvoriento en un cálido día de Julio; delante los campesinos con los estandartes, y las mujeres y los niños con las imágenes; después los coros de niños y los acólitos; detrás de él el diácono, luego el jefe con la cruz, y por último el pueblo, entre el que se distinguen por sus pañuelos las mujeres del jefe y del diácono...

—¡También esto es muy hermoso!—pensó el diácono.

VII

Kirilline y Atchmianof se pusieron á subir el sendero que conducía á la altura en que estaba Nadiejda Fedorovna; pero Atchmianof se detuvo á medio camino, mientras que Kirilline continuaba su ascensión hasta llegar al lado de la joven.

—Muy buenas—dijo haciendo el saludo militar.

—Muy buenas.

—Sí...—añadió Kirilline, dirigiendo al cielo una mirada soñadora—sí.

Pero á pesar de su majestuosa capa y de su gallarda actitud, vaciló y permaneció confuso.

---

(1) Imagen de Jesús ó de la Virgen colgada del cuello.

(2) Tribuna en forma de galería entre el coro y la nave.

—¿Qué es ese... sí?—preguntó Nadiejda, la cual se percató de que Atchmianof les observaba desde lejos.

—Esto quiere decir—respondió lentamente el oficial—que nuestro amor se marchitó antes de desarrollarse, como dijo el otro. ¿Qué debo pensar de su actitud de usted? ¿Es coquetería, diplomacia femenina, ó qué?

—Fue una falta. Déjeme—dijo Nadiejda Fedorovna, mirándole con aversión y preguntándose cómo aquel hombre había podido agradarle un día hasta el punto de haber llegado á ser su amante.

—De manera...—dijo Kirilline, que permaneció un instante pensativo, y añadió en seguida:

—Está bien. Esperaré que se encuentre usted en mejores disposiciones respecto de mí. Adiós.

Y volvió á hacer el saludo militar, y se alejó.

Al cabo de un instante, Atchmianof se acercó á su vez.

—¡Qué hermosa está la noche!—dijo con ligero acento arménico.

El joven no era un mal tipo; vestido á la moda y con gusto, tenía aspecto de un joven bien educado; pero á Nadiejda Fedorovna no le agradaba, porque debía á su padre trescientos rublos, y no le gustaba que participase de la jira uno que no era de la «clase de ella».

Nuestra excursión se presenta muy bien—dijo él después de un instante de silencio.

—Sí—respondió ella; y como si no pensase más que en su deuda, añadió con negligencia:

—Diga usted en su casa que uno de estos días pasará Ivan Andreitch á pagar los trescientos rublos.

—Dispuesto estoy á dar otros trescientos, con tal de que no repita usted eso. ¡Es muy prosáico!

—¿Entiende usted algo de poesía?

—¿Estaría al lado de usted si no la entendiese?

Nadiejda Fedorovna se echó á reir. Se le ocurrió que si ella quisiese, su deuda quedaría solventada en aquel mismo

instante, y tuvo deseos de amarle por un momento para rechazarle y abandonarle en seguida.

—Permítame que la dé un consejo—dijo tímidamente Atchmianof. Tenga usted cuidado con Kirilline, se lo ruego; refiere en todas partes á costa de usted historias inconvenientes.

—Me tiene sin cuidado lo que diga de mí el primer imbécil que se presente—respondió Nadiejda Fedorovna, más turbada de lo que aparentaba; y la idea de divertirse con el joven y encantador Atchmianof perdió al punto todo su encanto.

—Vámonos—dijo ella.—Nos están llamando.

La sopa, en efecto, estaba preparada. Fue declarada excelente por todos los comensales, hasta el punto de considerarla superior á cuantas habían tomado antes. Como acontece en esta clase de festines, los convidados, entre la masa de servilletas, de paquetes y de papeles grasientos que arrebataba el viento, no encontraban ni los vasos ni el pan, derramaban el vino sobre el mantel ó sobre las rodillas, vertían la sal, mientras la oscuridad les envolvía y el fuego iba apagándose por la general pereza que impedía el levantarse.

Todo el mundo bebía vino; pero á Kostia y á Katia no les daban sino medios vasos. En cuanto á Nadiejda Fedorovna, bebía en grande, y no tardó en embriagarse sin volver á pensar en Kirilline.

—La merienda es magnífica y la noche está hermosa—dijo Laievski, á quien el vino hacía menos sombrío;—pero preferiría á todo esto un buen invierno, cuando el cuello de los gabanes se platea por el hielo.

—Cada cual tiene sus gustos—respondió Von Koren.

Laievski se encontraba muy molesto; el calor de la hoguera le tostaba la espalda, y por delante tenía que afrontar el odio del zoólogo; aquella enemistad de un hombre inteligente y correcto, que tenía, sin duda, una razón secreta para detestarle, le humillaba y le dejaba sin medios de defensa; así, sin atreverse á contradecirle cara á cara, replicó con voz melosa:

—Me gusta mucho la naturaleza y siento no ser naturalista. Le envidio á usted.

—¡Ah! yo no siento ni envidio nada—dijo Nadiejda Fedorovna.—No comprendo cómo se puede uno ocupar en serio de los escarabajos y demás bichos, mientras el pueblo sufre.

Laievski compartía esta opinión. Ignoraba por completo las ciencias naturales; por esto no podía soportar con tranquilidad el tono autoritario y el aire sabio y profundo de las gentes que se ocupan de los insectos; también le molestaba cuando oía hablar acerca del origen y de la existencia del hombre fundándose en transformaciones de especies, ó aludiendo á algún protoplasma, objeto que se lo representaba siempre de un modo inconsciente bajo la forma vaga de una ostra.

Pero en las palabras de Nadiejda Fedorovna le pareció escuchar una mentira, y respondió con el único móvil de contradecirla:

—No se trata de los escarabajos, sino de las deducciones que de ello se sacan.

VIII

No se pensó en el regreso sino ya muy tarde, á eso de las once de la noche.

Todo el mundo concluyó, sin embargo, por instalarse en los carruajes, excepto Atchmianof y Nadiejda Fedorovna, que habían abandonado el grupo y corrían riendo á lo largo del río.

—¡Vamos, pronto!—exclamó Samoilenko.

—Sería cosa de que no bebieran vino nunca las mujeres—dijo en voz baja Von Koren.

Laievski, fatigado por la merienda, por la enemistad del zoólogo y por sus pensamientos, fué al encuentro de la joven.

Esta no tardó en llegar, alegre, radiante, ligera como una pluma, sofocada y riendo á mandíbula batiente; puso sus dos

manos sobre Laievski y quiso apoyar su cabeza sobre su pecho; pero él la rechazó, y dando un paso atrás, le dijo severamente:

—Te has conducido como una *cocotte*.

En su rostro, irritado y abatido, leyó ella el odio y perdió en seguida toda su animación. Comprendió que había traspasado los límites y que se había conducido con demasiada libertad; triste, sintiéndose pesada, embriagada y grosera, tomó asiento con Atchmianof en el primer vehículo que halló á mano.

Laievski se instaló con Kirilline, el zoólogo con Samoilenko, el diácono con las señoras, y la comitiva se puso en marcha.

—¡Valientes macacos!—dijo el zoólogo embozándose en su capa y cerrando los ojos.—Ya lo has oído: no quería ella ocuparse de escarabajos, porque el pueblo sufre. Así es como nos juzgan todos los macacos. Esa raza astuta de esclavos, dominada durante diez generaciones por el látigo y el puño, no tiembla, no trata de enternecer y no se arrastra sino ante la fuerza; pero deja al macaco en un país libre en donde no se le puede echar mano al cuello, y entonces se desarrolla y se da á conocer. Observad lo atrevido que se muestra en las exposiciones de pinturas, en los museos, en los teatros ó cuando se habla de la naturaleza: se yergue, se endereza sobre sus patas traseras, lanza invectivas, critica... Y no deja nunca de criticar; es un rasgo de esclavo. Oye bien esto: se habla mal más á menudo de las gentes de profesiones liberales que de las que no sirven para nada, porque la sociedad se compone de esclavos en sus tres cuartas partes, tales como esos macacos. Jamás veréis que un esclavo te tienda la mano y te diga: «Gracias, porque trabajas.»

—Yo no sé lo que tú quieres—respondió Samoilenko bostezando;—ella ha querido sencillamente mostrarse ingeniosa al hablar contigo, y tú pretendes deducir de esto no sé qué conclusiones. A ti te es antipático Laievski y quieres hacer exten-

siva la antipatía á Nadiejda. Pues es una mujer encantadora.

—¡Cállate! Es una entretenida, vulgar, y sin pudor. Cuando te encuentras con una aldeana vulgar que no vive con su marido y lleva mala vida, no te muerdes la lengua para decirle cuatro frescas. ¿Por qué te muestras tímido y temes decir la verdad en esta ocasión? ¿Acaso porque Nadiejda Fedorovna es la querida de un funcionario y no de un marinero?

—¿Pero qué quieres que yo haga?—replicó Samoilenko irritado.—¿Debo matarla?

—No hay que halagar el vicio.—Nos contentamos con murmurar sin que nos oigan. Somos dos hombres de ciencia; la sociedad tiene fe en nosotros; estamos, pues, obligados á manifestarle el perjuicio enorme que ha de causarle, así como á las futuras generaciones, la existencia de mujeres de la clase de esa Nadiejda Fedorovna.

—¿Y qué ha de hacer la sociedad?—preguntó Samoilenko.

—Ella verá. En mi opinión, el medio más seguro y más expeditivo es la violencia. Habría que devolver á esa mujer *manu militari* á su marido, y si éste no quiere ya tenerla, condenarla á trabajos forzados ó encerrarla en algún establecimiento correccional.

—¡Ya!—exclamó Samoilenko, el cual, después de un momento de silencio, añadió:

—Hace algunos días me dijiste que era preciso destruir á gentes como Laievski... Dime pues, si sucediese... es una hipétesis... que el gobierno ó la sociedad te encargase de esa operación... ¿te resolverías á ejecutarla?

—Ciertamente, y mi mano no temblaría.

IX

De regreso á su casa, Laievski y Nadiejda Fedorovna entraron en silencio en su sombría, ahogada y enojosa habitación. Laievski encendió una vela y la joven se sentó, y sin

quitarse el sombrero ni el abrigo, elevó hacia él una mirada triste y de arrepentimiento.

Él comprendió que ella esperaba algunas explicaciones; pero esto le parecía molesto é inútil, y se arrepentía en el fondo de haber sido duro con ella.

Tropezó por casualidad en su bolsillo con la carta que todos los días tenía intenciones de entregarle sin acabarse de decidir á ello, y pensó que la ocasión actual era tanto más propicia á ponerlo en práctica, cuanto que esto desviaría la atención hacia otro lado.

—Tiempo es ya de poner en claro nuestra situación—se dijo; —voy á darle la carta, y suceda lo que quiera.

Y sacando la carta de su bolsillo, se la dió, diciendo:

—Lee. Esto te concierne.

Y se dirigió hacia su gabinete, en donde se tumbó á oscuras en el diván.

Nadiejda Fedorovna leyó la carta, y le pareció que el techo y las paredes de la habitación se acercaban á ella para aplastarla.

Se sintió oprimida, temerosa, y, santiguándose tres veces, dijo:

—Dios le tenga en gloria... Dios le tenga en gloria...

Y se echó á llorar.

—¡Vania!—gritó.—¡Ivan Andreitch!

Éste no respondió. Pero creyendo que Laievski había venido y estaba cerca de ella, detrás de la silla, sollozó como una criatura y dijo:

—¿Por qué no me has dicho antes que había muerto? No hubiera ido á la excursión, no me hubiese reído tan locamente... Los hombres me decían tonterías... ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! ¡Sálvame, Vania, sálvame!... He perdido la cabeza... Estoy perdida.

Laievski oyó los sollozos. Sintió que su corazón latía violentamente. Se levantó, permaneció de pie en medio de la habitación; después, buscando á tientas la butaca que estaba cerca de la ventana, se sentó en ella.

—Esto es una verdadera cárcel—pensó.—Es preciso que me vaya... No puedo más...

Era ya demasiado tarde para ir á jugar á las cartas; en la población faltaban los *restaurants*. Se reclinó en el respaldo, tapándose los oídos para no oir los sollozos; pero se le ocurrió de repente la idea de ir á casa de Samoilenko.

Para no pasar al lado de Nadiejda Fedorovna, saltó por la ventana que daba al jardín, escaló la verja y se encontró en la calle.

Un vapor de viajeros acababa de entrar en el puerto, á juzgar por las luces; la cadena del ancla chirriaba todavía. Una lucecita roja se dirigía desde la orilla en dirección al buque; era la chalupa de la Aduana.

—Los pasajeros duermen en sus camarotes—pensó Laievski, envidiándoles su tranquilidad.

Las ventanas de la casa de Samoilenko estaban abiertas.

Laievski miró por una de ellas, después por otra; las habitaciones estaban sumidas en la oscuridad y no se escuchaba ningún ruido.

—¡Alejandro Davidovitch!—gritó Laievski:—¡Alejandro Davidovitch!

Se oyó un acceso de tos, seguido de estas palabras:

—¿Quién está ahí? ¿Qué demonios...?

—Soy yo. Perdóname.

Al cabo de un instante se abrió una puerta; un suave rayo de luz brotó de una lámpara, y Samoilenko apareció en traje de noche.

—¿Qué te ocurre?—preguntó medio dormido todavía.—Espera un poco, voy á abrirte.

—No te molestes, entraré por la ventana...

Y Laievski escaló la ventana y entró en la casa.

—¡Alejandro Davidovitch!—dijo con voz temblorosa.—¡Sálvame! Te lo suplico, te lo conjuro, compréndeme. Mi situación es desgarradora. Si se prolongase aunque no fuese más que dos días, reventaría como un perro.

—Veamos... ¿De qué se trata?

—Enciende una vela.

—¡Vaya, vaya!—suspiró Samoilenko, encendiendo una bujía.—¡Pero si ya son las dos!

—Perdóname, pero no puedo permanecer en mi casa—dijo Laievski, aliviado ya por la luz y por la presencia de Samoilenko.—Tú eres mi mejor, mi único amigo... Toda mi esperanza la tengo en ti. ¡Sálvame por el amor de Dios! Suceda lo que suceda, necesito marcharme. Préstame dinero.

—¡Señor, señor!—respondió Samoilenko, suspirando y rascándose la cabeza;—me había dormido, y de repente me despierta la sirena de un vapor, y ahora tú... ¿Te hace falta mucho?

—Por lo menos trescientos rublos. He de dejarle á ella ciento, y lo restante para mi viaje. Te debo ya cuatrocientos rublos, pero te los enviaré todos, toda la suma.

Samoilenkho se acarició las patillas, estiró las piernas y reflexionó.

—Sí...—murmuró indeciso;—trescientos... sí... Pero yo no tengo esa suma... Habrá que pedírsela á alguien.

—¡Pídela por el amor de Dios!—dijo Laievski, leyendo en el rostro de Samoilenko que éste estaba dispuesto á darle el dinero, y que se lo daría seguramente.—Pídela, y yo te reintegraré de ella. Te enviaré el dinero desde San Petersburgo en seguida que llegue. Estate tranquilo acerca de esto. Dame un poco de vino—añadió, reanimándose.

—Ven.

Y ambos se dirigieron al comedor.

—Pero ¿qué hará Nadiejda Fedorovna?—preguntó Samoilenko, colocando sobre la mesa tres botellas y un plato lleno de higos.—¿Se va á quedar aquí?

—Ya lo arreglaré yo todo—dijo Laievski, experimentando un movimiento inesperado de alegría.—Le enviaré en seguida dinero, y vendrá á buscarme... Y entonces arreglaremos nuestra situación... ¡A tu salud, amigo!

—Espera—dijo Samoilenko.—Bebe primero de este vino. Procede de mi viña. He aquí otra botella de la viña de Navaridré y otra de Akhatulof... Prueba estas tres clases de vino y dime francamente... El mío parece que está un poco agrio... ¿No lo encuentras tú así?

—Sí. Me has salvado, Alejandro Davidovitch; gracias. Renazco. Eres un hombre magnífico, maravilloso.

Y al mirar su rostro pálido, trastornado, pero simpático, Samoilenko se acordó del consejo de Von Koren respecto destruir á tales gentes; pero le pareció que Laievski era un niño débil, sin defensa, al que cualquiera podía ofender y exterminar.

—Pero una vez que te encuentres allí, será preciso que te reconcilies con tu madre—dijo,—porque no está bien el vivir así.

—Sí, sí, seguramente.

Transcurrieron algunos minutos en silencio.

Cuando se hubo vaciado la primera botella, Samoilenko dijo:

—Será preciso también que hagas las paces con Von Koren. Ambos sois dos hombres de gran inteligencia, excelentes, y os miráis como lobos uno á otro.

—Sí, es un hombre excelente y de gran inteligencia—afirmó Laievski, dispuesto en este momento á alabar á todo el mundo y á perdonar todo;—es de un talento privilegiado, pero nunca podré reconciliarme con él. ¡No! Nuestras naturalezas son demasiado diferentes. Yo soy de naturaleza indolente, débil, hasta sumiso, y en un momento de expansión le tendería la mano; pero él se apartaría de mí con desprecio.

Laievski, ligeramente mareado por el vino, se puso á pasear de un extremo á otro de la habitación, y añadió, parándose de pronto.

—Comprendo perfectamente á Von Koren. Es una naturaleza fuerte, robusta, despótica. Ya le has oído; habla constantemente de expediciones, y no son palabras vanas. Necesita la

soledad, la noche iluminada por la luna; es de la madera de los Stanley. Es de lamentar que un hombre semejante no sea militar. Haría un general genial, maravilloso. ¡Oh! le conozco perfectamente. Dime, ¿por qué ha venido aquí? ¿qué tenía que hacer aquí?

—Estudia la fauna del mar.

—¡No, amigo mío, no!—exclamó Laievski.—Un sabio que navegó conmigo me contó que el mar Negro era pobre en fauna, y que en sus profundidades, á causa de la abundancia del hidrógeno sulfuroso, se hacía imposible toda vida orgánica. Todos los zoólogos serios trabajan en las estaciones biológicas de Nápoles ó de Villafranca. Pero Von Koren es independiente y obstinado; trabaja ó orillas del mar Negro, porque ningún otro trabaja aquí; ha roto con la Universidad; no quiere oir hablar de sus colegas en ciencia, porque, ante todo, es un déspota. Y verás cómo hace que hablen de él. El despotismo es tan poderoso en la ciencia como en la guerra. Habita aquí desde hace dos años, en este pueblacho infecto, porque prefiere ser el primero en una aldea que el segundo en una ciudad. Aquí es rey y señor; su autoridad es respetada por todos los habitantes; se mezcla en todo, y todo el mundo le teme. Yo me he escapado de debajo de sus patas, y por eso me detesta. ¿No ha llegado á decir que era preciso aniquilarme ó condenarme á trabajos públicos?

—Sí—dijo Samoilenko riendo.

Laievski se echó igualmente á reir, y concluyó su vaso de vino.

—Y su ideal es despótico—añadió, comiéndose un higo.—Los mortales ordinarios, que trabajan para el bien común, tienen presente á su prójimo: á ti, á mí, en una palabra, al hombre. Para Von Koren los hombres son perros y nulidades, objetos harto fútiles para ser el fin de su existencia. Trabaja, pues, realiza expediciones y se calienta el cráneo, no por amor al prójimo, sino en nombre de ciertas abstracciones, tales como la humanidad, las generaciones futuras, la raza humana.

Se ocupa en mejorar esa raza humana; y en este sentido, nosotros no somos para él sino esclavos, carne de cañón, bestias de carga; su ideal sería concluir con ciertas personas ó condenarlas á galeras, y doblegar á las otras bajo una dura disciplina, obligándolas, como en otro tiempo Araktcheief, á levantarse y á acostarse á son de tambor; pondría eunucos como guardianes de nuestra cordura y nuestra moralidad, y mandaría fusilar á quien quisiera salirse del círculo de nuestra moral estrecha y conservadora, y todo esto en nombre del perfeccionamiento de la raza humana... Y ¿qué es, en el fondo, la raza humana? Una ilusión, un espejismo. Los déspotas han sido siempre gentes de ilusiones. Sí, le conozco perfectamente, amigo. Le estimo, y no le desdeño en manera alguna; el mundo tiene necesidad de hombres como él, porque si estuviese exclusivamente en manos de nosotros, hombres llenos de bondad y de excelentes intenciones, no tardaríamos en hacer con él lo que las moscas, por ejemplo, han hecho con este cuadro: sí.

Laievski se sentó al lado de Samoilenko, y le dijo con sincero arranque:

—Soy un hombre vacío, inútil, muerto. El aire que respiro, este vino, el amor; en una palabra, la existencia, la he comprado con la mentira, la ociosidad y la cobardía. Hasta ahora he engañado á todo el mundo, y á mí mismo; he sufrido con ello, y mis sufrimientos fueron vulgares y sin valor. Ante la cólera de Von Koren, me inclino tímidamente; porque yo mismo, en ocasiones, me desprecio y me odio.

Laievski se puso en pie, presa de una nueva crisis de emoción, y se puso á dar zancadas por la habitación.

Me felicito de ver claramente mis defectos y reconocerlos. Esto me ayudará á regenerarme y á convertirme en otro hombre. ¡Si supieras, amigo mío, con cuánto anhelo espero mi renovación! Y te juro que llegaré á ser otro hombre. ¡Sí! Yo no sé si es tu vino el que habla por mí, ó si soy yo, en realidad; pero me parece que no he vivido desde hace mucho tiempo

instantes tan agradables, tan serenos, como estos á tu lado.

—Ya es hora de que nos vayamos á dormir — dijo Samoilenko.

—Sí, sí. Perdóname. Me voy ahora mismo.

Laievski se puso á buscar por todas partes su gorra.

—Gracias—murmuró suspirando,—gracias. Una buena palabra, y la amistad, valen más que una limosna: me has hecho renacer.

Por fin encontró su gorra, y permaneció un momento en pie mirando tímidamente á Samoilenko.

—Alejandro Davidovitch — dijo al fin con acento de súplica.

—¿Qué?

—Permíteme, amigo mío, que me quede á dormir en tu casa.

—Con mucho gusto... ¡Cómo no!

Laievski se tumbó en un sofá, y continuó hablando durante mucho tiempo todavía con el doctor.

X

Tres días después de la excursión, María Constantinovna se presentó de improviso en casa de Nadiejda Fedorovna.

Sin dar tiempo á que se cambiasen los primeros saludos, cogió las dos manos de la joven, las estrechó contra su seno y dijo con voz conmovida:

—Querida mía, estoy completamente trastornada, consternada. Nuestro querido y simpático doctor ha dicho ayer á mi marido que su esposo de usted había muerto. ¿Es cierto esto, querida mía?

—Sí, es la verdad, ha muerto—respondió Nadiejda Fedorovna.

—Es terrible, terrible, querida mía. Pero no hay mal que por bien no venga. Su marido era ciertamente un hombre

bueno, santo y admirable; pero tales personas están mejor en el cielo que en la tierra.

Sonrió y añadió con entusiasta acento:

—Y ahora se encuentra usted libre. Ya puede usted levantar la frente y mirar á las gentes cara á cara. En adelante, Dios y el mundo bendecirán su unión con Ivan Andreitch. Me alegro infinito y no encuentro palabras... Quisiera ser su madrina. ¿Cuándo piensa usted casarse?

No lo he pensado todavía—respondió la joven.

—Eso es imposible, querida mía. Seguramente debe usted haber pensado en ello.

—Pues la verdad es que no lo he pensado—dijo Nadiejda Fedorovna sonriendo.—¿Para qué casarnos? No veo la necesidad. Continuaremos viviendo como lo hemos hecho hasta aquí.

—¿Qué está usted diciendo?—exclamó María Constantinovna con espanto.—Por el amor de Dios, ¿qué acaba usted de decir?

—Que el matrimonio no nos aportaría ninguna ventaja. Por el contrario, tal vez sería un mal. Perderíamos nuestra libertad.

—¿Pero qué es lo que dice usted?—exclamó la buena señora reculando.—Es usted una extravagante. Vuelva usted en sí. Tranquilícese usted.

—¡Tranquilizarme! Todavía no he vivido y quiere usted que me tranquilice.

Nadiejda Fedorovna se acordó, en efecto, de que ella no había vivido todavía. Habiendo terminado sus estudios en un instituto, fue entregada á un hombre al que no amaba; después le había dejado para seguir á Laievski y había vivido siempre, desde entonces, en aquella playa enojosa y desierta, con la esperanza de un día mejor. ¿Podría llamarse esto vivir?

—Sería preciso, en efecto, casarnos...—pensó ella. Pero el recuerdo de Kirilline y de Atchmianof la hizo ruborizar, y respondió:

—No, no es posible. Aun cuando Ivan Andreitch me lo pidiese de rodillas, me negaría á ello.

María Constantinovna permaneció un instante silenciosa, sentada en el sofá, mirando tristemente á un punto vago en el espacio; después se levantó y dijo fríamente:

—Adiós, querida mía... Perdonadme por haberla molestado... Aunque lo sienta mucho, me veo obligada á advertir á usted que desde este día todo ha concluído entre nosotras, y que la puerta de mi casa queda cerrada para usted, á pesar de toda la consideración que me merece Ivan Andreitch.

Pronunció estas palabras con tono solemne, como un poco asustada ella misma de su propia majestad; después su rostro se puso á temblar, recobró su expresión bonachona, y tendiendo las dos manos á Nadiejda Fedorovna, le dijo:

—Querida mía, déjeme usted todavía que durante un minuto ocupe el lugar de su madre ó de su hermana mayor. Seré franca con usted como una madre.

La joven experimentó una sensación agradable ante aquella compasión, como si realmente su madre resucitase repentinamente en su presencia. Se arrojó en los brazos de María Constantinovna, y ocultó su rostro en su seno. Las dos mujeres lloraron.

Sentadas en el sofá, sollozaron durante algunos minutos, sin mirarse y sin atreverse á pronunciar una sola palabra.

—Hija mía—dijo al fin la buena señora,—yo la diré verdades amargas sin ocultar nada.

—¡Por amor de Dios, por amor de Dios!

—Confíe usted en mí, querida mía. Acuérdese de que yo he sido la única señora de aquí que la ha recibido. Me asustó usted desde el primer día; pero no tuve fuerzas para separarme de usted cen desprecio como las otras. Sufrí, por ese joven y querido Ivan Andreitch, como por un hijo. Era un hombre joven, perdido en un país lejano, sin experiencia, débil, sin madre, y sufrí por él... Mi marido se mostró hostil á nuestras relaciones, pero yo insistí... Le persuadí... Recibimos, pues, á

Ivan Andreitch, y á usted con él, por temor de herirle. Sin embargo, tengo un hijo y una hija... Comprenda usted, una inteligencia tierna... un corazón puro todavía... ¡Ay del que escandalice á uno de esos pequeños!... Recibí á usted, pues, temblando por los míos... ¡Oh! cuando sea usted madre, comprenderá mis temores... En el fondo de mi alma, la condenaba á usted; mas era usted desgraciada, digna de compasión, y yo la compadecía...

—¿Pero por qué? ¿por qué?—preguntó temblando Nadiejda Fedorovna.—¿A quién he hecho mal?

—Es usted una gran pecadora. Ha faltado usted al juramento que hizo á su esposo ante el altar. Ha seducido usted á un joven excelente que, si no se hubiese encontrado á usted, hubiera tal vez elegido una honrada compañera de su vida en una familia digna de su clase, y viviría ahora como todos los otros... Yo no creo que el hombre sea culpable de nuestras faltas. La mujer es siempre la culpable. Todo depende de la mujer. Y además, amiga mía, usted ha penetrado en el camino del vicio, abdicando de todo pudor; otra, en su lugar, se hubiese ocultado del mundo, permaneciendo en su casa, y no se hubiera mostrado en público sino para ir á la iglesia de Dios, pálida, vestida de negro, llorosa, de manera que cada cual hubiese dicho con secreta compunción: «Dios mío, he aquí un angel pecador que vuelve á Ti...» Pero usted, querida mía, ha abdicado de todo pudor, viviendo en público, verdaderamente orgullosa del pecado, loqueando y riendo; y yo, al verla, temblaba de espanto y temía que la cólera celeste se desencadenase sobre nuestra casa, mientras se encontraba usted en ella. ¡No hable usted, querida mía, no diga usted nada!

Nadiejda Fedorovna, que tenía, en efecto, la intención de responder, se calló, y maría Constantinovna continuó diciendo:

—Tenga usted confianza en mí, no la engañaré, no ocultaré ninguna verdad á la vista de su alma. Escúcheme usted, querida mía... Dios ha señalado siempre con un sello á los

grandes pecadores, y ha puesto en usted esa señal visible. Recuerde usted que sus trajes han sido siempre escandalosos.

La joven, que había tenido siempre muchas pretensiones en lo referente á sus vestidos, dejó de llorar y miró con asombro á su interlocutora.

—Sí, escandalosos—continuó María Constantinovna.—En el refinamiento y en lo llamativo de sus galas, todos pueden adivinar la conducta de usted. Todo el mundo, al verla, sonríe y se encoge de hombros, y yo sufro, sufro por usted... Y además, perdóneme usted, querida mía, es usted muy descuidada... Cuando me enseñó usted su alcoba, no pude menos de experimentar un vivo disgusto... Por todas partes se veían tiradas prendas de vestir en el mayor desorden, camisas, enaguas, cubrecorsés... me puse encarnada, amiga mía. Nadie se ocupa de arreglar la corbata de ese pobre Ivan Andreitch como conviene, y en cuanto á la ropa blanca ó á los zapatos de ese pobre muchacho, á la vista salta que nadie se cuida de ellos en su casa. Y se nota que se queda con hambre, querida mía, después de haber comido en su casa, y cuando no hay una mujer de su hogar que se preocupe del té y del café, entonces el hombre, aunque sea en contra de su voluntad, se gasta en el casino la mitad de sus recursos. ¡Y su casa de usted está llevada de una manera deplorable! En toda la población nadie tiene moscas en sus habitaciones, y en su casa de usted las hay en todas las partes; los platos y los platillos están negros. Además no se ve más que polvo en las mesas, en las sillas, en las ventanas, en todos los rincones... ¿Por qué no se cuida usted de todo eso?... Y repito, querida mía, que da vergüenza entrar en su alcoba: por todos lados se encuentran tiradas, como he dicho, las prendas de vestir, y los zapatos y las botas cuelgan de las paredes al lado de ciertos utensilios... ¡Querida mía! el marido debe ignorar muchas cosas, y la mujer debe mostrarse ante él limpia como un ángel. Todas las mañanas me levanto yo al amanecer, y me lavo la cara con agua fría para que mi marido no note que he dormido mucho...

—Todas esas cosas no son más que pequeñeces—dijo Nadiejda Fedorovna llorando.—¡Si fuese dichosa siquiera, pero soy desgraciada!

—Sí, sí, usted es desgraciada—suspiró María Constantinovna, pudiendo apenas contener sus lágrimas.—Y un gran dolor la espera para el porvenir... Una ancianidad sin compañía, la enfermedad, y en seguida la responsabilidad ante el Tribunal Supremo... ¡Es espantoso, es espantoso! Y rechaza usted á la suerte, que la tiende una mano salvadora. ¡Cásese usted, cásese usted pronto!

—Sí, así debía ser, así debía ser—dijo Nadiejda Fedorovna;—pero es imposible.

—¿Por qué?

—¡Oh! si usted supiera... Es imposible.

La joven tuvo deseos de hablar de Kirilline, de contar que la víspera por la noche se había encontrado con el joven Atchmianof, y que entonces se le ocurrió la locura de saldar su cuenta en amor, y que no volvió á su casa sino ya tarde, sintiéndose perdida y venal sin remedio. Ni siquiera sabía cómo había ocurrido aquello. Y ahora quería jurar ante María Constantinovna que pagaría su cuenta irremisiblemente; pero el llanto y la vergüenza la impidieron hablar.

—Me marcharé—dijo ella;—Ivan Andreitch se quedará aquí, y yo me marcharé.

—¿Y adónde?

—A Rusia.

—¿Pero con quién vivirá usted? Usted no posee nada.

—Me ocuparé de traducciones, ó bien... abriré una biblioteca.

—No se haga usted ilusiones, querida mía. Para una biblioteca se necesita dinero. Ahora, me voy; tranquilícese usted y reflexione, y venga mañana á verme con buenas nuevas. Será una gran alegría. Vaya, adiós. Déjeme usted que la bese.

María Constantinovna besó en la frente á Nadiejda Fedo-

rovna, hizo sobre ella el signo de la cruz y salió de la casa.

Anochecía ya, y Olga encendía fuego en la cocina.

Sin dejar de llorar, Nadiejda Fedorovna entró en su alcoba y se echó en la cama, sintiendo los síntomas de un violento acceso de fiebre. Se desnudó sin levantarse, arrojó los vestidos al pie de la cama, y se cubrió con las mantas. Hubiera querido beber, pero no había allí nadie para darle lo que deseaba.

—¡Pagaré mi deuda!—se dijo; y le pareció, en su delirio, que velaba á una enferma, en la que ella se reconocía.

—Sí, devolveré el dinero. Sería estúpido pensar que por dinero... Me marcharé y le enviaré dinero desde San Petersburgo. Primero cien rublos... después otros ciento... y luego ciento más...

Laievski volvió muy tarde por la noche.

—Primero cien... después otros cien...—le dijo Nadiejda Fedorovna.

—Hubieras debido tomar la quinina—le respondió él, y se puso á pensar en sí mismo:

—«El vapor sale mañana miércoles; pero no podré tomarlo. Así, pues, debo vivir aquí todavía hasta el sábado.»

Nadiejda Fedorovna se levantó de repente y se puso de rodillas en la cama. Hecho lo cual se puso á silbar una parte de *El Travador;* con su rostro elevado al cielo y sus manos cruzadas, se parecía á un niño, ó más bien á esos ángeles en oración que se colocan en las tumbas.

—¡Ah!—exclamó Laievski;—tienes fiebre otra vez.

—¿No te he dicho nada?—preguntó la joven, sonriendo y entornando los ojos.

—Nada. Mañana temprano llamaremos al médico. Duerme.

Él cogió una almohada y se dirigió hacia la puerta.

Una vez resuelto definitivamente á marchar y abandonar á Nadiejda Fedorovna, tenía compasión y se sentía culpable para con ella; experimentaba en su presencia el remordimiento que se siente ante un caballo viejo ó enfermo al cual se

tiene el proyecto de dar la puntilla. Se detuvo, pues, y la miró.

—El día de la excursión—dijo—estaba yo harto, y te hablé con dureza. Te ruego que me perdones.

Dichas estas palabras, pasó á su gabinete y se acostó, pero tardó mucho tiempo en dormirse.

Al día siguiente por la mañana se presentó Samoilenko, de gran uniforme, con sus charreteras y condecoraciones, porque era un día de fiesta.

Cuando, después de haber tomado el pulso de Nadiejda Fedorovna y mirado su lengua, salió de la habitación, se encontró con Laievski, el cual le preguntó con ansiedad:

—¿Qué tiene?

Su rostro expresaba el temor y una gran emoción, al mismo tiempo que la esperanza.

—Estate tranquilo; nada de cuidado—respondió el doctor; —una fiebre ordinaria.

—No te hablo de eso—replicó Laievski frunciendo el entrecejo.—¿Has encontrado dinero?

—Amigo mío, perdóname—dijo Samoilenko mirando hacia la puerta en actitud confusa;—perdóname, te ruego. Nadie tiene dinero disponible, y yo no he encontrado sino pequeñas cantidades de cinco á diez rublos; reuniéndolas, suman ciento diez rublos. Hoy hablaré á otra persona. Ten paciencia.

—¡Pero el sábado es el último plazo!—murmuró Laievski temblando de impaciencia.—¡Antes del sábado, por todos los santos! Si no me marcho el sábado, ya no me hará falta nada, nada. No comprendo cómo un doctor como tú puede carecer de dinero.

—¡Qué quieres! Las cosas son como Dios las dispone—respondió vivamente y con esfuerzo Samoilenko; —me han cogido todo, me deben más de siete mil rublos, y me encuentro yo lleno de deudas. ¿Tengo yo la culpa?

—Pero encontrarás dinero para el sábado, ¿no es ási?

—Lo procuraré.

—¡Te lo suplico encarecidamente, mi querido amigo! Haz de manera que el dinero esté en mis manos el viernes por la mañana.

Samoilenko se sentó y recetó una disolución de quina, y salió de la casa.

ANTON TCHEKHOF.

(*Se continuará.*)

POETAS AMERICANOS

A MI QUERIDA HERMANA

HORTENSIA LARRIVA, VIUDA DE LA JARA

EN EL DÍA DE SU CUMPLEAÑOS

PÁGINAS ÍNTIMAS

No, no estamos distantes, poco importa
Que nos separe el Océano inmenso;
Tiene alas el espíritu y lo acorta,
Y yo estoy junto á ti cuando en ti pienso.

Por el cariño fraternal grabada
Llevo en el corazón tu imagen bella:
¡Quiero apartar del mundo la mirada
Y posarla gozosa sólo en ella!

Del alma es el espejo la figura;
Y de tu faz al ver la dulce calma,
¿Quién no ha de adivinar que noble y pura,
Cual te dió el rostro, te hizo Dios el alma?

De esta fecha al influjo, de este día,
Se puebla de recuerdos mi memoria,
Y pasa ante mi ardiente fantasía
Como en un escenario, nuestra historia.

¡Ah! deja que olvidemos un instante
Este mundo falaz que nos rodea,
Y á otra época dichosa, ya distante,
Remontémonos juntas, en idea.

Déjame recordar aquellos años
De nuestra infancia y dulce adolescencia,
Cuando aún los funestos desengaños
Enlutado no habían la existencia.

Esas de juventud brillantes horas,
Instantes fugitivos y risueños,
Que pasan cual las músicas sonoras
Que nuestra alma acarician entre sueños.

Déjame que te mire como eras
Cuando tu blanca y apacible frente
La luz de tus diez y ocho primaveras
Orlaba como nimbo refulgente;

Cuando al compás de un valse cadencioso
Que la sonora orquesta daba al viento,
Tus breves pies sobre el tapíz lujoso
Deslizábanse en raudo movimiento;

Cuando, esbelta y gentil, sentada al piano,
Inspirada la mente, cual solías,
Interpretabas con experta mano
De Thalberg y Gottschalk las melodías...

Los hombres te adoraban por hermosa
Y por buena te amaban las mujeres;
De ti brotaba magia misteriosa,
Cual la que irradian sobrehumanos seres.

Todos te sonreían y admiraban;
Y yo, al oir el plácido murmullo
Que en derredor de tu beldad formaban,
Me estremecía de secreto orgullo.

Siempre juntas las dos, el mismo anhelo
Llenaba de las dos los corazones;
Comunes eran nuestro gozo y duelo
Y nuestras esperanzas é ilusiones.

De nuestro mutuo amor en recompensa
Con vínculo estrecharnos aún más fuerte
Quiso el cielo; y nos dió la dicha inmensa
De unir, cual nuestras almas, nuestra suerte;

Entrambas ostentando el mismo día
De desposada el cándido vestido,
Con gozo y á la par melancolía
Juntas dejamos el paterno nido,

Y al pronunciar el *sí* ante los altares,
Ruboroso el semblante bajo el velo
Que sujetaban blancos azahares,
Hermanas otra vez nos hizo el cielo...

¡Fuimos dichosas! Un ignoto mundo
Abrióse á nuestros tiernos corazones:
Del amor maternal, grande y profundo,
Las santas inefables emociones...

¡Un hijo!... Cuando, errante y agobiada
De su tremenda culpa bajo el peso,
Ver el fin de su tétrica jornada
Ansiaba de su angustia en el exceso;

Después de horrible noche de dolores,
Mira al primer albor de la mañana,
Al fruto de sus míseros amores
La triste Madre de la estirpe humana;

Y al juntar á su seno al tierno infante
Que en su sonrisa muestra el Paraíso,
Y fulgores del Cielo en el semblate,
Cámbiase el Universo de improviso;

Y súbito cayendo de rodillas
Todos sus infortunios da al olvido;
Báñanse en dulce llanto sus mejillas;
Y ya no extraña ni el Edén perdido.

Que al inclinarse trémula hacia su hijo,
De ese niño en la límpida mirada
Creyó ver, con inmenso regocijo,
Su perdida inocencia reflejada...

Al escuchar de *madre* el nombre santo,
Así nosotras por la vez primera,
Vimos, como al influjo de un encanto,
Desparecer la Creación entera;

Y desde entonces, sin contar las horas,
Transcurrir las miramos una á una;
Y nos vieron, de pie, muchas auroras
En éxtasis delante de una cuna;

Y goces, triunfos, fiestas, que formaron
De los pasados años las delicias,
Cual fantásticas sombras se borraron
De un niño con las cándidas caricias;

Borróse la esplendente lontananza
De nuestros vagos juveniles sueños,
Y surgió un paraíso de esperanza
Ante esos dulces ídolos pequeños...

. . . . . .

Pero bien pronto el sol de la ventura
De nuestro hogar se obscureció en el cielo;
Porque, para la humana criatura,
Sin eclipse no hay dichas en el suelo.

Por ansia de oro, por infame envidia,
Pueblo indigno acomete á un pueblo hermano,
Con la ferocidad y astuta insidia
De los hijos del pérfido araucano:

Su aleve plan en el silencio fragua,
Y en el Perú su hueste furibunda
Lanza, como siniestro el Aconcagua
Lejanas tierras con su lava inunda;

Y esa ola de horror y de matanza
Que en nuestro amado suelo se despeña,
Sembrando ruina y exterminio, avanza
Hasta nuestra Metrópoli risueña;

Hasta Lima gentil, la ninfa hermosa
A cuyas plantas el Rimác murmura,
De nuestra infancia cuna deleitosa,
Edén de nuestra plácida ventura...

Patria y hogar á defender, sagrados,
Volaron diez mil hombres valerosos;
Y, altivos con el nombre de soldados,
Cogieron un fusil nuestros esposos:

El pecho al enemigo, altas las frentes,
Espiraron, rindiendo ambos hermanos
Á la Patria su sangre, cual valientes,
Sus almas al Señor, como cristianos;

Y al cerrar por vez última los ojos,
Y elevarse su espíritu á la Altura,
Descanso eterno hallaron sus despojos
En la misma gloriosa sepultura.

¡Oh día, el más fatal de nuestra vida,
Que, muerto en lid sangrienta el padre caro,
Quedaron, tras la guerra fratricida,
Tus hijos y mis hijos sin amparo!...

Mas, del mártir la fúlgida corona
Con la que, en vez de los mundanos bienes,
A sus privilegiados galardona,
No guardaba el Señor para mis sienes;

Y hallé un alma de mi alma compañera,
Un noble sér, que á la angustiada madre
Ofreció consagrar su vida entera,
Y servir á los huérfanos de padre;

Y él, el más infeliz de los mortales,
Y yo sumida en congojoso duelo,
Nuestras penas juntando y nuestros males,
Sentimos un dulcísimo consuelo:

Dios, así, con designio misterioso
Trueca, como en desgracia la ventura,
De dolor un abismo tenebroso
En un cielo que espléndido fulgura...

¡Pero tú, pero tú, luchando sola
Contra los golpes de la cruda Suerte,
Del infortunio á la furente ola
Tu pecho opones valeroso y fuerte!

¡Mártir sublime del amor materno!
¡De la virtud magnánima heroína!
Del cumplido deber el gozo interno
Resplandece en tu frente, y la ilumina;

Y aunque aún luce atractiva tu hermosura,
Pareces sola tú desconocerla;
También así, dentro su concha obscura,
Sin saber su valor, vive la perla.

¡Y nunca desfalleces! Abrazada
Con esa áspera cruz de tu destino,
Prosigues, fija en lo Alto la mirada,
Peregrina del Cielo, tu camino.

De la existencia en la batalla impura,
Con sólo el arma del que implora y reza,
Toda paz, toda amor, toda dulzura,
¿Quién te inspira tan grande fortaleza?

¡La Fe, la Fe no más, la Fe cristiana,
Que, más allá de la terrena escoria,
Te hace entrever la dicha que mañana
Ha de gozar tu espíritu en la Gloria!

La eterna Patria de que estás ausente,
Desde esta obscura Tierra de pesares
Dices que ya adivinas, *cual se siente*
La esencia de lejanos azahares.

Comprendo tu seráfica alegría:
¿Qué importa á la materia el sufrimiento,
Si vive de continuo, hermana mía,
Tu alma pura en divino arrobamiento?

No envidio la opulencia del magnate,
Ni del ilustre sabio la alta ciencia,
Ni la sublime inspiración del vate;
Sólo envidio la paz de tu conciencia;

¡Que todo bien del mundo, devolvemos
Muriendo, al mundo, como ajada veste;
Mas los bienes del alma, llevaremos,
Cual noble herencia, á la mansión celeste!

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Enero, 26.

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

(NOTAS PARA SU HISTORIA)

Van muy pronto á cumplirse treinta y seis años desde que, con iniciativa digna de eternos elogios, un Ministro moderado, que había luego de figurar en el primer Gabinete de la Restauración, el Sr. Marqués de Orovio, poderosamente secundado por el ilustre D. Severo Catalina, Director á la sazón de Instrucción pública, creaba, en virtud del Real decreto que lleva la fecha memorable de 21 de Marzo de 1867, el *Museo Arqueológico Nacional,* cerca de un año después de haber solemnemente colocado la Reina Doña Isabel II la primera piedra del suntuoso edificio de Bibliotecas y Museos, donde aquél se halla definitivamente desde 1893 establecido.

Para la generación de entonces, significaba la creación del *Museo* gigantesco paso dado en el terreno siempre escabroso y difícil de las especulaciones históriales, las cuales, ciertamente, no pueden alcanzar cumplido y legítimo desarrollo sin el eficacísimo concurso de la Arqueología, ciencia de tal naturaleza y tal condición que, como piedra de toque, decide por sí propia, y sin apelación posible, salvo las intenciones, los yerros y los intereses de quienes la interrogan y demandan. Por esta causa, pues, y por la de constituir expresivo signo de

cultura, del que tan necesitada estaba en realidad España, la creación de aquel centro, «foco de instrucción común á toda la Monarquía», como el preámbulo del decreto dice, donde debían cuidadosamente ser recogidos y guardados para producir perpetuas enseñanzas los testimonios de todo género que de los pasados tiempos habían llegado por fortuna á los presentes, fue objeto de unánimes y merecidos aplausos, tomando desde entonces carácter oficial y científico aquel incierto afán con que por mera curiosidad en la mayoría de los casos, eran, no siempre por personas entendidas, conservados objetos más ó menos interesantes de una ú otra cultura, que el acaso había inopinada y caprichosamente puesto de manifiesto en las diversas regiones de la Península.

Aspirábase, pues, no á centralizar las antigüedades, cual con intencionada y errónea persistencia se cree todavía por algunos, sino á reunir en el *Museo,* que tuvo desde su origen categoría de *Nacional,* todo aquello que en conjunto y en detalle debía interesar á la nación, presentando en él, como en las páginas de un libro escrito laboriosamente por las generaciones, el cuadro más acabado y completo del desenvolvimiento de la cultura nacional en el tiempo, forma en la que había de responder al sentido de la Patria, una, única é indivisible, pero varia y armónica sobre todo. Para satisfacer los anhelos igualmente legítimos de las regiones, y aun de las provincias ó pueblos notables por su antigüedad y su historia, creábanse los *Museos Provinciales,* donde todo cuanto viniese á corresponder en concreto á la localidad, ofreciendo en series sucesivas el espectáculo del desarrollo de la cultura privativa de la región, de la ciudad ó del pueblo, había de tener lugar propio y señalado: de suerte que mientras el *Museo Arqueológico Nacional* era la afirmación sintética de la unidad histórica, para todos en todos conceptos interesante, provechosa y útil, los otros Museos eran la expresión de la variedad con que la unidad superior se fortalecía y corroboraba.

De esta manera, la idea mezquina de la centralización, tan

combatida en otros órdenes de la vida política y administrativa, no podía ser en justicia reputada como inspiradora de la creación del Establecimiento científico á que aludimos, llamado á representar, cual indicado queda, la vida nacional entera, lo mismo en las esferas superiores del Arte que en las de la industria artística, ó en las de las producciones industriales meramente.

Pensamiento de tal magnitud y de importancia tan subida exigía gastos crecidos que, por desventura, la situación de nuestra Hacienda no podía permitir; pues si el *Museo* había de responder á los fines propios de su instituto, si había de producir las enseñanzas que de él esperadas eran, preciso se hacía consagrarle atención especial y constante por parte del Estado, sobre todo si no había de convertirse en confusa instalación revuelta de vetusteces ridículas, á modo de tienda de anticuario, ó en atildada exposición de *bibelots* y de antiguallas más ó menos auténticas, á manera de sala de *amateur* acaudalado y poco escrupuloso. Imponíase, por tanto, la construcción de un edificio para *Museo* exclusivamente proyectado: amplio, de excelentes luces, en condiciones de seguridad, de capacidad y de distribución, para que ya cronológica, ya geográfica, por categorías, por materias, ó como se estimara mejor, la exposición resultase no sólo provechosa por la enseñanza, sino razonada, motivada, como las deducciones lógicas del silogismo, y decorosa, tanto para la nación, cuanto para las generaciones que por medio de sus obras, allí depositadas, iban á tejer corona de gloria en todas las edades para la Patria, ofreciéndola en vistoso ramillete las manifestaciones expresivas de su cultura, en el espacio y en el tiempo.

Cierto era que, según decía el Ministro en el preámbulo del Real decreto de la creación, un año hacía en 1867 que estaban echados los cimientos del edificio en el cual «las Letras, las Bellas Artes y la Historia monumental» habían de recibir «digno alojamiento»; pero las dimensiones del solar, en la parte que debía ser construído, la promiscuidad de las Letras

y las Bellas Artes, así anunciada, conviviendo con la Historia monumental, ó lo que es lo mismo, la reconcentración en un solo edificio de Establecimientos tales como la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional de Pintura,—de cualquier modo instalado en corredores, galerías y despachos del antiguo *Convento de la Trinidad,* luego Ministerio de Fomento y hoy solar en la calle de Atocha, y que debió y pudo acaso formarse con las obras pictóricas de los conventos y los monasterios suprimidos,—y por último, el *Museo Arqueológico Nacional,* cuya creación se disponía, claramente expresaba que aquel palacio no tendría en realidad todas las condiciones exigibles para dar «digno alojamiento» ni á la Biblioteca, ni al Museo de Pinturas, ni al Arqueológico.

Por otra parte, las obras eran con tal lentitud ejecutadas, que aun sólo la caja de cimientos estaba macizada al dictar el Marqués de Orovio el Real decreto de que tratamos, y poco más ó menos se hallaba al triunfar la revolución de 1868, por cuya causa más de una vez los Ministros de Fomento modificaron los planos primitivos, cambiando de destino el futuro edificio, cuya historia resulta con verdad interesante, hasta ser por último reintegrado al destino originario, si bien con planos trazados por manos distintas que las del arquitecto á quien fue en un principio la construcción encomendada.

La designación, pues, del local en que debía instalarse la justamente loable creación de D. Manuel Orovio y D. Severo Catalina, problema habría resultado sin solución y aun dado motivo quizá para fracasar el pensamiento, si, acudiendo al expediente tantas veces seguido entre nosotros de que todo sirve para todo en España, no se hubiese acordado señalar la parte libre del Real sitio apellidado *El Casino* ó *Casino de la Reina,* en el extremo inferior de la apartada *calle de Embajadores,* núm. 68. Era ésta, hermosa finca, extensa y de recreo, donde se hallaba ya establecida la *Escuela de Veterinaria,* y que antes se llamó, en su totalidad, *Huerta del Bayo;* había sido adquirida, transformada y regalada por el Ayunta-

miento de Madrid en 1816 á Isabel de Braganza como presente hecho á dicha señora en la ocasión de su enlace con Fernando VII, y en el famoso *rasgo* habíala cedido al Estado Doña Isabel II (1).

Fuera de los jardines y de la ría, que con su embarcadero los alegraba,—aprovechables para el *Museo* sólo tenía la finca el pequeño *Palacio* de dos pisos y de estancias reducidas, propias para lo que el edificio había sido fabricado, el gran invernadero, la reducida Capilla «con dependencias incoherentes á uno y otro lado», en que se hallaban el cuerpo de guardia, cocinas, cochera y guadarnés, y el ala tendida frente al *Palacio,* con fachada bien humilde á la *calle de Embajadores,* y «modestas habitaciones para uso de los empleados del que fue Real sitio».

Confiada la dirección del nuevo Establecimiento al catedrático de la Escuela Superior de Diplomática Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, fueron á aquél trasladadas, con el *Gabinete numismático* de la Biblioteca Nacional, las antigüedades de todo género, pero en su mayor parte romanas, que en dicha Biblioteca existían, las que, procedentes de la donación hecha en 1771 á Carlos III por el naturalista D. Pedro Franco Dávila, figuraban á título de curiosidades con otras americanas en el *Museo de Ciencias Naturales,* y por último, la pequeña colección de la Escuela Superior de Diplomática, ya mencionada, como base del nuevo *Museo,* de cuya dirección, á ruegos del señor Catalina, se encargaba con grande entusiasmo en 10 de Febrero de 1868 el Excmo. Sr. D. José Amador de los Ríos, padre de quien esto escribe.

«Durante el corto tiempo en que desempeñó tan importante puesto—dice un escritor,—bien demostró el acierto de su elección y las dotes de actividad científica, inteligencia y amor al naciente Instituto, que le distinguían.» «Poco más

(1) Con su elegante portada de ingreso á los jardines, hace pocos años se ha compuesto la del Retiro, por la Plaza de la Puerta de Alcalá.

de ocho meses desempeñó... la Dirección del *Museo,* y en tan corto tiempo convirtió los edificios incoherentes y de pésimas condiciones que había á uno y otro lado de la Capilla, en una sola crujía de siete espaciosos, ventilados y bien dispuestos salones...; el gran invernadero del que fue Real sitio, convirtióse en un vastísimo salón..., y en él se colocó apropiada estantería donde comenzaron á distribuirse todos los objetos que habían venido de la Historia Natural y que tenían más relación con la Etnografía...» «Cubriéronse casi en totalidad de estantes las salas bajas que ya se habían formado en el Palacio, suprimiendo innecesarios gabinetes, y acabóse de arreglar la magnífica estantería del Monetario...» «Edificóse un pabellón suizo con destino á los trabajos de restauración», y además de otras obras entre las que figuraba el arreglo decoroso de la que, siendo puerta cochera por la *calle de Embajadores,* debía de ser portada principal del *Museo,* «empezáronse á clasificar los objetos y á formar el inventario de todas las importantes riquezas que ya encerraba el Establecimiento y que había de servir de base al Catálogo científico y razonado que ya proyectaba el Director, comprendiendo toda la trascendental importancia que tales libros tienen en los Museos, y principalmente en los arqueológicos».

«Tan varios trabajos no le impedían el dedicarse á procurar, por cuantos medios estaban á su alcance, el aumento de las colecciones; y á este fin dirigió discretísima carta á todos los prelados, corporaciones, amantes de la Historia y de la Arqueología y á cuantos pudieran contribuir á su noble anhelo, excitando su patriotismo y amor á los progresos científicos, á fin de que enviasen al *Museo,* ya donados, ya en calidad de depósito, los objetos antiguos que conservasen..., completando á veces colecciones, enriqueciéndolas otras...» «No fue, en verdad—continúa diciendo el escritor de quien copiamos, —perdida la solicitud del Director; y muy en breve, donaciones importantísimas, fruto de su acertada excitación, vinieron á aumentar las colecciones del *Museo»,* debiéndose á

aquél «también el pensamiento que, aunque años después, llegó á realizarse, de adquirir para el *Museo* el que había reunido, á costa de grandes desembolsos en su posesión de Vista-Alegre..., el opulento banquero Sr. Marqués de Salamanca» (1).

De esta suerte, «el *Museo Arqueológico Nacional* aparecía en su misma cuna como intérprete genuino de todas las glorias de la patria». «Las edades primitivas, la antigüedad clásica, los tiempos medios, los tiempos modernos..., todos estos largos períodos de lucha y de conflicto, de gloriosos triunfos y de maravillosas conquistas, tienen—decía en 29 de Octubre de 1868 el Director entonces del Establecimiento—eco vivo y propia representación en tan ilustrado Instituto, ofreciendo con sus monumentos, para lo de hoy y lo de mañana, abundantes y muy fructuosas enseñanzas.» «En los siete meses que llevo á su frente—proseguía,—he alcanzado la noble satisfacción de que el no apagado patriotismo de los doctos haya respondido á mis invitaciones y ruegos para que contribuyeran á su engrandecimiento, con tal generosidad y con voluntad tan decidida, que he visto aumentadas en más de una tercera parte sus preciosas colecciones, principalmente en lo relativo á la Edad clásica y á los tiempos medios.» «Dado este plausible resultado, que me obliga á recordar aquí con gratitud, tributándoles públicamente y de mi parte las más cumplidas gracias, á los beneméritos donadores de aquellas preciosidades de antigüedad y de arte, no es ya dudoso que, siguiendo el trazado ca

(1) D. Juan de Dios de la Rada y Delgado: *Noticia histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional, publicada siendo Director del mismo el Excmo. Sr. D. Antonio García Gutiérrez* (Madrid, 1876), páginas 12 á 14. En el *Apéndice II* de dicha *Noticia* van consignados los nombres de las personas que desde 10 de Febrero á 21 de Noviembre de 1868 respondieron generosamente á las excitaciones del Sr. Amador de los Ríos, siendo no pocas las donaciones de fecha posterior á la última de las citadas, que proceden del mismo origen, según acreditan no pocas cartas que posee el autor de estas líneas.

mino, será posible llegar, con la poderosa protección del Gobierno y del Estado, al término apetecido» (1).

En tal y tan afanosa labor, sorprendían el naciente *Museo* los acontecimientos políticos de Septiembre de 1868, hallándose dispuestos los salones de lo que fueron cochera, guadarnés, Capilla, cuerpo de guardia y cocina, para recibir los objetos pertenecientes á la Edad Media y á la Moderna, y en ellos quedaba colocado alguno, como aconteció, entre otros, á uno de los arcos de la famosa *Aljafería* de Zaragoza; hecha la instalación de estantes en la planta baja del *Palacio* y en el invernadero, y comenzada la obra del inventario, sin que dejasen de recibirse cada día los envíos que de provincias eran remitidos con generosidad laudable por los particulares, respondiendo así á las personales y reiteradas invitaciones del Director, quien manifestaba noblemente que aquellas políticas circunstancias, «lejos de ser contrarias, como algunos suponen, para llenar» el alto fin de llevar á su término la creación del *Museo,* podían «favorecerlo por extremo». «En los supremos instantes—añadía—en que la dignidad y la honra de la Patria parecen exigir de todos, y en todo, relevantes pruebas de ilustración y patriotismo, temeridad reprensible sería el sospechar siquiera que faltasen estas levantadas virtudes en los hombres llamados hoy por la nación á dirigir sus destinos, atrayendo sobre España el menosprecio y la censura de las naciones cultas.»

«Cualquiera que sea, sin embargo — concluía, — la suerte deparada al *Museo Arqueológico Nacional,* para cuya formación dejé la quietud de veinte años de cátedra, conservaré siempre vivo el recuerdo de la solicitud con que mis buenos amigos de toda España se han dignado secundar generosos los

---

(1) Amador de los Ríos: *El Museo Arqueológico Nacional, Cartas al señor D. José Luis Albareda, Carta III (Revista de España,* tomo V, página 223, Noviembre de 1868).

esfuerzos que he consagrado, EN SERVICIO DE MI PATRIA, á tan noble y civilizador intento» (1).

Por grandes que fueran los deseos de aquel Director y los trabajos realizados para habilitar en lo posible aquellos locales, con verdad indecorosos, ni pudo darles la majestad que la índole del *Museo* demandaba, ni las condiciones que nunca tuvieron; por lo cual, cuando tres años después, bajo la dirección ya del sentido poeta y nuestro buen amigo, de dulce memoria, Excmo. Sr. D. Ventura Ruiz Aguilera, inauguraba solemnemente Don Amadeo I el *Museo Arqueológico Nacional* en 9 de Julio de 1871,—á despecho de los afanes del personal facultativo, presentaban los salones de la Edad Media y Moderna principalmente el aspecto deplorable de vulgar *prendería,* hacinados los objetos, en desorden á que obligaba el local, sin aparatos adecuados y propios, con instalaciones deficientes é indignas, y sin que fuera posible ni mucho menos, como la naturaleza de aquel Instituto docente exigía, la exposición sistemática, que debía producir las enseñanzas apetecidas.

Fue aquélla, no obstante, la época más venturosa para el *Museo:* á favorecerle sobre modo conspiraban las famosas y mal interpretadas *incautaciones,* que tantas censuras excita-

(1) Amador de los Ríos, art. cit. (*Rev. de Esp.*, t. V, pág. 224). El autor de estas interesantes *Cartas,* quien con tanto amor había procurado favorecer, y había de hecho favorecido, la creación de aquel Establecimiento, haciendo cuanto por él reconoce y consigna el Sr. Rada y Delgado en la *Noticia histórica* citada arriba, perseguido, y aun amenazado de muerte en los primeros días de la revolución por sus propios dependientes, á quienes molestaba el trabajo que, cumpliendo con su obligación, les imponía, recibió en pago el 17 de Noviembre el decreto declarándole cesante; y lejos de ser restituído á su cátedra, procuróse la manera de privarle de ella, lo cual no era fácil legalmente de conseguir, aunque sí lo fue el suprimir en los estudios del Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras la cátedra de *Historia crítica de la Literatura española,* por él creada, con lo cual quedó excedente, hasta que en 1874, si no estamos trascordados, el insigne D. Juan Valera, Director general de Instrucción pública, volvió á crear la cátedra y restituyó á ella á su legítimo propietario, como era de justicia.

ron, y que alguna vez dieron ocasión á tristes escenas de sangre. No parecía sino que los gobernantes, en medio del delirio producido en ellos por el triunfo, recordaban las generosas palabras con que el Director destituído en Noviembre de 1868 terminaba sus *Cartas* mencionadas arriba y dirigidas al Sr. D. José Luis Albareda. Frecuentes Comisiones encomendadas á un personal entusiasta que recorrió distintas provincias, adquiriendo en ellas, ya por donaciones, ya por compra, interesantes objetos, no todos con verdad de la misma categoría, aumentaban de continuo las colecciones reunidas; y si bien en alguna ocasión, cual acontecía en Toledo, dejaron que por el Sr. Riaño les fuera arrebatada alguna reliquia interesante, como la famosa *botica* de aquella ciudad, hoy existente en uno de los Museos de Inglaterra,—por lo común, todas aquellas Comisiones cumplieron á satisfacción su cargo, con beneficio manifiesto para la Historia y para el Arte.

Al propio tiempo, del Palacio Real y de algunos otros que habían sido de la Corona, pasaban al nuevo Establecimiento multitud de objetos, tales como la Colección cerámica, no completa, de Sèvres, Sajonia, Wedgwood, el Retiro y la Moncloa; y no fue trasladada al *Museo,* según se dispuso, la Armería Real, por carecer de local á propósito en aquel desconcertado conjunto de edículos que constituían el *Museo* entonces. De igual manera, la Comisión científica confiada para el Oriente al entendido arqueólogo Sr. Rada y Delgado, enriquecía el caudal existente, con honra para España y no menor para aquel docto investigador, fallecido poco tiempo hace.

Laboriosa y fructuosa fue la gestión del Sr. Ruiz Aguilera en los cuatro años próximamente que tuvo á su cargo la dirección del Establecimiento, y así es necesario reconocerlo, siendo este resultado debido, tanto á la iniciativa del propio Sr. Ruiz Aguilera, como á la solicitud y la diligencia del personal facultativo, entrando después el *Museo* bajo la dirección del eminente poeta, persona por tantos títulos digna del respeto, de la admiración y del cariño de todos, y muy especialmente de

sus subordinados, Sr. D. Antonio García Gutiérrez, en largo período de calma relativa, durante el cual fue continuado, aunque no llevado á término, el inventario total, ya comenzado antes de la época revolucionaria. Entre otras colecciones, de más ó menos importancia, fue adquirida entonces al fin la muy notable del Sr. Marqués de Salamanca, propuesta ya en 1868 por el Sr. Amador de los Ríos, juntamente con aquella otra del Sr. Caballero Infante y Zuazo, de Sevilla; y con la del interesantísimo hallazgo de Yecla, adquirió el Estado el magnífico *Jarrón* granadino que se ostenta hoy en la sala de Arte hispano-mahometano, y fue hallado en el pueblo de Hornos, de la provincia de Jaén, donde sosteniendo la pila de agua bendita de la iglesia figuraba.

Desde Marzo de 1872 á 26 de Agosto de 1884, fecha triste en que pasaba de este mundo el insigne autor de *El Trovador,* de *Simón Bocanegra* y de *Crisálida y Mariposa,* gozó, pues, el *Museo* de vida regular y ordenada. Aunque no era tal y como debía ser la consignación que para adquisiciones señalaban los Presupuestos, pudo adquirir multitud de objetos por compra, hacer aparatos para mejorar la instalación de sus colecciones, y si alguna vez ocurrió que los Gobiernos dispusieron libremente de los objetos de antigüedad allí conservados, como acontecía con la interesante *Silla prioral de Uclés,* que pasó por disposición superior á la Catedral de Ciudad Real, donde en el *Coro* fue colocada, y con la sillería coral, de mucha menos importancia, que procedente del derruído *Convento de Santo Domingo el Real* de Madrid ha pasado á no recordamos qué comunidad religiosa, por lo demás, sólo elogios merece la conducta seguida por el Sr. García Gutiérrez en los doce largos años que desempeñó el cargo honroso de Director de aquel notable centro de cultura.

Poco ó nada de interesante para él ofrecen los períodos en que sucesivamente ejercieron la dirección los Sres. D. Francisco Bermúdez Sotomayor, D. Basilio Sebastián Castellanos de Losada, D. José Villaamil y Castro y D. Carlos Castrobeza,

hasta que por fallecimiento de este último, oficial del Cuerpo, fue en Comisión nombrado para dirigir el *Museo*, el académico, profesor y Director de la *Escuela Superior de Diplomática*, polígrafo infatigable y hombre dotado de clara inteligencia y de amor acrisolado hacia la Arqueología, el inolvidable don Juan de Dios de la Rada y Delgado, á quien es debida la publicación interesante y con tanta frecuencia consultada del *Museo Español de Antigüedades*, lujosamente editada por don José Gil Dorregaray, y quien tenía sólidamente afirmada su reputación en el terreno de esta ciencia con multitud de obras, entre las cuales no es para olvidado con verdad su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, en el cual estudiaba las famosas *Antigüedades del Cerro de los Santos*, en la provincia de Albacete.

Puede asegurarse que, juntamente con D. Paulino Savirón y Estévan, laborioso é inteligente empleado de aquel Establecimiento, y auxiliar más tarde del docto Sr. Conde de Valencia de Don Juan en el arreglo de la *Real Armería*, fue el Sr. Rada y Delgado quien durante la jefatura del Sr. Ruiz Aguilera hizo el acomodo, reparto é instalación de las colecciones del *Museo*, en aquella parte que no quedó hecha antes de Noviembre de 1868, y en los salones desde esta fecha dispuestos; y llevado del amor fervoroso que la Arqueología en general le inspiraba, y del que en particular sentía por el *Museo*, que venía á ser por lo indicado obra suya en la forma de exposición, muchas veces caprichosa y no pocas fantástica, acometió en primer término la empresa de publicar el *Catálogo* de aquel Establecimiento, comenzando en 1883 y en tiempos del Sr. García Gutiérrez, por las Edades primitivas y la Edad Antigua.

Habíase, para el mejor orden, repartido el caudal arqueológico en Secciones que abarcaban, respectivamente, las *Civilizaciones primitivas*, á que se daba nombre de *Prehistoria*, y la *Edad Antigua*, la primera; las *Edades Media* y *Moderna*, con inclusión de las antigüedades arábigo-españolas y de las pocas

hebreas, la segunda; comprendía las *Civilizaciones americana y oceánica* la tercera, y reservadas estaban para la cuarta la *Numismática* y la *glíptica*. Ocupaban el *Palacio* del antiguo Casino, en las cinco salas de su planta baja y en la escalera, las antigüedades de los tiempos clásicos, expuestas las de los tiempos primitivos en el pabellón aislado erigido para taller de restauraciones, y en la lujosa estantería del antiguo Monetario de la *Biblioteca Nacional* se hallaban la *Numismática* y la *glíptica,* llenando casi por completo el piso alto de aquel edificio. La *Sección Etnográfica* tenía su instalación hecha en lo que había sido invernadero, y los siete salones, de escasa luz, poca altura y ningún desahogo, en que fueron por el señor Amador de los Ríos convertidos la antigua cocina, el cuerpo de guardia, la Capilla, el guadarnés, la cochera y luego la rampa de entrada por la *calle de Embajadores* á los carruajes, destinados estaban para las *Edades Media* y *Moderna*, en su doble manifestación española, la primera, referente al *Arte mahometano* y sus derivaciones, y al *Arte especialmente cristiano*, y á éste exclusivamente la segunda.

En aquel hacinamiento de objetos, muchos de ellos no visibles, y en el cual se utilizó hasta el techo, pues la cerámica llamada *hispano-morisca* se ofrecía instalada en el del segundo salón, sujetos con alambres los ejemplares á círculos de hierro, y que además obligó á retirar al denominado *almacén* restos de retablos, esculturas y multitud de testimonios arqueológicos de análoga naturaleza,—era punto menos que imposible que el visitante pudiera recibir las enseñanzas que pretendía, mezclados forzosamente por las condiciones del local, épocas, estilos y colecciones. Además no le era lícito formar idea exacta de muchos de los objetos expuestos, como acontecía así respecto de los dos interesantes arcos originales de la *Aljafería* de Zaragoza, que aparecían cortados por los hombros, como con relación á los nueve magníficos tapices bordados en relieve que, procedentes del *Convento de las Teresas* de esta corte, en la indicada Sección figuraban.

Cual recibe el menesteroso la limosna del potentado, así el *Museo Arqueológico Nacional* había años antes recibido del Ministerio de Fomento, para utilizarlos en la instalación y reemplazar los vulgares que tenía en la Sección segunda, seis grandes armarios de pino, semejantes pero no iguales, de buen aspecto pero de poca aplicación práctica para la exposición adecuada, que habían servido en la *Internacional de Viena*, y que en las galerías bajas del citado Ministerio estorbaban. Fue preciso hacer en ellos grandes reformas para utilizarlos, y al fin sirvieron para contener diversos objetos, entre ellos la cerámica de Sèvres, Sajonia, París y Wedgwood, la del Retiro, la de la Moncloa, la loza talaverana, la de Alcora y la cristalería.

Con esto, sin embargo, nada en realidad se había conseguido, pues el desconcierto forzoso seguía imperando á despecho de los buenos deseos del personal facultativo, por lo cual en el denominado *Joyero,* habitación reducida y sin luces, se amontonaban con los productos artísticos é industriales de la Edad visigoda, como lo eran los exiguos restos que del *tesoro de Guarrazar*, fuera de lo llevado á la *Armería Real*, en el *Museo* existen, las joyas del siglo XVIII, y la serie curiosa de cajas en cristal de roca y en jaspes y mármoles de diversa procedencia española, que había sido enviada por el *Museo de Ciencias Naturales*.

En la que fue *Capilla*, y seguía recibiendo tal denominación, al lado de sarcófagos de los siglos XII, XIII y XV, se hallaba la reja plateresca de la derruída *Parroquia* madrileña de *Santa María*, que estuvo en la *calle Mayor*, frente al edificio de los Consejos; estatuas, algunas de ellas estimables, y ya del siglo XVII, los restos mortales del desventurado Rey Don Pedro I de Castilla, cuya calavera era objeto de curiosidad entre los visitantes, y la estatua orante de aquel Monarca, labrada en los días de los Reyes Católicos y trasladada al *Museo* desde el derruido *Convento de Santo Domingo el Real* de Madrid, y entre otras cosas inconexas, fragmentos arquitectónicos vi-

sigodos, románicos, ojivales, del renacimiento, barrocos y pseudo-clásicos, en lamentable confusión, que sólo podía aumentar la de los visitantes.

En otro salón, de cuyos muros pendían restos de retablos y las hermosas tablas pintadas de *Santo Domingo de Silos* y *San Vicente*, al lado de la parte de la sillería del coro de la iglesia del Parral que cedió en tiempo de la República el inolvidable Castelar, figuraban la colección interesante de capiteles románicos traída de Aguilar de Campóo en tiempos del Sr. Ruiz Aguilera, los tres grandiosos capiteles también románicos de *Santa María de Mave*, é hincadas en los brazos de las sillas bajas del coro del Parral, las pocas é insignificantes espadas que formaban y forman la *Armería* del *Museo*, los arcabuces, los morriones y demás efectos de igual índole, que en nada han aumentado todavía, y que, en realidad, son de muy escasa importancia.

El último de los salones de *Arte cristiano*, consagrado á la Edad Moderna, después de los tapices bordados de las Teresas, tapices que había precisión de doblar, porque era mayor su longitud que la altura de los muros, aparecían en escaparates bien humildes los bronces de todo género, alguno interesante, que procedían de la *Biblioteca Nacional,* del *Museo de Historia Natural* y de la *Colección Salamanca,* principalmente, con algunos ejemplares de clavazón artístico-industrial, y vargueños, escritorios, arquimesas, los notables arcones italianos adquiridos en la citada *Colección,* el modelo del Monasterio del Escorial, la hermosa *silla de manos* que fue del Duque de Alba, y otros objetos, entre los cuales había abanicos, bien pocos, y de escasa valía.

Los dos salones siguientes, que eran los primeros que hallaba el visitante al penetrar en aquel local, estaban destinados al *Arte hispano-mahometano* y á su derivación cristiana del *estilo mudejar*, propio y exclusivo de España, sin que allí el orden sistemático fuera tampoco ni mucho menos posible, cuando la naturaleza de los objetos y sus dimensiones resultaban

tan varias, y no era cumplidero, á semejanza de lo que en los demás salones ocurría, presentar en series ordenadas, cronológicas y geográficas, las producciones de aquel arte que por su singularidad, hemos dicho y repetido muchas veces, es el que resulta verdaderamente interesante en España, y exige ser detenidamente estudiado.

Por que la manifestación romana, la de Bizancio en los días de los visigodos, y después la románica, la ojival, la plateresca, la barroca y la pseudo-clásica, no son patrimonio exclusivo de nuestra Península ni mucho menos, y en Europa existen monumentos de mayor importancia á veces que los que en España se conservan; pero la manifestación hispano-mahometana, la expresión de aquel arte que en nuestra patria toma carácter especial y privativo, lo mismo en la época esplendorosa del Califato cordobés que en los azarosos días de los régulos de Taifa; bajo el yugo de los africanos, almoravides y almohades, quienes traen consigo nueva semilla artística llamada á reemplazar la agostada y seca en los tiempos anteriores, que bajo el gobierno de los suntuosos Al-Ahmares de Granada, con quienes alcanza superior desarrollo el fruto de la indicada semilla, fruto no esclusivo de España, con verdad, pues resplandece con caracteres muy asemejables en la India inglesa,—esta manifestación, repetimos, es sólo privativa de España, es lo típico en ella, y la que ha excitado y excita la atención sostenida de los extranjeros que visitan con ánimo de aprender nuestro *Museo Arqueológico Nacional*, el cual debía ser muy rico y abastado en ella.

Y si esto ocurre con el *arte hispano-mahometano*, no acontece de modo distinto con respecto á aquélla, que es en parte peregrina derivación suya, á que dieron nombre de *morisca* espíritus poco meditativos y escrupulosos, para quienes la génesis de la misma era desconocida; derivación á la que otros quieren hacer erróneamente representante de la grey muzarábiga, y á la que llama *árabe* todavía el vulgo, pero que legítima y científicamente ha obtenido el nombre de la raza de que es en

su origen producto, y que se denominó *mudejar* por nuestros antepasados y legisladores. Ya independiente y viviendo por sí de las tradiciones puramente musulmanas, aunque sometido y al servicio de los cristianos en fábricas para ellos erigidas; ya aceptando y transformando influencias propias y características del arte cristiano en el esplendoroso período ojival; ya introduciendo en la expresión de éste modos y procederes privativos y propios de los artífices muslimes; ya acomodando á la manifestación oriental derivada los elementos genuinos del estilo mencionado; ya mezclándose y fundiéndose en vistoso maridaje con los elementos decorativos del Renacimiento, ó contribuyendo al mayor esplendor de éste en sus construcciones,—el estilo mudejar, flor nacida y desarrollada solamente en la Península española, inspira desde luego en cada una de las comarcas y regiones de España muy superior y singular interés, como representación viva y genuina de una época, de un estado social sólo peculiar en nuestro suelo, y vínculo que enlaza en el terreno de lás artes las tradiciones cristianas y las muslímicas, las cuales constituyen en mucha parte el carácter nacional todavía.

Allí, al lado de la hermosa pila de blanco mármol, mandada labrar por el célebre caudillo Mohámmad Abi-Amér *Al-Manzor* para su celebrado Alcázar de *Az-Zahira*, en las postrimerías del siglo x de nuestra Era, reliquia de subido precio artístico hallada dentro de un pozo negro en Sevilla; de dos de los tres arcos de la famosa *Aljafería* de Zaragoza (1), tan extraños como peregrinos, y tan expresivos de la decadencia del arte hispano-mahometano en la siguiente centuria XI.ª; del caprichoso acomodamiento hecho por el Sr. Rada y Delgado y D. Paulino Savirón de los restos de varias lámparas traídas de Granada y de Orán por el Cardenal Cisneros, y que con el impropio nombre de *Lámpara de Orán* era designado, cuando

(1) El tercero, desmontado, permanece en el suelo y sin armar, en el edificio en que se halla en aquella población el *Museo Provincial* instalado.

de la lámpara de la *Mezquita-Aljama* de la Alhambra de Granada son la hermosa pantalla de fundición calada, y las labradas esferoidales manzanas, una y otras ornadas con el lema de los Al-Ahmares, y la primera con larga inscripción además, en que se declara fue mandada labrar por Abú-Abd-il-Láh, Mohámmad III, en los primeros años del siglo XIV; de las inestimables quicialeras de fino mármol, trabajo granadino, seguramente de los días de Mohámmad V, y de los restos unos de la techumbre de la *Mezquita-Aljama* de Córdoba, y otro de la decoración interesante en mármol de la *Mezquita-Aljama* de Toledo,—figuraban la colección cerámica ya referida y de *hispano-morisca* por lo común denominada, los frisos, las tabicas, las soleras, los trozos de alicatado, los azulejos, los fragmentos de yesería y aun dos arcos, con otros objetos de extirpe mudejar, como los brocales de pozo cordobeses; la puerta de la iglesia de San Pedro de Daroca, el trozo notabilísimo de la sillería del coro, en el leonés convento de Gradefes, juntamente con los epígrafes musulmanes de Toledo, de Almería, de Sevilla, de Córdoba y de Murcia, todo en singular confusión mezclado, y sin que de la exposición, así forzosamente obligada, pudiera el visitante deducir las enseñanzas naturales y legítimas que el *Museo* debía ofrecerle en ordenadas series, científicamente sistemáticas.

De tan desordenada manera, el pensamiento del Sr. Rada y Delgado de publicar el *Catálogo*, si por una parte era á todas luces provechoso y útil, venía á resultar estéril á la postre; y así hubo de comprenderlo, después de impresa la parte correspondiente á las Edades primitiva y Antigua, la cual forma abultado volumen, pues sobre que había de producir largo número de ellos, no podía responder en definitiva ni á los deseos del público ni á la instalación, sin embargo de lo cual, y encomendándole á la pericia del Sr. D. Antonio Vives, hoy académico de la Real de la Historia, aunque extraño al Cuerpo y al *Museo,* daba á la estampa en 1892 el *Catálogo de las monedas arábigas españolas* en otro interesante volumen, pre-

parando para la imprenta los restantes, con ánimo de proseguir el empeño en la forma inaugurada durante la dirección del Sr. García Gutiérrez.

Era aquella ocasión ya en que la menguada asignación concedida en los Presupuestos del Estado al *Museo Arqueológico Nacional* para adquisiciones, había sido por razón de economía reducida á su mitad, circunstancia que debía pesar y que pesó grandemente en la suerte del Establecimiento, llevándole á situación harto precaria, y quedando desatendido el fin científico para que fue con tanto entusiasmo creado en 1867. El sistema seguido desde la época del Sr. Ruiz Aguilera, en la cual, conforme quedó indicado, el personal facultativo había recorrido diversas provincias adquiriendo directamente en los sitios de origen multitud de objetos para enriquecer las colecciones allegadas, si es el más adecuado y provechoso, despertaba el afán del lucro en no pocos industriales de fuera y dentro de la corte, y al *Museo* no eran ofrecidos en venta sino aquellos objetos de que no habían los anticuarios podido deshacerse en el extranjero, ó que no habían querido admitir los coleccionistas nacionales, y así y todo con muy subidos precios, siendo difícil hallar nada de interés en cuanto de tal forma venía al *Museo*, por lo cual éste durante largos tiempos, no pudo registrar sino muy escasas adquisiciones, y éstas hechas directamente por el Estado ó procedentes de donaciones particulares.

Tal era la situación del *Museo,* cuando el poderoso aliento del insigne D. Antonio Cánovas del Castillo, en mal hora muerto para la Patria, impulsando las fiestas memorables del cuarto centenario del descubrimiento de América, hacía á toda prisa terminar la labra del majestuoso edificio erigido entre *Recoletos* y la *calle de Serrano* para Bibliotecas y Museos, palacio cuya primera piedra había sido con toda solemnidad colocada por la Reina Doña Isabel II en 1866, y cuya inauguración, también solemne, hacía en 1892 la Reina Regente Doña María Cristina, con la de las Exposiciones en aquel local instaladas.

Es el edificio grandioso y de buen aspecto, si bien no corresponde con todo en esta relación al proyecto, muy superior bajo el punto de vista del arte, debido al primer arquitecto D. Francisco Jareño, á quien había sido originariamente encomendado: después de largas y penosas vicisitudes, en que el proyecto referido era una y otra vez modificado, destinando el local para Ministerio y para otros usos, sucesivamente,—al fin, con el proyecto del Sr. D. Antonio Ruiz de Salces veíase adelantar la construcción, que resulta en su conjunto fría y algún tanto descompuesta, sin que sean poderosos á interrumpir la monotonía de la fábrica, no ya los ventanales y los pórticos de una y otra de sus fachadas, sino ni la gran escalinata de la principal, ni las dos figuras sedentes de San Isidoro y Alfonso X, que son las de las dos supremas personalidades científicas y literarias de los tiempos medios entre nosotros, ni las estatuas que decoran el pórtico, allí colocadas sin razonarlas arquitectónicamente, y que aparecen, por tanto, en aquel sitio como arrimadas y conforme pudieran estar en otro cualquiera, ni el frontón de la fachada principal citada, con las tres esculturas de las acroteras, ni el relieve que le decora, ni las estatuas de Berruguete y de Velázquez, ni las esfinges de la fachada posterior, por la *calle de Serrano.*

Según el proyecto, trazado con la intervención del Director de la *Biblioteca Nacional,* este Establecimiento debía ocupar toda entera la parte mayor y central del piso principal en el nuevo edificio, desarrollándose en torno del gran salón de lectura; la parte exterior, que giraba alrededor de la central memorada, con salidas al *Paseo de Recoletos* y á la *calle de Serrano*, esto es, la que podría denominarse la *periferia,* reservada estaba en los planos para la instalación del *Museo Arqueológico Nacional,* con amplios y levantados salones que prometían ordenado y decoroso alojamiento para las colecciones ya numerosas y selectas del indicado Instituto científico, mientras el piso superior quedaba reservado exclusivamente al *Museo Nacional de Pintura y Escultura,* formado con los

fondos procedentes de los conventos suprimidos, y con las adquisiciones del Estado en las Exposiciones Nacionales.

Bien que tal era el destino de los dos pisos principales, y se dedicaban los departamentos inferiores para almacenes, talleres de restauración, imprenta, taller de encuadernaciones, y otras secundarias oficinas,—una vez terminadas las Exposiciones Americana é Histórico-Europea, celebradas con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, al proceder á la instalación de la *Biblioteca Nacional* y del *Museo* de Antigüedades, hízose nueva distribución del local, trazando en él injustificada línea divisoria, á consecuencia de lo cual la parte menor de la *periferia,* que daba á la *calle de Serrano,* fue adjudicada al referido *Museo,* en lo que por aquel lado resulta planta baja, con cierto número de salones en el piso superior, quedando en aquella incluídos los dos grandes patios cubiertos de cristales, donde durante la Exposición del centenario se hizo gala de vegetación caprichosa y exuberante, y que estaban á desahogo y descanso de los visitantes destinados. La *Biblioteca Nacional*, por esta distribución, contraria á la índole del edificio y á los intereses del *Museo,* aumentaba así sus salones con todos aquellos que tenían su entrada por la principal del palacio en el *Paseo de Recoletos.*

División tan arbitraria, impuesta por conveniencias particulares y personales, según tenemos entendido, y apadrinada por altas influencias que la autorizaron, obligó desde luego á seccionar el *Museo,* perjudicando sobre modo la instalación de éste, y perturbando su unidad, así como los intereses científicos por él representados; fue asimismo causa de que los patios cubiertos de cristales, y para desahogo y ventilación abiertos, se convirtiesen forzosamente en salones de exposición; de que departamentos secundarios, sin luz y sin condiciones, tuvieran que ser utilizados; de que la comunicación entre una y otra ala quedase, con ofensa del decoro y de la dignidad del *Museo,* establecida por un pasillo en que se hallan los retretes, y principalmente, por último, de que no fuera

en modo alguno realizable la exposición sistemática y científica, que tanto y tan repetidas veces habían de menos echado en el antiguo local del *Casino de la Reina* los visitantes españoles y extranjeros.

Todo habría podido tolerarse si no hubiese surgido este gravísimo inconveniente, el cual, aunque una y otra vez expuesto por el Sr. Rada y Delgado, no tuvo virtualidad bastante para quebrantar la resolución del Sr. Tamayo y Baus, quien, habiendo oficialmente intervenido en la formación de los planos del edificio, pudo á su tiempo haber hecho la reclamación al arquitecto Sr. Ruiz de Salces, siendo seguro que éste habría dado solución, entonces satisfactoria y sin menoscabo ni perjuicio de nadie, á los deseos del Sr. Tamayo, procurando distribuir de modo distinto el local exclusivamente reservado para el *Museo*. De aquí, pues, brotaba el primero de los obstáculos que habían de condenar aquel científico Instituto á vida bien precaria, privándole de los medios indispensables para cumplir el objeto de su creación, y producir metódicamente las enseñanzas que de él debían deducirse, en beneficio de la Historia y de sus cultivadores; obstáculo al cual habían de agregarse otros muchos, nacidos de la condición especial del edificio, y que perjudican y perjudicarán en gran manera y constantemente la exposición, con grave molestia para los visitantes, daño de los objetos, peligro para las instalaciones mismas, desprestigio para la dirección del Establecimiento, y desesperación, por último, para el personal facultivo y el administrativo del *Museo*.

La participación, bien honrosa por cierto, que tomó éste así en la *Exposición Histórico-Europea* como en la *Americana*, vino á facilitar la traslación del referido Establecimiento al nuevo local para él edificado; y si bien es cierto que para concurrir á aquel certamen tuvo que atropellarlo todo, por la angustia del plazo, angustia ocasionada por no estar á su tiempo la obra del palacio concluída; si no es menos cierto que alguna de sus instalaciones se vió á última hora obligada á trasladarse

de local y de piso, tampoco lo es que no experimentó, por lo general, quebranto alguno en la integridad de los objetos expuestos, ni en el número de ellos, como aconteció más tarde por desdicha (1).

Sea como quiera, y destruída, cual indicado queda, la unidad superior científica del *Museo,* trató desde luego de obtener de aquellos locales el mejor partido posible el Sr. Rada y Delgado, conformándose á la fuerza con la distribución impuesta, según la cual, se proclamaba solemne y oficialmente la errónea afirmación de que Establecimientos de tal índole *no crecen,* y han de permanecer siempre en el mismo estado. Procurando fijar cierto orden, señaló desde luego toda la parte que le había sido adjudicada en el ala de la derecha que da á la solitaria *calle de Jorge Juan* para las *Civilizaciones primitivas* y el *Arte antiguo,* con siete salones de distinta capacidad é importancia, y el patio correspondiente, cubierto de cristales, constituyendo la Sección Primera. El ala de la izquierda, que da á la *calle de Villanueva,* reservada quedó á la Sección Segunda, con los monumentos de la Edad Media y de la Edad Moderna, y sus dos manifestaciones de *arte cristiano* y *arte mahometano,* en seis salones y el otro patio cubierto, figurando en los once salones del piso principal la numismática, la glíptica, las antigüedades americanas y filipinas, y otras.

Parecía natural, dada la índole del *Museo* y el fin á que su existencia respondía, que antes de proceder á la instalación definitiva de sus colecciones, se hubiese procurado estudiar en los Museos extranjeros de la misma naturaleza, los diversos sistemas de exposición adoptados en ellos, para aceptar después el más científico y conveniente, la forma, aplicación, uti-

(1) El respeto á la verdad nos obliga á declarar aquí, sin embargo, que los hermosos capiteles historiados, románicos, procedentes de Aguilar de Campóo (Palencia), fueron dolorosamente mutilados por descuidos sin duda de los guarda-salas.

lidad y seguridad de los aparatos, y los demás medios seguidos en otras naciones; pero lejos de hacerlo así, dispuso la Superioridad la instalación, contentándose con hacer donación al *Museo* de parte de los estantes que habían sido labrados de cualquier modo en Zaragoza, con arreglo á un modelo que no sabemos quién facilitó, y que debían reemplazar parte del material antiguo que el Establecimiento poseía. Muchos y graves eran los problemas que había de resolver abandonado á sus fuerzas el personal facultativo, pues siendo distintos los tamaños y la condición y naturaleza de los objetos, se imponía una gran variedad de procedimiento en la exposición, para que resultase fructuosa y ordenada.

Los fragmentos y miembros arquitectónicos, ya originales, ya reproducidos, demandaban especial instalación, en local amplio, dotado de buenas luces y en condiciones adecuadas; y mientras los del arte romano eran muchos, no con grande acierto á nuestro juicio, empotrados en los recios muros de uno de los patios, y para los monumentos epigráficos era construída por orden geográfico una especie de anaquelería, donde quedaban éstos sujetos con yeso en corrido panderete,—los fragmentos del Arte cristiano en las edades visigoda, románica, ojival y del Renacimiento eran colocados sobre un pedestal, también corrido, apoyado en los muros y labrado de ladrillo sobre el movible pavimento de madera, apareciendo confundidos los restos de aquellos estilos, sin poder establecer series ni orden de ningún género; los epígrafes eran suspendidos de las paredes, y los miembros arquitectónicos colocados sobre fingidos fustes en zócalos de fábrica, al medio de la sala ó inmediatos á las muros y á las ventanas, resultando así mezcla y confusión nada agradables á la vista, ni favorables á la enseñanza que se pretendía.

Para los monumentos del arte hispano-mahometano y del estilo mudejar, fue designado el patio cubierto, cuya amplitud parecía consentir la clasificación oportuna; pero por desdicha no lo permitía la construcción del patio. Apoya la mon-

tera de cristales sobre altas columnas de fundido hierro, y hacíase preciso para colocar los arcos originales utilizar los espacios libres de columna á columna, espacios que no son todos de igual latitud, aunque otra cosa parezca. A fin de proceder con método, quedó reservado el primer espacio al estilo cordobés del Califato, con muy interesante reproducción del *arco del Chocolate* ó *del Punto* en la catedral de Córdoba, graciosamente donada por el arquitecto director de las obras de restauración de aquel templo, Sr. Velázquez Bosco. Como derivación de este grandioso estilo, ocuparon lugares inmediatos los dos arcos originales de la *Aljafería* de Zaragoza que ya existían en el *Museo,* y mientras en el cuarto era colocada la reproducción de dos de los arcos del *mossaláh* ó capilla de la citada *Aljafería*, en el quinto hubo de darse colocación forzada á un arco de yesería mudejar, procedente del palacio que Enrique II construyó en León en la segunda mitad del siglo XIV, y que resulta allí fuera de sitio, desempeñando en estas tareas el personal facultativo el oficio, no sólo de arquitecto, sino de entallador en muchos casos.

En el ala opuesta quedó colocado el arco de la *Casa del Chapiz* en Granada, donado por el Sr. Góngora, y que se creía original, siendo reproducción no más; el facsímil de la *Portada* del Hospital fundado por Mohámmad V en Granada, conocido por la *Casa de la Moneda,* y destruída allá por los años de 1845; un arco hecho de reproducciones de la Alhambra, y otro pequeño, original, de yesería, y del estilo mudejar, obra del siglo XIV si no es del XV, procedente de Toledo. En los espacios intermedios y aprovechando el terreno, sobre un zócalo corrido adosado al muro, fueron colocados los epígrafes por orden cronológico y suspendidos de los muros fragmentos originales de Granada, como el procedente de la *Casa de los Oidores,* reproducciones granadinas y toledanas, la exigua colección de azulejos, las maderas talladas mudejares de Toledo, algunas pintadas, y demás de las reproducciones de dos aximeces mudejares toledanos, uno que existe en el interior del

Convento de la Concepción y otro del que fue suntuoso *Palacio de los Ayalas*, decoráronse los muros con modelos de la Alhambra y del Alcázar de Sevilla, la Puerta mudejar de Daroca, la sillería de Gradefes y otros objetos, pendiendo de la cubierta la arbitraria composición hecha de los fragmentos de lámparas traídas por Cisneros de Granada y de Orán á un lado, y al otro una hermosa piña mudejar, obra de carpintería toledana muy digna de ser estudiada.

Entre las cuatro escalinatas, y sobre fingidos fustes, fue colocada la hermosa colección de capiteles arábigo-españoles, que comienza en la época del Califato y termina con reproducciones granadinas, y para el centro del patio dispuso el señor Rada colocar otra reproducción de la *Fuente del Patio de los Leones* de la Alhambra de Granada, regalo del Sr. Contreras, ocupando también los espacios entre las escalinatas, seis vitrinas dobles, con dos sencillas adosadas al muro, en las cuales quedó expuesta la colección cerámica hispano-morisca.

La sillería del Parral, con todos los demás objetos procedentes de las iglesias, fue instalada en el salón siguiente, cerrando la comunicación con los adjudicados á la *Biblioteca Nacional,* y en el pabellón del ángulo el mal llamado *Joyero*, reservada la gran sala siguiente á la Cerámica y la Cristalería, con los hermosos tapices de las Teresas que allí lucen, y los arcones, arquimesas, vargueños y demás muebles de la edad moderna que en el *Museo* han sido reunidos.

Desde luego, y prescindiendo de mayores detalles, échase de ver el desorden que reina en la exposición; fue para ella preciso, supuestas las condiciones del local y las de los aparatos, y al utilizar los antiguos, principalmente los seis estantes que procedían de la *Exposición de Viena,* dar á éstos aptitud para el fin que iban á cumplir, y disposición adecuada y armónica. En la gran sala de cerámica, donde después se ha dado cabida á objetos que nada tienen que ver con ella ni con la naturaleza del *Museo,* —para dar en el centro lugar de preferencia á los productos de la Real Fábrica de porcelana del Retiro,

uniéronse con bien poca destreza dos de los estantes á que aludimos, quedando los otros cuatro para las porcelanas de Sajonia, Sèvres, Wedgwood, París, Alcora y la Moncloa; y siguiendo procedimiento ya adoptado en la Exposición Colombina de 1892, para la loza de Talavera, de Triana, de Sargadelos, de Moustiers y de otras partes, y la porcelana de Defts, Devonport y otras fábricas, así como para la cristalería catalana, de la Granja y demás, y para la colección de bronces, numerosa pero poco escogida, fueron también unidas dos á dos las vitrinas de hierro labradas para el Certamen colombiano.

Por desventura, la unión de estos aparatos, juntamente con las condiciones del local, á que antes hemos aludido, sólo dió resultados casi contraproducentes; pues los salones todos están de tal manera dispuestos, que al hacer la limpieza, el polvo, no teniendo por donde salir, vuelve á caer, penetra por las junturas de las vitrinas y las compuertas de las mismas, invade triunfante los entrepaños de cristal y allí queda, ofreciendo aspecto impropio de Establecimiento de tal índole y acusando de falta de celo al personal facultativo y al administrativo, éste tan escaso, que para cada siete salones no hay sino dos porteros, quienes ni pueden todos los días proceder á la limpieza interior de las susodichas vitrinas, ni ejercer la debida vigilancia con los visitantes, ni acompañerles tampoco. Por otra parte, las corrientes de aire son en el invierno tales, que los cristales de las vitrinas memoradas se pasman y se rajan, por cuya razón hay muchas que presentan rotos los cristales, espectáculo con verdad indigno del decoro, que debe ser prenda de toda clase de Establecimientos, y principalmente cuando éstos pertenecen al Estado.

Para mayor desdicha, en los Patios el sol en el verano destruye los colores de las telas, por cuya razón algunas están colocadas en otros salones fuera de sitio, destruye los aparatos, mata y calcina el yeso en arcos y reproducciones, hace saltar las armaduras, despega las piezas de cerámica recompuestas,

por haber llegado fracturadas al *Museo;* y en el invierno, el agua penetra y acaba con lo que respeta el calor en el verano. El papel pintado que reviste los muros, salta resquebrajado y roto, y hoy penden de las paredes cual vergonzosos harapos, pregonando el mísero abandono en que el Estado tiene el *Museo*, al cual de tal manera ha ido en los Presupuestos mermándosele la consignación, que con ella no tiene ni para adquirir objetos, ni para hacer obra de ninguna especie (1), encomendadas éstas á la Junta de Construcciones Civiles, y á un Arquitecto especial del edificio para proponerlas, proyectarlas y dirigirlas, con lo cual resulta, á despecho de las reiteradas reclamaciones de la Dirección del Establecimiento, que el expedienteo inevitable impide y dificulta sobre modo atender á lo meramente indispensable, y por tanto que las aguas pluviales siguen rezumándose en los muros de la caja de la escalera; los patios y otros salones presentan manchas y jirones en el papel; que los pedestales corridos, de fábrica, están desprendidos; que amenazan hace tiempo derrumbarse por igual causa los grandiosos capiteles románicos de Santa María de Mave, sujetos hoy con tornapuntas; que desde 1895, en que á costa de grandes disgustos fue trasladada al *Museo* la interesante portada románica del derruido *Monasterio de San Pedro de Arlanza* en Burgos, continúa en el suelo sin armar; que por el suelo están, por falta de aparatos, fragmentos arquitectónicos de la época visigoda, y monumentos sepulcrales adquiridos por el Estado, y que todo acusa, contra la voluntad de los Directores y contra las gestiones que han hecho, abandono muy censurable, que en nada honra el nombre ni la reputación de nuestra pobre España.

Por jubilación del Sr. Rada y Delgado, en Agosto de 1900 se hizo cargo de la dirección del *Museo* el docto académico y

(1) La consignación actual es de *tres mil pesetas anuales* para adquisición de objetos, y mil para gastos de material, en que entran los de escritorio, calefacción, limpieza, construcción de aparatos, etc.

catedrático de Arqueología Sr. D. Juan Catalina García, Jefe actual de aquel Establecimiento. Lleno venía de nobilísimos propósitos; pero nada tampoco ha conseguido de la Superioridad para cambiar el aspecto de las cosas, pues todos sus esfuerzos se han estrellado, unos después de otros, en la tradicional apatía de nuestros gobernantes, á quienes con repetida insistencia ha expuesto la miserable situación á que ha sido llegado el *Museo,* pidiendo con urgencia remedio para tantos males.

La premura con que fue terminada la obra del Palacio en 1892, privó á ésta de los medios de calefacción indispensables para que el público, á quien son debidos todos los respetos, pueda visitar el Establecimiento; y nada se ha hecho con este propósito, siendo imposible en invierno transitar por los salones, lo uno, por el frío, lo otro, por las corrientes de aire, las cuales podían haber sido evitadas con canceles ó cortinones en las puertas; y lo otro, por la humedad de los patios, habiendo enfermado allí individuos del personal facultativo y del administrativo. Sin hablar del jardín, abandonado por completo, el grandioso portal es un páramo, y por entre las losas de blanco mármol del pavimento fluye la humedad, produciendo en él manchas que sólo desaparecen con los calores estivales; el mármol de las obras de la escalera se resquebraja y cae en fragmentos; y urge, no sólo la colocación de una cancela en la puerta de ingreso, sino de otras dos, una en cada una de las puertas de las Secciones primera y segunda; el personal administrativo es tan escaso, que no sólo no puede atender á la limpieza, sino tampoco á la vigilancia, cuando el número de los visitantes pasa de cuatro. Dicho personal carece de uniforme, y ofrece á los ojos de aquéllos espectáculo bien lamentable, sin que los deseos del Director puedan poner remedio á nada de esto, por carecer por su parte de consignación con qué atender á tales urgencias.

No parece sino que nuestros gobernantes se han propuesto mantener en tan dolorosa situación el *Museo,* donde los objetos se destruyen por la acción alternativa del calor y del frío;

donde no es dado atender al fomento de las Colecciones, porque, sobre no ser posible adquirir nada, ni hay local para ampliar la exposición, ni nadie, en vista de cómo ésta se halla, se aventura á hacer donaciones ni depósitos. Impónese, pues, la necesidad de que los Ministros de Instrucción pública y Bellas Artes, velando por el buen nombre de España y penetrados de la importancia del *Museo,* le visiten por sí, se hagan cargo de su situación actual y vean la manera de poner término á la misma, colocándole á la altura que reclaman de consuno el interés de la Patria, el de las ciencias históricas, el de las colecciones allegadas, y el de la enseñanza que está llamado á producir y que, á pesar de todo, produce; regenerando en su parte material el Establecimiento, dotándole de medios propios de vida, y convenciéndose de que no es una de tantas oficinas del Estado, sino un Centro docente, así como de que el personal facultativo, para el mejor cumplimiento de sus obligaciones, no ha de estar allí en pasiva labor, sino recorriendo España para adquirir mayor caudal arqueológico, mayores conocimientos, ya visitando los Museos extranjeros y estudiando en ellos, ya recorriendo extraños países, y evitar que muchas de las reliquias de todo género que la casualidad descubre, ó guardan como recuerdos de familia en muchas partes, pasen á manos de los mercaderes de antigüedades, y de ellas al extranjero, con mengua de nuestra dignidad y dolor de los que al cultivo de la ciencia se consagran. ¿Se conseguirá esto alguna vez? ¡Quién lo sabe!

Rodrigo Amador de los Ríos.

LAS CORTES Y LOS GOBIERNOS

DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II

Duró el reinado de la augusta hija de Fernando VII y de Doña María Cristina de Borbón, treinta y cuatro años, es decir, diez más que el que había gozado su padre. Muerto éste de cuarenta y nueve de edad, el 29 de Septiembre de 1833, el mismo día fue reconocida la sucesión de Doña Isabel, que había nacido el 10 de Octubre de 1830, siendo proclamada después el día 25 solemnemente. A causa de su menor edad, entró á gobernar, en calidad de regente del reino, la Reina, su madre, de inmortal memoria. Ya el cuerpo entero de la nación había tenido la gloria de apreciar las prendas excelsas de su espíritu, desde que el 11 de Diciembre de 1829, acompañada de sus padres, los Reyes de Nápoles, entró esta señora en Madrid para ratificar el matrimonio que con poder del Rey había celebrado en Aranjuez con esta Princesa el Infante Don Carlos, hermano de aquél. Fundando un año después el Real Conservatorio de Música, se declaró Doña Cristina protectora de las artes. Presidiendo al siguiente la construcción de la glorieta de la Puente de Toledo y la proyección del Paseo de las Delicias, inició las primeras reformas urbanas de la vieja capital. Haciendo suprimir en todos los dominios de la Corona

el suplicio de la horca, humanizó la cruel pena de la muerte sobre los delincuentes de delitos atroces. Aprovechó una enfermedad del Rey para expedir el decreto de 15 de Octubre de 1831, concediendo generosa amnistía en favor de todos los emigrados por opiniones políticas. Y anulando, bajo su influjo, el decreto arrancado por Calomarde al regio moribundo para declarar á su hermano el heredero inmediato del trono en detrimento de su propia hija primogénita, dió resuelta con este acto la triunfante declaración de principios entre las dos ideas, que desde las Cortes de Cádiz habían sido la manzana de la discordia en el seno de nuestra sociedad política y civil: el principio que reconocía la sucesión de aquella Monarquía patrimonial, por cuya esencia el soberano era el señor y árbitro absoluto de los destinos de la nación, y el principio de la Monarquía representativa, que no alterando la base estable del derecho hereditario, reconocía el de la nación á intervenir en su gobierno y fortuna por medio de la representación y de la deliberación parlamentaria.

Mientras el pueblo de Bilbao, so pretexto de la defensa de sus fueros, del 3 al 4 de Octubre, se alzaba en armas en favor del Infante Don Carlos, el Capitán General de Cataluña, don Manuel Llander, dirigía á la Reina Gobernadora una representación, manifestando la urgente necesidad de que se convocasen las Cortes de la nación, que llegó el mismo día en que en Madrid se solemnizaba la proclamación augusta de la Reina niña.

Es muy importante recordar la manera como el poder político del reino quedó constituído á la muerte del Rey Fernando, y en qué términos se verificó el cambio de las instituciones. La caída de Calomarde y del Conde de la Alcudia, que arrastró con ellos la del eminente financiero D. Luis López Ballesteros, y la subida del Conde de Colombi, D. Francisco Zea Bermúdez, á la primera Secretaría del Ministerio Real, que con la de Burgos y Encima y Piedra había equivalido á la total renuncia del mismo Rey Fernando al régimen que en él había

encarnado tan vigorosamente durante toda su vida, y á la overtura de un nuevo período legal en que las nuevas ideas, que tan laboriosos caminos habían trazado desde los dos ensayos violentos de 1812 en las Cortes de Cádiz y de 1820 en las que fueron tumultuoso resultado de la insurrección militar de las Cabezas de San Juan, admitidas suavemente por la Corona, habían de inaugurar una nueva era en la transformación política y moral de nuestra sociedad civil.

El gobierno de Zea Bermúdez, aunque era éste un hombre político educado en la libre escuela de las instituciones parlamentarias británicas, y aunque de Londres procedió el aura de favor que le elevó al alto puesto de su elevado Ministerio, ha sido con razón calificado de un despotismo ilustrado, proponiéndose, á pesar de las reformas político-administrativas que inició, no desmembrar del edificio secular de la soberanía ninguna de sus antiguas prerrogativas tradicionales. Mas aunque en los principios del nuevo reinado, que á la Reina madre Doña María Cristina de Borbón tocaba tutelar, esta señora se impuso el deber de conservar aquel instrumento de gobierno que con la suma total de sus poderes recibía la excelsa viuda como última disposición del Monarca fallecido, pronto se dejó conocer, sobre todo ante los avances de la protesta armada que desde el refugio de Portugal ya había iniciado el Infante contendiente del derecho de su hija, que el artificio del testamento del Rey Fernando, que tenía muchos puntos de contacto con el del Rey Felipe IV de Austria cuando encomendó á su viuda la Reina Doña Mariana la tutoría de su menor Carlos II y la Regencia de la Monarquía, no podía ser por mucho tiempo viable.

Fernando VII, en el testamento que había otorgado el 10 de Julio de 1830, es decir, exactamente tres meses antes del nacimiento de su primogénita Doña Isabel, no sólo había declarado, en el caso de su muerte, la tutoría de la Reina Doña Cristina para el hijo menor que quedase con el derecho á la sucesión real, sino que, como Felipe IV, y como para aseso-

rarla, creaba un Consejo de Gobierno, que podría convertirse en Consejo de Regencia, si la Reina falleciese también, y que había de formarse: del Cardenal D. Francisco Marcó y Catalán, por el brazo eclesiástico; del Marqués de Santa Cruz y del Duque de Medinaceli, por la clase de los Grandes de España; de los Generales D. Francisco Javier Castaños y Marqués de las Amarillas, por el brazo militar; y de los Consejeros D. José María Ruiz y D. Francisco Javier Caro, por la alta Magistratura. Aun en el caso de que entre éstos la muerte ú otras circunstancias pudieran ocasionar vacantes, el testador señalaba como suplentes: del Cardenal, á D. Tomás Arias; de los dos Grandes, al Duque del Infantado y al Conde de España; de los Generales, al General, Ministro de la Guerra, D. José de la Cruz; y de los Magistrados, á D. José de Hevia y Noruega y D. Nicolás Garelly. En todo caso, el primer Secretario de Estado, D. Francisco de Zea Bermúdez, quedaba instituído Secretario general de este Consejo de Gobierno ó de Regencia. Este Consejo se formó, en efecto, según la voluntad del testador, con las personas designadas en el primer turno, sin más diferencia sino que, en vez del Cardenal Marcó y Catalán, que residía en Roma, la Reina Cristina hizo nombrar al Arzobispo que había sido de Méjico, D. Pedro Font, que residía en Valencia, y que de Valencia también fue llamado D. Nicolás Garelly para ocupar la plaza de Caro, que se hallaba imposibilitado á causa de su estado valetudinario.

Todo este inmenso aparato de Gobierno se hacía en la práctica, como en toda situación análoga de nuestra historia idénticamente ha sucedido, más embarazoso que eficaz. Las ideas y las esperanzas despertadas en la mejor y mayor parte del Cuerpo general de la nación, desde la promulgación de los decretos por los que se abrieron las cerradas Universidades, se gozaron los beneficios de la amnistía, se dictaron reglas económicas sobre el nuevo sistema de los presupuestos, se suprimieron las inspecciones de los voluntarios realistas, se creó el Ministerio de Fomento y se suprimieron multitud de exencio-

nes y privilegios que se hacían odiosos y onerosos para la nación, habían tomado un impulso poderoso en toda España; y aunque no todos los partidarios del régimen tradicional absolutista habían desertado de la causa de las dos Reinas, y aunque los partidarios de las instituciones reformadas, que aun apenas habían salido de las emboscadas policíacas del Chaperón, del Conde de España, de Calomarde y de González Moreno, no contaban todavía aquellos medios audaces de acción, que adquirieron después con las tempestades del tiempo, para combatir los actos soberanos, ya en la propaganda pacífica del libro, de la Prensa diaria, de la tribuna y de la asociación, ya en la violencia de las agitaciones del club, de las conspiraciones del cuartel y de los riesgos del campo en aras del tumulto y de la revolución, con todo, era inmensa la fuerza moral que hasta en los entusiasmos frenéticos que encendió la causa de la Reina niña se ejercía sobre el ánimo de su augusta madre, cuya conciencia además le dictaba que la sucesión de su hija en el trono, ante una guerra civil ya declarada y ante los rugidos subterráneos de una revolución contenida pero no apagada, no podía ser ni representar una continuación normal del sistema de gobierno que el Rey difunto dejaba establecido.

Toda sucesión real trae inevitablemente cambios de conducta y cambios de pensamientos, y hasta cambio de personajes. Zea Bermúdez con Burgos, con Zarco del Valle, con Encima y Piedra, no pudo ser más que el nudo de transición. La opinión reclamó otros hombres y otras transformaciones; y aunque el Consejo de Gobierno estudiaba y maduraba el plan y el método con que había de procederse para intentar una convocatoria de Cortes que más se asemejasen á las que antiguamente y hasta el penúltimo Monarca de la Casa de Austria se habían celebrado en los Estados independientes que por incorporaciones ó conquistas habían llegado á formar el edificio y la unidad de la Monarquía española, que á las que, al modelo de las Asambleas legislativas que en Francia habían tenido por tanto tiempo el timón de aquella profunda revolución, se

celebraron en Cádiz y produjeron la Constitución de 1812, fuente de tan acérrimas discordias en el seno de nuestra sociedad política; no se consideraron idóneos, ni aun para este segundo acto de la incipiente evolución, los hombres que componían aquel Consejo auxiliar de la Reina Gobernadora, ni el Ministerio que esta excelsa señora recibió de la potestad de su augusto marido. Entonces se significó un gran movimiento simultáneo en casi todas las provincias del reino en favor de los hombres que, habiendo pertenecido á las pasadas situaciones constitucionales de 1812 y 1820, y que, habiendo padecido por sus ideas de entonces, habían sido rodeados de un prestigio bien cimentado de espíritu innovador y de ordenada moderación. El símbolo de este prestigio encarnó entonces en una gran personalidad: la de Martínez de la Rosa.

Escritor insigne, polemista apasionado, poeta de varia inspiración, culto en la historia patria, familiar en su derecho, probado en elocuencia, dominador de lenguas y literaturas clásica y extranjeras, imbuído en todo el movimiento de las ideas y de los sucesos de su tiempo, inicióse en Cádiz y en Londres, de 1811 á 1814, en las lides del patriotismo; sufrió en 1814 las proscripciones á que fueron condenados los que heroicamente habían luchado por la regeneración de la patria; llegó á los más altos escabeles del Gobierno en la segunda época constitucional; decoró en París sus nuevas emigraciones, cuando aquel movimiento, más neurótico que político, fracasó, con victorias académicas; y cuando el Rey Fernando VII murió, se sintió aclamado por el concurso general de sus compatriotas, como el hombre que podía dar formas admisibles al tránsito inevitable que imponía la nueva situación creada, si en ella juntamente habían de salvarse los derechos de la hija primogénita de aquel Rey y los derechos libertadores de la nación.

La sustitución de Zea Bermúdez por Martínez de la Rosa se hizo por decreto de 15 de Enero de 1834. A su constitución quedó deshecho el Consejo de Gobierno que asesoraba á la Rei-

na, y Garelly, uno de aquellos consejeros, entraba en el nuevo Gabinete para desempeñar la cartera de Gracia y Justicia. De los que habían sido Ministros con Zea Bermúdez, continuáronlo siendo con Martínez de la Rosa, Zarco del Valle en Guerra y Burgos en Fomento, de cuya Secretaría de Estado había sido el fundador. En Hacienda quedó interino Aranalde y propietario en Marina Vázquez Figueroa. En el año y medio que Martínez de la Rosa estuvo al frente del poder, desde el 5 de Enero de 1834 hasta el 7 de Junio de 1835, aquel Gabinete tuvo cuatro Ministros sucesivos de la Guerra: Zarco del Valle, Llauder, Valdés y Ferraz; tres de Hacienda: Aranalde, Imaz y Toreno; tres de Fomento: Burgos, Moscoso de Altamira y Medrano, y dos de Gracia y Justicia: Garelly y Dehesa. No obstante, á este Gobierno cupo el honor de presentar por decreto á la firma de la Reina Gobernadora el 10 de Abril del primero de estos dos años el *Estatuto Real* y dirigir la primera legislatura de las Cortes que de aquel Código emanaron, y que convocadas en sus dos Estamentos de Próceres y de Procuradores en 20 de Mayo siguiente y elegidas en 30 de Junio, inauguraron sus sesiones veinticuatro días después.

Ni era el Estatuto Real una Constitución como la de 1812, más ideológica que política, como calcada en la francesa de 1789, ni un mero código napoleónico como lo fueron la Carta otorgada de Luis XVIII y la reformada para el reinado de Luis Felipe, la Carta de Don Pedro de Portugal y la reciente Constitución de Bélgica. Como las Cortes españolas de 1789, procuró su autor que emanara de las leyes antiguas y fundamentales del reino: de los preceptos de la ley 5.ª, título 15, partida 2.ª del Código inmortal de Alonso el Sabio y de las leyes 1.ª y 2.ª, título 7.°, libro 6.° de la *Nueva Recopilación*. En su espíritu y en sus tendencias trataba de concordar los dos principios políticos que estaban en contienda en los campos de batalla, representados por el absolutismo que nos trasmitió Francia al ingertar en nuestro trono la dinastía de que eran jefes sus propios Monarcas, y por el espíritu de libertad

de que venían alentadas las nuevas generaciones, árbitras del porvenir, y que en España, desde la guerra de la Independencia, encarnaba el ansia viva y vehemente de una gloriosa resurrección nacional. Se dividían las Cortes del Estatuto en dos Cámaras ó Estamentos, y en vez de los brazos que representaban las fuerzas nacionales en las Cortes, cuyos orígenes se confunden con los de cada uno de los Estados que formaron al cabo nuestra unidad nacional, se hizo una mejor distribución de representaciones: de modo que al Estamento de Próceres, no sólo se le dió el alto clero mitrado y la grandeza y la nobleza titulada, sino un número indeterminado de españoles elevados en dignidad é ilustres por sus servicios en las varias carreras, para abrazar el conjunto de las posiciones culminantes de la Milicia, la Magistratura, la Diplomacia y la Administración pública en todos sus ramos. Además se daba entrada en esta Cámara á los grandes propietarios territoriales, á los grandes fabricantes y comerciantes y á las grandes inteligencias demostradas en el cultivo de todos los órdenes del saber y del arte. Esta dignidad se adquiría, mediante ciertas condiciones, por derecho propio ó por gracia del Monarca, y en uno y otro caso era vitalicia. El Estamento de Procuradores era la consagración elocuente del libre derecho de representación restringida á las garantías de la capacidad por carrera ó por fortuna. Las prerrogativas reales se conservaban en este Código casi en su primitiva integridad. Así se salvaban las dificultades y las divergencias entre los dos principios, cohonestando sus exigencias respectivas en aras de la concordia común. Cualesquiera que hayan sido ó sean los juicios emitidos acerca de la condición jurídica de aquel Código, hay que reconocer que fue una gran obra de transacción, es decir, una gran obra de oportunidad. Su mérito intrínseco está probado en este hecho indiscutible: todas las Constituciones viables que se han promulgado posteriormente están calcadas en sus bases principales en el Estatuto Real, muchos de cuyos artículos han pasado íntegros principalmente á las dos Cons-

tituciones que han tenido el privilegio de vivir y normanizarnos más: la de 1845 y la vigente de 1876.

El régimen del Estatuto Real, aunque consumió los cuatro Ministerios de Martínez de la Rosa, Toreno, Álvarez y Mendizábal é Istúriz, sólo duró del 24 de Julio de 1834, en que se inauguró la primera de las dos legislaturas que cumplió bajo los Gabinetes de Martínez de la Rosa, hasta el 13 de Agosto de 1836. Mendizábal había logrado apurar otra legislatura con aquellas Cortes; pero no Istúriz, pues aunque las convocó el 24 de Mayo del último de estos años é hizo el 13 de Julio sus elecciones generales, no llegaron á reunirse el 20 de Agosto, como estaba decretado, por los sucesos que con motivo de la insurrección de los sargentos de la Granja, pusieron fin á su Gobierno y aun al régimen creado dos años antes y que Calatrava ahogó en su convocatoria para las Cortes Constituyentes de 1837, ya que no pudo restablecerse, como hubiera sido el deseo de Argüelles y de sus demás inspiradores doceañistas, la Constitución de 1812.

Así como es propio de los tiempos de perfecta normalidad legal y de sostenida tranquilidad política y social, la larga duración de los Parlamentos y de los Gobiernos, pues esta larga duración es la prueba del bienestar que disfruta un país regido por sabias instituciones; de situaciones de mero ensayo, perturbadas de continuo por las pasiones que acaloran las opiniones disconformes, los principios en luchas y las multitudes en armas, no puede esperarse sino la frecuente movilidad de todos los organismos que contribuyen á la forma jurídica y á la dirección orgánica del Gobierno de un Estado. Martínez de la Rosa con su Estatuto, que inmortalizó su nombre más que las multiplicadas obras de su saber y su ingenio, no pudo sostenerse en el poder más que un año, cuatro meses y veintitrés días. Bajo el régimen del Estatuto le sucedió en la presidencia del Ministerio el Conde de Toreno, que había sido uno de sus Ministros de Hacienda. Pero Toreno sólo vivió en el poder tres meses y siete días. Siguióle otra de las mayores ilus-

traciones financieras de su tiempo, Álvarez y Mendizábal y Mendizábal, cuyas inesperadas y eficaces providencias para proporcionar recursos á la guerra y al Estado se hicieron tan populares, duró otros ocho meses y un día. El cuarto Ministerio de la Regencia de Doña María Cristina lo presidió Istúriz, y no sólo no alcanzó de vida sino dos meses y veintinueve días, sino que enfrente de los carlistas, todavía muy poderosos, á pesar de que pocos meses antes el General D. Luis Fernández de Córdova había hecho cambiar el aspecto militar de la campaña con su legendaria batalla de Mendigorría, se vió ahogado, así con el partido como con el régimen que representaba, por una nueva división violenta nacida en el seno de los elementos que sostenían los derechos de la Reina niña y el símbolo de las reformas políticas de las instituciones constitucionales, que producía una nueva insurrección caótica militar.

Se habían definido, dentro de las nuevas instituciones, dos nuevos partidos que simbolizaban dos nuevos principios, aun comulgando en una aspiración reformadora común: el partido moderado, el partido del Estatuto Real, que había querido fundir en una admirable unidad los derechos de la historia con los derechos de la evolución emancipadora ó liberal, popular ó democrática, y el partido, que rompiendo la unidad secular de la soberanía Real, devolvía al cuerpo entero de la nación los atributos de esta misma soberanía. Su primer acto en el poder fue anular la obra de la transacción común representada por el Código fundamental de Martínez de la Rosa, y en seguida dirigir una apelación tumultuosa á la nación á fin de reunir unas nuevas Cortes Constituyentes, regidas por los reglamentos de las de la Isla de León y Cádiz. Estas Cortes fueron convocadas el 21 de Agosto de 1836; las elecciones generales para constituirlas se verificaron el siguiente 2 de Octubre, y el 24 del mismo mes celebraron su primera reunión. Más de un año, para sus deliberaciones, tuvieron de existencia, pues no dieron por concluída su misión hasta el 4 de Noviembre de 1837, en que se verificó su clausu-

ra. El código que redactaron quedó sancionado, promulgado y en vigor. Pero Calatrava no llegó á coronarse con los laureles de su obra, ni logró darla su nombre como Martínez de la Rosa al Estatuto, pues aunque gobernó un año entero y cuatro días, bien que modificando su Gabinete con tanta frecuencia que durante el breve espacio de tiempo de su existencia tuvo siete Ministros de la Guerra, García Camba tres veces interino, Rodil, Rodríguez Vera, el Conde de Almodóvar, don Facundo Infante, el Conde de Luchana y D. Pedro Chacón; cinco de la Gobernación: Gil de la Cuadra, López Armendáres, Pita Pizarro y Acuña; cuatro de Marina, Comercio y Ultramar: Moreno, el citado García Camba, Gil de la Cuadra y Mendizábal, y tres de Hacienda: Egea, Ferrer y Mendizábal también; al cabo cayó el 18 de Agosto, para que le reemplazara Bardají y Azara, tres meses próximamente antes de que la Constitución consiguiera el éxito de sus afanes.

Con esta Constitución de 1837, se convocaron desde las quintas á la séptimas Cortes de la Regencia de Doña María Cristina, y desde las octavas á las décimas de la Regencia de D. Baldomero Espartero; y aun el General Narváez, bajo su legalidad, convocó las undécimas Cortes de 1844: de modo que bajo su régimen, se celebraron las elecciones generales de 22 de Septiembre de 1837, 24 de Julio de 1839, 19 de Enero de 1840, 1.° de Febrero de 1841, 27 de Febrero de 1843, 15 de Septiembre del mismo año y 3 de Septiembre de 1844; es decir, que la Constitución de 1837 legalizó en siete años la reunión de siete Parlamentos, los cuales agotaron diez legislaturas, desde la quinta á la décimaquinta del reinado de Doña Isabel II, pues las Cortes de 1841 tuvieron tres, y dos las de 1844. Con la misma frecuencia que estos Parlamentos, en ese mismo espacio de tiempo se agotaron 19 Ministerios, que fueron presididos sucesivamente por el citado Calatrava, Bardají Azara, el Conde de Ofalia, el Duque de Frías, Pérez de Castro, D. Antonio González, que formó dos veces Gabinete; Ferraz, Sancho, el Duque de la Victoria, Ferrer, el General Rodil,

D. Joaquín María López, que presidió otros dos Ministerios; Gómez Becerra, Olózaga, González Brabo y el General Narváez, habiendo sido también Presidente interino Cortázar, y habiendo habido una vacancia de seis días en este cargo, entre la exoneración de Olózaga y la formación del Gobierno que presidió González Brabo.

Los Ministerios que duraron más en este espacio de siete años, fueron el de Calatrava, que vivió un año y cuatro días; el de Pérez de Castro, que lo gozó dos años, seis meses y once días; el segundo de D. Antonio González, que alcanzó un año y diez y ocho días de existencia, y el primero del General Narváez, en que subsistió un año, nueve meses y ocho días, y en cuyo tiempo se llevó á cabo la reforma constitucional de 1845.

No cabe aquí un estudio extenso de las vicisitudes políticas á que obedecieron estos cambios frecuentes de Cortes y de Gobiernos. Entre estos sucesos está la proscripción de una Reina, la Reina Gobernadora, la usurpación de una Regencia, la Regencia de Espartero, y á su vez la caída y destierro de este Regente, la vuelta triunfal de María Cristina y la declaración de la mayor edad de la Reina Doña Isabel. Pero aun así y todo, ¿no es sorprendente ver la formación de Ministerios que como el primero de González duró veintitrés días, los diez y siete que tuvo de vida el de Ferraz, los cinco del de Sancho, los diez del de Ferrer, los diez también del primero de D. Joaquín María López y los nueve del de Olózaga? Los de Bardají Azara, el Duque de Frías y el segundo de López, sólo vivieron poco más de tres meses cada uno de ellos. Dos meses y cinco días duró el de Gómez Becerra, y el mismo de González Brabo, que se erigió en brazos de la audacia, sólo alcanzó cuatro meses y veintinueve días. Y entre tanto el Parlamento, la *Gaceta* y la *Colección legislativa* ofrecían la abundancia inconcebible de tantas disposiciones jurídicas con que se iban reorganizando los códigos y la Administración.

Pero aún quedaban que ver mayores maravillas en los diez

Parlamentos que se sucedieron de 1846 á 1867 al calor de la Constitución de 1845, entre los que se interpusieron las estériles Cortes Constituyentes del 1854 al 1856. Estos Parlamentos forman los números 12 á 22 del reinado de Doña Isabel II, con excepción del 16, que fueron las Constituyentes de 1854. El de 1846 consumió cinco legislaturas, de 1846 á 1851; el de 10 de Mayo de 1851 también consumió otras dos; dos el de 4 de Febrero de 1853; dos el de 25 de Marzo de 1857; cuatro el de 31 de Octubre de 1858, es decir, desde esta fecha hasta 1863, y por último otras dos, de 1866 á 1868, el último de los que se formaron bajo el reinado que tuvo término injusto en la sangrienta batalla de Alcolea. Durante la vida de estos diez Parlamentos y de estas veinte legislaturas, descartadas las Constituyentes de 1854, gobernaron la Monarquía treinta Ministerios distintos en el espacio de veintidós años. No hay en todo este tiempo más que un Gobierno de larga duración, y, como se ha visto, dos Parlamentos que lograron consumir cuatro legislaturas cada uno de ellos. El Gobierno de mayor duración durante todo el reinado de Doña Isabel II fue el segundo que formó el General O'Donnell con la unión liberal el 30 de Junio de 1858 y que vivió en el poder cuatro años, seis meses y quince días. El tercero del Duque de Valencia llamado *la dictadura,* en 1847, no duró más que dos años y quince días; el cuarto del mismo Duque en 1849, un año, dos meses y veintiún días; el de Bravo Murillo, en 1851, un año y once meses redondos; el quinto del Duque de Valencia, en 1856, un año y tres días, y otro año, nueve meses y trece días el último del mismo General Narváez en 1866 y que acabó con su fallecimiento. En cambio, en este período se registran tres Ministerios que no vivieron más que un solo día cada uno de ellos: el Ministerio *relámpago* del Conde de Cleonard en 1849, y los del General Fernández de Córdova y Duque de Rivas en 1854. Los Parlamentos que consumieron cuatro legislaturas cada uno de ellos, fueron el que convocó Istúriz en 31 de Octubre de 1846, que vivió hasta 1850 (4 de Agosto), y el convocado

por el Conde de Lucena en 11 de Septiembre de 1858, que alcanzó hasta 1863.

Gobiernos largos y Parlamentos largos son los que establecen firmemente la consolidación de las instituciones, la normalidad de la vida civil, la eficacia de las leyes, el respeto de la opinión y la prosperidad de las naciones; pues largos Parlamentos y largos Gobiernos son una garantía de la paz social, á cuyo amparo se desenvuelven la cultura y los intereses.

Para que el cuadro aquí diseñado presente en números concretos todo su útil relieve, no acabaremos este artículo sin insertar en forma estadística el cuadro sintético de la duración de cada uno de los 57 Ministerios que gobernaron á España durante los treinta y cuatro años del reinado de Doña Isabel II: es decir, 14 durante la Regencia de la Reina madre Doña María Cristina (1834-1840); seis durante la del General Espartero (1840-43) y 37 durante el reinado personal de la excelsa titular del trono.

1834.—15 de Enero: Martínez de la Rosa; un año, cuatro meses y veintitrés días.

1835.—7 de Junio: Conde de Toreno; tres meses y siete días.

1835.—14 de Septiembre: Mendizábal; ocho meses y un día.

1836.—15 de Mayo: 1.° de Istúriz; dos meses y veintinueve días.

1836.—14 de Agosto: Calatrava; un año y cuatro días.

1837.—18 de Agosto: Bardají Azara; tres meses y quince días.

1837.—16 de Diciembre: Conde de Ofalia; ocho meses y diez días.

1838.—6 de Septiembre: Duque de Frías; tres meses y tres días.

1838.—9 de Diciembre: Pérez de Castro; dos años, seis meses y once días.

1840.—20 de Julio: 1.° de D. Antonio González; veintitrés días.

1840.—12 de Agosto: Ferraz; diez y siete días.

1840.—29 de Agosto: Cortázar (interino); trece días.

1840.—11 de Septiembre: Sancho; cinco días.

1840.—16 de Septiembre: 1.° del Duque de la Victoria; siete meses y veinticuatro días.

1841.—10 de Mayo: Ferrer; diez días.

1841.—20 de Mayo: 2.° de D. Antonio González; un año y diez y ocho días.

1842.—17 de Junio: Rodil; once meses y ocho días.

1843.—9 de Mayo: 1.° de D. Joaquín de López; diez días.

1843.—19 de Mayo: Gómez Becerra; dos meses y cinco días.

1843.—23 de Julio: 2.° de D. Joaquín de López; tres meses y veintiocho días.

1843.—20 de Noviembre: Olózaga; nueve días.

1843.—29 de Noviembre: Vacante seis días.

1843.—5 de Diciembre: 1.° de González Brabo; cuatro meses y veintinueve días.

1844.—3 de Mayo: 1.° del Duque de Valencia; un año, nueve meses y ocho días.

1846.—11 de Febrero: 1.° del Marqués de Miraflores; un mes y cuatro días.

1846.—16 de Marzo: 2.° del Duque de Valencia; diez y nueve días.

1846.—5 de Abril: 2.° de Istúriz; nueve meses y veintitrés días.

1847.—28 de Enero: Duque de Sotomayor; dos meses.

1847.—28 de Marzo: Pacheco; cinco meses y tres días.

1847.—12 de Septiembre: García Goyena; veintidós días.

1847.—4 de Octubre: 3.° del Duque de Valencia; dos años y quince días.

1849.—19 de Octubre: Conde de Cleonard; un día.

1849.—20 de Octubre: 4.° del Duque de Valencia; un año, dos meses y veintiún días.

1851.—10 de Enero: Bravo Murillo; un año y once meses.

1852.—14 de Diciembre: Marqués de Roncali; cuatro meses.

1853.—14 de Abril: General Lersundi; cinco meses y cinco días.

1853.—19 de Septiembre: Conde de San Luis; nueve meses y veintinueve días.

1854.—17 de Julio: General Fernández de Córdoba; un día.

1854.—18 de Julio: Duque de Rivas; tres días.

1854.—20 de Julio: 2.° del Duque de la Victoria; un año, once meses y veinteséis días.

1856.—14 de Julio: 1.° del General O'Donnell; dos meses y veintinueve días.

1856.—12 de Octubre: 5.° del Duque de Valencia; un año y tres días.

1857.—15 de Octubre: General Armero; dos meses y treinta días.

1858.—14 de Enero: Istúriz; cinco meses y diez y seis días.

1858.—30 de Junio: 2.° del General O'Donnell; cuatro años, seis meses y quince días.

1863.—17 de Enero: 3.° del General O'Donnell; un mes y diez y seis días.

1863.—2 de Marzo: 2.° del Marqués de Miraflores; diez meses y quince días.

1864.—17 de Enero: Arrázola; un mes y quince días.

1864.—1.° de Marzo: Mon; siete meses y diez y seis días.

1864.—16 de Septiembre: 6.° del Duque de Valencia; nueve meses y cinco días.

1865.—21 de Junio: 4.° del General O'Donnell; once meses y diez y nueve días.

1866.—10 de Julio: 7.° del Duque de Valencia; un año, nueve meses y trece días.

1868.—23 de Abril: 2.° de González Bravo; cuatro meses y veintiséis días.

1868.—19 de Septiembre: Marqués de la Habana; diez y nueve días.

Aunque el General Narváez presidió siete Gabinetes desde 1844 hasta 1866, la suma total del tiempo que tuvo el poder durante todos estos Ministerios, sólo fue de ocho años, diez meses y ocho días. Lo que maravilla, dado el corto tiempo de que los Ministros pudieron disponer para proponer las reformas que constituyen el cuerpo jurídico y las obras de utilidad común que realizaron, es que en medio de esta movilidad pudiera llevarse á efecto el catálogo de las grandes obras que transformaron nuestra sociedad y la hicieron progresar moral y materialmente de un modo prodigioso. Por fortuna aquellos tiempos de disfrazada anarquía han pasado. Leyes de larga duración, Parlamentos largos y Gobiernos estables son las garantías de la paz, del progreso moral y del fomento de los intereses generales.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

CIENCIA Y FE

A D. Miguel de Unamuno.

Los motivos ocultos y latentes del desequilibrio social de nuestro tiempo están, á no dudarlo, en el antagonismo que de tres siglos á esta parte viene estableciéndose y acentuándose entre las enseñanzas de las revelaciones positivas y las consecuencias de los conocimientos naturales. Como los individuos á quienes el estudio de la edad madura quita todos los consuelos religiosos que en la niñez les inculcaron pugnan casi siempre por volver, fundados en el estudio mismo, á la fe de aquella edad feliz, así las naciones europeas, educadas y civilizadas por el Cristianismo, trabajan con interesante actividad para salvar del pasado el conjunto de creencias que han sido hasta el presente la base de la vida de los pueblos. ¡Trabajo trágicamente doloroso! Un jesuíta célebre que desde el punto de vista científico ha obtenido muchos aplausos en los centros eclesiásticos, puede servirnos de primer testigo de lo espinoso y antipático de esa empresa; es Mariana, cuyas son las frases siguientes: «¡Ay de la religión, cuando á un lado están los sacerdotes y al otro los filósofos! No la palabra de Jesús, sino la de la filosofía, mató al antiguo paganismo.» Al dejar escapar esta exclamación, Mariana partía de aquel principio lógico admitido por

tantos teólogos, pero raras veces atendido: «Que la verdad ha de ser una.»

No es, por consiguiente, de extrañar que desde la antigüedad más remota venga siendo objeto de generosos y nobilísimos esfuerzos por parte de los apologistas cristianos la concordancia y conciliación de las enseñanzas de la sabiduría divina con las enseñanzas de la sabiduría humana. Esta tendencia domina en toda la escuela de Santo Tomás, escuela neopagana como el catolicismo en que se funda, fruto maduro del frondoso árbol del convencionalismo gentílico. ¿No era uno de los caracteres de la sabiduría tradicionalista y conciliadora del paganismo asociar sus descubrimientos científicos á la providencia de los dioses? Pero los discípulos de Santo Tomás ni aun de lejos adivinan que la idea que creen suya de la *scientiæ religiositas,* es genuinamente gentil y fue apadrinada por casi todos los sabios anteriores al Cristianismo, los cuales no se elevaban sobre las supersticiones del vulgo sino comprendiéndolas y tolerándolas. Si se toma una sentencia de sentido religioso-científico como esta *¡Deus scientiarum dominus est!* se halla literalmente la frase de Leupoldt: «Los que toman por punto de partida de la ciencia á la naturaleza en lugar de Dios, tienen que renunciar á todo método científico; porque no siendo ellos más que un átomo de la naturaleza, no pueden comprenderla de un modo general, ni mucho menos conocer en detalle sus relaciones.» Esto es lo que ha dado lugar á esos títulos tan comunes *La religión ante la ciencia, Armonía de la razón y la fe,* y otros parecidos, que no son más en realidad que trozos de carácter pagano desecados y descoloridos. Consúltense con detención los libros á que me refiero, quítenseles ciertos giros pomposos y *modernos,* y sólo se encontrará en ellos lo que con más sencillez y naturalidad dijo Melanto, el gran matemático del gentilismo: «Sin la ayuda de Venus, no podría yo demostrar las propiedades de un triángulo.»

Entremos ahora en algunas particularidades del modo que de conciliar la fe con la ciencia tenían los sabios paganos.

Esta investigación implica dos preguntas prévias: ¿Tenía la sabiduría pagana ciencia? ¿Tenía fe? A la primera pregunta no se puede responder como no sea mostrando los ricos tesoros de cultura acaudalados por el maravilloso espíritu del pueblo griego, aprovechados por Roma y contenidos en la Biblioteca de Alejandría. Tratándose de la segunda pregunta, la cuestión varía de aspecto. Concedo de buen grado á los historiadores de la religión que en el paganismo había superstición, respeto y aun piedad, pero no puedo concederles que hubiese realmente *fe,* al menos en el sentido en que hoy la comprendemos y realizamos. Sin admitir con algunos mitólogos contemporáneos que antes que se haya podido invitar á las gentes á creer en los dioses fue preciso que los dioses fuesen adorados; sin suponer la ausencia absoluta en el vocabulario de los pueblos primitivos de la palabra creer como afirman no pocos lingüistas; sin fingir con ciertos teólogos (1) la existencia de un período de primitivo excepticismo antes de que se haya podido exigir la fe ó hacer de ella una especie de virtud, no hay duda que esta idea que nos parece tan simple y tan elemental, fue una conquista de las más elevadas evoluciones religiosas de la especie humana, pues su significado propio y genuino, su acepción actual y cristiana, faltó aún en los pueblos de mayor mentalidad del mundo antiguo, en los griegos y en los romanos. Los griegos, según Max Müller (2), no hablaron para nada de la fe, aunque poseían el nombre; recomendaban la *eusebeia* (respeto, piedad), más bien que la *pistis* (fe); en cuanto á la creencia vaga (*oiesis*), Heráclito la llama *ieranousos,* una enfermedad sagrada. Los romanos tampoco alcanzaron la verdadera noción de la fe. Fe, en efecto, provenía entre ellos del latín *facio,* hacer. Así decía Cicerón: *Quia fiat quod dictum est, apellata est fides.* Todavía vemos un vestigio de esta grosera concepción en el «home de fe es el que *face* lo que dice» del

(1) Estos se atienen al *Rig-Veda,* I, 104, 7; II, 26, 3.

(2) *Nouvelles études de mythologie.* (París, 1898).

antiguo castellano, y en los términos frecuentemente usados en algunas de nuestras relaciones sociales, como «fe jurada», «fe prometida», etc. Pero volvamos al intento.

No teniendo una fe propiamente dicha el paganismo, apenas si se concibe que sus sabios hayan podido conciliarla con la ciencia, como se concibe en los sabios del Cristianismo, poseedores de una fe más elevada. Tolstoi está muy mal inspirado—porque la ciencia es para él objeto de fantasía—cuando afirma que en el mundo gentílico no era tan difícil como hoy que los espíritus religiosos y á la vez ilustrados ensayasen tales medios de conciliación y de paz. Pues qué, ¿sostendremos en serio que era más fácil y lícito á Melanto invocar á Venus en sus obras matemáticas, que á Newton ó Kepler elevar al Dios de los cristianos una plegaria en las páginas de sus tratados astronómicos? No basta buscar un efugio en el hecho de que si la fe del gentilismo era imperfecta, también era imperfecta su ciencia. Este efugio no acaba de explicar lo que se quiere explicar, pues imperfectas y todo, había entre la fe y la ciencia gentílicas una desproporción inmensamente mayor que entre la fe y la ciencia cristianas, para creer en la fe y en la buena *fe* de aquellos hombres de ciencia del gentilismo. Hay que acudir á otras causas para buscar la compatibilidad de ambas cosas. Estas causas fueron, en mi sentir, dos: la costumbre y la ley.

Desde luego, la adhesión de los hombres ilustrados del paganismo á las religiones tradicionales puede explicarse por la influencia del hábito ó de la costumbre. Las creencias más vetustas que, como dice Fustel de Coulanges, desaparecieron á la larga de los espíritus, dejaron no obstante subsistir por mucho tiempo usos, ritos, formas de lenguaje, de las que ni aun el incrédulo pudo desprenderse. Ovidio (1), Horacio (2), Juvenal (3), el mismo Petronio (4), comían todavía ante el ho-

(1) Fast., II, 631.
(2) Sat., II, 6.
(3) Sat., XII, 83.
(4) Sat., c. 60.

gar y hacían la libación y la plegaria. *Ante larem propium vescor vernasque procaces Pasco libatis dapibus.*

La influencia de la ley no era menos notoria, y esta influencia es tan fuerte que casi podemos decir que no ha desaparecido. No hay exceso de religión sin exceso de legislación, y los sabios que poseen la religiosidad del pensador y les falta la religiosidad del vulgo, tienen qne proceder en su vida pública, como si creyesen en todas las supersticiones y aprobasen todas las intolerancias de la plebe y del sacerdocio. Séneca, á quien San Agustín reprendía ya por no atreverse á confesar en público lo que en su interior sentía, hacía mofa y escarnio de las deidades del Panteón, enseñando que las costumbres religiosas ha de guardarlas el sabio, no por consideración á los dioses, sino á las leyes que lo mandaban. Fuera de esto y aun en esto mismo, no es lícito poner en tela de juicio la superioridad de las condiciones de la sabiduría pagana sobre las supersticiones del vulgo, y aun la oposición neta que entre ambas llegó á mostrarse en el terreno de la práctica. Las persecuciones de que fueron objeto Anaxágoras, Sócrates, Aristóteles, etc., y la acusación de ateísmo que se les colgó, son viva prueba de ese aserto.

La parte más original de la conciliación entre la fe tradicional y la razón científica del paganismo fue la parte exegética, provocada por los mitos. En la antigüedad la mitología y la tradición eran cosas distintas, frecuentemente hasta contradictorias. El sentimiento religioso, nacido de la conciencia misma del hombre, adquirió muy pronto una elevación y una fijeza singulares; la mitología naturalista, hija de la percepción exterior, refleja en sus concepciones plásticas los caprichos de los fenómenos naturales. De aquí aquellas creencias poéticas en que el hombre presta á la divinidad sus pasiones, sus vicios, su orgullo y sus debilidades. Los primeros pensadores griegos se dieron cuenta de esta contradicción entre la mitología y el sentimiento religioso, y trataron severamente los relatos mitológicos que sublevaban su sentido moral. Muchas

veces no podían sacrificar ni el testimonio de la tradición ni el de su conciencia, y buscaron un método para conciliar ambas cosas: así nació la exégesis mitológica (1).

Muy otra fue la conciliación á que tendió el Cristianismo. Poseedor de una moral pura, y habiendo identificado la moralidad y la religiosidad, no necesitó armonizar cosas que de hecho y de derecho lo estaban *à priori*. En cambio tuvo que poner sus dogmas en armonía con los postulados del saber, que los paganos le oponían por diferentes lados como la cabeza de Medusa. Y aunque sea manifiesto el desdén con que por los apologistas (Lactancio, Atenágoras y Tertuliano) se miró esta clase de argumentos (2), no cabe decir lo propio de los Padres de la Iglesia y de los doctores de la Edad Media.

Entre los primeros, hay que colocar en preeminente rango á Orígenes. En una de sus cartas á San Gregorio Taumaturgo (3), Orígenes dice que la filosofía es para el cristianismo

---

(1) Reinach: *Manuel de philologie classique*, t. I, p. 364.

(2) Los lectores hallarán en mi obra *Las Iglesias del Estado*, un capítulo titulado *¿Debemos ver en los sacerdocios agentes favovables al progreso de la cultura?* que trata extensamente esta cuestión (pp. 17-41).

(3) «San Gregorio Taumaturgo, Obispo de Neo-Cesárea y discípulo el más ilustre de Orígenes, nos refiere que éste, después de preparar á sus discípulos con una serie de discursos llenos de atractivo y persuasión, empezaba á darles lecciones de verdadera filosofía. Instruíales primeramente en la lógica, acostumbrándoles á no admitir ni descuidar las pruebas sin haberlas sometido á un cuidadoso examen; no parándose en la apariencia ni en las palabras cuya brillantez deslumbra, así como causa su avidez; á no desechar lo que á primera vista parece una paradoja, y muchas veces se encuentra ser lo más verdadero; y á juzgar, por fin, de todas las cosas sanamente y sin prevención. Hacíales luego entrar en la física, es decir, en la consideración de la sabiduría y poder infinitos del Autor del mundo, cosa muy propia para infundirnos humildad. Enseñábales también las matemáticas, principalmente la geometría y la astronomía, y concluía por la moral; enseñanza que no consistía en vanos discursos y en definiciones y divisiones estériles, sino que estribaba en la práctica, haciéndoles notar en su propia conciencia los movimientos de las pasiones, á fin de que el alma, viéndose como en un espejo, pudiese arrancar hasta la raíz los vi-

lo que los conocimientos científicos y literarios son para el filósofo: un auxiliar para la interpretación de las Sagradas Escrituras. Pertinente es hoy reproducir una vez más la justa aseveración hecha por Orígenes (1) acerca de la utilidad que puede sacarse de la filosofía para la defensa de las verdades religiosas: «Debo manifestar desde luego que, si fuera posible á todos los hombres, dando de mano á los negocios de esta vida, consagrarse al estudio de la ciencia, no habría camino más acertado; porque, sin arrogancia lo digo, hallarían en el cristianismo, no poca, sino grandísima disquisición de los dogmas que se han de creer.» «Nosotros no excluímos á nadie. Vengan en hora buena, si quieren, los eruditos, los sabios y los prudentes; sin que por eso el espíritu limitado, el hombre sin ciencia y el niño, sean en manera alguna rechazados. La doctrina de la Iglesia salvará á los unos como á los otros, como á todos los hombres en general, siempre que á su vez lleven las disposiciones del corazón necesarias para hacerles agradables á Dios.» Esto es también lo que San Agustín quería: *fides per scientiam gignitur, nutritur, defenditur et roboratur.*

Con San Anselmo, la teología se nos muestra como una

---

cios que la inficionan y fortificar la razón, que es madre de todas las virtudes. Y en esto unía el ejemplo á la palabra, pues era un modelo de toda suerte de virtudes. Llevaba luego á sus discípulos al estudio de la Teología, diciendo que el conocimiento más necesario es el de la causa primera; hacíales leer sobre este punto los escritos de los antiguos, tanto poetas como filósofos, ya fuesen griegos ó bárbaros, exceptuando tan sólo á los que habían profesado expresamente el ateísmo. Y los familiarizaba en todas estas lecturas, para que, conociendo las partes débiles y el lado fuerte de cada opinión, pudiesen librarse de toda prevención. En este estudio les conducía como por la mano, librándoles de los pasos peligrosos; y como buen conocedor de todas las sectas, les mostraba en qué cada una había sido útil. Exhortábales también á que no se afiliasen con ningún filósofo, por mucha que fuese su reputación, sino sólo á Dios y á sus profetas. Explicábales luego la sagrada Escritura, de la cual era en aquellos tiempos el más sabio intérprete.» (Fleury: *Histoire eclesiastique,* II, 5).

(1) *Contra Celsum,* I, 9; III, 48.

consecuencia ó aplicación de los principios de la filosofía al examen y análisis de los dogmas (1). En esto fue seguido por los escolásticos, atentos siempre á hacer derivar sus sistemas de las enseñanzas de la razón. Santo Tomás, sobre todo, no desdeñó, antes bien, abusó de las últimas en la construcción y ornamentación del edificio metafísico. Mas la cuestión que verdaderamente preocupaba á Santo Tomás era una cuestión dogmática, y no una cuestión racional. El fin que se propuso en sus especulaciones transcendentales fué principalmente sobrenatural, teológico, religioso. Sus teorías abstractas é ideológicas se reducen á la doctrina de la forma y del pensamiento; pero sus teorías sagradas y exegéticas contienen gran número de principios que ejercieron influencia en todo el mundo católico moderno. Porque los lunares que en esta parte del sistema de Santo Tomás se encuentran, provienen tan sólo de sus resabios aristotélicos, así como todo lo grande y verdadero que implica no puede resultar materia de discusión sino para los francamente heterodoxos. Es más: la tendencia á destruir el

(1) Ya San Agustín, en su *Epistola LXX ad Consentium*, había dicho á propósito del dogma de la Trinidad: «No se ha de creer que la Santa Trinidad esté de tal suerte fuera del alcance de nuestra inteligencia que nos sea imposible llegar á ella; pues el apóstol nos hace confiar en ello cuando dice que la grandeza invisible de Dios, y aun su eterno poder y su divinidad, con la creación del mundo se han hecho como visibles y se dan á conocer por sus obras. Habiendo, pues, la Trinidad creado las almas lo mismo que los cuerpos, ha de ser algo bello más excelente que estas dos naturalezas. Con todo, si somos capaces de conocer el alma y de considerar su naturaleza, sobre todo la del alma intelectual y racional, que es la que Dios ha hecho más á su imagen y semejanza; si lo que ella tiene de más excelente; si su mismo entendimiento no está más allá de nuestros pensamientos, y tenemos el poder de concebirla, ¿por qué razón no podremos pensar en elevarnos con el auxilio del Creador hasta concebirlo á Él mismo?» Y añade después: «*Gustad de entender y concebir*, pues la misma Escritura que nos aconseja la fe, quiere que, antes de comprender las grandes cosas y para ser de ello capaces, empecemos creyendo no podría seros *útil* si no las entendiéseis cual conviene.»

credo quia absurdum, era, á la vez que más confesional, más profunda y realmente filosófica que el sobrenaturalismo exclusivista é injustificado de sus predecesores. El arcano de la revelación no pertenece sólo, en efecto, á los que han recibido la misión de conservar y perpetuar el depósito de la doctrina sagrada; la metafísica hace de él, bajo los nombres romano y griego de *revelatio* ó *apokalipsis,* el blanco supremo de sus ideales; el límite del descubrimiento ó manifestación de lo que está oculto, es sencillamente correr el velo que lo encubre á nuestra vista. Si Santo Tomás lo hubiese entendido así, se habría librado de ser á la vez inconsecuente y avanzado; porque la revelación como tal es, como la religión misma, un hecho natural en el fondo que puede concebirse sin ningún comercio inmediato. «Lo increado— dice Grimm—no tiene historia, y siempre permanece igual á sí mismo; de modo que una revelación tal sería contraria á su inmutabilidad.» Si Dios se manifestó alguna vez á sus criaturas racionales, ¿por qué dejó de hacerlo en lo sucesivo? ¿Qué son las revelaciones particulares de los distintos pueblos más que espasmos religiosos del corazón social, que cesaron cuando cesaron las circunstancias naturales que los produjeron? De aquí resulta que la verdadera revelación divina, lejos de existir en un libro antiguo y de haber sido dada en un lugar y en un tiempo, es una relación eterna y universal de la divinidad con la razón y la voluntad humanas. Nuestros libros sagrados lo confiesan. *Probad si los espíritus son de Dios*—escribía San Juan. *No vine á destruir la ley, sino á cumplirla* —decía Jesucristo. Y San Pablo, aventajando, si cabe, á su Maestro, exclamaba: *¡Cristo es el fin de la ley!* es decir, Cristo es, como Dios-hombre, la realización del ideal que la antigüedad concibió con revelación ó sin ella y que las revelaciones futuras admitirán por necesidad, quieran ó no quieran llamarse cristianas.

Tomando en un sentido exclusivo esta idea, los partidarios del método sobrenaturalista han afirmado que, puesto que la revelación es el elemento superior de la ciencia humana, debe

ser también el juez supremo en punto á fallos científicos, el principio á que deben estar subordinadas la razón, la moral y la experiencia. Cierto que la verdad revelada es un gran criterio en orden á la verdad natural; pero inferir con Bautain, Demaistre, Ballanche y Raulica que no hay más filosofía que la teológica, que no hay más evidencia que la autoridad, que no hay más ciencia que la fe, es una exageración no prescrita por la revelación. Conviene, sin duda, afirmar que la inteligencia humana, abandonada á sí sola, no puede establecer cosa que sea aceptable relativamente á los fundamentos de la religión; pero no exageremos hasta el punto de hacer á los extremos tocarse y dar á los racionalistas absolutos pie para que, contentos con su saber exclusivo, nos repliquen: *El que tiene fe en la ciencia, tiene á la vez ciencia y fe.*

Lo mismo quisiera decir del método tradicionalista que desde Lutero hasta Lamennais viene fascinando á muchas inteligencias, creyentes en apariencia, descreídas en el fondo. El ejemplo de los dos pensadores citados es la refutación más elocuente de sus máximas, en cuya refutación no entro ahora, pues he de hacerlo en otro libro al examinar el argumento moral en favor de la existencia de Dios. Baste observar (1) que el *sensus comunnis* no es *consensus,* y que, por consiguiente, aun admitiendo la legitimidad del primero, quien quisiera fundarle en el segundo, tomaría el efecto por la causa. La verdad sigue siempre la marcha y procedimiento del espíritu que la engendra, y los primeros principios de la ciencia no reciben su certidumbre de la unanimidad con que todas las inteligencias los reconocen, sino del acto subjetivo y puramente racional con que ese reconocimiento se lleva á cabo. Su universalidad depende de su verdad, y no al contrario.

No necesitamos, pues, ante semejantes concepciones, perdernos en las honduras de la especulación. Ellas nos demuestran el ningún derecho á vivir de los métodos que se funden

(1) Véase á Balmes: *Filosofía fundamental*, l. I, c. 23.

sólo en lo sobrenatural y desdeñen las enseñanzas primarias de la razón. Con todo, el sentimentalismo religioso nunca ha enmudecido. Kempis fue el primero que proporcionó ese consuelo á las almas cansadas de la dialéctica medioeval. A la nada quedaban reducidas para él las bibliotecas repletas de ciencia teológica y de filosofía bastarda. Todo el soberbio edificio de la escolástica caía por tierra, cual castillo de naipes al soplo de aquella piedad ardiente que prefería el amor al saber, y que quería más experimentar la contrición que acertar á definirla. La mole de pedantescas razones formada por Santo Tomás se derritió, no bien la hirieron los ardientes rayos de la *Imitación de Cristo*.

Otros, de natural desenfadado, se desembarazaron del problema declarando que en la religión el saber está muy cerca de la herejía, y que es preciso permitirnos sin escrúpulo un irrisorio dualismo de opiniones, y formar una categoría de ellas que aceptemos como creyentes, y otra de que estemos convencidos como filósofos (1). Acusado Averroes de haber emitido en sus obras ideas contrarias á las enseñanzas de los

(1) Ambos extremos se hallan magistralmente descritos en la comunicación que en su *Philosophus autodidactus* supone Tofail entre Hayy, el filósofo solitario, y Asal, el mundano arrepentido. Asal, después de enseñar á Hayy á hablar, le instruye en los dogmas y preceptos religiosos, no entendiendo el uno respecto al otro ciertas ideas que explicaron como místicos y pensadores, y engolfándose en una discusión que dura algún tiempo. Al final de ella, convienen ambos en que la verdad religiosa y la verdad filosófica son una misma cosa, distinguiéndose sólo por parte de la forma. En la religión, la verdad se reviste de formas acomodadas á las inteligencias vulgares é incultas: en la filosofía se conoce la verdad tal cual es en sí. Compárese esta solución con el siguiente pasaje de Schopenhauer: «El hombre ilustrado busca su satisfacción en la filosofía: el que no lo es la busca en la religión, admitiendo algo que creer según conviene á sus deseos y sus esperanzas... La religión es sólo para las muchedumbres que no son capaces de pensar, sino sólo de creer, á quien no hacen efecto las razones, sino sólo la autoridad: las personas ilustradas, por el contrario, se satisfacen con la filosofía.»

textos sagrados, se disculpó en términos muy semejantes (1). Durante el Renacimiento, esa disculpa fue el tema obligado de los que profesaron la filosofía independiente. Así vemos que Pomponacio, para ponerse á cubierto de las persecuciones del partido clerical, adoptó el expediente de advertir que lo que no podía creer como investigador lo creía como cristiano, exponiéndose á la ingeniosa crítica de Bocalini, que más lógico, y colocado en el mismo punto de vista híbrido de Pomponacio, decía: *Es preciso absolver á Pomponacio como hombre, y quemarlo como filósofo.* (En su tratado *De inmortalite animae,* afirmaba Pomponacio que el alma es corruptible atendida la luz de la razón, pero incorruptible si consideramos la fe divina. Lamio sostenía también que algunas cosas son verdaderas en el terreno filosófico, y falsas en el teológico.)

En el siglo XVIII, época de contradicción y de duda, el conflicto entre las creencias y las opiniones filosóficas surgió con más fuerza que nunca; pero no hubo consecuencia en la aceptación de todas las conclusiones del sistema antisobrenatural, y los que con mayor fuerza le combatían y, si es lícita la frase, le *perseguían,* no siempre descansaban tranquilos en el racionalismo ó en el naturalismo; parece como que en ocasiones

(1) «Del filósofo cordobés arranca la famosa distinción de la doble verdad que tanto ruido y daño hizo en la Iglesia. Cuando los correligionarios de Averroes le objetaban que su teoría acerca de la unidad del alma ó entendimiento era contraria á las enseñanzas del Korán, contestaba aquél que aunque *per rationem concludo de neccesitate quod intellectus est unus numero, firmiter tamen teneo oppositum per fidem.* Transmitida con más ó menos sigilo, y reproducida en diferentes formas durante los siglos XIII y XIV, reaparece y se afirma con insistencia y con cierta solemnidad á contar desde últimos del siglo XV, por boca de no pocos renacientes, que no atreviéndose á negar paladinamente ora la inmortalidad del alma, ora algunas otras verdades pertenecientes á la fe católica ó relacionadas con ella, usaron y abusaron de la famosa distinción entre la verdad filosófica y la verdad teológica, diciendo que una misma cosa podía ser verdadera en Filosofía y falsa en Teología.» (Cardenal Zeferino: *Historia de la filosofía,* t. II, p. 469.)

retrocedían asustados ante la pretendida disolución moral y aun social que traía aparejadas sus sistemáticas negaciones. Lamettrie decía: «De viva voz yo no moralizo como por escrito: en mi casa digo lo que me parece; á los demás, lo que creo saludable y útil. Aquí prefiero la verdad como filósofo; allí, el error como ciudadano.» Diderot decía también: «Bien puedo ser ateo en la ciudad, pero no en el campo; soy ateo ó deista por semestres.» Esta falta de seriedad, este olvido de las propias doctrinas (1), la señalaban los reaccionarios como una prueba del valor intrínseco de las suyas, y de esas concesiones se aprovechaba el partido ortodoxo en su favor. ¿Qué más? El patriarca de la filosofía contemporánea, el hombre de más poderosa iniciativa en el orden de los estudios especulativos, Kant, cae en lo que Cousin llamó *sublime inconsecuencia,* destruyendo con la *Crítica de la razón práctica* cuanto había dicho en la *Crítica de la razón pura,* invalidando su excepticismo con su moral, con sus ideas humanas, con las necesidades de su corazón. Fichte decía en igual sentido: «Todas mis convicciones han nacido de mi corazón y no de mi entendimiento.» Schelling quería también sostener el edificio cristiano sobre el sentimiento religioso. De esta tendencia nació la escuela de Jacobi. Jacobi duda que la inteligencia humana pueda demostrar, no ya las verdades de la religión, pero ni aun las de la filosofía, y á suplir esta falta provee con el sentimiento, origen de la fe. Sabida es la frase favorita de Jacobi: *Con la cabeza soy pagano; con el corazón, cristiano.* Un discípulo de

(1) Buffon, en su respuesta á las acusaciones lanzadas por la Sorbona contra su *Historia Natural,* afirmó que respetaba como sagrada la historia y la cronología de Moisés y todo lo concerniente á la creación del mundo, según el Génesis, y que él en su obra había hablado puramente como filósofo, sin oponerse á la doctrina de la religión. Así, según este criterio, podemos reconocer como cristianos un mundo, y otro como filósofos; adorar como creyentes un Dios especial, y como pensadores un Dios diferente; venerar en el primer caso una religión divina, y en el segundo, una religión natural y humana. ¡Rara especie de maniqueísmo!

Jacobi, el holandés Hemsterhuis, reconoce igualmente en el hombre dos especies de convicción, derivada la una del uso de la razón, y procedente la otra de un sentimiento interno, inherente á la naturaleza humana, añadiendo que esta convicción de sentimiento es la *base única* en que se apoya la primera, y el camino para llegar á la verdad racional y científica.

Apoyados en estas enseñanzas filosóficas, los teólogos científicos del protestantismo han hecho consistir la piedad en el sentimiento, y variado el concepto de religión en las distintas comuniones, de donde trasciende al pueblo, que halla en el sentimentalismo una almohada muy cómoda para su conciencia. Sabemos por Tembley, que á principios de este siglo los pensadores protestantes de Alemania no negaban abiertamente la existencia de Dios y de una vida futura, pero enseñaban públicamente que nada se puede saber de estas verdades fundamentales de la religión. Creían y afirmaban que Jesucristo ha enseñado la doctrina de la fe, nacida de la moral, y no la contraria. Veían también en la revelación ó en la Biblia una pura introducción á la razón, tan imposible de probar como la realidad de la Providencia y la inmortalidad del alma. Y es dudoso que haya motivos bastantes para profesar una creencia tan extraña á las relaciones del espíritu humano.

Inútil es, por consiguiente, que manifieste lo improcedente é inconveniente de una tal manera de ver. A ella se opone la unidad de la naturaleza humana de que hablamos antes. El sentimiento—dicen—es el juez supremo en religión, como el pensamiento es el juez supremo en la ciencia. Pero el sentimiento—respondemos nosotros—es el hombre, lo mismo que el entendimiento, y si lo que para el primero representa una verdad, constituye un error ó un mal para la razón, habría en un mismo hombre dos verdades contradictorias, lo que es absurdo. Y no son estos solos los tristes efectos del protestantismo; porque siendo el creer bien el fundamento del vivir bien, la moral no puede menos de resentirse con la aplicación práctica de los principios del espíritu privado.

Retrocedamos ahora. Yo quería probar que una de las cosas que más han perjudicado á la alianza entre la ciencia y la fe es la separación de la inteligencia y del sentimiento en orden al supremo criterio de verdad. Hacíase de la primera facultad el origen del saber y de la segunda el de la religión, pero se incurría en el error psicológico de desconocer la unidad del espíritu y la del conocimiento, sosteniendo que lo que á la luz de la inteligencia nos resulta verdadero, puede ser falso en lo mismo con los ojos del sentimiento y viceversa, y que, por consiguiente, no es contradictorio subjetivamente el armonizar ó conciliar la ciencia con la fe, dentro de la conciencia individual. Según esto, puede reconocerse la triste y desconsoladora realidad de las verdades científicas y pensar de muy diferente manera, es decir, atenerse á los preceptos religiosos y á los dogmas sobrenaturales en la vida y en la práctica. Pero para todo pensador sensato, esa distinción de la religión y de la ciencia por la diferencia del pensamiento y del sentimiento es tan absurda y ridícula como la de las diferentes ciencias fundada por Bacon sobre la diversidad de las facultades anímicas; pues estas facultades se confunden continuamente y contribuyen todas ellas al conocimiento. Esto es lo que no han tenido en cuenta cuantos desde Pomponacio á Wagner han creído compatible desde el punto de vista sentimental la profesión de excepticismo ó ateísmo en la ciencia con las prácticas de religión y piedad enseñadas por nuestros padres y antepasados. Paradoja tan solemne, no creemos haya sido sostenida por verdaderas *convicciones sentimentales:* no somos tan crédulos que respetemos la dudosa buena fe de estos filósofos, que en realidad sólo las apoyaban por miedo á las persecuciones de la Iglesia, cuando éstas existían, ó por un respeto, más ó menos fundado, al común sentir de la humanidad civilizada, ó por la equivocada idea que del naturalismo y de su aplicación á la sociedad forman ciertos racionalistas, quienes ven un peligro para la moralidad y el orden social en la aceptación por el pueblo de ciertos princi-

pios de la filosofía natural. Este proceder semeja al de los sabios que, ante la falsa aplicación de sus principios en el terreno social, piden se renueve la separación entre el saber esotésico y el exotérico, ó al de aquellos políticos, cuyas frases, escritas cuando particulares, como hijas del entusiasmo ó del despecho, suelen ser después un remordimiento miradas desde el poder. ¡Cuántos ministros se han perseguido á sí mismos como periodistas! González. Bravo multó desde el Gobierno esta frase suya copiada literalmente: «El bello ideal de la justicia humana es ahorcar á un ministro» (1).

Hay, pues, que renunciar á la idea de que la razón y la fe son cosas opuestas y antagónicas: idea que imuta á Dios la ridiculez de otorgar ó conceder al hombre dos preciosos dones que estuviesen en lucha, en pugna constante para su continuo tormento, para su eterna desesperación. «Como la razón, dice Leibnitz, es un don de Dios lo mismo que la fe, su lucha haría que Dios combatiese contra Dios.» La razón y la fe no son, pues, cosas contrarias; son, sí, distintas, y la una viene á ser el complemento necesario de la otra. La fe se conoce y distingue por su *sello individual* en contraposición á la *universalidad* de la razón. Las primeras verdades de la inteligencia son comunes á todos los homdres, á los ignorantes y á los sabios; el *lumen fidei,* por el contrario, aunque pueda pertenecer á un ignorante lo mismo que á un sabio, no es propio de todos los seres humanos, sino sólo de aquellos cuya voluntad está bien dispuesta para abrazar la verdad religiosa. Esta es la razón que me hace separarme de los criticistas y agnósticos. El sentimentalismo ó excepticismo religioso halló poderoso auxilio en Kant, á pesar de aquel noble esfuerzo con que se subleva contra «el lugar común de que una cosa puede ser verdadera en teoría y no en la práctica» (2): lugar común que, sin embargo, es sólo una aplicación inadvertida y al uso vulgar de

(1) Picatoste: *Las frases célebres,* VI, 244.
(2) *Fragmente der naturrecht.*

la irremisible dualidad que caracteriza á todo el criticismo desde Kant á Vacherot y Spencer (1). Si después de esto volvemos á considerar el antiguo método intelectualista ó racional con que los Padres griegos y los doctores latinos pretendían casar la ciencia con la fe, ésta nos hace el efecto de una muchacha sin dote que hizo un matrimonio de conveniencia y ahora se guía por el corazón.

No es posible ofender á las gentes de peor manera que con la verdad. Como observa Strauss, «es ciertamente amargo é ingrato decir al mundo lo que precisamente está menos dispuesto á escuchar. En su larga vida toma y da como los grandes señores, mientras le queda algo que dar; pero si alguno ajusta cuentas y le presenta un exacto balance, lo recibe como una tarasca... No hay que despertar al dormido león si no se está decidido á sostener con él un combate sin clemencia». Por otra parte, no ignoramos que, en nombre de razones de sociabilidad y desnivel intelectual de clases, sostiénese generalmente, aun por los mismos que en el terreno científico rechazan los dogmas religiosos, que la moral es en todas las iglesias lo único que queda de natural y humano. Para estos tales la religión en sus preceptos morales es como una necesidad para el pueblo ignorante, incapaz por sí solo de adquirir conciencia clara de sus deberes individuales y sociales. De aquí ha nacido una solución del problema religioso por medio del compromiso más extraño, y añadiré, más inmoral, que Gobierno alguno ha imaginado. Dirigiéndose á la Iglesia, ha dicho Renan en nombre de esa numerosa clase que el tiempo ha hecho entrar en la razón social (2): «En cierto grado de cultura mental es para muchos imposible la creencia en lo sobrenatural. No les obliguéis á que carguen con una losa de plomo. No os mezcléis en

(1) Giner: *Estudios sobre educación*, p. 137.

(2) En su libro *La reforme intelectuelle et morale de la France*, p. 78. —Mazzini ha combatido, y con razón, este sistema, por no ver modo de aceptar sin irrisión una moral doble que dice: «Concedednos á los sabios la verdad, dejad al pueblo en el error.»

lo que nosotros enseñamos ó escribimos, y *no os disputaremos el pueblo;* no nos disputéis nuestro puesto en la Universidad, en la Academia, y *os abandonaremos por completo la enseñanza de los campesinos.*»

Quien en nuestra sociedad cristiana conozca, aunque sea sólo superficialmente, la minoría rica, dominante y culta, no ignora que su lenguaje é ideas coinciden con las de Renan. No se cree ya en la religión, y se afirma que la religión es innecesaria para los inteligentes; pero á la vez se concede é insinúa que las turbas amenazadoras, el vulgo indocto, no pueden pasar sin ella. Nosotros los creyentes emancipados, que admitimos misterios sin milagros, dogmas sin supersticiones y libertad y autoridad sin rebelión ni tiranía, tenemos que lamentar que se comprometa á la religión en tan innoble causa, sólo por la conciencia en que se está de la verdad que anteriormente hemos consignado, á saber: que la ciencia no puede reemplazar á la religión, ni, como se pretende, ser la guía de la vida. Pocas veces traen un resultado feliz á la sociedad tales ficciones; porque ó desnaturalizan la religión, ó hacen ineficaces las enseñanzas de la ciencia, ó producen ideas híbridas poco conformes con el estado de alma del pueblo. En otro tiempo pudo acaso esta hibridez pasar por verdad recibida, á causa de ser ese estado de ánimo distinto; pero en la situación presente, no temo decirlo, hay de la parte de las iglesias libres algo más que simplicidad en admitir que sus miembros instruídos puedan estar en perfecta comunión y comunicación con los sencillos que creen y oran á su lado. El protestante alemán Dove nos presenta á este propósito un argumento que no vale más que el de Renan: «¿Por qué —pregunta—nosotros que hemos desechado toda la fantasmagoría de las revelaciones y los milagros, por qué conservamos con tanto celo nuestro nombre de cristianos? Porque no querríamos jamás destruir nuestra alianza con aquellos de nuestros hermanos que se aferran á todo esto como á algo real; porque no *á causa* de esta ilusión, sino *á pesar* de ella, los reconocemos como cristianos.»

«Pero—replica con razón Strauss—hablad una vez en este sentido á esos *hermanos* cristianos, confesadles sin ambajes que tenéis por fantasmagoría la revelación y el milagro, que los consideráis como cristianos *á pesar* de la fe que ostentan, y veréis si quieren conservaros en su iglesia. Así se hacen las cosas: sin composiciones, sin disfraz, sin disimulo, sin engaño por ambas partes, sin falsear, en fin, tales compromisos se hacen imposibles: y si la sinceridad y veracidad deben reinar en alguna parte, ha de ser en el terreno de la religión. En el de la política no puede pasarse sin compromiso; pero en aquélla no hay segundas intenciones ni mentiras; porque en política se trata, no de convicciones, sino de medios; no de lo verdadero, sino de lo útil.»

Un pequeño reproche cabe hacer á Strauss, y es la confusión de sus últimas palabras. Preciso es comprender que la gobernación y el ideal político no estriban en lo útil, sino en lo justo; y si la trajedia de la historia ó la comedia de la política pueden casi siempre tomar por título el *sic vos, non vobis,* es única y precisamente por el olvido en que se está de que la idea del derecho brama de verse junta con la idea del interés convencional y de que tan perentoria como es la sinceridad en materias de fe es la legalidad en materias de jurisprudencia. No es, pues, necesaria la distinción de Strauss para confirmar su aspiración de absoluta franqueza religiosa con cuantas enseñanzas de aquí derivan; y los que abundan en su sentir y niegan la necesidad de la religión y de los lazos que nos unen á las comunidades eclesiásticas, es porque continúan confundiendo la religión con la moral. El argumento principal de estos radicales es este: el centro de una iglesia, de un culto es la sola moral, bien en sentido divino y remunerador, bien en sentido de mediación humana; y como se ha demostrado que esta entrega, fondo de todas las religiones, no tiene razón de ser, las iglesias resultan inútiles en nuestro medio social contemporáneo (1). Mas el que conozca, aunque sea superficial-

(1) Causa extrañeza ver á Dahlmann repetir este singular razonamiento: «Que se pueda vivir sin iglesia, lo concibo perfectamente; yo vivo

mente, semejante medio y sus ideales, sabe que el hombre toma cada vez más horror á vivir sin religión, porque la religión es la guía necesaria de sus actos y del orden mismo en que los ejecuta. Como el pájaro siente la necesidad de un nido en que poner su esperanza, los pueblos sienten la necesidad de una iglesia donde ver apoyados y hasta formulados sus anhelos religiosos. Pero nada de refugios construídos de antemano, nada de jaulas cerradas: que cada nación construya ese nido con arreglo á sus aspiraciones, con el pensamiento limitado á la comodidad de sus hijos, víctimas posibles del cierzo de la negación y de las inclemencias de la duda.

Además, la confusión de la religión con la moral, sobre ser errónea, es peligrosa para la religión misma. La moral vive por la religión, y más bien la religión contiene á la moral que la moral á la religión. Si en algunas religiones, como en la de Confucio, predominan los elementos morales sobre los dogmáticos, no hay inconveniente en decir que son religiones ateas. En efecto, una *religión moral,* es decir, una religión que pretenda fundarse esencialmente sobre la moral, es una religión atea, ó para hablar más propiamente, no puede ser religión. Lo que constituye esencialmente una religión, aquello sin lo que una religión lo es tan poco como un hombre sin razón y sin libertad, es Dios y la naturaleza divina, y la doctrina sobre la naturaleza divina y sobre Dios (1). Así, continuando la

---

así, á pesar de ser otro mi deseo. Pero que se pueda establecer una iglesia sobre la sola moral cristiana, no lo concibo de ningún modo. Me parece que la iglesia se compone de aquellos (los eclesiásticos) que se unen al mismo Cristo, que se instruyen en los secretos de su nacimiento y de su resurrección y en sus promesas, y de la multitud crédula que escucha. Cuando entramos ó salimos de ella, producimos una corriente, pero no llevamos calor.» Esto es exactamente lo que yo mismo he dicho de la iglesia, considerada como establecimiento de la moral; pero no es cierto que esa iglesia vaya por necesidad á fundarse única y exclusivamente sobre la moral; tal fundación es puramente social, y el organismo que constituye sólo en sentido social puede comprenderse y apreciarse.

(1) Véase sobre este punto el libro de Vera: *Cavour et l'Église libre dans l'État libre*, c. VIII.

comparación empezada más arriba, podemos decir con Tolstoi que si el animal se guía por las consecuencias inmediatas de sus actos (el pájaro construye su nido, porque en él encuentra el abrigo que necesita), el hombre es diferente, pues tiene á la vista las causas y los efectos más lejanos de sus acciones: las cuestiones más importantes no las resuelve definitivamente, por la complicación de consecuencias que traería cada solución. El hombre puede considerarse como un animal entre los animales que viven al día; pero puede y debe estimarse también como miembro de la familia, de la sociedad, de los pueblos que viven siglos; por eso el hombre razonable hizo siempre y donde quiera lo que en matemáticas se llama integrar, es decir, establecer, además de su relación con los fenómenos más próximos de su vida, su relación con todo el mundo infinito en el espacio y en el tiempo, considerándolo como una unidad. Y esa relación del hombre con el todo, es precisamente la religión. Así lo han comprendido todos los pueblos; el hebreo como miembro del pueblo elegido; el griego al convivir con sus dioses; el brahman como parte del gran sér en el que aspira á confundirse; el budhista al sufrir la serie de transformaciones que han de conducirle al nirvana. La religión que no liga al hombre finito con la existencia infinita, no es religión. En esto, no sólo Tolstoi y sus partidarios, sino todos los buenos pensadores están conformes.

Pero también están de acuerdo sobre otra cosa: que la razón es la fuerza humana que define la relación de los hombres en este mundo, y como esa relación es la misma para todos, la religión, que determina su establecimiento, es la que une á los hombres. Al mismo tiempo convienen en que, en las actuales circunstancias del mundo, el fin general del sentimiento religioso, es por su medio establecer un deber común y el deseo de cumplirlo. Así es que, partidario yo de los últimos, acepto voluntariamente que la moral social sea religiosa; pero lejos de inferir de aquí que los deberes sociales tienen que ser enseñados por los ministros de los cultos, lo que les converti-

ría en fórmulas eclesiásticas, creo que han de corresponder en todo y por todo al grado de civilización y de cultura.

Es cierto que los descubrimientos de las ciencias siempre sorprenden, y á veces afligen, á los espíritus religiosos; pero ¿no es la primera de las virtudes creer en lo verdadero? Verdad, religión, moralidad, son cosas inseparables; jamás la verdad puede ser irreligiosa; jamás puede ser inmoral. Admitamos todo lo que está demostrado y comprobado con datos ciertos: no paremos mientes en las consecuencias que de ello puedan deducirse. Reconozcamos las verdades que se nos presentan como exactos y necesarios resultados del cálculo y de la experiencia; pero no confundamos estas verdades con las hipótesis. Nada más irracional que la razón científica sistemática que pone á las hipótesis en contradicción con los ideales religiosos, sin ver que con sólo estarlo con verdades adquiridas que otras ciencias comprueban, deben tenerse por sospechosas de error. Por eso, aun las que no nos parezcan en flagrante oposición con los hechos, deben ser sometidas al más riguroso examen. El antropocentrismo y el darwinismo, los ideales de redención social y las tradiciones mesiánicas, el primer capítulo del Génesis y la cosmogonía de Laplace tienen igualmente su razón de ser en el conjunto de los hechos humanos, y la unidad de nuestro sér y de nuestro pensamiento sería imposible si existiese pugna entre las afirmaciones de una ciencia particular y las de la conciencia general.

Poner el corazón en oposición con el sistema implica una «teneduría de libros por partida doble», semejante á la de aquel físico de que habla Spencer que, teniendo ideas científicas contrarias á sus ideas religiosas, encontraba el medio de ser fiel á unas y á otras, negándose á compararlas: si penetraba en su laboratorio, cerraba la puerta de su oratorio, y si entraba en éste, cerraba la de aquél (1). Una tal situación de áni-

(1) Claudio Bernard tenía mejor método. «Cuando entro en mi laboratorio, decía, dejo á la puerta al Señor Espíritu y á la Señora Materia.» *Quand j'entre dans mon laboratoire, je laisse á la port Monsieur l'Esprit et Madame la Matière.*

mo no puede convenir á los espíritus sinceros, y así afirmamos que el sentimiento necesita de la ciencia, ó como dice Page (1): «No sólo pueden, sino que deben tenerse convicciones religiosas, pero únicamente aquellas que sean armonizables con los progresos del saber humano (2). Estas no impiden el progreso, mientras que una opinión considerada como verdad última, una creencia defendida con violencia, además de detener toda investigación, inspiran odio contra todo contradictor. Aunque este odio no sea en manera alguna temible, hiere y agria; y de ahí proviene la repugnancia de tantos hombres de ciencia á sostener en público sus opiniones particulares. Ya es tiempo de dejar á un lado tales circunspecciones, y de hacer ver públicamente á esos creyentes que el excepticismo y la falta de honradez—si en esto lo hay—están todos de su parte. ¿Qué peor excepticismo que el que pone en duda las más respetables opiniones y la observación más científica? ¿Hay falta de honradez más descortés que la que desconfía de las deducciones de un juicio bien fundado é imparcial?» ¿No es bastante triste que haya contradicción y lucha entre las conciencias de los diversos hombres, para que con un sentimentalismo vago vayamos á desencadenar en cada conciencia la guerra civil de las ideas?

La variedad más conocida del sentimentalismo religioso es

(1) *Man*, etc., Edimburgo, 1869.

(2) Lo mismo, y en términos parecidos á los de Page, vengo yo á decir en mi obra inédita sobre *Los orígenes del Cristianismo desde el punto de vista teológico é histórico:* «Yo no pienso que la religión sea materia de raciocinio como una ciencia, ó constructiva como un arte; la religión se sostiene principalmente por la vida de la fe. Pero no se olvide que la fe, propia del hombre, ha de ser una fe conforme á nuestra concepción científica del mundo, una fe digna de Dios: *credulitas digna Deo.* Dios no tiene necesidad de nuestras mentiras (Job, XIII, 7), y si existen aun entre los creyentes espíritus que desconocen la fuerza de esta idea, imaginando que la causa de Dios requiere ocultamientos y subterfugios, les diré, renovando la imprecación de Cristo á sus discípulos: Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?»

el utilitarismo sobrenaturalista de Pascal, que coloca el fundamento racional de la fe en el sentimiento del interés. Según Pascal, el interés viene á ser la única razón natural para creer, puesto que la caridad es sobrenatural. Así se explica el famoso argumento de la apuesta, que es un cálcalo de puro temor interesado. «Dios—escribe Pascal—existe ó no existe. Pero ¿á qué solución nos inclinaremos? La razón no puede determinar nada. Hay por medio un caos infinito. En la extremidad de esta distancia infinita se juega una partida de donde saldrá cara ó cruz. Hay que jugar forzosamente, puesto que estamos comprometidos á ello. ¿Por qué solución apostaremos? Puesto que es preciso elegir, veamos lo que más nos conviene. Calculemos la ganancia ó la pérdida, suponiendo que Dios existe. Consideremos los dos casos: si ganamos, lo ganamos todo; si perdemos, no perdemos nada. Apostemos, pues, á que existe sin vacilar.» «Es esta—dice Fouillée—una aplicación muy discutible del cálculo de probabilidades, por medio de la cual se podría demostrar lo mismo la divinidad de Brahma, que la del Alláh de Mahoma. Esa fe, por interés ó por cálculos de azar, semejantes á una suerte de dados, ¿es una base segura, no ya para la moral, sino para la religión misma? Leamos á Pascal hasta el fin: «Queréis ir á la fe é ignoráis el camino... Aprended de aquellos que han estado ligados, como lo estáis, y que apuestan ahora todo su caudal; son personas que saben ese camino que queréis seguir y que están curadas del mal de que queréis curaros. Seguid las prácticas por las cuales han comenzado, conduciéndose en todo como si creyeran (1), tomando agua bendita, mandando decir misas, etc. Esto mismo os hará creer naturalmente y os embrutecerá... ¿Qué perdéis con ello?» La razón levanta protesta demasiado elocuente contra una prestidigitación semejante para que pierda una sola palabra en desvirtuarla. Que á espíritus de la grandeza del de Pascal se les ocurriesen tales soluciones, es cosa que servirá de leni-

(1) Otro tanto hacen los mahometanos y los budhistas.

tivo á las pobres almas que andan en busca de la verdad y que en vano la piden á la ciega fe del pasado.

Verdad es que en la época de Pascal se había abusado del método intelectualista de conciliación. Leibnitz, secuaz inconsciente en esto de Santo Tomás, había intentado armonizar la fe con la ciencia en el terreno de la filosofía racionalista sirviéndose de comparaciones más propias de un escolástico que de un hombre científico y un metafísico independiente. Los escitas tenían la costumbre de arrancar los ojos á sus siervos con el fin de que no sufrieran distracción alguna en los trabajos manuales en que los ocupaban. Ciertos pajareros suelen, aun hoy día, usar un sistema análogo con los pinzones, afanosos de que modulen sus melodías con más perfección. ¿No es éste, por ventura, el mismo método de que se sirven los sentimentalistas, los tradicionalistas, los sobrenaturalistas, los místicos, los excépticos religiosos de todo género en el exaltamiento de la revelación? Así, al menos, lo entienden los partidarios del procedimiento demostrativo, para quienes la razón es una revelación natural y la revelación una razón sobrenatural. Esos procedimientos, dicen ellos, al destruir la inteligencia destruyen el dogma, que es para la inteligencia lo que el telescopio para la vista; y de ese modo, en vez de afianzar la fe, la hacen imposible humanamente y acaban por perder lo que deseaban salvar.

Admirad desde luego la sencillez de esta concepción del racionalismo dogmático; considerad después el acuerdo en que parece estar con mi crítica del sentimentalismo. Sin embargo, le es muy fácil á la filosofía y á la teología modernas juzgar y condenar como un descamino todo ese método propuesto para conciliar las pretensiones de la ciencia humana y las necesidades del corazón.

Si el hombre—pensaron los racionalistas dogmáticos—puede por instinto intelectual ponerse inmediatamente en posesión de verdades que el discurso no alcanza ni aun después de largos rodeos, y que reconoce siempre como una relación, con-

fusa, pero irremediable, de su pensamiento con el objeto general de todo pensamiento, ¿por qué ha de repugnar que la creencia llegue, por especial disposición de Dios, á convertirse en conocimiento sobrenatural, en perfecta inteligencia de los misterios? ¿No vemos al mismo espíritu humano, en otro orden de relaciones, hacer cosas grandes y sublimes con instrumentos imperfectos? En cuanto á la armonía de la revelación y de la razón en las verdades que á ambas compete esclarecer, ó sea, en sus respectivos límites, es más que posible, es hacedera. La fe y la ciencia son, ciertamente, dos mundos distintos; pero ¿á qué separar lo que puede estar unido? No sólo cabe reconocer el valor objetivo de las verdades creíbles, sino que su concordia subjetiva con las adquiridas lentamente por investigación es fácil, siempre que no se tomen los puntos de vista particulares de nuestro criterio dogmático, por reglas aplicables al discernimiento de la realidad de carácter científico. Sin mantener separados en nuestro interior lo que la religión nos impone la obligación de creer y lo que la ciencia nos enseña en orden á la verdad natural, hay que evitar la confusión de ambas cosas, empezando por armonizarlas. Existe, pues, un género de verdades que las puras fórmulas de raciocinio humano no pueden alcanzar.

Preciso es confesar que estos argumentos son concluyentes si no se admite una inteligencia suprema preexistiendo al Universo; pero admitido este punto, ¿tendrán algún valor aquellos argumentos? Mírese el asunto por el lado que se quiera, la revelación es un hecho posible á todas luces. Y precisamente porque es posible, y lo reconocemos así, reconocemos también que se hace inútil la revelación en sentido sobrenatural.

Dicen los teólogos que las verdades de fe no son contrarias, sino superiores á la razón. Pero ¿cómo podremos apreciar esto si exceden ó trascienden de los límites de la razón? Esa razón no puede decidir de la identidad ó de la contrariedad de verdades que no estén á su alcance. ¿Cómo, pues, hablar de la armonía con la razón de verdades que no podemos comprobar

en su terreno por ser superiores á ella? Además, decir que las verdades sobrenaturales están por encima de las fuerzas de la razón, es no decir nada: es suponer que la verdad es una *cosa,* un principio realizado, un objeto colocado por encima de nuestra mente y hacia el cual nos elevamos por una ascensión misteriosa. Pero lo que debe admitirse es que la verdad es una relación entre la razón y la realidad, una ecuación entre el pensamiento y el sér. ¿Cómo la verdad que suponemos indefectiblemente con dos términos, el sujeto y el objeto, puede existir en faltando uno? Todas aquellas comparaciones están fuera de la realidad y se limitan á apariencias.

Supuesto lo que precede, hasta puede decirse que la conciliación de la fe con la razón por el sendero de la razón es incompatible con la fe misma. Por eso, no los incrédulos, sino los adversarios más decididos del racionalismo, han sido los primeros en rechazar esa supuesta analogía entre la fe y la razón. Véase, en prueba de ello, cómo se expresaba Guizot en el prólogo á sus *Etudes morales:* «El orden natural es el campo abierto á la ciencia del hombre; el orden sobrenatural está entreabierto á su creencia y á su esperanza, pero allí no penetra su saber. En el orden natural, el hombre ejerce una parte de poder y de acción; en el orden sobrenatural, no tiene más que someterse... Se ha dicho en un sentido de conciliación y de paz: »*La religión y la filosofía son dos hermanas, que se deben mutuamente respeto y protección.* Palabras en las que se ven aún marcadas las quimeras del orgullo del hombre: la filosofía viene del hombre, y es la obra de su entendimiento; la religión viene de Dios; el hombre la recibe y muchas veces la altera, después de haberla recibido, pero no la crea. La religión y la filosofía no son, pues, dos hermanas, son dos hijas: la una, de *nuestro Padre que está en los cielos;* la otra, del simple genio humano. Y su condición en este mundo tampoco puede ser igual, así como no lo es su origen: la autoridad es la divisa de la religión; la de la filosofía es la libertad.»

Estas ideas de Guizot sobre el problema religioso, han sido

suscritas por Augusto Nicolás, y debieran serlo por todos los sobrenaturalistas consecuentes en sus principios. Poco importa que algunos de ellos opinen lo contrario: estos tales no han advertido que al conceder participación más ó menos limitada y restringida á la razón humana en las verdades de la llamada religión natural, han abandonado parcialmente su verdadera escuela. Por eso los tradicionalistas consecuentes y lógicos ponen en caricatura á los escolásticos, llamándolos semipelagianos de la filosofía y objetándoles que al distinguir la religión natural de la revelada caen inconscientemente en el racionalismo.

La religión y la ciencia, como el cielo y la tierra, como la Iglesia y el Estado, tienen que estar en pugna, no sólo por razón de su naturaleza, sino por la complejidad misma de la vida humana en que ambas se realizan y tienen su participación obligada con relación al espíritu y al cuerpo. El médico que en la agonía del Emperador Constancio quiso cerciorarse de la temperatura del agua consagrada en la tina bautismal, pedida afanosamente por aquél, y el sacerdote que se opuso á este reconocimiento prudentísimo, temiendo se profanase el agua bendita, son el mejor ejemplo que pudiéramos presentar del antagonismo práctico de la ciencia con las religiones fundadas en una revelación positiva.

Dícese, sin embargo, que las verdades de fe no pueden tener la menor relación con las verdades naturales, porque lo que Dios se ha dignado revelarnos es solamente aquello que forma el fundamento de las costumbres; los dogmas realmente sancionados por la Iglesia, son los que atañen á la moral. Este efugio es una repetición del argumento vulgar de los exégetas que, para disculpar los errores cosmogónicos de la Biblia, dicen que la cosmogonía mosaica no nos la legó Dios para enseñarnos, sino para hacernos reconocer su grandeza; llevado principalmente de un fin moral, quería hacernos humildes y no soberbios. Pero, replicaré con un pensador radical (1):

(1) Pí y Margall: *Las luchas de nuestros días*, d. II, p. 92.

¿No teníamos derecho á exigirle, cuando menos, que hablándonos de cielos y tierra no nos afirmase por la autoridad de su palabra en errores que habían de retardar el pleno dominio que aseguraba habernos dado sobre el planeta? *Replete terram et subjicite eam,* habrá dicho el primer hombre.

Otro motivo de deficiencia cabe señalar en los relatos bíblicos con que la ortodoxia oficial justifica el origen del mundo y del hombre; y es que esas tradiciones no tienen por fundamento más que pruebas negativas, y que basta para destruirlas un solo hecho positivo rigurosamente comprobado. Los ortodoxos oficiales no se apuran por tan poca cosa; la misión que á sí mismos se imponen, estriba en sostener la narración de Moisés, atribuyéndole una inspiración inmediatamente divina. Nada les importa que la ciencia demuestre que sus descubrimientos se oponen al criterio cosmogónico del Génesis, ó que las doctrinas de este libro tienen precedentes y preparaciones en los libros sagrados de otros sistemas religiosos. Con admitir el hecho é interpretarlo á su modo, salen magníficamente del apuro. Si se les prueba que el relato del Génesis no está conforme con los sistemas científicos modernos, dicen que basta que no esté en pugna con ellos; si se les hace ver esto último, replican que se trata de una mala interpretación del texto bíblico. Siempre están prometiendo que lo armonizarán todo; pero hasta la fecha no han armonizado nada. Ocúrreles en esto lo que se cuenta que ocurrió en un baile del Duque de Orleans al célebre literato Dumas. Presentóse éste en el baile muy tranquilo con su querida del brazo. El Duque le dijo: «Creo, Sr. Dumas, que habéis traído á mi casa á vuestra esposa.» Para salir de la embarazosa situación á que lo hubiera traído esta falta de respeto á las leyes sociales, y por no caer en la desgracia del de Orleans, Dumas tuvo que casarse de prisa. Luego se divorció de su mujer, señalándole 500 francos de renta mensual. No se los pagaba nunca. Un día la mujer se dirigió á él quejándose de este abandono. *¡Ah! ¿No tienes bastante con quinientos? Pues te señalo mil.* Claro está, con su

hábito de cumplir, podía haberle señalado hasta un millón diario, sin el menor cuidado. Otras veces los exégetas y comentadores, llenos de desengaños en punto á confusión de interpretaciones, ponen la base de su armonismo en datos científicos discutibles ó falsos; y cuando se ven desmentidos por investigaciones posteriores y fracasados en sus empresas concordistas, tienen que simular lo que no sienten y hacer coro en la retractación; imitando, más de una vez, el método de aquel autor cómico que, noticioso de que una piececilla suya no agradó al público ni duró en el cartel, exclamó al entrar en el teatro: «¿Me silban? Voy á ayudarles.» Agassiz decía con razón que, ante toda novedad científica que se presenta tendiendo á suplantar ideas tradicionales, y que acaba por convertirse en descubrimiento, la masa retrógrada ha emitido siempre tres juicios: *a)* es hipotético, aventurado; *b)* es contrario á la religión; *c)* eso ya lo sabía todo el mundo. ¡El eterno cuento del huevo de Colón!

Y no es menor el desengaño sufrido por exégetas y comentadores en punto á confusión de interpretaciones. En pos de los antiguos teólogos, que yacen alrededor de la cuna de cada ciencia, como las serpientes estranguladoras junto á la cuna de Hércules, vienen los ortodoxos modernos, que *ni aprenden ni olvidan,* y que se hallan ya desorientados en todos sus movimientos. «La historia muestra—dice Huxley—que cada vez que el saber y la ortodoxia tuvieron con armas iguales un encuentro, la última debió abandonar el campo muy mal parada, si no destruída; muy comprometida, si no arruinada.»

Véanse algunos hechos y dedúzcase lo que proceda. En nombre de la ortodoxia se ha dicho que el Génesis es un documento enteramente original y que nació de la leyenda caldea; que puede interpretarse literalmente, y que es lícita su interpretación ideal, alegórica ó mixta; que los días genesíacos son días naturales, y que, aunque el narrador los haya expresamente limitado entre la mañana y la tarde, no deben ser días de doce ó veinticuatro horas, sino períodos de creación, que se

pueden prolongar á medida de las necesidades; que el libro de Moisés es una narración histórica donde se delinean los hechos por el orden en que aparecieron, y que no es más que un himno destinado á cantar las glorias del Creador é introducción poética á la historia del linaje humano; y si, después de haber amontonado tantas contradicciones, permanecéis ortodoxos, forzoso os será al menos quedar confundidos ante tamañas inconsecuencias, y confesar que, si las ciencias profanas tienen variedad y oposición de criterio, variedad y oposición semejantes encierra la ciencia sagrada.

Agrégase á ésta otra concepción intrínseca que concurre á considerar las religiones fundadas en una revelación pōsitiva como inconciliables *à priori* con la razón. Creo que mis anteriores declaraciones bastan á evitar que se me entienda mal, imputándome la intención de rebajar ó menguar, con tanto insistir en la incompatibilidad de la religión con el saber, la *fe* y el sentimiento dogmático en general. No; lo que aquí se combate es la fe apoyada en revelaciones históricas que la ciencia ha reducido á la nada, en preocupaciones sobrenaturales con que no puede ya transigir el espíritu moderno. En el Antiguo Testamento aparece Dios hablando directamente con Adán y paseando por el jardín; más tarde se presenta en forma humana al patriarca, sentado bajo su árbol, y acepta la hospitalidad en su tienda; luego conversa en la montaña con el legislador, y escribe por su propia mano en las dos Tablas de la Ley. Algún tiempo después se vale la Divinidad de ángeles para comunicarse á los hombres; del mismo modo facilita Platón el comercio entre dioses y hombres por medio de demonios.

Decidme, lectores: si tomamos estos hechos en toda su sencillez y con arreglo á las tradiciones teológicas del mundo antiguo, ¿no comprenderemos aquella lógica irónica é inexorable con la que Hobbes atacaba la teoría de la revelación? «Afirmar que Dios ha hablado al hombre en un sueño, es afirmar que el hombre ha soñado que le ha hablado Dios, y nada más.»

«Afirmar que tuvo una visión ó que oyó una voz, es afirmar que soñó entre el sueño y el despertar.» La prueba más palpable de esta verdad es la analogía de los hechos.

Conviene insistir en que semejante analogía no menoscaba los justos títulos que el sentimiento religioso en general tiene al respeto de la ciencia. Aquellas palabras que Homero pone en boca de Phisistrato, *pantes de zeon jateons anzrofroi,* todos los hombres se inclinan á lo divino, ó como más etimológica y psicológicamente dice Max Müller: «Como la avecilla hambrienta abre su pico, así se mueven los hombres á lo divino»: esas palabras designan concretamente el concepto de religión como relación de respeto y sumisión del hombre respecto de Dios. Puede suceder que el salvaje apenas sepa nada de religión; pero cuando el *papúa* se inclina ante su *karwar* y con las manos en la frente se pregunta si lo que tiene en su presencia es bueno ó malo, esto es para él religión. Cuando el publicano estaba á los pies del templo, sin atreverse á levantar los ojos del suelo, y dándose golpes de pecho, decía: «Señor, tened piedad de mí», esto era para él la religión. Cuando el joven *brahman* ponía al salir el sol un trozo de madera en el fuego del altar, y decía con las palabras de la antigua oración: «Ilumina mi espíritu», todo esto es religión.

Mas, por otra parte, sería un grande y peligroso error confundir estas manifestaciones parciales y limitadas del espíritu religioso con la religión propiamente dicha. La religión no es un hecho parcial, no se expresa por un signo exterior único; se halla esparcida por todas las religiones, y para encontrarla hace falta descartarla de las revelaciones positivas en que se halla desnaturalizada. Por eso Kant (1) no quería, con razón, que se dijese de los partidarios de esas revelaciones que tienen una religión; tienen una fe, profesan tal ó cual creencia; pero sería hacerles demasiado honor decir que tienen una religión, porque la religión no reside en libros ó en ceremonias, posee

(1) *Die religion innerhalb der grenzen der blossen vernunft,* III.

su asiento en el alma y no existe más que en el hombre adornado de una moralidad trascendente digna de este nombre. Sólo el ser dotado de este sentimiento especial puede estar en íntima relación con la moralidad y ofrecerle un tributo verdadero de glorificación.

Desde que el Cristianismo fue, como todas las religiones, adulterado, se admitieron, según nota Tolstoi, todos los errores y todas las inepcias del Antiguo Testamento, como la creación del mundo antes que la del sol, la reunión de todos los animales en el arca, etc.; de modo que, aun sin hablar de lo que algunos consideran como suplemento de los dogmas principales de esta religión, y sin salir de los términos del símbolo de Nicea, los hombres podrán seguir diciendo con los labios: «Creo que Cristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre», sin que nadie pueda ya creerlo, porque esas palabras no tienen sentido. Por eso los hombres de nuestro tiempo que profesan el Cristianismo desnaturalizado no creen realmente en nada.

He querido guardar para el final esta cita magnífica, que resume en breve trecho las últimas conclusiones de nuestro estudio y que se debe á uno de los educadores más clásicos de nuestra juventud intelectual, el célebre Tiberghien (1): «La *revelación* es un término de que se abusa mucho: representa el sofisma perezoso, *ignava ratio,* el argumento de los que no se toman el trabajo de reflexionar y se pagan de una palabra para decidir toda cosa. Equivale á la idea de la omnipotencia de Dios, que basta á los teólogos para soltar todas las dificultades de la metafísica (2). Después de que la razón se ha emancipado de la fe, el dominio de la revelación histórica se ha circunscrito cada vez más. Se puede actualmente proclamar como un principio que la revelación es inútil para todo lo que

(1) *La théorie de la connaisance*, t. I, p. 417.

(2) Tiberghien parece copiar aquí á Spinosa, que acusaba ya á los teólogos de su tiempo de «recurrir á la voluntad de Dios como asilo supremo de su ignorancia».

no puede ser determinado por la razón. Y que no se invoquen las lagunas del conocimiento científico. Los mismos teólogos las acatarían gustosamente si les fuese posible justificar de una manera inteligible todos los puntos de su doctrina, que limitan á lo que se llama el orden sobrenatural, exaltando sus magnificencias, pero que difícilmente pueden cimentar sobre las bases de la vida real... En efecto, nos hallamos en presencia de muchos sistemas revelados: cada pueblo del Oriente tiene el suyo. Budha, Zoroastro, Hermes, Moisés, Mahoma, los evangelistas pasan todos por reveladores á los ojos de sus conciudadanos y de sus prosélitos. Y conste que no hablo de impostores ni de espíritus enfermos, que pretenden ser favorecidos por una comunicación extraordinaria de la divinidad. Ahora bien, todos los sistemas revelados se contradicen en varios puntos. Y como cada uno afirma estar solo en la posesión de la verdad, el principio de contradicción y el sentido común se oponen á admitirlos todos. Pero ¿cuál es preciso adoptar y sobre qué base nos apoyaremos para hacer la elección? Apelar á la fe es imposible, pues vale tanto como resolver la cuestión por la cuestión. ¿No tiene sus creyentes cada sistema? Todos, pues, serían igualmente respetables y verdaderos, y habría que sostener que Dios ha dictado soluciones contradictorias sobre los intereses fundamentales del hombre, que no existe diferencia entre la verdad y el error, que todo es verdadero ó falso, según las circunstancias. Mas, si no es la fe, es la razón la que debe decidir de la superioridad de una revelación sobre otra. La verdadera religión es la que se conforma con la razón, y todo lo que en un sistema revelado es contrario á la razón, es erróneo... Por otra parte, si la revelación fuese incontestable á nuestros ojos, no se necesitaría consultarla en la cuestión de la existencia de Dios; porque los que niegan á Dios, niegan igualmente la revelación, y nos veríamos en la imposibilidad de reconocer el principio de la ciencia. La revelación no es posible más que si Dios existe, pero no es una consecuencia necesaria de la existencia de Dios. Sin duda hay

una revelación y hay un Dios; pero ¿cómo establecer la existencia de la revelación sin establecer de antemano la existencia de Dios? La revelación es menos evidente que Dios, y no se debe demostrar una cosa incierta por otra más incierta todavía. Por lo demás, estas observaciones están confirmadas por la historia. Los griegos no tenían ningún libro sagrado, ninguna doctrina revelada, y sin embargo admitieron la existencia de Dios, y sus filósofos se ocuparon de los atributos ontológicos y morales de Dios de una manera más científica que los Orientales, llegando sus obras á servir de modelos á los Padres de la Iglesia y á los doctores de la Edad Media.»

Este criterio ilustrado, recto y enteramente independiente nos ayudará á comprender los extremos que quedan por aclarar.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

APUNTES SOBRE EL PROBLEMA MARROQUI

LAS CONFERENCIAS DE MADRID EN 1880

I

Dos son, desde hace bastante tiempo, pero sobre todo desde la pérdida de las Colonias, los problemas que mayor interés ofrecen y más viva atención despiertan en España, aunque cada uno por motivos diversos y con tendencias opuestas: el problema de nuestras relaciones con la América latina y el problema de Marruecos.

El primero, aunque afecta por modo poderoso al porvenir de la raza española, de tan gloriosa historia y de tan triste presente, es de carácter esencialmente económico, al menos mientras no logremos salir de la deporable condición á que nos han reducido recientes desgracias: el segundo ha sido siempre, y lo es con más motivo ahora, de aspecto casi por completo político. Aquél, una vez que España ha dejado de ser geográficamente una potencia colonial, interesa bajo el punto de vista económico, por lo que el fomento de la exportación puede contribuir al desarrollo de la industria, y en general, al de la riqueza pública. El otro afecta á intereses políticos, al porvenir, tal vez á la misma existencia independiente de la Nación. de ésta.

Por este diverso aspecto de uno y otro problema; por herir más vivamente la imaginación de los españoles el de Ma-

rruecos que el de América; acaso por los recuerdos que el primero evoca y hasta por los temores que suscita, lo que se refiere al problema moghrebino apasiona más los ánimos que el problema americano. Y hay que convenir, sin negar por ello la extraordinaria importancia que entraña cuanto afecta á nuestras relaciones con la América latina, que hay poderosas razones que justifican la preferencia que se otorga á los asuntos del vecino continente; y es que si aquello puede influir en el porvenir, esto otro influye en la propia vida nacional, y que si lo uno depende de las amistosas disposiciones de los españoles de aquende y de allende el Océano, lo otro es resultado de la acción encontrada, ejercida por diversas potencias en defensa de opuestos intereses.

Hace setenta años, sobre poco más ó menos, el problema de Marruecos era un problema esencialmente español. Desde que en la famosa derrota de D. Sebastián en Alcazarquivir se desvaneció la influencia y se extinguió la acción de Portugal en el Norte del Continente negro, puede decirse que España se encontró sola frente á la morisma, como enemiga unas veces, como aliada otras muchas; y cuando estalló la Revolución francesa y Muley Solimán hizo suyos los agravios de los Soberanos europeos y se alió con éstos para combatir á la Convención, desaparecieron los efectos de los trabajos realizados por Francia desde la época de Luis XIII, trabajos condensados en los Tratados de 1682 y 1767, y España, de haber sido otra su situación, habría podido intentar el cumplimiento del programa contenido en la última voluntad de Isabel la Católica. Que no se dejó de pensar en ello, lo demuestran las empresas de aquel Domingo Badía, cuya historia, hasta ahora, sólo parcialmente es conocida.

No pasaron muchos años, después de esto, sin que los factores del problema sufrieran importante modificación, pues tanto Luis XVIII como Carlos X procuraron restaurar la antigua influencia francesa y consiguieron el trato de nación más favorecida; y cuando tras la conquista de la Argelia el

incidente de Sidi-Aziz provocó el rompimiento entre Francia y Marruecos, consecuencia del cual fueron el bombardeo de Tánger y Mogador por la escuadra mandada por el Príncipe Joinville y la batalla d'Isly, Peel se mostró inquieto y receloso, temiendo, sin que Guizot lograse desvanecer sus inquietudes, que Francia realizase adquisiciones territoriales en Marruecos, y el Gabinete de París se apresuró á ajustar la paz, recomendada al Sultán por Inglaterra, concertándose la Convención de Tánger de 10 de Septiembre de 1844. El problema marroquí había dejado de ser exclusivamente español, y si entonces pudo dudarlo alguien en España, bien pronto los múltiples incidentes ocurridos así en el origen como durante el desarrollo de la campaña de 1859-60, pusieron de relieve que en adelante era preciso contar con los Gobiernos de Francia y de Inglaterra.

Bueno es advertir que ya por entonces se sospechaba en Europa, aunque, en nuestro concepto con evidente error, que España se hallaba de acuerdo con Prusia respecto de los asuntos de Marruecos, y la estancia en éste, durante la guerra de 1859, del Dr. Lucius, y los rumores sobre supuestos ó reales proyectos de Bismarck, ora para adquirir las Chafarinas, ora para apoderarse de la meseta de Adjerud, dando cuerpo á aquella idea, evidenciaron que Prusia antes y luego Alemania era un factor que no podía dejarse de tener en cuenta. El nombramiento del Sr. Testa para la plenipotencia de Alemania en Tánger, los estudios del Príncipe Adalberto de Prusia en la costa del Riff, las declaraciones de la *Deutsche-Kolonial Zeitung*, el viaje al Atlas del Sr. Quedefelt, etc., disiparon hasta la última sombra de duda.

Hechos simultáneos á éstos hicieron indispensable contar con la opinión de Italia, de los Países Bajos, de Rusia, de Suecia y Noruega y hasta de los Estados Unidos. ¿Existe problema alguno en que intervenga mayor número de naciones? Y sin embargo, para ningún pueblo representa lo que para España la cuestión de Marruecos; porque si para unos es asunto

puramente comercial, para otros pretexto de engrandecimiento territorial, para alguno una mera aspiración á poner el pié en el Mediterráneo, para otro exigencia de su posición en el Estrecho, etc., para nosotros es mucho más que eso, es cuestión de vida ó muerte, porque, como dijo hace tiempo el Sr. Costa en un maravilloso discurso, «la transformación de Marruecos en colonia francesa ó en colonia británica, llevaría consigo, como consecuencia necesaria, la expulsión de España de aquella costa (la del Norte, de Ceuta á Chafarinas), lo mismo que de la costa occidental, ó sea, de Santa Cruz de Mar Pequeña; seguiríase á eso la pérdida de las Baleares y de las Canarias; y así estrechada España entre dos Inglaterras ó entre dos Francias, en bloqueo permanente sus costas mediterráneas, no tardaríamos en ver atacada su independencia en el corazón mismo de la metrópoli.»

Por esto, la opinión de cuantos en España se han ocupado, con verdadero conocimiento de causa, de estas cuestiones, ha sido siempre favorable al mantenimiento del *statu quo* territorial y político.

En qué consiste el *statu quo* territorial, no hace falta decirlo; pero para compr ender lo que significa el *statu quo* político es indispensable estudiar en sus antecedentes, en su desarrollo y en sus consecuencias, las Conferencias celebradas en Madrid en 1880.

II

El primer pacto por virtud del cual sancionó Marruecos en el pasado siglo el derecho de protección que los pueblos civilizados se atribuyen en aquellos países que desconocen ó niegan los derechos del extranjero que acude á sus mercados, del buque que ancla en sus puertos y del misionero que difunde en ellos la luz del Evangelio, fué el Tratado anglo-marroquí de 9 de Diciembre de 1856. A éste siguió el que celebraron España y Marruecos en 20 de Noviembre de 1861, en el cual se repro-

dujo casi literalmente el contenido de aquél, cuyas disposiciones se concretaron en las Notas de los representantes de Francia y España de 19 y 20 de Agosto de 1863, á las cuales se adhirieron, previa invitación del Plenipotenciario del Sultán, los Ministros de Bélgica, Cerdeña, Estados Unidos, Inglaterra y Suecia.

Por dichos pactos, los Ministros, Cónsules, Vicecónsules y Agentes consulares extranjeros, podían escoger libremente sus intérpretes, guardas y criados, ya entre los musulmanes, ya entre los súbditos de otro país, y, fuesen lo uno ó lo otro, quedaban exentos de pagar impuestos de capitación, contribuciones forzosas, etc. Esta protección era individual y temporal, y en ningún caso hereditaria, y sólo se extendía á la mujer y á los hijos del protegido que vivían en la casa paterna. Las casas de comercio al por mayor gozaban también de análoga facultad.

Fundábanse estas concesiones en motivos de verdadera necesidad y utilidad para la Representación diplomática y consular y para el comercio extranjero; pero en la práctica se exageró su alcance, se torció su sentido, se desnaturalizó su objeto, cometiéndose grandes abusos; pues á pesar de lo que terminantemente disponía el Acuerdo de 1863 respecto de los límites en que los Agentes extranjeros acreditados en Marruecos debían encerrarse al otorgar á los indígenas la protección de sus Legaciones ó Consulados, se concedió ésta con tal amplitud, que poco á poco se fué haciendo ilusoria la soberanía del Sultán, á cuya autoridad se sustraía una parte no despreciable de sus súbditos moros y hebreos, aquella parte, singularmente, que por su riqueza y elevada posición estaba en el caso, mejor que otra alguna, de contribuir á las cargas del Estado.

Compréndese sin dificultad que tal estado de cosas no podía prolongarse sin que el Gobierno marroquí intentase poner fin á semejantes abusos, y en efecto, a caso alentado secretamente por alguna Potencia, se dirigió á los Representantes extranje-

ros acreditados en Tánger, pidiendo que el derecho de protección no se ejerciese sino dentro de los límites que marcaban los Tratados; y tan vivas y tan reiteradas fueron sus gestiones, que al fin hubo de conseguir se celebrase en dicha ciudad una conferencia entre los referidos Agentes diplomáticos para regular nuevamente el derecho que éstos ejercían en nombre de sus respectivos Gobiernos al proteger á los súbditos de Su Majestad Sheriffiana, arrancándolos á la jurisdicción marroquí y sometiéndolos á la de la Nación protectora.

Tuvieron las conferencias, celebradas en 1877, verdadera importancia, no sólo por la que entrañaban el asunto que las motivó y las cuestiones incidentales que hubieron de plantearse, sino por la altura de los Ministros europeos que á ellas concurrieron, pues entre éstos estaban el famoso Drummond Hay, representante de Inglaterra; Scovasso, de Italia; Vernouillet, de Francia; Colaço, de Portugal, y Weber, de Alemania. Además estuvieron representadas España, Bélgica, Suecia y Noruega, Austria-Hungría, Dinamarca, los Países Bajos, el Brasil y los Estados Unidos. Desgraciadamente, no pudo llegarse á un acuerdo, pues los Plenipotenciarios se dividieron al apreciar las proposiciones del Ministro de Negocios Extranjeros del Sultán, Sid Mohammed Vargas; y aunque Mr. Drummond Hay las defendió con inteligencia, la oposición de Francia las hizo fracasar. Tampoco España, cuyo representante era á la sazón D. Eduardo Romea, se mostró favorable á los deseos de Marruecos, pues si bien en principio aceptó las limitaciones á la protección, exigió en cambio, fundándose en el texto del Tratado de comercio de 1861, que interpretó con demasiada amplitud, compensaciones que no fué posible obtener. Bien es verdad que no se limitaron aquellos á pretender fijar reglas que limitasen el ejercicio del derecho de protección, sino que suscitaron otras cuestiones, como la de que se igualase á los extranjeros y protegidos con los marroquíes en el pago de impuestos sobre los productos agrícolas y los ganados, la de derechos de tránsito, etc.

Repitióse esta tentativa dos años después, esto es, en los primeros meses de 1879, pero no tuvo mejor resultado; mas Inglaterra, que parecía la inspiradora de la política del Sultán, y que fué la que más abiertamente apoyó las peticiones de Sid Mohammed Vargas frente á Francia, Italia y Portugal, no se dió por vencida, y como se había llegado á sospechar que algo influían en el mal éxito de las conferencias prejuicios, antagonismos personales y compromisos de localidad que pesaban sobre los Representantes extranjeros en Tánger, emprendió otro camino, que fué el que al fin condujo al desenlace apetecido, dando lugar las gestiones de Inglaterra á la reunión de la Conferencia de Madrid.

III

Pocos meses después de terminar las Conferencias de Tánger, esto es, en Octubre de 1879, el Plenipotenciario inglés en Madrid, Mr. Sackville West, conversando con el Ministro de Estado de S. M. C., que lo era á la sazón el Sr. Duque de Tetuán, hubo de manifestar á éste, en nombre del Jefe del Gabinete inglés, Marqués de Salisbury, que deseando robustecer la autoridad del Sultán, y para ello limitar las protecciones, nada consideraba más eficaz, puesto que la experiencia había demostrado la ineficacia de las gestiones realizadas en Tánger, que tratar este asunto fuera de Marruecos, para lo cual proponía la celebración de nuevas conferencias, que podían tener lugar en Madrid. Movido por consideraciones idénticas, no titubeó el Gobierno español en asociarse al pensamiento del de S. M. B. para procurar que la cuestión de protección y las que con ella se encontraban en íntimo y necesario enlace, se trataran de un modo especial y fuera del territorio de Marruecos, manifestando al propio tiempo que España se holgaría en extremo en recibir á los Plenipotenciarios.

De acuerdo, pues, España é Inglaterra en tan interesante

punto, el Sr. Duque de Tetuán puso en conocimiento de los Representantes de S. M. en el extranjero la proposición del Plenipotenciario inglés, con objeto de que explorasen la actitud y el pensamiento del Gobierno, cerca del cual se hallaban representados, y al mismo tiempo el Gabinete de Londres hizo á los demás de Europa y América, interesados en este asunto, análogas proposiciones que al de Madrid. Como las respuestas de todos los Gobiernos fueron favorables, el Sr. Duque de Tetuán, por circular de 10 de Abril de 1880, se dirigió á todas las potencias á fin de que designasen sus representantes, indicando la conveniencia de que no fuesen nombrados los Ministros en Tánger que ya se habían ocupado de este asunto; y en efecto, recibieron las oportunas credenciales para asistir á las conferencias, el Conde de Solms Sonnewalde, por Alemania; el Conde Ludolf, por Austria-Hungría; Mr. Anspach, por Bélgica; el General Fairchild, por los Estados Unidos; el Almirante Jaurés, por Francia; Mr. Sackoville West, por Inglaterra y Dinamarca; el Conde Greppi, por Italia; Sid Mohammed Vargas, por Marruecos; Mr. de Heldewier, por los Países Bajos; el Conde de Casal Ribeiro, por Portugal; mister Akerman, por Suecia y Noruega, y el Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de ministros, por España.

La primera sesión, celebrada el 19 de Mayo, se redujo á la designación de Presidente de las Conferencias, cargo que, á propuesta del Plenipotenciario alemán, fue conferido por unanimidad al Jefe del Gobierno y Representante de España, señor Cánovas del Castillo, y al discurso que éste leyó dando las gracias y exponiendo el objeto de la reunión. «Todas las potencias—dijo—que se encuentran en relaciones diplómaticas y comerciales con el Imperio de Marruecos, están igualmente interesadas en que sus representantes y sus súbditos gocen en dicho país de la seguridad y de las garantías especiales que puedan asegurar, á los unos el ejercicio de sus altas funciones, y á los otros, el libre desenvolvimiento de sus intereses legítimos.—Otro lazo debe unir todavía, en mi concepto, á esas

mismas Potencias: el deseo de conciliar, con el reconocimiento de sus derechos, establecidos por estipulaciones solemnes, las necesidades de orden interior que se imponen á todo Gobierno, y el firme propósito de facilitar al de Marruecos los progresos que le permitirán, por la reforma gradual del estado social del país, llegar á ser él mismo el primer protector de las personas y de los intereses que salvaguardian los Tratados existentes.»

En la segunda sesión se dió lectura de las proposiciones que presentaba Sid Mohammed Torres. Eran éstas las mismas que formuló ante la Conferencia de Tánger, si bien introducía algunas modificaciones, pues con objeto de evitar los inconvenientes que había producido la protección otorgada por el Acuerdo de 1863 á los Agentes (corredores ó censales) de los comerciantes extranjeros, proponía que dichos Agentes habían de ser escogidos entre los habitantes de las ciudades y de los puertos, y no entre los campesinos; que quedarían sometidos á la autoridad local, si bien en el caso de cometer un acto punible que hiciese necesario su arresto en el campo, el Gobernador lo podría arrestar, pero habría de formarse un inventario de cuanto se encontrase en su poder, firmándolo dos Notarios públicos y el Agente, si sabía escribir, y remitir aquél al Gobernador de la ciudad de su procedencia, guardando éste los efectos que hubiesen sido ocupados, y juzgando al Agente las autoridades locales de dicha ciudad en presencia del Cónsul; que el Agente arrestado sería eliminado de la lista de Agentes, y el comerciante nombraría otro en su reemplazo; que cada Agente llevaría una carta ó pasaporte del Gobernador de la ciudad de su procedencia, y que si una autoridad del campo cometía una injusticia el asunto sería elevado á conocimiento del Ministro de Negocios Extranjeros en Tánger, y si la injusticia resultaba probada se otorgaría una satisfacción proporcional al Agente.

Respecto á las protecciones irregulares, como algunos de los Ministros extranjeros acreditados en Tánger habían ex-

presado temores por la suerte de las personas que debían ser borradas de las listas de protegidos, Sidi Mohammed Vargas proponía que todas las cuestiones relativas á herencias, bienes inmuebles, etc., continuarían siendo de la competencia del Cadí; y que los demás asuntos, como asesinatos, querellas, etcétera, cuyo conocimiento competía al Gobernador, si el exprotegido no quería someterse á éste, serían resueltos por el Ministro de Negocios Extranjeros en Tánger, y una vez pronunciada la sentencia, si el exprotegido se creía lesionado, el Ministro escucharía al Embajador y le explicaría las razones y el fundamento del fallo.

Las instruciones que con fecha 11 de Mayo había enviado Mr. de Freycinet al Almirante Jaurés, se referían á las proposiciones formuladas en Tánger por el Gobierno marroquí. Su síntesis era el mantenimiento de la Convención de 1863, y la exigencia de compensaciones si en algo se modificaba. «Nous—se decía en aquellas—admettons d'ailleurs que les censaux, comme les autres protégés, soient en tant que propriétaires, soumis au paiement des taxes agricoles; mais en retour de notre consentement à ces impositions, nous demandons au Maroc la reconnaissance formelle du droit de posséder pour les étrangers. Il y a une corrélation évidente entre ces deux idées, et si notre réclamation devait être repoussée, nous nous verrions obligés de nous en tenir aux termes de la convention de 1863 en ce qui concerne l'exemption de toute taxe pour nos protégés.» Por esto, ante las modificaciones que á lo propuesto en Tánger quería introducir Mohammed Vargas, el Almirante Jaurés no se consideró autorizado para deliberar sobre ellas, y solicitó y obtuvo el aplazamiento de la discusión hasta que recibiese respuesta de su Gobierno á la consulta que había formulado. Es decir, en realidad no hubo aplazamiento, porque como las modificaciones no afectaban sino á las propuestas marroquíes, núm. 14 y siguientes, en las sesiones tercera y cuarta de la Conferencia, que tuvieron lugar los días 24 y 28 de Mayo, se examinaron las trece primeras propuestas, que-

dando aprobadas con algunas modificaciones. Sólo hubo discusión sobre dos puntos: sobre si ciertas palabras del representante del Sultán envolvían la denuncia de la Convención de 1863, que fué resuelto negativamente, y sobre la protección hereditaria; pues al aceptarse en favor de la familia Benchimol la excepción consignada en aquel pacto, los Plenipotenciarios hicieron constar que reservaban sus respectivos derechos al trato más favorable, para el caso de que el Sultán concediese otras excepciones análogas.

Hasta la quinta sesión, celebrada el 1.° de Junio, no se planteó en realidad el verdadero tema de la Conferencia: la protección otorgada á los censales. Mohammed Vargas manifestó que en presencia de los perjuicios que aquella ocasionaba, el Sultán podía usar del derecho que le reconocían los Tratados, de prohibir la exportación ó de declarar que el comercio no se ejercería en adelante más que por los puertos que él designase; pero que no hacía uso de ninguno de estos medios, prefiriendo confiarse á la equidad de los Plenipotenciarios llamados á discutir este asunto.

El representante inglés declaró que, deseando su Gobierno mantener la independencia de Marruecos, así como la autoridad del Sultán en su propio territorio, anhelaba que se le librase de los abusos de la protección extranjera, y para lograrlo, formuló nueve artículos, que habían de sustituir á los que con los números 14, 15 y 16 había presentado Sidi Mohammed Torres, en cuyos artículos se consignaba que los agentes, corredores ó censales indígenas de los negociantes extranjeros serían escogidos entre los habitantes de las ciudades y de los puertos, y no entre los del campo; que el número de agentes sería de uno á tres, según la importancia de la casa de comercio; que estarían sometidos al pago de las contribuciones como los demás súbditos marroquíes; que si cometían un delito en el campo sería arrestado por la autoridad y enviado con las pruebas del delito, para ser juzgado en presencia del Cónsul de la nación protectora en el punto de residencia de la casa de

comercio, y que si resultaba inocente, el asunto debería ser elevado al conocimiento del Sultán por el Ministro del país del comerciante, castigado el Gobernador que hubiese realizado el arresto, é indemnizado el agente.

En el fondo, era esto lo mismo que había propuesto Mohammed Torres; pero como el Plenipotenciario francés entendiese que la discusión tenía que partir del hecho reconocido por la Convención de 1863, declaró que no podía consentir que se redujese el número de censales. Aceptado este criterio, la Conferencia era inútil; más el Sr. Cánovas del Castillo, con grandísima oportunidad, hizo notar que si el derecho actual era el establecido por los Tratados, y en especial por el de 1863, era no menos evidente que esto, y así había sido ya reconocido, que el objeto de las deliberaciones de la Conferencia era la modificación de dichos pactos. Como Mohammed Vargas manifestase á continuación que su único propósito había sido exponer los males que sufría su patria, dejando á los Plenipotenciarios el escoger el remedio, el Almirante Jaurés hizo en la sesión siguiente importantes declaraciones, que influyeron grandemente en el curso de los trabajos de la Conferencia.

«Antes—dijo en la sesión del 6 de Junio—de entrar á examinar las proposiciones presentadas en la última reunión por nuestro colega el Plenipotenciario de la Gran Bretaña, permitidme, señores, hacer desde luego esta observación: que cuando una potencia pretende que otras naciones, con las cuales está ligada por Tratados y Convenciones, renuncien á una parte de las ventajas que les aseguran estos actos internacionales, parece natural, si se ofrecen serias dificultades, que esa potencia atenue sus peticiones, á fin de facilitar un acuerdo. Esto supuesto, ¿qué es lo que ha pasado? En sus primeras peticiones, Marruecos reclamó sencillamente, bajo los números 14, 15 y 16, el pago de impuestos por los censales y el derecho de arrestar á estos agentes en caso de flagrante delito de muerte ó de violación de domicilio. Existían en estas primeras peticiones, ciertos puntos que nos habría sido difícil aceptar;

pero el Ministro de la Gran Bretaña en Tánger juzga sin duda que se podía ir más allá, porque presenta proposiciones cuyo primer artículo dice que nos será prohibido tomar agentes comerciales en el interior, y Sidi Mohammed Vargas acepta esta adición.

»No habiendo podido llegar á un término las Conferencias de Tánger, se proyecta abrirlas de nuevo en Madrid, y las potencias interesadas aceptan. Y bien. Esas peticiones, acerca las cuales no se pudo convenir nada en Tánger, ¿se atenúan aquí? De ninguna manera. En las proposiciones que nos presenta desde el primer momento el Plenipotenciario de S. M. Sheriffiana, reproduce las de Tánger agravadas con la prohibición de contratar agentes en el interior. Después Sidi Mohammed Vargas retira definitivamente todas sus peticiones, y nos encontramos delante tan sólo de las nuevas proposiciones del Plenipotenciario de la Gran Bretaña, que agravan todavía en los números 3 y 4, las que el representante de S. M. Británica había presentado en Tánger.»

Hecha esta exposición bastante exacta de los hechos, y después de alegar que Francia jamás había abusado de las protecciones, el Almirante Jaurés manifestó que su Gobierno no aceptaba las proposiciones inglesas, que envolvían una modificación del Convenio de 1863 en lo relativo á los censales. Es decir, que Francia rechazaba la reducción del número de los censales, la prohibición de contratarlos en el interior, y el que estuviesen sujetos á las autoridades locales; y si bien se prestaba á admitir que hubiesen de pagar como los demás protegidos y con ciertas garantías los impuestos agrícolas, era á condición de que Marruecos reconociese formalmente á los extranjeros el derecho de propiedad.

Ante esta actitud del Plenipotenciario francés, que obligó á Mr. West á retirar sus proposiciones, insinuó Mohammed Vargas que el Sultán podría verse en el caso, teniendo que escoger entre dos males y considerando mayor el que producían los abusos de la protección, de elegir el menor, esto es, de pro-

hibir la exportación; pero el Almirante Jaurés manifestó que no creía ya posible que se cerrase Marruecos al comercio europeo.

Había presentadas otras proposiciones: unas del Plenipotenciario de Austria-Hungría, y las demás del Plenipotenciario de Italia. Las primeras se acercaban más á las de Inglaterra que á las de Francia; y las segundas, conformes en el fondo y en la tendencia con las francesas, atenuaban el alcance de éstas. Comenzó la discusión de las austriacas, pero hubieron de ser retiradas, así como las italianas, en vista de las importantes manifestaciones que hizo Mohamed Vargas en la sesión del 12 de Junio.

El Plenipotenciario marroquí analizó los Protocolos de las anteriores sesiones, recogiendo y contestando los argumentos del Representante francés; rectificando algunos errores en que á su juicio había incurrido éste; examinando las proposiciones austriacas é italianas, y diciendo, en fin, que ante la actitud del Almirante Jaurés, comprendiendo que sus esfuerzos y los de otros Plenipotenciarios no lograrían poñer remedio á los males de la situación creada por el Reglamento de 1863, declaraba reservar á su Soberano el derecho de obtener el resultado necesario por la vía diplomática, y que las prescripciones de dicho Reglamento serían puntual y escrupulosamente observadas; pero que se habían cometido abusos, que existían aún muchos, y que era preciso que desaparecieran.

El fracaso de la Conferencia parecía inevitable. Si ante la actitud de Francia y de Italia se reservaba Marruecos el negociar arreglos directos, era inútil proseguir los trabajos. Por esto, el Sr. Cánovas del Castillo propuso diferir á otra sesión el término de este debate, con objeto de que los Plenipotenciarios pudieran cambiar sus ideas sobre las importantes manifestaciones de Sidi Mohamed, y ver si era posible llegar á un acuerdo; y en efecto, en la sesión del 19 de Junio, el Representante marroquí, aunque se ratificó en sus declaraciones, propuso que los números 14, 15 y 16 de las demandas que había

formulado en Tánger, fuesen sustituídos por el artículo siguiente: «Il n'est rien changé à la situation des censaux telle qu'elle a été établie par les Traités et par la Convention de 1863, sauf ce qui sera stipulé, relativement aux impôts, dans les articles suivants.» Aceptado este artículo con el número 14, hizo un postrer esfuerzo Mohamed Vargas para alcanzar algo de lo que pretendía Marruecos, pidiendo se declarase que todos los abusos existentes, contrarios al texto de los Tratados y Reglamentos, tendrían fin; pero ante la oposición del Plenipotenciario francés no se admitió tal propuesta, con lo cual hubo de desvanecerse hasta el último resto de esperanza de que lograse el Sultán limitar siquiera el abuso de los censales.

Manifestó luego el Almirante Jaurés que su Gobierno consentía, en principio, el pago del impuesto agrícola por los censales y demás protegidos, pero que en cambio pedía que se reconociese á los extranjeros el derecho de propiedad en Marruecos, y que el ejercicio de este derecho fuese objeto de un Reglamento especial, concertado entre el Gobierno marroquí y los Representantes en Tánger de las Potencias. Observó Mohammed Vargas que el derecho de propiedad, consignado en los Tratados inglés y español, se hallaba reconocido en Marruecos á todos los extranjeros; pero que lo relativo á los bienes muebles tenía que someterse á las leyes del país, que emanadas del Corán, no podían ser modificadas, y la Conferencia aceptó que los inmuebles se rigiesen por las leyes locales, pero con la condición de dejar á salvo el derecho de apelación al Ministro de Negocios Extranjeros, estipulado en los Tratados: lo cual constituía una importante concesión por parte de Marruecos. Con esto se aprobó el que los propietarios, extranjeros, protegidos y censales, pagasen el impuesto agrícola y el derecho de puertas.

Sobre la situación de los marroquíes naturalizados en el extranjero que regresaban al país de origen, discutieron los Plenipotenciarios en las sesiones del 21 y 24 de Junio. Pedía

Mohammed Vargas que para naturalizarse en el extranjero fuese necesaria la previa autorización de Marruecos, y que el marroquí naturalizado dejase de ser extranjero al volver á su patria primitiva. El Sr. Cánovas del Castillo, que como Jefe del Gobierno español había podido observar los deplorables efectos de esas naturalizaciones que colocan á un hombre en su propio país, en una situación privilegiada que pugna con toda idea de justicia, mantiene una agitación permanente y puede ser origen de revueltas y de desórdenes, estimó que la demanda del Plenipotenciario marroquí, tan moderada en la forma y tan legítima en el fondo, no debía considerarse incompatible con la legislación de ningún Estado, y podía ser admitida por la Conferencia. A esto agregó Mohammed Vargas dos argumentos de gran fuerza: que en los países en que se consiente el regreso de los nacionales naturalizados, estos no se sustraen por su nueva cualidad á la jurisdicción indígena, y que los Gobiernos de esos países gozan del derecho de expulsión, que no existe en Marruecos. Hicieron en contra observaciones varios Plenipotenciarios, y al fin se aprobó, á propuesta del Sr. Cánovas, que «todo súbdito marroquí que volviese á Marruecos, debería después de un período de residencia igual al que le hubiese sido necesario para obtener la naturalización, optar entre su completa sumisión á las leyes del Imperio, ó su salida de Marruecos». Agregándose, á petición del Plenipotenciario francés, «á menos que no se pruebe que la naturalización extranjera ha sido obtenida con el consentimiento del Gobierno marroquí»; y añadiéndose, por indicaciones del Representante portugués, «que los súbditos marroquíes, naturalizados hasta entonces como extranjeros con arreglo á las disposiciones establecidas en cada país, conservarán su naturalización para todos sus efectos sin restricción alguna.»

Aprobado á continuación, á propuesta del Almirante Jaurés, un artículo declarando que Marruecos reconocía á todas las Potencias representadas en la Conferencia de Madrid el de-

recho á ser tratadas como la nación más favorecida, se planteó por el Plenipotenciario marroquí otra cuestión de verdadera importancia. Mohammed Vargas hizo constar que el Gobierno marroquí no reconocería otros protegidos que aquéllos cuyo nombre y cualidades hubiesen sido determinados en los artículos aprobados por la Conferencia; que los individuos que no se encontrasen en estas condiciones deberían ser borrados de las listas y privados de la protección extranjera, quedando bajo la de S. M. Sheriffiana, y que en los litigios de éstos con los demás súbditos del Sultán podrían apelar al Ministro de Negocios Extranjeros ó hacer que éste entendiese directamente en el asunto, debiendo el Ministro, en este último caso, dar cuenta de los fundamentos de la sentencia al Representante de la nación que antes protegía á aquél.

El Plenipotenciario de Italia pronunció un largo discurso en defensa del derecho de protección consuetudinario, aunque limitándolo á los casos *tout-à-fait exceptionnels*; pero, como hizo observar el Sr. Cánovas del Castillo, las declaraciones del Conde de Greppi parecían inspiradas en un espíritu distinto del que había presidido, hasta aquel momento, á los trabajos de la Conferencia, porque los Plenipotenciarios habían procurado fijar los nombres y las cualidades de los protegidos, y el ejercicio del derecho consuetudinario que reclamaba el de Italia, era en el fondo la negación de esa obra. Mohammed Vargas combatió la propuesta del Conde de Greppi, y la Conferencia acordó que en adelante no se podría conceder protección alguna irregular ni oficiosa, y que las Autoridades marroquíes no reconocerían otras protecciones que las expresamente consignadas en la Convención; pero que, no obstante esto, se reservaba el derecho consuetudinario de protección para el solo caso de recompensar con él servicios especiales prestados por un marroquí á una potencia extranjera, ó por otros motivos completamente excepcionales; bien entendido que la naturaleza de estos servicios y la intención de recompensarlos con la protección habían de ser notificadas previa-

mente al Ministro de Negocios Extranjeros en Tánger, á fin de que, si lo juzgaba necesario, pudiese presentar sus observaciones; pero en todo caso, la resolución definitiva quedaba reservada al Gobierno á quien se había hecho el servicio. La situación de los que hubiesen obtenido la protección en virtud de la costumbre de tal suerte regularizada, así como la de sus familias, sería idéntica á la de los otros protegidos.

Un punto ofreció serias dificultades. Se había propuesto que el número de los protegidos, en virtud del derecho consuetudinario, no podría exceder del de tres por Potencia; pero habiendo declarado el Plenipotenciario de Italia, en la sesión del 28 de Junio, que no estaba autorizado para aceptar la redacción del artículo aludido, el Sr. Cánovas del Castillo propuso el día 30, como medio de conciliar las opuestas opiniones de los Plenipotenciarios de Italia y de Marruecos, que el número de los protegidos irregulares no podría pasar del de doce por Potencia, número que se consideraría como el máximum, á menos de obtener el consentimiento del Sultán. Esta redacción fué aceptada por la Conferencia; pero aún, á instancias del Conde de Greppi, se aclaró para afirmar el principio de no retroactividad, consignándose expresamente que no habría limitación de número para los que entonces gozaban de esa especial protección.

IV

Habían terminado con esto, en realidad, las tareas de la Conferencia; pero antes de procederse á la firma de la Convención, lo que tuvo lugar el día 3 de Julio, el Presidente dió lectura de una carta que el Cardenal Nina, Nuncio Apostólico en Madrid, había dirigido, con fecha del 4 de Mayo, al Gobierno de S. M. Católica.

En dicha carta, invocando el recuerdo de que el Congreso de Berlín, por virtud de excitaciones dirigidas por el Carde-

nal Franchi á los representantes de Francia y de Austria, MM. Waddington y Andrassy, había aceptado las proposiciones de Su Santidad para que los súbditos de la Sublime Puerta gozasen de libertad religiosa, hacía un llamamiento á los sentimientos del Sr. Cánovas como católico y como español, á fin de que propusiera y defendiese en el seno de la Conferencia, que así los súbditos del Sultán como los extranjeros gozasen en Marruecos del libre ejercicio del culto católico, sin que por este motivo sufriesen perjuicio alguno en sus derechos civiles y políticos.

Al recibir esta carta, había manifestado el Sr. Cánovas al Nuncio de Su Santidad que estaba dispuesto á apoyar esa petición siempre que los demás Plenipotenciarios se mostrasen propicios á tratar una cuestión que no estaba comprendida en la convocatoria, y recordó al propio tiempo que el Tratado de 1861 aseguraba la libertad religiosa á los católicos españoles en Marruecos, y que el Tratado inglés de 1856 estipulaba igualmente para los súbditos británicos el libre ejercicio de su culto. Habiendo adquirido luego el convencimiento de que los Representantes de las Potencias estaban dispuestos á examinar esta cuestión, el Jefe del Gobierno español no tuvo inconveniente en dar lectura á dicha carta, manifestando que estimaba que la Conferencia debía formular una declaración, erigiendo en regla general el principio que Marruecos había admitido en dichos pactos.

Como el Gobierno austriaco había recibido análoga excitación de la Santa Sede, el Conde Ludolf apoyó esa propuesta y leyó un proyecto de mensaje dirigido al Sultán, en el cual se expresaba que, persuadida la Conferencia de que el soberano de Marruecos estaba animado de las mejores intenciones hacia sus súbditos no marroquíes, creería faltar á un deber si no testimoniase el vivo y profundo interés que tiene en el mejoramiento de la suerte de aquéllos, por lo cual, la Conferencia, en nombre de las altas potencias representadas en su seno, hacía un llamamiento á S. M. Sheriffiana á fin de que, fiel á sus

sentimientos de justicia y de generosidad, manifestase su firme voluntad.

1.° De hacer respetar en sus Estados el principio de que todos los que lo habitaban entonces y lo habitasen en el porvenir podrían profesar y ejercer sin trabas sus respectivos cultos.

Y 2.° De ordenar á su Gobierno, como base inmutable de la legislación de Marruecos, la máxima ya adoptada en el decreto de 26 Chaban 1280, según la cual, ni la religión ni la raza podrían ser jamás motivo para establecer una diferencia en el trato ante la ley entre los súbditos musulmanes y no musulmanes, ni servir de pretexto para imponer á estos últimos humillaciones, para privarlos de cualquier derecho civil ó para impedirles el ejercicio libre de todas las profesiones é industrias que son permitidas á los súbditos musulmanes del Imperio.

Los Plenipotenciorios aceptaron esta propuesta, si bien el de Marruecos hizo constar que, tanto los cristianos como los judíos podían observar su religión, sin que se les pusieran impedimentos ni obstáculos; y leyó una carta del Sultán, en la que, haciéndose cargo de las quejas formuladas sobre la situación de los judíos, manifestaba que su voluntad sheriffiana era que aquellos obtuvieran justicia sin la intervención de las potencias ni de los representantes de éstas, «porque ellos son, decía, nuestros súbditos y nuestros tributarios, teniendo, por tanto, los mismos derechos que los musulmanes delante de Nos, y todo abuso contra ellos está condenado por nuestra religión».

Al Mensaje que á propuesta del representante austriaco se dirigió al Sultán, contestó Mohammed Vargas, en 18 de Septiembre de 1880, diciendo que «deber nuestro es añadir, en nombre de nuestro amo el Sultán, á quien Alah favorezca, que no sólo no se pone impedimento alguno al libre ejercicio de la referida religión (la cristiana), según ha sucedido antes, y sucede en la actualidad, sino que sus representantes, los religiosos franciscanos, que son protegidos españoles desde an-

tiguo, han sido respetados y considerados siempre por esto y por sus propios merecimientos, haciéndoseles ahora las mismas concesiones graciosas que se les ha hecho en lo antiguo, y facilitándoles morada para ellos y para el ejercicio del culto cristiano», y añadiendo que «es asimismo público y notorio que los que siguen la religión hebrea, así los súbditos de nuestro amo, á quien Alah favorezca, como los extranjeros, son siempre respetados en los dominios de Nuestro Soberano, y practican libremente su culto». Esto, en el fondo, era un verdadero pacto, que constituía una garantía para el libre ejercicio de la religión.

V

La Convención de 3 de Julio de 1880, reglamentó la protección diplomática y consular, regular é irregular; el derecho de adquirir y poseer de los extranjeros en Marruecos; el pago de impuestos agrícolas; la mediación de los empleados de las Legaciones y Consulados; los efectos de la naturalización fuera de Marruecos de los súbditos del Sultán, etc.; y extendió á todas las naciones representadas en la Conferencia, el trato de la nación más favorecida; pero no cortó los abusos de que se había quejado el Sultán; dejó abierta la puerta á las maquinaciones de aquellos Gobiernos que perseguían tenazmente el aumento de su influencia, aun á costa de la autoridad del soberano del Moghreb. Con razón ha podido decir un escritor de la vecina República (1) que sobre la mayor parte de los asuntos tratados en la Conferencia de Madrid, se adoptaron las soluciones defendidas por el Plenipotenciario francés.

Bien pronto comenzaron á sentirse los efectos de la victoria alcanzada por Francia. El nombramiento de Mr. Ordega para representante de la República en Tánger, fué la señal de

(1) Rouard de Card: *Les Traités entre la France et le Maroc.*

una política inaugurada con la declaración de protegido francés á favor de aquel Sheriff de Wazzan, que había solicitado antes la protección española, y que, cuando en 1878 visitó Don Alfonso XII la plaza de Ceuta, se presentó al Rey luciendo la gran cruz de Isabel la Católica. El Sheriff, que pretende descender de Fatmet, ó Fátima, la hija predilecta del Profeta, la mujer acabada que Mahoma colocó al lado de María en el número de las cuatro mujeres perfectas del mundo; era el representante de la fuerza y del poder religioso en Marruecos, y su amistad pudo servirnos de gran ayuda: la desdeñamos, y enemistado con Inglaterra, se arrojó en brazos de Francia.

Falto de habilidad Mr. Ordega, fracasó; pero su sucesor, Mr. Feraud, aunque con mayor prudencia, prosiguió el mismo camino, por lo cual el Visir Mohammed el Mofadel Mohammed Garnit dirigió una Nota, en 17 de Agosto de 1887, al Plenipotenciario de España en Tánger, recordando las gestiones practicadas por Mohammed Vargas en la Conferencia de Madrid, alegando que la protección implicaba un monopolio comercial á favor de los protegidos, con exclusión de los súbditos del Sultán, y pidiéndole que elevase sus observaciones al Gobierno español, con objeto de que éste tratase el asunto de la protección, «con el fin de remediar un estado de cosas peligroso como este, y procure que los Plenipotenciarios se reunan de nuevo en Madrid, para modificar el Convenio y devolver los Tratados anteriores á su verdadero y primitivo sentido, en lo que á la protección se refiere».

El Gobierno español acogió benévolamente estas indicaciones, y teniendo en cuenta que, según manifestó nuestro Representante en Tánger, Sr. Diosdado, en despacho de 22 de Octubre, el Sultán no estaba dispuesto á otorgar nada mientras el pueblo marroquí creyese incompatible el fomento de sus relaciones comerciales con su existencia política, y que, por lo tanto, lo lógico y lo práctico era concluir con las pretensiones que establecían una desigualdad entre el comerciante protegido y el que no lo es, lo que á la vez impedía la igualdad de los

indígenas ante la ley, el Gobierno español, en 1.° de Diciembre de 1887, dirigió una circular á los Representantes de S. M en el extranjero, proponiendo la celebración de una nueva Conferencia. «El Gobierno de S. M.—decía—que desea dar al Sultán de Marruecos las pruebas de consideración y muestras de interés á que tiene derecho y á que no en balde apela, y encontrando además puesto en razón el deseo de S. M. Sheriffiana, se dirige hoy á las Potencias signatarias de la Conferencia de 1880 para convocarlas á una nueva reunión en Madrid, que podrá tener lugar en el próximo mes de Enero, en el día que se reserva fijar el Gobierno de S. M.»—«Para asegurar el mejor éxito—añadía—parece, sin embargo, prudente al Gabinete de Madrid, y así ha resultado del cambio de ideas con otras Potencias, que los Representantes en Tánger de las naciones convocadas, redacten como preparación de los trabajos de la Conferencia, una memoria preliminar en la cual se haga constar hasta qué punto se ha extendido el derecho de protección y á qué abusos ha dado origen, qué límites podría señalársele, ó de qué manera debería ser sustituído.».

Todas las Potencias aceptaron la invitación del Gobierno español, y alguna, como Portugal, manifestó que auxiliaría en todo á aquél, á fin de que fuera «el principal mediador en todas las cuestiones de Marruecos, como de derecho le corresponde.» Sin embargo, la Conferencia no llegó á celebrarse, y quedó subsistente el estado de derecho establecido por la Convención de 3 de Julio de 1880.

VI

¿Qué juicio merece, en definitiva, la obra de la Conferencia de Madrid? Depende del concepto que se forme respecto á la acción que los intereses de España en Marruecos aconsejan ejercitar al Gobierno español.

Si se cree que Marruecos es un pueblo que agoniza; si se

sueña con participaciones quiméricas en repartos punto menos que irrealizables; si se estima que conviene concurrir á la empresa de desorganización del vecino Imperio, ideada y acometida con perseverancia y con entusiasmo por alguna Potencia; si no asusta la posibilidad de tener al Sur una frontera semejante á la que tenemos al Norte, entonces hay que aplaudir el sentido y el alcance de la Convención de Madrid, porque la Conferencia de 1880, aunque iniciada y convocada con el propósito de robustecer la autoridad del Sultán, corrigiendo los abusos á que daba origen el ejercicio del derecho de protección, si algún paso dió en este camino fué tan pequeño que no se sintieron sus efectos. Entre la tendencia representada por Inglaterra y España en aquella Asamblea, y la tendencia que simbolizaron Francia é Italia, triunfó esta última; y á pretexto de que lo demandaban los intereses del comercio, se afirmó una vez más el derecho de sustraer los súbditos del Sultán de la autoridad de éste, arrojando nuevos gérmenes de desorganización en el seno del Imperio marroquí.

Mas si por el contrario, se cree que el interés de España consiste en que el Moghreb no sea jamás una colonia europea; en que entre la frontera española en Africa y la frontera de cualquiera otra nación que se establezca al Sur, exista un Gobierno viril é independiente unido á nosotros por vínculos de estrecha amistad en que se robustezca la acción del Sultán y se afirme su soberanía, entonces, aunque sea sensible, hay que lamentar el predominio de la tendencia francesa en la Convención de 1880.

La opinión española se ha inclinado desde hace años á esta segunda tesis, y así, ya en 1884, la Sociedad de Africanistas y Colonistas resumía la conducta que debían observar nuestros gobernantes, en estas tres conclusiones: 1.ª, defender la integridad del territorio marroquí y la soberanía plena de su Gobierno por todos los medios diplomáticos y militares de que la nación pueda disponer, considerando toda amenaza contra aquel Estado como una amenaza contra nuestra propia inde-

pendencia ó contra nuestro propio suelo; 2.ª, estrechar las relaciones de todo género entre el pueblo español y el marroquí; y 3.ª, fomentar positivamente el adelanto social y económico de aquel país. Con arreglo á este criterio, que es el defendido por el mayor número y por los más competentes de nuestros africanistas, escritores, geógrafos, exploradores y hombres de Estado, la obra de la Convención de Madrid, que significa el triunfo de la opuesta tendencia representada por Francia, pudo entrañar una transacción obligada en 1880, pero no responde á los ideales ni á los intereses españoles, ni puede merecer nuestro aplauso.

Importa mucho no olvidarlo en estos momentos.

JERÓNIMO BECKER.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO.—*El Pensamiento latino.*—La decadencia chilena y sus remedios.—Reformas legislativas y de instrucción pública.—La reforma de los estudios jurídicos y políticos y de la enseñanza científica.—El Congreso de enseñanza.=*La Revista Nacional.*—La incuria nacional.—Psicología del criollo.—Notas pedagógicas de Bunge.—El problema del idioma.—La educación moral.—La primera carta geográfica con el nombre de América.=*Filosofía y Letras.*—La prótasis de las Geórgicas.—La poesía actual y su posible evolución.—Las cartas de Toscanelli á Colón.=*Revista de Derecho, Historia y Letras.*—Hipólito.—La inteligencia argentina.—Causas de su pobreza de producción.—El proyecto de Universidad libre.=*Revista jurídica y de ciencias sociales.*—Política caciquista.—Estado actual de la psicología en Europa y América.—El episcopado argentino y el proyecto de ley del divorcio.—Un proyecto de ley de accidentes del trabajo.

Con gran retraso figuran en estas notas las que van á seguir referentes á la revista chilena *El Pensamiento latino;* pero he de decir que no me corresponde la culpa, pues (ignoro por qué aventuras postales) los últimos números recibidos de aquella publicación son los de los ocho primeros meses de 1901. En ellos encuentro algunos trabajos que creo han de interesar á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA.

El Sr. D. Luis Castro Donoso ocupa casi todo el núm. 1.° con una *Carta política* dirigida al Presidente de la República. Hay en ella cosas que sólo pueden importar á los chilenos y otras que también á los españoles es presumible que importen, como, v. gr., las apreciaciones referentes á la decadencia que el Sr. Castro ve en su patria. Según él, «una gran parte de nuestro malestar social, ha sido el fruto de nuestra propia desidia». Cree que ha faltado energía, perseverancia en la pro

testa y la corrección de los defectos; pues si es cierto que los liberales avanzados han trabajado intensamente para la reforma jurídica para incorporar «en nuestras leyes, en nuestras instituciones y en nuestros hábitos» principios más en armonía con nuestro modo de ser y con nuestras instituciones; si no niego (continúa diciendo) que ese mismo liberalismo «ha tenido manifestaciones de constancia y de tenacidad, procurando ilustrar el criterio público y abriendo dilatados horizontes á las ideas, y confieso que ha conseguido amoldar á ellas algunas de nuestras leyes orgánicas, introduciendo prácticas democráticas; y todavía afirmo que ha librado rudas batallas contra las injusticias y los abusos y en favor de las prerrogativas de la igualdad civil y política», también es preciso declarar que se ha encontrado solo en esta lucha.

La reciente victoria electoral de ese partido exige ser aprovechada en bien del país, imprimiendo á la política del Estado un rumbo francamente liberal y desechando las coaliciones, que tan mal éxito han dado antes de ahora, con los elementos reaccionarios vencidos.

En opinión del autor (y aparte reformas de otros órdenes), la organización social de Chile en relación con la propiedad requiere una modificación. Hay en Chile una inmensa mayoría de desheredados de la fortuna que no poseen ni un palmo de terreno, y esto provoca una corriente considerable de emigración á otros países. Hay que evitarla.

«Convendría estudiar, sin escatimar sacrificios, los mejores sistemas de colonización agrícola, que han contribuído á la prosperidad de otros países, en que, para su felicidad, existe la clase media, gran poder moderador entre las otras dos clases sociales.

»En Chile hay grandes extensiones territoriales que, equitativamente, podrían distribuirse entre los desheredados de nuestro país, en vez de entregarlas á extranjeros que, muchas veces, no saben agradecer el beneficio que se les hace.

»Si faltaren terrenos desocupados que repartir, debería ex-

propiarse los que fueren necesarios para satisfacer tan imperiosa y apremiante necesidad social. . . . . .

»El repartimiento de tierras insinuado sería el principio de una *ley agraria* bien meditada, que podría dictarse en algún tiempo más, en beneficio de toda la sociedad, ya que, si se desea consolidar la libertad política y la libertad civil, no es tolerable la acumulación *arbitraria* de la propiedad territorial en unos cuantos rentistas; organización incompatible con la libertad de un pueblo.»

También cree el Sr. Castro que debe modificarse gran parte de la actual legislación chilena.

A título de pura insinuación, menciona las siguientes reformas:

«Si se quiere para Chile el alba de mejores días, principiándose por atacar la inmoralidad de los hombres y de los partidos, hay que inculcar, entre todos los habitantes que lo necesiten, hábitos de higiene, imponiendo su estudio como obligatorio en las escuelas; hay que combatir, eficazmente, el bandalaje, que se ha convertido en la alarma de nuestras poblaciones; hay que dictar medidas encaminadas á reorganizar nuestro régimen tributario, para el mejor arreglo de nuestras finanzas; hay que corregir los defectos que se han notado en el servicio de los ferrocarriles del Estado, dictándose, sobre todo, una ley que asegure su jubilación á sus empleados permanentes, que, como el personal de los trenes, trabajan exponiendo diariamente su vida y todavía por remuneraciones excesivamente reducidas; hay que reconstituir la inmigración, en forma que ofrezca serias garantías; hay que revisar nuestros Códigos, introduciéndose las modificaciones que relama la cultura jurídica de nuestra sociabilidad; hay que suprimir algunas instituciones que son, ó un rodaje inútil en la Administración pública, ó una amenaza para el correcto funcionamiento de las instituciones del Estado; hay que ir preparando el camino para que, antes de mucho, tengamos la libertad de cultos, que no implica, ni persecución religiosa, ni relajación

de la moral, ni de los vínculos de la familia, y también la separación de la Iglesia y del Estado, evitándose los conflictos á que da origen el sistema *patronatista* y la audaz intervención del clero en nuestras luchas políticas; hay que aunar esfuerzos y voluntades en pro de la emancipación de la mujer, en obsequio de la tranquilidad de los hogares y de la felicidad de la patria; hay, *como elemento salvador de moralidad,* que ampliar los liceos profesionales de niñas; hay que implantar un sistema de pruebas de competencia, para la provisión de todo empleo público, inspirándose nuestros legisladores en el ejemplo de otros países cultos, particularmente la Alemania; hay que premiar á los buenos servidores públicos con la realidad del ascenso y de la estabilidad en sus puestos, mientras cumplan con sus deberes; *hay que propender al progreso de la minería y de la agricultura, que son nuestras más grandes industrias, contribuyendo directamente á aumentar nuestra riqueza;* hay que fomentar el ahorro; hay que tener una administración de justicia más expedita, mediante la simplificación de las leyes de procedimiento y de enjuiciamiento; hay que disminuir, si no concluir, con los feriados *generales,* que se relacionan con algunos servicios impostergables para la *generalidad* de las personas que de ellos necesitan; hay que ensanchar la reforma de nuestro defectuoso sistema penal y carcelario, y hay, finalmente, que arbitrar, con afanoso empeño, otros tantos recursos análogos que corresponden á las aspiraciones del pueblo que, *libremente,* os ha elegido, para bien de todos, su primer mandatario.»

Pero fuera de esta amplísima lista, hay otras reformas que pueden acometerse desde luego. El Sr. Castro cree que esas puedan ser: la elección directa del Presidente de la República, que cuenta ya con numerosos partidarios; la organización municipal vigente, quitando á los municipios la atribución electoral que los perturba; la venta de alcoholes y otros asuntos. Respecto de los alcoholes, preconiza, como medio para combatir la embriaguez, la adopción del propuesto por M. Al-

glave en el Congreso de Viena de 1887 y que consiste en el registro de los aguardientes por el Estado antes de que circulen en el comercio y el aumento de cargas fiscales sobre ellos, rebajándolos para el vino y la cerveza. Añade que sin perjuicio del monopolio, si fuese necesario, podrían adoptarse las medidas siguientes, además del impuesto: «Reglamentación de las cantinas, procurándose que su matrícula se haga escrupulosamente y sin culpables complacencias; disminución de derechos para bebidas higiénicas y aromáticas, sanas y fortificantes; inculcar en el espíritu de los educandos, desde que asisten á la escuela, sentimientos de sobriedad y de horror por el uso de las bebidas alcohólicas; facilitar y estimular la iniciativa particular en contra de ese flagelo social, concretada en Ligas contra el *alcoholismo*, en la fundación de sociedades de temperancia, en el fomento de bebidas aromáticas y de otras substancias higiénicas, en publicaciones que hagan comprender á sus lectores que el alcohol «no alimenta; que después de una reacción muy pequeña produce inmediatamente una pérdida de fuerza, calor y vida; que, consecuencia inevitable del uso inmoderado de los licores aperitivos, es una vejez anticipada y una muerte miserable»; y en la influencia en la familia del médico y de algunas instituciones sobre los bebedores. »

Termina la carta pidiendo reformas en la enseñanza. El Sr. Castro alude á un movimiento de opinión, no sé si muy extenso, que pide la sustitución, en parte, de la enseñanza secundaria actual por la técnica, ó cuando menos, la orientación de aquélla hacia ésta. Como se ve, es cosa análoga á la que aquí hemos visto cuando la reforma del Sr. Conde de Romanones. El Sr. Castro dice que los liceos actuales no habilitan á los alumnos para la lucha de la vida, y que es preciso buscar remedio á esto. El autor opina por la especialización de los programas y se apoya en el criterio de un ilustre profesor, el Sr. Letelier, que dice en su *Filosofía de la educación:*

«Es evidente que la agronomía, que la mineralogía, que la

geografía económica, no deben formar parte de un plan general de estudios. Pero el frecuente y común empleo de estos conocimientos en tales ó cuales comarcas, de la agronomía en un país agrícola, de la mineralogía en un país minero, de la geografía económica en un país comercial, les da en aquellas partes una importancia parecida á la de los conocimientos generales.

»Lo mismo digo de aquellos conocimientos cuya general difusión puede servir en determinadas circunstancias á estirpar preocupaciones amenazantes para la paz pública, á combatir escuelas revolucionarias, á vulgarizar la solución de los problemas sociales, á popularizar el remedio de los males que aquejan á los obreros, á educar el espíritu de los pueblos para alguna gran empresa nacional. No autorizar en tales casos la enseñanza respectiva, vale tanto en el fondo como desatender el fin más importante de la educación, cual es el formar al hombre para el estado social en que ha de ejercer su actividad.

»En las grandes naciones europeas no se tienen muchos escrúpulos para hacer la adulteración que aconsejo de los planes de estudio cuando se la juzga conveniente á los fines de la educación general. En las escuelas primarias de Francia se ha introducido la instrucción militar después de 1871, menos como ejercicio gimnástico que como preparación de las nuevas generaciones para el futuro desquite. En las superiores de Hamburgo se enseña el castellano, porque el vasto comercio mantenido por este puerto con los pueblos hispano-americanos requiere el general conocimiento de nuestro idioma. Y en muchas naciones del antiguo continente los educacionistas han propuesto desde años atrás la enseñanza primaria de la economía política, como medio de extirpar los errores vulgares sobre el papel del capital y el trabajo en la industria y las preocupaciones de los obreros contra los patronos y los empresarios.

»En todos estos casos y otros semejantes, la enseñanza de

las ciencias especiales se *justifica* por la mejor educación que la juventud recibe para vivir en la sociedad.»

Y que la reforma de la enseñanza agita en general la opinión de los chilenos, como la de los demás americanos, se ve en otros números de *El Pensamiento,* en que los Sres. D. Tomás A. Ramírez y Dr. Carlos Ibar escriben acerca de *La reforma de los estudios jurídicos y políticos* propuesta en reciente folleto por el Sr. D. Alejandro Álvarez, y de la *Reforma de la enseñanza científica, superior y universitaria.*

En el mismo orden de asuntos, el núm. 6 de la revista citada dedica gran espacio al Congreso general de enseñanza de Santiago de Chile, convocado para 1902. Los temas de discusión y estudio propuestos por la Comisión de enseñanza superior y por la de enseñanza secundaria, son muchos. Indicaré sólo los principales.

«1.° Reforma de la ley de instrucción de 9 de Enero de 1901.—2.° Fundación de la superintendencia de la enseñanza nacional á que se refieren los artículos 144 y 145 de la Constitución.—3.° Necesidad de crear nuevas carreras especiales (de notarios, inspectores técnicos, de químicos, de electricistas, de veterinarios, de enfermeros, etc.). — 4.° Necesidad de crear una escuela politécnica.—5.° Conveniencia de la codificación de las leyes de instrucción.—6.° Extensión ó vulgarización de la enseñanza universitaria. — 7.° Necesidad de crear cursos especiales para médicos legistas, para higienistas, para ingenieros sanitarios y para cirujanos militares. — 8.° Conveniencia de organizar la institución del protomedicato.—9.° Bifurcación de los estudios de humanidades desde el cuarto año, con el fin de reforzar la preparación de los que siguen la carrera de las matemáticas.—10. Condiciones en que debe organizarse el profesorado extraordinario. — 11. Equivalencia de los grados y de los títulos en los países latino-americanos.—12. Conveniencia de arreglar por la ley la provisión de pensiones en el extranjero y de becas en los establecimientos nacionales.—13. Creación de una escuela de Bellas Artes indepen-

diente de la Universidad. — 14. Sistemas de pruebas adaptables á la instrucción superior y profesional.—15. Reorganización sistemática de la Universidad.—16. Conveniencia de instituir pensionados para fomentar ciertas carreras especiales.»

Respecto de la segunda enseñanza, especialmente se incluyen: la cuestión general de su reforma; la del *surmenage;* la de los exámenes; la de las pensiones en el extranjero; la variación de programa, según las localidades; la uniformidad de los libros de texto, y otras así.

La *Revista Nacional* (Buenos Aires) inserta en su número de Junio un discurso pronunciado en la Escuela Normal de Profesores el 23 de Mayo de 1901, por el Dr. Bunge, de quien el público español conoce el libro sobre *Educación*, recientemente editado por La España Moderna. El discurso versa sobre *La incuria nacional,* y tiene párrafos muy interesantes, aunque su teoría de la pereza criolla, como causa de todos los vicios nacionales, es demasiado absoluta, y ha sido muy discutida.

«De todos los modernos snobismos, dice, ninguno me repugna más que la jactancia de indiferencia hacia la patria. Bien habréis oído afirmar á pseudo-intelectuales, y aun á verdaderos intelectuales, que el patriotismo es un resabio de antigua barbarie, que la *élite* no debe poseer más sentimiento altruista que el amor á la humanidad... Bien frecuente es en las clases elevadas de las naciones hispano-americanas, un sentimiento semejante... ó una semejante ausencia de sentimientos... Para nuestra clase rica, el escudo y los colores nacionales no son ¡no serán nunca! un símbolo de belleza... Pobres «rastaquères» que viven deslumbrados por extranjeros oropeles, los suponen emblemas de «vulgaridad criolla», del mal gusto típico atribuído á la gente de color nativa, de lo que llaman en su argot «guaranguería»...

»Angustiado me pregunto entonces: ¿es posible que se dignifique un individuo que menosprecia á su sociedad madre? ¿Es posible colaborar en el progreso social, ser un ciudadano

útil, un buen padre, un buen obrero, en el desprecio de la patria; separar el honor individual del honor nacional, la gloria personal de la gloria social?...»

Y más adelante, refiriéndose á otra cuestión relacionada con esta, escribe:

«Un solo medio conozco para cumplir con la humanidad, con la patria, con nosotros mismos: el trabajo.

»Un pueblo indolente carece de ideales, porque los ideales son un esfuerzo del alma... No pueden concebirse sin que tiendan á proyectarse, más ó menos mal, más ó menos bien, en la conducta de la vida práctica... Un ideal que no se practica, diríase no es un ideal.»

. . . . . .

«En una pereza colectiva se halla la clave de todos los vicios de nuestro sistema político: el caudillo que se impone por los compadrazgos y las complicidades; el individuo que delega en él su iniciativa y su responsabilidad; los pseudo-parlamentos, teatros de miserables discordias personales; la sangrienta farsa electoral; las grandes mistificaciones históricas que el pueblo, por no tomarse la molestia de controlar, acepta... Los gastos siempre crecientes; los presupuestos generosos en épocas de déficits; los parásitos del erario público, frutos son de la impunidad... Y culpemos menos al niño que roba dulces, que al padre que se los deja robar; al político que cuenta con el silencio del público, que al público que calla...

»Las periódicas é intermitentes convulsiones epilépticas de la opinión pública — tan funestas á nuestra civilización y tan débiles como sistema político — son resultado de la inacción habitual del pueblo, que deja hacer pero acomula bilis...»

Por lo que toca á la instrucción pública, dice que «la alarmante proporción de analfabetos, las reformas impremeditadas y absurdas, las imitaciones imprudentes, porque no pueden arraigarse en el carácter nacional, los docentes «faltadores» y extraños á sus alumnos y hasta á su enseñanza, los examinadores complacientes, las huelgas estudiantiles, la falta de

método de disciplina en los estudios, son otros tantos efectos de la incuria nacional... en los que organizan, en los que enseñan, en los que estudian».

Luego afirma que el pueblo argentino es triste. «Las Pampas han impregnado de su poética melancolía el carácter nacional argentino. Nuestro pueblo ignora la alegría simple de los germanos (?), las expansiones cascabeleras del Mediodía. No sabe reir... No sabe divertirse; no sabe holgarse con ruido, con sencillez...»

«Esa tristeza no es más que una forma sentimental de la incuria. Los teólogos estudiaban conjuntamente, como á dos gemelos siameses, la «acidia» y la tristeza, la psicología de la melancolía y la psicología de la inercia... Los fisiólogos han demostrado que placer es sinónimo de actividad y de salud, y dolor de apatía en las reacciónes vitales... La tristeza es una flor venenosa que abre su cáliz en el corazón del indolente. La avispa de la maledicencia liba en sus pétalos; el áspid de la mentira duerme á su sombra. El organismo humano es una complicada máquina que en la inacción se derrumba...

»A uno por uno de vosotros, maestros y estudiantes, os repito: reaccionad contra la incuria nacional; ahí sólo hallaremos nuestra decantada Regeneración. El único culto de la patria es el trabajo. El patriotismo es algo más que enorgullecerse con los laureles del pasado: es conseguir los del presente y preparar los del futuro.»

La misma revista, en su número de Julio publica, del propro Bunge, unas *Notas pedagógicas*. La primera de ellas se refiere al problema del idioma en Hispano-América, y dice:

«El problema del estudio del idioma nacional es aún más grave en las repúblicas hispano-americanas que en las naciones europeas, porque presenta esta incógnita: *¿debe propenderse en Hispano-América á conservar la unidad de la lengua castellana, ó es preferible la formación de dialectos ó idiomas nacionales en cada República?*

»Indudable es que el problema no puede ser resuelto por

un hombre, una academia, un congreso, sino por los pueblos y los años... El *vollapück* es una utopia, porque cada civilización se hace su lengua... Pero cada lengua tiene su alma, que ningún poder humano puede destruir... Como los demás, el idioma español tiene también su alma, que todos los neologismos de América no podrán abolir jamás; y también cada República de América tiene su alma, su estilo nacional, que no siempre encuadra, á pesar de sus semejanzas hereditarias, con las de la lengua castellana... ¿Cómo conciliar ambas premisas casi antagónicas? ¿Cómo amalgamar el clásico y típico énfasis cervantesco de la lengua madre, con la precisión y la delicadeza de ciertos elegidos «hispano-americanos, espíritus esencialmente modernos»?...

»Pienso que con el tiempo vendrá sola una solución lógica que tienda, no á crear nuevos idiomas ó dialectos, sino á modelar, *á adaptar* el viejo lenguaje de los hidalgos conquistadores con el espíritu nuevo de sus demócratas descendientes. La materia prima, la lengua clásica, es felizmente amplia, acaso demasiado amplia... Para comprenderlo hay que mirar el problema con imparcialidad y altura, y no pedir el imposible de un fosilizamiento del anacrónico idioma metropolitano, ni pretender el absurdo de una absoluta prescindencia de su inmortal espíritu. Los neologismos y los extranjerismos son indispensables, porque la lengua no da, en su diccionario, todas las *nuances* que irisan el pensamiento cosmopolita de estos pueblos nuevos; y no menos imposible es abstraerse de su antigua alma, porque el alma de un idioma, ni se pierde, ni se improvisa.

»En suma: la evolución es fatal; pero hay que evolucionar *dentro* y no fuera del alma de la lengua castellana.»

La segunda nota versa sobre la educación moral. Partiendo del principio psicológico de que todos los hábitos tienden casi mecánicamente á repetirse, y aplicándolo al de que «los ideales son los directores supremos de la conducta de los hombres», deduce que hay que inculcarlos desde la infancia en

los hábitos mentales, ó mejor dicho, en los hábitos psicológicos. Y descendiendo á casos concretos, pregunta si el maestro debe intervenir siempre en las querellas personales de los alumnos.

«Dos objetos puede tener esta intervención: restablecer el orden y hacer justicia al agraviado. Pues bien, de estos dos objetos, en general, sólo uno me parece plausible: restablecer el orden, cuando el desorden fuera mayúsculo. En cuanto á hacer justicia al agraviado, pienso que no es éste el mejor sistema de formarles carácter... Debe dejársele que use de sus puños en defensa propia, sin acostumbrarlo á la idea de que siempre hallará una autoridad más fuerte que él que le defienda, porque no es ello lo que le ocurrirá luego en las batallas de la vida... ¡Que aprenda á defenderse con el filo de sus uñas; y si teniendo razón lleva la peor parte en la riña, que aprenda á defenderse mejor! De todos modos, por débil que sea, no se le ha de herir con gravedad, y si cae, del suelo no ha de pasar... Si tiene ideales, estas luchas no le agriarán, sino le templarán el carácter... y si no los tiene, ¡ahí está la educación para inculcárselos en cuanto posible fuere!

»*El maestro no debe considerarse el representante de la justicia divina en la escuela, sino el representante del orden social.* Este es el principio educativo del individualismo aplicado al régimen escolar; y es la virtud de este principio que el maestro, antes que oir delaciones, vilipendiará la delación... Cada cual debe poseer, debe acostumbrarse desde niño á poseer su Yo personal, valiente, hermético como una torre almenada; cada yo debe poseer sus cualidades y virtudes típicas. Hay que tatuar en el corazón del niño este cruel aforismo: «*El hombre fuerte es el hombre solo.*»

»Y para que no deduzca de ahí ideas pequeñas y egoístas, hay que decirle: «No busques más apoyo que tus propias fuerzas. Reconcéntrate y desenvuélvelas hasta donde alcancen: son elásticas. Sé caritativo, sé bueno; pero no esperes que los demás sean contigo buenos, caritativos. No imites ciertas in-

defensas avecillas que cuando se asustan cierran los ojos, pues como ellas no ven al cazador, creen que el cazador no las ve á ellas... ¡No! Ten *amor humano* para con todos, sin esperar de todos *amor humano* para contigo; y tu mérito será doble, y tu poder será doble.»

La misma *Revista Nacional* publica en su número citado un artículo de A. Schalck, traducido por S. Samper, acerca de *La primera carta geográfica con el nombre de América*. Los datos que contiene este artículo no son nuevos, pues, aun en su parte más reciente, han hablado de ellos no hace mucho diversos periódicos y revistas; pero creo útil resumirlos ahora con este motivo, para que los puedan utilizar mis lectores. Comienza el autor haciendo constar que Americo Vespucio no tuvo culpa ninguna de que el mundo descubierto por Colón lleve el nombre de *América,* con daño de la gloria del navegante portugués. La injusticia, que no parece haber sido intencional, partió de gente extraña á Vespucio.

El primer mapa *grabado* en que aparece el nombre de América es el de Petrus Apianus (1520), posterior en veinte años al de Juan de la Cosa. Esa denominación se repitió en la edición de Tolomeo de 1522 en que trabajó Walzemüller, el autor de la célebre *Cosmographiae Introductio* (1507) en que se contiene la proposición original de que las nuevas tierras lleven el nombre de América, sobre la base de una relación (sospechosa de autenticidad) de los viajes de Vespucio. En el pasaje correspondiente de su libro, Walzemüller (Schalck escribe Waldscemuller) alude á un mapa en que ya constaba el nombre citado. Pero ese mapa no se pudo hallar, no obstante minuciosas investigaciones de geógrafos y americanistas. Ahora, el profesor Fischer pretende haberla descubierto en la biblioteca del Príncipe de Waldburg, en Wustemberg. De esa misma opinión es el Dr. von Wieser, y si ambos acertaran, quedaría probado que fue Walzemüller el inventor del nombre *América* en 1507. Pero otro cartógrafo eminente, H. Stevens, pretende á su vez haber encontrado en un ejemplar del To-

lomeo, otro mapa de fecha anterior á la citada y en que figura el nombre aquel del Nuevo Mundo. La cuestión no podrá decidirse—dice Schalck—hasta que no se publiquen los calcos del mapa descubierto por Fischer.

Filosofía y Letras, de Buenos Aires, trae en su número de Mayo un artículo del Dr. Francisco Capello con el título de *La prótasis de las Geórgicas.* Se refiere al comentario del poema de Virgilio escrito por el Dr. Förbiger.

«Los que conocen las ediciones alemanas de los clásicos antiguos—dice—saben que los descendientes de Arminio aplican comúnmente con ciertos humos de superioridad, el nombre de *Italos* á los eruditos italianos del Renacimiento en cuyas obras han encontrado lo mejor de que hacen gala en sus escritos; saben además que los mismos comentadores tachan á los *Italos* de excesivo atrevimiento en la corrección de los textos, sin reparar en que el más atrevido de los *Italos* parece un doctrino en comparación del menos osado de los alemanes.

»Tratando de lugares obscuros ó dudosos de los autores antiguos, acostumbraban los *Italos* acusar á sí propios de ignorancia, antes que al escritor de incapacidad, y estudiaban y escudriñaban el pasaje dudoso hasta que lograsen aclararlo todo. Por cierto, este discreto método dió el hilo de verdaderos hallazgos; pero muy lejos de tal cordura, el alemán, cuando no atina á comprender el texto, supone en el acto que hay algún error y trata de corregirlo. Con tan atropellado sistema, los clásicos se verán muy pronto expuestos á las mayores alteraciones.»

El Sr. Capello examina y deshace algunos de los errores de Förbiger en la interpretación. Citaré como ejemplos estos dos:

«Para hacer ver que el tercero y el cuarto libro tienen recíproca relación, apela Virgilio á dos artificios: en primer lugar emplea en ambos casos la misma disposición lógica de las palabras *quae cura boum; qui cultus pecori; quanta experientia apibus;* después se sirve de la figura llamada *zeugma* ó *conjunctio,* que es contraria á la *disiunctio.*

»Por efecto de la *coniunctio,* un solo verbo rige á dos ó más oraciones; y cuando el verbo está entre las dos oraciones ó en la del medio, la *coniunctio* recibe el nombre de *zeugma.* Aquí el verbo es *sit,* y se halla en la oración del medio; luego, según las leyes del zeugma, en cada una de las oraciones ha de darse por repetido el *verbo,* y *nada más* que el verbo. El trozo deberá, pues, entenderse así: *Quae sit cura boum, qui sit cultus habendo pecori, quanta sit experientia apibus parcis.*

»En vez, según Förbiger, habría que completar el trozo de la siguiente manera. *Quae sit cura boum, qui sit cultus habendo pecori, quanta experientia sit apibus habendis.* Esta suposición demuestra que su autor no ha comprendido la verdadera significación del *habendo* y del *pecori;* y no advirtió que el poeta ha empleado el *zeugma,* que no permite se suplan más palabras que el verbo *sit* . . . . . .

»Respecto al *hinc canere incipiam* del quinto verso (de las *Geórgicas*), traducimos: *desde ahora voy á cantar;* pero Förbiger lo entiende de otra manera: *de estas cosas voy á cantar.* Esto porque Förbiger no ha caído en la cuenta de que Virgilio considera sus obras como partes de un solo ciclo poético, y siempre alude á las otras en los primeros ó en los últimos versos de cada una.

»En efecto, la última égloga de las *Bucólicas,* que consta de 77 versos, dice así en su verso 70:

Haec sat erit, divae, vestrum cecinisse poetam,

que significa: «Basta, oh divinas Musas, á vuestro poeta haber cantado esto.» El adverbio *hinc* de las *Geórgicas* recuerda este verso, y quiere significar: hasta ahora he cantado á Títiro y demás pastores; desde ahora cantaré, etc....

»Los últimos dos versos de las *Geórgicas,* que son:

Carmina qui lusi pastorum, audaxque iuventa,
Tityre, te patulae cecini sub tegmine fagi,

recuerdan el principio de las *Bucólicas:*

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi.

»Los notísimos cuatro versos preliminares de la *Eneida,* que muchos editores omiten por apócrifos, no son más que una alusión del poeta á los asuntos tratados en las *Bucólicas* y en las *Geórgicas.*

»Así que el adverbio *hinc* de las *Geórgicas* es una alusión á las *Bucólicas;* éstas concluyen diciendo que Virgilio ya no escribirá más poesía pastoral; y las *Geórgicas,* refiriéndose á esto, dicen: *desde ahora cantaré...,* etc.

»Por otra parte, al *hinc* del primer libro corresponden el *Nunc te, Bacche, canam* del segundo libro (verso segundo), el *quoque* del primer verso del tercer libro, *te quoque magna Pales,* y también el *Protinus aerii mellis* del cuarto.

»Resulta claro, por lo tanto, que también respecto al *hinc* ha caído en error el comentador alemán, quien, llevado por su afán de sutilizar, creyó encontrar en el *hinc* una imitación de Homero.»

El autor promete seguir este curioso estudio, lamentándose que muchos escritores acudan «á las sutilezas alemanas», prefiriéndolas á los comentarios notables del italiano Da Figline y el castellano P. de la Cerda.

En otro número de *Filosofía y Letras* (Junio) el Sr. Bastianini estudia *La poesía actual y su posible evolución.*

«La última gran escuela literaria que haya hecho época, la que une su nombre al siglo XIX, el romanticismo, ha dado hace ya tiempo cuanto tenía que dar; pero nada ha venido á reemplazarlo. El Naturalismo, que en un principio parecía dirigirse á destinos duraderos, cuando sus primeros defensores repudiaban el subjetivismo romántico en nombre de un objetivismo vasto y bien comprendido, ha visto muy pronto su alcance apocado por manos inexpertas, hasta llegar finalmente á hundirse en el olvido completo de sus promesas. En cuanto al Simbolismo, que invadiendo las letras, la escultura, la pintura, todas las bellas artes con sus nebulosidades, busca en la promesa de vagas visiones una excusa á la impotencia real del artista, incapaz de marcar en sus obras la profunda amar-

gura de Hamlet, los músculos del Moisés ó el impenetrable misterio de la Gioconda, más bien que como escuela capaz de sostenerse debe mirarse como el final incoherente de una tendencia enervada y morbosa sin posibilidades de perpetuarse.

. . . . . .

»¿Significa esto que el siglo xx deba perder toda esperanza? ¿O, para no ir tan lejos, que no promete, desde ya, nada? De ninguna manera; significa la discordancia entre las tendencias apuntadas y el nuevo orden de cosas que desde mediados de la centuria pasada se viene produciendo, y que por fuerza deberá marcar su sello, en la poesía como en todo.

»¿Cuál es ese orden de cosas y cuál será su sello especial?»

Para el autor, emanará ese sello de la ciencia, cuyos descubrimientos y conclusiones han variado totalmente el concepto del mundo que antes tenía el hombre; y brindándole continuamente con nuevas sorpresas, pone, sin embargo, interrogantes sin contestación en las más altas cuestiones, que tiene por misteriosas é indescifrables.

«La Creación, si bien dejó de ser materialmente para sus primeros habitantes el «acervo informe y grosero» de las Metamórfosis, ha continuado siéndolo mucho tiempo aún para sus inteligencias poco familiarizadas con la observación de los hechos. El azar y el capricho fueron, casi hasta las puertas de la presente época, la ley universal para explicar cuanto de otra manera no podía compreuderse, es decir, la casi totalidad de los fenómenos, que despojados así de su correlación, no dejaban ver lo que de grande y general se ha descubierto en ellos después.

»Pero poco á poco se fueron manifestando las relaciones: entre cosas cercanas primero; luego entre las que lo eran menos; y por fin, entre las que se creía separadas por vallas infranqueables. Nacen así leyes cada vez más vastas y más comprensivas; y aparece la armonía del complexo universal como el más sorprendente espectáculo que pueda impresionar el entendimiento humano, por más que no alcance á descubrir el

resorte de las actividades diseminadas en todo sentido por el tiempo y por el espacio.

»Colocado en esas condiciones el hombre moderno, medita y admira; su cerebro tan pequeño anida la concepción de todas las grandezas. ¿Qué puede esperarse de tal situación? No es imposible preverlo; alguno de ellos que posea una alma elevada y poderosa, arrebatado por el torbellino llegará hasta las más altas cimas, y de sus labios brotará en palabras nunca oídas el testimonio de una admiración digna del tema imponente que la inspira.

»Entonces creemos habrá nacido el poeta futuro: artista por sus cualidades innatas, sabio por las difíciles conquistas del estudio; ambas cosas confundidas y exaltadas en la atmósfera de las grandes generalizaciones.»

En el mismo número, el Sr. Capello diserta sobre *Las cartas de Toscanelli á Colón,* de cuya autenticidad, como es sabido, empiezan á dudar los historiadores. El Sr. Capello no sólo afirma que son apócrifas, sino que cree que jamás existió Toscanelli. He aquí sus argumentos:

En primer lugar, el latín en que está escrita la carta célebre en que habla Toscanelli del camino «al país de las especias», es un latín indigno de un italiano del Renacimiento, reputado por gran latinista. Además, en el segundo párrafo dice:

«Habiéndome ya otras veces entretenido contigo sobre un »camino marítimo al país de las especias, más corto que el que »vosotros seguís, *pasando por la Guinea, etc.*»

»Es claro, pues, que aquí el autor habla, como de cosa ya usual y corriente entre los portugueses, del camino que ellos hacían para las Indias pasando por el Cabo de Buena Esperanza. (*Per Guineam* significa *pasando por frente de la Guinea*). Pero es sabido que los portugueses no llegaron al país de las especias por aquel camino sino el 20 de Mayo de 1498 con Vasco de Gama, es decir, casi seis años después del descubrimiento de América. Las palabras *per Guineam* son suficientes

para demostrarnos que la carta fue redactada después de 1498. ¿Será creíble que Toscanelli diga á los portugueses: yo os enseñaré un camino marítimo para las Indias, más corto que el que hacéis pasando por frente de la Guinea (es decir, dando la vuelta á África; porque entonces el nombre Guinea comprendía toda la parte meridional de África), y esto lo diga en 1474, es decir, veinticuatro años antes que los portugueses llegasen por aquel camino á las Indias? Este argumento es de tanta fuerza, que todos los que quieren cerrar los ojos á la luz para poder amenguar la excelsa figura de Colón y reducirla al tamaño de sus pobres personillas, por ejemplo, César De-Lollis, falsean las palabras de la carta traduciéndola del latín. ¡Para De-Lollis *per Guineam* equivale á: *á la Guinea!* La misma adulteración encontramos en la vida del Almirante por D. Fernando, publicada en ocasión del cuarto Centenario del descubrimiento.»

Por último, el Sr. Capello encuentra este otro argumento, basado en las ideas y propósitos religiosos de Colón.

Dice la carta de Toscanelli:

«Aquel país es muy poblado y muy rico en abundancia de »provincias, reinos y ciudades sin cuento, á las órdenes de un »rey (*uno* [sic] *príncipe*) llamado el Gran Kan, esto es, en »nuestro idioma, *rey de los reyes*. Sus antepasados deseaban »entrar en relaciones con los cristianos, y doscientos años ha »enviaron (misserunt [sic]) al Papa una embajada que pedía »varones doctos en la fe (*dotos* [sic]) para que los instruyeran. »Pero los enviados, á causa de tropiezos encontrados en el via»je tuvieron que volver sobre sus pasos. También en tiempo »del papa Eugenio, llegó ante el mismo un embajador que re»lataba maravillas de la benevolencia de aquellos pueblos para »con los cristianos, y yo mismo he conversado con él de mu»chas cosas, largo y tendido.»

»Si Colón hubiese recibido esta carta, habría sido su afán rastrear en las nuevas tierras los menores vestigios del cristianismo, tanto más, que en la pretendida segunda carta de Tos-

canelli hay lo siguiente: «También se irá á los dichos reyes y »príncipes que están muy ganosos, más que nos, de haber trato »y lengua con cristianos de estas nuestras partes, porque gran»de parte de ellos son cristianos.»

»No encontrando el menor rastro de una predicación del Evangelio, Colón no hubiera dejado de manifestar en alguna manera su maravilla y su desencanto».

»Además, en la consabida carta se hace mención de una Embajada que llegó de la China ó Katai al Papa Eugenio IV, el cual gobernó la nave apostólica de 1431 á 1447. Una Embajada llegó, en realidad, por aquel tiempo, pero no del Katay, sino de Etiopía. César De-Lollis señala y rectifica elgrosero error de la carta; pero debió advertir que el error es tanto más inexplicable, cuanto mayor se supone la doctrina de Toscanelli».

»Todos los historiadores, todos los contemporáneos que hablaron de la Embajada dicen que venía de Etiopía, y el gran sabio Toscanelli es el único que trabuca la Etiopía con la China. ¡Él, á quien Uzielli está pregonando como el creador de la geografía moderna!»

El número de Diciembre de la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (Buenos Aires), contiene, entre otros, tres trabajos muy interesantes. Es uno de Bunge, y se titula *Hipólito*. La forma literaria, novelesca, de este escrito, nos impide resumirlo. Para dar á los lectores idea de él sería preciso transcribirlo íntegro, y entonces se apreciarían juntamente su belleza artística y su fondo filosófico.

El segundo trabajo es de un español, el Sr. Monner Sans, habitador de la Argentina desde hace largos años. Trata de la pobreza de la inteligencia argentina. El autor hace constar lo escaso de la producción intelectual en aquel país, aunque reconociendo el mérito de los «pocos... que saben pensar hondo y decir bien, cuando viene el caso, lo que piensan». Los libros se venden poco; las revistas mueren por falta de suscripción. En cambio se vende mucho libro extranjero, aunque (según

nota del Director de la revista) los libreros dicen que se lee ahora mucho menos que diez años atrás, y que las obras más buscadas son novelas, tratados de modas y frivolidades. Mas para el Sr. Monner, nada de esto arguye propiamente miseria intelectual. A su juicio, la falta estriba en el poco aprecio que se hace de lo nacional, y al ningún interés que la prensa diaria pone en informar sobre la vida literaria. Algo parecido cabría decir respecto de España.

«Con ser Buenos Aires una población muy grande, todos nos conocemos, y esto es un grave mal. Los escritores carecen de público porque carecen de voceros, y carecen de voceros porque el continuado roce achica la admiración. Esto, sin contar en que ciertas aviesas pasiones pueden jugar su papel, y que se apele—se dan casos—á la conspiración del silencio. En este terreno somos todavía aldea; quien en cualquier cuestión no opina con nosotros, enemigo nuestro es; quien milita en escuela contraria, debe forzosamente ser adversario nuestro; el hijo de Fulano, así por sus años y sus barbas como por su inteligencia y por su estudio sea un verdadero talento digno de aplauso, el chiquillo es que nuestra memoria reconstruye travieso y juguetón. Cualquiera sabe cómo se empequeñecen los hombres con el trato diario, y cómo crecen cuando el buque ó la muerte los aleja de nosotros. . . . . .

»Somos un pueblo joven, y esto que todos sabemos y que nos lleva á ser indulgentes con fabricantes, agricultores, ganaderos, etc., etc., lo olvidamos cuando juzgamos nuestra labor intelectual. Deseamos que nuestros jóvenes escritores aparezcan desde el primer día con el casco de Minerva. ¿Cabe aberración mayor?

»Es el público una enorme masa heterogénea; su principal elemento lo constituyen los que no quieren ó no pueden tomarse el trabajo de pensar. A estos, que por desgracia son los más, hay que darles el trabajo hecho; y así como la hoja diaria se encarga de advertirles ó anunciarles cuanto en la esfera de las artes, más ó menos utilitarias, se produce, ¿por qué no

decirles quiénes lanzan á los vientos el fruto de sus vigilias? ¿Por qué el verdadero artista no ha de alcanzar lo que logra el más modesto artesano?»

El articulista termina condensando así sus observaciones:

«Contra el parecer de algunos, quizá de los más, entendemos que es vivaz la inteligencia argentina, y que como pocas tiene rápido poder de asimilación; no la creemos incapaz para los estudios serios, y aun menos para la artística exposición de sus ideas, máxime si ellas tienen por base la imaginación. De que no se manifieste con más frecuencia en obras que nos la revelen tal cual es, tiene la culpa, á nuestro entender, el escaso aprecio con que se reciben las que se publican, concluyendo por afirmar (tal es al menos nuestra convicción) que no se escriben libros porque no hay quien se encargue de analizarlos.»

El tercer trabajo á que nos referimos se titula *La Universidad libre,* y lo firma el Sr. Pintos. Lo más interesante en él es la alusión al proyecto de crear en Buenos Aires una Universidad libre, proyecto concebido por el *Círculo de la Prensa.* La principal dificultad para conseguirlo cree el autor que sea la falta de fondos, aunque confía en que si «se apela al patriotismo y á la munificencia de los millonarios argentinos» se conseguirá superarla. Como estímulo para que así suceda, el Sr. Pintos traduce del *Anuario* de 1900 de la *Review of Reviews,* la lista de los Establecimientos de enseñanza procedentes de fundaciones y donativos particulares que existían en aquella fecha en los Estados Unidos. La lista es numerosa, y no vendría mal leérsela todos los días á nuestros millonarios. Sólo que nos tememos que no oirían. La tradición española (castellana, especialmente) se ha perdido en este punto.

La *Revista jurídica y de ciencias sociales* (Buenos Aires) de Marzo, trae un artículo de Bunge sobre *Política caciquista.* No lo cito sino para señalar su coincidencia con la *Información* promovida por nuestro Costa, y tan hermosamente iniciada y cerrada por éste. La pintura que del cacique hace Bunge, no difiere mucho de las que han salido de plumas españolas.

En el número de Mayo, el Sr. G. Piñero expone el *Estado actual de la psicología* (experimental) *en Europa y América.*

El año 1878 señala la fecha de la transformación de la ciencia psicológica, bajo la impulsión de Charcot y Wundt (primer laboratorio de psicología experimental) y la *Revue philosophique* de Ribot. Actualmente hay en Alemania cuatro laboratorios: en Leipzig, prof. Wund; en Gotinga, prof. Müller; en Heidelberg, prof. Kropelin, y en Berlín, prof. Stumpf. El autor describe los cuatro con gran pormenor.

En Bélgica hay uno, en la Universidad libre, bajo la dirección de Kasimir. Italia tiene psicólogos de nota; pero ningún laboratorio, según cree el Sr. Piñero. En Inglaterra existen dos, en Oxford y Cambridge. En los Estados Unidos llegan á cuarenta y cuatro. En Rusia hay uno solo. En la Argentina, el Sr. Piñero ha instalado dos: en el Colegio Nacional y en la Facultad.

Enumera después el Sr. Piñero los Congresos de psicología desde 1889, deteniéndose en el de 1900, que fue importantísimo, y termina describiendo el laboratorio de la Facultad de Filosofía en Buenos Aires y el método que en él se sigue.

En su número de Julio, la misma Revista nos ilustra, por mano del Sr. E. del Valle Iberlucea, acerca de la actitud del episcopado argentino frente al proyecto de ley del divorcio. Naturalmente, los Obispos son contrarios al proyecto, y lo han expresado así en una exposición á la Cámara de Diputados, exposición que, como otras muchas de igual procedencia, no sólo contiene razones, sino también amenazas. El Congreso ha hecho insertar ese documento en el *Diario de Sesiones*, y el señor del Valle protesta de ello, diciendo que la Cámara no «ha tenido en cuenta que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, que todos deben merecer igualmente su consideración, al ordenar únicamente la publicación de la nota del *Episcopado argentino* en el *Diario* de sus Sesiones, echando en olvido las que le han sido dirigidas por ciudadanos y Corporaciones de la República, algunas de las cuales, como la elevada el año úl-

timo por el *Centro Jurídico y de Ciencias Sociales,* estaban redactadas en términos bien respetuosos é inspiradas en doctrinas y hechos de carácter jurídico y sociológico.

»¿Y en qué está fundada la exposición de los Obispos católicos? No lo está en argumentos de orden jurídico y consideraciones de carácter sociológico; pero, sin embargo, en ella se llama «la atención de los señores diputados á los peligros especiales que en un país de inmigración como el nuestro ha de representar el divorcio para la mujer indígena, expuesta muchísimo más que las de aquellas otras naciones donde la población es sedentaria, á ser frecuente víctima del ultraje y del abandono»; y se dice que «bajo el imperio de una ley de divorcio en la República Argentina, uno de los medios más rápidos y seguros de «hacer la América» puede resultar en lo futuro el casamiento, la dilapidación real ó simulada del patrimonio de la esposa y el abandono de ésta, regularizado todo ello por las actas respectivas perfectamente ritualizadas ante magistrados civiles». Esta consideración es sencillamente una *ingenuidad sociológica:* ¡como si en la actualidad los bribones, los «aventureros», no tuvieran medios de burlar á las mujeres argentinas! ¡Como si no hubiéramos visto entre nosotros muchos casos de bigamia! ¡Como si los pícaros no hubieran violado en todos los tiempos, y más que nunca durante el predominio de la Iglesia, las disposiciones de la ley del matrimonio».

Esto aparte, el autor discute la exposición, alegando que no han sido siempre unánimes las opiniones de los Padres de la Iglesia acerca del divorcio, habiendo quienes, (Tertuliano y otros) «admitieron, interpretando el Evangelio según San Mateo, el divorcio por causa de adulterio...» En general, «los Concilios, los *libri poenitentiales* y las epístolas de algunos pontífices, admitieron claramente hasta el siglo IX la disolución del matrimonio»; y «muchas veces, aun en tiempos no lejanos, la Iglesia ha admitido de hecho el divorcio bajo el nombre de *nulidad del matrimonio* y consentido en ciertos casos,

invocando razones de Estado, que los monarcas repudiaran sus esposas».

Los católicos orientales «han practicado siempre el divorcio»; y cuando los griegos, sometidos á la República de Venecia, aceptaron el dominio de la Iglesia romana, «el Concilio de Trento consintió que siguieran practicando el divorcio establecido por sus usos y costumbres».

Citaré, finalmente, en el mismo número de la misma Revista, un artículo del Sr. La Serna, que tiene por objeto dar á conocer el proyecto de ley de accidentes del trabajo escrito por los Dres. Roldán y Avellaneda, á quienes critica acerbamente el articulista.

HISPANUS.

CRÓNICA LITERARIA

Cañas y barro (novela), por D. Vicente Blasco Ibáñez. —La filosofía de Sangonera.—Un novelista nuevo.—*Las de García Triz*, por D. Mauricio López Roberts.

Ese acento de la *verdad* que en las personas nos convence, existe también en las artes. *Está hablando,* decimos delante de un retrato, aunque no hayamos visto jamás al original, y del mismo modo, en las descripciones literarias de lugares, sucesos y costumbres, parece que la realidad se descubre de suyo cuando ha sido intensa y fielmente reproducida por el escritor, y hace que por tal realidad la reconozcamos en sus imágenes aunque en el mundo sensible no la hayamos contemplado cara á cara. Tierras lejanas que nunca vimos, escenas que no presenciamos, tipos y caracteres cuyos modelos de carne y hueso nos son desconocidos, nos hablan á veces en los libros con aquel acento de la verdad, y en cambio en otras páginas, que pueden ser acaso primorosas y elocuentes, algo inexplicable nos advierte que aquello es caprichosa ficción, afeite literario, invención de la fantasía.

Ese acento de la verdad abunda en las páginas de la última novela de D. Vicente Blasco Ibáñez, *Cañas y barro,* é igualmente la hallamos en otras de sus anteriores obras, singularmente en *Arroz y tartana, La barraca,* y *Flor de Mayo.*

De los novelistas que se han dado á conocer cuando eran ya conocidos y famosos Galdós, Pereda, Palacio Valdés, Emilia Pardo Bazán, Ortega Munilla, Picón, los grandes novelistas, en suma, de la segunda mitad del siglo XIX, el mejor es

sin duda el Sr. Blasco Ibáñez. En alguna cualidad aislada podrá aventajarle acaso este ó el otro de los nuevos noveladores, pero á todos supera él en el conjunto de las dotes que requiere el cultivo de la novela, y sobre todo en la visión clara, transparente, precisa, de firme dibujo, de la vida. A sus novelas podría aplicarse la divisa de *A Relequia* de Eça de Queiroz, el gran novelista portugués: *Sobre a nudez forte da Verdade—o manto diaphano da Phantasia,* «Sobre la robusta desnudez de la verdad, el diáfano velo de la fantasía.»

Cañas y barro me parece no sólo una de las mejores novelas de su autor, sino una también de las mejores que se han escrito en lengua castellana en estos últimos años. ¡Qué honda y dramática emoción, qué interés creciente despiertan sus páginas escritas en un estilo sencillo que parece irse evaporando en imágenes, que apenas dejan al lector fijarse en las palabras! El lenguaje está reducido en esta obra á su papel de medio de expresión, se eclipsa ante lo expresado; no se ven allí frases felices, elegancias de dicción; se ven seres, escenas, trozos de realidad.

La acción de esta novela, que bastaría para colocar á Blasco Ibáñez entre nuestros *Dii majorum gentium* del género, si no tuviera él ya ganada tal categoría por otros de sus libros anteriores, se desenvuelve en la Albufera de Valencia, en el pueblecillo de Palmar. Unas cuantas escenas, muy pocas, bastan para pintar el medio social y físico con colorido insuperable; unos cuantos personajes, muy pocos también, representan el drama, que adquiere al final elevados tonos de tragedia. Una de las cosas que más merecen llamar la atención en este libro, mirado desde el punto de vista *profesional,* como libro, considerado en su anatomía ú organismo interior, es la sencillez extremada de los medios de que se vale el novelista para producir la honda emoción estética que se desprende de *Cañas y barro.* No hay demostración más concluyente, á mi parecer, del dominio de un género.

En cinco ó seis personajes: Tonet, Neleta, el tío Paloma, el

tío Toni, Sangonera, acaso la *Borda*, aunque esta amable y delicada figura no sale en la novela del segundo término á que la reduce su papel de Cenicienta; en cuatro escenas: la travesía por el lago en la barca correo que va del Palmar á Valencia; el sorteo de los *redolins* ó puestos para la pesca; las fiestas del niño Jesús; las grandes tiradas de San Martín y de Santa Catalina, está toda la novela y toda la vida de la Albufera: presente, pasado, porvenir. El pasado, la historia, es el tío Paloma que se acuerda de los tiempos de Suchet, nombrado por el Rey José, Duque de la Albufera, y que ha paseado en su barca á la Reina Isabel, á Prim, á todos los grandes personajes que visitaron el lago. El anciano pescador es la historia que conviene á aquel medio social, historia oral contada por viejos, recuerdos aislados y dispersos que se cristalizan en torno de un personaje ó de un suceso, cual sucede siempre con lo que vive de la historia en la memoria y en la fantasía del pueblo. Y el pasado se refleja también en la organización comunal de los pescadores del lago, en el sorteo de los puestos, en aquella vida sencilla y primitiva de antigua tribu lacustre. El presente está en las costumbres que tan á lo vivo pinta el novelista; el porvenir acaso lo personifica el tío Toni, el trabajador tenaz que va rellenando de tierra la charca que cubrirán los futuros campos de arroz, y que con su esfuerzo individual es uno de los anónimos factores de la transformación de un pueblo pescador en agricultor.

Todo un cambio histórico, el paso insensible de una fase á otra de la civilización, se ve en aquella enérgica figura de luchador incansable con la Naturaleza y el Destino. El tío Toni desciende, aunque esté ignorante de tan excelsa prosapia, de los semidioses mitológicos que realizaban trabajos portentosos, roturaban tierras vírgenes, desecaban lagunas, perseguían monstruos, y conducían, en suma, á la humanidad á la vida civil.

En la proporción magistral que guardan entre sí las diversas partes y elementos de esta novela, ese paisaje tan sobria y

vigorosamente descrito, y ese atractivo cuadro de costumbres de un pueblecillo de pescadores, no salen de su papel de fondo de la acción principal. Y esa acción, ¡cuán hábilmente se desenvuelve desde las escenas en que Neleta y Tonet se pierden de niños en el monte, hasta aquellos otros momentos de culminante interés dramático en que el infanticidio y el hallazgo de los tristes despojos de la víctima sacrificada apenas nacida, producen en el lector el escalofrío de lo trágico! Estas últimas son páginas de verdadera tragedia, llenas de bárbara grandeza, que agitan el alma con honda sacudida de horror. Y sin que el novelista alardee de cultivar la nota psicológica, ¡qué profunda penetración hay en la manera de presentar los caracteres de los dos personajes que *hacen* la tragedia! La feroz codicia y la inhumana insensibilidad de Neleta están definidas en el recuerdo de la miseria de su infancia, cuando se acercaba humildemente á la puerta de la barraca de sus vecinos y esperaba allí que se fijasen en ella y la dieran de comer. Luego se casa la heroína de *Cañas y barro* con un hombre viejo, repulsivo para ella, pero rico; y cuando muerto el esposo se ve la viuda en posesión de la ansiada riqueza, pero amezanada por un testamento que la privará de parte de la herencia si se casa otra vez ó incurre en deslices, antes que perder porción alguna de aquellos ansiados bienes, resuelve abandonar al hijo nacido de sus amores con Tonet. El carácter de éste, su aversión al trabajo, sus instintos de bandolero, de hombre brutal de la Naturaleza, desarrollados por su vida de guerrillero allá lejos, el dominio que ejerce sobre él Neleta, la cual es para Tonet no sólo el amor, sino la vida asegurada, la cómoda holganza, sin cuidados, todo eso prepara hábilmente en la novela la génesis del acto fatal. Y las circunstancias que truecan el proyectado abandono de la criatura en atroz infanticidio, están, asimismo, presentadas con rigurosa lógica é intensa realidad.

En la parte episódica de *Cañas y Barro,* lo más interesante para mi gusto es la figura genial de Sangonera. Sangonera

no ha oído acaso hablar nunca de Tolstoi, ni sabe que allá muy lejos, en tierras de Rusia, hay un gran hombre, un escritor, un filósofo que ha soñado con restaurar la sencillez patriarcal del cristianismo primitivo; pero Sangonera, que ha sido monaguillo ó criado de los curas del Palmar, se ha leído los libros de sus amos, se ha aprendido casi de memoria el Nuevo Testamento y se ha formado también él un cristianismo suyo, una moral propia. El es un vago, un borracho, pero huelga por principios y ha sacado una ética de su borrachera. El trabajo le parece un grave pecado, desconfianza de la Providencia que da de comer á las aves del campo y viste á los lirios con incomparable túnica, alteración del orden natural en que no figura el trabajo. La embriaguez no le parece grosera satisfacción de un apetito, sino medio de embellecer la visión del mundo, manantial y depósito de ilusiones. Y no le arguyan á él que los hombres si no trabajaran no podrían vivir. Si no se trabajara habría menos hombres, es verdad, pero se viviría mejor. El vagabundo del Palmar no se contenta con filosofar; su filosofía no es meramente discursiva, la iluminan á veces místicos resplandores. Sueña con una nueva venida de Jesús. Si antes quiso el Divino Maestro elegir sus discípulos entre humildes pescadores, ¿por qué no ha de venir ahora al Palmar, por qué no ha de aparecerse en las orillas de la Albufera? Y él, en efecto, cree haber visto la divina aparición, al caer de una tarde, entre las luces vagas del crepúsculo. Y no hace caso cuando se burlan de él y le dicen que la supuesta aparición que vió, fue un hombre de carne y hueso como él, un extranjero, un afilador italiano que anda recorriendo los pueblos de la laguna.

Hay que confesar que la filosofía de Sangonera no es tan desatinada y paradójica como parece á primera vista. Dejemos la apología de la embriaguez á los partidarios de los paraísos artificiales. Pero la condenación del trabajo, ¿no expresa una reacción natural y hasta cierto punto legítima, si se la despoja de exageraciones, contra la práctica de la vida que en

los modernos tiempos impera? El fanatismo del trabajo que domina á los pueblos de civilización occidental, parece olvidado de la brevedad de la vida humana. Era más lógico el anacoreta que con una vida de mortificaciones creía ganar una eterna existencia ultraterrena de beatitud. La aspiración merecía el sacrificio. Pero estos hombres que desde la niñez se afanan unos para reunir riquezas, otros para acumular saber, otros para mandar á sus semejantes, los más para ganarse una ración mayor del precario pan cotidiano, se olvidan de vivir, embebidos en su faena; consumen la vida sin sentirla ni gozarla, hasta que la muerte viene á desengañarles con su mueca burlona, y les muestra la inutilidad de aquellos esfuerzos que son á la postre para otros. El vagabundo que pasó hambre y sed por los caminos, quizá ha vivido más que los laboriosos que en la opulencia mueren. Bajo la capa de libertad moderna se ha ido formando una exigente *estatolatría* ó *humanolatría* que quiere que el individuo se sacrifique por la riqueza y la cultura colectiva, por el engrandecimiento de su nación ó por el progreso de la humanidad, y en formas suaves é hipocráticas propone al hombre un ideal de vida semejante al de los centenares de miles de ignorados operarios que levantaron las pirámides de Egipto. Se quiere erigir á costa de la dicha individual pirámides de cultura, de riqueza, de adelantos. Pero al menos la masa anónima de los esclavos de los Faraones no levantó las antiguas pirámides por su gusto, sino bajo la amenaza del látigo de los capataces. Y los himnos al trabajo, presentándole como el sumo bien, suenan á falso y no consiguen sofocar con sus acentos el eco de la antigua maldición: *¡Ganarás el pan con el sudor de tu frente!*

Se vive demasiado deprisa. No queda tiempo para contemplar con sosiego el camino que se recorre. Los ojos, puestos afanosamente en lejana é ilusoria meta, no gozan el espectáculo del mundo, ni la inteligencia, manejando como herramienta las ideas y las datos del saber, disfruta tampoco de los encantos y maravillas del Reino interior. Esos millonarios

americanos de quienes se cuenta que trabajan diez ó doce horas diarias, son tristes ejemplos de la locura humana, casos de voluntaria esclavitud. Es más racional la vida libre y ociosa del beduino.

La multiplicación de las necesidades, de las cargas, de las obligaciones, va haciendo demasiado cara la civilización. Y así se va formando atmósfera favorable para la protesta; y las ideas de Tolstoi, por ejemplo, que son como una resurrección de un pasado remoto, de una vieja civilización rudimentaria, enamoran á los forzados del progreso. Esa reacción es la que ha encarnado con fortuna el Sr. Blasco Ibáñez en el Sangonera de su novela, parásito que filosofa á su modo, como filosofaron por otro estilo los que se sentaban en los banquetes de la Antigüedad.

***

Pasando de un gran novelista á un novelador que empieza, mencionaré á continuación de *Cañas y Barro* las tres novelitas publicadas en un tomo por D. Mauricio López Roberts, y tituladas *Las de García Triz, La Cantora, La familia de Hita.*

De estas tres novelitas, la primera y la última son, á mi parecer, las mejores. En *La Cantora* los méritos son puramente de estilo. El asunto no tiene apenas desarrollo novelesco; la psicología es convencional, y no hay tampoco allí verdadera observación de la vida. Lo único que hay es literatura; frases é imágenes (á veces felices y poéticas). La heroína es una monja que se muere de amor profano porque la besó por sorpresa un mozalbete. Los escritores modernos apenas sacan á escena, como figura principal de sus obras, monja, cura ó fraile que no aparezca abrasado de eróticos ardores. La mayor parte de estos escritos parecen una inconsciente impugnación del celibato eclesiástico y el voto de castidad. Y por lo general, hay mucho de falso y convencional en estas representaciones novelescas, dramáticas ó líricas. Tal vez se deba ello á cierta inca-

pacidad para apreciar la vida religiosa, incapacidad nacida del ambiente de indiferencia que se respira en las sociedades modernas, ó de falta de observación detenida y asidua de aquel estado.

A medida que la fe ha ido desapareciendo no sólo de los espíritus, sino también de las costumbres, y no son ya los frailes visita acostumbrada de las casas de los seglares, ni frecuentan tanto como antes las señoras los conventos de monjas, parece que han aumentado las distancias entre el siglo y el claustro, y que han llegado á ser dos mundos, no sólo diferentes, sino incomunicados entre sí, que mutuamente se ignoran.

En cambio, las otras dos novelitas del Sr. López Roberts son afortunados ensayos en este género. Ambas tienen un tinte melancólico. Y en las dos hay asunto para sendas novelas de costumbres que ocuparán cada cual un volumen completo. Son en cierto modo novelas *comprimidas*.

En la que lleva por título *Las de García Triz,* presenta el Sr. López Roberts dos solteronas, que entran en la vejez conservando las cándidas ilusiones de la pasada juventud y viven de sus recuerdos. El novelista no se fija en el aspecto ridículo del tipo, sino en el aspecto triste y conmovedor que ofrecen esas pobres vidas de mujeres que se marchitan sin conocer los goces del amor y la maternidad. Sus heroínas son hermanas, y presentan esa semejanza moral de las personas que han vivido muchos años juntas y llegan á sentir y á pensar al unísono. El tiempo se lo ha ido quitando todo: las gracias de la juventud, la riqueza; pero sus corazones siguen siendo jóvenes. Y las dos pobres viejas no comprenden que ha pasado para ellas irrevocablemente ese momento de la vida en que las ilusiones pueden trocarse en realidad y en que se puede soñar con el porvenir.

Ellas tienen su dicha, apacible, opaca, sosegada, hecha de recuerdos y de puerilidades inocentes; y he aquí que un caso que juzgan al principio venturoso, viene á turbar su tranquilidad. De pronto se presenta un antiguo novio de una de ellas.

Los dos novios que fueron se encuentran muy viejos, muy cambiados; pero al cabo sueña la pobre solterona en resucitar el marchito y lejano idilio. Pero el novio se casa con la hermana, un poco menos vieja, un poco mejor conservada. Este asunto, tan expuesto á caer en lo ridículo, está tratado con gran delicadeza y verdadero instinto poético por el Sr. López Roberts. Y el fondo del cuadro: el rincón del viejo Madrid en que viven las hermanas, su casa antigua, sus vetustos muebles; todo aquel ambiente de cosas pasadas, que sobreviven á su tiempo, está impregnado de una suave y simpática melancolía.

Más rigor dramático tiene la otra novela, *La familia de Hita,* que es la que revela en el autor mayor enjundia de novelista. El interior burgués que éste nos pinta, tiene mucha realidad. La figura de la pobre mujer, esclava del marido, holgazán y vanidoso, y de los hijos díscolos y pervertidos, es un tipo que existe y es frecuente en la clase media y en el pueblo. En estos callados heroísmos del hogar consumen su vida muchas infelices mujeres, aunque las más de ellas no tengan fin tan trágico como la heroína de *La familia de Hita,* que acaba tirándose desesperada por un balcón. Pero estos tipos humildes, resignados, de mujeres víctimas del egoísmo masculino, suelen pasar ignorados por la vida... y por la novela también; así que la heroína del Sr. López Roberts ofrece relativa novedad y no pertenece al enjambre vulgar de personajes convencionales de donde toman ordinariamente sus tipos los novelistas que empiezan.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Pedagogía y educacion: La capacidad mental del niño.—El problema de la educación en Inglaterra.—La sugestión en la educación.=Etnología: El porvenir de los pueblos latinos en América.=Literatura: El teatro y el público en Italia.—¿Ha sido Zola un degenerado?=Impresiones y notas: Experimentos anarquistas.—Anécdotas de Antonio Vico.—Un rico escritor pobre.

PEDAGOGIA Y EDUCACIÓN

La capacidad mental del niño.—El Negociado de Educación de los Estados Unidos, según dice el Dr. Caze en *La Revue,* acaba de tomar una medida de gran resonancia, proponiendo la adopción de un sistema de enseñanza absolutamente nuevo y más racional que todos los conocidos.

Las investigaciones hechas demuestran perentoriamente que los estudios librescos son nocivos al niño. El niño tiene necesidad de moverse, y es preciso volver al método peripatético; se crece, material é intelectualmente, andando y no estando parado: *crescit eundo.* Los libros deben reemplazarse por el paseo; las lecciones en clase por visitas á los Museos, á los jardines y á los talleres; las teorías por la vista de las cosas. Los instrumentos con que los profesores deben dosificar la cantidad de impresiones cerebrales que el niño puede sufrir diariamente, permitirán no cometer excesos ni perder energías.

La experiencia demuestra que quien se entrega habitual-

mente á ocupaciones intelectuales, lo hace á expensas de sus fuerzas físicas. Sabido es que los niños se desarrollan más durante las vacaciones que durante el curso, y que la dispepsia y la pérdida de las energías vitales son frecuente resultado de la fatiga cerebral. El ejercicio moderado refuerza los músculos, lo mismo que el excesivo los debilita. Todo se halla en perfecta relación.

La información abierta por el Negociado de Educación, evidencia que el niño no puede estarse quieto largo tiempo si no se le violenta para ello. Los datos recogidos por los padres y maestros para saber cuánto tiempo suele estar inmóvil un niño y cuál es la parte del cuerpo que entra primero en movimiento, muestran que por regla general la inmovilidad completa de un niño que esté libre no pasa de un minuto ó minuto y medio de duración, comenzando la agitación por las manos y los brazos, el fruncimiento de las cejas y el juego de los labios y de los dientes. Los adultos aguantan mejor la inmovilidad, pero es porque su voluntad se impone, aunque no sin esfuerzo, á la tendencia natural al movimiento.

Hasta en el sueño persiste el movimiento, como una necesidad fisiológica: de 70 niños y adultos observados, 38 estuvieron moviéndose á cada instante. Por otra parte, de 152 niños inquietos, 93 gozaban de excelente salud, y sólo 23 eran enfermizos; 23 eran alegres, 71 extremadamente alegres, y sólo 10 tristes ó melancólicos. Lo que permite sacar la consecuencia de que el niño sano es el niño que se mueve mucho. De 108 niños inertes, 44 gozaban de buena salud, 58 eran alegres, 45 reflexivos y 27 aplicados. De donde se deduce que la salud del niño pacífico no es tan buena como la del niño vivo é inquieto.

La causa principal del régimen de inmovilidad á que se condena á los niños en las escuelas, es la creencia de que no se les puede enseñar nada si no se les clava sobre un banco durante varias horas para que presten atención. Es un error gravísimo. La lección de cosas debe preferirse á la lección recitada ó dictada. Deben ejercitarse los sentidos, y sólo más

tarde cabe apelar á la razón. Y no hay que limitarse á mostrar los objetos, sino enseñar á verlos y á compararlos.

Importa además—y aquí entra lo nuevo del sistema, pues lo dicho hasta aquí nada tiene de nuevo—que el maestro proporcione el esfuerzo intelectual del niño á su sensibilidad nerviosa y á su resistencia mental. Para eso se necesitan instrumentos de precisión, que hasta ahora sólo se usaban en los laboratorios de fisiología y biología, y que en adelante serán empleados en las escuelas, tales como el algómetro, el palatógrafo, el labiógrafo, el glosógrafo, el goniómetro, el miógrafo, el ergógrafo y otros, debidos á la inventiva del Dr. Arturo Mac Donald. Los laboratorios de la Sorbona han hecho los primeros trabajos; pero los americanos han sabido deducir las aplicaciones y serán los primeros en gozar de estos adelantos pedagógicos, que serán adelantos si se contienen en la medida de lo prudente y de lo práctico, no en otro caso.

***

El problema de la educación en Inglaterra.—En Inglaterra, como en Francia, la Iglesia ha dominado largo tiempo en la enseñanza. A principios del siglo último, los Wesleyanos y los Lancasterianos, impresionados por la insuficiencia de la educación anglicana, comenzaron á difundir sus escuelas, y desde entonces comenzó la lucha entre los dos grupos, privados ambos, la *National Society*, fundada por la Iglesia nacional en 1811, y la *British School Society*, creada en 1808 por los disidentes. El Estado se mantuvo neutral, y aunque parecía ver con gusto la tendencia Wesleyana hacia la enseñanza libre, emancipada de la Iglesia, no intervino en la contienda, como afirma Delpon de Vissec en la *Revue Bleue*. Hasta 1870 puede decirse que no se echaron formalmente los cimientos de la instrucción primaria, en el primer ministerio de Gladstone. El autor de la ley, Forster, quiso que la educación nacional estuviera fuera de todo partido religioso, cosa difícil en nación tan

religiosa como Inglaterra; para salvar la dificultad, Forster imaginó la *Conscience Clause,* por la que la instrucción religiosa se limitaba á la lectura simple de la Biblia, con prohibición de todo comentario; y para que la neutralidad fuese completa, nadie está obligado á asistir á esta lectura, hecha en horas en que los niños pueden retirarse á sus casas, si los padres lo prefieren, sin ningún inconveniente.

El *Education bill* de 1902 respeta la *Conscience Clause,* pero tiene otros fundamentos. La enseñanza en Inglaterra es demasiado individualista, y está demasiado abandonada á la iniciativa privada. Forma tal vez el carácter, pero deja el espíritu inculto: un inglés sale del colegio con el conocimiento perfecto del *cricket* ó del *foot ball,* pero apenas sabe escribir una carta ni conoce el nombre de Shakespeare. La Iglesia anglicana, por otra parte, atraviesa hace algunos años una situación crítica; el sentimiento religioso está debilitado por una parte, y por otra, en la aristocracia sobre todo, hay una tendencia marcada al catolicismo y á la romanización del culto luterano.

Los *churchmen* ó clericales consideran insuficiente la instrucción religiosa de las escuelas públicas ó *board schools,* cuya atmósfera les parece pagana, prefiriendo las escuelas privadas, donde la enseñanza de la religión tiene carácter confesional. Y como forman la mayoría de la nación, de ahí que las escuelas privadas pasen del doble de las públicas. Impresionado por la impopularidad de la enseñanza oficial, el Gobierno propone conceder á las escuelas privadas, sin distinción de sectas, los privilegios de las públicas, pero á condición de someterse á la intervención de los inspectores del Estado en cuanto á la parte laica de la enseñanza. Contra esto protestan los no conformistas, cuyos hijos se educan casi todos en las escuelas públicas, no viendo con buenos ojos que el Estado subvencione las escuelas protestantes.

Hoy, en efecto, las escuelas públicas se sostienen por subvenciones parlamentarias y por contribuciones locales, y las

privadas viven sólo de la generosidad de su clientela. El *Education bill* tiende á que todas las escuelas sean sostenidas por los contribuyentes por igual, sean laicas, protestantes, católicas ó judías; de modo que el contribuyente no conformista, que hasta ahora sólo ha tenido que pagar para las escuelas públicas, tiene que pagar para todas, y de ahí su descontento, agravado por la innovación de suprimir los actuales comités escolares, elegidos por los contribuyentes, por otros constituídos por las autoridades municipales. La natural consecuencia será entregar la enseñanza á los *churchmen,* que están en mayoría, viniendo á parar á un régimen de intolerancia anglicana, que sería un paso atrás en el camino que sigue todo el mundo civilizado.

Que haya un Gobierno que favorezca á la Iglesia — cualquiera que ella sea — ó que la persiga, el resultado de ambas políticas es el mismo: encender los odios religiosos, lo más irritable que hay en el hombre. Hoy la lucha de la Iglesia con el Estado y de las iglesias entre sí, sólo versa sobre intereses materiales, y el espíritu de secta—lo mismo de la derecha que de la izquerda — parece el más inadmisible y condenable. La mejor política para el Estado en estas cuestiones es la de permanecer neutral. Es la política de los Estados Unidos, y no hay otra más racional ni más práctica.

***

La sugestión en la educación.—El estudio de la sugestión en pedagogía está poco adelantado y la generalidad de los maestros ignoran lo que es la sugestión, dice en la antigua *Revue des Revues* el Dr. Regnault.

En cuanto el niño conoce el mundo exterior, tiende á imitar los actos que percibe. Hacia el cuarto mes empieza el niño á imitar lo que ve hacer; al sexto mes responde á una sonrisa con otra, y al décimo imita ciertos movimientos del brazo y de la mano y trata de reproducir los sonidos que oye. Estos

actos imitativos son al principio mecánicos, pero no tardan en ser más ó menos conscientes y voluntarios, y entonces nace la sugestión imitativa. Con la edad el espíritu de imitación se atenúa, pero persiste mucho tiempo en el adulto, y es la facultad que desaparece últimamente en los idiotas.

Una de las formas de la sugestión, la más corriente, es la sugestión verbal. El niño que no tenga mucho juicio ni reflexión, será poderosamente influído por la sugestión verbal. La instrucción y el desarrollo intelectual son por otra parte los medios que pueden libertarnos de la sugestión persuasiva. El educador que conozca las tres especies de sugestión, imitativa, verbal y persuasiva, modelará el cerebro de un niño como un escultor un busto de barro.

En la primera edad la sugestión imitativa es omnipotente, siendo preciso seguir entonces el precepto de Locke: «Pocas palabras y muchos actos.» Más tarde el niño se hace accesible á la sugestión verbal, y entonces nunca se le repiten en vano, sin cuidarse de justificarlos, ciertos proverbios, tales como «haz lo que debes, suceda lo que quiera», *labor omnia vincit,* etcétera. Cuando el niño se despierte á la vida del sentimiento, entonces la sugestión persuasiva actuará á su vez con éxito; pocos niños resisten á un «eso apenaría á mamá» pronunciado con convicción.

El educador debe saber discernir la especie de sugestión á que es más accesible su alumno. Llevar á los niños á ver ajusticiar á un hombre, puede ser conveniente si se trata de sujetos en quienes predomina la sugestibilidad persuasiva; pero es peligroso si domina la imitativa. Próspero Lucas cuenta el caso de un niño que estranguló á su hermano «para hacer como el diablo que estrangulaba á Polichinela», y el de varios niños que se reunieron para colgar á otro, como lo habían visto hacer.

«La educación, ha dicho Ribot, es una suma de hábitos», y la buena educación consistirá en la adquisición de una suma de buenos hábitos. El niño como el animal no obedece á todo

el mundo, sino al que sabe manejarlo mejor. Enrique Pérez cuenta de un niño que durante los dos meses de vacaciones cambió tres ó cuatro veces de carácter: fue muy obediente, simpático y alegre en casa de su tío; muy áspero, camorrista y alborotador en casa de su tía, y reservado, complaciente y silencioso en casa de una amiga de su madre.

La sugestión parece que no hace mella en ciertos sujetos, especialmente en los que tienen el «espíritu de oposición» muy desarrollado. Los niños precoces son también poco sugestionables. En general, sin embargo, el niño es moldeable como la cera, y tan fácil de educar desde el principio como difícil cuando ha adquirido ya malas costumbres. Entonces no basta la sugestión normal y hay que emplear la sugestión hipnótica. Esta sugestión puede y debe utilizarse con los niños malos, viciosos ó enfermizos en los que no dan resultados ni la persuasión, ni los premios ni los castigos.

Hay, sin embargo, que distinguir entre los niños viciosos normales y los degenerados; los primeros roen sus portaplumas ó sus uñas porque no pueden estarse quietos; déseles aire y movimiento. Los segundos se reconocen fácilmente por los estigmas de degeneración: cara asimétrica, cráneo mal formado, orejas no orladas y separadas del cráneo; con éstos da excelentes resultados el hipnotismo. El primero que ha empleado este recurso en pedagogía es el Dr. Edgardo Berillon, con eficacia sorprendente. Pero no se crea por eso que el hipnotismo puede hacer de un idiota un ser inteligente; sirve tan sólo para corregir los malos hábitos.

El médico no debe intervenir en la educación de los niños normales por el hipnotismo; el hipnotismo es un recurso terapéutico y debe reservarse para los seres morbosos. Los padres y los maestros son los que deben ejercer la sugestión; pero en estado de vigilia, y no de sueño. Cuando la ciencia de la sugestión se vulgarice, será seguramente uno de los capítulos más importantes de los tratados de pedagogía del porvenir.

ETNOLOGIA

El porvenir de los pueblos latinos en América.—*La Renaissance Latine* ha abierto una información, dirigida por Rubén Darío, sobre el porvenir en América de los pueblos latinos. Algunas de las respuestas recibidas son interesantes y merecen ser conocidas de nuestros lectores, siquiera sea sucintamente. Helas aquí sin comentarios, aunque algunas bien los merecen:

«La influencia de los Estados Unidos — dice el respetable hondureño Soto—es inmensa; pero el porvenir de la América latina es magnífico; de la fusión de la raza hispanoamericana con los emigrantes europeos saldrá una nueva raza fuerte, bella, espiritual, dotada de las cualidades de ambas razas. La sangre latina comunicará á la sajona su sentimentalismo, su amor á lo bello; y los sajones infundirán en los latinos su espíritu positivo y su amor al orden, al trabajo y al progreso. Si no me hago ilusiones, la raza futura de la América española será la más completa de la humanidad.»

«Ninguna parte del globo—dice Vargas Vila, ex Ministro de Colombia en Roma—está destinada á un porvenir más brillante ni llamada á más altos destinos. El siglo actual será de reconstitución y de absorción, y verá surgir grandes naciones sobre las ruinas de las pequeñas. Méjico no podrá aspirar más que á defenderse. La América central será absorbida por la invasión incruenta y silenciosa de los yanquis, establecidos en las dos orillas del Canal interoceánico. El baluarte de la raza latina lo formarán Colombia, Venezuela, el Ecuador, el Perú y Bolivia, constituyendo la gran confederación realizada por Bolívar, y que será la rival natural de la que ha de resultar de la guerra entre Chile y la Argentina. El Brasil, en fin, tendrá mucho que temer y que sufrir, y será el teatro de la primera guerra que los americanos habrán de sostener contra Alemania, no en defensa del derecho brasileño, sino para impedir en

América la formación de un gran imperio, rival del suyo.»

«América—dice Blanco Fombona, Cónsul de Venezuela en Amsterdam—es el continente del porvenir. La América latina es la tierra de predilección, porque, á excepción del Brasil, no se habla en ella más que una sola lengua y se vive bajo un régimen de libertad en un suelo fecundo.»

«El progreso futuro de las Repúblicas hispanoamericanas —dice Rubén Darío — estará en razón directa de la mayor ó menor emancipación de la influencia intelectual española de una parte, y de la influencia moral de Roma de otra.»

«El porvenir de los pueblos iberoamericanos—dice el senador Zumeta, Cónsul de Venezuela en Liverpool— depende de la actitud tomada por el conjunto de pueblos europeos de orígen latino; mientras dure la indiferencia de la Europa latina respecto al continente perteneciente á su raza, el mundo latino continuará disminuyendo en territorio, en vitalidad y en autoridad moral.»

Javier de Carvalho, corresponsal parisién de varios diarios del Brasil, no cree en las profecías belicosas de Vargas Vila. El Brasil es el destinado á más brillante porvenir; ocupa ocho millones de kilómetros con 16.000.000 de habitantes, y puede albergar hasta 300.000.000. La emigración alemana es grande; pero todos los emigrados llegan á establecerse definitivamente en el país; se casan allí, y se convierten en verdaderos brasileños, que hablan el portugués y no sueñan con colonias independientes, ni menos con conquistas alemanas. El panamericanismo no tiene nada que ver con el Brasil, y los principios imperialistas de la doctrina de Monroe son contrarios á los intereses políticos y económicos brasileños.

Luis Tamini, fundador en Londres de la Asociación de la Prensa extranjera y de la Sociedad de beneficencia iberoamericana, se burla con mucho gracejo de las aficiones aristocráticas de los republicanos de América, y se pregunta si con tales aficiones no sería más lógico y digno que los hispanoamericanos formaran una gran confederación bajo la hegemonía

del Rey Carlos VII ó de su hijo Don Jaime, que no estar sometidos á la tiranía, dilapidaciones y expoliaciones de oscuros reyezuelos con nombre de Presidentes de República. «Se ha hecho bien—dice—en corregir ciertos cantos nacionales demasiado agresivos contra España; y es de desear que esta reconciliación continúe, que los estadistas españoles empiecen á viajar á través de la América latina, que escriban desde allí á la Prensa de su país, y á su regreso en Madrid den conferencias sobre lo que han visto.»

«Creo firmemente en la grandeza del porvenir de las Repúblicas hispanoamericanas»—dice Pietri Daudet, Cónsul de Venezuela en Bruselas.—Este porvenir está subordinado á dos puntos: la inmigración y el fin de las revoluciones. La América latina tiene de España la índole generosa, pero batalladora, débil y sin iniciativa. De tal padre, tal hijo. La emigración europea podrá extinguir esta índole echando agua al vino y mejorando la raza; con esta mejora vendrá la paz, y con la paz la prosperidad.

LITERATURA

El teatro y el público en Italia.—Los italianos, que Máximo de Azeglio no podía todavía reconocer, se han manifestado al fin como un tipo distinto y autónomo de la gran estirpe europea, reunidos por su hermosa lengua común, dotados de virtud y de fuerza propia, afinados por sus tradiciones milenarias y prontos á emanciparse de todo residuo de extraña superioridad. Este resurgimiento—como dice Butti en la *Nuova Antologia*—se refleja principalmente en el espejo lúcido del arte, en todas sus manifestaciones.

Los autores italianos tienen que luchar contra dificultades de que no se tiene idea en otras partes: la competencia extranjera, que ahoga la producción nacional; la falta de un centro donde se consagre de un modo definitivo el valor de las obras

dramáticas; la modestia de los resultados económicos, y, en fin, la hostilidad ó la desconfianza de las compañías, del público y de la prensa. Si en medio de tantos obstáculos se logra algo, maravilloso es, siendo prueba concluyente de lo mucho que puede hacerse.

La multitud no es una vana palabra, ni una abstracción; es un organismo real, con vida independiente y alma propia, presentándose á nosotros como un monstruoso animal viviente, que se compone y descompone con vida intermitente en sus innumerables células; no es de mala índole y hasta es sustancialmente buena, gobernada como está por un altruismo inconsciente é involuntario; bien guiada, porque la bestia es perezosa y no se mueve sino á un llamamiento estentóreo, es capaz de sacrificios, de heroísmo y de generosidad; mal guiada, en cambio, puede llegar á los más criminales excesos; en ningún caso es responsable, porque carece de todo freno y de todo espíritu crítico. Ruda y sincera, tan pronto mártir como verdugo, se distingue de sus células, los hombres, por una absoluta falta de memoria, de juicio y de ponderación; piensa poco y apenas reflexiona, pareciéndose algo al niño, aunque sin poder ser corregido como éste, ni admitiendo tampoco el desarrollo de que es susceptible. Ahora bien: el teatro, que es el arte de la multitud, tiene que ser por esto un arte infantil, y lo es en realidad, aunque á veces rivalice con el poema, con la novela ó con la historia en belleza y profundidad.

Dos teoremas estéticos pueden desprenderse de estas consideraciones: 1.° El valor de una forma determinada de arte no depende de la calidad del público á quien se dirige y que la debería apreciar. 2.° El éxito inmediato de una obra de arte representativo no establece su mérito artístico ni garantiza su vitalidad.

El público italiano es como todos los públicos, una multitud, con todos sus buenos y sus malos caracteres; pero tiene además algunos caracteres específicos que lo distinguen de los demás públicos: es intolerante, fantástico, despreciativo, se-

guro de sí mismo hasta la brutalidad, sin afecto alguno al arte, y tan convencido de su omnipotencia y omnisapiencia como jamás lo ha estado ningún tirano. Cuando cualquier habitante de una de las cien ciudades de Italia ha obtenido —por un precio moderado—su billete y entra en un teatro, se siente, por modesto y pacífico que sea, investido de golpe de una especie de magistratura para cuyo ejercicio no duda ser idóneo y digno. Una vez sentado, se confunde con la multitud que llena el teatro y se trueca en una célula de aquel gigantesco organismo, que le circunda y le absorbe. El carácter italiano, impulsivo y sofístico por una parte, y lo reciente del teatro de arte en Italia, que carece de las grandes tradiciones de la dramática inglesa, española y francesa, pueden explicar el hecho.

Si hay algún país donde el éxito de un estreno deba considerarse como una mera casualidad, es precisamente Italia. ¿Quién no recuerda la famosa catástrofe de una tragedia, el *Ayax,* de Fóscolo, cuya representación no pudo terminarse porque la palabra «Salamini» produjo en el público tal hilaridad que le dejó imposibilitado para seguir escuchando? ¡Condenar una tragedia por una palabra, aunque fuera de doble sentido! El hecho es cierto, y no es el único.

En una gran ciudad de Italia se estrenaba por una buena compañía un drama escrito por dos jóvenes. Al alzarse el telón aparecía una sala modesta, en la que había un piano con un manuscrito musical; era de noche; se abre la puerta del fondo y en la semioscuridad se presenta un hombre que se detiene pensativo y preocupado en el umbral, y que de pronto, como habiendo tomado una resolución, se adelanta rápidamente, coge el manuscrito que estaba sobre el piano, murmurando nerviosamente algunas palabras, y sale por una puerta lateral. Algunos guasones del público corrieron la voz de que aquel actor había salido tan disparado por el apremio de una súbita necesidad para ir... donde no puede decirse, y bastó esto para que la sala entera prorrumpiese en carcajadas inaca-

bables; pasaron otras dos escenas, y cuando reapareció el desgraciado actor, fue acogido por otra serie de risotadas y de pullas, y al día siguiente la Prensa confirmó la irreparable catástrofe de aquel drama, que lo mismo podía ser un buñuelo que una obra maestra.

¿Tiene remedio esto? Sí, pero no inmediato. Para mejorar el público hay antes que mejorar el teatro, y para esto se necesita una serie de medidas de dificilísima adopción. Hay que cambiar la actual organización y hasta la disposición de los teatros; hay que hacer de la crítica una labor de conciencia, y del autor dramático un verdadero artista.

***

¿Ha sido Zola un degenerado?—A propósito de Zola y de sus obras—dice en la *Revista Moderna* Fausto Squillace,—ciertos escritores como Brunetière, Gener, Nordau, etc., están acordes en afirmar como rasgos característicos el pesimismo y la premeditada trivialidad, á los que añade Nordau el antropomorfismo, el simbolismo, la idea incoercible, la psicopatía sexual y la excitación olfatoria. La diagnosis es completa: Zola es un degenerado. Pero ¿es cierta la diagnosis? Vamos á verlo.

Pesimismo.—El pesimismo, filosóficamente, es una forma de egoísmo y tiene por postulado la filosofía geocéntrica; pero fisiológicamente es un efecto del temperamento, dependiendo de la agotación nerviosa y acompañando á la neurastenia y al histerismo, sin ser todavía degeneración. La obra de Zola no es optimista ni podía serlo, desde el momento en que es la representación real de la vida de una sociedad que sufre agotamiento orgánico. Pero el que la examine serenamente se convencerá de que, si en la obra abundan las escenas y caracteres brutales, hay también en gran medida caracteres nobles y buenos, no siendo exacto decir que Zola sólo se siente penetrado por las sensaciones desagradables, percibiendo sólo los fenómenos que concuerdan con su disposición orgánica.

Coprolalia.—La coprolalia es el empleo incoercible de impresiones y discursos obscenos. Nordau dice que Zola siente la necesidad de emplear expresiones obscenas y su mente está continuamente perseguida por ideas sucias. Squillace ha examinado una por una todas las novelas de Zola, y sólo ha encontrado los casos siguientes: en el *Assommoir,* la escena de la riña entre Gervasia y Virginia en el lavadero cuando Gervasia desgarra los pantalones de Virginia, poniendo sus carnes al desnudo; algunas conversaciones poco decentes; la vomitona de un borracho, y algunas otras escenas triviales; en *Pot-Bouille,* las conversaciones de las criadas y la remoción del fango de una cloaca; en *La Tierra,* en la escena de la flatulencia de Jesucristo y alguna otra semejante; en *Germinal,* las escenas en que la Mouquette se levanta las faldas por desprecio, y la de la venganza de las mujeres mineras con el cadáver de Maigrat. Unos cuantos casos, ajustados á la verdad escénica, entre tantas obras, no merecen contarse como bastantes para acusar á Zola de coprolalia (1).

Manía blasfematoria.—No hay tal manía en Zola. Sólo en el *Assommoir,* en *La falta del cura Mouret,* en *La Tierra* y *A la fortuna de las damas,* se encuentra alguna frase que pueda motivar esta acusación. El único ejemplo que pueda realmente citarse es el de haber dado el nombre de Jesucristo á un jovenzuelo flatulento sin ninguna necesidad artística, sin obtener ningún efecto estético, sea de color local, sea de hilaridad.

Tendencia á la jerga.—Se acusa á Zola de tener predilección por la jerga de los ladrones y de los chulos, pues no sólo la emplea cuando hace hablar á sus personajes, sino cuando habla él mismo, siendo esta tendencia, según Lombroso, estigma de degeneración de los delincuentes natos. Squillace dice que el empleo del caló es para dar mayor sabor local á las

(1) Conste que aquí, como en la generalidad de los artículos, nos limitamos á reproducir con la mayor fidelidad posible las ideas y las palabras de los autores extractados, sin que nos hagamos solidarios de sus afirmaciones.

escenas, y que, sobre no usarse más que en el *Assommoir,* en *El Vientre de París,* en *La Tierra,* en *Germinal* y en *Nana,* es lenguaje empleado por muchos otros escritores como medio artístico.

Antropomorfismo y simbolismo.—El antropomorfismo y el simbolismo son caracteres que figuran con gran intensidad en la obra de Zola, que ve todos los fenómenos agigantados, desfigurados, misteriosamente amenazadores, atribuyendo vida fabulosa á los objetos y haciendo de los hombres otros tantos autómatas movidos por oculta fuerza. Todo esto es innegable; pero el simbolismo de Zola es alucinatorio, como el del místico Swiburne.

Idea incoercible.—En toda obra de Zola, según Nordau, predomina un hecho en forma de idea incoercible que forma el eje de la obra é influye como símbolo terrible en la vida y actos de los personajes. El hecho es importante y exacto: en el *Assommoir,* es el alambique de aguardiente de la taberna del tío Colombe con su fosco aspecto de monstruo que destila su sudor alcohólico; en *Nana,* es la misma protagonista, terrible Venus tan bestialmente estúpida como descaradamente impúdica; en *La Curée,* es la gran caza imperial, caza de aventuras, de mujeres, de millones y de goces; en *El Dinero,* es el oro que llueve sobre la tierra inundándolo todo; en *La Derrota,* es la guerra que pasa furiosa como una tempestad; en *Germinal,* es el pozo de la mina de carbón que traga como una bestia á los mineros; en *La Tierra,* es la tierra misma equiparada á una mujer y fecundada por los aldeanos; en *La Bestia humana,* es la casa de Grandmorin abandonada en medio del campo; en *Pot-Bouille,* es la escalera solemne de la casa; en *El Vientre de París,* es el mercado que parece una gran caldera hirviente; en *A la fortuna de las damas,* es el almacén de modas semejante á un monstruo que se traga las mujeres; en *El Sueño,* es Santa Inés; en *La falta del cura Mouret,* es el gran árbol del Paradou, cuyo tronco respiraba como un pecho; en *Una página de amor,* es el misterioso París; en *La Obra,* es la conquista de París por

las nuevas generaciones de artistas. En las demás novelas, las ideas incoercibles no son tan claras y evidentes, pero también se encuentran.

Psicopatías sexuales y excitaciones olfatorias.—La pintura del amor es frecuente en todos los novelistas. Cuando el fenómeno empieza á ser morboso, es cuando se pasa de ciertos límites; la psicopatía sexual de Zola está en la excesiva frecuencia de las descripciones eróticas. «Su mente—dice Nordau—está poblada de hechos libidinosos contra Naturaleza, de bestialidad, de pasivismo y de otras perversiones.» En cuanto al predominio del sentido del olfato, está íntimamente ligado con la vida sexual, y es notorio en muchos degenerados. En *La fortuna de los Rougon,* se observa este hecho en los amores de Silverio y Miette. En *S. E. Eugenio Rougon,* en la escena en que Rougon trata de violentar á Clorinda en la cuadra; cuando parte Clorinda, deja en la casa «el acre olor que se exhalaba de ella»; en casa de Rougon había un «perfume de aventuras» que se cambia en «fragancia patriarcal» en cuanto se casa. En *La Conquista de Plassans*, en el tipo de Marta Rougon, neurótica. En el *Assommoir,* en la descripción del olor de la ropa sucia y en multitud de escenas. En *La Curée,* se nota todavía más la psicopatía sexual mezclada con la excitación olfatoria; allí todos huelen y todo huele, y todos se dedican á la lujuria. En *El Dinero,* la psicopatía es también frecuente, y el Banco de Saccard huele á sacristía, y en la casa de la Mèchaine es intolerable el olor de abyección humana. En *La Derrota,* en *Germinal,* en *Nana,* en *La Tierra*, en *La Bestia humana,* en *Pot-Bouille,* en *El Vientre de París,* en *La falta del cura Mouret,* en *La Obra,* en *El Doctor Pascal,* en *A la fortuna de las damas,* las escenas en que aparece la exaltación del sentido del olfato y la sobreexcitación sexual son frecuentísimas. Apenas si en *El Sueño* y en *Una página de amor,* las dos novelas más castas de Zola, no se encuentran casos evidentes de psicopatía sexual. Pero ¿qué son dos novelas ante el cúmulo de todas las obras de Zola? Es innegable que los hombres y

las mujeres de Zola están constantemente excitados sexualmente, apareciendo como erotómanos y ninfomaníacas, y siendo las mujeres algo misterioso y negativo, omnipotentes por el sexo.

Conclusión.—La conclusión que Squillace saca de su estudio, es la siguiente: rindiendo homenaje al principio fundamental de la escuela antropológica, en cuyo nombre se ejercita la crítica literaria, se debe afirmar que Zola no es un degenerado, porque para formar una figura psiquiátrica se necesita el concurso de una serie de caracteres y condiciones que, aisladas, no tienen importancia. Es indudable que Zola tiene caracteres anormales; pero ¿qué hombre no tiene algo anormal? Las anormalidades existentes en Zola, ó deducidas del minucioso análisis de sus obras, no son bastantes para hacer del gran novelista un degenerado.

IMPRESIONES Y NOTAS

Experimentos anarquistas. — Cuatrocientos anarquistas holandeses fundaron en Mayo último una colonia en Midlasen para ensayar el sistema político-social á que rendían culto.

Llevada á cabo la ardua empresa de vivir en plena libertad según sus derechos naturales, no tardó en llegar el momento de que tres personas declarasen que allí no encontraban la libertad que buscaban y que abandonaban la colonia. Se produjo con tal motivo una división y los individuos se diseminaron. El experimento había durado cuatro meses.

Muchos aficionados á la sociología—dice en *La Rassegna* Vitaliano Ponti—se reirán de estos cuatro meses como de un espacio de tiempo que se presta á consideraciones humorísticas. Y sin embargo, la duración no es tan corta y es muy significativa. Admitida la falta absoluta de gobierno en cualquier estado de la tierra, ¿llegaría á durar cuatro meses el experimento de una sociedad libre? Los verdaderos anarquistas

no eran los 400 que fundaron la colonia, sino únicamente los tres que se marcharon de allí por estimar que la libertad apetecida no se encontraba tampoco en aquella colonia.

***

Anécdotas de Antonio Vico.—La nueva é interesante *Revista de Arte dramático* que ha comenzado á publicar La Irradiación, dedica al gran actor Antonio Vico su primer número, y de él entresacamos las siguientes anécdotas:

«Muy español, muy andaluz, amante de su tierra, su sopa de arroz con la hojita de yerbabuena, su *menúo* y su caña de Sanlúcar—dice José de Laserna—no la dejaba por nada. No gustaba, sin embargo, de los toros, como tampoco de las carreras de caballos ni de los partidos de pelota. Cuando el furor del noble *sport* vasco, convertido aquí en timba, había que oirle. Por la tarde se llenaba el frontón; por la noche el teatro estaba desierto.—«¡Vengan, vengan *pelotaris!*—decía—y á morir los *versolaris!*»

Recuerdo que hace algunos años—dice Francos Rodríguez,—cuando los restos del poeta Zorrilla fueron trasladados á Valladolid, estaba Vico en la capital castellana representando comedias. Fuí una noche al teatro, donde se anunciaba *El Zapatero y el Rey*. Entré en el escenario para saludar al ilustre artista; y doliéndome de la escasa concurrencia que asistía al espectáculo, me contestó con dejos de amargura: —«El drama es hermoso, pero antiguo; yo tengo mucho amor al arte, pero empiezo á rendirme. ¡Somos dos viejos!»

De Félix G. Llana son los dos recuerdos siguientes: Una noche en que la Contaduría del Español no acusaba más que 50 pesetas de ingreso líquido, Vico mandó llamar con solemnidad al representante de la Empresa. —¿Qué desea usted, D. Antonio?—dijo el representante, entrando apresuradamente en el cuarto del actor.—Pues que diga usted á esos señores que están en las butacas que tengan la bondad de subir.—¿Para qué?

—preguntó asombrado el representante.—Porque como son tan pocos, puedo hacerles el drama en el saloncillo.

En otra ocasión contaba Vico á sus amigos el argumento de una obra de autor famoso que estaba entonces ensayándose en el Español. Vico ponía el drama por las nubes, y luego añadió: — Y sin embargo, no tengo mucha confianza en el éxito de la obra.—¿Por qué?—Porque si echan un panecillo á la escena, se acaba la representación.

José Mata refiere uno de los amoríos de Vico: Era una mujer hermosísima.—¡Si usted supiese cómo empezamos!—decía esta mujer á Mata.— ¡Si usted supiese cómo fue nuestra primera entrevista! Dejé que me acompañase una noche, y subió á mi casa. Las mujeres nos complacemos en abordar el peligro hasta cuando estamos resueltas á defendernos. Él comprendió que no sabía defenderme aquella noche. En el comedor estaba la cena servida, sin criados. Le invité, le rogué; todo inútil. Como otros hacen ridículo y triste lo sentimental, Antonio hace sentimental y apasionado lo ridículo. Conquista con burlas. Ni hablaba ni se acercaba mucho á mí. No quiso cenar, y me pidió un retrato.—¡Dáme tu retrato, quiero tu retrato! Yo no como, yo no vivo sin tu retrato... ¡Dámelo ahora mismo!... —Su cómica insistencia me turbó, y dije levantándome:—Voy por él.—Yo alumbraré tu camino.— Y metiendo los dedos en el plato, agarró un salmonete.—¿Qué haces?—le pregunté sorprendida.—Si fuese un puñal, me lo clavaría en el corazón.— Y aplastó el salmonete, chorreando salsa en su chaleco blanco. ¿Ha visto usted una forma igual de seducir á las mujeres? Y sin embargo, así me robó el alma.

De Rafael López son las tres anécdotas siguientes:

En un ensayo de una obra que, á juicio de D. Antonio, sería un fracaso, le preguntó un impertinente qué número de representaciones alcanzaría. Y él, después de reflexionar, contestó:—Pues... una noche consecutiva.

Una noche en que no trabajaba, estaba en el saloncillo del Español embozado en su capa y muy silencioso. Al verle así,

Rafael Calvo le preguntó: —¿Qué tienes, Antonio? ¿En qué piensas?—Hijo mío—contestó Vico,—en las veinte cucharas que se mueven en la mesa de mi casa.

Cuando se denunció el teatro Español, el primero que supo la noticia fue Vico, que inmediatamente marchó á casa de Calvo para darle cuenta. Calvo estaba en la cama, pues era muy temprano. Temiendo la desagradable impresión que le iba á producir, le dijo con acento indiferente:—Rafael, ya no podemos trabajar más en el Español, porque se hunde y lo han denunciado. — Entonces Rafael, espantado de lo que oía, se incorporó violentamente. — ¿Y me lo dices con esa calma? — le preguntó.—Vico entonces, tomando una actitud trágica, empezó á decir con desaforadas voces: — ¡Estamos perdidos!... ¡Nos quedamos sin teatro!... ¡Nuestra ruina es cierta!... ¡Nos moriremos de hambre!

***

Un rico escritor pobre.—Así hay que calificar á Gleb Uspenski, el gran escritor ruso recientemente muerto, á quien la señora Nekrasoff dedica en la *Rousskaia Mysl* interesante artículo necrológico.

Uspenski ganaba cuanto quería con sus artículos y cuentos, siendo después de Tolstoi el escritor ruso mejor retribuído; pero no comprendía el valor del dinero, y no acertaba á distinguir la diferencia que había entre dar 10 rublos ó dar 100, cuando los tenía. Daba á diestro y siniestro, ya para socorrer á un desgraciado, ó ya para desentenderse de un pedigüeño. —¿Necesitáis dinero?—decía.—Pues bien; ¡ahí lo tenéis y dejadme en paz! — Y les tiraba lo que llevaba en los bolsillos. Como viajaba mucho, le ocurrió más de una vez quedarse en el camino sin un cuarto, y menos mal si el caso le ocurría en una ciudad donde le conocieran. Pero en cierta ocasión se encontró en este apuro en la estación de una ciudad donde no conocía á nadie. No teniendo dinero para tomar el tren, se sentó

en el muelle sobre su maleta, y allí se pasó varias horas viendo pasar los trenes, hasta que un empleado le preguntó, se enteró del caso y le prestó dinero sobre el equipaje, con el que se quedó en prenda.

Sus ganancias podían estimarse en 30.000 francos, que, dada la baratura de la vida en Rusia, pueden considerarse como si fueran en París 60.000. Era para poder vivir bien; pero con su modo de ser, tenía que vivir en un cuartito compuesto de cuatro habitaciones, y á cada momento estaba sin un céntimo. Tan falto estaba de sentido práctico, que se dirigía á sus amigos para pedirles prestado, y no se le ocurría dirigirse á cualquiera de los editores de sus trabajos, ignorando el valor de su firma.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

A. Niceforo.—**La Sociologie criminelle**. 1902.
J. Ingegnieros.—**Valor de la Psicopatología en la Antropología criminal**. 1902.

En su primera lección del curso de Sociología criminal dado en Lausana, Niceforo expone el contenido y estructura de esta ciencia.

Sus ideas pueden resumirse en el esquema que sigue:

PRIMERA PARTE: LAS CAUSAS DEL DELITO:

1) *Causas físicas* (*Sociogeografía:* relaciones entre el clima, la latitud, la altitud, el medio telúrico y el hombre delincuente);

2) *Causas individuales:*

a) *Antropología criminal* (estudio del cráneo, el esqueleto, las vísceras y fisonomía de los delincuentes);

b) *Psicología criminal* (estudio de los sentimientos, la inteligencia y la psicología fisiológica de los delincuentes);

3) *Causas sociales* (*Estadística criminal*: estudio de las relaciones entre el medio social y el delincuente mediante el método estadístico).

SEGUNDA PARTE: EL CRITERIO DE LA REPRESIÓN Y LOS MEDIOS DE ÉSTA:

1) *Criterio de la represión:* estudio de la responsabilidad, de la noción del delito y de la acción penal;

2) *Medios de represión:* estudio de los diferentes sistemas de represión (eliminación y corrección) impuestos por la ley á los criminales.

Tercera parte: Política criminal:

1) *Política criminal preventiva:* investigación de los medios que previenen el delito;

2) *Política criminal represiva:* estudio del tratamiento de los delincuentes en los diferentes establecimientos á donde la ley les envía.

***

A su vez el argentino Ingegnieros da este plan á la Criminología:

I. Etiología (las causas del delito).

1) *Antropología criminal:*

a) Psicopatología.

b) Morfología;

2) *Mesología.*

II. *Clínica criminológica* (pronóstico de la temibilidad del delincuente).

III. *Terapéutica criminal* (tratamiento de los delincuentes).

***

Hay entre ambos cuadros un parecido evidente.

Aunque los nombres sean distintos (Sociología criminal para el uno, Criminología para el otro), es la misma ciencia, con las mismas tres partes distintas: las causas del delito, el juicio sobre el delincuente y el tratamiento de este. Niceforo, que es un sociólogo, ha titulado estas partes con nombres sociológicos. Ingegnieros, que es un alienista, usa la técnica médica: etiología, clínica, terapéutica.

En los dos escritores adquiere la parte primera mayor desarrollo. Niceforo sigue la división tripartita de las causas del delito que usan los italianos desde que Ferri los distinguiera: el organismo individual, el medio atmosférico y el ambiente social. Ingegnieros se atiene á la reducción bimembre

de los alemanes: lo *endiógeno,* lo interior (*Antropología*); y lo *exógeno,* lo exterior, el medio (*Mesología*).

En general hay mayor sencillez y exactitud en el plan de Ingegnieros, que acierta hasta en el nombre de la ciencia.

En el de Niceforo se observan algunos puntos débiles.

¿Por qué reducir tanto el contenido de la Antropología?

¿Por qué la Estadística criminal se ha de limitar á la investigación de las causas sociales del delito? El método estadístico, ¿no puede aplicarse á la apreciación de las influencias orgánicas y telúricas?

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.

La crise du droit pénal. – Discours prononcé à l'audience solemnelle de rentrée, près la cour d'appel d'Amiens, le 16 Octobre 1902, par M. Lefaverais, avocat général.

Les tendences du droit pénal contemporain. – Discours prononcé à l'audience solemnelle de rentrée, près la cour d'appel de Riom, le 16 Octobre 1902, par M. Joseph Depeiges, avocat général.

Estos dos trabajos se parecen muchísimo entre sí, tanto por su índole como por su contenido, y hasta por su extensión. Los autores de ambos se han propuesto romper una lanza, ante los respectivos tribunales, en contra de las «nuevas tendencias» del derecho penal. La mayor diferencia que entre ellos existe es meramente de grado: mientras M. Depeiges combate templadamente las aspiraciones del derecho penal contemporáneo, y hasta pone buena cara á no pocas de ellas, mostrándose muy conforme con la marcha que en este punto llevan algunas legislaciones de nuestros días, y sobre todo la francesa, M. Lefaverais, por el contrario, se revuelve muy disgustado contra todas las innovaciones ya planteadas y contra el conato de introducir otras, pues el resultado de tal conducta no ha sido hasta ahora, ni puede tampoco ser otro en lo porvenir, según el autor, más que la enervación constante

de la represión, y como consecuencia de ello, el aumento de la criminalidad. Las penas, en sentir de M. Lefaverais, producen indudablemente el efecto de intimidar, y por lo tanto, el de contener en la pendiente del delito á los mal inclinados; al paso que los procedimientos de dulcedumbre y sentimentalismo puestos modernamente en práctica son como un aliciente y un premio á los criminales. El fin de la función penal debe ser, por consecuencia, para M. Lefaverais, la intimidación y sólo la intimidación.

Me limito á dar cuenta del contenido de los escritos arriba citados, sin hacer crítica ninguna de la doctrina sustentada en ellos. Sólo diré que en el orden penal, lo mismo que en otros, el mundo continúa impasible su marcha, sin hacer caso, más que alguna vez, de los obstáculos que tratan de ponerle los que desearían que permaneciera eternamente inmóvil.

P. Dorado.

Los gérmenes del lenguaje, estudio fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje como base para la investigación de sus orígenes, por don Julio Cejador (Bilbao, 1902).

El Sr. Cejador no es un desconocido entre los hombres de ciencia de España. Su *Gramática Griega*, según el sistema histórico-comparativo, publicada en Barcelona en la fecha reciente de 1900, le valió los elogios de Soms Castelín y de Menéndez Pelayo, y el último de éstos helenistas llegó á equipararla y aun á considerarla más completa y científica que la de Curtius en algunos puntos. En *El lenguaje*, libro que vió la luz en 1901 en Salamanca y del que yo hice la crítica en la revista *Nuestro Tiempo*, se dió de nuevo á conocer como erudito, pensador y docto lingüista. La obra de que ahora hablo á los lectores de La España Moderna, supera, á mi juicio, en importancia á las anteriores, y significa el principio de una nueva era para los estudios filológicos, hoy tan decaídos entre nosotros.

Con una competencia lingüística que nadie osará negar, apoyado en una erudición que se halla al corriente de lo mejor publicado en nuestros días sobre cuestiones de fonética, el autor se ocupa sucesivamente en las teorías modernas sobre el sonido, sobre el mecanismo de la articulación y sobre los aspectos psicológicos y específicos de la voz humana. Hombre de convicciones arraigadísimas, dirige principalmente sus ataques á las escuelas que desdeñan toda tendencia á la unidad y á la reconstrucción de los elementos de los idiomas, dejando reducida la lingüística á una historia natural descriptiva de las voces y del habla humana. En este combate filológico el Sr. Cejador es admirable. La fina risa del convencido y del investigador seguro de su superioridad, estalla entre las deducciones etmológicas y el análisis de los vocablos indo-europeos y semísticos. Honra es de la nación española que uno de sus más modestos hijos ponga al servicio de una ciencia tan difícil y desconocida en nuestros círculos oficiales sus extensos conocimientos en historia y filología comparada.

Cuando comencé mi trabajo sobre *La lingüística como ciencia de observación,* que hoy se está publicando en la *Revista Contemporánea*, me figuraba ser el único que, después de García Ayuso, había explorado una tierra virgen aun en la cultura de nuestra patria; y si el tratado del Sr. Cejador hubiese salido á luz antes de que yo terminara el mío, probable es que jamás lo hubiera concluído, porque confieso que ni aun después de muchos años, podría yo presentar un libro original tan acabado como aquél. No se crea que es mi intento dar como perfecto y tener por completo cuanto en dicho tratado se contiene; pues también se ven en él señales del excesivo *savoir faire* que le distingue: digresiones inútiles, argumentos flojos, principios vagos sobre algunas lenguas y abuso excesivo del método etimológico. Pero si esto son lunares, bien merecen disculpa.

Los límites de esta nota y el hecho de ser yo cultivador, aunque más modesto, de ese mismo género de estudios, me

impiden extenderme en alabanzas que parecerían lisonjas ó en censuras que traerían polémicas donde suele malgastarse el tiempo sin provecho. Pero el encomio sincero no tengo por qué negarlo al Sr. Cejador, y á los lectores que en estas cuestiones se interesan les haré la mejor recomendación del libro diciéndoles sencillamente. *Tolle et lege.*

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

INDICE

Págs.

Un duelo (novela), por Antón Tchekhof..... 5

Poetas americanos, por Lastenia Laniva de Llona..... 33

El Museo Arqueológico Nacional (notas para su historia), por Rodrigo Amador de los Ríos, de la Academia de Bellas Artes..... 41

Las Cortes y los Gobiernos del reinado de Doña Isabel II, por Juan Pérez de Guzmán..... 71

Ciencia y Fe, por Edmundo González Blanco..... 87

Apuntes sobre el problema Marroquí, por Gerónimo Becker, del Archivo del Ministerio de Estado..... 122

Lecturas americanas, por Hispanus..... 147

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 172

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 181

Notas bibliográficas, por Constancio Bernaldo de Quirós y P. Dorado 202

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 171.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

MARZO, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

UN DUELO

(NOVELA)

(CONTINUACIÓN)

XI

—Tienes un aspecto como si vinieras á prenderme—dijo Von Koren, al ver entrar en su casa á Samoilenko de gran uniforme.

—Pasaba por tu puerta y me he dicho que me convendría aprender un poco de Zoología—respondió el doctor, sentándose cerca de una gran mesa formada por varias tablas.

—Buenos días, papa—dijo al diácono, que, instalado cerca de la ventana, copiaba algo.—No me siento más que un minuto, y me vuelvo en seguida á casa para avivar la comida. Porque ya es hora... ¿No os he venido á molestar?

—De ninguna manera—respondió el zoólogo, extendiendo sobre la mesa unos papeles, escritos con una letra fina y apretada;—estamos ocupados en transcripciones.

—Ya, ya—dijo Samoilenko, cogiendo suavemente de la mesa un libro cubierto de polvo, sobre el que estaba extendida una serpiente muerta y disecada; después añadió:

—Sin embargo. Imagínate que un escarabajo verde quiera largarse para asuntos suyos y se encuentra de repente en su camino con semejante animal. ¡Qué espanto el de él!

—Sí, es muy probable.

—¿Le ha sido dado el veneno para defenderse de sus enemigos?

—Sí, para defenderse de sus enemigos y para atacar á su vez.

—Sí, sí, sí... Y todo en la Naturaleza se explica y tiene un fin, amigos míos. Solamente; he aquí una cosa que no comprendo, y que tú, que eres un hombre de gran inteligencia, me la vas á explicar seguramente. Existen, como tú sabes, animales no mayores que una rata, de aspecto bastante bonito si se quiere, pero en alto grado miserables é inmorales. Uno de estos animales se pasea, por ejemplo, por un bosque, ve un pajarillo, lo atrapa y se lo come. Continuando su camino, ve en la hierba un nido que contiene huevos: ya no tiene hambre; pero, sin embargo, rompe un huevo, y con su pata arroja los otros fuera del nido; un poco más adelante, se encuentra una rana y se divierte con ella hasta que la deja muerta; entonces se relame de gusto; pero á su encuentro viene un escarabajo, le aplasta de una patada... Y de esta suerte va destruyendo cuanto encuentra en su camino... Invade los terrenos de los otros animales, saquea los hormigueros, aplasta los caracoles... Si encuentra una rata, se pelea con ella; si ve un lagarto ó un ratón, quiere ahogarlos. Y así continúa durante todo el día. Pues bien: díme para qué puede ser útil ese animal. ¿Por qué ha sido creado?

—No sé de qué animal quieres hablar—respondió Von Koren;—probablemente de un insectívoro. ¿Y qué? El pájaro cayó bajo sus garras, porque no estaba alerta; destruyó un nido lleno de huevos, porque el ave lo construyó mal y no supo dónde ocultarlo; la rana tenía probablemente algún defecto en su color, de otra manera no la hubiese visto, y así en lo demás. El animal á que aludes no destruye más que á los débiles, á los torpes, á los imprudentes, en una palabra, á los que tienen defectos, á aquellos de quienes la Naturaleza no ha juzgado útil conservar la posteridad. No viven sino los más

hábiles, los más prudentes, los fuertes y los bien constituídos. De tal manera, que ese animal, sin darse cuenta, coopera al gran fin del perfeccionamiento.

—Sí, sí, sí...—dijo Samoilenko, que añadió con negligencia:

—A propósito, hermano, préstame cien rublos.

—Perfectamente. Entre los insectívoros se encuentran algunos muy interesantes. Por ejemplo, el topo. Se dice que es un animal útil, porque destruye los insectos perjudiciales. Se cuenta también que un cierto alemán ofreció al Emperador Guillermo I una pelliza hecha con pieles de topo, y el soberano ordenó que fuese censurado por haber matado una cantidad tal de seres útiles. Y, sin embargo, el topo es también de una gran crueldad, y además es muy perjudicial, porque socava horriblemente los prados.

Von Koren abrió una cajita, sacó un billete de cien rublos, y se los dió á Samoilenko diciendo:

—Toma los cien rublos que me has pedido; pero con la condición de que no sean para Laievski.

—¿Por qué?—dijo Samoilenko.

—Yo no quiero prestar ni dar nada á Laievski.

—Pues sí, para él te pido este dinero—replicó Samoilenko levantándose y agitando la mano derecha.—Sí, son para Laievski. Y nadie tiene el derecho de enseñarme lo que yo debo hacer con mi dinero. ¿Quieres prestármelos, sí ó no?

El diácono se echó á reir.

—No te sulfures y razona un poco—dijo el zoólogo.—Prestar un servicio á Laievski es tan insensato como regar la mala hierba, ó alimentar á langostas.

—Mi opinión es que debemos socorrer á nuestro prójimo—exclamó Samoilenko.

—En tal caso, socorre á ese desgraciado turco que está tumbado ahí, en la calle. Es un trabajador, y un hombre más útil, más necesario que Laievski. Dale los cien rublos, ó bien conságralos á mi expedición.

—¿Quieres prestármelos, sí ó no? Esto es lo único que te pregunto.

—Respóndeme francamente: ¿Para qué tienes necesidad de ese dinero?

—No es un secreto. Tiene que marcharse el sábado á San Petersburgo.

—¡Ah, ya!—exclamó Von Koren.—Ya comprendo. ¿Y se marcha ella con él?

—Ella se quedará aquí provisionalmente. El arreglará sus asuntos en San Petersburgo, y le enviará en seguida dinero para que pueda ponerse en viaje.

—¡Muy hábil!—exclamó el zoólogo, riendo sarcásticamente.—¡Muy hábil! ¡Inteligentemente concebido!

Se acercó á Samoilenko, y, mirándole cara á cara, le preguntó:

—Responde francamente: ¿ya no la quiere? ¿no es así?, responde.

—Así es—respondió Samoilenko, cuya frente se cubría de sudor.

—¡Qué buen sujeto!—replicó Von Koren.—Una de dos, Alejandro Davidovitch: ó tú eres cómplice, ó eres negado. ¿Acaso no comprendes que te engaña como á un niño, de la manera más desleal? Es claro, sin embargo, como la luz que lo que él quiere es separarse de ella, y abandonarla aquí. Ella se quedará á tu cargo, y también es claro como la luz que te verás obligado á enviarla á San Petersburgo á tu costa. ¿Te han cegado tanto las soberbias cualidades de tu amigo, que te impidan ver las cosas más sencillas?

—Pero todo eso son suposiciones tuyas—dijo Samoilenko sentándose.

—¿Suposiciones? ¿Pues por qué en tal caso se marcha él solo, y no con ella? ¿Y por qué también no la envía primeramente á ella, y se va él después? Es un animal astuto.

—Es imposible—dijo Samoilenko, acordándose de la noche que Laievski había pasado en su casa.—¡Sufre tanto!

—¡Valiente razón! También sufren los ladrones y los incendiarios.

—Supongamos por un instante que tengas razón—dijo Samoilenko vacilando.—Admitámoslo... pero es un hombre joven, alejado de su país un estudiante, y fuera de nosotros nadie puede prestarle ayuda.

Ayudarle á cometer malas acciones por esa sola razón, es un absurdo.

—Espera... razonemos con un poco de sangre fría... tal vez puedan arreglarse las cosas... le daré el dinero, pero exigiéndole su palabra de honor de que, á su vez, él se lo ha de enviar á Nadiejda Fedorovna, antes de una semana.

—Y él te dará su palabra de honor, derramará algunas lágrimas, hasta tendrá la intención de hacerlo como lo dice; pero, ¿qué valor tiene todo eso? No cumplirá su palabra, y cuando dentro de uno ó dos años te lo encuentres algún día en la Neviski, dando el brazo á una nueva conquista, entonces se excusará, diciendo que la civilización le ha corrompido, y que él es un hermano de Rudine. Abandónale. Apártate del fango en que estás sumido.

Samoilenko permaneció pensativo durante unos instantes, después dijo con tono decidido:

—De todos modos le daré el dinero. ¿Qué quieres? Yo no tengo carácter para rechazar á mi hombre por simples suposiciones.

—Perfectamente. Dale un abrazo.

—Dame los cien rublos—dijo tímidamente Samoilenko.

—No te los daré.

Transcurrió un minuto en silencio.

Samoilenko estaba completamente abatido; su rostro tomó una expresión de confusión y de culpabilidad, y era verdaderamente extraño ver aquel rostro apesadumbrado é infantil en un corpachón adornado con charreteras y condecoraciones...

—El Obispo de la diócesis gira su visita pastoral, no en carruaje, sino á caballo—dijo el diácono dejando la pluma.—Es

muy conmovedor el verle cabalgando. Su sencillez y su humildad tienen el sello de una verdadera grandeza bíblica.

—¿Es un hombre excelente?—preguntó Von Koren, satisfecho de cambiar de conversación.

—¿Y cómo no lo sería? Si no fuera excelente, no le hubieran nombrado Obispo.

—Encuéntranse entre los Obispos hombres muy buenos y muy inteligentes—dijo Von Koren.—Es lástima que la mayor parte de ellos tengan la debilidad de creerse hombres de Estado. Unos se ocupan de la rusificación; otros critican de ciencias. No es esa su misión. Harían mejor si se ocuparan más de Consistorio.

—Un hombre de mundo no puede juzgar á los Obispos.

—¿Por qué no, diácono? Un Obispo es un hombre como yo.

—Según desde el punto de vista que se considere—respondió el diácono, volviendo á ponerse á copiar.—Si usted fuese Obispo, estaría encargado de sus funciones; pero como no las ejerce usted, es señal de que es usted otra cosa.

—No te enfades diácono — dijo Samoilenko con ansiedad. Después añadió dirigiéndose á Von Koren:

—Escucha, he aquí lo que he pensado: No me des los cien rublos. Hasta el invierno, te quedan todavía tres meses de comer en mi casa; pues bien, págame esos tres meses adelantados.

—No te daré nada.

Samoilenko parpadeó, y levantándose, se dispuso á abandonar la estancia.

Von Koren comenzó á compadecerse.

—Es imposible hacer nada con semejantes hombres—dijo el zoólogo, dando con cólera un manotazo sobre la mesa.—Hay que comprender que el obrar así, no acusa bondad, ni amistad, sino cobardía, depravación, veneno. Vuestros corazones débiles é incapaces, destruyen la obra de la inteligencia. Cuando yo era colegial, tuve el tifus; y mi tía, compadecida de mí, me dió de comer setas en conserva, lo que me puso á

punto de morir. Tú también, como mi tía, deberías saber que el cariño debe residir no el corazón, ni en el estómago, ni en los riñones, sino aquí.

Y Von Koren se dió un manotazo en la frente.

—¡Tómalos!—dijo, y le tiró el billete de cien rublos.

—No tienes razón en incomodarte, Kolia—dijo dulcemente Samoilenko doblando el billete. — Te comprendo perfectamente, pero... ponte en mi lugar.

—No eres más que una vieja.

El diácono se echó á reir.

—Escucha, Alejandro Davidovitch, un postrer ruego—dijo á grandes voces Von Koren.—Cuando le entregues el dinero á ese bandido, le pones esta condición: que se marche con su compañera, ó que la envíe por delante; en otro caso, no le des nada. Díselo así. Si no lo haces, te doy mi palabra de honor que iré á buscarle á su oficina y le arrojaré por las escaleras; además, como si no te conociera. Ya lo sabes.

—Si se marcha con ella, ó hace que ella se marche antes, será mejor para él. Seguramente que se alegrará. Vaya, hasta luego.

Samoilenko sé despidió muy cariñosameete, y salió; pero, antes de cerrar la puerta, dirigió una ojeada hacia Von Koren, y dijo:

—Te han echado á perder los alemanes. Sí, los alemanes.

XII

El jueves siguiente, María Constantinovna celebró el aniversario del nacimiento de su hijo Kostia. Invitó á todo el mundo á que viniera, al mediodía, á compartir el pastel, y, por la noche, á tomar chocolate.

Cuando por la noche, Laievski y Nadiejda Fedorovna entraron en la casa, el zoólogo, instalado ya en la sala y saboreando el chocolate, preguntó á Samoilenko:

—¿Le has hablado?

—Todavía no.

—Ya sabes, hazlo sin miramiento. Yo no comprendo la insolencia de esas gentes. Saben perfectamente lo que se piensa de ellos en esta casa, y sin embargo vienen.

—Si fuera menester tener en cuenta todos los prejuicios—respondió el doctor—no se podía ir á ninguna parte.

—¿Acaso el desprecio de la multitud hacia el amor libre y la inmoralidad es un prejuicio?

—Ciertamente. Prejuicio y envidia. Cuando los soldados se encuentran con una mujer de conducta ligera, se ponen á burlarse y á silbarla, y yo te pregunto: ¿qué son ellos mismos?

—Silban con razón. Porque lo que silban son mujeres que ahogan á sus hijos nacidos ilegítimamente y yendo á parar á una cárcel, á Ana Karenine arrojándose al paso de un tren. El hecho de que todos estimemos aquí la pureza de Katia, y de que todos esperimentemos la necesidad de un amor puro, ¿es por ventura un prejuicio?

Laievski entró en la sala, saludó á todos los invitados, y sonrió amablemente al estrechar la mano de Von Koren. Después, aprovechando un momento favorable, dijo á Samoilenko:

—Perdoname, Alejandro Davidovitch, tengo que decirte dos palabras.

Samoilenko se levantó, y cogiéndose del brazo, le llevó al gabinete de Nicodemo Alejandrovitch.

—Mañana es viernes...—dijo Laievski royéndose la uñas, —¿Te has procurado lo que me has prometido.

—No he encontrado hasta ahora más que doscientos diez rublos. Lo restante lo tendré hoy ó mañana. Estáte tranquilo.

—Gracias á Dios—exclamó Laievski cuyas manos temblaban de alegría.—Tu me salvas, Alejandro Davidovitch, y te juro en nombre de Dios, en nombre de mi felicidad ó en el de lo que tu quieras, que te enviaré ese dinero en cuanto haya llegado á Petersburgo. Y añadiré lo que corresponde á las antiguas deudas.

—Sí, está bien, pero tengo que decirte algo, Vania...—balbuceó Samoilenko cogiéndole un botón y ruborizándose. —Perdona si me meto en tus interioridades de familia... pero... ¿por qué no te llevas contigo á Nadiejda Fedorovna?

—¡Qué ocurrencias tienes! ¿Acaso eso es posible? Es preciso de todo punto que uno de los dos se quede aquí, para no asustar á los acreedores. Porque debo por lo menos unos setecientos rublos en diferentes tiendas. Esperando un poco, enviaré dinero, y una vez cerradas todas las bocas, podrá ella marchar.

—Sí... pero ¿por qué entonces no haces que se vaya ella antes?

—Tampoco es eso posible. Es una mujer y no sabría arreglarse. Sería una pérdida de tiempo y un gasto inútil de dinero.

—No deja de tener razón—pensó Samoilenko para sí; pero se acordó en seguida de las órdenes de Von Koren, bajó los ojos y dijo con tono sombrío:

—No soy de tu parecer. Márchate con ella, ó envíala antes, si no, si no no te daré el dinero. Es mi última palabra.

Y reculando, empujó la puerta con la espalda y entró en la sala muy conmovido y con el rostro arrebatado.

—Viernes... viernes...—pensaba Laievski...—viernes...

Le ofrecieron una taza de chocolate, con el que se quemó los labios y la lengua, absorto por su idea fija:

—Viernes... viernes...

Esta palabra no podía salir de su cabeza; no pensaba en otra cosa; y tenía la impresión, no en su cerebro, sino en algún sitio cerca del corazón, de que no marcharía al día siguiente.

Ante él pasó Nicodemo Alejandrovitch, elegante y bien peinado, que le dijo:

—Sírvase usted, se lo ruego.

María Constantinovna hizo que vieran los invitados las notas y los certificados de Katia, cuidando de añadir con insinuante acento:

—¡La instrucción es ahora tan difícil! ¡exigen tantas cosas!

—¡Mamá!—exclamó Katia, que no sabía donde enconderse ante los unánimes elogios.

Laievski examinó como todo el mundo los certificados, y se mostró pródigo en elogios, pero, sin saber lo que veía, ni lo que decía, repitiéndose sin cesar con angustia esta pregunta:

—¿No me marcharé?

Pusieron dos tablas de juego, y todos se instalaron para jugar á la aduana. Laievski hizo como los demás, y continuó pensando en su situación.

Quería reflexionar y no se atrevía á hacerlo, experimentaba un gran malestar al reconocer que el doctor había adivinado la estratagema, que tan cuidadosamente se ocultaba á sí mismo.

Siempre que se le había ocurrido pensar en su porvenir, no había dado libre curso á sus ideas. Sentarse en un vagón del ferrocarril y marchar,—así había resuelto la cuestión de su existencia;—pero de ahí no habían pasado sus reflexiones; sin embargo á veces le había pasado por el cerebro la idea de que alguna vez, en cualquiera de las calles de San Petersburgo, y más ó menos pronto tendría que recurrir á una mentira para romper sus relaciones con Nadiejda Fedorovna, y pagar sus deudas; mentiría esta vez, pero para regenerarse por completo. Y la cosa no estaría mal; á costa de una mentira rescataría su vida, y de ello resultaría un gran bien.

Más ahora que el doctor con su negativa había aludido directamente á su superchería, comprendió que la mentira le sería necesaria, no solamente en un porvenir lejano, sino hoy, mañana, dentro de un mes, y tal vez hasta el fin de su vida; por de pronto, le sería necesario para marchar, se vería obligado á mentir á Nadiejda Fedorovna, á los acreedores y á sus jefes; enseguida, á fin de encontrar dinero en San Petersburgo, debería mentir á su madre, diciéndola que había roto con su compañera; y su madre no le daría arriba de quinientos rublos, con lo que desde luego mentía al doctor, pues no po-

dría hallarse en situación de reembolsarle de su dinero en un plazo breve; después, cuando su compañera estuviese con él en San Petersburgo, sería preciso recurrir á una serie de mentiras, pequeñas y grandes, para romper con ella; y habría llantos, molestias, una vida de malestar y ningún mejoramiento en la existencia... mentira y nada más que mentira. En la imaginación de Laievski se alzó toda una montaña de mentiras. Para franquearla de una vez, y no mentir así en detalle, sería necesario recurrir á una medida radical, por ejemplo: levantarse, coger el sombrero, y sin decir una palabra, marchar, aun sin tomar el dinero siquiera; pero Laievski comprendía que esto le era imposible.

—Viernes... viernes—pensaba.

Jugaron á otros juegos. Escribieron billetitos que los colocaron después de haberlos doblado en un viejo sombrero de copa de Nicodemo Alejadrovitch, y cuando se hubo reunido así un determinado número, Kostia, elegido como cartero, fué distribuyéndolo en derredor de la mesa.

El diácono, Katia y Kostia, que recibieron billetes muy ocurrentes, y que se esforzaban en contestar de la misma manera, estaban muy divertidos.

—«Tengo necesidad de hablar con usted», leyó Nadiejda Fedorovna en un billete. Dirigió una mirada á María Constantinovna, que le sonrió significativamente moviendo la cabeza.

—¿Hablar de qué?—se dijo la joven—Si es imposible decirlo todo, no hay necesidad de hablar.

Antes de salir de su casa, ella había arreglado la corbata á Laievski, y esta vulgar operación le había llenado de ternura y de arrepentimiento. La preocupación impresa en el rostro de su amante, sus miradas distraídas, su palidez y el incomprensible cambio operado en él desde hacía poco, y de otra parte, los secretos terribles y despreciables que ella guardaba en su alma, el temblor de sus manos cuando le cuidaba la corbata: esto le decía que les quedaba poco tiempo de vivir juntos.

Y ella le miraba, como se mira á una imagen, con temor y arrepentimiento, y decía en voz baja: «Perdona, perdona»...

Enfrente de ella estaba sentado, al otro lado de la mesa, el joven Atchmianof, el cual no separaba de ella sus ojos negros de enamorado; y este deseo la turbaba, y reconocía con vergüenza y terror que ni el sentimiento ni la tristeza la impedían resistir una pasión impura y que, como los borrachos endurecidos, ella no tenía ya fuerzas para sobreponerse á la tentación.

Para no prolongar aquella existencia, vergonzosa para ella, y que ultrajaba á Laievski, estaba resuelta á huir. Ella le rogaría llorando que la dejase marchar, y, si él se oponía, huiría secretamente; pero sin contarle todo lo que había pasado, á fin de que conservase de ella un recuerdo puro y sin mancha.

—«Amo, amo, amo», leyó ella en un billete.

Procedía de Atchmianof.

Ella iría á vivir á cualquier sitio en la soledad; trabajaría y enviaría á Laievski, sin descubrir la procedencia, dinero, camisas bordadas, tabaco; ella volvería al lado de él más adelante, cuando él fuese viejo y estuviese enfermo, y se convertiría en enfermera suya. Y cuando, al fin, conociese él las razones de la negativa de ella á casarse y de su huída, entonces apreciaría su sacrificio y la perdonaría.

—«La nariz de usted es larga.»

Esto debía proceder del diácono ó de Kostia.

Nadiejda Fedorovna, representándose ya su despedida con Laievski, vió con la imaginación cómo le estrechaba fuertemente contra su corazón, le besaba la mano y le juraba que ella le amaría toda la vida. En seguida, viviendo en la soledad, ella pensaría constantemente en el amigo, en el hombre amado, puro, noble y eminente, que vivía lejos y conservaba de ella un recuerdo inefable.

—«Si no me concede usted hoy una cita, se lo contaré todo á Laievski y la daré á usted un escándalo delante de todo el mundo.»

Esto procedía de Kirilline.

Nadiejda Fedorovna cogió un papelito y respondió: «Eso es indigno.»

Kirilline estaba sentado de lado cerca de la mesa, con las piernas cruzadas, y se acariciaba el rostro con las manos. Parecía como si tuviera dolor de cabeza. Leía perezosamente los billetes, sonriendo algunas veces por cortesía.

Habiendo leído la respuesta de Nadiejda Fedorovna, comenzó á decir en alta voz:

—Señores, tengo que contarles algo. En estos días se ha desarrollado en nuestra simpática población una verdadera novela. Una dama dió una cita á un oficial...

Nadiejda Fedorovna se estremeció. Escribió rápidamente: «Sí, sí», y echó el billete á Kirilline por encima de la mesa.

—Sí—continuó él;—el oficial se deslizó entonces en el Aul (1), porque la tal dama era la esposa de algún Gurien; fué sorprendido y recibió una paliza...

—Es muy curioso;—dijo María Constantinovna.

—Me ocultaré hoy, y me marcharé mañana;—se dijo Nadiejda Fedorovna, sintiendo que después del escalofrío que le había causado su espanto la invadía un calor febril.

XIII

Laievski recibió dos billetes. Habiendo desplegado el primero, leyó: «No te marches, querido amigo.»

—¿Quién ha podido escribir esto?—pensó.—No es ciertamente de Samoilenko... Lo probable es que tampoco sea del diácono, que no está al corriente de mis proyectos. ¿Será Von Koren?

El zoólogo estaba en aquel momento inclinado sobre la

(1) Aldea indígena del Káucaso.

mesa y dibujaba una pirámide; pero le pareció á Laievski que los ojos de aquél brillaban burlonamente.

En el segundo billete, de la misma escritura enérgica de grandes rasgos, estaba escrito: «Alguien que está aquí no se marchará el sábado.»

—¡Qué broma tan tonta!—pensó Laievski;—viernes... viernes...

Sintió que algo le subía á la garganta, y, tocándose el cuello de su levita, se puso á toser; pero al mismo tiempo que la tos, se escapó de su garganta una carcajada:

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Pero qué tengo yo?—se dijo.

Quiso contenerse, y se puso la mano en la boca; pero la risa le ahogaba y no podía cerrar las mandíbulas.

—¡Qué estúpido es esto!—pensó, sacudido por su acceso de hilaridad.—¿Iré á perder la cabeza?

La risa aumentó, aumentó, y concluyó por degenerar en una especie de ahullido.

Laievski quiso levantarse de la mesa, pero sus piernas se negaron á todo servicio; y su mano derecha, corriendo convulsivamente sobre la mesa, se apoderó de un papel y le arrugó sin que él pudiese impedirlo.

Observó en torno de él miradas asombradas, el rostro serio é inquieto de Samoilenko, la cara del zoólogo con un gesto de burla y de desprecio, y comprendió que tenía un ataque de histerismo.

—¡Qué vergüenza, qué cosa tan ridícula!—se dijo, sintiendo sobre su rostro la humedad de las lágrimas...—Nunca me había dado á mí esto... Sintió que le cogían por debajo de los brazos, y que sosteniéndole la cabeza por detrás, le colocaban en alguna parte. Un vaso brilló ante sus ojos, le golpeó los dientes, y el agua corrió por su garganta. Después se vió en una alcoba, en la que había dos camas cubiertas con colchas blancas como la nieve. Le acostaron en una de ellas y se puso á llorar.

—No es nada... nada—decía Samoilenko.—Esto sucede, sucede algunas veces...

Pálida de terror, temblando con todo su cuerpo y presintiendo algo terrible, Nadiejda Fedorovna estaba al lado de la cama; ella le preguntaba:

—¿Qué tienes?—Dímelo por el amor de Dios.

—Y ella se puso á pensar:

—¿Le habrá escrito Kirilline algo?

—No es nada—decía Laievski, riendo y llorando á la vez. —Sal de aquí, querida.

Su rostro no expresaba ni cólera ni desprecio; así, pues, no sabía nada. Y la joven, algo tranquilizada, volvió á la sala.

—No se turbe usted, querida—le dijo María Constantinovna sentándose á su lado y cogiéndole una mano.—Eso no es nada. Los hombres son tan débiles como nosotras... Están ustedes pasando por un momento de crisis... es comprensible. Vamos, hablemos un poco.

—No, ahora no—respondió Nadiejda Fedorovna escuchando los sollozos de Laievski.—Estoy demasiado pesada... Permítame usted que me retire.—¿Cómo, cómo?—exclamó la buena señora.—¿Piensa usted que la voy á dejar marchar sin cenar? Empiece usted á comer y tenga confianza en Dios...

—Estoy muy inquieta—murmuró Nadiejda Fedorovna; y hubo de apoyarse en el brazo de un sofá para no caerse.

—Ha sido un ataque completamente pueril—dijo Von Koren festivamente al entrar en la sala; pero á la vista de la joven, se turbó y volvió á salir

Cuando la crisis hubo pasado, Laievski se sentó en la cama y reflexionó:

—Es una vergüenza... debo haber gritado como una chiquilla. Es una cosa risible y ridícula. Irme así, produciría una mala impresión; significaría, además, que yo doy importancia al histerismo. Es preferible que lo eche á broma.

Se miró en un espejo, y después de haber descansado un instante, volvió á entrar en la sala.

—Aquí me tienen ustedes—dijo sonriendo, á pesar de la vergüenza que experimentaba, y de lo convencido que estaba de que los otros se encontraban molestos en su presencia.

Se sentó, añadiendo:

—Estas cosas suceden algunas veces. Estaba sentado ahí, y de repente, saben ustedes, he experimentado un dolor muy agudo en el costado... insoportable; los nervios han hecho de las suyas, y han originado esta tonta aventura. Nuestro siglo es nervioso, ¡qué se ha de hacer!

Durante la cena, bebió vino y habló con animación, sin dejar de frotarse de cuando en cuando el costado para indicar que el dolor no habia desaparecido por completo. Pero nadie, excepto su compañera, creía en sus palabras, y harto se percató él de ello.

A eso de las diez bajaron á pasearse en el boulevard.

Nadiejda Fedorovna, temiendo que Kirilline fuese á hablarla, cuidó de permanecer continuamente al lado de María Constantinovna y de sus hijos. Estaba muy abatida por el susto y por la tristeza, y presintiendo una fiebre próxima, languidecía y apenas arrastraba los pies; no se dirigió, sin embargo, hacia su casa, porque estaba persuadida de que Kirilline, ó bien Atchmianof, ó tal vez ambos, la seguirían.

Kirilline marchaba detrás con Nicodemo Alejandrovitch, y no hacía más que decir en voz baja:

—Yo no permito que nadie se burle de mí. No lo permito.

Al llegar al casino, la reunión dejó el boulevard y siguió por la playa, contemplando atentamente las fosforescencias del mar. Y Von Koren se puso á explicar con detenimiento las causas del fenómeno.

XIV

—Ya es tiempo de que me vaya á jugar al vinte. Me esperan—dijo Laievski.—Buenas noches, señoras y señores...

—Me voy contigo, espera—dijo Nadiejda Fedorovna, cogiéndole del brazo.

Se despidieron de la reunión y se marcharon.

Kirilline hizo lo mismo, diciendo que seguía el mismo camino, y les acompañó.

—Suceda lo que quiera—pensó la joven.—Y le pareció que todos los malos recuerdos salían de su cabeza para escoltarla y agobiarla con su peso.

Pensó que si Kirilline cometía alguna villanía, el culpable no sería él, sino ella; porque había habido un tiempo en que ningún hombre se hubiese atrevido á hablarle así, y ella era la que había dejado que se desvaneciese aquel tiempo de consideraciones y respetos. Embriagada por sus deseos, ella había sonreído á un hombre desconocido hasta entonces, por la sola razón de que era esbelto y arrogante; á la segunda cita había sentido el disgusto; ¿pero quitaba esto á aquel hombre el derecho de tratarla á su antojo?

—Aquí te dejo, querida—le dijo Laievski, deteniéndose.—Por lo demás, el amigo Kirilline te acompañará.

Saludó á Kirilline y atravesó rápidamente el boulevard para entrar en casa de los Chechkovski, cuyas ventanas estaban iluminadas, y se le oyó llamar á la puerta.

—Usted me ha respondido: sí, sí—comenzó diciendo Kirilline.—Estoy á sus órdenes.

Nadiejda Fedorovna sintió que su corazón latía violentamente, pero no respondió nada. Kirilline continuó:

—Yo me había explicado su brusco cambio de usted para conmigo por la coquetería; pero veo ahora que obedecía á razones menos importantes... Usted quería sencillamente jugar conmigo como con un ratón... Estoy á sus órdenes.

—Estoy muy triste—dijo la joven volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—También yo estoy triste, pero ¡qué le vamos á hacer!

Kirilline se calló un instante, y después dijo con lentitud, dejando un intervalo entre palabra y palabra:

—Repito á usted, señora, que si no me concede usted hoy una audiencia, me apresuraré á llevar al conocimiento público que es usted mi querida. Laievski y yo tenemos sobre usted un derecho igual.

—Déjeme usted hoy—respondió Nadiejda Fedorovna. Y no reconoció su voz, pues hasta tal punto era su tono lastimoso.

—Debo repetir... Perdone usted mi tono grosero... el tono, como dicen los franceses, hace á la música. Sí, me veo obligado, con gran sentimiento mío, á decir: Solicito dos entrevistas; hoy y mañana. Pasado mañana será usted completamente libre, y podrá usted ir á donde quiera y con el que le agrade. Hoy y mañana.

Nadiejda Fedorovna se detuvo ante su respuesta.

—Déjeme—murmuró, temblando y no viendo en la sombra sino la guerrera blanca que estaba ante ella...—Tiene usted razón, soy una mujer perdida, soy culpable, pero déjeme, se lo ruego, se lo suplico.

Y habiendo tocado la mano fría de Kirilline, se extremeció con un sentimiento de adversión.

—¡Ah!—exclamó Kirilline.—No entra en mis planes dejarla á usted así, porque tengo poca confianza en las mujeres para...

—Hoy estoy mala...

Nadiejda Fedorovna escuchó el rumor continuo del mar y miró en seguida al cielo, tachonado de estrellas; y experimentó el intenso deseo de concluir cuanto más pronto con aquella vida maldita, al mismo tiempo que con el mar, las estrellas, los hombres y la fiebre.

—Por lo menos, no en mi casa—dijo ella fríamente.—Llévame usted á cualquier sitio.

—Vamos á casa de Muridof. Será lo mejor.

—¿En dónde está eso?

—Cerca del antiguo boulevard.

Ella subió rápidamente la calle, después tomó por un camino que conducía hacia las alturas; la noche estaba sombría.

Kirilline iba en pos de ella. Hubo un momento en que tropezó y estuvo á punto de caer, lo que le hizo reir.

—Está borracho—pensó la joven.—Pero me es igual... me es igual... sea . . . . . .

. . . . . .

Atchmianof, sin embargo, había abandonado la reunión y seguido de lejos á Nadiejda Fedorovna, para invitarla á dar un paseo en barca. Llegó, pues, á su casa y miró á través de la verja; las ventanas estaban abiertas de par en par, y no se veía ninguna luz.

—¡Nadiejda Fedorovna!—llamó él.

Transcurrió un minuto.

Llamó de nuevo.

—¿Quién es?—preguntó la voz de Olga.

—¿No está en casa Nadiejda Fedorovna?

—No. No ha vuelto todavía.

—Es extraño... muy extraño...—pensó Atchmianof, con un principio de inquietud.—Pues ella iba á su casa...

Atravesó el boulevard y se dirigió á mirar por las ventanas de casa de Chechkovski.

Vió á Laievski, sentado ante una mesa y examinando atentamente las cartas.

—Es extraño... muy extraño...—murmuró Atchmianof, mientras que el recuerdo del ataque de histerismo de Laievski le causaba una impresión de malestar,—¿en dónde puede estar, de no hallarse en su casa?

Volvió hacia la morada de Nadiejda Fedorovna y miró por las ventanas sombrías.

—Es un engaño...—pensó, recordando que ella misma le había prometido, cuando se encontraron en casa de los Bitugof, el dar un paseo en bote.

Las ventanas de la casa de Kirilline estaban igualmente sin luz, y el asistente, sentado en un banco cerca de la puerta, esperaba á su oficial. Esta vista fué un rayo de luz para Atchmianof.

Resolvió volver á su casa; pero al volver á pasar cerca de la vivienda de la joven, se sentó en un banco y se quitó el sombrero, porque su cabeza ardía de celos y de cólera.

El reloj de la Iglesia no daba la hora sino dos veces al día; á las doce del día y á las doce de la noche.

De repente dejó oir su campana, y casi en seguida se escucharon pasos apresurados.

Atchmianof prestó oído y oyó la voz de Kirilline que decía:

—Así, pues, mañana por la noche otra vez en casa de Muridof. A las ocho, adiós.

Nadiejda Fedorovna, sin reparar en la presencia de Atchmianof, pasó á su lado, abrió la puerta, y, sin cerrarla, entró en la casa.

Una vez en su cuarto, encendió luz y se desnudó rápidamente; pero, en lugar de acostarse en la cama, se dejó caer de rodillas ante una silla, apoyó sus brazos y su frente en ella, y permaneció inmóvil.

Laievski volvió á eso de las tres de la mañana...

XV

Decidido á no hacer las cosas bruscamente, sino más bien á proceder mediante mentiras pequeñas, Laievski fué al día siguiente á casa de Samoilenko para pedirle el dinero necesario para el viaje, porque quería marchar el sábado indefectiblemente.

Después de su crisis de histerismo de la víspera, que había añadido á su mala disposición de espíritu un agudo sentimiento de vergüenza, se le hacía insoportable permanecer en aquella población.

Si Samoilenko reiteraba sus condiciones, las aceptaría y tomaría el dinero; y al día siguiente, á última hora, diría que la joven se negaba á marchar; por lo demás, él explicaría á

ésta que todo lo hacía él en interés de ella. En el caso en que el Doctor, por influencias de Von Koren, negara categóricamente el dinero ó pusiera algunas nuevas condiciones, entonces se embarcaría el mismo día en un vapor georgiano ó hasta en un velero que fuera á Novy-Aphon ó á Novorossysk, y desde allí enviaría á su madre un telegrama muy humilde, y permanecería hasta que hubiese recibido el dinero para continuar su viaje.

Al entrar en casa de Samoilenko, encontró á Von Koren sentado en la sala. El zoólogo acababa de llegar para almorzar, y, según su costumbre, examinaba en el álbum los señores de sombrero de copa y las damas ataviadas.

—¡Qué inoportunidad!—se dijo Laievski al verle.—Puede impedir... Buenos días.

—Buenos—contestó Von Koren, sin levantar los ojos.

—¿Está en casa Alejandro Davidovitch?

—Sí. Está en la cocina.

Laievski se dirigió á la cocina; pero, al ver que Samoilenko estaba ocupado en sazonar una ensalada, volvió á la sala y se sentó.

En presencia del zoólogo se sentía siempre molesto; pero, en esta ocasión, temía que Von Koren le hablase de su crisis de histerismo.

Transcurrieron algunos minutos en silencio. De repente Von Koren levantó la cabeza y, mirando á Laievski, le preguntó:

—¿Cómo se encuentra usted desde la crisis de ayer?

—Muy bien—respondió Laievski enrojeciendo.—No fue nada de particular.

—Hasta ahora creía yo que el histerismo era una afección puramente femenina; y por eso pensé al pronto que le había dado á usted el baile de San Vito.

Laievski sonrió servilmente y pensó para sí:

—¡Qué poco delicado es! Harto sabe lo que me cuesta hablar de semejante incidente.

Pero contestó en alta voz, sin dejar de sonreir:

—Sí, fue una aventura bastante risible. Todavía me estoy riendo de ella. Lo más curioso de la crisis histérica es que es absurda; uno se ríe en el fondo de sí mismo, y sin embargo se llora exteriormente. En nuestra nerviosa época, somos esclavos de los nervios; son nuestros tiranos y hacen de nosotros lo que quieren. La civilización nos ha hecho en este concepto un flaco servicio...

Mientras Laievski hablaba, sufría al ver la mirada seria y atenta de Von Koren fija en él, como si la estudiase; y se encontraba tanto más molesto cuanto que, no obstante su antipatía hacia el zoólogo, no podía impedir que su rostro sonriese amablemente.

—Y además, es preciso reconocer—continuó diciendo—que la tal crisis tenía causas muy inmediatas, hasta muy fundadas... Durante estos últimos tiempos, mi salud se ha quebrantado... Añádase á esto el fastidio, la carencia continua de dinero... la ausencia de personas y de intereses comunes... una situación verdaderamente poco grata...

—Sí, su situación de usted no tiene salida--dijo Von Koren.

Estas palabras dichas con un tono tranquilo, frío, casi profético, mortificaron á Laievski. Se acordó de la mirada del zoólogo llena de burla y de desprecio, durante la crisis de la víspera. Y tras un instante de silencio, preguntó, sin sonreir esta vez:

—¿Pero cómo conoce usted mi situación?

—Usted mismo ha hablado de ella ahora, y además, sus amigos de usted se interesan tanto que continuamente están hablando de la cosa.

—¿Qué amigos? ¿Samoilenko, sin duda?

—Sí, también él.

—Le agradecería mucho, así como á mis amigos en general que se ocupen algo menos de mí.

—Aquí viene precisamente Alejandro Davidovitch; ruéguele usted, pues, que se ocupe menos de usted.

—No comprendo ese tono...—balbuceó Laievski; y experimentó la impresión repentina y clara de que el zoólogo le detestaba, le despreciaba y se burlaba de él, y de que Von Koren era su peor y más implacable enemigo.

—Guárdese usted ese tono para algún otro—dijo en voz baja, pues hasta tal punto le ahogaba la cólera, que no podía hablar alto.

Samoilenko entró muy sofocado por el calor de la cocina.

—¡Hola! ¿estás aquí?—dijo.—¿Has almorzado? Contesta sin cumplimientos.

—Alejandro Davidovitch—dijo Laievski, levantándose,—si me he dirigido á ti para un servicio personal, no quiere esto decir que te haya emancipado de la obligación de ser discreto y no divulgar mis secretos.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Samoilenko con asombro.

—Si no tienes dinero—añadió Laievski, elevando la voz y temblando de emoción—no me lo das y me lo niegas; pero, ¿para qué gritar por calles y plazas que mi situación es desesperada y otras cosas parecidas? Yo no puedo sufrir esos servicios y esos favores de amistad, en los que se habla de un rublo cuando se da un kopek. Puedes vanagloriarte de tus mercedes todo lo que gustes, pero nadie te da el derecho de divulgar mis secretos.

—¿Qué secretos? —preguntó Samoilenko, algo confuso, pero empezando á sulfurarse.—Si has venido para reñir, puedes marcharte. Vuelve en otra ocasión.

Recordó en aquel momento el precepto que ordena que se cuente hasta ciento, cuando uno se enfade con alguien, para dar tiempo á que la razón recobre sus fueros. Y se puso á contar rápidamente.

—Le ruego que no se ocupe usted de mí—dijo Laievski.—¿Qué le importa á nadie la manera que tengo yo de vivir? Si quiero marcharme, si contraigo deudas, si me emborracho, si vivo en concubinato, si tengo crisis de histerismo, si soy tonto, ¿á quién le importa? ¡Que se respete mi personalidad!

—Pero, hermano...—dijo Samoilenko, que había ya contado hasta treinta y cinco,—perdona...

¡Que se respete mi personalidad!—dijo Laievski interrumpiéndole.—¡Que concluyan de una vez todos esos chismes, todas esas exclamaciones, todos esos espionajes, todas esas compasiones... Me prestan dinero, pero quieren imponerme condiciones como á una criatura. Me tratan yo no sé cómo. Yo no pido nada...

Laievski hablaba muy fuerte, tambaleándose de emoción y temiendo una nueva crisis de histerismo.

—Yo no pido nada—siguió diciendo.—Ruego solamente que me levanten la tutela. No soy ni un niño, ni un loco, y reclamo que no me vigilen.

El diácono entró en aquel momento. Al ver á Laievski pálido. agitando los brazos y hablando con acento extraño, se quedó en la puerta como petrificado.

—Estos constantes espionajes de mi individuo—continuó Laievski—hieren mi calidad de hombre, y yo ruego que cesen en su tarea tan simpáticos espías. ¡Basta!

—¿Qué quieres... qué quiere usted decir?—preguntó Samoilenko, que había concluido de contar hasta ciento y avanzó hacia Laievski con el rostro como la grana.

—¡Basta!—repitió Laievski, cogiendo el sombrero.

—Yo soy médico ruso, noble y Consejero de Estado—dijo Samoilenko recalcando sus palabras.—Yo no he sido jamás espía, y no consiento que me insulte nadie. Le ruego á usted que se calle.

Y acentuó esta última frase con voz temblona, pero fuerte.

El diácono, que no había visto nunca al doctor de aquella manera, se largó á la habitación inmediata para reirse á gusto.

Laievski vió que Von Koren se levantaba, con las manos en los bolsillos del pantalón, como espectador curioso de aquella escena; semejante actitud le pareció á Laievski insolente en sumo grado.

—Sírvase usted retirar sus palabras—exclamó Samoilenko.

Laievski, no acordándose ya de lo que había dicho, respondió:

—Déjeme usted en paz. Eso es lo que quiero, que me dejen en paz, usted y los emigrados alemanes. De otra suerte, tomaré mis medidas. Llegaré á las vías de hecho.

—Eso ya es muy claro—dijo Von Koren;—el Sr. Laievski desea sin duda, antes de marcharse, ofrecerse el placer de un duelo. Yo puedo procurarle esa satisfacción. Sr. Laievski, le reto á usted.

—¿Un reto?—exclamó Laievski adelantándose hacia el zoólogo.—¿Un reto? Sea. Le detesto á usted. Le odio.

—Me alegro mucho. Mañana por la mañana á primera hora cerca de Kerbalai, con todos los otros detalles que á usted le plazcan. Y ahora puede usted salir.

—Le odio á usted—repitió Laievski con la respiración jadeante,—le odio desde hace mucho tiempo. ¡Un duelo! ¡Sí!

—Haz que se vaya, Alejandro Daiedovitch, ó me iré yo—dijo Von Koren.—Me exaspera.

El tono tranquilo de Von Koren calmó á Samoilenko.

Recobrando su habitual carácter, se interpuso entre los dos contendientes, y dijo:

—Amigos míos, mis excelentes y queridos amigos. Todos nos hemos acalorado, y...

Laievski comprendió entonces que acababa de ocurrirle una cosa inesperada y grave; sintió ganas de llorar, y salió de la casa.

—Experimentar odio hacia alguien, y delante del hombre detestado mostrarse digno de piedad, sin defensa, despreciable, ¡qué abyección, Dios mío!—pensó momentos después, cuando se hubo sentado en el Casino.

Un vaso de agua fresca con unas gotas de coñac, le reanimó.

Después se dirigió á casa de Chechovski, para contarle su aventura y rogarle que fuera su padrino; luego marcharon ambos á casa del Jefe de Correos, á fin de invitarle á que fuera

el otro padrino, y se quedaron á comer con él. Durante la comida, rieron y bromearon mucho; Laievski se burló de su torpeza en el tiro y se dió irónicamente el nombre de Guillermo Tell y el de tirador real.—Hay que enseñarle á vivir á ese caballero—dijo.

Después del almuerzo, se pusieron á jugar á las cartas. Laievski jugó, bebió vino, y se dijo que el duelo era en el fondo una cosa absurda, porque no resolvía cuestión, sino que más bien complicaba los asuntos; pero que sin embargo, era inevitable. Y el presente duelo tenía la ventaja de que le colocaría en la imposibilidad de continuar viviendo en aquella población. Se embriagó ligeramente, se divirtió con las cartas y se sintió completamente á gusto.

Pero, cuando cayó el día y llegó la noche, la inquietud se apoderó de Laievski. No es que tuviera miedo de la muerte, porque había adquirido la certeza de que el duelo no tendría ningún resultado; pero tenía el temor de lo desconocido, de la noche que empezaba, de lo que ocurriría al día siguiente... Sabía que la noche sería larga, sin sueño, y que su espíritu agitado pensaría no solamente en Von Koren y en su odio, sino también en aquella montaña de mentiras que se alzaba ante él, y para cuya ascensión no se sentía ni con fuerzas ni con medios... Como si de repente se hubiera sentido indispuesto, perdió en el acto todo interés por las cartas y por el mundo, se agitó, y rogó á sus amigos que le llevasen á su casa. Tenía deseos de acostarse cuanto antes en su cama, y permanecer en ella inmóvil, disponiendo sus ideas para el transcurso de la noche.

Chechovski y el Director de Correos le acompañaron, y después se dirigieron en busca de Von Koren para concertar el duelo.

Cerca de su casa, Laievski se encontro con Atchmianof. El joven estaba muy sofocado y sumamente conmovido.

—Le buscaba á usted, Iván Andreitch—dijo.—Le ruego que venga conmigo inmediatamente.

—¿A dónde?

—Un señor, al que usted no conoce, desea verle; tiene que comunicarle un asunto muy importante. Le ruega á usted encarecidamente que le conceda unos momentos. Le es necesario hablar con usted... Es para él una cuestión de vida y muerte...

En su turbación, Atchmianof hablaba con marcado acento armenio.

—¿Pero quién es ese señor?—preguntó Laievski.

—Me ha rogado que no diga su nombre.

—Dígale usted que estoy ocupado. Mañana, si quiere...

—¡Imposible!—exclamó con energía Atchmianof.—Quiere decirle á usted una cosa muy importante para usted... importantísima. Si no viene usted, ocurrirá una desgracia...

—Es extraño...—murmuró Laievski, no comprendiendo por qué Atchmianof estaba tan conmovido, y qué secretos podía haber en un pueblo tan aburrido y tan desprovisto de todo incidente.

—Es extraño...—repitió con vacilación. Después añadió:

—En fin, vamos allá. Me es igual.

Atchmianof pasó á precederle rápidamente; siguieron la calle, después tomaron por otra más estrecha.

—¡Qué triste y aburrido es esto!—dijo Laievski.

—Hemos llegado... ya estamos.

Después de haber atravesado el boulevard antiguo, tomaron por una callejuela abierta entre dos taludes, y entraron en un vasto patio; entonces se dirigieron hacia una casita.

—¿No es esta la casa de Muridof?—preguntó Laievski.

—Sí.

—¿Y para qué hemos de seguir adelante? No lo entiendo... Mejor se hubiera podido hablar en la calle... Era más cómodo.

—No importa, no importa, entremos.

Le pareció igualmente extraño á Laievski que Atchmianof le condujese á tientas y le indicase por señas que anduviera sin hacer ruido y se callara.

—Aquí, aquí...—dijo Atchmianof, abriendo suavemente

una puerta y penetrando de puntillas en el vestíbulo.—Más bajo, más bajo, se lo ruego... Podrían oirnos.

Se puso á escuchar, contuvo la respiración y dijo en voz baja:

—Abra usted esa puerta y entre... No tema usted nada.

Laievski abrió la puerta y penetró en una habitación baja de techo y cuyas ventanas estaban ocultas por cortinones. En la mesa había una vela.

—¿Quién anda ahí?—preguntó alguien desde la habitación inmediata.—¿Eres tú, Muridof?

Laievski entró en aquella habitación y vio á Kirilline, que tenía á su lado á Nadiejda Ferodovna...

Sin oir lo que le decían, volvió sobre sus pasos y se encontró en la calle, sin darse cuenta de cómo había salido... Su odio hacia Von Koren y su inquietud habían desaparecido... Al entrar en su casa, avanzaba con dificultad la mano derecha y examinaba el terreno con atención, esforzándose en marchar derecho... Una vez en su gabinete, se frotó las manos y movió los hombros y el cuello con esfuerzo, como si le incomodase la camisa; des pués de haber dado unos paseos por la habitación, encendió una vela y se sentó ante su mesa...

ANTON TCHEKHOF.

(Concluirá.)

POETAS AMERICANOS

SUNT VERBA RERUM

Y la trinchera habló:
—Mis recios muros
Las balas azotaron, é inseguros
Mis cimientos crujieron; yo era fuerte,
Pero al ver mi granito destrozado,
Más vigoroso ví cada soldado
Mudo y de pie delante de la muerte.
Y la trinchera habló:
—Mi dura piedra
Donde la lluvia resbaló sonora,
Meciéndose en la hamaca de la hiedra,
Al compás de la voz atronadora
Con que cantaron ¡gloria! los cañones,
En sangre se mojó de campeones.
Resistí de la fuerza el rudo embate,
Y en medio del estruendo fragoroso,
¡Quiero ser hombre! prorrumpí en un grito,
Dejar el suelo, abandonar el foso,
Arrancarme de aquí, ir al combate
A sacudir mi cuerpo de granito.
Impotente quedé firme y clavada:
Relámpago al brillar la espada
Del paladín que ¡patria!, repetía,
Y del cañón el estampido seco

Como nota del himno dió mi eco
Cada vez que la vida se me hundía.
Heróica fuí también, rojo salpique
Mi muralla ostentar gloriosa pudo;
He sido del valor el dulce escudo
Y he sido valladar, baluarte, dique.
¡Yo escuché del clarín la voz guerrera
Y en mis muros he alzado una bandera!
Me transformé en altar, cuando el patriota
Del humo enmedio que en el aire flota
Entregaba la vida, alta la frente.
¡Cuando fuí destrozada, hecha ruínas
Y lloraron las madres heroínas
Sobre mis piedras rojas el valiente!
En mí se han defendido los derechos,
Y yo he guardado hasta lo último los pechos,
Yo he luchado también por la victoria,
Y tras la lid sangrienta, en mi muralla,
Que rompió con sus golpes la metralla,
¡El ángel se ha posado de la gloria!
Poeta que á los mártires bendices,
Yo también tengo nobles cicatrices,
¡Yo tengo corazón, porque he sentido!
Y me expreso en las frases misteriosas
Con que te hablan las almas de las cosas
Y las almas de aquellos que se han ido!

.....

Y la trinchera habló:
—¡Gloria á los muertos
Que en los azares de la lid inciertos
Al pie del pabellón, á su honra fieles,
Murieron empuñando sus espadas!
¡Por ellos, en las piedras ulceradas
De cada grieta brotarán laureles!

M. Larrañaga Portugal.

EL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL

A propósito del libro de Martín A. S. Hume, «The spanish people: their origin, growth and influence.» London, 1901.

Pocos libros me han sido más sugestivos de reflexiones respecto á nuestra España y á nosotros los españoles, que este libro de un inglés que nos conoce y nos estima. Es á primera vista un excelente compendio de historia de España, en 516 páginas en 8.°; pero si bien se mira, resulta un excelente tratado de psicología del pueblo español.

Tiene en su capítulo X, pág. 375, una frase felicísima y muy gráfica, y es la de «la individualidad introspectiva de los españoles», *the introspective individuality of Spaniards.* En efecto, nos contemplamos mucho directamente á nosotros mismos, y no es éste, á la verdad, el mejor modo de llegar á conocernos, de cumplir el «conócete á tí mismo» colectivo y social. La introspección engaña mucho, y llevada á su extremo produce un verdadero vacío de conciencia, como aquel en que cae el yogui que se harta de mirarse al ombligo. Porque un estado de conciencia que consistiera pura y simplemente en que la conciencia se contemplase á sí misma, no sería tal estado de conciencia, por falta de contenido. Esa supuesta reflexión del alma sobre sí misma es un absurdo. Pensar que se piensa sin pensar algo concreto, no es nada. Aprendemos á conocernos lo mismo que aprendemos á conocer á los demás: observando nuestros actos, sin más diferencia de que como estamos siempre con nosotros mismos y apenas se nos escapa

nada de lo que hacemos conscientemente, tenemos más datos para conocernos que los que para conocer á los demás tenemos. Mas aun así, rara vez sabemos de qué somos capaces hasta que nos ponemos á ello, y á menudo nos sorprendemos á nosotros mismos con algo que de nosotros no esperábamos.

De aquí la utilidad que le tiene á un pueblo conocer su historia para conocerse. Y Hume nos estudia en nuestra historia.

El humorista norteamericano Wendell Holmes habla en una de sus obras de los tres Juanes: de Juan tal cual él se cree ser, de Juan tal cual le creen los demás, y de Juan tal cual es en realidad. Y como para cada individuo, hay para cada pueblo sus tres Juanes. Hay el pueblo español tal y como nosotros los españoles creemos que es, hay el pueblo español tal como le creen los extranjeros y hay el pueblo español tal y como es. Es difícil decir cuál de aquellos dos se acerca más á éste; pero no cabe duda de que conviene cotejarlos, y vernos desde dentro y desde fuera. Por mucho que nos lamentemos de la injusticia ó ligereza de los juicios que respecto á nosotros profieran los extranjeros que nos visitan ó nos estudian de otro modo, pudiera suceder que no fuesen menos injustos ó menos ligeros los juicios que proferimos nosotros respecto á nosotros mismos. No ha mucho Havellock Ellis, en un escrito titulado *The genius of Spain,* ha hablado de la unidad de nuestra raza, y esto se ha tenido aquí por un absurdo, cuando puede muy bien ser que las diferencias que separan á los naturales de las distintas regiones españolas no sean mayores que las que separan á los de las regiones de otros pueblos á que tenemos por más unos, proviniendo nuestra falta de solidaridad, nuestro instinto disgregacionista, nuestro kabilismo en una palabra, de otras causas que no diferencias de raza.

Debe hacerse poco caso de ciertas afirmaciones etnológicas, dictadas, no por una investigación realmente científica, sino por sentimientos, más ó menos aceptables, pero ineficaces para establecer la verdad. Así, cuando un escritor afirma que los catalanes son arios y semitas los demás españoles, ó poco

menos, lo seguro es que apenas sabe lo que es eso de arios y de semitas; y como la tal distinción es filológica más que etnológica, sería curioso que nos dijera qué lengua hablaban los ascendientes de los actuales catalanes antes de que en Cataluña entrase el latín, porque no es de creer que se sostenga en serio el gracioso disparate de suponer que proceden de colonias griegas. Son fantasías que no merecen tomarse en cuenta.

Los juicios de Hume respecto al pueblo español son á las veces durísimos, pero no más duros que los que aquí se oyen. Hay que leer lo que dice respecto á Felipe IV, en el capítulo XI, pág. 438, y á como le quería el pueblo español del siglo XVII, porque tenía las mismas faltas que éste entonces, siendo ocioso y amante del placer, taciturno y altanero, poético, artístico y literario, ignorante, gazmoño, lleno de prejuicios, de duro corazón y bravo, como su pueblo.

Vamos á entrar en el estudio de la psicología del pueblo español según Hume, debiendo advertir que mezclo mis reflexiones y propios puntos de vista á los del historiador inglés, aunque haciendo notar lo que es suyo y lo que es mío.

Antes de pasar adelante quiero señalar la distinción que establezco entre individualidad y personalidad, distinción que me parece de gran importancia.

Todos mis lectores saben lo que quiere decir individuo ó indiviso, unidad distinta de las demás y no divisible en otras unidades análogas á ella, y lo que quiere decir persona. La noción de persona se refiere más bien al contenido, y la de individuo al continente espiritual. Con mucha individualidad, separándose uno muy fuerte y acusadamente de los demás individuos sus análogos, puede tener muy poco de propio y personal. Y hasta podría decirse que en cierto sentido la individualidad y la personalidad se contraponen, aunque en otro más amplio y más exacto sentido pueda decirse que se prestan mutuo apoyo. Apenas cabe fuerte individualidad sin una respetable dosis de personalidad, ni cabe fuerte y rica personali-

dad sin un cierto grado eminente de individualidad que mantenga unidos sus varios elementos; pero cabe muy bien una individualidad vigorosa con la menor personalidad posible dentro de su vigor, y una riquísima personalidad con la menor individualidad posible encerrando esa riqueza.

Voy á servirme, como acostumbro hacer, de metáforas para aclarar mi idea.

En los gases se admite por los físicos que las moléculas están en cierto estado de disgregación, moviéndose rectilíneamente en todas direcciones—que es lo que produce los fenómenos de dilatación,—en cierto estado caótico y en realidad poco complejo; y sabido es también que no suelen presentarse de ordinario en estado gaseoso los cuerpos muy complejos, sino los más simples, los menos complicados. En cambio, los sólidos tienen sus moléculas ordenadas según órbitas ó trayectorías relativamente fijas—sobre todo si son cristales;—y su individualidad se mantiene por intensa ley de cohesión, estando sus superficies en directo contacto con el ambiente y pudiendo comunicarse con éste y recibir su influjo. Un término medio ofrecen los líquidos. Pues bien; ciertos espíritus fuertemente individualizados pueden ser comparados á gases encerrados en una botella ó bomba de recias paredes; mientras hay otros en contacto con el ambiente, en cambio con él y hasta de contornos cambiables, y que tienen una riquísima variedad interna, mucha personalidad.

Ó podríamos también comparar los unos á crustáceos encerrados en duras caparazones, que les dan formas rígidas y muy permanentes; y los otros, á vertebrados, que llevando el esqueleto dentro, adoptan formas que se prestan á variadas modulaciones.

Ó, para terminar con las metáforas, son unos espíritus comparados con los otros dentro del organismo social de que forman parte; los unos, como células vegetales, encerradas en duras paredes—fuertemente individualizadas;—y los otros, como células animales, contenidas en delicadísimas membranas y

variables con movimientos amiboideos, aparte de los movimientos protoplasmáticos interiores, los llamados brownianos.

La individualidad dice más bien respecto á nuestros límites hacia fuera, presenta nuestra finitud; la personalidad se refiere principalmente á nuestros límites, ó mejor no límites, hacia dentro, presenta nuestra infinitud.

Todo esto tiene mucho de quebradizo y acaso no se ajuste á una rigurosa psicología; pero me basta haber dado á entender al lector lo que con ello quiero decir, y prosigo.

Mi idea es que el español tiene, por regla general, más individualidad que personalidad; que la fuerza con que se afirma frente á los demás, y la energía con que se crea dogmas y se encierra en ellos, no corresponde á la riqueza de su contenido espiritual íntimo, que rara vez peca de complejo.

Paso ahora á señalar y comentar algunos pasajes de la obra de Martín A. S. Hume.

Ya en el prefacio nos dice que los españoles procedemos de raza afro-semítica, y que «la clave de este primitivo carácter de raza es una individualidad absorbente», *overwhelming individuality,* siendo debido á ella todo lo que en el mundo hemos hecho, nuestra pasajera grandeza imperial y nuestra tenacidad permanente (pág. 10); y más adelante (pág. 12), que ese sentido de individualidad, sobre el que se basaba el sentimiento, descansa en lo profundo de las raíces de la raza, habiéndolo convertido hábiles políticos en ventaja de sus ambiciones.

Al hablar de la dominación árabe en la pág. 77, dice que el berberisco, «como su lejano pariente el ibero, era hombre de fuerte individualidad, con una obstinada resistencia á obedecer á otro, á menos de que hablara en nombre de una entidad sobrenatural».

Pero es al acabar el cap. IX (pág. 345) en que trata de nuestra época de grandeza, á mediados del siglo XVI, donde estampa estas notables palabras:

«Cada labriego iletrado y cada soldado bravucón sentíase

de una manera vaga que era una criatura aparte por razón de su fe; que los españoles y su Rey tenían una misión más alta que la confiada á otros hombres; y que, de entre los ocho millones de españoles vivos, el particular, Juan ó Pedro, estaba individualmente, á presencia de Dios y de los hombres, como preminentemente el más celoso y ortodoxo de todos ellos. A esto había llevado á la masa del pueblo español la política de Fernando é Isabel.»

Y lo corrobora en la preciosa pintura que hace de Felipe II, el ídolo de nuestros tradicionalistas. A ella pertenecen estos párrafos:

«En él, como en tantos otros de sus paisanos, bañábase una intensa individualidad en la idea de una distinción personal á los ojos de Dios, mediante sacrificio de sí mismo... Era bueno de corazón, buen padre y buen marido, amo indulgente y considerado, sin afición á la crueldad por sí misma. Y sin embargo, no eran para *él* cosas malas la mentira, la deslealtad, la crueldad, el infligir sufrimientos y muerte á muchedumbre de gentes inermes, y el asesinar secretamente á los que se le cruzaban en su camino, porque en su oblicuidad moral creía que los fines justificaban los medios y que era todo legítimo en las causas enlazadas de Dios y de España» (pág. 339). «Era ciego y olvidadizo á todo lo que no fuese el sanguinoso Cristo, ante el cual se retorcía en maniática agonía de devoción, seguro en su oscura alma, como tantos de sus compatriotas lo estaban, de que el divino dedo apuntaba desde la gloria sólo sobre él como sobre el hombre escogido, que había de obligar á la tierra al gobierno del Altísimo con Felipe de España como su Vice-regente, cual obligada consecuencia» (pág. 368). «Felipe II, en su sombrío orgullo, su mística devoción, su poderosa individualidad, no era más que la personificación del espíritu de su pueblo; por eso le siguieron con leal devoción, casi con adoración, hasta su desdichado fin, atravesando decepciones y derrotas, miseria, pobreza, opresión y sufrimientos. Hemos trazado en anteriores capítulos, paso á paso, el desarrollo del

carácter español á partir de los elementos de que se formó; hemos hecho notar su intensa personalidad, su extática devoción á las fuerzas divinas, de donde el que cada individuo se considerara como estando aparte, y su constante anhelo de distinguirse por el sacrificio venciendo las fuerzas del mal».

Ya sé que muchos de los que lean esta pintura saldrán con la tan socorrida cantata de que este Felipe II es el Demonio del Mediodía forjado por la leyenda protestante, oponiendo á él, el otro, el de la contra-leyenda—y como tal, no menos legendaria—que están forjando de entre un sin fin de minucias interpretadas con espíritu de rábula picapleitos, aplicado á la historia de la escuela del señor Seco-como-polvo que inventó Carlyle. Mas dejémonos abierto este pleito.

Lo que de la pintura de Hume me interesa aquí es lo referente á creerse cada español un individuo aparte, especial y personalmente escogido por Dios. Esto recuerda aquella pretensión de Pascal de que al morir Jesucristo hubiese derramado una gota de sangre por la redención de él, de Blas Pascal, que viviría en Francia á mediados del siglo XVII. En la historia de los que llamamos genios ó grandes hombres, y otros héroes, se encuentran rasgos por el estilo. Cada uno de ellos tiene conciencia de ser un hombre aparte, escogido muy especialmente por Dios para una ú otra obra.

En este respecto propendemos los españoles á creernos genios, ó tenemos más bien un concepto robustísimo de la Divinidad, no creyéndole á Dios como el Dios frío y encumbrado del deismo francés del siglo XVIII, el Dios bonachón y haragán de las buenas gentes que nos pinta Beránger, sino más bien como un Dios cuya atención y cuidado se extiende de la última hormiga, tomada individualmente, al más grande y espléndido de los soles.

En realidad pueden llegar á ser vituperables todas las pretensiones de singularidad y de formar uno aparte de los demás, pero se comprende que uno que discursea, v. gr., pretenda que se le tenga por el primer orador, ó por el primer escri-

tor uno que escriba, ó por el mejor cantante uno que canta. Lo que no se comprende es que una persona sin hablar, ni escribir, ni pintar, ni esculpir, ni tocar música, ni negociar asuntos, ni hacer cosa alguna, espere que á un solo acto de presencia se le dipute por hombre de extraordinario mérito y de sobresaliente talento. Y sin embargo, se conoce aquí en España—no sé si fuera de ella—no pocos ejemplares de esta curiosísima ocurrencia.

Conozco también quien no halla inconveniente en admitir que otro sea más guapo, más elegante, más fuerte, más sano, más inteligente, más sabio, más generoso, etc., que él, y que le aventaje en todas y cada una de las prendas que se quiera; pero en resumen, él, Juan López, el individuo en cuestión, es superior á todos los demás, por ser Juan López y por no haber otro Juan López lo mismo que él ni ser posible que vuelvan á reunirse las cualidades todas, buenas, malas, mejores y peores, que hacen al Juan López de que se trata. Él es único é insustituíble, y no le falta razón de esto. Y puede decir con *Obermann:* «En el universo no soy nada; para mí lo soy todo.»

Este violento individualismo, acompañado de un escasísimo personalismo, de una gran pobreza de personalidad, es lo que acaso explica mucha parte de nuestra historia. Explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto á la muerte.

Rinden semejante culto á la muerte los más furiosos amadores de la vida, aquellos en quienes el goce de vivir no puede apagar el hambre de sobrevivir. Me parece un grandísimo error lo de asegurar que el español no ama la vida, porque le es dura. Es todo lo contrario; porque le era dura no llegó al *tedium vitae,* al *Weltschmerz* de los hartos, y aspiró siempre á prolongarla indefinidamente más allá de la muerte.

En la parte tercera de la *Ética* de Spinoza, un judío de origen español—ó portugués, que para el caso es lo mismo,—hay cuatro admirables proposiciones, la sexta, sétima, octa-

va y novena, en que establece que cada cosa, en cuanto es, se esfuerza por perseverar en su ser mismo; que el esfuerzo con que intenta cada cosa perseverar en su ser, no es más que su esencia actual misma *(conatus, quo unaquaeque res in suo esse perseverare conatur, nihil est praeter ipsius rei actualem essentiam);* que ese esfuerzo ó conato envuelve tiempo indefinido y no finito, y que el espíritu intenta perseverar por duración indefinida y tiene conciencia de este su esfuerzo. No cabe expresar con más precisión el ansia de inmortalidad que consume al alma.

Este fuerte individualismo y de un individuo que se esfuerza por persistir le llevó á fijarse siempre en la dirección práctica, volitiva, y he aquí por qué nos admiraba tanto Schopenhauer á los españoles, teniéndonos por una de las castas más llenas de voluntad—ó de voluntariedad más bien—más *vividoras*. El despego á la vida no es más que aparente, celando el más estrechísimo apego á ella. Y esa dirección práctica se ve en nuestro pensamiento, inclinado, ya desde Séneca, á lo que se llama el moralismo y poco afecto á la pura contemplación metafísica y especulativa, á ver el mundo como meros espectadores.

Ese mismo individualismo, que se hace impositivo, nos llevó al dogmatismo que nos corroe. España es el país de los más papistas que el Papa, como suele decirse, debiendo leerse á este respecto lo que Hume dice de las relaciones de Felipe II con la Santa Sede. España es el suelo escogido y abonado de eso que se llama integrismo y que es el triunfo del máximo de individualidad compatible con el mínimo de personalidad. España fue, en fin, y en más de un respecto sigue siendo, la tierra de la Inquisición.

De ésta y del inquisitorismo dice Hume muy buenas cosas. «Innata crueldad, orgullo individual, viva imaginación alimentada con extravagantes fábulas, religiosas y seculares, y gusto por la riqueza no ganada, todo se combinó bajo las bendiciones de la Reina (Isabel) y de la Iglesia para hacer de los

españoles, como raza, infatigables perseguidores de los que se atrevían á pensar de diferente modo que ellos» (pág. 283). Bajo evidente y no pequeña exageración, hay aquí un gran fondo de verdad. Los españoles no podían obrar mal «porque obraban por la causa de Dios y con ella» (pág. 295). «No era ya posible (en tiempo de los Reyes Católicos) la unidad burocrática de los romanos, porque habían surgido de la reconquista naciones separadas; pero podía á lo menos mantenerse juntos á los varios pueblos, á los dominios autónomos y á las ciudades semi-independientes, por el fuerte lazo de la unidad religiosa, y con este objeto se estableció la Inquisición, como sistema gubernamental, que se desenvolvió luego en máquina política. ...Así es como aparece España desde un principio en el concierto de las modernas naciones europeas, como un poder cuya existencia misma en su forma concreta depende de su rígido catolicismo doctrinal» (pág. 311). Pongo tan en duda esta última afirmación de Hume y estoy tan lejos de creerla justa, que á rebatirla he de dedicar otro estudio especial. Digno es de leerse, por lo demás, cuanto el historiador inglés dice á propósito de aquel repulsivo gran Duque de Alba y de su tristísima campaña en Flandes.

El individualismo español que vamos comentando es, sin duda, el que ha producido otro de los rasgos de nuestra historia, rasgo en que muy en especial se fija Hume, y al que llamaremos cantonalismo ó kabilismo. Compréndese que me refiero á la tendencia á la disgregación, á separarnos en tribus. De Hume, al principio de su historia, son estas notables palabras:

«En todo caso, lo que se sabe de su físico parece negar la suposición de que fueran (los iberos) de origen ario ó indoeuropeo; y para hallar sus parejos hoy, no hay más que buscar las tribus kábilas del Atlas, los habitantes originarios de la costa africana opuesta á España, que fueron arrojados á las montañas por sucesivas ondas de invasión. No sólo en lo físico se parecen estas tribus á lo que debieron de haber sido los primiti-

vos iberos, sino que en menos cambiantes peculiaridades de carácter é instituciones es fácil trazar su semejanza con el español de hoy. La organización de los iberos, como la de los pueblos del Atlas, era clánica y tribual, y su característica principal su indomable independencia local. Belicosos y bravos, sobrios y animosos, los de las tribus kábilas han resistido tercamente miles de años todos los intentos de fundirlos en una nación ó sujetarlos á un dominio uniforme, mientras el ibero, que arranca probablemente del mismo tronco, se mezcló con razas arias que poseían otras cualidades, y fue sometido por seis siglos á la organización unificadora de la más grande raza gobernante que haya jamás visto el mundo: los romanos; y sin embargo, aun en el día de hoy, el carácter principal de la nación española, como el de las tribus kábilas, es falta de solidaridad» (*lack of solidarity,* pág. 3).

Esta idea radical reaparece de continuo, como estribillo ó *leitmotiv,* en la obra de Hume. «El problema de los romanos—como fue el problema de todos los subsiguientes gobernantes de España—era levantar un edificio de civilización europea sobre cimientos líbicos ó semíticos» (pág. 17). En la lucha con los romanos no tuvieron los españoles sentido de común lazo (pág. 25), y de hecho no puede compararse Viriato ni á Vercingetorix, ni á Arminio; cuando invadió Tarik, con sus berberiscos, á España, logró fácil victoria sobre un pueblo «cuyo único lazo de cohesión eran los cánones de la Iglesia, y cuyo supremo gobierno era un concilio de Obispos» (pág. 67); en el siglo XIII, cuando había casi pasado la necesidad de lucha y conquista y podía haberse asentado el pueblo bajo los sedantes efectos de la paz, «vino de la Roma papal el terrible soplo de intolerancia é hinchó en llama, que se hizo luego hoguera, la chispa, siempre encendida en el pecho ibero, de la envidia y el odio al del valle ó la ciudad próximos; al hombre que se viste de otro modo, que habla de otra manera ó que adora á otro Dios» (pág. 180); en tiempo de los Reyes Católicos, «los castellanos odiaban á los aragoneses, los catalanes detestaban á los

castellanos; los navarros no tenían nada de común ni con una ni con otra nación» (pág. 310). Fueron siempre y seguirán siendo diferentes naciones, con una tendencia centrífuga contrastada tan sólo al principio de este siglo (el XVI) por la reverencia á un Monarca semisagrado y la absoluta unidad de fe, y durante los últimos noventa años por hábito nacional y el instinto de la propia conservación» (pág. 356). Al final del libro, al hablar de la República española de 1873, dice que la idea de la República era en España, en los más de los casos, la de una «federación comunística de estados antónomos, siendo sus motivos los celos sociales é industriales, y la eterna tendencia separatista que es la característica de los pueblos españoles» (pág. 511). Y por último, al hablar de nuestro presente, concluye diciendo que «el peligro que amenaza todavía á España es la indesarraigable tendencia de ciertas regiones á cobrar autonomía. Las razones que sirven á esto de base han sido ampliamente expuestas en este libro, y se habrá visto que arraigan en el origen mismo de los pueblos. Probablemente habrá que afrontarlo y aceptarlo en alguna forma antes de que la raza española ocupe su posición permanente entre las naciones renacidas del mundo» (pág. 513).

Estos juicios podrán parecer muy duros á muchos; pero obsérvese que provienen de un inglés que nos conoce bien y que nos quiere, de un inglés que escribe y habla admirablemente el español, siendo muy galano escritor en lengua castellana, y que aparecen en un libro que forma parte de una de esas numerosas series á que son tan aficionados en Inglaterra los editores, de una serie que se titula «Los grandes pueblos» *The Great Peoples*, y edita en Londres Heinemaun.

Ahora surgen dos cuestiones: la primera, de cuál sea el origen de ese individualismo; y la segunda, de cuál sea su remedio, la cuestión etiológica y la terapéutica.

Desde luego me inclino á creer que el kabilismo ó cantonalismo, la tendencia separatista, no proviene de diferencias de casta, como indicaba al principio al apuntar el parecer de Ha-

velock Ellis. Si Cataluña ó las Provincias Vascongadas quedasen de pronto aisladas en medio del Océano, veríanse pronto desgarradas por disensiones interiores, por separatismos, y se alzarían unos frente á otros los distintos dialectos del catalán ó del vascuence. En el país vasco, el menos lince echa de ver tales divisiones interiores.

Hay un pecado capital muy genuinamente español y del que me propongo escribir con alguna extensión, y ese pecado es la envidia, nacido de nuestro especial individualismo, y ese pecado es una de las causas del kabilismo. La envidia ha estropeado y estropea á no pocos ingenios españoles, sin ella lozanos y fructuosos. Todos recordamos el famoso símil de la cucaña. Hay en el fondo de nuestra casta cierto pozo de avaricia espiritual, de falta de generosidad de alma, cierta propensión á no creernos ricos sino á proporción que son los demás pobres, pozo que hay que limpiar.

El kabilismo y el individualismo español me parecen ambos efectos de una misma causa, la misma que produjo el picarismo. En su libro *Hampa*, señaló muy bien Salillas que la pobreza del suelo, su mala base de sustentación, produjo la trashumancia y el vagabundaje. Me parece más concreto y más histórico decir que obligó á los iberos á ser pastores, ó acaso lo fueron ya durante siglos, en el país de donde venían. Con grandísima exactitud—dice Hume—que el puro español ha sido siempre «agricultor por necesidad y pastor por elección, cuando no era soldado» (*an agriculturist by necessity and a shepherd by choice, when he was not a soldier*) (pág. 224). Creo que podrían aclararse no pocos juicios acerca de nuestra historia, partiendo de este carácter pastoril de nuestro pueblo, En el fondo de la expulsión de los moriscos, pueblo agricultor y laborioso, de huertanos, apenas veo más que el tradicional odio de los que llamaré abelitas, de los descendientes en espíritu de Abel el pastor, contra los cainitas, los descendientes de Caín el labrador, que mató á su hermano. Porque la leyenda hebrea de Caín y Abel es una de las más pro-

fundas intuiciones de los comienzos de la historia humana.

¿Y cuál es el remedio á ese individualismo? Lo primero es ver si es un mal, ó si apareciendo como tal no cabe convertirlo á bien, porque es evidente que de una misma madera se hacen los vicios y las virtudes, y que una misma pasión puede convertirse á bien ó á mal.

Los siglos hicieron á nuestros remotos ascendientes pastores, y como pastores les hicieron haraganes, y vagabundos, y disgregados, y todas las demás cualidades que del ejercicio del pastoreo derivan; el tiempo, la vida urbana y civilizada, las necesidades que la concurrencia industrial y mercantil imponen hoy, el progreso, en fin, modificará ese fondo. ¿Cabe acelerar su obra y por qué medios? Esta es ya otra cuestión.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 22 y 23 de Diciembre de 1902.

LA IGLESIA Y LA CUESTIÓN SOCIAL

Acaba de traducirse al español un libro del Dr. Scheicher que lleva este título (1). Ya se sabe qué se entiende actualmente por «cuestión social». Es la cuestión obrera, la cuestión de las aspiraciones de esta clase social hacia el mejoramiento de su condición ó estado, y á la vez el estudio de los límites dentro de los cuales pueden y deben ser satisfechas tales aspiraciones. En realidad de verdad, no es sino *una* cuestión social concreta, aun cuando bastante amplia y enredada; al lado de ella hay y ha habido antes de ahora no pocas cuestiones sociales. Lo que la tiene convertida en la cuestión social por antonomasia es, no tanto ó no tan sólo su complejidad y gran trascendencia, cuanto el carácter apremiante y hasta amenazador que reviste y el mucho ruido que en torno de la misma se hace.

La literatura que ha aparecido respecto de ella de algunos años á esta parte, y la que está diariamente apareciendo, es abundantísima, como es bien sabido; y aun cuando entre el gran número de escritos que la conciernen hay muchos flojos y de mérito limitadísimo, tampoco faltan los que presentan con-

(1) *La Iglesia y la cuestión social.* Estudio de moral social por el Dr. J. Scheicher, profesor de Moral en el Seminario de San Poelten, miembro del Reichsrath austriaco y del Landtag de la Baja Austria. Traducida de la edición francesa por J. M. Navarro de Palencia. Madrid, librería editorial, 1903. Un volumen perteneciente á la «Biblioteca internacional de ciencias sociales»; 3 pesetas.

diciones muy recomendables, así de contenido como de exposición.

Pero este del Dr. Scheicher merece, á mi juicio, una atención especial, sobre todo en España. Nuestro clero, lo mismo el alto que el bajo, no ha dado grandes pruebas, hasta ahora al menos, de interesarse por el problema obrero. En general, no se interesa por ninguna de las hondas cuestiones sociales que agitan hoy los espíritus, no sólo de los laicos, sino de los mismos eclesiásticos. No conocemos por acá esas figuras salientes de obispos que se llamaron ó se llaman Manning, Ketteler, Mermillod, Ireland, Gibbons, Bonomelli, ni de clérigos como Moufang, Hitze, Scheicher, que ven con el corazón dolorido las múltiples formas de miseria social que tanto abundan por doquiera, y se consagran con todo ahinco á buscar los medios conducentes á remediarlas. Nuestros sacerdotes y mitrados no saben salir de los caminos trillados desde hace siglos, y que son los que les acostumbran á recorrer con la enseñanza recibida en los Seminarios. Para ellos no hay otro saber que el de las tradicionales (y acaso no fuera desacertado añadir: cuajadas y rutinarias) teología y filosofía escolásticas, con cuyas luces y procedimientos únicamente tratan de resolver todas las cuestiones y salir de todos los apuros. Olvidan, ó mejor aún, no se hacen el cargo de que, como advierte con muchísimo acierto Gaspard Decurtins, el activo jefe de los socialistas católicos suizos y prologuista de la obra de Scheicher, «las actuales condiciones económicas requieren estudios de moral especialísimos, y es inútil pretender sujetarlos ya, y á todo trance, á las reglas de tiempos pasados. Lo que convenía admirablemente á la situación de tiempos pasados carece hoy de sentido, y por lo tanto, el moralista, guiado por los principios fundamentales y eternos de la ética cristiana, debe recomenzar el examen de las cuestiones económicas contemporáneas y encontrar la exacta aplicación de estos principios adecuados á las actuales necesidades de la sociedad» (1). Es el

(1) *Prólogo* de G. Decurtins al libro de Scheicher, p. 6.

mismo sentido que inspiraba las palabras de monseñor Mermillod cuando afirmaba que «el *Evangelio* no debe ser en manos del clero un simple misal de la Edad Media, ni los que lo interpretan deben hacerse cómplices de los abusos sociales, porque no es permitido profesar dos doctrinas, una para proteger los refinamientos de la devoción, y otra para bendecir la cadena del pobre» (1).

Por el respecto indicado, la obra de Scheicher merece ocupar un sitio preferente. El mismo Decurtins dice de ella que viene «á llenar realmente un vacío que existe en la literatura social católica» (2). Tal creo; y si eso sucede con relación á los demás países que solemos calificar de civilizados, inútil sería ponderar lo aplicable que es á España. Ninguno de nuestros clérigos, y en general ninguno de nuestros católicos «intelectuales», debiera dejar de leerla con gran detenimiento, para aprender en ella muchas cosas, todas las cuales pudieran quizá encerrarse en ésta: cuál debe ser la conducta de un escritor católico en presencia de la denominada cuestión social.

Ante todo, una conducta de tolerancia. Hay cosas que separan á los hombres, pero hay también otras muchas que los unen. Los que parecen más opuestos en ideas tienen siempre un gran fondo de comunidad intelectual, y sobre todo pueden convenir en cuanto al modo de conducirse respecto de una cuestión concreta. Entonces es fácil y obligado entenderse para la cooperación, dejando aparte lo diferencial. Las obras complejas, como lo son regularmente las sociales, precisan para su cumplimiento el concurso de fuerzas varias. La armonía resulta de unir porciones, al propio tiempo homogéneas y heterogéneas. Los católicos que se interesan por el mejoramiento de las clases menesterosas y proletarias, los llamados católicos-sociales ó socialistas, están bien penetrados de esta verdad.

---

(1) Véase *El Socialismo católico*, por Francisco Nitti, trad. esp.; Salamanca, 1893, p. 226.

(2) *Prólogo* citado, p. 5

Por eso se alían sin repugnancia alguna (al revés de lo que sucede en algunos sitios, donde el clero se significa por su intolerante ignorancia) con cuantas personas quieran unirse con ellos, piensen éstas como piensen, v. gr., en materias de religión. «El hambre—dijo Decurtins en el Congreso de Aarau—no es ni católica ni protestante. De aquí, pues, que todo el que preste algún auxilio para la resolución de estas cuestiones debe ser bien recibido, sea cualquiera la confesión religiosa á que pertenezca, pertenezca á la escuela de Bakunin, á la de Lassalle, ó crea en el *Evangelio* de Cristo» (1). Y el mismo elevado espíritu, que es al cabo el espíritu cristiano de fraternidad y amor, dicta á Scheicher la afirmación siguiente: «Si hemos de conseguir algo, *hay que agradecer cualquier colaboración, venga de donde viniere*» (2).

Más aún: mientras reconoce explícita y repetidamente que «en el fondo no hay hoy día más que dos corrientes de opinión con programa que contenga proyectos serios, sólo dos ideas que luchen por conseguir la reforma social: el socialismo cristiano y el socialismo democrático, no siendo lo que proponen los demás partidos políticos sino paliativos que se encaminan más bien á sostener en el poder á la clase dominante que á ayudar al pueblo» (3), no tiene reparo alguno en mostrar sus simpatías por los demócratas socialistas y en censurar á todos aquellos que juzgan como réprobos á los adversarios del orden existente. «Es opinión corriente en ciertos círculos, aun cuandò sea errónea las más veces, la de que los enemigos del principio social dominante son enemigos jurados de la humanidad. Creen que pretenden robar con fractura, como salteadores y ladrones, y se juzgan autorizados á tratarlos como tales. Ciertamente que en nuestra época, como en todas, hay criminales. Del mismo modo que cuando los pueblos se dejaban

(1) Véase *El socialismo católico,* citado, p. 229.
(2) Pág. 102.
(3) Págs. 16 y 236.

gobernar principalmente por ideas políticas hubo asesinos y quienes lanzaron máquinas infernales, salen hoy de ciertas clases de anarquistas, hijos pródigos que, por impulsos sociales, cometen atentados, destruyen casas y arrojan bombas en los teatros ó en los tribunales. Sin embargo, razonablemente no pueden imputarse ni reprocharse estos crímenes anarquistas á todos los que se ocupan de cuestiones sociales. Entre los que consideran al capitalismo como una forma injusta y anticristiana del principio social, y consiguientemente quieren sustituirlo con otra de un modo sistemático, pero justo y legal, hay, ciertamente, muchas personas dignas. Son adversarios del principio capitalista, pero sólo quieren reemplazarlo, y en lo posible, sin causar daño á sus defensores» (1). Y un poco más adelante: «Es muy cómodo proceder contra los descontentos como si fueran bandidos y tratar así á socialistas y comunistas; pero en justicia no hay derecho para equiparar con los salteadores á todos los adversarios de los vicios y excesos del sistema social actual» (2). Hasta elogia á Carlos Marx, por quien parece sentir cierta admiración, y del cual dice que siendo un «hombre eminente que hubiera podido alcanzar en su patria una posición influyente, y acaso de primer orden, sacrificó todas sus inclinaciones, todo su porvenir, toda su carrera, comenzada bajo brillantes auspicios, para consagrar su vida á la lucha económica en favor de los débiles» (3), y asegura que la obra del mismo, *El capital,* formará época (4). De igual modo reconoce que «la forma colectivista de organización del trabajo *no envuelve en sí misma injusticia alguna, sino todo lo contrario*» (5).

¿No es cierto que semejante ecuanimidad de juicio es rarísi-

(1) Pág. 19.
(2) Pág. 23.
(3) Pág. 195.
(4) Pág. 196.
(5) Pág. 176.

ma entre nosotros, cuando no totalmente desconocida? Aquí, al que no comulga en nuestras ideas no es lícito elogiarle; al contrario, le solemos atribuir ó suponer gratuitamente vicios y maldades que no se encuentran én él; y en el mejor caso, argumentamos contra el mismo haciendo uso del censurable, aunque muy socorrido y frecuente dilema de «la supina ignorancia» ó la «insigne mala fe». Las gentes que proceden de seminarios ó de colegios dirigidos por religiosos utilizan bastante á menudo tal procedimiento.

Scheicher no emplea esas armas; su espíritu amplio, su cultura y libertad de pensamiento se lo impiden. Y no es, como pensarán algunos intransigentes, menos católico que ellos ó, por mejor decir, menos cristiano, sino bastante más. Es un discípulo de Cristo que estudia la sociedad en que vive, que se hace cargo de las miserias y agravios por que se halla trabajada y que se duele cordialmente de las desgracias que afligen á muchos de sus hermanos, tanto más, cuanto que las cree remediables en gran proporción. De aquí deriva el acento de convicción con que está escrito el libro, el sincero y caluroso aire de persuasión con que su autor dice las cosas. Por eso se deja leer sin fatiga, y hasta con verdadero gusto. A lo cual contribuye también, en buena parte, la soltura y facilidad del estilo. Por este lado, no parece obra de un alemán, que suelen ser amazacotadas y de deglución y digestión difíciles, sino más bien del *savoir faire* francés, con todos sus atractivos.

El Cristianismo representó en sus orígenes una poderosa aspiración de reforma social. Desde tiempo antes, esa aspiración estaba latente en el pueblo de Israel, y los profetas, aquellos ardientes predicadores de la igualdad social, aquellos censores apasionados de la injusticia, no eran otra cosa que los principales órganos de la aspiración dicha. Cristo continuó la propaganda, ampliándola y acentuándola eficazmente. Su vida y sus enseñanzas fueron una constante protesta contra la mal-

dad humana, contra la prepotencia y los vicios ó pecados de los hombres, quienes era preciso que se reformaran interiormente, haciéndose buenos. La reforma interna era su preocupación fundamental. Pero considerando las riquezas como base y raíz de prepotencia y pecado, el abandono de las mismas era indispensable, según él, para conseguir aquella reforma. Los ricos fueron siempre objeto de censura y severos juicios por parte de Jesús; los pobres, en cambio, objeto de sus predilecciones. Los apóstoles y los primeros cristianos, pobres fueron. El Cristianismo primitivo era un Cristianismo de conducta, no Cristianismo de doctrina y creencia; eran cristianos los que obraban bien, conforme á la voluntad de Dios, no los que profesasen determinado credo, los que pensasen de tal ó cual modo. Esto último ha sido cosa muy posterior, del siglo IV en adelante, como también ha sido cosa posterior lo de atribuir al Cristianismo la condenación del mal uso de las riquezas, meramente.

Posible es que no se equivocara mucho quien considerase el movimiento cristiano-social de nuestros días como una tendencia á devolver á la Iglesia aquel su pristino espíritu, del cual hubo de apartarse desde el momento en que se la reconoció carácter oficial, y por lo mismo privilegiado. Quizá ninguna doctrina ha proclamado la fraternidad humana con tan caluroso y sentido convencimiento como la de Cristo; ninguna, por consiguiente, tan enemiga como ella de la prepotencia y la hostilidad entre los hombres: y es bien seguro que nada estorba tanto el logro de la igualdad, el imperio del amor recíproco, la vida social fundada en la cooperación altruísta, y no en la lucha darwiniana, como la posesión de las riquezas. Por esta posesión combaten con toda clase de armas los individuos, efecto de lo cual se tratan unos á otros como adversarios irreducibles, lejos de tratarse como hermanos. Están reguladas de esta suerte las relaciones sociales por un sistema apoyado de la fuerza, la desconfianza y el retribucionismo. El que más puede es el que se lleva mayor parte del botín, ó sea

de la riqueza colectiva. Todo lo contrario, precisamente, que sucede dentro de la socicdad doméstica, merced al imperio de la fraternidad.

Ahora, si somos hermanos todos los hombres, ¿por qué no ha de prevalecer en la sociedad grande la misma moral de la fraternidad que prevalece en la familia? Y ¿cómo no esperar una intervención adecuada de la Iglesia en este sentido? Perdido, por fortuna para ella y para todos, el poder temporal del Papa, que, como cualquier otro poder análogo, estribaba en la fuerza y por la fuerza se ejercía, quédale su grandísimo poder espiritual, mucho más eficaz y seguro que el otro. El poder espiritual es el sostén más firme de la Iglesia, si lo emplea en servicio de las aspiraciones cristianas, y por lo tanto, como medio de preparar el advenimiento de la fraternidad real y verdadera, no puramente nominal, entre los hombres. El día que el Pontífice se pusiera al frente del movimiento de trasformación social, conforme al deseo de no pocos escritores de procedencias varias, la Iglesia habría dado un gran paso para ganarse la confianza del pueblo. Todos sus fieles serían considerados como hijos del mismo padre é inducidos á tratarse como tales entre sí. El clero alto y bajo se convertiría en órgano é instrumento de poderosa cooperación á tal fin. Cuando uno piensa en el ascendiente que ese clero tiene entre nosotros, por unos motivos en la población rural y en las clases bajas de la urbana, y por otros motivos en las denominadas «superiores ó directoras», no puede menos de lamentarse por el modo como desempeña las funciones de su ministerio. ¡Cuántos beneficios no haría si en lugar de concretarse, por ejemplo, según es frecuentísimo, á comentar de cualquier modo la vida del santo del día, ó á disertar, en sus sermones, sobre cuestiones teológicas intrincadas, ó, lo que es peor, á predicar la guerra y la matanza contra otros pueblos implorando con tal propósito la protección divina; cual aconteció aquí poco tiempo hace,—se consagrara á ponerse al corriente de los problemas económicos y sociales y á intervenir activa-

mente en el mejoramiento de las condiciones presentes y en la protección tutelar de los débiles y necesitados de todas clases!

Contra la opinión de aquellos que quieren apartar al clero de todo género de política, Scheicher sostiene, á mi parecer acertadamente, la necesidad de que haga política social, preparándose al efecto con el estudio de las correspondientes cuestiones. «Claro es—dice—que la misión del clero no está en dar programas sociales ni en erigirse en jefe de bandas indigentes (y ¿por qué no, aun esto?). Pero debe tener siempre abierto su corazón á los sufrimientos del pueblo, tomando parte en su próspera como en su adversa fortuna. Si, por un lado, es su deber recordar que los bienes terrestres no son el bien supremo, tampoco debe sacar la consecuencia de que la vida de la mayoría de sus feligreses no tenga más objeto que padecer un calvario, ó la de que no sea cristiano procurarse por medios legítimos un alivio ó bienestar» (1). «Muchos afiliados á un falso conservatorismo son deliberadamente opuestos á toda novedad, á todo lo que contradiga los añejos errores. Las más de las veces no tienen otra razón para ello que el temor al esfuerzo reflexivo, necesario para discurrir sobre la necesidad ó conveniencia de estos errores. ¡Cuántas veces vemos ó escuchamos divagar sobre el socialismo, el comunismo, el orden social, la cuestión de los salarios, sobre la asistencia, á gentes que desconocen el *a, b, c* de la economía social, y mucho más el de la moral! Gentes que charlan sobre las más apasionadas cuestiones de su época y que no tienen una idea exacta sobre la moneda y el capital; el valor y el precio de una mercancía les parece una misma cosa; sólo tienen ideas falsas acerca del salario y su naturaleza. *El sacerdote no debe ser así: con semejante ignorancia perjudicaría enormemente á la religión, á la justicia y al pueblo*» (2).

Mas para que el clero pueda cumplir eficazmente su come-

(1) Pág. 24.
(2) Pág. 26.

tido en este orden; para que intervenga con el debido éxito en la política social, no basta que sea culto, sino que además necesita gran independencia, sobre todo frente á los poderes públicos, á fin de no verse en la precisión de adular á éstos. «La Iglesia de Estado, bien lo sea formalmente, como acontece en Rusia y en los países protestantes, ya lo sea materialmente sólo, como en muchos países católicos donde el Estado ejerce una función fiscalizadora en el nombramiento de los eclesiásticos, ó las autoridades civiles nombran las dignidades eclesiásticas, ó el Estado paga al clero, etc., conduce lenta y seguramente á este último á la pérdida de su influjo sobre el espíritu y los sentimientos del pueblo sobre sus jefes temporales. La cosa es fácilmente comprensible y explicable. Porque un clero dependiente, mal ó bien, debe cooperar á la política social de las autoridades á que está con frecuencia subordinado; y con harta ligereza llega á considerar como derecho, como voluntad divina, lo que en realidad no es ni una cosa ni otra» (1). Por eso precisamente, por considerar al clero como uno de los sostenes más firmes del orden actual, es por lo que se desconfía de él y no se le mira con buenos ojos. La persecución de que ha sido objeto algunas veces «no hubiera ido tan lejos, si los sacerdotes no hubiesen pasado por aliados de los privilegiados. Vióse en ellos, no sólo á los protectores de la clase privilegiada (la propiedad adquirida debe siempre ser mirada como inatacable), sino á los guardianes de las exacciones del rico en perjuicio de los pobres, cosa que la moral no prescribe en parte alguna» (2). Los ricos saben bien la fuerza que el clero tiene, y por eso, aun siendo unos descreídos, procuran atraérselo por cuantos medios pueden. Su defensa, la defensa de sus privilegios, la ponen en el ejército y en el clero, en la fuerza material y en la espiritual, en el sable y el diablo, los dos resortes que deben gobernar el mundo,

(1) Págs. 27-28.
(2) Pág. 108.

según aseguraba cierto día un elevado funcionario (1). Pero los sacerdotes «no deben prestarse á este juego. Aun cuando se tome á mal, no podemos menos de decirlo, porque estamos convencidos de ello: un obispo que, en vez de en un palacio, se aloje modestamente, que no tenga dinero bastante para el pectoral, pero que pueda ir libremente de iglesia en iglesia, de casa en casa, conseguirá mayores y más fecundos resultados que un obispo cubierto de condecoraciones pasando ante filas de soldados» (2).

Si yo me he percatado bien de ellos, los propósitos de Scheicher al escribir su obra, los fundamentales cuando menos, han sido estos dos: 1.°, cargar á fondo contra el capitalismo que nos ahoga y contra el liberalismo económico que le sirve de base, poniendo al descubierto las dañosas consecuencias morales y sociales que producen; 2.°, señalar la participación que la Iglesia y sus ministros deben tomar en la lucha contra el referido capitalismo, hasta hacer que desaparezca. Pues, según nuestro autor, «es cosa evidente que el capitalismo debe desaparecer, como enemigo de Dios y de los hombres. El capitalismo se ha convertido en un usurpador desenfrenado; todos los oficios productivos trabajan para él; por esto mismo es perjudicialísimo para todos y debe desaparecer» (3).

Scheicher empieza por definirlo. «¿Qué se entiende por capitalismo en sentido sociológico? El acaparamiento de los productos de un trabajo al cual se ha permanecido extraño. El que quiera formarse una idea exacta de él, que piense en los hombres que se encuentran en situación de llevar una vida de placeres exquisitos por la razón única de que su padre ó sus abuelos pudieron acaparar valores de renta. Tienen en sus ma-

(1) Pág. 235.
(2) Pág. 29.
(3) Pág. 205.

nos el derecho consagrado de gozar todo ó parte de los productos del trabajo actual y de los del porvenir. No trabajan, no corren riesgo alguno, han nacido solamente para el *fructus consumere,* para gozar de la vida» (1). Y en otro sitio explica más al pormenor la definición que precede. «Consiste la esencia del capitalismo—dice—en que habiendo acaparado uno los medios de producción, un fundo, una parte del suelo, obliga á otros á que le paguen, cuyo trabajo aplican á esos medios de producción y obtienen productos nuevos. O, en otros términos: el capitalista, no conservando ya los medios de producción, cuya custodia engendraría cuidados, los ha convertido en moneda que presta y ha formado un capital productivo, en el sentido propio de la palabra. El capitalismo moderno saca lo que llamamos interés... Y ese capitalismo ha tomado hoy tales proporciones, que se ha convertido en sistema universal; hoy apenas puede expresarse en cifras los créditos con interés; hoy todos los medios de producción disponibles están gravados con hipoteca; hoy todas las cargas de las generaciones futuras pertenecen á gentes cuyo único fin es consumir el producto del trabajo ajeno: *fructus consumere.* Hemos entrado en la edad del papel. Todos los bienes de la tierra, en masa, pertenecen á aquellos que han amontonado títulos con interés. Tengan ó no con qué, los trabajadores han de proporcionar intereses» (2).

Este sistema capitalista ha sido y está siendo el origen de innumerables males. Ha conducido á la bancarrota, así en moral como en economía política. El autor, en sendos capítulos de su obra, los mejores quizá de ésta, y desde luego los que inspiran más interés, traza el cuadro de aquella doble bancarrota, un cuadro vivo, caliente, que no podrá menos de causar gran impresión en cuantos lo lean, aun en el ánimo de los más preocupados en contra. Los elementos de ese cuadro son ejemplos palpitantes de la vida real, que es lo que llega más al

(1) Págs. 19-20.
(2) Pags. 190-91.

alma, trozos sanguinolentos del cuerpo social lacerado, síntomas elocuentes de los males que causa por modo sistemático el régimen capitalista liberal. También da cuenta, en el resto del libro, de los varios procedimientos y recursos que se preconizan para acabar con el capitalismo, ó cuando menos, atenuar los daños que produce. Ya queda dicho que, para Scheicher, solamente se conocen hoy dos corrientes de opinión capaces de resolver el problema, á saber: el socialismo cristiano y el democrático. Los demás medios que se proponen, y que él examina, los califica, unos, de «expedientes económicos», tales como el malthusianismo, el sistema de la cooperación productiva (Lassalle) y el de la intervención del Estado para fomentar el desarrollo de las corporaciones obreras y favorecer á los trabajadores (Hitze, Vogelsang, Perin, Ratzinger); otros, de simples «paliativos», «amagos parciales de solución, que van dirigidos únicamente á remediar los sufrimientos más agudos, las necesidades más apremiantes, y cuyo carácter general es servir de medio para salir del paso, meramente» (1): v. gr., el proteccionismo, la instrucción profesional, el desarrollo de la moralidad, los sindicatos y asociaciones, el derecho de habitación, la liberación del suelo...

Ahora, ¿cuál es la posición personal del autor? No está todo lo clara que convendría. La parte negativa, ó sea la crítica de los demás sistemas es radical, hasta radicalísima, sobre todo frente al capitalismo; no así la constructiva, como parece había derecho á esperar, de hallarse acorde con la otra. El fenómeno este es muy general, y ello se explica considerando que uno ve mejor los defectos y lunares de lo existente, que no se representa por anticipado y con toda precisión y detalle un estado social futuro. Sea por esto, ó bien por el miedo á ir más allá que el propio León XIII en su Encíclica *Rerum novarum*, que sirve de norma á los católicos en lo referente al problema obrero, la verdad es que Scheicher parece que huye de dar

(1) Pág. 206.

concreta y circunstanciadamente su propia opinión acerca del asunto. A juzgar por el título del libro, pudiera creerse que éste se ocupaba, ante todo, en exponer el criterio de su autor respecto á la conducta que la Iglesia debe observar frente al gran problema de nuestros días. Y no sucede así. A este punto sólo consagra cuatro ó cinco páginas. El programa de los socialistas cristianos, trazado en ellas, tiene ciertos toques avanzados, como el de aspirar á que «los obreros organizados se conviertan al propio tiempo en empresarios, como único medio de que el trabajador pueda, definitivamente, recibir su justo salario»; pero en general, ese programa es bastante conservador é «intermedio», pues el baluarte principal del capitalismo, la propiedad privada, lo deja en pie.

A pesar de todo, hay en el curso de la obra que examinamos, esparcidas aquí y allá, ciertas aseveraciones y conceptos que conviene dar á conocer. Conviene darlos á conocer por venir de quien vienen, y para que se vayan habituando á ellos muchos espíritus pacatos y asustadizos de por acá.

En multitud de sitios afirma que el orden de cosas actual no es un resultado de la voluntad divina, ni por consiguiente inmutable; sino, más bien, como lo reconoce asimismo Decurtins, «el producto de una evolución histórica que lleva en sí mismo los síntomas de su ruina y que debe un día ceder el puesto á otro distinto» (1). No cabe, por lo tanto, considerar inconmovibles, según es uso, ninguna de las bases de nuestra sociedad. Si estas desaparecen ó se trasforman, otras vendrán á reemplazarlas. He aquí algunos de los pasajes donde Scheicher expresa ideas iguales ó análogas á las anteriores: «*Dios todopoderoso no ha señalado una forma determinada de organización política ni de orden social*. Los hombres se rigen por sí mismos, y lo hacen en la dirección en que, según los tiempos, pueden cumplir mejor sus destinos terrenos» (2).

(1) *Prólogo* citado, p. 6.

(2) Pág. 106.

«Cierto número de hombres encuentran bueno (para ellos) el monopolismo y el capitalismo, y por este solo motivo quisieran hacerlo pasar como justo y emanado directamente de Dios y de la naturaleza» (1). Pero «*tan falso* como es el pensar que no puede existir más que una sola forma de gobierno, *lo es creer que no puede darse sino un sistema justo de organización social*» (2). «Según la ley natural y los preceptos divinos, *no hay hijos privilegiados,* es decir, que tengan el derecho de despojar á la mayoría, al amparo de las leyes humanas» (3). «No hagamos, pues, el disparate de dar á entender que los ricos son especialmente queridos de Dios... Abstengámonos de considerar las faltas, las crueldades y los pecados de los ricos como simples debilidades que no privan del reino de los cielos por el hecho de haber establecido con su dinero fundaciones piadosas, ó porque sus cadáveres hayan sido acompañados de las plegarias de los pobres socorridos con este objeto» (4). «Es muy curioso eso de que muchos que en la apologética se toman el trabajo de probar que la Biblia no ha enseñado física, ni filosofía, ni astronomía, en la teología y la moral sobrenatural olvidan totalmente el mismo principio cuando pueden adaptar la enseñanza de esta misma Biblia al orden político y social» (5). «*La Iglesia jamás podrá decirnos cuál es el mejor sistema económico*, porque esto no es de su incumbencia» (6). «La situación social y la organización presentes *no emanan de Dios;* por consiguiente, *pueden modificarse y deben ser modificadas* en el sentido de que, merced á tal modificación, puedan los hombres realizar sus fines terreno y eterno» (7).

(1) Pág. 107.
(2) Pág. 21.
(3) Pág. 61.
(4) Pág. 102.
(5) Pág. 235.
(6) Pág. 150.
(7) Pág. 236.

El estado actual de cosas exige una intervención pronta y eficaz, siendo forzoso condenar el abstencionismo que muchos predican. En opinión de Scheicher, «*se necesita un valor enorme para aconsejar el quietismo* frente á semejante situación, para erigir en principio, reconocido por la ciencia y consagrado por la experiencia, el sistemático empobrecimiento del pueblo trabajador» (1); y por otro lado, debe reconocerse como «*imprudente y peligrosa* para la moralidad del porvenir la idea de afirmar y admitir como un hecho cierto que Dios, el soberano dueño, proveerá á las necesidades de todos los hombres que ha creado, así como no olvida al gorrión y alimenta al cuervo» (2). «Cada día se borra más y más esta falsa creencia, y esperamos que suene la hora en que se la reconozca como *uno de los errores más funestos* que han gobernado al género humano» (3). «Tampoco se hace nada con la moral sola y predicando paciencia y resignación. Las palabras de esta clase se las lleva el viento, *y tampoco es ese el espíritu del Cristianismo*» (4). «Ciertos teorizantes cristianos» deben saber «*que las cuestiones sociales concretas no pueden resolverse sólo con medios,* digámoslo así, *exclusivamente ideales,* tales como la confianza en Dios ó la caridad para con el prójimo; sino que hay que tomar con más interés el derecho, y que para progresar la sociedad humana *necesita actos eficaces*» (5). «El hambre hace de la vida de millones de hombres una larga agonía; millones de niños mueren faltos del suficiente alimento, y aun esto es para ellos una suerte, porque si no, crecen anémicos y se convierten en cadáveres ambulantes, en un tiempo que se enorgullece del bienestar popular y de las riquezas de las naciones. ¿No tiene nada que oponer á esto la moral? ¿Satisface esto á Dios?» (6).

(1) Pág. 68.
(2) Pág. 163.
(3) Pág. 68.
(4) Pág. 102.
(5) Págs. 49-50.
(6) Pág. 27.

No es acertado exhortar y predicar la resignación y el desistimiento, medios puramente espirituales (1). Tampoco es remedio adecuado la limosna para resolver la cuestión obrera; es un simple paliativo, de importancia bastante escasa. «Los sufrimientos sociales de hoy *no pueden aliviarse con la caridad*» (2). «*No es con limosnas,* con las migajas de la caridad, con banquetes y conciertos en beneficio de los desgraciados como [los ricos] han de salvar su alma, *sino mediante la práctica de la justicia* (3). Esto hay que repetirlo hasta que se comprenda y se cumpla» (4). «Frente á la miseria social, de la cual tratamos aquí, la caridad no puede auxiliar sino á un corto número de individuos, que es lo que hace y lo único que puede hacer» (5). «San Alfonso pudo decir que si todos los ricos diesen de limosna el 2 por 100 de sus rentas, todas las miserias humanas (*communes necessitates*) se socorrerían. Hoy, cuando todas las limosnas son insuficientes, esto *equivale á una gota de agua en el Océano y constituye una ironía sangrienta, que no puede mantenerse por más tiempo*» (6). «Hoy, no sólo nos hallamos con la miseria, merecida ó no, sino que estamos frente á la indigencia de clases enteras. La angustia es el patrimonio de grandes masas. Hospitales; asilos de convalecientes, de pobres; conferencias de San Vicente de Paúl; asistencia de pobres, *hacen el mismo efecto que un vaso de limonada en un enfermo de fiebre altísima:* un alivio momentáneo, dejando á la enfermedad que siga su curso. Sabemos hoy que á nuestro lado, en la choza inmediata, una familia, varias acaso,

(1) Págs. 98,228.

(2) Pág. 217.

(3) Otra parece ser la opinión de León XIII, que en su Encíclica ya citada, dice: «Satisfecha la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer á los indigentes: *Lo que sobra, dadlo de limosna* (Luc., XI, 41). No son éstos, *salvo casos de extrema necesidad,* DEBERES DE JUSTICIA, SINO DE CARIDAD CRISTIANA.»

(4) Pág. 157.

(5) Pág. 217.

(6) Págs. 27-18.

mueren lentamente de hambre, sin poder hacer por ellas otra cosa que dejarlas perecer, procurándoles algo que comer á intervalos demasiado largos. ¿Qué se ha de hacer con esto? Prolongar la agonía, nada más. Al salir hoy curados de los hospitales los obreros, llevan el hambre y la debilidad retratadas en el semblante, recaen y vuelven al hospital por cierto tiempo. A tal punto han llegado las cosas en algunos centros industriales, que se considera una injusticia la limosna, porque salva de la muerte á los hambrientos, los cuales hacen luego competencia á otros, también víctimas del hambre. Las muestras de piedad para con un semejante resultan así actos de crueldad respecto á otro ú otros semejantes. *¡Qué situación más intolerable!*» (1).

Para salir de ella no hay otro camino que «*proveer al bienestar relativo terrestre de todos los hombres,* en la medida de lo posible y de las necesidades» (2).

Pero ¿de qué manera? En este punto Scheicher guarda casi un silencio completo: no dice más de lo apuntado algunas páginas atrás.

Lo que sí dice bien clara y explícitamente, para que lo oigan y entiendan aquellos que ponen su confianza en los mauser, como panacea para la resolución del problema obrero, es que se hace preciso «concluir con el *viciosísimo procedimiento* de querer curar las plagas sociales con el sable del guardia civil» (3).

P. Dorado.

(1) Pág. 182.
(2) Pág. 228.
(3) Pág. 228.

FÉ

A D. Miguel de Unámuno.

Dirigiendo una mirada retrospectiva á cuanto acerca de este punto he manifestado, se reconocerá que el objeto de la revelación es educar y estimular al hombre en el esclarecimiento de las elevadas cuestiones que promueve, y que, en consecuencia, por el esfuerzo personal de la razón es por donde debe empezar la fé. La religión tradicional no ha resuelto el problema de salvar al hombro por una intervención de la voluntad divina. Lo que los sobrenaturalistas llaman *revelación cristiana* no es la verdadera enseñanza, la enseñanza pura de Jesús, sino lo que sus discípulos heredaron del paganismo y tuvieron que perpetuar para hacer más adaptables al medio social reinante las doctrinas del Divino Maestro. Esto no debe desanimarnos ni descristianizarnos, pero sí inducirnos á ser cautos y á no fiarnos demasiado de lo que muchos estan acostumbrados todavía á considerar inviolablemente ligado con la esencia del Cristianismo.

Pues bien, se me dirá: ¿á qué escuela perteneces? ¿Qué principios profesas? En tu concepto, ¿qué es la revelación? ¿La concibes, al modo antiguo, con todas sus imposibilidades, todas sus contradicciones, todos sus defectos? ¿Sigues creyendo en la compatibilidad de una enseñanza divina y las enseñanzas de la ciencia humana?

Moleschott (1) ha reducido la dificultad á este agudo dilema:

(1) *Kreislauf des lebens,* c. I.

«Si no podemos llegar á conocer al Creador sin estudiar antes las leyes de la naturaleza, ¿para qué sirve la revelación? Y si no podemos recibir las verdades más sublimes sino mediante una luz superior invisible á nuestros sentidos, ¿para qué sirve el estudio de los fenómenos y de las leyes de la naturaleza?

Como se ve, este dilema sólo es tal para los sobrenaturalistas. Los que sabemos que en la creencia entra por mucho la complejidad de toda la vida espiritual, reconocemos *ipso facto* la exigencia de su concierto con la ciencia, á la cual completa. Necesitamos para la vida creer mucho más de lo que efectivamente conocemos, pues vivimos tanto de recuerdos de lo pasado como de esperanzas en lo porvenir. «Estas esperanzas constituyen el hecho sumamente complejo de la creencia, que encierra multitud de elementos pertinentes á la sensibilidad tanto como á la inteligencia. La previsión ó anticipación del porvenir en relación á los hechos (como hechos posibles) y á la virtud y eficacia de las ideas (como madres de la vida) es la esfera propia de la fe, que en lo que tiene de intelectual amplía y extiende el horizonte de la ciencia, pero siempre en vista de lo pasado y con la conciencia efectiva de lo presente, á que referimos su condición de racional (1)».

Desde este punto de vista y mirando á este fin, la fe es una cuestión de alta importancia para el *dogmatismo* bien entendido. Sabemos lo que somos ahora, no lo que podemos ser. Se debe, pues, creer, no en lo que es, sino en lo que será. Aquí la ciencia no vale ya de nada.

Harto lo comprenden los patriarcas del moderno positivismo, y es de ver los esfuerzos que hacen para oscurecer y adulterar este grandioso hecho de la conciencia con su concepción exagerada de la religión como factor puramente sociológico. Mas yo creo que en esto se padece un error. Querer de una manera absoluta convertir á la religión en fenómeno puramente social es olvidar que el origen, la esencia misma de la

(1) González Serrano, *Lógica*, l. 52.

religión está en una idea antisocial y negativa: la idea de la muerte. Se ha dicho con exactitud que la religión es filosofía de la muerte, al modo que la filosofía es religión de la vida (1). El hombre verdaderamente religioso, aunque carezca de temor á la muerte (los antiguos, muy religiosos, la miraban sin espanto, y los bárbaros, no menos religiosos, no la temían); aunque convierta á la muerte en uno de tantos fenómenos de sociabilidad transcendente ó superior y rechace las supersticiones de la Edad Media, que la han rodeado de pavoroso misterio, no puede sustraerse á esa inquietud y á esos dolores del alma, no desechados todavía, que desde el triunfo del Cristianismo vienen atormentando con justa razón á los espíritus.

Algunas palabras más para disipar una duda que pudiera suscitarse. ¿No parece que al quitar á la fe el rigor de la certidumbre científica nos exponemos á convertirla en una probabilidad, y por lo tanto en un error posible? ¡Sí, si solo la basáramos en el sentimiento ó en la inteligencia! Pero la fe es una relación de la *voluntad* con Dios, una virtud de confianza en Dios. Y dado caso que se la considerase como una falsedad, como hacen ciertos positivistas modernos (2), ¿por qué no reconocer con estos mismos positivistas que el estado normal del espíritu es la religiosidad y la vida de la fe? La mentira que contiene la verdad, ¿no es lícita y hasta necesaria? (3).

---

(1) «La cosa del mundo en que el filósofo piensa menos es la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida.» (Spinosa, *Ethica*, IV, 67. I.)

(2) El positivista Hellwald (*Culturgeschichte*. p. 569) atribuye á la ciencia como objeto propio «el destruir todos los ideales y mostrar su falta de realidad, y probar que la fe en Dios y la religión son un engaño, y que la moralidad, la igualdad, el amor, la libertad y el derecho son otras tantas mentiras, todo sin perjuicio de sostener al mismo tiempo la necesidad de tales errores».

(2) Esta idea la he visto confirmada en Meliuaud (*La Revue*, Julio, 1902) y en Echegaray (*El loco Dios*, a. I, e. 6). El primero dice que hay una excusa valedera de la mentira: la de impedir una injusticia. Es evidente que si, á costa de una mentira, puedo salvar á un hombre de los

Y si á esa verdad se añade un placer del espíritu, un gusto del corazón, ¿no es conveniente y hermosa siempre para la vida?

Voy á dar un ejemplo, que explicará completamente mi pensamiento. Es una verdad rigurosamente demostrada por la química, la unidad de la materia en el universo ¿Quién diría. si la ciencia no lo asegurase que son una misma cosa, por sus elementos componentes, el alimento sabroso que introducimos en la boca, y el asqueroso excremento que tanta repugnancia nos inspira? Esta repugnancia ¿es, sin embargo, justificada desde el punto de vista teórico? ¿No demuestran la experiencia y la observación que ambas sustancias se componen de elementos químicos idénticos, aunque combinados en distintas proporciones? Cuantos progresos hagan las ciencias químicas en apoyo de la unidad de materia en el universo, serían ineficaces é inútiles para quitar en la práctica á la humanidad, al menos á la humanidad civilizada, el sentimiento del asco, el sentimiento de la diferencia entre una sustancia comestible y una sustancia corrupta; cuantos progresos pudieran hacer las ciencias metafísicas en apoyo de la unidad del ser en la realidad, serían ineficaces é inútiles para quitar en la practica á la humanidad, al menos á la humanidad civilizada, el sentimiento

---

malhechores que le buscan, debo mentir. Hay además mentiras hermosas, generosas, heroicas: una madre que se acusa falsamente por salvar á su hijo, merece con justicia nuestra admiración. Pero estas no son mentiras de mentirosos.

Echegaray hace hablar así á uno de sus personajes: «Hay mentiras muy hermosas, muy sublimes. ¡Y hay verdades muy tristes, muy desconsoladoras! Si hacemos la cuenta, hallaremos que más ha progresado la humanidad á fuerza de mentiras grandes que de verdades chicas. Lo que hay es que una mentira, si es muy hermosa, muy grande, cátate que se hace verdad; ¡qué transformación tan divina! Y una verdad, si es ruin, miserable, fea, por arte maravilloso se hace mentira. De modo que el toque está, no en ser verdad ó mentira, que esto nada quiere decir, sino en ser bueno ó malo, ruin ó grande, feo ó hermoso, repugnante ó sublime. Sea lo que sea, sea bueno, grande, hermoso y sublime, que la verdad ya se le dará de añadidura.»

religioso, el asco al ateismo, el entusiasmo por la grandeza, por la abnegación, por la piedad. La mentalidad se estrella y se estrellará siempre contra estas levantadas aspiraciones del corazón.

Pero ahora se presenta otro problema, que contribuirá no poco á esclarecer el nuestro. La metafísica bien concebida, ¿no será simplemente la religión misma presentada en forma más ó menos científica y racional? Esto es lo que muchos han sostenido, y sostienen aún para desacreditar á la especulación. «La filosofía que se llama positiva, pretende entre otros Laugel, se distingue de todas las filosofías y de todas las religiones en que ha renunciado á la ambición de dar una explicación del universo.» Se es demasiado llevado hoy día á dividir la historia de la cultura en dos épocas; una, de religión y de moralidad, otra de observación y estudios positivos. Aquella época de los filósofos, moralistas y apóstoles, que dirigen y hacen girar las pasiones populares, y cuyas doctrinas reinan en las conciencias de los hombres sencillos; esta época de los físicos, naturalistas y matemáticos, que hablan á la fría razón é imperan en los círculos de sabios. Allí, la moral, verdad del alma é ilusión útil; aquí, la ciencia, verdad de la naturaleza y dura realidad. En el primer caso, plenitud de la vida; en el segundo, satisfacción de la inteligencia. Esta pedantesca distinción de la que nos hemos ocupado ya al refutar las teorías que quieren, conciliar la revelación divina con el saber humano, separando el sentimiento del entendimiento, ha dado lugar á gravísimos errores y debemos rechazarla sin ambages. Es cierto que la religión ha ido, casi siempre íntimamente unida á la ciencia metafísica, como el arte ha sido casi siempre unido á las ciencias de la naturaleza, como la moral y el derecho han sido casi siempre unidos á las ciencias sociales. Pero no por esto ha de confundirse la religión que atañe ante todo á la relación del hombre con Dios, y muy mediatamente (y aun esto bajo un sólo respecto), á la relación del hombre con las obras de Dios, con la metafísica, que sólo

estudia á Dios en cuanto primer principio de todas las cosas, y cuya misión esencial es determinar la relación del universo consigo mismo, la relación del pensamiento consigo mismo, la relación del pensamienoo con el universo, y la relación del universo con el pensamiento.

Basta, por otra parte, fijarse un poco en los hechos que para apoyar semejante opinión se nos aducen, para reconocer que realmente sirven de confirmación á nuestra tesis. Tal sucede con el relativo al origen histórico y filosófico de la especulación. Los que han dicho que la filosofía comienza en los griegos, y no en las mitologías, teogonías y cosmogonías de los orientales, han dicho una cosa muy discutible desde el momento en que se admite, que la religión es una metafísica espontánea, como la metafísica es una religión reflexiva (1). Si consideramos, por otra parte, que, según toda probabilidad, Thales importó del Oriente á la Grecia la filosofía, y que al Oriente se sospecha fueron también á buscar aspiraciones los pensadores griegos posteriores, como Pitágoras y Platón, reconocemos cuán errados anduvieron ciertos historiadores al desdeñar el estudio crítico de las grandes concepciones del Oriente. Hoy se va desechando poco á poco esta preocupación, y los que escriben sobre historia de la filosofía, dedican largas páginas en sus libros á la exposición y examen de las doctrinas religiosas de los orientales, que envuelven en sí una filoso-

(1) Los partidarios del racionalismo espitualista afirman, que la filosofía contiene, bajo la forma de conocimiento razonado, lo que las religiones encierran bajo la forma de creencia instintiva. En cuanto á la distinción entre religión natural ó racional, y religión sobrenatural ó revelada, toda esta escuela la rechaza, y la razón se confunde, según ella, con la fe. Sirva de ejemplo, Saisset, el cual dice: «La distinción entre las verdades naturales y sobrenaturales es para nosotros una distinción completamente artificial; la verdad se muestra, aquí bajo la forma de una religión, allí bajo la forma de una filosofía». Y más adelant e, añade: «La filosofía, que es la razón bajo su forma refleja, abraza toda la verdad; su misión es comprenderlo y explicarlo todo, sistemas religiosos, teología, símbolos, cultos, etc.»

fía útil y profundísima, aun en medio de sus nebulosidades y contradicciones, de sus vaguedades y sus sombras. Quien tenga siquiera noticia de los trabajos de Creuzer, Stuhr, Colebrooke, Burnouf, Max Müller y otros orientalistas distinguidos—para no citar más que los clásicos—no podrá menos de conceder á los hombres del antiguo Oriente, disposiciones más idóneas que á los de nuestra raza, para los estudios que exigen penetración y fuerza de pensamiento.

Además, antes de afirmar en absoluto que el viejo Oriente carece por completo de verdaderos filósofos, de pensadores libres de toda influencia religiosa, conviene establecer distinciones. En la India y en el seno mismo del braahmanismo aparecen los sistemas filosóficos independientes de Gautama, Kanada, Kapila, Patandjali y Djarmini. Budha, cuya doctrina fue preparada por el penúltimo de los filósofos citados, jamás pretendió hablar en nombre de la divinidad: sus enseñanzas son naturales, humanas, sin mezcla de revelación ni elemento alguno sobrenatural. Lo mismo puede decirse de los grandes reformadores religiosos de la China, Laotseu, Confucio y Mencio. ¿Dónde está, pues, esa absoluta subordinación de la filosofía á los dogmas religiosos, tan exagerada por algunos historiadores? (1).

(1) Sobre este punto de las relaciones entre la sabiduría griega y la doctrina de las demás naciones antiguas, deben tenerse muy presentes los trabajos de la moderna crítica, especialmente la *Philosophie der Griechen*, de Zeller, que ha venido á desvirtuar en gran parte la influencia que hasta aquí se ha supuesto ejerció el Oriente sobre la ciencia helénica. Pero sin exagerar esta influencia, y conservando su carácter propio y su individualidad original á la filosofía griega, bien puede afirmarse que ciertas doctrinas que se quieren hacer nacer en esta filosofía, se pierden en la más remota antigüedad. «En los fragmentos antiguos de la labor intelectual de los griegos, dice Pesch, no aparecen más que los escombros de un conocimiento sumamente perfecto, que había ya desaparecido entre ellos.» Diógenes Laercio asegura que los mismos griegos opinaban que su sabiduría provenía de los bárbaros. San Clemente de Alejandría enumera en sus *Stromata* á los maestros de los bárbaros, entre

No quiero contradecir á Bourdeau cuando dice que la filosofía es una cuestión de opinión y sistema, expuesta á convertirse en secta. Con todo, hay entre los concilios y los congresos de los filósofos, entre los pensadores y los profetas, entre los sabios y los reformadores ó fundadores de religión, diferencias y profundas, que nos obligan á distinguir y separar cuidadosamente la metafísica de las doctrinas religiosas. Renan ha dicho (1): «La filosofía no basta para el gran número: es preciso la santidad. Un Apolonio de Tiana, con su leyenda milagrosa, debía necesariamente tener más éxito que un Sócrates con su fría razón. *Sócrates, deja á los hombres sobre la tierra: Apolonio los transporta al cielo; Sócrates no es más que un sabio; Apolonio es un dios* (2). La religión, hasta nuestros días, no ha existido sin una buena parte de ascetismo, de piedad, de maravillas. Cuando se quiso, en tiempo de los Antoninos, hacer una religión de la filosofía, fue preciso transformar los filósofos en santos, escribir la *Vida edificante* de Pitágoras y Plotino, prestarles una leyenda, virtudes de abstinencia y de contemplación, poderes sobrenaturales, sin los cuales no hubieran sido objeto de creencia ni principio de autoridad.»

---

los cuales la ciencia había florecido antes de llegar á los griegos, diciendo que fueron la casta de profetas de los sacerdotes egipcios, los caldeos entre los asirios, los druidas entre los galos, etc. Según refiere Platón, los sacerdotes egipcios de Sais dijerón á Solón: «¡Oh griegos, no sois más que unos niños, no hay ningún viejo entre vosotros! Todos sois jóvenes de espíritu, porque careceis de tradiciones verdaderamente antiguas, de sabidurías encanecidas por la ciencia.» No falta en la actualidad quien, siguiendo la opinión de Thimus en su *Simbólica*, afirme todavía que los gérmenes de ciertas opiniones (como la del alma universal sostenida por Platón) no deben buscarse en Grecia ni en Egipto, sino que más bien tuvieron su primer desarrollo en aquella parte del Asia que debe ser considerada como cuna del linaje humano.

(1) *Vie de Jésus*, c. XXVIII.

(2) Filotrastro: *Vita Apollonii*, IV, 2; VII, 11; VIII, 7.—Eunapio: *Vitae sophistarum*, pp. 454-500.

Voy á alterar un poco esta idea de Renán, sustituyendo á la palabra *maravilloso* la palabra *sobrenatural,* y diciendo: La religión no se concibe sin elementos sobrehumanos. El misterio es el alma de las religiones, y para demostrar su credibilidad es preciso echar mano de medios superiores á los ordinariamente empleados por la ciencia y por la inteligencia. La filosofía no puede considerarse sino como la razón natural aplicada á la investigación de la verdad y á la práctica del bien por medios puramente racionales y humanos, en tanto que la religión no se satisface sino con lo extraordinario, lo anómalo, lo sobrenatural y lo milagroso. Una religión sin fundamento en el orden de la gracia, sin maravillas ó portentos en su historia y aparición, sin relaciones temporales y determinadas con Dios, no es religión. ¿Qué fundador de falsas religiones, qué fautor de sectas, cismas ó herejías, no ha imitado á los santos, apóstoles y profetas de la religión y de la sociedad verdaderamente divinas, para anticipar el éxito y representar bien su comedia en la escena del mundo? Se nos dice que el budhismo es una religión sin dioses y su fundador un ateo, que es la más naturalista y la más religiosa de las sectas conocidas, que no sólo se halla exenta de teología y mitología, sino que está toda ella fundada en el sentimiento natural y en la razón humana. Ciertamente. Pero ved: estas teorías de la religión budhista son desmentidas por sus adeptos en la práctica, y aun el mismo budhismo especulativo no se halla enteramente desprendido de elementos místicos. Sabido es que Raul-Postel ha obtenido en sus recientes estudios sobre Budha resultados opuestos á las apreciaciones de Bournouf y Barthelemy Saint-Hilaire sobre el ateismo budhico. Puede creerse también que los budhistas considerarán los dogmas que profesan como sobrenaturales, puesto que así lo indican sus prácticas supersticiosas, contrarias al espíritu naturalista que se atribuye al budhismo, lo cual prueba que el hombre ignoran tiende casi siempre á ver en la religión, no el fin de sus más nobles aspiraciones, sino un medio para implorar de Dios la satisfacción

de sus deseos, de sus tendencias, de sus debilidades, hasta de sus vicios.

En la filosofía, como en toda ciencia, predomina el principio de libertad sobre el de autoridad, pues las cuestiones que se rozan con la fe son escasas, y muchas las opinables; en la religión sucede precisamente lo contrario. Por eso hemos visto siempre que los filósofos no han empleado más medio de propaganda que la libre discusión. Ningún *verdadero* filósofo (si exceptuamos al antiquísimo Pitágoras, y á los novísimos Fourier, Saint-Simón y Compte), han intentado siquiera la fundación de una Iglesia ó de una secta religiosa. Su misma personalidad está dotada de caracteres opuestos á la de los fundadores de religión. El paralelo que Strauss pretende establecer entre la filosofía socrática y la religión cristiana es tan improcedente, que el mismo González Serrano no vacila en rechazarlo. Ni Sócrates es Jesús, ni pueden compararse Platón y Jenófonte, discípulos del primero, con San Pedro y San Pablo, discípulos del segundo. En su vida, en su muerte, en su predicación, en el ideal que persiguen, se diferencian radicalmente. Aun en los actos que más parecen aproximar Sócrates á Jesús, se ve claramente que son *humanos* en un caso y *divinos* en otro, y no falta quien con injusticia evidente quiere al través de la modestia del filósofo griego descubrir su vanidad y un fondo de hipocresía. Sócrates no deja de ser *hombre*, ni cuando rechaza el consejo de Criton que le proponía escapar de la prisión, ni cuando desdeña el abogar por su causa, ni cuando admite la posibilidad de una relación directa con Dios, cuyo intermediario es su genio familiar ó demonio (*demon, to daimonion*), ni cuando acoge su muerte como un bien para su alma, en la confianza de que no le abandonará la Providencia. En la conducta observada por Sócrates con sus enemigos y acusadores, vemos un espíritu elevado que les perdona, por comprender que no sabían lo que hacían, pero que les habla con tan poca ira como con tan poco amor, que no veía en ellos más que personas que se engañaban y á las que debía sacar de su

error, que en vez de someterse á su juicio los juzga, y cuyas últimas y sublimes frases son un helado *fiat voluntas* que brota de su mente más que de sus sentimientos. Así lo confiesa Fouillée: «Esta indulgencia de Sócrates hacia sus adversarios —dice—no proviene de una llama de caridad como el perdón de Cristo á sus verdugos; más que un sentimiento del corazón, es un juicio de la inteligencia; por eso se mezclaba con su juicio una ironía, á veces altanera.» No otra cosa puede decirse de su muerte. Verdadero «mártir de Dios», según le llamaron después algunos Padres de la Iglesia, murió como había vivido, marchando por el camino «que conduce á la feliz mansión de Dios á las almas que se han conservado puras, y que en cuerpos humanos han llevado una vida divina.» Todo esto es muy bueno, pero ¿qué vemos, no obstante? Que Sócrates murió como un sabio, pero Jesucristo murió como un Dios. Esto es lo que Rousseau proclamó en frases que pueden repetirse todavía hoy, que nada han perdido de su actualidad, á pesar de haber sido frecuentemente citadas por los apologistas cristianos. «Cuando Platón—decía Rousseau—pintó su justo imaginario, cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todo el precio de la virtud, pintó á Jesucristo con sus rasgos más salientes. Tanta es la semejanza, que todos los padres de la Iglesia lo han echado de ver, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupación, qué ceguedad no es preciso tener, para comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia entre uno y otro! Sócrates, muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene hasta el fin su papel; y si esta muerte fácil no hubiera dado honor á su vida, se dudaría si Sócrates con todo su espíritu había sido más que un sofista. Inventó, dicen, la moral; pero otros la habían practicado antes, y él no hizo más que predicar lo que éstos habían hecho. ¿Dónde, empero, había aprendido Jesucristo entre los suyos esa moral pura y sublime de que él sólo dió lecciones y ejemplo? Desde el seno del más furioso fanatismo se deja oir la más alta sabiduría y la sencillez de las más heróicas virtudes con que honró

al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que se puede desear: la de Jesús, espirando entre tormentos, injuriado, escarnecido y execrado de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso envenenado, bendice al que se lo presenta llorando. Jesucristo, en medio de un suplicio horroroso, ruega por sus enemigos más encarnizados. Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios.»

La filosofía aplicada á la vida del hombre nos habla de moralidad en las costumbres y en las relaciones sociales, de justicia en las leyes é instituciones, de sociabilidad, dentro siempre de los límites de la razón natural. La religión refiere la razón primera y la suprema ley de todo esto á la divinidad, considerada por ella como la causa más ó menos mediata ó remota de la moral, de la legislación y hasta de la potestad legislativa *(derecho divino)* (1). La conformidad con la voluntad del soberano en lo temporal es el principio formal, la base de toda política religiosa.

Recordemos ahora, aunque rápidamente, los límites de la ciencia en sus relaciones con la fe. Muchos se figuran en nuestros días, y tienen por conclusión de la ciencia, que ésta ha resuelto positiva y definitivamente el enigma del universo. Pero, en realidad, su solución no ha sido una demostración, sino una explicación, que está muy lejos de satisfacer las exigencias lógicas de la razón humana. La edad moderna, pese á sus decantados adelantos, no ha hecho más que empujar más allá en el espacio el límite del misterio, sin perjuicio de volver á encontrar el muro demasiado cerca aún. Bien dice Spencer: «Los que suponen que la ciencia disipa las creencias religio-

(1) Hay algo de pueril en suponer que el principio de que todo poder social viene de Dios es sólo una idea introducida por el Catolicismo en los estados católicos para sus fines. En todas las religiones primitivas vemos esa idea, y aun en las religiones históricas, si exceptuamos acaso la de Confucio.

sas, parecen ignorar que todo lo que pueden quitar de misterio á las concepciones antiguas, lo transfieren á las nuevas. Aun cabría afirmar que, pasando el misterio de las antiguas á las nuevas, viene á ser más profundo. En efecto: la ciencia substituye á una explicación que parecía probable, otra explicación que no hace más que colocarnos un poco más lejos, y desde allí ponernos en presencia de un hecho inexplicable» (1). Es decir, que la ciencia será siempre impotente para reemplazar á la religión, y el sentimiento religioso aumentará por efecto de los progresos científicos, que si en el terreno de los hechos, de las leyes generales y de las causas de carácter particular sirven para esclarecer el problema del mundo, en las cuestiones de principio y de fin sólo sirven para poner muy de manifiesto la espantosa miseria de la razón humana. Esto no impide que la armonía de nuestras creencias tradicionales y de nuestros conocimientos siga constituyendo una dificultad casi insuperable, siendo, v. gr., tan imposible como ridículo conciliar nuestra fe con los descubrimientos de la ciencia crítico-arqueológica, denominada hoy día historia de las religiones, pues un estudio semejante no puede emprenderse sin dejar á un lado todo prejuicio dogmático, por muy querido y consolador que sea para nuestra alma (2). ¿Acaso es la ciencia

(1) Collins: *Resumé de la philosophie de Spencer,* I, 1.

(2) Para juzgar el método ineficaz con que intenta la teología imperante en esferas altas armonizar la revelación y los descubrimientos modernos, voy á copiar lo que se dice en un notable trabajo de polémica religiosa, y es como sigue, firmado por el abate Ansault: «El símbolo que denominamos *cruz* es muchos siglos anterior á Jesucristo, porque de otro modo la humanidad antigua, los romanos del tiempo de Claudio y de Tiberio, no hubiera consentido en venir á ponerse de rodillas ante los crucifijos. Suponiendo que se hubiese recibido de improviso el anuncio de este inefable misterio de la redención, la sociedad pagana, en su egoísmo, no hubiera creído en él, y el Mesías crucificado hubiera permanecido, como en la primera hora, cual un escándalo para los judíos, cual una locura para los griegos. Por eso Dios, desde el principio, había dispuesto la preparación de los hombres para la fe por un uso *(¿inconsciente?)* de

otra cosa que la representación, cada vez más perfecta, del mundo fenomenal, y en tal sentido la confirmación viviente y la corroboración negativa de la existencia de otro mundo que se escapa al formalismo de la inteligencia? Así es como los progresos científicos, cuanto más se acercan al conocimiento del universo, más ponen en evidencia la distancia que media entre la menguada facultad del razonamiento y el fondo íntimo de la existencia infinita, de la vida universal. «No hay que dudarlo, exclama un gran escritor español (1), lo que la ciencia puede darnos son las relaciones de las cosas bajo el imperio del tiempo y del espacio; pero jamás nos dirá su esencia. Para que supiésemos algo de ella, menester sería que se transformasen nuestras facultades de conocer. ¿Y por qué no hemos de dejar que se transformen? ¿Por qué no hemos de prescindir de la razón y prestar asenso á los presentimientos de nuestra alma, á la voz interior que nos explica de un modo claro la esencia divina del Universo? La razón no nos dice por qué es hermosa la puesta del sol en el mar. ¡Y, sin embargo, es hermosa! La razón no nos dice por qué San Juan de Dios

---

prácticas religiosas, entre las que el signo del crucifijo rudimentario y la inmolación de las víctimas eran como la profecía grandiosa del divino sacrificio del calvario.» El libro lleva por título *El culto de la cruz antes del Cristianismo*. ¿Qué idea tendrá de éste el que así escribe? Porque si á causa de las dificultades que el endurecimiento de los gentiles en sus idolatrías presentaba á la adoración del leño santo gastó Dios cuarenta siglos en *preparar* al género humano para obra tan singular é importante, hay que quitarle á Dios su omnipotencia, pues maldita la falta que le hace. ¡Está bueno! Hemos probado siempre que nuestra religión es divina, porque se ha propagado sin precedente histórico inmediato en una época de ignorancia religiosa y de depravación general, y ahora el abate Ansault nos asegura que no hay tal cosa, que Dios «nada hace bruscamente», que «prepara las transiciones». Esa es la lógica de muchos teólogos. Tertuliano llamaba á la veneración de la cruz por los paganos una *invención del diablo* para turbar á los cristianos y entorpecer los progresos de la fe; y el abate Ansault se atreve á considerarla como una disposición de la Providencia para la más fácil aceptación de la fe por el gentilismo.

(1) Palacio-Valdés: *La fé*, c. XIII, p. 376.

es sublime abrazándose á los leprosos. ¡Y, sin embargo, es sublime! ¡Ah, sí! Por encima de este conocimiento vulgar que nos esclaviza á la materia, hay otro que nos emancipa. Los ojos del cuerpo no penetran en la intimidad profunda de los seres; pero la fe no necesita ojos: la pintan vendada. No sólo poseemos una razón que nos explica la apariencia de las cosas: existe también en nuestro espíritu una revelación constante que las ilumina por dentro. ¿Por qué hemos de desechar esta revelación? ¿Por qué hemos de cerrar los oídos á los suspiros de nuestra alma? Esta revelación es el tesoro más precioso con que hemos sido dotados. Gocemos de él, recobremos la libertad y respondamos al llamamiento de lo que hay en nosotros de divino. Extranjeros en este mundo y sometidos á su necesidad, debemos sacudir su yugo y romper los lazos que á él nos unen, para distinguir lo que hay en nuestro ser de temporal y lo que hay de eterno. Si llevamos en nuestro cerebro las formas eternas de los objetos, es que somos superiores y tenemos una existencia independiente de ellas. Esta existencia es lo único que hay en nosotros de real; lo demás es pura apariencia, y como ha nacido debe morir. Vivamos, pues, esa vida inmortal y libre: conozcamos *directamente* la virtud eterna que se oculta detrás de este Universo.»

Entonces será supérfluo escribir unos *Explendeurs de la foi* como Moigno para conciliar cosas inconciliables. Aunque es verdad que son pocos los que poseen ese como complemento de la naturaleza humana, característico de los que hoy se llaman «super-hombres», ya es tiempo de que la religión se justifique, más que por la razón, por el sentimiento de los corazones. La creencia es de Dios al hombre. La sabiduría del mundo al pensamiento (1). Todavía no está esta última bas-

(1) «El que tenga miedo de llegar hasta las últimas consecuencias, escribe á este propósito Moleschott, no debe investigar, sino que debe limitarse á creer. Si la fe y la ciencia son dos cosas á las que no cabe suponer en armonía, es precisamente porque tampoco cabe suponerlas en hostili-

tante adelantada para que sea posible formular un juicio sobre sus relaciones concretas con la primera, así como sobre los límites exactos de ambas. Hay, sin embargo, algo en que no cabe dudar, y es que, por su carácter la fé individual, nada tiene que temer de los progresos de la razón. Si se pretende que no hay órgano superior alguno destinado á lo que tiene su pleno fundamento en la voluntad, convendrá explicar ante todo cómo puede la mente ponerse en posesión de lo que el discurso no alcanza, según reconoce el mismo Santo Tomás. Me parece que Wagner comprendió la cosa mejor que Santo Tomás, al sostener que la religión es objeto de la fe y la fe un don de Dios, con y por el cual se le muestra al hombre un nuevo camino para conocer los misterios eternamente velados al raciocinio. Analogías tomadas de la historia del saber, ponen de relieve esta diferencia entre los medios propios de nuestra naturaleza racional y los que por la divina gracia se nos otorgan. Sin que yo entienda que cada progreso científico arrebata á las religiones una guarida, un fuerte, una defensa, soy de los que opinan que el creyente sincero que no guste de hacer intervenir sus creencias en cosas de ciencia, debe empezar por dar á ésta el dominio íntegro de la reali-

---

dad. En efecto, el que hoy se consagra á la ciencia y mañana á la fe, no es en ninguno de los dos casos un hombre idóneo para semejante lucha. Entre el hombre que cree y el hombre que investiga, no puede haber ningún choque porque los dos siguen caminos diametralmente opuestos.» «La fe y la ciencia, dice también Büchner, son dos mundos distintos, y si nuestro método nos impide admitir lo que ignoramos, no tenemos derecho á imponer á los demás nuestras convicciones. Sea cada uno dueño de traspasar los límites del orden visible de cosas, buscando fuera de él un poder absoluto, un Dios personal, un alma del mundo, etc. La fe tiene raíces en disposiciones del alma inaccesibles á la ciencia. Es indudable que el estudio de la última va venciendo al de la primera, pero aún le queda á ésta mucho terreno que explorar. Y hay más: no sólo terminan las indagaciones del hombre en límites más allá de los cuales puede comenzar la creencia, sino que no parece tampoco imposible separar la fe de la ciencia dentro de la conciencia individual.»

dad, excluyendo, empero, dos cosas: una causa primera y un fin último del mundo. «Dios, dice Vogt, es el límite movil colocado en la escala del humano saber, límite que va retrocediendo á medida que la ciencia avanza.» Esto es exacto; pero la frase es un proyectil que no hiere á la religión, sino á los que en nombre de la religión ponen límites á la ciencia. Vogt formuló de un golpe, si bien no á sabiendas, la verdadera teoría de las relaciones entre la fe y la razón al escribir aquellas palabras. Su proposición es inatacable si se examina con detenimiento el alcance que en realidad tiene. El hombre antiguo creía en la intervención de fuerzas sobrenaturales en el origen y conservación del mundo, y los sacerdotes, disponiendo como siempre de los rayos celestes cual si Dios les hubiera dado á ellos la llave, contribuyeron á aumentar esa *superstición transcendental* que niega la necesidad de las fuerzas físicas y ve en todo la influencia de poderes invisibles. Los vientos de la ciencia han ido talando todas esas selvas mitológicas que la fantasía de los primitivos pueblos poblaba de espíritus y dioses. Pero jamás tan continuado vendaval ha conseguido extremecer ni conmover el Dios que dirige y contiene el todo. Desplomada la poderosa virtud de los genios y de los monstruos, siempre restan un principio de creación primitiva y una ley de destinación universal. Mas como al mismo tiempo la esencia de ese poder que se manifiesta en el universo es absolutamente inaccesible al conocimiento, si la fe y la razón han de reconciliarse, fundamento de la reconciliación debe ser la incognoscibilidad actual de Dios como objeto del afecto religioso. Luego no hay ciencia de lo sobrenatural; ni pruebas posibles á favor de su creencia; el pensamiento y las reflexiones no son ya sus medios, ni la contemplación, el éxtasis y la mística sus fines, sino efectos de tener el hombre facultades limitadas é infinitas aspiraciones. Región de misterios, de enigmas, de sombras y de arcanos, la religión exige ante todo humillación intelectual. Consumar sinceramente esta humillación es religiosidad, y todo lo demás es irreligiosidad y arro-

gancia antropomorfística, cándida á veces, pero funesta al cabo, aunque se cubra con el nombre de religiosidad. Querer saber algo de la majestad divina es ser impío, ó como nota Spencer: *Muchos libros podrían escribirse sobre la impiedad de los que temen á Dios.* De este modo el problema abstractamente puesto por Santo Tomás de las relaciones de la ciencia con la fe queda reducido al problema concretamente fijado por Coquerel de las relaciones de la *conciencia* con la fé. No lo dudéis, lectores: la conclusión indudable de una teoría de la creencia es este hecho, el más profundo, universal y cierto de todos: que en donde la fe comienza, la ciencia termina.

Pero, como paréntesis que interesa á nuestro fin, notemos que la fe no es, como parece pensar Santo Tomás, una pasividad hija de evidencias objetivas, sino una actividad hija de convicciones subjetivas. La definición de San Agustín, aprobada por Santo Tomás: *fé es certeza á lo que no se ve ó adhesión y confianza en ello,* expresa un aspecto de la creencia, no su fondo verdadero. Si quitamos á la fé sus razones personales y sus elementos activos, confundiremos la ciencia con la conciencia y quitaremos á la última todo poder autonómico y voluntario en la regulación de nuestros actos y en la dirección de nuestros deseos. Para evitar semejante error hay que devolver á la fé la significación activa y viviente que tuvo en su principio.

Por lo demás, en las lumbraciones teológicas de Santo Tomás hay seguramente una parte aceptable y legítima, como es, por lo menos, la parte de método, tomada en principio. Si desde este respecto miramos las consecuencias intransigentes y exageradamente dogmáticas á que llega al final de sus indagaciones, se observa en ellas que les falta siempre lo único que podría justificarlas, lo único filosófico y cristiano: una ampliación subjetiva y moral. Santo Tomás no se dió cuenta de que el principio interior de la actividad que reside en nosotros es moralmente sagrado, aunque en sus particulares relaciones con la verdad se aparte de la naturaleza real y pro-

funda de las cosas. Por el contrario, todas sus insinuaciones tienden á establecer que el uso más noble de la libertad humana consiste en sacrificar voluntariamente nuestra razón en obsequio de la fe. Según él, la herejía, es decir, el pecado intelectual, no es más que la elección hecha por el espíritu individual, en lugar de la aceptación obligatoria de las tradiciones y de la autoridad católica.

Se ve cuán religioso es el sentimiento que anima esta doctrina de Santo Tomás, á la que tanto han acudido los sobrenaturalistas modernos para justificar sus tremendas negaciones filosóficas. Con todo, justo es observar que de ordinario se achaca á Santo Tomás más de lo que dijo. Fue, como buen católico, enemigo de que se antepusiese de una manera formal la razón á la fe, y prefirió el método de San Anselmo al de Roscelino y al de Abelardo; pero de hecho y realmente esprimió cuanto pudo, con el descabellado intento de hacer brotar las aguas de la creencia, el cisquero de piedra de su especulación: *ex pumice aquam*. Hallábase tan dominado por el formalismo dialéctico y la obsesión de probar científicamente los llamados «preámbulos de la fe», que los conceptos más notables y las opiniones más importantes que hoy sus discípulos le señalan, son aquellas en que más claramente se descubre su criterio anti-sentimental y anti-prasológico. En una palabra, antes tienen derecho los racionalistas modernos á considerar á Santo Tomás como uno de sus precursores, que los cristianos á ver en él un creyente verdadero. Me sería fácil multiplicar los testimonios en apoyo de esta afirmación: sólo citaré uno tomado de la *Histoire des ouvrages des sages*. En el año de 1701 los padres del oratorio de Vendome sostuvieron en una tesis esta proposición: que según Santo Tomás, la existencia de Dios no es ni puede ser concerniente á la fe: *Dei existencia ne ad fidem attinet, nec attinere potest juxta sanectum Thomam*.

Convengamos en que este racionalismo era mucha filosofía para la Edad Media; pero hay algo más interesante y es que,

en sentir de Santo Tomás, los tales *praeambula fidei,* sin dejar de ser demostrables por la inteligencia, entran en el amplio cuadro de la revelación. ¿Se quiere saber por qué? ¿Se pregunta á qué causa obedece tan en apariencia inutil anomalía? La explicación es sencilla, responde Santo Tomás. Para que esas verdades que son accesibles por la vía de la demostración imperasen de una manera igualmente exacta en todos los entedimientos, se necesitaría cierto grado de cultura y de buena disposición moral que sirviera de punto de partida á la razón y á la voluntad. ¡Considérese ahora el espíritu negativo de los sabios incrédulos, ó el sentimiento malévolo de los corazones pervertidos, ó sólo el estado intelectual de la inmensa mayoría de los hombres! ¿Habrán de llegar, cuando hasta el tiempo les falta, al conocimiento de esos principios superiores, sin incurrir en equivocaciones lamentables, como nos muestra la experiencia? He aquí por qué Dios, en su infinita previsión, dispuso que aun en aquellas cuestiones de carácter más filosófico que teológico fuese fijado por el dogma lo sustancial de las ideas. *Salubriter ergo divina providit clementia ut ea etiam quae ratio investigare potest, fide tenenda praeciperet, ut sic omnes de facili possint divinae cognitionis participes esse, et absque dubitatione et errore* (1). Con todo, el método de que la mente se sirve para afianzar semejantes ideas no se diferencia en nada del que emplean todas las ciencias especulativas, puesto que echa mano del razonamiento combinado con los axiomas de la metafísica y de la lógica.

Santo Tomás explicó de una manera plausible la relación puramente negativa de la credibilidad de los dogmas con su realidad objetiva. No se trata de demostrar por la ciencia lo que no le pertenece y está fuera de ella: se trata sólo de saber si sus conclusiones y las conclusiones de la teología conservan aquella armonía de no oposición tan distinta de la identidad. Según Santo Tomás, en esto de los misterios, una cosa es la

(1) *Cont. Gent.*, l. I, c. 4.

obscuridad y otra la contradicción. La razón no puede ser aquí más que auxiliar, y tomarla como principal guía, como primer actor, es invertir el orden y dar al traste con ella, y con la revelación, sometida *contra jus* á baja é innoble servidumbre. Así como no debemos admitir de lo inexplicable del mundo sobrenatural sino lo necesario para la economía del orden de la gracia, tampoco debemos emplear en la confirmación de este orden el de la naturaleza sino en muy contados casos. En suma: en materia religiosa hay que adorar lo incomprensible y desechar lo absurdo (1). De este modo reduce Santo Tomás la misión del apologista cristiano ante el racionalismo radical á probar que las verdades dogmáticas no son intrínsecamente contradictorias, con lo que cree tener derecho á añadir que son realmente verdaderas. Pero ¿por qué, cabría replicársele, ha de poseer realidad una cosa por el mero hecho de no repugnar al pensamiento? Aquí Santo Tomás emplea todos los recursos de la criteriología teológica, tratando de demostrar la realización de lo sobrenatural en el mundo, terreno escabroso adonde no hemos de seguirle y cuya exploración nos haría salir de los límites de nuestro objeto. Conocidas son las aplicaciones que Santo Tomás hizo de aquellos principios á la hermenéutica y á la exégesis. Todo su conato fue demostrar que entre el sentido de los textos sagrados y el alcance de los descubrimientos científicos existe una analogía indubitable. No creía más que para razonar y dar cima á la obra de hermanamiento y de concordia que tenía la persuasión de cumplir.

Tal es el sobrenaturalismo armónico de Santo Tomás, y no puede negarse que representa y constituye el más poderoso esfuerzo hecho por la ciencia medioeval para establecer una conciliación duradera entre Aristóteles y el Cristianismo. La principal originalidad de Santo Tomás está en haber creído

(1) Víctor Hugo se hizo solidario de estas ideas desde un punto de vista aún más amplio al hablar de «defender el misterio contra el milagro».

que la filosofía humana y la filosofía divina pueden y deben armonizarse, y que la revelación no tiene por objeto aniquilar la razón, sino completarla. Este punto de vista era nuevo en la Edad Media y coloca á Santo Tomás muy por encima de los demás filósofos de su tiempo, que querían absorber en la teología todas las ciencias. El platónico Gante era enemigo de todo estudio que no fuese sagrado, que no tuviese carácter sacerdotal; á su entender, debería reprobarse el cultivo de la filosofía, siempre que se encaminasen sus investigaciones al conocimiento inmediato de la verdad ó realidad de las cosas: *propter scire natura rerum,* como taxativamente dice. Lulio se esforzó en dar carácter práctico á todas las ramas del saber (1) y censuró á los teólogos y paladines de la dialéctica abstracta que se entretuvieron en disputas estériles, en lugar de ocuparse en convertir infieles; pero, con ser entre los escolásticos el que más preferencia dió á la filosofía experimental, no aconseja á su hijo que se dedique á la geometría, aritmética ni astronomía, porque ocupan el entendimiento del hombre, *que debe amar y contemplar á Dios.* Abelardo, desde otro punto de vista, había hecho inconscientemente aplicación de estas ideas al subordinar todas las ciencias á la de la divinidad, y tal conducta aparece justificada en el tratado de San Buenaventura *De reductio artium liberalium ad theologiam.* Santo Tomás, por el contrario, concede y consigna á la razón un puesto honroso en su sistema y la invoca con demasiada frecuencia á veces. Encuentra en el espíritu humano una luz natural para percibir la verdad y guardándose de apagarla, la esclarece aún más por la revelación, sobre la que está fundada su filosofía. Y el mismo de quien se cuenta que necesitaba confortar su espíritu con la lectura de la vida de los santos para que no le hiciese perder su piedad el continuo manejo de los libros de los pensadores paganos, acepta y depura el saber

(1) Boerhaave, el célebre químico, presenta á Lulio como modelo de observación é investigación científica.

gentílico para hacerle respirable, potable y comible para los espíritus creyentes, y lo concuerda con la religión ó con la teología, que es su ciencia. El defecto de Santo Tomás consistió en ser más racionalista que místico, y su principal error estuvo en haber supuesto que todo lo que no cae bajo la esfera de la fe, es demostrable y puede ser objeto inmediato de investigaciones de la razón. Haciendo de la metafísica una ciencia extraña á la moral, y de la moral, sin embargo, una consecuencia de la metafísica ó un arte basado en la mera razón, Santo Tomás ha acercado la filosofía á las demás ramas del saber por su método, pero la que él presentó carecía de solidez, pues la metafísica no puede construirse con la sola ayuda de la experiencia y de la lógica, como la física y la geometría, antes al contrario, necesita ser aceptada y justificada por los ideales prácticos de la voluntad. Para hacer de la metafísica una ciencia teórica y no una ciencia basada en la ética, no basta hacer ver que hay verdades abstractas á las que cabe llegar por el camino de la especulación pura: se necesita demostrar también que nuestro ideal filosófico de la realidad está más conforme que el empirismo sacado de las observaciones á la naturaleza de las cosas, y esto fue lo que no hizo Santo Tomás, como no lo habían hecho tampoco sus predecesores. Filósofos más místicos ó menos racionalistas contribuyeron en el corazón de la misma Edad Media á llenar este vacío de la filosofía tomista, haciendo de la razón una facultad subordinada á la voluntad, no para producir de esta suerte el aniquilamiento, sino el exaltamiento de la fe y de la verdadera revelación.

En cuanto á la argumentación que la ortodoxia oficial aduce en el terreno de las ciencias naturales, trayendo á colación las opiniones y simpatías de los hombres de ciencia que en los últimos tiempos vienen apoyando la revelación en un sentido sobrenaturalista, no la creo de más valor que la fundada en la autoridad de Santo Tomás. Preciso es distinguir tiempos y circunstancias. No basta que los grandes sabios del

siglo XVI fuesen religiosos para probar por la ciencia la verdad de la religión. Puede que Newton sea más grande que Laplace; puede que Linneo sea más grande que Darwin; pero no es él quien dirige nuestro pensamiento. Si la ciencia ha de hacerse religiosa y la religión científica, conviene que esta última se atenga en lo posible á los adelantos y descubrimientos de la primera.

La consecuencia capital que de los principios sentados debemos deducir, es opuesta á la que tienen por costumbre deducir los positivistas contemporáneos. Formula su parecer el Dr. Plaza, escribiendo: «En otro tiempo, las sociedades se forjaban con dogmas. Según se concebía el Olimpo, así se organizaba la ciudad. Hoy los dogmas tienden á dejar lugar á la ciencia. ¿Qué resulta de ello? Que ayer la ciencia constituía solamente el noble recreo de algunos hombres acomodados; hoy es el manjar de poblaciones enteras. En otro tiempo para darse cuenta del estado más ó menos avanzado de una nación, lo mejor era informarse de sus creencias religiosas; hoy basta preguntar cuáles son sus grandes hipótesis científicas.» En el mismo tono cantan y recantan muchos materialistas.

Fácil es al lector hacerse cargo de las inexactitudes en que el Dr. Plaza hace reposar sus afirmaciones. En primer lugar dice que *para darse cuenta del estado más ó menos avanzado de una nación en la actualidad, basta preguntar cuáles son sus grandes hipótesis científicas*. He aquí la primera inexactitud; porque las «grandes hipótesis científicas» no son el producto de una nación, y hoy, con el internacionalismo intelectual y la división del trabajo, menos que nunca: son el patrimonio del género humano. En nuestros días se ha hecho cuestión de patriotismo la religión, la política y hasta el arte, pero no la ciencia. Por otra parte, ni el estado de un país tiene con la ciencia más relaciones que las que tiene con la moral y con todos los elementos sociales, ni la ciencia se puede nacionalizar, como no se puede individualizar en sentido determinado y de una manera propia. «Un niño cree que puede coger la luna

con las manos, sin que por ello disminuya el valor de la ciencia; porque ésta no se reduce al saber de un niño, ni al de un hombre, ni al de un pueblo, sino que es el saber de la humanidad. No es el saber de Aristóteles ni de Galeno, ni el de Newton ó Cuvier; no es tampoco el saber del siglo XIX, ni el de una época determinada» (1). «Es propio de la ciencia ser *impersonal*... No es patrimonio de Platón, de Aristóteles, de Agustín ó de Leibnitz: es patrimonio de la humanidad. Y si Platón ó Leibnitz han mezclado á su ciencia alguna cosa demasiado personal, muy particular de su genio propio, en esto precisamente se han engañado de ordinario... La ciencia no vive, no se afirma, no se desenvuelve sino por comparaciones. Una idea no tiene valor sino cuando ha sido examinada, comprobada, adoptada por un gran número de espíritus. Los hombres de genio no tienen sino un privilegio, el de encontrar más fácilmente las nuevas ideas» (2).

La religión, por oposición á la ciencia, es ante todo individual, y sin embargo, su trascendencia á la sociedad es inmensamente mayor. Esto depende de sus mayores relaciones con la moral.

En mi sentir, los sucesivos fracasos de cuantas tentativas para conciliar la revelación y la razón se han hecho hasta hoy, depende, más que de nada, del equivocado concepto que de ambas tienen la generalidad de los pensadores. Confundiendo la revelación de una secta determinada, que es temporal y excepcional, con la verdadera revelación divina que nace de la directa relación del hombre con Dios, con la verdad religiosa, que es de suyo universal, se ha podido acudir á una intervención sobrenatural de la divinidad en el origen de la naturaleza humana. Nosotros, sin embargo, no tenemos necesidad de semejantes medios. La revelación no es una ampliación artificial de la razón, es la razón misma. Ver en ella una aparición pasajera de la Divinidad, creer que el Creador ha agotado su

(1) Moleschotl: *Kreislant des lebens*, c. II.

(2) Domet de Vorges: *Essai de metaphisique positive*.

poder en épocas pasadas, suponer de buena fé que Dios se ha mostrado una vez al hombre para no mostrarse jamás, sería absurdo y temerario. El Sér Supremo vive siempre en nosotros, y adquirir conciencia de lo divino es sentirlo, realizarlo, reconocerlo en nuestra propia conciencia.

La conciencia del hombre es una revelación perpetua, sostenida por la persistencia de las primeras verdades de la razón. En sus propias luces ve lo divino como una realidad inalterable. Sólo considerándola como un hecho universal y permanente, puede explicarse su inmediación y su posibilidad. En cuanto á su confirmación y su subsistencia, está en su misma generalidad espiritual. Hállase, en efecto, muy arraigada en el espíritu humano para que se pueda temer perderla. Sin embargo, si ha de manifestarse según su propia ley, preciso será que evite, como en lo antiguo, exponer los símbolos en misterios. Ella, que ha sido la que ha favorecido y ayudado en parte en los tiempos pasados el desenvolvimiento intelectual de la humanidad, ella será también la que en lo porvenir la guíe hacia un mundo superior de paz, respecto al cual no es la tierra sino un lugar de preparación y de lucha (1).

---

(1) El que desee más ampliación acerca de este punto, puede consultar las muchas obras que sobre el particular ha producido la pluma de los más ilustres pensadores europeos. Entre otras varias, recuerdo las siguientes: Moigno, *La foi et la science.*—Leonhardi, *Religion und Wissenschatf.*—Wagner, *Wissenschatf und glaube.* — Vogt, *Köhlerglaube und wissenschatf.* — Schelling, *Philosophie und religion.* — Feuerbach, *Philosophie und Christhentum.*—Maret, *Philosophie et religion.* — Wisseman, *Conferencias acerca de las relaciones entre la ciencia y la religión revelada.*—Raulica, *La raisson philosophique et la raisson catolique.*—Segur, *La foi avant la science moderne.*—Rodrigo, *Los principios católicos ante la razón.*—Almeida, *Armonía de la razón y de la religión.*—Sala, *Influencia del Cristianismo en las ciencias.* — Draper, *History of the conflic betwen religion and science.*—Smhed, *La Iglesia y la ciencia.* — Ortí Lara, *La ciencia y la divina revelación.*—Nicolás, *La raisson et l'Evangîle.* — Rubio Ors, *Supuestos conflictos entre la religión y la ciencia.* — González, *La Biblia y la ciencia.*—Zahm, *Bible, science et foi.*—Mir, *Armonía entre la ciencia y la fe.* — Comellas, *Demostración de la armonía entre la reli-*

La filosofía no establece, por lo tanto, un abismo infranqueable entre la ciencia y la fe. A condición de que esta última deponga sus pretensiones sobrenaturalistas, la primera reconoce su derecho á existir. La fé es la fuerza total expansiva del alma, lo que los alemanes han llamado con cierto sentido restringido *gemuth,* y sin ella, la unión de lo espiritual y de lo sensible no puede realizarse de un modo franco y verdadero.

La ciencia misma requiere fé, creencia en lo no comprobado; *fe científica,* que es la condición del progreso de todo conocimiento. «El hombre—dice Goethe—debe creer con firmeza que la incomprensibilidad se hará comprensible: sin ello, cesará de escrutar.» La religión, á su vez, necesita de la ciencia. «No se ha reconocido hasta hoy—escribe acertadamente Lubbock (1)—el inmenso servicio que ha prestado la ciencia á la causa de la religión. Muchas personas excelentes, pero de espíritu estrecho, miran aún la ciencia como hostil á la verdad religiosa, cuando en realidad no lo es sino al error religioso. Es indudable que siempre se ha opuesto á los que sostienen afirmaciones contradictorias, escudándose en el misterio, y á cuanto no sean las concepciones más elevadas del poder divino. Pero se acerca la hora en que todos reconocerán que, lejos de ser contraria á la religión, la verdadera religión es imposible sin la ciencia; y si consideramos los varios aspectos que ofrece el Cristianismo en las diversas naciones que lo profesan,

---

gión y la ciencia.—Cornoldi, *La conciliación de la fe católica con la verdadera ciencia.*—Pulido, *Armonía entre la religión y la ciencia.* — Laja, *Armonía entre la revelación y la ciencia.* — Malvert, *Science et religion.* —Ruchet, *La science et le Christianisme.*—Barthelemy Saint-Hilaire, *De la philosophie au rapport à la science et à la religion.* — Heinrichs, *Religion und wissenschatf.* — Frohschanmer, *Christhentum und naturwissenschatf.*—Schmick, *Ein wissen furfeinen glaube, Kunis, Vernunft und offenbarung.*—Drossbach, *Die harmonie der ergebnisse der natur-forschung,* etc. Citemos, además, la revista alemana *Natur und offenbarung,* la italiana *Scienza et fede,* la antigua española *Razón y dogma* y la novísima *Razón y fé,* con otras muchas que sería prolijo enumerar.

(1) *Origin of civilization,* c. 7.

no podremos menos de admitir que la dignidad, y, por consiguiente, la verdad de las creencias religiosas de esos pueblos está en razón directa de su adelanto científico y de su conocimiento de las grandes leyes físicas que rigen nuestro universo.»

La mitología—y siento no poder desenvolver aquí este tema tan interesante—prueba que el origen de las primitivas religiones debe buscarse, no en el noble y elevado sentimiento del hombre actual que ha reconocido á Dios en el santuario de su alma, sino en el egoísmo puro, que se manifiesta bajo forma de temor en la adoración á los genios del mal, y bajo la forma del instinto ó deseo del bienestar personal y material en la creencia en divinidades benéficas. No cabe duda en este punto: ahí está la Historia para mostrar la exactitud de nuestro aserto. La religión que ha llegado á ser—y debe ser en realidad—la manifestación más sublime del espíritu humano, la expresión de relaciones superiores al arte, á la ciencia, al derecho y á la moral, fue en un principio el símbolo de las emociones más bajas de nuestro sér. De aquí han querido deducir los *científicos* modernos que la religión es una de aquellas instituciones puramente rudimentarias que, como otras muchas, ha pasado á la historia, y que no quedará para el porvenir más religión que la ciencia misma, en cuanto relación inmanente y positiva del hombre con el universo (del cual es fruto ó resultado) sustituída á la imaginaria relación de su espíritu con un Sér extra-físico. Parécemè que los que tamaño absurdo proclaman, no se han dado cuenta de lo que dicen; preciso es que les falte algo en el corazón ó en la cabeza, ó que su alma sea un témpano, para que quieran persuadirse á sí mismos de que el hombre no es más que inteligencia. En cuanto á la objeción sacada del *origen* supersticioso de las religiones, como prueba de su inconsistencia é insubsistencia, es un recurso tan pobre y miserable, que no se concibe cómo ha podido ser tomado en consideración por hombres que de pensadores se precian. Es, en efecto, una lógica que honra altamente á los partidarios de la CIENCIA, decir con aire de triunfo y de desdén:

Vedlo; la tendencia que arrastró á los hombres hacia esa religión que vosotros colocáis en la cima de los intereses de la humanidad en calidad de directora, no fue sino la ignorancia, la barbarie, la superstición, el deseo egoísta, el necio temor á lo desconocido. Tal es la última palabra de los sectarios científicos sobre el problema religioso. Ahora bien; aplicad ese razonamiento al *origen de la ciencia,* y veréis cuánto era el desinterés, la elevación y la grandeza de sus primitivos cultivadores. ¿Acaso no demuestra la sociología que en el comienzo de la humanidad todo era rastrero y limitado como el espíritu mismo del hombre? Las ciencias, y especialmente las que tienen por objeto el mundo visible, han nacido, más que del amor desinteresado de la verdad que hoy ostentan, de la influencia de las relaciones externas y de las necesidades físicas del hombre, que obligaron á éste á procurar, por todas las vías posibles, medios de subsistencia y comodidad conque contrarrestar su debilidad y su miseria nativas. Este hecho, que puede todavía observarse en los pueblos salvajes (1), donde las cien-

(1) No sólo en los países incultos, sino también en las tribus nómadas, en las clases bajas de nuestra sociedad europea, y en muchas naciones del Nuevo Continente se nota y presenta el sentimiento de repugnancia hacia los estudios de carácter especulativo. «Aquí, como en muchas comarcas de Europa—escribía Humboldt cuando viajaba por la Guyana—á las ciencias no se las juzga dignas de ocupar la inteligencia más que en tanto que pueden contribuir inmediatamente al bienestar de las sociedades. ¿Cómo creer—me decía un misionero—que hayáis abandonado vuestro país para venir á estas playas, exponiéndoos á ser devorado por los mosquitos, y para medir tierras que no os pertenecen?» «Nuestras costas—añade Spencer—ofrecen parecidos ejemplos. A orillas del mar no hay naturalista que no sepa con qué desprecio miran los pescadores las colecciones hechas con el microscopio y el acuario. Tal es su incredulidad sobre el valor que pueden tener, que con dificultad llegan por el cebo de la ganancia á conservarlos en lo último de sus redes.» Y sin acudir á testimonios ajenos, ¿quién no ha oído de labios de algún filósofo popular que la ciencia, sin aplicación, es estéril, y que es preciso que la teoría se deduzca de la práctica, y no ésta de aquélla? ¿Quién no comprende, por otra parte, que tal debió ser el modo de pensar del hombre

cias aparecen en su forma rudimentaria de artes, y artes útiles, es una de las razones más significativas que abonan la excelencia y superioridad de los estudios especulativos sobre los puramente experimentales. La mecánica estática tiene su origen en el arte de las construcciones, y ésta, á su vez, no nació sino de la necesidad que el hombre primitivo tuvo de levantar viviendas, donde poder preservarse de la acción de los elementos; las leyes de la balanza y la palanca sólo merced á los progresos del comercio y de la arquitectura pudieron ampliarse. Los primeros esbozos de la astronomía están en los trabajos hechos para fijar la época de las fiestas religiosas, enlazar las estaciones y determinar con arreglo á las necesidades agrícolas, industriales y sociales, una cronología basada en el curso aparente del sol. A las mismas matemáticas se las puede señalar un origen, no todo lo elevado que pudiéramos creer de primera intención, dado su carácter racional y deductivo. Nadie ignora que el álgebra apareció con mucha posterioridad á la ciencia de la extensión; que las reglas fundamentales de la aritmética se perfeccionaron gracias á la práctica de los cambios; que la geometría no fué en su principio sino una mera agrimensura, como su misma etimología indica; y que las inundaciones periódicas del Nilo, al borrar los términos ó linderos de los terrenos y heredades que había que volver á repartir, dieron margen á que en los egipcios se desarrollara la afición al arte de medir, y, por lo tanto, á los estudios geométricos. Todas las ciencias, en una palabra, aunque hoy noblemente penetradas de su ideal puro, que es la verdad, se han presentado en la infancia del género como manifestaciones del egoísmo y de las exigencias de la vida física.

Pues bien: la religión, de igual modo que la ciencia, que el arte, que la moral, si nació y deriva de la necesidad, cada vez

---

primitivo, puesto que aún se manifiesta en sus construcciones y en los monumentos que atestiguan sus costumbres? Podemos, pues, afirmar con Cicerón que el arte nació de la contemplación de la naturaleza, que la observación presidió al arte, y que la ciencia vino posteriormente.

acercándose más á la libertad bajo forma de fe; cada vez va mejor comprendiendo el principio de esta fe y sus verdaderas consecuencias en la vida, en la acción, en la práctica; á la revelación sobrenatural de sus antiguas formas va poco á poco sustituyendo esa revelación individual y social, por la que empieza á identificarse con el fondo de la realidad infinita, objeto de sus adoraciones. Esperemos que tan saludable evolución continúe hasta resolver en elevada síntesis los conflictos entre la inteligencia humana y sus divinas aspiraciones, y que la fé marche paralelamente á la ciencia hasta unirse con ella en el infinito. Así «se conocerá la verdad, y la verdad nos salvará».

En resumen: en el pensamiento de los sentimentalistas como en el de los intelectualistas, hay verdades de perdurable realidad, ideales esenciales á toda dogmática humana, algo que no negará religión alguna del porvenir. Pero el método sentimentalista, de igual modo que el intelectualista, no levanta la fe sobre la ciencia, sino sobre las ruinas de la ciencia. Por eso me inclino decididamente al método *prasológico*, que hace de la fe una relación de voluntad para conciliarla con la razón. Supuesta la definición que de la fé he dado: facultad de suplir con arreglo á las necesidades y á los ideales de la moral las lagunas de nuestro saber, bien se echa de ver que será tanto más perfecta cuanto menos se aparte de la verdad que está conforme con la moral. Queda, pues, reducida la fe á una esfera en que no es lícito á la ciencia penetrar sin rebasar sus límites. Este criterio podría aplicarse á la revelación evangélica y á la metafísica, y dar lugar desde luego á una organización más completa de toda la religión cristiana.

Edmundo González-Blanco.

CURIOSIDADES NUMISMÁTICAS

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LAS MONEDAS

Cuantas veces me ocupo en trabajos numismáticos, tantas otras el afán por la cultura patria, aguijonea mi espíritu llenándole de pena y despecho; que todo esto produce el ver cuán baldío se encuentra el campo de esta ciencia en lo que á España se refiere.

Extraña es en nosotros la apatía por estos estudios en los tiempos presentes. Cierto género de conquistas las hicimos, y por desgracia las dejamos perder; hay sin embargo, otras no menos dignas de nuestro carácter vigoroso, y sería imperdonable el que nos cruzáramos de brazos, soñando aún con lo que no tiene remedio. Estas son las conquistas de la ciencia arqueológica que tanto honor y gloria dan á los extraños.

Alguno arguirá que la aridez de estas ciencias, no se aviene con nuestra soñadora fantasía, ni menos con ese nuestro afán de hacer broma sobre lo que no nos conviene aprender.

No hace mucho, hablando á un amigo de mi propósito de vulgarizar la ciencia numismática, me decía con cierto gesto despreciativo: «Por más que apretes en el estudio de esa ciencia, sólo sacarás al fin de tu vida, la cabeza caliente, los pies fríos y las manos llenas de cardenillo». Yo creo que la profecía podría tener algún viso de verdad, si me concretase á repasar esa multiplicada serie de catálogos numismáticos, especie de letanías profanas, que con el juego de las palabras *anverso* y

reverso y otras pocas más, llenan volúmenes y volúmenes que agotarían de seguro la paciencia del español más cachazudo, si quisiera repasarlos así de secos como están: pero ni ese es mi propósito, ni es tal el camino por donde se puede atravesar este campo.

No pretendo hacer nuevos descubrimientos, ni dar noticias sensacionales; sólo quiero exponer á mi modo, mi peculiar manera de ver en las monedas, que tal vez difiera en algo de lo que otros han visto.

Es verdad, que veo en la numismática una como rama seca desprendida del árbol de la historia, pero esta sequedad me anima, porque entiendo que del palo seco ya curado, y no del verde y sin formar, es de donde se sacan las obras de más duración y consistencia. Veo en mi salón de numismática un como cementerio de la historia; más no retrocedo ante sus tristezas, porque sé que en los cementerios es donde mejor se estudia la verdadera vida.

Quiso la Providencia, antes de traerme á este campo de estudio, llevarme por otros en que mi fantasia se espaciaba con sobrada holgura, y mi espíritu giraba en vertiginoso vuelo por extensiones sin límites; y esto, sin duda con el propósito de que al llegar aquí, no estrellara mi vista en unos gramos de metal acuñado, ni mi alma se amarrase definitivamente con las coyundas de cuatro líneas numismáticas. Por esto, en las primeras ojeadas que dirigí á las ciento cincuenta mil monedas del Museo Arqueológico, no ví piezas de metal exclusivamente, no: vi al mundo entero, resurgiendo ante mí para obsequiarme con el más grandioso espectáculo.

Al levantar una moneda de su sitio, parecíame levantar la losa de un sepulcro y ver salir de él llenos de vida, aquellos guerreros celtíveros con el escudo al brazo, lanza en actitud de acometer, y caballo á galope, que cualquiera puede ver examinando las monedas autónomas de España. Yo veía al Emperador romano sobre cuadrigas de leones ó caballos, entrar en el fragor de la batalla, ó recibir el aplauso de la victo-

ria; veía al águila real remontarse al cielo, llevando sobre sus alas á la Emperatriz ó Reina, que de este modo lega al porvenir una página viva de las altiveces de su corazón; veía en el correctísimo grabado de las monedas griegas, á una pléyade de génios, que llegaron al no más allá en las obras artísticas; veía en la ruda labor de las monedas visigodas, la feroz acometida de los bárbaros del Norte; y en los amontonados gurrapatos de las piezas árabes, el aluvión agareno que en pocos meses apenas dejaron un terrón español sin removerle en el nombre de Allah, veía .. que se yo lo que ví; y todavía lo estoy viendo y soñando, y precisamente eso es lo que quiero divulgar, para que mis compatriotas se animen á sacudir añejas y punibles indiferencias, y haciendo hincapié en terreno firme, puedan asomarse sobre la cumbre de los Pirineos, con el propósito de ver lo que en las naciones de allende se trabaja en estas clases de estudios, que no son áridos, sino al contrario muy amenos y gustosos, cuando se paladean en ciertas condiciones.

Solamente á sabios infatuados (si es que estas dos palabras caben en un concepto), he oído frases de desprecio para la ciencia numismática; los compadezco convencido de que su presunción les lleva hasta poner en práctica aquel vulgar adagio latino: «*Quod non intelligo nego*»; y efectivamente sólo el no entender, puede ser el origen de estos ridículos desprecios. Ninguna rama de la Arqueología es tan completa y transcendental como la numismática; porque al ocuparse de las monedas y medallas consideradas en todos sus aspectos y relaciones, arroja torrentes de luz sobre cien y cien mundos que pasaron con sus leyes, con sus artes, con su religión, con todo ese inmenso bagaje de cosas grandes y pequeñas que las generaciones necesitan al recorrer el camino de su vida.

Otras ciencias auxiliares de la Historia, se concretan á un punto determinado; la numismática recorre todo su campo y prueba con irrecusables datos el grado de prosperidad ó decadencia de los Reyes; el progreso de las artes; la riqueza de los pueblos; la fecundidad de los campos; todo, todo, hasta las ex-

cenas más familiares, más íntimas, como el peinado de la matrona romana, el vestido del guerrero, las crápulas de los Césares, las virtudes de los genios; de ahí que la numismática se pudiera definir: Ciencia que por medio de las monedas y medallas ahonda en la historia de los pueblos, poniendo patente á los ojos de los modernos la verdad escueta de lo que fueron los antiguos.

Siendo esto así, á una colección notable de numismática general, no puede con propiedad atribuírsele como á la historia el epiteto de espejo que refleja la vida pasada, sino el de calco fiel y vivo de una cosa que murió. La numismática no es una voz ó un eco, es una huella del paso de la humanidad por el mundo. Eckhel (1), el rey de la ciencia numismática, calculaba en setenta mil el número de tipos importantes representados en las monedas antiguas: desde entonces á hoy, y según cálculos modernos, pasan de setecientas mil las variedades (2) que representan las monedas conocidas, y cada variedad supone un dato nuevo y auténtico de la historia de las pasadas edades. Siendo esto una verdad palpable, ¿qué otra rama de la historia puede presentar setecientos mil datos, sin mentira, para servir al estudio? ¿Dónde podrá encontrar el espíritu humano más puntos de apoyo para hacer discurrir á su cerebro, sentir á su corazón, volar á su fantasía?...

No cabe, pues, duda, acerca de la importancia de la numismática, ciencia que abarca tanto, que en ella se encierra casi todo el mundo habitado, y de seguro que su misma extensión es la causa de que se la mire siempre á gran distancia, pues de cerca desvanece, ofusca, oprime; los que entran de lleno en su campo, deben ir armados con todas las armas que presta la energía humana; porque de allá adentro, entiendo que se debe salir sabio ó loco; por esto, muchos al dar los primeros pasos,

(1) Escribió á últimos del siglo XVIII.

(2) En el siglo XVI, W. Sazius anunció la publicación de 700.000 variedades.

tiemblan, deshacen el camino y se quedan mirando desde la puerta. Lleno está el mundo de aficionados á la numismática, pero numismáticos célebres, uno, dos, tres, pocos, muy pocos, como los Alejandros, Césares y Napoleones. El numismático que sea verdaderamente tal, necesita una facultad comprensiva tan avasalladora como la espada de aquellos guerreros.

Con la importancia de la numismática corre parejas su utilidad. Las estatuas y edificios de los antepasados que en tanto se estiman, encierran menos utilidad práctica que las monedas; porque el tiempo, avaro de su gloria, cada día va convirtiendo en ruinas lo que tiene de más glorioso, y así pocos monumentos de esta clase sobreviven á la acción destructora del tiempo que pasa; en cambio, las monedas resisten esta acción, dejando pasar sin inmutarse aquel que se contó entre la época de las Olimpiadas como si fuera el día de ayer.

Para consolidar la memoria, nada más útil que los estudios numismáticos. Al hombre ya formado á quien cueste trabajo reconstituir un período histórico, le garantizo el dominio completo de ese período, con el sólo hecho de hacerse cargo de las monedas que durante él se acuñaron.

El actual furor de coleccionar sellos, tarjetas postales, etc., con tener no poca utilidad, está muy lejos de la que resulta de coleccionar monedas, y hasta estoy por asegurar que esta manía por tales colecciones modernas, implica cierta degeneración y frivolidad de la raza: el mérito de las cosas estriba en su duración, no en su belleza actual precisamente; si así no fuera, la colección de gotas de rocío sobre diversas flores, sería la de más mérito en el mundo; pero estas gotas pasan pronto, y lo que así pasa, lleva siempre un sello de tristeza y desaliento. Fijándonos, pues, en el mérito que da la duración, apenas se encontrará colección que aventaje á la de las monedas, y resulta más útil lo que con provecho se puede usar por más tiempo. El insigne numismático Babelón (1), queriéndose des-

(1) *Traité de monnaies grecques et romaines.* Paris, Ernest Lerous, 1901.

cargar del complicado trabajo que supone la detallada enumeración de las utilidades de la numismática, presenta un ejemplo que reasume lo que necesitaría un extenso volumen. «Entre otras muchas ciudades—dice—que nos servirían para igual prueba, fijémonos en la ciudad de Efeso y estudiémosla con los solos datos que presta la numismática.

»Disponiendo cuidadosamente las monedas por orden cronológico, se puede seguir paso á paso la historia del arte en la capital de la Jonia; en ellas se ve palpablemente el origen de este arte, la época de su florecimiento y la de su decadencia; se pueden del mismo modo apreciar los dioses venerados en esta ciudad, como la Artemisa efesiana, y sus símbolos el ciervo y la abeja; Zeus y Apolo; divinidades alegóricas como el Dios del monte Pion, y los Dioses-Ríos, Caitro, Cenchrio y Marnas; igualmente, diferentes episodios de leyendas relativas al establecimiento de los jonios en el Asia Menor. Vemos asimismo á Coreso, fundador mítico del templo de Artemisa, y hasta á Heráclito, el filósofo de la melancolía.

»Para la historia política, se recorren en las monedas todas las fases por que atraviesa Éfeso, unas veces sufriendo la supremacía de Atenas ó la dominación persa, otras aliándose con Rodas, Cunide y Samos; tambaleándose en ocasiones entre la monarquía y la democracia; hiriendo en otras en nombre de Alejandro, de Sisímaco, de los Seleucidas ó de los Tolomeos; ora toma mal de su grado el nombre de Arsino y de Euridicea, ora recobra su nombre de Éfeso; en un tiempo, abre sus talleres en favor de los Reyes de Pérgamo; en otro, hace alianza con Mitrídates, y en fin, acoge en su puerto la galera que conduce al Cónsul romano que ha de imponerla leyes.

»Gran número de estos acontecimientos cuyo recuerdo existe en las monedas, sólo por ellas nos son conocidos.

«En el orden económico vemos en las monedas, que Éfeso adopta poco á poco el sistema asiático ó el fenicio, el rodio ó el ático, adaptando al valor de sus especies, las ventajas del comercio exterior.

»Nada habla la historia de las diversas alianzas comerciales de Éfeso, y sin embargo, por las monedas consta que esta ciudad se asoció para tal fin con Arado de Fenicia, con Alejandría de Egipto, con Cirica, Smirna, Mitiline, Pérgamo, Mesembria y otras muchas ciudades; y en las monedas se revelan las ligas hanseáticas de que la Edad Media no tuvo el secreto y cuya historia está por escribir.

»En cuanto á los anales municipales de Éfeso, vemos reconstituídas sus bases esenciales por la serie de Prytanos (1), cuyos nombres (cerca de cuatrocientos) constan en las monedas.

»Las monedas de Éfeso enumeran, además, la serie de Procónsules romanos de la provincia del Asia con la fecha de su cargo, y además el nombre dado á diferentes Magistrados locales, como el *grammatenus,* el *archirenus*, el *hierenus,* el *episcopos*, señalando la cronología de los textos en inscripciones donde estos personajes se encuentran mencionados.

»Y Éfeso—concluye el autor—no es una excepción, pues del mismo modo podrían recorrerse por las monedas muchas otras ciudades del mundo helénico, y de idéntica manera reconstruir su historia».

Sobre una diversión útil para que pueden servir las monedas, escribió una obra el inglés José Addison, traducida al español por Pedro Alonso O-Crouley (2); y este trabajo aunque es por su asunto demasiado acomodaticio, tiene, sin embargo, cosas que entretienen, y ayudaría á quien siguiera sus huellas á gastar el tiempo próximamente con la utilidad del que se divierte viendo representar comedias clásicas.

Describe, por ejemplo, el reverso de una moneda de Claudio I, que representa á la Esperanza en una mujer que marcha llevando una flor en la mano derecha y levantándose

(1) Nombre de ciertos Magistrados que entendían en asuntos criminales.

(2) Diálogos sobre la utilidad de las medallas antiguas, principalmente por su conexión con los poetas griegos y latinos.

el vestido con la izquierda teniendo la inscripción *Spes augusta*; y en vista de esto, Addison consulta los poetas antiguos y dice: Esta moneda coincide con la descripción de Ovidio. Met-Lib-1-en estos versos:

Cual si el galgo veloz entre barbecho
Ve la liebre ligera,
Él su presa confía,
Y ella su libertad á la carrera
Con gran duda porfía,
Y alcanzarla presume
Alargando á sus huellas el hocico,
Mientras ella cual presa se comprime,
Y burla el diente de que está mordida;
Así sucede al Dios y á la doncella,
Por esperanzas él, por temor ella.

El buen inglés concluye que no puede haber emblema más acertado para la descripción de lo que es la esperanza y el temor representados en este reverso, y luego lanza otros versos para explicar el emblema de la flor, y luego otros y otros, traducidos del mismo Ovidio con el mismo fin. En resumen: este señor Addison concretó los recreos de su vida sacando punta á los versos de los clásicos para redondear el estudio de las monedas. Vuelvo á repetir que me parece diversión útil para cierta clase de personas, aunque los ingleses crean, no obstante, de más utilidad el estudio estadístico de las monedas que pueden obtenerse de las minas del Transvaal, una vez conquistada la región.

Babelón, que dedica un extenso artículo á encomiar las utilidades de la numismática, dice en otra parte: «¿Qué testimonios literarios nos podrán hacer sentir mejor la revolución filosófica y moral que se operaba en la sociedad romana del siglo III que las monedas?» Vemos, en efecto, sobre los cuños de Eliogábalo substituir á las divinidades del Capitolio por los ídolos orientales, el culto del sol y su símbolo la piedra negra de Emesa. Los tipos monetarios, ¿no son el más claro

reflejo de la anarquía religiosa que preparaba el triunfo del cristianismo? ¿Y qué diremos de los recuerdos que evocan las modestas medallas religiosas recogidas en las catacumbas, y sobre las que están grabados los símbolos de la nueva fe? La moneda oficial, en fin, después de haber interpretado con claridad bajo Constantino el triunfo del cristianismo, nos revela bajo Juliano, el triste espectáculo de las últimas convulsiones del paganismo expirante.»

Dejando otras muchas pruebas acerca de la importancia de la ciencia numismática, termino diciendo que si la mayor parte de los que presten atención á este asunto no quedan convencidos de lo que trato de probar, tengan presente que el gusto de ciertos manjares exquisitos no se adquiere con el primer bocado, sino con un constante y detenido saborear.

*
* *

ORIGEN DE LAS MONEDAS Y CÓMO FUERON LAS PRIMERAS

Es muy común entre los dedicados á investigar los orígenes de las cosas, el meter la pluma hasta el mismo Paraíso terrenal; y así salen por el mundo esos monstruosos engendros históricos, que no merecen sino el más ridículo desprecio.

He visto un libro, que me parece se titula *De calceis antiquis*, que se empeña en probar que el primer zapatero fue el mismo Dios por su consejo, y Adán por sus manos, y de este desatinado estilo, recuerdo de otras muchas sandeces que se han escrito.

Tan en boga esta manera de escribir en tiempo de los cronicones, no podía faltar algún seudo-panegirista de las monedas, que las viese cerca del Paraíso terrenal. Entre otros, pueden consultarse para ver estos delirios á Sperligio (1), Kinckinus (2) y á P. Schmid (3), los cuales parecen persuadidos de

(1) *De numis non cusis.*
(2) *De vet. numis.*
(3) *De ve monetali.*

que el primero que hizo monedas fué Caín ó al menos Tubalcaín.

No hemos de ser tan cándidos ó tan soñadores que caigamos en semejantes desaciertos; pues hasta el sentido común dicta que en el principio del mundo no pudo haber monedas como nosotros las entendemos.

El progreso relativo del comercio hasta llegar á señalar un tipo de valor acomodado á toda mercancía, lo describe admirablemente Paulo Icto (1) con estas palabras: «En los primeros tiempos no hubo monedas como ahora, ni otra cosa que se pudiera tomar como tipo común para el precio de cualquier cosa destinada á la compraventa, sino que cada cual, según las necesidades de los tiempos y de las cosas, cambiaba lo útil para él, por lo inútil para otros, ó lo que le faltaba á él, por lo que á otros les sobraba; pero como no siempre sucedía de que á un tiempo tú tuvieras lo que yo deseaba, ó viceversa, fué elegida una materia, cuyo perpetuo valor y estima remediase las dificultades de los cambios con equidad. Esta materia, señalada públicamente, debía, tanto por su calidad como por su cantidad, ser prenda conveniente y segura, no sólo para contratos de dos personas, sino para cualquiera que necesitara disponer de un valor seguro, público y constante».

No cabe duda de que, extendidas ya demasiado las relaciones comerciales entre los pueblos, la materia más á propósito para tipo común de precio en las transacciones, debieron ser y fueron de hecho los metales preciosos que, al valor intrínseco, reunían su solidez y facilidad para el manejo continuo.

La elección del metal para este fin se puede señalar como uno de los pasos más importantes para la civilización de los antiguos.

No obstante lo dicho, es de creer que este metal señalado como precio tipo, no tenía algún parecido con nuestras monedas, pues carecía hasta de signos especiales que con éstas le diera alguna semejanza exterior.

(1) Digest., G. XVIII.

Al principio de este primer paso para llegar á la moneda, el metal sólo se consideraba como una mercancía, cuyo valor, en vez de ser útil para dos ó tres, lo era para todos en general, y así no tenía forma determinada, pues se conservaba, ora en forma de lingotes, ora de anillos, de láminas ú otra figura que no fuese demasiado molesta para el objeto á que se destinaba.

Resultaba de esto que para cada trato comercial que se verificaba era necesario acudir á la balanza, pero invirtiendo el modo usado en nuestros tiempos; ahora se cuenta el metal que sirve de precio y se pesa ó mide la mercancía, y entonces, lo que especialmente se pesaba era el metal.

Para distraer la atención y amenizar el asunto, imaginemos un trato de venta entre los antiguos. Figurémonos á Eliezer tratando con un cananeo sobre la venta de un rebaño de carneros.

Eliezer.—Mi señor Abraham necesita algunos kikkars (1) con que disponer la venganza por las injurias con que Amrafel y Avioch y Chodorlahomor y Thadal han injuriado á Lot, el hijo de su hermano, y desea permutar el dominio de algunos ganados.

Cananeo.—¿Qué he de dar yo al señor por el trueque de este dominio?

Eliezer.—Convinimos en que cada animal valga por sí un talento, y convinimos que el precio de todo el rebaño que come hierba en la hondura del valle Mambré, doscientos kikkars.

Cananeo.—Conviene más á mí la venta en conjunto del rebaño que come hierba en la hondura del valle. Dispón, Eliezer, que un pastor de los ganados tuyos avise á mis criados, que moran bajo las tiendas de Semeber, para que traigan el precio.

. . . . . .

(1) Kikkar es nombre hebreo que significa la unidad ponderal superior al talento.—V. F. Senorman: *La monnaie dans l'antiquité. Prolegomenes.*

Eliezer.—Faleh, cuida con cuidado preparar la balanza que pesará el precio del rebaño vendido.

Faleh.—Señor, levanta tus ojos y ve que estoy pronto á servirte.

A esta lámina fáltale algo para el peso de dos kikkars; cortaré el extremo de otra para hacer peso justo. Sobra á este trozo parte del peso para llegar á veinte talentos.

Eliezer y el *Cananeo*.—Divide ó une, pastor Faleh, lo necesario, á fin de que todo peso sea justo...

Sin fijarme en la parte literaria, he querido hacer resaltar en este pasaje imaginado, la dificultad que resultaría de tener que cortar á cada momento los trozos de metal, lo cual sería tolerable en cantidades grandes, pero harto molesto en las pequeñas: de ahí la necesidad que tuvieron los antiguos de discurrir el tener trozos de metal con el peso exacto de su unidad ponderal, como efectivamente lo hicieron, dando así otro paso más en orden al progreso comercial.

La forma más común adoptada para estos metales de peso exacto, fue la de una especie de anillo, y así se ve en una antiquísima pintura del Egipto que representa una escena del comercio en pequeño.

La balanza es sencilla; los platillos, que penden de tres cuerdas, sustentan, el uno tres anillos de los citados, y el otro un animal que parece un conejo: al pie de la balanza se ven más anillos.

En tiempos de la guerra de Troya todavía debería desconocerse otro tipo de precio común que el del metal; Homero, al describir las compras de los griegos ante Troya, dice:

«Inde vinum emebant comati Achivi
Alii quidem ære, alii antem splendido ferro».

(Los griegos de largo cabello compraban vino; unos por bronce, otros por luciente hierro).

Convenido que fue el tener dispuestos trozos de metal con peso exacto, fácil era el acordar que personas de autoridad

grabaran en esos trozos un signo que garantizase su peso para lo sucesivo. Este signo hiciéronle primero los particulares y luego la autoridad pública, con lo cual empezó realmente la primer base de la moneda verdaderamente tal.

Con las teorías sentadas hasta aquí, está conforme en todo Aristóteles (1) cuando escribe: «Se convino en dar y recibir en los cambios una materia que, siendo útil por sí misma, fuese al mismo tiempo manejable en los usos ordinarios de la vida, y esta materia fue el hierro, la plata ú otra análoga substancia, en la cual se determinó al principio la dimensión y el peso, y que al fin, para librarse del embarazo continuo de medidas, se marcaron con un signo particular que expresaba su valor».

Parece fácil en nuestros tiempos el llegar á la invención del metal marcado por la autoridad para tipo de un precio común; sin embargo, los hombres no llegaron á esta reforma sino en el siglo VII ó á lo más el VIII antes de Jesucristo. Dónde tuvo origen el uso de estas primeras monedas es cuestión debatida, que exige más extensión y capítulo aparte; pues antes de esto, conviene aducir algunos datos históricos acerca de lo anteriormente dicho para convencer de que no se han presentado hipótesis, sino relatos de hechos positivos.

Siguiendo en todo á Lenormant (François), que á su vez copia de otros, se puede asegurar que en Egipto se hacía el comercio en la antigüedad en la forma indicada, es decir, pesando el metal que se daba como precio común de las mercancías.

Un papiro del tiempo de la XIX.ª dinastía habla de una gratificación de cien *outens* de cobre distribuídos entre la guarnición de la fortaleza de Pa-Ramses para que los hombres tuvieran recursos con que celebrar la fiesta que se verificaría con motivo de la visita del Rey Merenphtadh.

¿Eran monedas propiamente dichas estos *outens?* Por da-

(1) Polit. I, 6. 14, 16.

tos fidedignos consta que el *outen* no era entre los egipcios más que el nombre de la unidad de peso superior. El *outen*, según investigación de M. Chavas (1), pesaba unos 91 gramos y se dividía diez *kite;* de consiguiente en el siglo XII antes de Jesucristo, el metal tomado como tipo general de precio era un peso, no una moneda. El metal de los *outens* que servían de precio para las compras, era el cobre.

Son curiosos algunos datos entresacados de diferentes documentos del antiguo Egipto:

Un buey.....	valía	119	outens,	ó sea	unas	2.161	perras	chicas.
Una cabra.....	»	2	íd.	»	»	38	íd.	íd.
Un cuchillo.....	»	3	íd.	»	»	57	íd.	íd.
Una navaja de afeitar...	»	10	íd.	»	»	190	íd.	íd.

El salario de los obreros de templos era de cinco *outens* al mes, unos quince céntimos por día; pero les daban el alimento en raciones de granos, que probablemente sería trigo, maíz ó cosa parecida.

Se puede deducir de lo anteriormente expuesto, que siendo el Egipto el país donde la civilización llega al más alto grado en aquellos remotos tiempos, ningún otro pueblo contemporáneo pudo aventajarle en la perfección del tipo común de precio; por consiguiente, en el siglo XII antes de la Era cristiana, ningún país del mundo tuvo monedas propiamente dichas, sino trozos de metal de diferentes formas, cuyo valor sólo se precisaba por medio de la balanza. Estas formas eran comúnmente círculos ó láminas delgadas plegadas sobre sí mismas, entre los pueblos más civilizados de la antigüedad.

Recientes descubrimientos han demostrado que el primer ensayo de moneda del imperio romano no se hizo sobre anillos, láminas ó lingotes de metal como en otros pueblos, sino sobre un trozo informe de bronce, que era el tipo común de precio y al que se llama *aes rude*.

(1) *Note sur un poids egyptien.—Revue arqueologique,* 1861.

La circunstancia de haber hallado ejemplares numerosos del *aes rude* dentro de las aguas, como los del lago Falterona en la Etruria, los del pueute de Albano all' Ariccia y otros, hacen decir á los autores que éstos eran ofrendas que los diferentes pueblos ofrecían á sus respectivas divinidades y las arrojaban al agua en el momento de tomar el baño. Como en los mismos lugares en que se halló el *aes rude* se halló también el *aes signatum*, ó sea el mismo bronce con la marca señalada por la autoridad pública, dedúcese sin grande esfuerzo que uno y otro tenían igual valor é idéntico destino.

Según testimonio de Timeo, el *aes rude* estaba en uso en tiempos de Rómulo, y según las tradiciones de Roma, Numa Pompilio fue el primero que hizo el *aes signatum*.

Las investigaciones practicadas en los pueblos salvajes han evidenciado que la inteligencia humana, al querer resolver el gran problema de lo *tuyo* y lo *mio* por medios pacíficos, ha seguido siempre el mismo camino, no diferenciándose sino en cosas puramente accidentales.

Ignacio Calvo.

EL RENACIMIENTO DE PORTUGAL

Cuando ocurrió la guerra de la Gran Bretaña con las repúblicas del Africa del Sur, no sólo censuré con mi pluma la actitud que tomaban ciertos periódicos de grande circulación, sino que dije en cuantas partes pude hablar en público para que todo el mundo, y hasta los poderes más altos, me oyeran.—«¿Qué tenemos que hacer nosotros con los boers? Durante nuestras cruentas guerras coloniales, ellos estuvieron en cuerpo y en alma con los rebeldes y con los enemigos de España. Los humanitarismos, los sentimentalismos políticos han quedado ya hace mucho tiempo relegados al papel de los tontos y de los cursis. Hacer, sin ton ni son, el agua gorda á la impotente Francia en los odios que á última hora le pudren las entrañas contra Inglaterra, es pasarnos de cursis y de tontos. Entre Inglaterra, que es nuestra hermana en el Continente y en los mares que unen nuestras costas respectivas, y que al interés común europeo que á ella nos liga, se añade ser nuestra vecina irreductible en uno de los extremos de la Península, y con la que tenemos intereses concordes en la actualidad en el equilibrio de los mares y de los continentes cercanos, ahora y siempre en la conservación de las menguadas posesiones y provincias marítimas que nos quedan, y tal vez pronto otros intereses más profundos, cuando el gran poder que se levanta en la parte Norte del Mundo Nuevo que España descubrió y entregó al dominio de la civilización plantee á la faz del universo la

disputa de la superioridad de los mares y los derechos de la supremacía de la opulencia y la fortuna, y entre las dos Repúblicas surafricanas que el nuevo giro de la política británica quiere incorporar al edificio portentoso en su inmenso imperio, España no tiene que titubear,—y completando la frase en una síntesis, no desdeñaba decir en frente de la corriente contraria de simpatía que se trataba de despertar,—*yo soy inglés*».

No paraba aquí mi discurso de entonces; y antes de que nadie en Europa significase en este asunto la menor iniciativa, yo añadía:—«Si en mi mano estuviera poder aconsejar á los poderes del Estado, yo les inclinaría á ofrecer al Gobierno de la Gran Bretaña un contingente de 30.000 hombres, para llevarlos á pelear con su ejército al Africa del Sur. Inglaterra aceptaría ó no esta oferta: de cualquier modo que fuera, el simple hecho de este ofrecimiento nos sería sumamente provechoso. De no aceptarlo, Inglaterra nos quedaría obligada por una justa é hidalga gratitud, que más pronto ó más tarde, después de su victoria, se demostraría en actos de ostensible amistad. De aceptarlo, ¡ah! de aceptarlo, España sacaría ventajas inmensas que no se pueden calcular. Aunque no precediera, que había de preceder, al acto de la entrega de nuestros 30.000 hombres de todas las armas, las estipulaciones que serían de sentido común, Inglaterra, no sólo se interesaría por la restauración de nuestro perdido poder, toda vez que nuestra posición geográfica nos constituye en la mejor aliada porque la Gran Bretaña puede suspirar en la intersección de los dos mares que conservan el cetro del poder de Europa, sino que nosotros sacaríamos de esta asistencia otros beneficios que no es posible desconocer.

«Dígase lo que se quiera, el concepto militar de España viene en sensible decadencia en el mundo, á pesar de nuestras fáciles exaltaciones, hace ya mucho tiempo, y sin tener que remontarnos á la época demasiado atrasada en que el cañón español no pudo mantener ni su legendaria superioridad, ni los derechos patrimoniales de la nación en las ricas comarcas

centrales del Continente, que por dos siglos poseímos como herencias opulentísimas de los bizarros reyes de Aragón y del bizarro emperador, hijo de la Reina loca, después que en Italia tuvimos un breve florecimiento durante el tiempo que gastamos en cimentar tronos más ó menos estables para los hijos de Isabel de Farnesio, cuanto nos hallamos frente de la Francia enardecida por las iras de su revolución, comenzamos de nuevo á demostrar la inconsistencia en nuestro espíritu militar. ¡Con qué entusiasmo se fué en 1793 á la guerra contra la República! En la primer campaña, tuvimos un Ricardos á quien el valor y el saber dieron de continuo los lauros de la fortuna, y aquel entusiasmo rayó en frenesí. Pero murió Ricardos, y se prolongó la guerra. En la segunda campaña ya los enemigos de Francia tuvieron en Madrid el poderoso auxiliar de la murmuración, porque entonces, ahora y siempre en España los censores del salón, de la plaza pública y de las casas de conversación, han sido muy bastantes para prestar á los enemigos, contra quienes hemos luchado, un contingente de fuerza moral casi de más valor que el mismo material que hemos ofrecido al palenque del combate. ¡Devorarnos á nosotros mismos! ¡Ah, en esto somos siempre maestros! Después de los desastres de la tercera campaña la paz fué tan popular, como tres años antes había sido la guerra. Si en aquel tiempo la paz no se firma en Basilea, ¡quién sabe hasta dónde hubieran llegado las armas de la República!

«La guerra de la Independencia ofreció repetidas veces el espectáculo de las mismas inconsistencias. Resistimos é hicimos una campaña formal, cuando vinieron en nuestra ayuda un General estratégico, de que carecíamos nosotros, y los contingentes más ó menos numerosos de Inglaterra y de Portugal. Aquel General y estos contingentes imprimieron á la campaña el sello de la regularidad y de la constancia, con que se llegó á la expulsión total de los invasores. Después de esta guerra, las civiles que hemos tenido, no se han terminado por victorias definitivas, sino por conciertos más ó menos onerosos, que no

dan brillo alguno al alto concepto militar. En Africa el entusiasmo nacional se sostuvo hasta la entrada del ejército en Tetuán. Cuando se corrió el ruego de que la guerra continuase, poco faltó para que se alzara el clamor público pidiendo el fin de la guerra. De las guerras posteriores coloniales, sin excluir la de la incorporación de Santo Domingo y la desventurada expedición á Méjico, vale más ni acordarse, ni hablar».

De cualquier manera, al romperse las hostilidades entre la Gran Bretaña y las Repúblicas del Transvaal y de Orange, España acababa de salir de la guerra con los Estados Unidos, y de las derrotas sufridas en Cuba y en sus mares, amén de las de Filipinas, 200.000 hombres enviados á Cuba no habían bastado á sofocar la última insurrección, ni á defender el territorio de la isla de la invasión de los norteamericanos. Se dieron y escribieron muchas disculpas y pretextos, que no pudieron justificar entonces, ni justificarán ante la historia las ignominias sufridas en Santiago de Cuba y sus aguas, y en el Tratado de París. El concepto de nuestro ejército quedó hondamente lastimado en el mundo, y un hombre público obscuro y sin capacidad política ninguna, el Conde de las Almenas, recibió la ovación del Universo entero, únicamente porque tuvo el valor en el Senado de levantar el velo de nuestras públicas vergüenzas. En esta situación era en la que tuve el honor de de decir, donde todos pudieran oirme, la suma conveniencia que para España y su ejército sería que Inglaterra recibiera el ofrecimiento auxiliar de España, y aun el subsidio de 30.000 hombres de los que de la guerra desdichada de las colonias nos habían quedado. Para estos 30.000 hombres, el palenque sangriento que servía de teatro á la guerra del Africa del Sur, hubiera sido la más provechosa escuela militar y la más gloriosa vindicación de su prestigio. El espíritu militar de que volvieran imbuídos los que tornasen á la patria después de la victoria, habría sido un elemento fundamental para la reconstrucción de nuestro ejército, devolviéndole aquellas virtudes que han languidecido en la adversa fortuna que le ha cabido

en los tres últimos siglos. De todas maneras, este ofrecimiento en aquella ocasión, hubiera sido de sumo interés para España. ¡Se nos objetó que el espíritu público aún sentía ojeriza contra Inglaterra por su tácita connivencia con los Estados Unidos para desposeernos de nuestro antiguo patrimonio colonial que nos quedaba... y el patriotismo nos hizo enmudecer! ¿Qué podía un triste escritor, cuya fortuna todo el mundo conoce y las causas porque brutalmente se le ha obstruído todo camino de devoción hacia su patria, cuando carecíamos de un hombre de Estado que supiera descifrar los enigmas del porvenir?

Más diestros que nosotros, Italia por una parte, Portugal por otra, se adelantaron á hacer lo que en España había parecido hasta un pecado mortal. Inglaterra, demasiado altiva, no admitió el contingente italiano; pero Italia desde entonces quedó muy estrechamente unida á los vínculos de la amistad con la Gran Bretaña, vínculos de amistad que cada día ofrecen á Italia un nuevo camino expedito para su creciente glorificación y encumbramiento. Portugal no ofreció estos contingentes militares de que carecía; pero á pesar de que los jaleadores del desconcepto de la Gran Bretaña sembraban sobre él sin cesar desconfianzas, haciéndole entender que las victorias inglesas en el Africa del Sur traerían por necesario colorario el despojo de las posesiones lusitanas limítrofes á los territorios ya del dominio antiguo británico, ya independientes, y que se trataban de conquistar, para formar con su conjunto aquella federación que en Londres se proclamaba como una nueva dependencia del colosal poder de Inglaterra, Portugal no titubeó en probar en ocasión tan crítica á su aliada secular aquellos servicios, sin los cuales, como el mismo presidente Kruger ha testificado, todo el poder y toda la constancia del Reino Unido no hubieran bastado para dominar el gravísimo problema que había decidido resolver. ¿Qué frutos obtiene Portugal de esta conducta con tan justo aprecio estimada ya por los grandes políticos de Londres? Los primeros hechos que

la atención del mundo ya ha podido avalorar, han sido la expedición del Rey D. Carlos á Inglaterra y el proyecto del ferrocarril de Lobito-katanga, que tan ociosas polémicas ha sugerido en las ofuscaciones que en todas partes padecen los que no raciocinan sino por las viciosas contradicciones del espíritu de partido, y la línea portuguesa de navegación á las posesiones lusitanas del África oriental.

Los que desde luego han visto claro no pudieron dejar de reconocer la importancia suprema que tenía la expedición en Noviembre último del Rey D. Carlos á Inglaterra, á ser el huésped del Rey Eduardo en Sandringam, de lord Amhesit en Didlignton, en Shetfort de lord Iveagh, y en Bowod del ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno británico lord Lansdowne. Aunque los iniciados en los pensamientos que se cruzaban durante estas visitas entre los dos monarcas aliados y los ministros y magnates de la corte del Rey de Inglaterra, cantasen el himno del *¡Sur sum corda!,* augurando de aquel suceso felices evoluciones para los destinos futuros de Portugal; la saludable evolución del espíritu público en el reino lusitano, no acababa de pronunciarse acorde con esta calorosa apelación á la esperanza, porque en Portugal, como en España, aún prevalecen los exclusivismos partidarios y las resistencias de tradición, y mientras del todo no se rompan en una y otra parte los moldes de los partidarismos interesados y de los rotativismos convencionales, y el jacobinismo de las obstrucciones parciales impidan la formación de un fuerte espíritu de consecuencia, de una poderosa unidad de miras, de una concentración incontrastable de esfuerzos, en cuyas virtudes Alemania, Inglaterra y la moderna Italia acrisolan cada día más sus properidades siempre en aumento, ni podrán abrirse los espíritus por medio de una nueva actividad intelectual y moral, á afirmar con ideas fundamentales y objetivos permanentes la labor perseverante de la fe nacional, ni se podrá disponer de aquel meridiano seguro que marca la hora inmutable de la consecución de los destinos felices por que se batalla estéril-

mente donde la actividad mancomunada y los procedimientos convergentes no alcanzan á dar las fórmulas precisas de aquellas afirmaciones que son la única palanca con que se elabora, ya la regeneración de un cuerpo decayente, ya el engrandecimiento del que ha logrado resucitar.

Es indudable que el regreso del Rey trajo á Lisboa auras de mayor esperanza, pudiendo ofrecer á la patria risueñas perspectivas, más que por la gloria, por la alegría de verla feliz, en la suma de pensamientos que desde luego comenzaron á plantearse, y de los que fué breve compendio el discurso puesto en labios de la Corona, cuando poco después de su llegada, fueron abiertas las Cámaras. Pero se hallaba preparado otro suceso, por medio del cual, la palabra de resurrección había de pronunciarse de tal modo, que, hiriendo todas las imaginaciones y penetrando en todos los espíritus, el voto de la esperanza había de convertirse en promesa segura para la fe nacional. Este acto había de ser la celebración del primer Congreso de *La Liga Naval*, que en el Reino lusitano, como en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia y en España, desde que en 1894 fueron iniciados por la primera de estas potencias, han dado un inmenso impulso á las ideas engrandecedoras que han recibido el dictado de imperialismo.

Aunque la organización de estas Ligas es debida á las iniciativas de corporaciones ó individuos particulares, en todas partes han merecido, no sólo la protección, sino la atención de los Gobiernos, y las cuestiones que han promovido y que han expuesto al público examen donde quiera, se han visto inmediatamente sometidas al crisol de la ejecución. *La Navy League* de Inglaterra, se jacta de haber dado sus vuelos á la idea del imperalismo que en poco tiempo ha logrado realizar nuevas leyendas militares y de conquistas, cuando se creía que la expansión británica por la inmensa ubicuidad que ha alcanzado, sobre todo los rincones del planeta, apenas hallaría espacio donde extenderse más, y simultaneamente ha levantado el espíritu de emulación con el que se ha visto, que apesar de

ser Inglaterra el poder flotante sobre las aguas más poderoso y extraordinario que la historia de la humanidad jamás ha registrado, todavía se han levantado infinitas voces como de alarma en el Almirantazgo, en el Parlamento, en los instrumentos de la opinión, pidiendo de que se le dote de nuevas fuerzas de resistencia y de acomitividad, á fin de que no sólo pueda desafiar cualquier día, y en cualquier parte, los poderes rivales que se crean en los Estados Unidos, en Rusia, en Alemania, en Francia, sino luchar con ventaja con una sola de estas grandes potencias marítimas, y aun sobrepujar á dos ó tres unidas y aliadas contra ella. Análogas influencias han ejercido y ejercen en sus respectivos países, *Deutsch Flotten Verein* y la *Liga Naval Italiana*.

Aún en España, á pesar de la inmensa postración en que se halla nuestro espíritu nacional, cuya inercia y abandono cada día son más alarmantes á causa del regreso del influjo de las discordancias que engendra nuestro censurable partidarismo político, causa de todas las desdichas nacionales; aún en España *La Liga Naval* ha querido intentar remover los sentimientos patrióticos, ya que la idea del renacimiento patrio se toma en todos los labios por máscara de todas las pasiones y los intereses en irrefrenable lucha, aunque sin hondas raíces en los corazones. Ejemplo de ello ha sido el Congreso Naval que se celebró en Gijón en los últimos días de Diciembre del año pasado de 1902. No obstante, cuando la dura lección recibida en la pérdida de las colonias, no ha bastado para inspirar á nuestros Gobiernos una nueva política colonial y mercantil con que hacer exclusivamente españoles la navegación y el tráfico de las pocas posesiones que nos han quedado en las riberas atlánticas del Océano, ni aun en nuestras tan inmediatas provincias insulares adyacentes; cuando no basta la persuasión de que España, siquiera para defenderse de cualquier clase de agresiones y conservar lo que aún posee más allá de nuestras riberas peninsulares, la principal fuerza militar que necesita es la de los barcos, puesto que aguas son las que bañan casi todo el perfil de

nuestras fronteras, siendo el mar nuestra fortaleza al mismo tiempo que nuestra esperanza, si algún día logramos resucitar; en nuestros proyectos de restauración naval, por desgracia, hasta ahora, no prevalecen sino generalidades vagas, proyectos fraccionarios, ideas de absoluta negación, enfrente de oposiciones aviesas y de discusiones malsanas, que demuestran que nadie posee aún ni el plan completo de nuestra regeneración, ni la pasión desinteresada del bien, que al pensar en las soluciones que le fecundan, no ven más que la imagen de la patria por la patria, en vez de infatuarse en los idealismos de la posición personal por la posición personal. Con todo esto, el Congreso naval de Gijón ha estado lejos de ser un verdadero movimiento del alma nacional ni en su espíritu, ni en su esencia, habiendo pasado casi desapercibido para la generalidad, como un suceso que, no teniendo por base una concepción sublime, de las que con eléctrico impulso se apoderan de todas las imaginaciones y hacen palpitar con vehemencia todos los deseos, se imponen forzosamente porque vienen á ser la realización tangible de una necesidad apremiante y sentida. En el Congreso Naval de Gijón no se ha propuesto un sólo tema que conspire á ninguna gran solución, ni bajo el punto de vista de la marina militar, ni bajo el punto de vista de la navegación mercantil: casos de negociados subalternos y de disposiciones burocráticas; nada que envuelva la idea del renacimiento de una política marítima y comercial.

¿No responde esto al estado de depresión moral en que se encuentra todo el país? ¿No responde esto á la vaguedad de los intereses en que hemos quedado sumergidos después de la pérdida de nuestras colonias? ¿No responde esto á la ausencia total de orientación en que á nuestra mirada se ostenta el porvenir? ¿No responde esto á la desanimación que produce esta amarga soledad en que en la sociedad política del mundo nos encontramos? ¿No responde esto á la carencia de brújula, de norte, de objetivo en que por medio de un mar insondable, tormentoso y desconocido navega hace tanto tiempo la nave

secular de España? ¡Reglamentar la carga de los buques y la policía de los barcos; crear un cuerpo de cocineros de marina; fundar escuelas de estudios rudimentarios, que es una vergüenza que no existan; abrir concursos de tarjetas postales para vulgarizar los conocimientos primarios de la marina; crear montepíos particulares y cajas de ahorro; establecer una Dirección más de pesca industrial y redactar un código de marina mercante: he aquí, en síntesis, toda la grande elucubración del Congreso Naval de Gijón!—No es esto ciertamente lo que á sus Ligas Navales deben Inglaterra, Alemania, Italia y hasta Portugal.

El Congreso Naval que la Liga Portuguesa ha celebrado del 2 al 7 de Febrero último en Lisboa ha dado al reino peninsular vecino la nueva orientación de un renacimiento marítimo y de un engrandecimiento colonial. ¡No es extraño que á los esfuerzos de la Liga se hayan adherido desde el Rey y las instituciones fundamentales del país y las corporaciones que impulsando el progreso nacional le dan al mismo tiempo gloria y honor, hasta las poblaciones más insignificantes del litoral, donde se han creado Juntas correspondientes, no dirigidas por los fátuos humos de una representación nominal, sino resueltas á contribuir con la parte que puedan al patriótico esfuerzo común!

El conjunto de los temas que se han discutido en el curso de las cuatro sesiones técnicas verificadas, abarca todo un plan sábiamente meditado, á pesar de las omisiones y defectos que la crítica halle en ellos. En la primera sesión, después de la inaugural, abierta por el mismo Rey Don Carlos, se discutieron cuatro temas, con los derivados consiguientes de sus tesis fundamentales. El primero fué acerca del *Estudio profesional de la pesca y educación de las poblaciones marítimas.* Aunque su relator debió ser el Sr. Augusto Ramos da Costa, le suplió el Sr. Quirino da Fonseca, y en la discusión tomaron parte gran número de congresistas. El segundo tema versó sobre las *Reformas que deben ser introducidas en las pesquerías costeñas*

y cómo deben ser orientadas para evitar la despoblación de las aguas nacionales, y lo expuso al debate el relator Sr. Baldaque da Silva. El tercero, sobre *Protección á los pescadores,* fué expuesto por el Sr. Juan Blas de Oliveira. Por último, en esta sesión, el Sr. Marcos de Vieira, en ausencia del relator Juan de Freitas Ribeiro, explicó el tema sobre la *Organización de los servicios públicos que interesan á las pesquerías y á la marina mercante nacional portuguesa.*

Los temas de la segunda sesión fueron:

1.° *Protección del Estado á la construcción naval y al armamento marítimo nacional.* — Su relator fué el Sr. Bernardino C. A. Varela.

2.° *La marina mercante, como función del dsenvolvimiento comercial.*

3.° *Educación del personal de la marina mercante.*— Relator, el Sr. J. Francisco da Silva.

4.° *Las pesquerías longicuas y los bancos del bacalao.*—Relator, el mismo Sr. S. Francisco da Silva.

En la tercera sesión se discutieron otros cuatro temas, que fueron los siguientes:

1.° *Mejoramiento de los puertos nacionales.*—Relator el ya citado Baldaque da Silva.

2:° *Navegación para las colonias.*—Aunque el relator debió ser el Sr. Souza de Lara, le sustituyó Quirino da Fonseca.

3.° *Navegación para las Azores, los Estados Unidos y el Brasil.*—Fué el relator el Sr. Simoes d' Almeida.

4.° *Protección al personal de la marina mercante, y su utilización para constituir una gran reserva naval.*—Al relator Sr. Jaime Leotte do Rego, le sustituyó el Sr. Oliveira Leone.

Por último, en la sesión cuarta y final, se discutieron los temas siguientes:

1.° *Marina colonial: bases para su organización independiente de la marina de la metrópoli.*—Aunque el relator debió ser el Teniente de navío Sr. Pereira de Mattos, fundador, alma y cuerpo de la Liga Naval Portuguesa, fué sustituído por el

Sr. Almeida d'Eça, uno de los oradores que mayor y más brillante parte han tomado así en los debates, como en la redacción de las conclusiones del Congreso.

2.° *Marina de guerra: sus objetivos; métodos como ha de fomentarse.*

3.° *Programa de los trabajos sucesivos de la Liga Naval.*— Relator: la Comisión.

4.° *Impulso del Sport náutico y su aplicación á la organización de la reserva naval.*—Fué relator el Capitán de Ingenieros de la Armada, Sr. Perestrello.

5.° *Impulso al rowing nacional:* Su relator, el Sr. Joaquín Leotte.

Analizando los discursos pronunciados en la sesión inaugural por el Consejero Sr. Julio de Villena y por el Teniente Pereira de Mattos, que precedieron al Rey Don Carlos, se observa claramente que se ha procurado que el Congreso Marítimo, preparado por la *Liga Naval Portuguesa,* aparezca como la síntesis de una de las más acariciadas y verdaderas aspiraciones del Reino peninsular vecino, esto es, el renacimiento de su larga, histórica y gloriosa *vida del mar.* Las 57 conclusiones que han sido promulgadas como resultado de la discusión de los temas que más arriba se consignan, constituyen un nuevo *Credo* en que Portugal entero considera condensados todos los problemas de su vida marítima, todos los problemas de su renacimiento político y todos los problemas de su engrandecimiento colonial (1).

---

(1) He aquí algunas de las conclusiones:

1.ª En la Negociación del tratado de comercio y navegación con España, en sustitución del actual, es indispensable que sean cuidadosamente atendidos los derechos é intereses portugueses, en relación al ejercicio de las pescas en general, y muy especialmente en lo que toca á una nueva delimitación de aguas territoriales limítrofes, la cual debe ser hecha en los términos de las reglas generalmente admitidas en el Derecho Internacional y en el juicio de las infracciones á los preceptos que se inscriban en el mismo tratado, el cual debe ser formado por las autoridades en cuyas aguas las infracciones se cometan.

Es indudable que á la realización de todos los principios fundamentales que abrazan estas 57 conclusiones, se oponen

---

3.ª Es absolutamente necesario y urgente que se haga un estudio minucioso del ejercicio de las pescas intensivas, para concluir con su estudio las providencias necesarias, á fin de remediar la despoblación de las aguas y atender á la cuestión económica y social.

5.ª Es necesario hacer en el extranjero una propaganda activa para hacer conocer y acreditar los productos de las pescas nacionales, muy especialmente las conservas.

10. Es necesario que los papeles de á bordo para los barcos de pesca se reduzcan á un sólo documento, visado por una sola autoridad.

15. Es muy de desear que la administración de todos los servicios relativos al uso del mar por las diversas industrias se concentren en una Dirección general especialmente destinada á estos servicios, la cual podrá denominarse *Dirección general de la Marina Mercante*.

23. Es indispensable y urgente reformar el sistema de tributación de la navegación mercantil nacional, estableciendo un sistema protector en favor de ella, bajo bases análogas á las adoptadas en las marinas del Norte de Europa, y reservando absolutamente para la navegación nacional el servicio de cabotaje.

El artículo ó conclusión 24 se consagra á la protección, á la construcción nacional de buques y á la exención del pago de derechos para todos los materiales y utensilios de armamento y construcción.

Las conclusiones 30 y 31 se refieren á las exenciones que deben dispensarse á los buques destinados á las pescas longicuas y á la promoción y estímulos especiales que merecen los que la hacen en los mares de Madeira y Cabo Verde, y en los bancos entre Cabo Bojador y Cabo Blanco, así como la 32 se refiere á los que pescan en los de Terranova y Canadá.

Las conclusiones 36 y 37 declaran urgente la adopción del puerto de Leixdes como punto comercial, y la creación de un puerto de abrigo en la bahía de Lagos.

La 44 es un voto de congratulación por el proyecto de ley sobre el establecimiento de la navegación nacional para el Africa Oriental, expresando que su complemento será el establecimiento también de la navegación nacional para las posesiones portuguesas del Extremo Oriente.

Las conclusiones 51 y siguientes son las relativas á la marina colonial, á la marina de guerra, á la representación naval de Portugal en el Brasil, en los mares de China y otros parajes, así como á la destinada á la defensa de las Azores, Madeira y demás provincias ultramarinas.

Entre estas conclusiones se destaca la 54, que dice:—«Debe estudiarse la posibilidad de pedir al país los sacrificios necesarios para la constitución de una marina de guerra, organizada y dispuesta para todos los servicios activos en el término preciso de diez años».

así las relaciones políticas actuales, como las condiciones de orden económico en que Portugal se encuentra embarazado. Por ejemplo, la conclusión primera determina *la negociación de un nuevo tratado de comercio y navegación con España* en sustitución del que hoy existe y en el que los negociadores diplomáticos lusitanos pongan especial cuidado en mejorar los derechos é intereses de los súbditos de aquel Estado en lo que concierne al ejercicio de la pesca en general, y á una nueva delimitación de aguas territoriales limítrofes. Esta es una cuestión que no está en manos de los Gobiernos portugueses resolver á voluntad de los que la promueven, puesto que por parte de España no podrá menos de atenderse del mismo modo á los intereses y á los derechos de nuestros connacionales. Las conclusiones relativas á la *construcción naval nacional* son muy patrióticas; pero no se improvisan fácilmente los arsenales y talleres de construcción, ni se acopian los materiales de modo que tengan el sello nacional, donde casi por completo se carece de todos los elementos fundamentales exigidos por la actual extructura de los barcos. En lo de la promulgación de una *Legislación general* y la creación de una *Dirección general* también para la Marina mercante, el Congreso de Lisboa ha andado como de concierto con el Congreso de Gijón. Esto no ofrece grandes dificultades, pero tampoco extraordinarias ventajas: basta en los respectivos Ministerios por donde la Marina de una y otra nación se administra, la organización de *Negociados* bien constituídos, como les que tienen los Estados Unidos. El mejoramiento de los puertos nacionales, es otro de los asuntos en que los autores de las conclusiones del Congreso habían de hallar las dificultades de la economía pública en que se encuentra Portugal. No obstante, el programa de resurrección está trazado: no es obra de un partido político, sino de la voluntad, del pensamiento y del esfuerzo de toda la nación. Lo fácilmente factible, pronto será sustanciado en realidades; lo que ofrezca otros obstáculos, se vencerá con el tiempo y la constancia, si Portugal sostiene su pensamiento de ahora con

la consistencia de voluntad y de conducta, que es una de sus virtudes más eminentes.

Lo que es indudable es que Portugal, impulsada por propios y extraños sentimientos, al menos de los amigos seculares que se interesa en sus destinos y que en su reciente conducta ha dejado obligados más que nunca hácia ella, aspira á renacer, y que este vehemente pensamiento constituye ya en el corazón de cada noble lusitano la fe de un ideal. En cada conciencia portuguesa están grabadas con signos de oro indelebles las memorias y las promesas escuchadas el día de la inauguración de este congreso en labios de los impulsores de la *nueva Liga,* que son como los impulsores de la *nueva vida:* en todas las conciencias se han grabado las palabras del Rey Don Carlos. El Sr. Julio de Villena entonces decía:—«Este mar que fue nuestro; este mar que encierra en sí todas las bellezas y todas las omnipotencias, debe nuevamente ser surcado por navíos portugueses, con grande, extraordinario provecho para esta patria que todos amamos». Y el Rey Don Carlos respondía:—«No tenemos felizmente necesidad de gastar nuestras energías en defensa extraña. La paz reina en todos nuestros dominios; y al venir á inaugurar el primer Congreso Marítimo Nacional, me es grato ver el espíritu concorde con que toda la nación, con su jefe á la cabeza, aspira á unir los tiempos gloriosos pasados con los tiempos de felices auspicios que nos guarda el porvenir. *Continuaremos assim a nossa accao civilisadora, ao mismo tempo que daremos poderoso incremento a fortuna publica*».

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS.—R. Rivarola, *La Justicia en lo criminal*.—Idem, *Instituciones de Derecho civil argentino*.—E. Quesada, *La política argentino paraguaya*.—Idem, *El «Criollismo» en la literatura argentina*.—E. M. Cavazutti, *Proyecto de organización del movimiento científico universal*.—A. Lugo, *A punto largo*.—J. Vancouver, *Viaje á Valparaíso y Santiago*.

Algo tarde llegan á nuestro poder los libros de Rodolfo Rivarola. El dedicado á *La Justicia en lo criminal: Organización y procedimiento*, lleva fecha de 1899 (1). El de *Instituciones del Derecho civil argentino* (2) es de 1901. Aunque estas LECTURAS no pueden ni deben ser retrospectivas, haremos una excepción respecto de ellos, por la importancia que tiene en la literatura jurídica argentina la obra de Rivarola, que, además de los libros citados, comprende una exposición y crítica del Código Penal (1890) y un *Proyecto de Código Penal* (1891), en colaboración con los Sres. Piñero y Matienzo.

La Justicia en lo criminal, cuyas 253 páginas fueron escritas en pocos días, obedeció á la oportunidad de haber iniciado el Ministro de Justicia argentino una reforma de la organización y funciones de los Tribunales. Para el Sr. Rivarola, el defecto principal del sistema vigente no está en los hombres (condiciones personales de la judicatura), sino en la organiza-

(1) Buenos Aires. J. Lajonane, edit. Un vol.
(2) Buenos Aires. Peuser. Dos vols.

ción misma; y á manera de antecedente, da en el prefacio de su libro un resumen de las bases de la reforma que considera necesaria. Estas bases son: 1.ª, unificación del Ministerio público: «Los agentes fiscales proceden con entera y absoluta independencia del fiscal de la Cámara de apelación, y éste no tiene conocimiento de los procesos sino cuando la Cámara se los pasa en vista durante la apelación.» Es preciso que esa independencia cese y la sustituya «una comunicación diaria, inmediata y directa entre el fiscal y los agentes fiscales, que obrarán bajo su dirección y á sus órdenes»; 2.ª, desaparición de la acusación privada é intervención exclusiva del Ministerio como acusador en los delitos de acción pública: «Son muchas las razones que pueden aducirse contra la admisión de un querellante particular; pero la mejor de todas sería quizás la estadística de las querellas iniciadas en nuestros Tribunales de instrucción, en que la causa concluye ordinariamente por un desistimiento, que oculta una transacción ilícita, ó por el reconocimiento de que la querella ha sido infundada»; 3.ª, creación de un Tribunal de acusación y sobreseimiento: «Una de las más grandes garantías de justicia en el proceso penal es, sin duda alguna, la declaración previa de la procedencia de la acusación... En nuestro procedimiento, el juez de instrucción dicta un auto mandando elevar la causa á plenario ó sobreseyendo. Este auto se dicta sin forma de juicio, con sólo la audiencia del agente fiscal, y serían abundantísimas las pruebas que podrían presentarse de la insuficiencia de este procedimiento... Debiera corresponder á un Tribunal compuesto de cinco miembros, previo un debate oral, declarar admitida la acusación ó pronunciar el sobreseimiento»; 4.ª, creación de otro Tribunal de juicio y sentencia en sustitución de los actuales jueces del crimen. En él se adoptaría el juicio oral y de jurados; 5.ª, convertir la actual Cámara en un Tribunal de apelación ó casación, «limitándose el recurso á la aplicabilidad ó inaplicabilidad de ley ó doctrina legal y á la casación por insolvencia de las formas del juicio»; 6.ª, procedimiento oral;

7.ª, pronunciamento del fallo en la misma audiencia del juicio: «Desaparecería toda garantía si se confiara á la memoria de los jueces, á través de los distintos juicios, todo lo ocurrido en un debate oral».

El desenvolvimiento de estas seis bases, que sirven para formar una idea de la organización presente de la justicia en la Argentina, constituye la materia del libro. Nos detendremos en el análisis de algunos de sus argumentos.

El Sr. Rivarola no cree en la eficacia del jurado, á lo menos como «baluarte de libertades», siempre que se acepte el principio de un poder judicial independiente. El punto de vista del autor—por más que no estemos lejos de coincidir con él en sus desilusiones respecto del jurado—nos parece deficiente. En la moderna Filosofía del Derecho es más compleja y amplia la cuestión y más variadas las razones con que se pretende explicar y justificar la existencia del jurado. Pero nuestro propósito no es discutir, sino exponer. Veamos lo que dice el señor Rivarola, cuyas noticias respecto de la experiencia obtenida de su país en punto á aquella institución son interesantes:

«El jurado—dice—es una planta exótica que no ha echado raíces en nuestro país, en sus ensayos en los juicios de imprenta; que la opinión no ha reclamado nunca; que *ningún partido político ha inscripto en su bandera como programa*, y lo que es más, que quizás *ningún candidato á las altas funciones del gobierno lo ha prometido sinceramente como reforma realizable*. Todavía más: el Congreso dió un verdadero voto de aplazamiento cuando, teniendo á su despacho desde muchos años el proyecto de juicios por jurados redactados por los doctores Florentino González y Victoriano de la Plaza, sancionó el actual Código de Procedimientos vigente en la capital de la República y Tribunales y territorios federales, reproducido de la provincia de Buenos Aires». Y más adelante añade: «Entre nosotros, que diariamente podemos comprobar que no tenemos conciencia de los deberes del servicio público gratuíto; que las Academias universitarias son citadas hasta diez veces

sin formar número; que el espíritu de asociación se reduce al afán de pocos ó muchos de figurar en las comisiones directivas; que salvo los momentos en que un agitador conmueve la multitud, nadie se acerca á una mesa electoral,... agregar á las funciones públicas una más sería correr el riesgo de caer en los mismos arrepentimientos que el decreto español cuyos considerandos he transcrito» (1).

El autor censura que, mientras por un lado se encomia cada día la necesidad de la división del trabajo y la superioridad de los especialistas, por otro se diga que la educación y la práctica especiales de la judicatura «son un inconveniente grave para llegar á la verdad». No es este, exactamente, el argumento que se ha usado para defender la anexión de los jurados á la función judicial, sino el de que la estrechez del punto de vista puramente legal en que se encierran los jueces, y que el hábito va cada vez limitando y cristalizando más, les quita flexibilidad para apreciar lo complejo y diferente de las circuntancias extrajurídicas que cada caso justiciable lleva consigo.

Pero el Sr. Rivarola conoce también las deficiencias de la judicatura actual de su país, y por eso dice: «En resumen: ni el jurado ni la magistratura actual, reclutada, salvo honrosas excepciones de los que han demostrado ocasión, entre las vulgares mediocridades. Lo que se necesita es una magistratura especialmente preparada, con más serios estudios, y, en este caso, habría que agregar con mejores rentas».

Finalmente, para el autor «la verdadera salvaguardia del derecho y de la libertad, que será el imperio de la justicia, debe buscarse en la independencia del poder judicial, y en este sentido no me parece que sea posible entre nosotros una discusión teórica».

Por lo que toca á la forma de enjuiciar, he aquí cómo explana su idea el Sr. Rivarola:

(1) Alude al de 3 Enero 1875.

«El código de procedimientos que rije actualmente en la capital de la República y territorios federales, corresponde al sistema del proceso mixto... pero en la perpetua variación de forma que admiten los séres mixtos, según la frase de Carrara, participa notablemente de las formas del procedimiento inquisitorio puro, y en la práctica no es otra cosa». El Sr. Rivarola es contrario á este procedimiento, que califica de «regazo de barbarie y de tiranía en que no se aspira á la verdad y á la justicia, sino al terror que asegure el orden». Y completando juicios anteriores que pudieran parecer, tal como se han visto, muy absolutos, añade: «Lo que tiene, pues, de sensato y justo el juicio por jurados, no es el hecho de que estos jueces sean ignorantes de la ley y no tengan otro criterio que su impresión del momento, sino las formas racionales del juicio en que el acusador y el reo puedan mirarse frente á frente; en que testigos y peritos comprometan solamente su propia estimación y dignidad, obligados á informar en voz alta ante el tribunal, el acusador, el reo y el público; en que la acusación y la defensa puedan pronunciarse de viva voz... y en que, por último, los mismos jueces se vean obligados á pronunciar la sentencia en el acto mismo, á la vista del pueblo que pueda informarse de su buen criterio, de su imparcialidad y de su rectitud».

También está el Sr. Rivarola en contra del juez instructor. «El juez instructor según nuestra ley, que puede iniciar el procedimiento de oficio (art. 179), que una vez admitida la denuncia está obligado á iniciar todas las diligencias necesarias para la averiguación del hecho y de los delincuentes (arts. 169 y 196), que puede dirigir por sí solo el sumario (art. 195), que puede negar sin recurso alguno todas las diligencias con que el procesado quiera justificar su inculpabilidad (art. 180), que puede librar órdenes de detención inapelables (Jurisprudencia de la Cámara de lo criminal), que dicta, sin audiencia de partes, una semicondenación en el auto que cierra el sumario y pasa la causa á plenario (art. 429), es un funcionario en cuyas

manos están reunidas las dos facultades incompatibles de juez y parte que hacen odiosa su misión».

Son, igualmente, interesantes las razones que arguye contra la apelación y contra el actual carácter indeciso de los fiscales. Para él, «las funciones propias del ministerio público en el juicio criminal, deben ser clara y francamente las de un acusador, abandonando las frases y metáforas que lo erigen en representante de la ley, de la sociedad, de la causa pública y demás. En este carácter de acusador debe facilitársele todos los medios para que pueda investigar y reunir todas las pruebas y elementos de acusación».

Ya hemos visto antes que el Sr. Rivarola es enemigo de la apelación. En vez de los Tribunales que para ella existen, pide la creación de un Tribunal superior ó supremo, dividido en salas.

Los capítulos XI y XII del libro que examinamos son un resumen de los anteriores, y en ellos el autor condensa sus ideas en punto á la organización de Tribunales (siempre colegiados) y al procedimiento. En el capítulo XIII vuelve á discutir su oposición á la querella particular. He aquí las principales razones que aduce: «Si entendemos en derecho que el interés es la medida de las acciones, y acudimos á examinar cuál es el interés que mueve al querellante particular en los delitos de acción pública, independientemeute de la reparación de los daños, no encontraríamos otro sino el de la venganza personal. ¿Podemos y debemos admitir las satisfacciones de la venganza personal como criterio para acordar la acción penal al damnificado por un delito?» Por otra parte, la estadística demuestra que se usa poco esa acción. «En las 1.220 causas iniciadas en la secretaría del Dr. Mercado, solamente 95 lo fueron por querella de parte». El autor cita también casos de desistimiento verdaderamente graves. Un empleado del Nuevo Banco Italiano de Buenos Aires fue denunciado como defraudador por sus jefes, por la suma de 14.000 pesos. Pocos días después el Banco desistió de su querella, alegando que no exis-

tía defraudación, y sí tan sólo un error de contabilidad en los libros. La carta del gerente al juez, dice: «Que por explicaciones dadas por el señor R., por intermedio de su letrado al doctor A., así como por documentos exhibidos, el Banco ha practicado investigaciones que lo han llevado á evidenciar que, si bien los actos del señor R., que motivaron la denuncia, *prima faciae* revestían los caracteres de delito, en el fondo no han consistido sino en omisiones de contabilidad de su parte, en libros á su cargo; y entonces cumplo con venir á declararlo así á la justicia, dado que el Banco ha sido *reintegrado* de las sumas por que el señor R. resultaba deudor, etc.» Y el Sr. Rivarola comenta con mucho acierto: «Tratándose de un delito de acción pública, ni la instrucción pudo declararse cerrada, ni el agente fiscal pudo aconsejar el sobreseimiento, si se le dió intervención, con la manifestación del damnificado de habérsele devuelto las sumas que decía defraudadas. Si hubo *reintegración* de sumas, hubo *sustracción* de sumas, y la justicia no podía cerrar los ojos ante la manifestación del querellante particular que, satisfecho su único interés, no quería perseguir el delito imputado. La frecuencia de estos hechos es muy conocida».

La legislación uruguaya, para evitar este defecto, constituye como única «parte acusadora al ministerio público en los delitos que no son esencialmente privados».

Por último, y en lo que se refiere á la indemnización civil, el Sr. Rivarola dice: «La intervención del damnificado por el delito, al efecto de ser indemnizado de los perjuicios sufridos, es necesaria cuando se atribuye autoridad de cosa juzgada en lo civil respecto de lo fallado en el proceso penal. Aun entonces la intervención puede ser reglamentada, como lo está en Francia, al sólo propósito de garantizarle lo relativo á las indemnizaciones á que tiene derecho, sin acordarle facultades de acusador.—El Código civil argentino, ocupándose de cuestiones que, como se ha observado muchas veces, no son propias de la ley de fondo, ha resuelto, en el art. 1.096, que la indemnización

del daño causado por delito sólo puede ser demandada por acción civil, independiente de la acción penal. Si este principio se lleva á sus últimas consecuencias, se reconocerá necesariamente que el fallo dictado en lo criminal no puede tener ninguna influencia en lo civil, y todo derecho del damnificado quedará así garantido, aun á riesgo de las resoluciones contradictorias en lo civil y en lo criminal».

El libro termina con un capítulo en que el autor estudia brevemente el problema de la justicia en todo el territorio de la República, como complemento de lo que precede, dedicado tan sólo á la capital.

Las *Instituciones del Derecho civil argentino* no consienten, por su índole, un análisis como el que acabamos de hacer en punto á *La Justicia en lo criminal*. Baste decir que el autor va examinando una por una las instituciones y relaciones jurídicas llamadas civiles, exponiendo la doctrina de cada una y citando los artículos del Código que se les refieren.

*
* *

Del Sr. Quesada se ha hablado diferentes veces en estas LECTURAS. Hoy solicita nuestra atención con dos nuevos libros. Uno de ellos, que lleva por título *Historia diplomática nacional: La política argentino-paraguaya* (1), responde, según el mismo autor, al siguiente propósito: «Me daría por muy satisfecho si, con motivo de esta monografía, resultara fijado, una vez por todas, el papel de la diplomacia argentina y la política internacional de nuestra cancillería en los asuntos del Paraguay. Hoy es aquél un capítulo terminado: ya no existe cuestión paraguaya. Pero conviene explicar á las nuevas generaciones los móviles y la conducta de nuestros estadistas en el delicado proceso histórico que culmina con la guerra contra López y el semillero de cuestiones que, como consecuencia

(1) Buenos Aires, 1902, 4.°, XXI, 302 págs.

de la misma, surgieron entre los aliados... como también el alcance de la política de la triple alianza y la orientación de dos gobiernos que reaccionaran contra ella».

Se trata, pues, de un capítulo de historia contemporánea sudamericana, cuyo asunto concreto vienen á ser los tratados argentino-paraguayos de Febrero de 1876. El autor desarrolla ampliamente su tesis estudiando los antecedentes diplomáticos de 1810-1814, los tratados Sava-Tejedor y la negociación Yrigoyen-Machain (1875-76) y sus consecuencias, con el arbitraje 1877-78. Como apéndices, incluye un examen de la política argentina en el Paraguay y una polémica histórica en que figuran opiniones de los Dres. Pellegrini (Ernesto), Yrigoyen y Peña, y las del autor.

El tema del otro libro es de interés más general. Bajo el título de *El Criollismo en la literatura argentina* (1), el Sr. Quesada discute la opinión muy corriente, en españoles y argentinos, que considera «únicamente como genuina producción de la literatura argentina lo escrito en el lenguaje diario de las clases populares que moran el Río de la Plata», es decir, la que se denomina literatura *gaucha*. «Esa tendencia literaria neo-patriótica—añade el autor—quiere reconocer tan sólo como argentino lo que lleve el sello *criollo*, con todos sus inconvenientes, pero con su carácter típico, que lo diferencia de las razas de otros pueblos. Tiempo hubo cuando se enlazó, á su vez y á cuerpo descubierto, con la pretensión de que debemos independizarnos del castellano—para completar así, según los neo-criollos, la independencia política de 1810,—formando *un idioma nacional de los argentinos*, que se rija exclusivamente por el uso diario y libérrimo de nuestro pueblo soberano... y cosmopolita».

El Sr. Quesada es contrario á esta tendencia, que lleva en su seno una estemporánea intención política, un revivir malsano de antiguos rencores y que, literariamente, no es menos peligrosa.

(1) Buenos Aires, 1902, 4.°, 131 págs.

«Mirado ese hecho—dice—á todas luces y en todos sus aspectos, es evidente que tal tendencia debe declararse errada y perniciosa: en cualquier época y en cualquier país, el idioma nacional ha presentado siempre el mismo fenómeno de dividirse en lengua noble, ó sea, el habla literaria, y en vulgar, ó sea, el usado por la generalidad del pueblo... Unicamente cuando el dialecto se derrama á toda una comarca y es hablado allí, á la vez, por todas las diversas capas sociales, puede aspirar, no solamente á los honores de una literatura regional, sino que todavía á tomar los caracteres de un idioma escrito... Excelente cosa es, pues, que se emplee el dialecto, sea fragmentaria ó totalmente; pero aspirar á que las obras así escritas sean las genuinas y exclusivas representantes de la literatura de una nación, tan sólo por adoptar la forma idiomática del hablar vulgar, me parece un verdadero dislate, sin que esto signifique enemiga alguna contra la importancia de los dialectos».

Inquiriendo los orígenes de esa tendencia, el Sr. Quesada historia el proceso de la literatura gauchesca, desde Bartolomé Hidalgo, su inventor, y á través de las obras de Hilario Ascabusi, Estanislao del Campo y José Hernández, autores de los conocidos libros *Santos Vega, Fausto* y *Martín Fierro*. El Sr. Quesada concluye condenando «las tentativas hechas para resucitar, fuera de tiempo, un género lógico en su momento, absurdo hoy».

«Siempre hemos creído—dice á este propósito un crítico de la excelente revista uruguaya, *Vida Moderna*—que cultivar el *gauchismo cursi,* que diría Groussac, es desandar lo progresado; es no ya estancarse, sino retrogradar, rendir tributo á fórmulas que fueron y que tuvieron su razón de ser en épocas felizmente pasadas... es, hasta cierto punto, denotar falta del sentido civilizador.

»El criollismo, tal como lo vemos hoy, ya en la poesía, ya en el teatro, indebidamente llamado *nacional,* sólo es escuela de compadraje intolerable.

»Si se pretende cantar las leyendas criollas, no es preciso recurrir á un lenguaje prosáico y vulgar. Rafael Obligado, el poeta más «argentino» de su tiempo, como afirma Quesada, lo demuestra en *La muerte de un payador*.

»Por lo demás, es querer perpetuar en la poesía la ficción de lo que ya no existe. En verdad, el gaucho ha muerto. Esto no quiere decir que sea obra santa rechazar su memoria y su leyenda. No, de ninguna manera; pero nos parece que debe guardarse pura la esencia de la tradición, no desvirtuándola en su carácter. Acaba de decir magníficamente un espíritu culto (Mariano de Vedia):

«La tradición no es para mí sino el vínculo íntimo, poético, melancólico, diré, de las generaciones, en la sucesión de las edades; no impone deberes de conciencia, ni reglas de conducta, no sirve como fuente de ideales, porque sólo arrastra en su curso cosas muertas; es la vida pasada, la vida vivida, miemtras lo que debe preocuparnos, en provecho propio y en provecho de los que nos sustituirán, es la vida venidera, la vida por vivir. Es mucho más util cultivar esperanzas que cultivar recuerdos, porque las esperanzas aceleran la marcha y los recuerdos la acortan y la detienen».

Deploramos que la forma volandera de estas LECTURAS y su obligada brevedad nos impida seguir poco á poco el minucioso análisis que el Sr. Quesada hace de la literatura y el *idioma* gauchescos. La cuestión, por el íntimo enlace que tiene con la general del castellano en América y con las pretensiones del Dr. Abeille y sus imitadores (de que ya se ha tratado en estas páginas), interesa mucho á los lectores españoles. El autor resume sus argumentos en el siguiente párrafo final, en que alude á un libro del Sr. Soto y Calvo, defensor del «criollismo»: «Creo que el error fundamental de *Nostalgia* consiste en no mirar por su corazón y por su lengua, olvidando que, en un país como el nuestro, de índole exageradamente cosmopolita, donde ideas y costumbres andan en revuelta confusión, es deber de los cultores de las letras tratar de salvar el lenguaje litera-

rio—el cual, precisamente, es el depositario del espíritu de la raza, de su genio mismo—de la contaminación y corruptela de aquel entrevero de gentes y de idiomas; de ahí que sea menester que, por sobre nuestro cosmopolitismo, se mantenga incólume la tradición nacional, el alma de los que nos dieron patria, el sello genuinamente argentino, la pureza y gallardía de nuestro idioma». Y, en una nota, traslada el acuerdo del Congreso pan-americano de Méjico, según el cual: «Considerando que el idioma castellano, por conformidad unánime de filólogos americanos y europeos, tiene en el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, del escritor colombiano D. Rufino J. Cuervo, un monumento que honra altamente á la ciencia de América, destinado á contribuir de modo poderoso al mejor conocimiento y perfección del idioma mismo», y que por el mucho coste de esta obra sólo ha podido el autor publicar los dos primeros tomos, quedando inéditos otros tres, los delegados recomiendan á sus respectivos Gobiernos que tomen á su cargo, mediante suscrición que abrazará toda América, la impresión del monumental *Diccionario*».

El Sr. Quesada añade este comentario sabroso: «Es realmente curioso que Cuervo, malgrado sus inclinaciones separatistas en materia de idioma, según su monografía del *Bulletin hispanique*, haya servido, con su monumental *Diccionario,* de lazo de unión entre todos los paises de América, los que han aprovechado la oportunidad para proclamar la necesidad *de contribuir, de modo poderoso, al mejor conocimiento y perfección del idioma mismo*».

***

El Dr. E. M. Cavazzutti teme, con razón, que el enorme crecimiento de la literatura científica acabe por hacer imposible todo progreso ó, cuando menos, impida que los estudiosos sigan paso á paso el desarrollo de las doctrinas é invenciones y puedan escoger acertadamente lo útil en medio de la terrible

maraña de libros, folletos y revistas que caen como lluvia torrencial sobre los cultivadores de cualquier ramo de conocimientos. La preocupación es legítima. Con referencia especial á la Historia de California, ha dado nacimiento á la célebre Biblioteca de Bancroft, cuyo origen y organización cuenta con mucha gracia Langlois (1). El *Proyecto* del Dr. Cavazzutti (2) viene á tener una orientación semejante.

He aquí su plan:

«En cada capital de los Estados Europeos, y en las principales ciudades de ambas Américas, de Australia y de las naciones civilizadas del Asia, se establecerá un Instituto Científico que se denominará *Emporium,* y será dividido en tres Reparticiones: *Bibliográfica, Experimental,* y *para los Congresos.*

Repartición bibliográfica.—I. Estará dividida en tantas secciones cuantas ramas tiene el saber humano.

II. Cada sección estará regida por una Comisión de personas idóneas, que eligirán de su seno á un director.

III. Los directores reunidos constituirán el Consejo directivo que deberá dirigir la Repartición, representarla en los Congresos intra é internacionales de los Emporium, de las casas editoras, de la prensa, de los bibliotecarios, etc.; é intervendrán en las desavenencias de orden interno y en las que podrían surgir entre Comisiones, editores y autores.

IV. Los editores de toda nación europea tendrán el deber de remitir á sus Emporium, y los de América, Australia y Asia á los Emporium designados, todas las obras científicas—libros, folletos, memorias académicas, actas congresales y periódicos—recién publicados.

V. Cada Comisión tendrá el encargo de hacer de todas las

---

(1) V. su libro *Questions d'histoire et d'enseignement.* París, 1902.—3,50 francos.

(2) Buenos Aires, 1902.—Un vol. de 180 págs., en que el Proyecto va impreso en inglés, español, francés, alemán é italiano.

obras relacionadas con su ramo extractos claros, sucintos y breves que den, á primera vista, la idea exacta del argumento que tratan.

VI. Los extractos de los artículos deberán contener, con el nombre del autor, el título del periódico en que han aparecido, el sitio de su publicación y la fecha; los de las memorias académicas sus títulos, el título de la Academia y el nombre del autor; los extractos de libros y folletos deberán contener el título, la fecha, su precio, los nombres del autor y el editor, y la exposición sumaria del índice, que podrá ser inserta, si así conviniera al que hiciere la relación, en el extracto mismo.

VII. Los extractos se publicarán mensualmente en volúmenes, de tamaño reducido, con el título de «Emporium», Repartición bibliográfica, y con la indicación de la materia tratada, por ejemplo: *Sección Médica.*

VIII. Estas publicaciones se canjearán recíprocamente entre todos los *Emporium* del mundo, y se les dará la más extensa difusión, remitiéndolas gratuítamente á todas las bibliotecas particulares y públicas, á las enseñanzas de las Universidades, á los Institutos de Educación, á los Círculos y Laboratorios Científicos, á las Academias, á los sabios de renombre y á cuantos las solicitaran».

Tarea análoga corresponderá á *Repartición experimental,* por lo que se refiere á la experimentación de los trabajos de laboratorio en ciencias naturales y antropológicas (v. gr., la pedagogía).

La *Repartición para los Congresos* tendrá por función especial «preparar, organizar y facilitar los Congresos nacionales é internacionales, y concurrir á que su acción sea práctica, eficaz y fecunda».

El autor cree firmemente que «las Reparticiones Bibliográficas, excluyendo de los *Emporium* los trabajos sin valor científico, y premiando los explicados con la brevedad más rigurosa, concurrirán á disminuir la excesiva producción bi-

bliográfica y á concentrar y restringir siempre más el material utilizable».

El proyecto está dedicado al célebre Andres Carnegie.

***

El libro de Americo Lugo (1) es una colección de artículos, relativos unos á cuestiones de política é historia dominicanas, otros á cuestiones generales de derecho y educación. Del primero de ellos, *Sobre política*, entresacamos los párrafos siguientes, que dan idea del estado actual del pueblo dominicano:

«Los pueblos no tienen salvadores: pueblo que cree necesitar un hombre para salvarse, no merece categoría de personalidad internacional; pueblo que afirma que un hombre le arrebató sus derechos, es un imbécil que necesita salud y escuela. Creo sinceramente que todos los gérmenes que crearon la antigua situación política, pugnan por restablecerla; que la Revolución de Julio, revolución de sentimientos, no ha transcendido suficientemente á las ideas... que la intransigencia es la actitud menos conveniente para el logro de la felicidad pública... Si, como creo, nuestros males provienen de nuestra ignorancia y de nuestra debilidad, á combatir estos defectos, no hombre ninguno ni partido ninguno, apliquemos nuestros esfuerzos... No hay que forjarse ilusiones sobre el valer moral del pueblo dominicano. El valer moral alcanza siempre el límite de la capacidad intelectual, y nuestra capacidad intelectual es casi nula». Con ardoroso y valiente patriotismo el autor aboga por la lucha contra la ignorancia para salvar á su país.

Respecto de las relaciones entre los pueblos americanos y España, dice: «Bien pueden llamarse hispanoamericanos los Centro y Sur-americanos. Pero por lo que tienen de hispanos no ha de seguirse que sólo deban considerarse españoles por

(1) *A Punto-largo*. Santo Domingo, 1901, 222 págs.

el origen. Por el origen son tan americanos como españoles... Pero en la formación de toda nacionalidad existe un vínculo, que es precisamente el de la sangre: el vínculo histórico, tradicional. Es innegable que éste no nos le han dado los americanos primitivos». Ese vínculo procede de España. «Por la influencia decisiva de lo español en el elemento más decisivo de la formación de una nacionalidad, las nacionalidades Centro y Sur-americanas han venido á ser hijas de España antes que de ninguna otra madre». Españoles son sus defectos y sus cualidades buenas; su literatura y su religión; su fanatismo intolerante y su política; su valor en la guerra y su holganza en el campo... «España, sin embargo—concluye—ha esparcido tanto perfume de virtud y nobleza en el ambiente americano; tanto polvo de grandeza cubre las manchas de sus armas, que no es posible que no olvidemos faltas, que no perdonemos extravíos, para irnos tras el alma de ese gran pueblo, figuración terrible y dolorosa del mayor de sus conquistadores, que busca en nuestros bosques solitarios, en la cima de nuestras montañas altísimas, en la blanca espuma de nuestros mares, en la obscuridad de nuestras ruínas, el recuerdo de la perdida gloria».

Dedícanse ahora los americanos, con ahinco, á publicar libros inéditos ó traducir los ya conocidos que se refieren á su historia antigua y á la exploración de sus tierras. Ejemplo de ello hemos visto en otras LECTURAS, al citar la abundante producción de este género que el Perú nos ofrece.

Igual carácter reviste el *Viaje de Vanconver* (1) que acaba de traducir el Sr. Peña M., y á este título lo señalamos á nuestros lectores, pues el *Viaje* mismo no es ninguna novedad para los estudiosos de Europa.

HISPANUS.

MEMENTO.—E. Frugani, *De lo más hondo*, prólogo de José E. Rodó, Montevideo, 1902.—J. Gabriel Machado, *El criterio de una Eva*, diálogo filosófico, Ciudad-Bolívar (Venezuela), 1902.—República dos Estados-

(1) Santiago de Chile, 1902, 24-104 págs.

Unidos do Brasil, Directoria geral de Estadística, *Registro civil, 1895*, Río de Janeiro, 1901.—Idem, *Idades, Populaçao recenteada em 31 Dezembro de 1890*.—Tomás A. Ramírez, *La misión civilizadora del Estado*, Santiago de Chile, 1901.—S. Escobar, *Geografía de Guatemala*, Guatemala, 1899.—*Memoria de Estadística de la República de Guatemala*, Guatemala, 1893.—*Memoria de Relaciones exteriores y Justicia, de San Salvador*, San Salvador, 1901.

CRÓNICA LITERARIA

En torno al Casticismo, por D. Miguel de Unamuno.—*Cultivadores de los estudios históricos en Cataluña en el siglo XVIII*, discurso de recepción de D. Antonio Elías de Molins, en la Academia de Buenas Letras de Barcelona.—*Desgarrada* (novela), por Caïel.

Los estudios titulados *En torno al Casticismo* se publicaron en esta Revista hará cosa de siete años, y ahora se han reimpreso en la *Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales*, que aparece en Barcelona bajo la dirección de D. Alfredo Calderón y don Santiago Valentí Camp. Fueron estos estudios la primer obra importante de Unamuno, por lo menos la primera que se difundió entre el público y dió á su autor la fama, que desde entonces ha ido creciendo, de escritor original y pensador profundo.

Al reimprimirlos hoy, el autor les ha conservado la redacción primitiva, sin introducir en ellos modificaciones, si bien en el prólogo de la edición actual indica en qué puntos ha variado su parecer. El asunto de esta obra es de gran interés teórico, quizás no carezca de aplicación práctica, según indicaré luego, y la manera como lo ve y lo explica Unamuno, es agradable y sugestiva; deleita y hace pensar.

El título es muy propio. Se titulan estos estudios *En torno al Casticismo,* y, en efecto, alrededor del casticismo giran, sin ser un estudio ordenado y sistemático de él, en que se sigan derechamente los caminos de la demostración lógica ó de la exposición retórica. El discurso se aparta á cada paso del camino real, se va por la derecha, por la izquierda, vagabundea,

y á veces el lector pierde la noción exacta del camino recorrido. Dice el autor, al final de estos estudios, que le resultaron «notas sueltas, sarta sin cuerda, en que se apuntan muchas cosas y ninguna se acaba». Algo de eso hay, en efecto; la digresión es la regla, la continuidad en los razonamientos, la excepción. Parece el libro de Unamuno, escrito al correr de la pluma, á medida que se le iban ocurriendo las cosas, sin pararse á ordenarlas y clasificarlas, por inspiración espontánea, no con reflexión metódica, y esto que da al libro su original fisonomía, por lo que toca á la forma, es causa de que sea ésta una obra que pide *lenta lectura,* y lectura repetida, y que de primeras deja una inspiración fragmentaria, confusa, de la cual no descuella un principio de unidad.

Esta forma de estar escritos los estudios de Unamuno, se ajusta sin duda al modo natural de la producción del pensamiento. Nadie piensa en forma silogística, ni según el orden riguroso de las partes del discurso. La abundancia de digresiones es señal, sin duda, de riqueza de pensamiento. Cada idea evoca y arrastra tras de sí otras. La cuestión está en averiguar si se debe escribir como se piensa ó si los artificios de una exposición metódica y sistemática son útiles. A mi parecer, lo son indudablemente en los escritos didácticos, en todos aquellos en que se trata de enseñar ó de demostrar algo, de sostener una tesis cualquiera. Sin duda el trabajo reflexivo de ordenación roba al pensamiento parte de su nativa frescura, le quita savia y jugo al encajonarle en los moldes lógicos, le desarticula, le poda vistosas ramillas que le hacían más grato á la vista, le somete á las formas rígidas y regulares de una geometría del pensamiento; pero con todo eso gana la claridad, el escritor se hace comprender mejor y de un mayor número de personas, hace más preciso y más visible el esquema de su pensamiento, acuña en moneda circulante que pueden dar y tomar todos la materia prima de su originalidad. Artísticamente, es superior la forma de exposición que emplea Unamuno; para los fines demostrativos, inferior.

Pasemos de la forma al fondo. De lo castizo se habla generalmente refiriéndose á las letras. Es uno de los elogios de cajón, uno de los *tópicos* del bombo. A cada paso vemos impreso, hablando de libros, que el lenguaje es castizo, que lo es la forma ó el estilo. Es un elogio desprestigiado por el abuso, una de esas palabras que de puro traídas y llevadas se ponen borrosas y pierden el sentido. Pero lo castizo, como indica Unamuno, no se limita á un modo de decir; igualmente puede aplicarse al pensar y al obrar. Lo castizo es lo conforme á la casta, lo que conserva ó manifiesta con fidelidad el carácter de un pueblo. Al elogiar la cualidad de castizo lo que se elogia es esa fidelidad. Se afirma implícitamente que á un pueblo le conviene ser consecuente con su índole privativa, cultivar su viña, ser lo que es en lugar de procurar ser lo que son otros. Es una defensa de la originalidad, de lo diferencial, de lo característico, que tira insensiblemente á exclusivista.

¿Y dónde se busca la revelación ó el patrón de lo castizo? No se puede buscar en la historia toda de un pueblo, porque cuando esa historia está acabada, el pueblo ha pasado, no existe ya y la investigación de lo que en él fue castizo se reduce á un ejemplo histórico, á un tema erudito, como sería si nos pusiéramos á averiguar el casticismo de romanos ó griegos. La cuestión de lo castizo suele plantearse con relación á un pueblo vivo y con tendencia á aplicaciones prácticas: criterio, consejo, censura. ¿Y qué se hace entonces? Se busca la norma de lo castizo en una época, en el período culminante de la hishistoria de un pueblo, en los días en que dió de sí cuanto parece que podía dar y desenvolvió plenamente su carácter. El espíritu de la casta, el genio nacional ó el genio de la raza dió entonces, se supone, sus más maduros frutos. A ese pasado se va á buscar lo castizo, y como lo castizo es lo diferencial de la casta, fácilmente se incurre en la confusión de tomar por ello lo diferencial de aquella época de apogeo en que se presume que floreció mejor el casticismo. Por ahí se convierte

éste en tradicionalismo, y el empeño en restaurarle en esfuerzo en revivir lo pasado, en resucitar cosas muertas.

Unamuno estudia el casticismo español. Tratándose de España, la elección de época castiza, típica, no es dudosa. Pueblo en decadencia, volvemos instintivamente la mirada á los días de nuestra grandeza. Lo castizo es nuestro siglo de oro, la literatura y el lenguaje de entonces, y aceptando las demás consecuencias, las instituciones, costumbres y manera de ser de aquella época. En literatura suele admitirse esto sin dificultad, porque las letras y las artes están más desligadas de los intereses que crea el mudar de los tiempos y el andar de la historia. No así en politica y en las demás formas de actividad que influyen más en la vida práctica. En éstas la adhesión á lo castizo y á su cristalización en una época—en nuestro siglo XVI—queda reducida á una escuela, al tradicionalismo en sus diferentes formas y matices.

Contra esta tendencia va el notable libro de Unamuno. En él investiga los caracteres del casticismo histórico tal como suele entenderse. Busca su manifestación en la literatura, especialmente en el teatro, en la mística, y también en la cuna física de la casta histórica, Castilla. Siguiendo el método de Buckle, relaciona con las condiciones del medio físico las cualidades espirituales del pueblo y uno de los más notables pasajes de su obra es ciertamente aquel en que describe el clima y el paisaje de Castilla y explica por ellos ó en relación con ellos el alma castellana.

Las conclusiones de Unamuno son *anticasticistas*. Cultivando su nota diferencial un pueblo, camina á su empobrecimiento espiritual. Lo castizo no debe buscarse en una época pasada; la tradición eterna no la hallaremos atrás, en la superficie histórica de una época, sino en lo presente, pero tampoco en su superficie, sino en lo intrahistórico ó subhistórico, en lo que está debajo de la historia aparente, en lo que es elaboración espontánea de la vida del pueblo, costumbre. Ahí hallaremos el fondo humano unido á la nota diferencial. Y en vez

de encerrarnos en nuestro propio ambiente, cerrando puertas y ventanas para que no entre el aire de fuera, hay que orear nuestra morada histórica dejando paso á esas influencias. No hay que encerrarse en el capullo del gusano muerto.

Muy fundadas parecen las conclusiones del sabio rector de Salamanca. Los partidarios del casticismo, tal como suele entenderse, al combatir las imitaciones de lo extranjero las dan como señal y confesión de impotencia é infecundidad presente. Y no advierten que el atenerse á lo pasado y desandar el camino para ir á buscar atrás normas é inspiraciones no es menor señal de infecundidad y de pobreza.

El amor á lo pasado es, en verdad, uno de los sentimientos más naturales. La frase de Spencer «los muertos gobiernan á los vivos» es una observación verídica y profunda. La fuerza del hábito, la incorporación de propensiones y cualidades por efecto de la herencia colectiva, explica de sobra el apego á lo antiguo. Y á esa influencia inconsciente, instintiva, que es la más sólida y segura, se une en los espíritus cultivados la afición arqueológica, el gusto por las cosas pasadas y la sugestión del consentimiento ó el aplauso de la posteridad. En la admiración que despiertan las obras maestras de épocas pasadas entra por mucho el que las han admirado numerosas generaciones, y llegan á nosotros como cosa consagrada ya, á favor de la cual han dado los hombres en el curso del tiempo sentencia definitiva.

La admiración y el aplauso de tantas generaciones parecen incorporarse á las cosas que alcanzan esta gloriosa supervivencia, y con ellos se imponen á nuestra crítica al punto de parecernos insuperables.

Pero ¿puede tener aplicaciones prácticas esta cuestión del casticismo? Si el casticismo es un bien y la norma de lo castizo está en lo pasado, ¿se puede volver á ese pasado mediante un esfuerzo reflexivo? ¿Puede un pueblo volverse castizo si dejó de serlo, si perdió las cualidades que se suponen características de la casta? ¿Es posible efectuar ese retorno, con su cuenta y

razón, como cosa conveniente? Desde luego puede contestarse que no. La elaboración del carácter de un pueblo es obra espontánea, y en vano intentarían encaminarla por una dirección diferente de aquella á que naturalmente se incline todos los pedagogos, todos los estadistas, todos los poderes tutelares. El carácter es irreformable. Y no sólo el carácter en sus hondas raíces, pero tampoco sus manifestaciones exteriores son fácilmente modificables con arreglo á un plan reflexivo y en vista de una ventaja ó una utilidad determinada. Para hacer un experimento de esta clase con algunas probabilidades de éxito se necesitaría una condición que está fuera de la realidad histórica presente: la existencia de generaciones sucesivas de gobernantes, de maestros, de directores espirituales y temporales de un pueblo, que se propusieran con unidad de miras el empeño de resucitar en él el espíritu que le animó en pasados siglos. Aun con esta condición sería problemático el resultado. Hasta en lo más modesto, en lo que más sencillo y hacedero parece vemos fracasar ensayos tales. Conservar el tipo de lenguaje del siglo XVI es sin duda mucho más fácil que resucitar el espíritu de la época. Lo último es una resurrección; para lo primero basta un embalsamamiento. Y sin embargo, á pesar de la acción conservadora de las Academias, de la enseñanza, de la lectura de los clásicos, del aplauso que rodea sus obras, el lenguaje varía cada vez más, y los que quieren seguir usando aquél no consiguen otra cosa que hacer frías restauraciones de un arcaísmo que huele á muerto, que no tiene ya alma ni calor. El mudar, en bien ó en mal, es forzoso, mientras dura la vida.

La consecuencia de esto parecerá ser que la cuestión del casticismo carece de aplicación práctica, pero no es así. La exaltación del casticismo en literatura, que es el terreno en que mejor se defiende y en que es defendible hasta cierto punto, puede servir de tapadera para exaltar otras cosas pasadas y para dorar las apariencias del espíritu de exclusivismo y aislamiento. Claro que esto no nos hará volver al siglo XVI; no

hay el menor peligro para quien peligro lo juzgue, ni la menor esperanza para el que haga de ello materia de esperanzas. Las fuerzas inconscientes y espontáneas podrán siempre mucho más que las reflexivas; pero, ¿á qué malgastar éstas en visitas á los cementerios de la historia? En este sentido, la doctrina de Unamuno es excelente.

*
* *

En la Academia de Buenas Letras de Barcelona ingresó ha poco D. Antonio Elías de Molins, escritor muy erudito y laborioso, que ha prestado importantes servicios á las letras patrias y á los estudios históricos, entre ellos el de haber sostenido bastante tiempo la *Revista crítica de Historia y Literatura española, portuguesa é hispanoamericana,* fundada por Altamira y digna de un apoyo que, por lo visto no ha hallado en el público, cuando va á desaparecer.

El Centralismo ha quitado importancia á estas Academias locales, pero de vez en cuando se leen en ellas discursos de importancia. A este número pertenece el del Sr. Elías de Molins, que versó sobre el estado de los estudios históricos en Cataluña durante el siglo XVIII, período interesante de la Historia de España, y poco estudiado hasta el presente. En Cataluña, donde la guerra de sucesión dejó más hondas y duraderas huellas que en el resto de la Península, por la participación especial que tomó aquella región en la lucha dinástica, ese período es de decadencia. Con todo, el Sr. Elías de Molins cita bastantes cultivadores de las ciencias históricas, y en particular de las antigüedades eclesiásticas. De entre todos ellos, se destaca la figura del Padre Cuaresmar, Abad de Bellpuig de las Avellanas, «sujeto de instrucción sólida, incansable investigador, inteligente palégrafo y entendido numismático»—dice el Sr. Elías de Molins—cuyas miras eran «sacar del poder de la ignorancia y del desprecio alguna parte del gran teatro de la antigüedad que está escondido». Al Padre Cuaresmar está con-

sagrada la parte más curiosa del discurso, y merece particular mención lo relativo á las persecuciones que padeció con motivo de haber rectificado algunos hechos legendarios relativos á Santa Eulalia. No le valieron al Padre Cuaresmar los grandes servicios que había prestado al Cabildo de Barcelona ordenando su archivo, trabajo ímprobo—dice el P. Traggia—en que consumió la flor de sus años extractando ó copiando por orden cronológico más de 14.000 escrituras; ni se tuvo en cuenta tampoco el gran servicio que había prestado al esclarecimiento de la vida de Santa Eulalia, descubriendo la urna ó sepulcro en que fué depositado su cuerpo en la Catedral de Barcelona. Bastó que distinguiese los martirios de las dos Eulalias y redujese á número más corto los trece tormentos de la Santa Eulalia de Barcelona, para que fuese objeto de sañuda persecución.

«El pueblo y varios escritores de pocas luces y menos criterio—dice el Sr. Elías de Molins—emprendieron dura y desconsiderada campaña contra el Padre Cuaresmar. En las calles de Barcelona fué apedreado, insultado, y se compusieron versos denigrantes faltos de caridad y de sentido común, que revelan el apasionamiento de todos, por haber roto con arraigadas preocupaciones y falsedades históricas». Algunas muestras de estos versos se copian en el discurso, y en una de dichas composiciones el poeta, después de llamar jumento á Cuaresmar, le compara con Daciano.

De dos Dacianos confieso
Soys Eulalia perseguida,
Uno que os quita la vida
Y otro que os impide el rezo.

Las desventuras del Padre Cuaresmar, á quien el Cabildo de Barcelona llegó á cerrar las puertas de su archivo, del mismo archivo en cuya ordenación había consumido diez años de su vida, son uno de los muchos ejemplos que hay de cuán peligroso ha sido y acaso es todavía el papel de desfacedor de

entuertos históricos. Luchar con las leyendas de la historia, vale tanto como luchar con la credulidad, con la ignorancia, con el fanatismo, con una porción de monstruos que se encrespan y amenazan devorar al osado que pone la mano en ellos ó se mete por sus dominios.

En el discurso del Sr. Elías de Molíns hay más erudición que arte literario, más datos que retórica. Contando acaso con materiales suficientes para ello, no ha trazado un cuadro completo y orgánico de lo que fueron los estudios de erudición histórica en Cataluña durante aquella época. Ha reducido á proporción muy escasa la parte pintoresca de descripción de costumbres, que es el aderezo de estas monografías históricas. Se ha limitado á enumerar autores y obras, fijándose en la labor parcial de cada uno más que en el conjunto. Quizás la materia le pareció escasa y pobre el asunto para sacar una pintura general de historia de un género en un momento determinado, de las notas biográficas y bibliográficas que forman su discurso. Con menos materiales y menor estudio han dado otros más brillante y atractiva apariencia á trabajos menos sólidos y con menos base de investigación personal que el del Sr. Elías de Molíns. El *savoir faire* avalora los materiales de que se sirve el escritor de historia, y hasta sirve á veces para hacer pasar mucha moneda falsa. Dentro de su sencillez y de su falta de afeites literarios, el discurso del Sr. Elías de Molíns es una monografía muy recomendable.

*
* *

Desgarrada se titula una novelita de la distinguida escritora portuguesa que usa el seudónimo Caïel. Los lectores de La España Moderna recordarán otra obra de Caïel: *Genoveva Montaña*, interesante novela epistolar en que hay mucha psicología femenina auténtica, es decir, interpretada por una mujer.

La nueva producción de la escritora portuguesa pinta tam-

bién un carácter de mujer. La heroína de la novela es seducida y busca su rehabilitación moral consagrándose al hijo que nace de sus desgraciados amores, para hacer de él un hombre de provecho. Tiene esta novela cierto sentido feminista, y lo más característico de ella es el contraste de las dos morales del seductor y de la seducida. El seductor es lo que los franceses llaman un *arriviste,* un hombre que quiere llegar á conquistarse una posición sin escrupulizar mucho en los medios. No abandona á Germana (así se llama la heroína de la novela) por desamor ó cansancio. En realidad, no la abandona, se casa con otra que le da la posición; pero quisiera conservar á la amada. Y Germana, herida en su delicadeza de mujer por aquel desengaño, se consagra en absoluto á su hijo, y cuando pasados los años el seductor aparece otra vez, ya viudo, y quiere reanudar la pasada historia de amor y reivindicar el hijo, ella le rechaza. Entre los dos no hay ya nada de común; el engaño pasado es irreparable, el hijo es de ella, que le hizo hombre. Así las dos morales, la moral acomodaticia y fácil del seductor, y la moral austera y algo rencorosa de la seducida, son dos morales divergentes de la moral común, partidaria de las justas nupcias y de la legitimación por subsiguiente matrimonio, con arreglo á la cual terminaría en boda la novela.

La obra de Caïel es una novela un poco fría. Contiene algunos cuadros de costumbres de la clase media portuguesa trazados con soltura. En este punto las novelas modernas de escritores lusitanos tienen cierto aire de familia. Los tipos que presentan son muy semejantes. Quizás el medio social no ofrece mayor variedad. En cuanto puedo juzgar de un libro escrito en lengua para mí extranjera, la prosa de Caïel me parece correcta y elegante.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ocultismo: La religión del asesinato.=Psiquiatría: -Rarezas de los hombres geniales.—Simpatías y antipatías.—Gastos gastronómicos.=Sociología: Papel social de la alegría.=Psicología: Cómo trabaja el hombre de genio.=Literatura: El trabajo de estilo en Gustavo Flaubert.=Costumbres: Las bibliotecas ambulantes.—Tolstoismo: La ciencia política y el dinero.=Intelectualismo: La influencia alemana.=Impresiones y notas: Bismarck y el número 3.—Á la memoria de Virchow.—La expansión rusa.—Los matrimonios por sorpresa.—La fortuna de Edgardo Poe.—En fabla del lugarejo.

OCULTISMO

La religión del asesinato.—Juan Finot, el distinguido Director de *La Revue* de París, dedica un artículo al estudio de la famosa secta india de los Thugs, que cree firmemente en la extrangulación del prójimo como medio seguro de salvación eterna, y que pone en práctica semejante creencia con un fervor y fanatismo espantables, para hacerse gratos á la diosa Kali.

El capitán Patou ofreció, en 1890, al Gobierno inglés un curiosísimo mapa ó plano de la provincia de Uda, en el que aparecían señalados los sitios en que los Thugs habían extrangulado y sepultado á sus víctimas. En la memoria explicativa del plano, se encuentran detalles espeluznantes. Allí figuraban unos 5.200 asesinatos cometidos por unas cuarenta personas, todas estimadísimas en el país, y por todos respetadas y consideradas. A la cabeza figuraba el venerable Buhram, que en el espacio de cuarenta años había cometido 934 asesinatos;

le seguía Ramson, que había extrangulado 608 personas, y detrás venía Fussy Khan, que había asesinado á 508, pero sólo en treinta años, saliendo, per consiguíente, á 25 asesinatos al año, uno cada quince días. Los siguientes Thugs de la horrenda lista tenían á su cargo cifras de menor consideración, figurando Imanibuy el Negro, con 340 extrangulaciones; Alayar, con 277; Muckdumi, con 264, y así sucesivamente.

Las estadísticas inglesas han llegado á pretender que se inmolaban en la India anualmente, en honor de la diosa Kali, de 30.000 á 50.000 vidas humanas, siendo lo más admirable que estos asesinatos tan numerosos se ejecutaban siempre sin que nadie los viera ni nadie los denunciara. Las familias mismas de las víctimas, por temor ó por superstición, no se atrevían á presentar una queja, ni menos á dirigir una acusación á nadie. Y los asesinos eran personas estimadas, de gran posición social, magistrados y funcionarios respetabilísimos.

¿Por qué semejante conducta? Por la creencia de que cada uno de aquellos asesinatos era un mérito más á los ojos de la insaciable diosa, y una letra girada sobre la vida futura para ser cobrada en bienandanzas y felicidad eterna. Los mismos asesinados, con arreglo á la doctrina de los Thugs, participaban de aquellas venturas al ser sacrificados en aras de la diosa Kali, y lejos de hacerles un mal con extrangularlos, se les hacía un grandísimo bien, pues se les abrían las puertas del Paraiso. Así se explica que, cuando perseguido un Thug por los Tribunales, confesaba sus crímenes, lejos de arrepentirse, se vanagloriaba de ellos como de un mérito superior. Así se explica que, personas respetables por otros conceptos, de vida intachable y de excelentes costumbres, no vacilaran en extrangular al primero que se les presentaba en condiciones favorables para ello.

No se crea que esto es fácil. El Thug tiene que matar, pero sin derramar ni una gota de sangre. Por eso apela á la extrangulación, y para realizarla sin derramamiento de sangre acude á mil estratagemas, auxiliándose de cuantos adeptos

necesita. Como ejemplo de su modo de proceder, puede citarse el siguiente caso: Un oficial mongol, valiente y gallardo, acompañado por dos criados, viajaba por el reino de Uda. Llegado á orillas del Ganges, encontró un grupo de personas respetables, que le pidieron el permiso de seguir el camino en su compañía; el oficial se negó, sospechando; los otros insistieron, y el oficial, irritado, les obligó á retroceder; al día siguiente encontró otro grupo, que le habló del peligro de viajar solo, ofreciéndose á escoltarle, repitiéndose la escena anterior. Así pudo el bravo oficial desentenderse varios días de las maquinaciones de los Thugs. Al cuarto día llegó á una llanura desierta, y á pocos pasos del camino vió á seis pobres musulmanes que lloraban en torno de un compañero que había muerto de fatiga: habían abierto la hoya para sepultarle, pero ninguno sabía leer el Korán, y todos rogaron de rodillas al oficial que les prestara el servicio necesario. El oficial se conmovió, bajó del caballo, y se acercó al foso para recitar la plegaria de difuntos. En aquel momento los seis musulmanes arrojan á él y á sus criados los pañuelos que tenían preparados, los extrangulan y los entierran. Con esta astucia lograron al fin su propósito.

El asesinato se ejecuta con tal fanatismo, que no admite gracia ni piedad. Dirigidos por su *jemadar,* los Thugs siguen fielmente la consigna, y obran conforme al plan trazado por sus jefes. ¿De dónde ha venido esta religión de la extrangulación? No se sabe. Es antiquísima. En tiempo de Sleeman, que fué quien puso freno y castigo, en 1830, á tan peligrosa secta, se llegaron á decapitar 2.000 Thugs al año. El número había disminuído muchísimo desde aquel período de persecución; pero desde 1895 ha vuelto á aumentar, habiendo salido de su seno otra nueva secta, los Waturea, que en lugar de la extrangulación emplean el envenenamiento.

PSIQUIATRIA

Rarezas de los hombres geniales. — Los hombres que se distinguen del común, tienen—dice en *La Rassegna Internazionale* Jacinto Stiavelli, — un modo de pensar, de sentir y de obrar, que difiere más ó menos del de los hombres vulgares, y con razón dice de ellos el vulgo que tienen en la cabeza un grano de locura. Un grano, sí, pero no más, como pretende Lombroso en sus exageraciones al sostener que el genio es siempre una neurosis, y no raramente una verdadera locura. Llamemós á las anomalías que á veces se encuentran en los grandes hombres extravagancias, rarezas, excentricidades, pero no locuras; pues así confundiremos al hombre genial con el habitante del manicomio, y eso no es exacto ni científico.

Inspiración y modo de componer obras. — Alceo y Aristófanes, componíañ sus cantos y comedias en estado de embriaguez. Esquilo, según Ateneo, tenía siempre al lado, cuando se ponía á escribir sus tragedias, una ánfora llena de vino, y lo mismo hacía Anacreonte al componer sus odas.

Voltaire y Balzac pedían, en cambio, inspiración al café, y Poe, Hoffmann, Musset, Baudelaire, Gerardo de Nerval, Rovani y Emilio Praga, no escribían sino alcoholizados. Hoffmann decía que el todo estaba en saberse embriagar bien, y aconsejaba, para la música de Iglesia, los vinos añejos de Francia; para la ópera seria, el Borgoña, y para la cómica, el Champagne.

Goethe componía frecuentemente caminando al aire libre, y quien lo veía entonces agitado lo tomaba por un loco. Salieri necesitaba para excitarse recorrer las calles más pobladas con un bastón, una bolsa de confites, de donde sacaba dulces de cuando en cuando, un lápiz y un album. Delavigne también hallaba sus ideas caminando, mientras que Etienne y Picard las encontraban acostados; también Paisiello se metía en la cama cuando quería escribir algunas notas, no conformán-

dose en el invierno con menos de nueve mantas de abrigo, y seis en el verano. Thomas, Adam y Rossini escribían también frecuentemente en la cama.

Cujas trabajaba siempre de bruces rodeado de libros y papeles esparcidos por el suelo, y Descartes y Leibnitz practicaban la meditación horizontal con frecuencia. Cimarosa necesitaba para escribir el ruido de la charla y de una conversación animada. Sarti no podía componer más que en una inmensa sala abovedada y obscura, en el silencio de la noche, y á la luz de una lámpara. Corneille y Mallebranche gustaban también para escribir de la semiobscuridad, y Mezeray trabajaba á la luz de una vela, lo mismo de día que de noche, alumbrando con ella á los que le iban á visitar, aunque fuese á mediodía. Meyerbeer, cuando trabajaba de día, cerraba las ventanas y encendía luz, pues de otro modo no acertaba á escribir. Giordani, en cambio, no podía escribir más que al sol, con mucha luz y mucho calor.

Rousseau meditaba en pleno medio día con la cabeza descubierta al aire libre, mientras que Schiller, para inspirarse, metía los pies en agua helada, costumbre que le ocasionó la muerte. Sacchini no sabía escribir una nota si no tenía á su lado á su mujer y á sus gatitos. Mehul, componía colocando sobre el piano una calavera; y Hændel, como tantos otros, sacaba la inspiración de un frasco de vino.

Maquiavelo, antes de ponerse á escribir, se endosaba la toga, y Lefebre y Buffon no se podían poner al trabajo sino vestidos con toda pulcritud. Haydn se afeitaba, se perfumaba, se ponía el traje de gala como si fuera á visitar al Emperador, se sentaba, se ponía en el dedo la sortija que le había regalado su soberano, y se ponía á escribir. También Rochefort empieza siempre sus artículos vestido con la mayor elegancia; pero á la segunda cuartilla se quita la levita, á la décima el chaleco, á la trigésima el cuello y los puños, y á la cincuenta se desabrocha los pantalones, usando papel y pluma tan especiales como su estilo.

Marco Antonio Anfossi, un monje, se ponía á escribir en una mesa cargada de siete ú ocho platos exquisitos y humeantes, y en medio de aquellos perfumes surgía la inspiración. El Marqués de Antonelle, escritor político, acostumbraba á tener cuando escribía una pirámide de platos, de la cual iba tomando los que necesitaba, poniéndoselos en la nuca y mudándolos en cuanto se calentaban, pues así creía moderar los vapores hirvientes del cerebro. Bossuet, por lo mismo, solía trabajar en una habitación fría, pero con la cabeza cubierta de paños calientes.

Bacon, Milton, Vinci, Warburton y Alfieri necesitaban oir música para escribir, y de Milton se cuenta que escribía con la cabeza echada hacia atrás en la poltrona. Bourdalone tocaba el violín antes de ponerse á escribir un sermón, y el pintor flamenco Fouquier, no podía trabajar sin tener la espada al lado. Crebillon trabajaba rodeado de lagartos, que representaban para él á sus enemigos. Ibsen tiene sobre su mesa una bandeja con muñecos de madera, entre ellos un oso, tres gatos, conejos y un diablo con cuernos y cola, y dice que sin esto no es capaz de escribir una línea.

Diderot, cuando escribía, aullaba y gesticulaba como un loco, y Scribe sollozaba como un niño. Acebes trabajaba siempre después de cenar, y Dumas padre casi siempre en ayunas. La señora de Staël mientras escribía jugaba con migas de pan, ó con un ramito de laurel, no acertando á hacer nada sin este entretenimiento. Laplace, á su vez, jugaba con un ovillo de hilo al escribir. Zola no podía ponerse al trabajo si antes no contaba los escalones que conducían á su gabinete y los objetos que tenía en el escritorio; y sólo trabajaba bien, habiendo dormido bien.

Simpatías y antipatías.—Carlos V de España tenía gran predilección por el día de San Mateo, cosa explicable por ser el de su nacimiento y el de los grandes sucesos de su vida. Luis XIII no podía sufrir á las personas de pelo rojo, ni Luis XIV á las de pelo gris. Colón atribuía todo su mérito á su

nombre de Cristóbal (*Cristóforo—Cristum ferens*); Schopenhauer odiaba á las mujeres y á los judíos; Gautier no se atrevía á pronunciar el nombre de Offenbach por miedo á que le hiciera mal de ojo; Alfieri aborrecía á los médicos, que eran todos para él, incluso el que le curó, «unos asnos»; Quimay no podía gastar una moneda que no estuviera reluciente, para lo cual limpiaba y pulía cuantas tenía, y las guardaba donde no se empañase su brillo; á su muerte encontraron sus herederos grandes sumas escondidas en todos los rincones; luego le gustaba cubrir las habitaciones con hojas de papel impresas ó manuscritas, y cuando había tapizado así todas las habitaciones, cerraba la casa y se iba en busca de otra para hacer lo mismo; á veces se divertía en prender fuego á aquellos papeles, y no dejaba entrar á nadie porque le gustaba apagarlo con su capa.

Lamothe le Vayer no podía soportar el sonido de ningún instrumento, y el poeta Favoriti no podía resistir el olor de las rosas. El bibliófilo Reimmann se pasó en pie la mayor parte de su vida, y estuvo más de treinta años sin tener silla ni sofá en su despacho. Cardán, cuando iba en coche, hacía levantar una de las cuatro ruedas, y gozaba al sentirse arrastrado de aquella manera. Blake gustaba de retratarse á orillas del mar para conversar con Moisés, Homero, Virgilio y Milton, á quienes afirmaba haber conocido personalmente. Lope de Vega no podía sufrir que en su presencia se tomara tabaco, y se ofendía siempre que oía preguntar por la edad de una persona, á menos de que fuera con fines matrimoniales.

Tomás Lloyd echaba en una vasija de agua los versos que no le gustaban; mezclaba en sus comidas todo lo que tocaba: carbón, tabaco ó cualquiera otra cosa, y creía que el carbón le purificaba y la piedra le mineralizaba. El geómetra Bolyai, se batía á duelo tocando, entre asalto y asalto, el violín, único objeto que tenía en su casa. Kant, enseñando en Kœnigsberg, había tomado la costumbre de fijar la vista en el traje de un alumno, en el sitio en que faltaba un botón; á los seis meses el alumno se presentó con el botón en su sitio, y al verlo,

Kant se desconcertó tanto, que equivocó aquella mañana la lección.

Diderot alquilaba coches que luego dejaba á la puerta de su casa pagándolos por días enteros; olvidaba frecuentemente la hora, el día, el mes, y hasta la persona con quien había empezado á hablar, recitando monólogos como un sonámbulo. Wagner gustaba de llevar en casa trajes del corte de las señoras, y Mascagni gasta pulseras y se viste en su casa de turco.

Víctor Hugo se creía investido de una misión divina. Balzac pretendía descender de una familia de sangre real. Augusto Comte se creía apóstol y sacerdote de una religión materialista. Quirico Filopanti sostenía que era de progenie divina, y Antonio Manini, el gran colorista, aseguraba que bebiendo cierto brevaje misterioso, puede trasfundirse la personalidad.

Miedos y supersticiones.—Augusto tenía gran miedo de los relámpagos y de los truenos, llevando para defenderse de ellos una piel da vaca marina, y prestando gran fe á los sueños. Sócrates, Cardan, Pascal y Lenau, creían también en los sueños. Van Helmont aseguraba habérsele aparecido un genio en todas las circunstancias graves de su vida, y Lutero pretendía que sus dolores físicos y sus sueños tristes eran debidos al demonio. Tasso tenía también gran fe en los sueños y un miedo horrible al diablo, que le quitaba el dinero mientras dormía.

Van Goes tenía también miedo al demonio, y Ampere quemó su *Porvenir de la Química* por temor de haberlo escrito bajo inspiración satánica. Poe, por la noche, se sentía ahogar por horribles demonios é innumerables serpientes, y Hobbes y Meyerbeer temblaban en la oscuridad. Blake estaba siempre atareado con visiones y apariciones; tan pronto veía ángeles como demonios; y una vez se metió con su mujer en una caverna y se pusieron los dos en cueros, para poder decir al primero que pasase: He aquí Adan y Eva.

Chopín sentía escalofríos ante un sudario, y Bellini palidecía oyendo hablar de muertos. Beccaria tenía miedo de la

soledad y de la oscuridad, de las almas del Purgatorio, de los fuegos fatuos y de multitud de cosas; y para que los espíritus no pudieran cogerlo, dormía en una cama colgada del techo. Bacon caía en el delirio durante les eclipses de luna, y Buhle sentía convulsiones al ruido del agua que corría por las tuberías. Brake sentía que le faltaban las piernas al correr tras una liebre ó un zorro, y Turena temblaba viendo correr un ratón ¡él, que no tenía miedo de un ejército!

Pedro el Grande, cuando tenía que atravesar un arroyo, era presa de un miedo extraño que le daba sudores y convulsiones. Jacobo I de Inglaterra no podía ver una espada desenvainada sin palidecer. El Príncipe de Orange tenía un miedo loco de los números 6 y 11, y no hacía nada en los días de tales fechas. El Mariscal de Montrevel era tan supersticioso que murió de miedo por haber vertido un salero en una comida de gala. Montarco, á fuerza de fantasear, concluyó por creerse un grano de cebada, y no se atrevía á moverse por temor de que lo comiesen los pájaros. Haller se creía perseguido por los hombres, y no conseguía calmar sus terrores sino tomando opio y conversando con sacerdotes.

Leyden tenía miedo de ser envenenado, y para evitarlo acabó por no salir de la cama. Mozart temía también que le envenenaran, sobre todo los italianos. Schumann veía donde quiera mesas parlantes. Schopenhauer echaba mano á la espada en cuanto oía un rumor, y no abría una carta sin temer una desgracia; habitaba siempre en piso bajo para poder escapar del incendio; no se afeitaba, sino que se quemaba la barba; temblaba como un chiquillo al tocar una navaja, y escribía sus notas de negocios en jerga para que nadie las pudiera entender.

Rousseau temía tener todos los males que leía en los libros de medicina, y acabó por creer que tenía un pólipo en el corazón; creyendo que todos le perseguían, pidió protección á Dios por medio de una carta que puso debajo del altar de Nuestra Señora de París para que llegara mejor á su destino.

Rossini tenía miedo de caer en la miseria. Alfieri no podía oir el cerrojo de su casa, pareciéndole que le encerraban. Leopardi sospechaba de todos, y se estaba horas y horas metido en un saco de plumas, de donde salía hecho un salvaje. Manzoni era también muy miedoso, y temía sobre todo á los dentistas ylos ferrocarriles; se vestía y desnudaba muchas veces al día, y pesaba los vestidos para saber cuál era el que le convenía, según el frío ó calor que tenía en la hora en que se lo ponía. Napoleón, Maine de Biran, Leopardi, Foscolo, Carlyle y Renán, padecían todos la enfermedad de la duda, aunque no en tan alto grado como Manzoni.

A Rosetti le daban miedo los pájaros, siendo un poeta, creyendo que le insultaban con sus cantos, y Bismark fué tan supersticioso que no firmaba ningún documento ni emprendía nada los viernes, negándose á sentarse en una mesa donde fueran trece los invitados; en cambio, veneraba el número 3. Emilio Zola fué también muy supersticioso, temiendo morir en un tren, estrellado en un túnel; cuando iba andando, salvaba siempre los obstáculos saltando con el pie derecho por temor de incurrir en alguna desgracia si lo hacía con el izquierdo; contaba las puertas de las casas y los coches, así como los escalones de las escaleras que subía ó bajaba, y si le resultaba alguna cifra de mal agüero se echaba á temblar; los números 3 y 7 y sus múltiplos. eran los que más le tranquilizaban; para irse á la cama tocaba varias veces los mismos muebles y los mismos cajones, y si se despertaba, abría siete veces los ojos para asegurarse de que estaba vivo.

Gustos gastronómicos.—Erasmo de Rotterdam no podía comer pescado sin sentir calentura. Scalígero se extremecía cada vez que veía berros. Ladislao de Polonia se turbaba y huía viendo manzanas. Lalande comía con gusto arañas y gusanos, de los que siempre llevaba consigo provisión en una cajita. Hoffman no podía sufrir el ajo, cuya vista le daba la sensación de un ligero sonido de cuerno. Leopardi no se saciaba nunca de helados y golosinas; dos días antes de su

muerte, á las tres de la mañana, se comió un kilo de confites. El pintor Galli comía, entre otras cosas, heno y carbón de piedra, para poder trotar como un caballo y correr como una locomotora.

SOCIOLOGIA

Papel social de la alegría.—En una hermosa conferencia dada en Belleville por Gabriel Tarde y reproducida por la *Revue Bleue*, ha tratado el ilustre sociólogo el interesante problema del papel social de la alegría.

No quiero hablar—dice—del papel fisiológico, pues sabido es que nada hay más higiénico que la alegría, si no del papel social, de los efectos sociales y especialmente económicos de la alegría, que no es cosa tan frívola como la generalidad de los economistas imaginan, desdeñándose de examinar este estado de ánimo, como si todas las necesidades del hombre fueran solamente negativas, el hambre, la sed, el frío, la ignorancia. ¿Sería verdad, como quiere Schopenhauer, que sólo el dolor es real y que el placer no es otra cosa que la falta de dolor?

Pero esto es olvidar que hasta en los animales más bajos, la vida es ante todo la busca del placer. Entre los pájaros y los mamíferos particularmente, el primer deber parece ser el de divertirse, jugando juntos cuando son pequeños; luego, ya adultos, la mitad del tiempo se la pasan en correr ó volar jugueteando, persiguiéndose, repitiendo los mismos gritos y los mismos movimientos. Quien dice sociedad dice alegría, porque la alegría es la flor natural de la sociabilidad.

Lo mismo que los animales hacen los salvajes: sufren mucho, pero se divierten mucho; corren y bailan, cantando y jugando hasta que el cansancio les rinde. Los pueblos civilizados han sentido las mismas necesidades. Con cualquier motivo se celebra una fiesta, que tiende á repetirse periódicamente como nuestros mismos congresos, que se transforman

en banquetes y en giras. Cada civilización aumenta el número de sus fiestas periódicas, porque las nuevas se suman á las ya consagradas por la costumbre. Al final del ántiguo régimen había tantas fiestas, que la Revolución las suprimió; pero en seguida tuvo que crear otras. El siglo XIX es uno de los siglos en que menos tiempo se ha dedicado á los regocijos públicos, porque ha sido un período de transición y de disolución, de paso de un régimen económico caído á otro todavía no establecido. Cuando el nuevo régimen se instaure, la alegría pública reaparecerá invadiéndolo todo.

Antes del advenimiento de la grande industria, no había feria ni mercado que no fuera ocasión de divertirse: se festejaban las vendimias, la recolección, el carboneo, etc., el santo del patrón del gremio, el de la ciudad y el de la nación. El trabajo mismo era acompañado de canciones para distraer alegremente al trabajador. A medida que la industria progresa se canta cada vez menos, y los oficios en que todavía se canta, son los que no han sido invadidos por las máquinas. Puede establecerse la ley de que, á medida que los progresos industriales se realizan, el trabajo se hace cada vez menos fatigoso (muscularmente, aunque no nerviosamente), pero cada vez más aburrido. Por eso no se canta ni se silba en las fábricas modernas ni en las oficinas, como en la granja, en el molino, ó en la tienda de otro tiempo.

Y es de notar que á medida que la tarea de cada cual se ha hecho más monótona, las necesidades se han hecho más variadas, y la necesidad de divertirse ha crecido. Nuestros trabajos y nuestras necesidades forman un círculo que se repite periódicamente, y sería necesario para bien de todos, que entre estas dos rotaciones simultáneas existiera creciente acuerdo. Pero, lejos de ser así, el ciclo de trabajos que antes era bastante amplio y variado, lo mismo para el artesano que para el aldeano, se ha estrechado extraordinariamente, mientras que el círculo de las necesidades, antes muy estrecho, se ha ensanchado desmedidamente. ¿Cómo resolver la dificultad social que

resulta de esta uniformidad creciente del trabajo, opuesta á esta diversidad creciente del deseo? Fourier es el único que ha comprendido la importancia del problema; pero lo ha resuelto mal con su utopia del trabajo alternado de hora en hora. No hay más que una solución: la disminución de las horas de trabajo y el aumento de las diversiones; pero esta solución es incompleta si no la fecunda la asociación.

Por ahí volverá la alegría en el siglo xx al alma del trabajador, emancipado por el siglo xix, pero entristecido también. El siglo xx será el siglo de la asociación. Multiplicándose las asociaciones se multiplicarán las fiestas y volverá el buen humor general, obscurecido por un pesimismo pasajero. El hombre contemporáneo necesita estar de buen humor para resolver las antinomias de la vida social. La alegría pública está íntimamente unida á la vida social; nace de la armonía social ó la hace. Excluye la violencia y la opresión: la envidia y el odio, aun triunfantes, no son nunca alegres. La bondad, hasta vencida, es risueña. La alegría no es necesariamente la riqueza, sino la fe en sí mismo y la fe en los demás: la confianza en la vida. Es el olvido de las aflicciones y miserias que nos rodean, el olvido de la injusticia y de la muerte. Es, en fin, la esperanza y la amistad, las dos cosas mejores quizá de la tierra.

PSICOLOGIA

Cómo trabaja el hombre de genio.—¿Es el genio—se pregunta en *La Revue* el Dr. Regnault—el fruto de una larga paciencia, como quiere Buffon, ó produce su obra, como dice Hartmann, tan fácilmente como el cultivador maneja su azadón? Todo depende de la ciencia ó arte á que el genio se dedica.

Si se trata de ciencias de observación que requieren pacientes y profundos estudios y experimentos, el genio tiene que

estar dotado de gran paciencia y atención; con un buen método que le permita abreviar sus investigaciones, el genio puede producir hombres como Lamarck, Darwin, Claudio Bernard, Pasteur. Todos ellos han tenido una idea directora que, iluminando su camino, les permitía llegar á la meta. Guttenberg se pasó casi toda la vida buscando una aleación conveniente para la fusión de caracteres movibles, y Bernardo Palissy se obstinó años y años en buscar la composición de los esmaltes. Con el mismo resultado, cuando un nuevo método aparece, el primer sabio que lo aplica recoge amplia cosecha de descubrimientos; así Galileo, conociendo el anteojo de larga vista, renovó en unas cuantas noches toda la Astronomía.

Cuando una ciencia no está formada, el azar, más que la paciencia, la hace surgir; así Bertoldo Schwart descubrió la pólvora, y Musschenbroek la botella de Leiden, y Daguerre la fotografía. En cambio, una vez franqueado el período de documentación, el espíritu genial se revela en la ordenación de los materiales reunidos, obra de la reflexión y del raciocinio.

En cuanto á la obra del escritor, debe empezar también por la busca de documentos, cuando no se trata de obras de pura imaginación, siguiendo luego la tarea de ordenarlos y concluyendo por exteriorizarlos mediante un trabajo de estilo. Zola trabajaba sólo algunas horas por la mañana; pero consagraba las tardes á documentarse con lecturas ó con estudios de observación de la vida real. Balzac empezaba una novela por un pequeño cuadro, que iba creciendo con las adiciones que hacía; tachaba poco, pero necesitaba grandes márgenes, en las que daba «picotazos enormes», como dicen los cajistas, siendo por eso el terror de sus editores. Lo mismo hacía Gui de Maupassant: su novela *Ivette* comenzó por ser un cuento de periódico. Alejandro Dumas, hijo, se encerraba en reclusión absoluta para coordinar su plan, y se pasaba solo días y noches, comiendo fiambres y pasteles y tomando café, sin ver ni á sus criados; una vez trazado el plan, se ponía de buen humor y escribía de corrido; esta facilidad ha hecho creer á muchos

críticos que la labor de Dumas era poco trabajosa; pero no tenían en cuenta el período preliminar.

En cuanto al trabajo de estilo, hay también de todo: Virgilio se obstinaba en hacer correcciones sin estar nunca satisfecho. Flaubert ha rehecho hasta ocho veces *Madame Bovary*, y hay sonetos de Baudelaire que han sido retocados cien veces; este afán de mejorar puede rayar en manía y no ser siempre favorable á la obra retocada, como pasa con los sonetos de Baudelaire y con las poesías de Heredia. Muchos escritores no pueden por esto leer sus obras una vez publicadas, por el dolor que sienten al no poderlas ya corregir: tal era el caso de Emilio Augier. Otros escritores tienen en cambio gran facilidad: Teodoro de Banville improvisaba sin borrador ni enmiendas; Catulo Mendes reflexiona algún tiempo paseándose y pensando, y luego, de un tirón, escribe hasta que se cansa; el caso de Mauricio Bouchor no es menos significativo: dotado de una retentiva prodigiosa, no escribe su obra mientras no está completamente fotografiada en su memoria.

Estudiada la duración del trabajo cerebral, hay que estudiar su intensidad, que es también muy variable, produciendo en unos alucinaciones y obsesiones, y siendo en otros tan débil que apenas tienen conciencia de ella: Schiller se conmovía por las aventuras de sus personajes como si fuesen verdaderas; Dickens se entristecía por la suerte de sus héroes; Flaubert, describiendo el envenenamiento de Madame Bovary, sentía el gusto del arsénico. El hombre de genio se libra de la idea que le asedia, fijándola en su obra, como Miguel Angel en las esculturas de la capilla Médicis, Schiller en sus dramas, Byron en sus poesías.

La inspiración no se tiene cuando se quiere; pero á veces puede obtenerse por ciertos procedimientos: Así Bossuet trabajaba liándose á la cabeza paños calientes; Cujas echándose en el suelo boca abajo para escribir. La inspiración facilita de tal modo el trabajo, que parece en ciertos casos que la personalidad se desdobla y que el artista no tiene más que trans-

cribir lo que le dicta la voz que habla en su interior, como dice Musset:

On ne travaille pas, on écoute, on attend.
C'est comme un inconnu qui vous parle á l'oreille.

«No soy yo quien piensa—decía Lamartine—sino mis ideas las que piensan por mí». Mickiewicz afirma que le basta golpearse en el pecho para que la inspiración brote, y que Dios le había hecho ese don. En el momento en que Kuh dictaba sus más hermosas estrofas, era incapaz de razonar hallándose en un estado intermedio entre la locura y la razón. Haydn, atribuía la idea de su célebre sinfonía *La Creación*, á una gracia misteriosa emanada del cielo. Napoleón decía que la suerte de las batallas es asunto de un instante en que brota la centella de la inspiración augurando la victoria.

Las obras cortas como *La Marsellesa,* pueden así ejecutarse de un tirón. Víctor Hugo escríbía de pie, y tiraba al suelo las cuartillas conforme las iba llenando; luego las recogía, las numeraba, las revisaba, dejando á veces una sola línea de cuarenta, y una vez clasificadas, no las volvía á ver.

Hay en efecto un trabajo inconsciente preparatorio de la inspiración, trabajo precedido de un período de investigaciones. ¿Cómo se realiza ese trabajo inconsciente? Ora nuevos hechos vienen á explicar los ya conocidos, ó antiguas ideas se despiertan para dar la solución del problema; ora se eliminan los hechos secundarios, ora en fin la asociación de ideas realiza el milagro. A veces ese trabajo inconsciente produce fatiga cerebral; pero puede realizarse hasta durante el sueño; así Hamiltón, encontró durmiendo una de sus teorías; La Fontaine compuso soñando la fábula de *Las dos palomas;* Voltaire soñó una noche un canto completo de su *Henriada;* Cardan compuso una de sus obras en sueños; Maignan encontraba teorías soñando; Krüger resolvía problemas complicados; Coleridge compuso 200 ó 300 versos durante su sueño (1); Condillac se

(1) Yo mismo, á la edad de 13 años, viviendo en Tejares (pueble-

encontraba al despertar con el trabajo que había interrumpido para dormir, acabado en su mente; Michelet aprovechaba esta predisposición al trabajo del cerebro, pensando antes de dormirse en lo que tenía que hacer al día siguiente, seguro de tener adelantado mucho camino; otros, como Veron y Rosny, dejan bajo la almohada papel y lápiz para apuntar lo que al despertar se les ocurre; y muchos, fiando en la eficacia de ese trabajo inconsciente, saltan sobre las dificultades y se asombran después de haberlas salvado tan fácilmente.

El trabajo inconsciente es muy útil á los sabios que hacen trabajos complejos y de altos vuelos; pues así pueden llevar de frente muchas investigaciones, descansando en una por otra y confiando á lo inconsciente el cuidado de continuarlos. Tal ha sido el modo de trabajar de Renan, y también el de Broca y el de Gœthe. Pero no hay que exagerar, porque si los trabajos son demasiados, se embarullan y se confunden, y si se espera mucho tiempo para reanudarlos, el olvido sucede al trabajo inconsciente y se adelanta mucho menos.

LITERATURA

El trabajo de estilo en Gustavo Flaubert.—Teniendo á la vista los manuscritos inéditos de Flaubert, ha podido Albalat seguir paso á paso el proceso de la evolución del estilo del gran escritor francés, consagrando al estudio de esta evolución un interesante artículo en la *Revue Bleue*.

A fuerza de trabajado, el estilo de Flaubert es una lección viva que provoca y facilita la inspiración; quizá sea un peli-

---

cito á dos kilómetros de Salamanca), componía en sueños multitud de versos, de los que á veces recordaba algunos al despertar; y una noche llegué á escribir en sueños de tal modo, que á la mañana siguiente apareció una de las paredes de la alcoba cuajada de versos, unos sobre otros, escritos con lápiz, de los que pude entresacar un romance, propio de aquella edad, que todavía conservo como recuerdo curioso.

gro, pero es seguramente un atractivo. Ningún prosista ha sido más atormentado que Flaubert por las angustias del estilo; es el Cristo de la literatura. Hay que leer en su correspondencia las torturas de aquel gigantesco esfuerzo, y sus gritos desesperados han estado á punto de comprometer su reputación. Durante veinte años. Flaubert pasó las noches, y parte de los días en su despacho; tardaba cinco años por término medio en hacer un libro, y jamás tuvo confianza en su inspiración, creyendo siempre en la frase de Buffon: «El génio es la paciencia». Hacía dos páginas por semana, 25 en seis semanas, 27 en dos meses. Aquel trabajo encarnizado para pulir el estilo, era una verdadera enfermedad. La menor asonancia le irritaba; apasionado por la armonía, proscribía los hiatos y quería que la prosa tuviera el ritmo de los versos.

Aborrecía sobre todo las frases hechas, las metáforas mal seguidas, los idiotismos gastados. «Un sello puritano».... ¿qué es eso? Mi rabia es indescriptible, y necesito soplar». «No puedo resistir lo de «sellemos este pacto». ¿Dónde, diablos, hay personas que digan eso? «Flaubert suprimía los *quí* y los *qué*, no perdonaba las repeticiones, y detestaba ciertas palabras y hasta ciertas sílabas. Escribía para la respiración y el oído, y no juzgaba de un estilo sino después de haberlo declamado. Cuidaba de la puntuación tanto como de la imagen, del color y del corte. A veces se levantaba para cambiar una expresión, y se pasaba la noche rehaciendo cinco ó seis veces la misma página. Y á medida que publicaba, Flaubert exageraba esta rabia de perfección, llegando á esterilizarse en esta disección del estilo.

Flaubert escribe por recargos. Unas notas indican la idea de un párrafo; estas notas se desenvuelven, y la frase se extiende y se desarrolla. Lee entonces y rectifica; la sencillez de estas refundiciones es inconcebible; es el tanteo continuo; el trozo se hace ilegible; se pierde el sentido, hasta que, copiado y recopiado cuatro, seis y ocho veces, va la redacción final al copista; pero aun entonces hay enmiendas, y en las pruebas de imprenta lo mismo.

He aquí un ejemplo de refundición: Es la escena de la Extremaunción, administrada á Emma Bovary, moribunda:

Primera redacción.—Proyecto: «Le prêtre dit le *Misereatur* et l'*Indulgentiam* et, étendant la main droite, prononça des paroles d'absolution et commença les onctions, qui devaient remettre ses péchés, comme par ces parties du corps, avec l'extrémité du pouce droit, qu'il trempe chaque fois dans l'huile des infirmes, renfermée dans un vase d'argent... Aux yeux, sur les paupières qu'il ferma, aux narines, sur les lèvres, sur les mains...

Flaubert se contenta aquí con describir el gesto general; indica los cinco sentidos, pero no ha encontrado las imágenes correspondientes.

SEGUNDA REDACCIÓN

«Le prêtre récita le *Misereatur* et l'*Indulgentiam* et, après des paroles d'absolution, trempant le pouce droit dans l'huile sainte, il commença les onctions, *pour effacer sur tous les membres les souillures du péché. Il lui ferma de l'index les paupières* et toucha d'abord *ces yeux qui...* les narines qui *se délectaient à la suavité des odeurs...* les lèvres, paroles *et gourmandises...* aux doigts qui avaient passé dans la chevelure de ses amants et qui se réjouissaient à tous les *contacts...*»

Flaubert comienza á precisar lo que intenta desarrollar sobre el papel de los sentidos.

TERCERA REDACCIÓN

«Il prononça les onctions qui devaient *effacer sur tous ses membres les souillures du péché*, d'abord sur les yeux, *ses longs yeux pleins de flammes* autrefois, quand ils (enviaient) *convoitaient* toutes les *somptuosités terrestres;* puis, sur les narines *dilatées autrefois, friandes* de brises tièdes et de senteurs amoureuses, ensuite sur sa bouche qui avait *bégayé de tendresse* (gourmandise raffinée des mensonges), qui avait soupiré

de toutes les convoitises, qui avait menti, *qui s'était ouverte pour les cris de la luxure*, puis sur les mains *aux doigts effilés dont le souple épiderme frémissait à tous les contacts* et que les vers *dutombeau ne pourraient même pas chatouiller* (¡!) *ne feraient même pas...*»

Aquí la imagen acompaña á cada sentido; ya no hay más que borrar para fijar el fondo.

CUARTA REDACCIÓN Y TEXTO DEFINITIVO

CUARTA REDACCIÓN	TEXTO DEFINITIVO
Ensuite il récita le *Misereatur* et l'*Indulgentiam et prononça à voix haute quelques paroles d'absolution*, et trempant son pouce dans l'huile *sainte*, il commença les onctions: d'abord sur les yeux, qui avaient tant *envié* toutes les somptuosités terrestres; puis sur les narines, *autrefois* friandes de brises tièdes et de senteurs amoureuses; puis sur la bouche, qui s'était ouverte pour le mensonge, qui avait gémi d'orgueil et crié dans la luxure; puis sur les mains, *dont le souple épiderme... jadis qui se plaisaient* aux contacts suaves et que *les vers du tombeau ne pourraient même plus chatouiller;* puis sur les pieds *qui l'avaient portée aux rendez-vous, foulé le pavé des rues* et bui ne marcheraient plus.	Le prêtre récita le *Misereatur* et l'*Indulgentiam*, trempa son pouce droit dans l'huile et commença les onctions: d'abord sur les yeux, qui avaient tant convoité toutes les somptuosités terrestres; puis sur les narines, friandes de brises tièdes et de senteurs amoureuses; puis sur la bouche, qui s'était ouverte pour le mensonge, qui avait gémi d'orgueil et crié dans la luxure; puis sur les mains, qui se délectaient aux contacts suaves; et enfin sur la plante des pieds, si rapides autrefois, quand elle courait à l'assouvissance de ses désirs, et qui maintenant ne marcheraient plus.

Se ve la superioridad indiscutible de la última versión.

Flaubert sacrifica á veces un epíteto por sobriedad:

«Cuando el sol se pone, se respira al borde de los golfos el perfume *suave* de los naranjos en *flor*.»	«Cuando el sol se pone, se respira al borde de los golfos el perfume de los naranjos.»

Otras veces suaviza el epíteto:

«Al regresar á su casa, lanzaba en torno suyo miradas *asustadas*.»	«Al regresar á su casa lanzaba en torno suyo miradas *inquietas*.»

«El creciente de la luna *lucía en pleno azul.*»

«El creciente de la luna *brillaba en el cielo.*»

Otras veces, por el contrario, refuerza la imagen forzando la metáfora:

«Braceletes de medallón *bordaban* los cuerpos, relampagueaban en los pechos, *se removían* sobre los desnudos brazos.»

«Como los conquistadores que *se complacen* en exterminar.»

«Braceletes de medallón *se estremecían* en los cuerpos, relampagueaban en los pechos, *resonaban* sobre los desnudos brazos.»

«Como los conquistadores, que *se deleitan* en el exterminio.»

Flaubert lleva generalmente la condensación al mayor extremo para ganar en energía y en sobriedad:

«La villa estaba dormida. *La luna brillaba.* Los pilares del mercado *proyectaban oblicuamente sobre la plaza* grandes sombras. La tierra, más ligera bajo los pasos, estaba toda gris como en una noche de verano.»

«La villa estaba dormida. Los pilares del mercado proyectaban grandes sombras. La tierra estaba toda gris, como en una noche de verano.»

Sabido es que Flaubert se había prohibido el empleo de los verbos auxiliares; cuando no puede menos de emplearlos, los simplifica:

«Ella trataba de adivinar cuáles *podían ser* las habitaciones de todos los que había notado.»

«Acariciaba con la mano á los niños que jugaban á las puertas, no entraba nunca en la taberna, estaba además lleno de moralidad, como debe estarlo un médico.»

«Ella trataba de adivinar cuáles *eran* las habitaciones de todos los que había notado.»

«Acariciaba á los niños, no entraba nunca en la taberna, é inspiraba por otra parte confianza por su moralidad.»

Cuando encuentra la palabra propia, es raro que no simplifique el estilo:

«La alegría de poder al fin atracarse *brillaba* en todos los ojos.»

«La alegría de poder al fin atracarse *dilataba* todos los ojos.»

Lo que Flaubert evita más que nada es la vulgaridad y la frase hecha, y esa es su mayor fuerza:

«Ella calló, y oprimiendo con ambas manos su corazón, que *latía demasiado fuerte*, permaneció *durante unos minutos* soboreando *deliciosamente* la agitación de todos aquellos hombres.»

«Se le vió deslizar, *más rápido* que un pájaro, entre las proas de las galeras, y luego reaparecer *sucesivamente*.»

«Ella calló, y oprimiendo su corazón con ambas manos permaneció algunos minutos con los párpados cerrados, saborcando la agitación de todos aquellos hombres.»

«Se le vió correr entre las proas de las galeras, y luego reaparecer á lo largo de las escalas.»

El cuidado con que evitaba las repeticiones era tan grande, que apenas pueden citarse en todas sus obras más de un par de ejemplos, y aun esos discutibles. Téngase la opinión que se quiera de Flaubert, fuerza es convenir en que sus correcciones son casi siempre afortunadas y están llenas de fructuosas lecciones para quien quiera estudiarlas con cuidado.

COSTUMBRES

Las bibliotecas ambulantes.—En Italia ha establecido estas bibliotecas el Ministro de Agricultura Baccelli, y con este motivo, *La Rassegna Internazionale* publica un artículo firmado por Ernesto Morelli. Como esta iniciativa merece ser secundada por España, no está demás dar á conocer lo que en Italia se piensa de tales bibliotecas tanto más cuanto que en estos momentos en que va á comenzar á funcionar en España la «Liga hispano-americana de Instrucción popular», consagrada á la difusión de la lectura y de la que tanto bien hay derecho á esperar por la valentía del plan, importa vulgarizar el conocimiento de las bibliotecas ambulantes para implantarlas cuanto antes en este país.

«Grandísima alabanza merece la implantación de esta reforma—dice Morelli;—pero no por eso debemos entregarnos á excesivos lirismos para evitar el desencanto que pudiera venir si el ensayo hecho no diera tantos ni tan prontos frutos como de él se esperan. No es al Ministerio de Agricultura, sino al

de Instrucción pública, al que corresponde la dirección de esta campaña, para que las clases populares eleven su nivel intelectual; pero, aun así y todo, las nuevas bibliotecas prestarán grandes servicios».

Las bibliotecas ambulantes son una cosa sencillísima: se reducen á unos cajones-estantes llenos de libros escogidos que se expiden á determinada localidad, se distribuyen para la lectura, se recogen después y vuelven al punto de partida para ser reexpedidos á otra localidad. Cuando llega el cajón, no hay más que colocarlo sobre una mesa ó un mueble cualquiera á propósito, abrir sus dos puertecitas y repartir los libros á sus lectores.

Con 720 obras diferentes se pueden formar 24 cajones de 30 libros cada uno, que se reparten entre 24 localidades, haciéndolos girar mensualmente, de modo que cada una de las 24 localidades tenga durante dos años todos los meses un cajón diferente. Con 10.000 ejemplares de cada una de las 720 obras, se podría mantener por dos años 240.000 sedes de bibliotecas ambulantes, que serían 240.000 semillas de cultura intelectual esparcidas por los campos de toda Italia.

La institución no gravaría demasiado al Estado, pues las bibliotecas ambulantes no necesitan grandes locales ni un ejército de empleados. Los cajones-estantes van dirigidos á personas que se encargan con gusto gratuitamente de la pequeña molestia de custodiar y distribuir los 30 libros, molestia compensada por el prestigio que en los pequeños centros de población da el recibir tan honroso cargo. Los gastos para la provisión de obras, aparte las numerosísimas subvenciones particulares con que podía contarse, podrían reducirse mucho, haciendo imprimir gran parte de ellos en los establecimientos penales.

Las bibliotecas ambulantes presentan gran variedad de libros, pues á unos les gustan los viajes, á otros las novelas, á otros la historia, etc., y hay que dar á cada cual, en lo posible, lo que más le agrade. Este sistema de vulgarización de la

cultura puede aplicarse para surtir de libros á los presos, á los alumnos de los Institutos medios, á las escuelas prácticas de Agricultura, á las de Artes é Industrias, á las tertulias y casinos, etc. Pueden ser hasta motivo de especulación; así la *Review of Reviews,* de Londres, envía bibliotecas mediante pago á personas de pequeñas poblaciones que hacen circular las obras, recibiendo una pequeña retribución que les basta para buscar lectores y difundir así la cultura general.

La institución ha adquirido gran desarrollo en los Estados Unidos. Comenzó en 1892 en Nueva York con 46 volúmenes; en 1898 eran ya 500 con 3.600 volúmenes. Al principio nadie quería leer más que novelas; pero poco á poco se fue tomando gusto á la lectura de obras serias, y éstas son las hoy dominantes. No hay que olvidar que para elevar la cultura de un pueblo, la dificultad no está en proveerle de buenas obras, sino en conseguir que las lea.

En Italia—y lo mismo en España—el grave obstáculo consiste en lo caro de la luz, que hace que la tertulia familiar, donde podía leerse, dure poco; el obrero, en vez de gastarse el dinero en petróleo para quedarse en casa leyendo, prefiere irse á la taberna ó al café, donde le dan luz y encuentra conversación. Donde el petróleo cuesta, como en el Norte, 15 céntimos el litro, se puede tener el lujo de la lectura nocturna; pero no donde cuesta 70 céntimos como entre nosotros. Nuestros obreros no pueden aprovechar las bibliotecas ambulantes más que los días festivos de mal tiempo hasta que no haya salas nocturnas públicas de lectura.

De todos modos, la creación de las bibliotecas ambulantes es un gran paso para la emancipación intelectual de las clases poco pudientes. Los maestros deben ser los depositarios de los cajones-estantes, los apóstoles del libro y las escuelas—añadimos nosotros—podrían convertirse á poca costa en gabinetes de lectura nocturna de los libros encerrados en las bibliotecas ambulantes.

TOLSTOISMO

La ciencia política y el dinero.—En la *Revue* de París encontramos las primicias de la obra magna de Tolstoi *¿Qué hacer?*, próxima á ver la luz pública. Es un capítulo que lleva el título que encabeza estas líneas y que merece los honores de un amplio extracto, tanto por lo que dice, como por la persona que lo dice.

¿No es asombroso—dice—que los esclavos mismos que desde la antigüedad están sometidos á la esclavitud, no se den cuenta de su situación, y que sus amos crean sinceramente que les emancipan cuando aflojan un solo tornillo de su servidumbre? Y lo más sorprendente es que la ciencia tampoco ve el hecho en que se basan las condiciones económicas de la vida de los pueblos.

¿Cuál es la causa—preguntan á la ciencia—del hecho irracional y monstruoso de que un hombre no pueda comer y trabajar sino por la voluntad de otro? Y la ciencia os responde: porque es ley de la producción que unos dispongan del trabajo y del alimento de otros. ¿Y qué derecho de propiedad es ese según el cual unos se arrogan la tierra, el alimento y las herramientas de otros? Y la ciencia os responde: Ese derecho está basado en la definición del trabajo. ¿Qué dinero es ese que el Gobierno fabrica y que impone á las futuras generaciones como deuda del Estado? Y la ciencia responde: Ese dinero es una mercancía, como el azúcar ó el algodón. ¿Y no influye en las condiciones económicas el hecho de que el Gobierno puede subir ó bajar los precios y reducir á esclavitud, aumentándo los impuestos, á todos los hombres que no tienen propiedad? Y la ciencia responde: De ningún modo; las leyes económicas son una ciencia.

La ciencia tiene un fin evidente: mantener entre los hombres la superstición y el engaño. Esta superstición consiste en afirmar que el hombre no sólo tiene deberes para con los hom-

bres, sino que los tiene, más importantes aún, para con un sér imaginario; para la religión ese sér imaginario es Dios, y para la ciencia política, es el Estado. Esta superstición que tenía antes por campeones á los pontífices de las diversas religiones, tiene hoy por apóstol la pretendida ciencia.

El Estado debe existir para el bien del pueblo, dirigiéndolo y defendiéndolo, para lo cual necesitá ejército y dinero. Por eso todas las relaciones de los hombres entre sí deben estar subordinadas á sus deberes para con el Estado. Quiero ayudar á mi padre en su labranza, quiero casarme, y me cogen, y me envían al regimiento por seis años; vuelvo y quiero cultivar la tierra para vivir, pero para tener el derecho de labrar un campo me obligan á pagar una cantidad que no tengo á unos hombres que no saben labrar, pero que me exigen tanto dinero para que yo labre, que se llevan casi todo el fruto de mi trabajo. A pesar de todo gano algo, y á fuerza de privaciones quiero dar á mis hijos lo que me sobra; pero viene el fisco y se lleva ese sobrante como impuesto. Y para convencerme de que todo va bien así, llega la ciencia y me asegura que nada de eso son trabas puestas á mi voluntad, sino sacrificios necesarios para la conservación de mi libertad y para mi bien.

Lo que se llama Gobierno son hombres armados que emplean sus armas para asegurar su dominio. Los opresores aseguran á los demás que tal violencia es necesaria para el Estado, y que el Estado es necesario para la libertad y para el bien de todos. Y no es lo peor que los opresores afirmen esto, sino que los oprimidos lo crean, consolidando de ese modo el poder de sus opresores. Unos aldeanos se reunen para hacer un estanque que necesitan; para ellos ese estanque es un bien; pero para el que no lo necesita no es tal bien, y no se le puede obligar á que trabaje en provecho de los otros. Y lo mismo sucede con los caminos, las iglesias, los museos y todas las obras sociales. Toda obra que el hombre tenga que ejecutar á la fuerza deja de ser, por ese solo hecho, común y bienhechora.

La esclavitud está abolida hace tiempo, pero sólo de palabra y no de hecho. De hecho existe, como ha existido siempre, y consiste en lo que siempre ha consistido: en la opresión del fuerte sobre el débil por medio del ejército, de la propiedad y de los impuestos. La diferencia está en que hoy esa esclavitud está disfrazada y se oculta tras el engaño del bien general del Estado.

Cuando un tonel corre, es que tiene un agujero; para contener la salida hay que buscar el agujero y taparlo. Las medidas propuestas para evitar el reparto irregular de las riquezas no tapan el agujero. Se dice: haced sociedades obreras; haced del capital y de la tierra una propiedad social. Todo eso deja descubierto el agujero y el tonel se sigue vaciando. El agujero es la fuerza del hombre armado sobre el inerme; mientras haya un hombre armado que se arrogue el derecho de matar, habrá reparto irregular de riquezas, es decir, esclavitud.

Es opinión común que el dinero representa la riqueza, y es un error. Yo fabrico calzado, tú siembras trigo y aquél cría ovejas, y como medio más cómodo de cambio, amonedamos oro y cambiamos con él nuestros productos. Eso es verdad, pero siempre que no haya violencia. Hoy el dinero reunido como producto directo del trabajo no es más que una mínima parte del obtenido por toda clase de violencias, y en tales condiciones es falso que el dinero sea la representación del trabajo. Se puede desear que lo sea, pero no puede decirse que lo es.

Sí, el dinero representa el trabajo; pero ¿de quién? No del que lo posee, sino de otro, presente ó pasado, á quien se ha impuesto por fuerza la obligación de trabajar. El dinero es hoy un signo convencional que da derecho á aprovecharse del trabajo de los demás. El dinero, con la existencia de la violencia, no representa sino la posibilidad de la nueva forma de la esclavitud impersonal, que reemplaza á la esclavitud personal. El propietario de esclavos hace trabajar á Juan ó á Pedro; el de dinero somete á esclavitud á quienes lo necesitan.

No discuto—dice Tolstoi—si esta situación es ó no necesaria para el desarrollo de la humanidad; trato solamente de explicar el concepto del dinero y el error de tomarle como representación del trabajo, cuando es sólo una forma de esclavitud. Yo tengo un duro mágico, eterno; corto el cupón y me alejo de todas las obras del mundo; no hago daño á nadie; pero es precisamente lo mismo que el juego de la lotería ó de la ruleta, en que no veo al que se suicida después de perder, al entregarme ese cupón que corto de mis papeles.

Los cupones representan el trabajo. Sí; pero ¿de quién? No del que los tiene, sino del que trabaja. Donde hay un hombre que no trabaja, porque puede hacer trabajar para él á los demás, hay esclavitud. El dinero es una forma nueva y terrible de esclavitud, mucho peor que la antigua, porque dispensa al esclavo y al propietario de sus relaciones personales, sus relaciones humanas.

INTELECTUALISMO

La influencia alemana.—El *Mercurio de Francia* ha abierto una información interesante acerca de la influencia intelectual de Alemania en el mundo culto, con motivo del discurso del Emperador Guillermo proclamando la pretensión del espíritu germánico «á la supremacía mundial», supremacía que, si fue evidente hace unos lustros, parece hoy harto dudosa, cuando las últimas estadísticas revelan que hasta los estudiantes ingleses empiezan á desertar de las Universidades alemanas prefiriendo la de París; y en Alemania mismo un alemán como Nietzsche ha hablado con desdén de sus compatriotas.

El cuestionario formulado para la información no contiene más que dos preguntas: 1.ª ¿Qué piensa usted de la influencia alemana desde el punto de vista general de lo intelectual? 2.ª ¿Existe todavía esta influencia y se justifica por sus resultados?

Las respuestas son variadas, como es natural. He aquí las más interesantes.

Mauricio Barrés, lorenés y nacionalista, opina que el estudiante se empequeñece bajo la enseñanza alemana, que desarrolla sobre todo la memoria con detrimento de las demás facultades. El estudiante alemán no tiene ideas personales, ni vistas de conjunto, ni percepciones del sentido íntimo de las cosas. No siente la belleza, y todo para él son reglas y excepciones, hechos, datos, fórmulas, no la vida de las cosas. Inmenso y sabio aparato en el que faltan el corazón y la fantasía. Los maestros son especialistas, clasificadores; los críticos son pacientes y exactos; pero no aciertan con el medio general. La enseñanza alemana, que triunfa en la historia y en la filología, no puede dar buenos frutos en Francia.

Jorge Brandés, célebre crítico dinamarqués, cree que en Matemáticas los franceses ocupan siempre el primer puesto, y que en Ciencias naturales se hallan al mismo nivel que los alemanes. Las Universidades alemanas son, sin embargo, superiores á las francesas. La instrucción francesa se adapta mejor á los grandes ingenios, que son raros; pero el profesor alemán sabe hacer de un alumno de inteligencia mediana un buen trabajador. La novela y el drama alemanes no pueden compararse con los franceses, ni Alemania tiene un escultor como Rodín. El arte en Francia se desarrolla libremente, y en Alemania está sometido, como la literatura, á altas influencias.

Alfredo Fouillée consigna la decadencia de los estudios filosóficos en Alemania; lamenta el predominio del utilitarismo y del militarismo; alaba la organización técnica de los laboratorios científicos, y siente que en los últimos treinta años los reformadores franceses hayan tomado de los alemanes lo que tienen de malo (abuso de la filología, manía de la erudición y abandono de los estudios filosóficos) para no imitar lo que tienen de bueno (culto del humanismo, amor á la disciplina y respeto á lo normal).

Carlos Renouvier dice que el espíritu germánico ha falsea-

do el espíritu francés. Los genios del siglo XIX, los historiadores sobre todo, como Cousin, Guizot, Thiers, Thierry, Michelet, Quinet, Renan y Taine, fueron espíritus desviados. Las elucubraciones metafísicas alemanas, sobre todo las de la escuela hegeliana, encontraron en Francia admiradores, y de allí vino la importancia de la filosofía determinista, que mejor sería llamar fatalista, hoy dominante.

Teodoro Ribot sostiene que el gran movimiento filosófico alemán de Kant á Hartmann, se ha detenido hace veinte años; hoy la ciencia parece atender con preferencia á la práctica, abandonando la especulación desinteresada, que es la más noble y fecunda. Lo que es de admirar es la paciencia, la tenacidad, la abnegación con que muchos alemanes tratan de cuestiones minuciosas é ingratas, sin otro fin que el de agotarlas, para que en mucho tiempo no pueda decirse ya sobre ellas más que lo dicho por ellos.

Los hermanos Rosny dicen que la influencia alemana, importante en filosofía, fué siempre muy débil é intermitente en literatura, y hoy no existe. La ciencia alemana no tiene ningún distintivo propio. La filosofía alemana ha cedido el paso al positivismo y al evolucionismo. La literatura alemana está empobrecida hace tiempo. Sólo queda Nietzsche, que obra sobre una aristocracia, pero en sentido retrógrado y sin penetrar tampoco profundamente en su espíritu.

Alfredo Binet, el sabio director del laboratorio psicológico de la Sorbona, limita su respuesta á la psicología. Debemos á Alemania—dice—el haber probado con Weber, Fechner y Wundt que es posible hacer experimentos sobre cosas morales, siendo Germania la creadora de la psicometría y de los laboratorias psíquicos.

Carlos Gide, ilustre economista, reconoce lo mucho que se debe á la ciencia alemana en materia de economía política. El primer servicio es el de haber sustituído el método histórico al dogmático, y el segundo el haber derribado el optimismo clásico y la ciudadela del *laissez faire* en que se atrinche-

raba. La legislación obrera es en gran parte obra alemana. Las doctrinas económicas han pasado por tres fases: la 1.ª, hasta fines del siglo XVIII, fué francesa; la 2.ª, hasta principios del siglo XIX, inglesa, y la 3.ª, que dura todavía, alemana,

Anatolio Leroy-Beaulieu niega la supremacía mundial del espíritu germánico, porque la hegemonía intelectual no puede hoy ser de ningún pueblo.

Gustavo Lebon dice que la influencia científica, económica é industrial de los alemanes es hoy inmensa, merced á la enseñanza práctica. En cambio es débil la influencia filosófica. Los alemanes tienen grandes sabios y grandes industriales, pero carecen de grandes literatos y de grandes filósofos.

El General Gallifet, juzgando de la influencia alemana en lo militar, estima que en muchas cosas esta influencia ha sido excesiva, y en otras insuficiente.

El escultor Bartolomé menciona un discurso del Emperador Guillermo sobre la escultura, y dice que su único mérito es la novedad; el Emperador ignora el movimiento moderno del arte alemán y mientras su benevolencia recae sobre hombres poco apreciados por los verdaderos artistas, los jóvenes ingenios por él desatendidos conquistan las exposiciones y los museos.

El poeta belga Verhæren dice que Francia ha sufrido la influencia alemana, pero modificando, afinando y enriqueciendo lo que adoptaba. Europa llegará á ser un inmenso país cuyas provincias serán las naciones actuales.

Max Nordau no cree en el nacionalismo, sino en el individualismo. Las grandes personalidades son las que tienen influencia, no por su nacionalidad, sino por su originalidad. Los guías intelectuales del siglo XIX fueron Hegel, Feuerbach y Humboldt, Comte y Pasteur, Spencer y Darwin. Ninguno de esos gigantes puede identificarse con un pueblo. Preguntarles «¿cuál es vuestra nacionalidad?» sería digno de un comisario de policía que llenara el formulario de un pasaporte, no de quien estudie la evolución de la humanidad.

Para Sergi, Alemania ha tenido gran éxito en las ciencias especiales, como la filología comparada, la fisiología, la anatomía y la embriología. Pero hoy no ocupa ya el mismo puesto preeminente y todas las naciones están poco más ó menos al mismo nivel. Tienen los alemanes grandes cualidades, la perseverancia en el estudio, la facultad de análisis y de la división del trabajo; pero les falta la «expansividad simpática». Su influencia se debe más á la cantidad y á la persistencia de sus trabajos, que á la difusión fácil y natural de su pensamiento.

César Lombroso cree que ahora tiene la Inglaterra mayor número de filósofos geniales y de ingenios científicos que Germania, sin contar con que los Estados Unidos entran ahora vigorosamente en campaña. Pero le parecen preferibles los pueblos que acogen las influencias de todas partes, que los que las rechazan. Cuando un país levanta fronteras, acaba por empequeñecerse, y ese es el peligro que está corriendo Alemania.

La respuesta más galante y luminosa—como de un diplomático—es la del Marqués de Vogüé: «La cortesía nos obliga á no contradecir á las gentes, francesas ó alemanas, sobre la buena opinión que tienen de sí mismos. Permitid que me atenga á esta ley.»

IMPRESIONES Y NOTAS

Bismarck y el número 3.—Sabido es que Bismarck fue muy supersticioso, y una de sus supersticiones más arraigadas era la veneración que profesaba al número 3, que es el símbolo de la vida para los cabalistas.

Esta veneración no dejaba de estar justificada, pues el lema del mote de la familia era este: *In Trinitate Robur,* y las armas de la familia consistían en un trebol (trifolio) unido á tres hojas de encina. Además de esto, Bismarck tenía tres nombres: Bismarck, Schœnhausen y Lauenburg y tres títulos,

de Conde, Duque y Príncipe; tenía también tres hijos, y no le habían quedado más que tres pelos en la calva; había servido á tres Emperadores: Guillermo I, Federico I y Guillermo II; había sostenido tres guerras; había suscrito tres tratados de paz; había preparado el encuentro de tres Emperadores; había perdido tres caballos en la campaña de 1866 y había fundado la triple alianza entre Alemania, Austria y Rusia primero, y entre Alemania, Austria é Italia después.

*
* *

A LA MEMORIA DE VIRCHOW.—El *Semanario médico de Munich* ha publicado el siguiente curioso recuerdo, que tomamos de la *Revista médica de Granada*, á la memoria del insigne sabio.

Summo cum ingenio
Morbos illustravit,
Explorando mortuos
Vivos adjuvavit.

«Omnis-dixit-cellula
E cellula exorta»;
Tum doctrinæ lucidæ
Patefacta porta.

Vitæ persecutus
Est intima arcana
Et ubique somnia
Dissipavit vana.

Quæ reliquit opera
Perdiu vigebunt
Magna hæc vestigia
Non evanescebunt.

*
* *

LA EXPANSIÓN RUSA.—Inmensa es la labor y maravilloso el éxito de Rusia en las inmensidades de Asia mientras su actividad en Europa es ya tan grande que no nos deja observar ni aun prestar atención á la otra.

La expansión de los rusos en Asia, dice Nemi, no hace más que seguir la antigua expansión de los moscovitas en Europa, Hacia el Este, los cosacos arrojaron á los mongoles del Volga al Irtich, del Fenissei al Lena, llegando al Pacífico en menos de setenta años, de 1579 á 1645; en otros dos siglos bajaron á Nicolaiewsk (1762), á Vladivostek (1860) y á Port-Artur re-

cientemente; al Oeste necesitaron dos siglos de lucha, hasta que Pedro el Grande fundó su capital sobre el Báltico. Al Sur son más terribles los obstáculos; desde la anexión de Astrakan por medio de Ivan el Terrible (1556), hasta el sitio de Constantinopla por Alejandro II (1877); desde la toma de Azof por Pedro el Grande (1695) y la fundación de Odessa (1795) hasta la toma de Meru y de Pamir (1892), todo es un continuo descenso hacia el Sur.

Pasado el tiempo de la conquista armada, viene la conquista industrial y comercial. Y he ahí la Rusia construyendo, del Mar Negro al Mar del Japón el ferrocarril Odessa-Vladivostok. De Odessa á Batum, la flota; de Batum á Baku, el ferrocarril transcaucásico; de Baku á Krasnovedsk la flota del Caspio, y desde allí hasta la China el ferrocarril transcaspiano, y al Este la ferrovía transiberiana que desde Moscú cruza la Mongolia para ir á morir frente al Japón. Y así logra dos desembocaduras en los mares occidentales. Pero no basta.

Y Rusia no pide mucho: no lleva ejército ni bandera; compra el derecho de paso para sus mercancías y un rincón para sus barcos. De esta manera extiende su esfera de acción al mar Glacial, al Báltico, al Negro, al Pacífico, y la extenderá al Mediterráneo y al golfo Pérsico. El coloso ruso tiene una expansión de vitalidad que nada puede detener.

*
* *

Los matrimonios por sorpresa.—La *Revista iberoamericana de Ciencias eclesiásticas* llama la atención sobre la frecuencia con que se repiten los casos de matrimonios por sorpresa, preguntándose si será llegado el momento de que la Iglesia intervenga para cortar el abuso de raíz.

La prensa noticiera, en su insano afán de información, es el gran vehículo de la corriente desmoralizadora que impulsa á la comisión de semejantes hechos. Sólo en la Vicaría de Santiago—dice D. Carolino Costas—se tramitan *simultáneamente*

cinco expedientes de matrimonios por sorpresa, sin contar otro correspondiente á la jurisdicción castrense. Y de ese modo jóvenes inexpertos y apasionados saltan por encima de todas las conveniencias, y no hallan forma mejor de lograr sus deseos que presentarse un día en la Iglesia parroquial, ó sorprender al párroco en su casa con motivo de una visita, ó hacerse el encontradizo con él en la vía pública, ó llegar al extremo, como ha sucedido, de llamarle á altas horas de la noche con pretexto de auxiliar á un enfermo, y allí en su presencia y con testigos preparados al efecto, pronunciar la fórmula, de mutuo consentimiento para el matrimonio; y luego... que trabaje la curia eclesiástica, y se ordene al párroco la insercion de la partida. Es verdad que esto no se hace sin imponer una penitencia á los contrayentes; pero la penitencia se cumple ó no se cumple, y en todo caso ni denigra ni causa efecto en el ánimo despreocupado de quienes la sufren.

Por eso crece el mal, con burla de las disposiciones del Concilio de Trento, con menosprecio de la autoridad del párroco, con mengua de la autoridad paterna, llevando la perturbación á las familias que á cada nuevo caso temen ser víctimas de otro semejante, y acarreándose los contrayentes incalculables perjuicios porque la ignorancia les lleva á intentar la sorpresa ante un sacerdote cualquiera que no sea el párroco de ninguno de los contrayentes, lo que implica la nulidad del acto y la consiguiente ilegitimidad de los hijos.

No existe en la legislación medio alguno de evitar este daño, cuando tan fácil sería conseguirlo. Bastaría que se aplicaran al matrimonio canónico las penas que en el Código penal se establecen para los matrimonios ilegales civiles, cosa sencilla puesto que, según el art. 75 del Código civil, «los requisitos, forma y solemnidades para la celebración del matrimonio canónico se rigen por las disposiciones de la Iglesia católica y del Santo Concilio de Trento, admitidas como leyes del Reino».

La Iglesia por su parte, inspirándose en la pureza de la

doctrina y en el espíritu mismo del Concilio tridentino, puede perfectamente, puesto que no se trata del dogma, sino de mera disciplina, dictar un decreto declarando nulos los matrimonios por sorpresa. Si la gravedad del mal es tan grande que exija la adopción de esa reforma, la Iglesia es la única que puede apreciarlo.

*
* *

La fortuna de Edgardo Poe. — El *Bookman* de Nueva York publica un artículo sobre «el culto de Poe». Hoy la memoria de Poe se halla en gran predicamento entre los norteamericanos, que sin embargo le han tenido en olvido largos años, y le consintieron vivir y morir bien miserable.

Según las noticias de un tal Crane, que estuvo al servicio del poeta y que tiene ahora setenta y cuatro años, Poe estuvo muy distante de ser el desequilibrado borracho que se nos ha pintado. Según Crane, era pacífico, trabajador, cortés y animado. Trabajaba con método y asiduidad, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en el *Broadway Journal,* que dirigía; y aunque á veces intentara ahogar sus pesares bebiendo, siempre fue más digno de compasión que de vituperio.

Por *El cuervo* recibió Poe diez duros; si hoy se encontrara el manuscrito original, darían muchos por él miles de duros. El valor comercial de las cartas de Poe es grandísimo; en el mercado se cotizan cinco veces más que las de Byron, dos veces más que las de Shelley, y cien veces más que las de Lowell y Longfellow. A sus funerales en 1849 asistieron ¡ocho personas!

¡Quién sabe—dice con razón la *Nuova Antologia*—si mientras los millonarios se disputan las cartas del poeta, algún pobre diablo, semejante á él en genio y en desventuras, está escribiendo otras no menos desesperadas. ¡Así es el mundo, y así suele premiarse el mérito!

*
* *

En fabla del lugarejo.—Tal es el título de una lindísima composición del poeta D. José María Gabriel y Galán, digna de figurar al lado de las más celebradas del autor de las costumbres extremeñas, y que encontramos en *El Dardo,* de Plasencia. La poesía ha sido improvisada con motivo del banquete dado al autor por sus admiradores de Cáceres. Hela aquí:

Cuando yo güelva al pueblo y me diga
Mi compadri Cerilo el de Cleta,
—Pero, escucha: ¿pus andi has estao
Pa que asina vengas
Fachendoso como un pavo güeco
Que de puro fanfarria se escrespa?
¡Pus hombri, paeci
Como si te habieran
Jecho jués de estrución de repeuti
Pa jacel fachenda!
—Pus de Cáceres vengo, compadri.
¿Te jaci algo é mella
El pensal si yo tengo ú no tengo
Genti de la güena
Pa si se me ofreci
Metel enfluencias?
Pus si estás rescocio por eso,
Dati con manteca,
Porque naidi te tieni la culpa
De que un naide seas
Que no sabes námas
Que ajuntal una miaja las letras,
Tratal con el burru,
Dirti á la taberna,
Ú chalrar á bandujo de cosas
Que no tienin cuenta.
—¡Hombre, no te digo
Que andi bien de letra,
Porque es cosa que no me han tirao
Ni siquiá cuando anduvi á la escuela.
Pero, mira, también arrempujo
Si se ofreci metel enfluencias,
Porque el nuestro señol deputao

Cuando vino á los votos—¿te acuerdas?
Se jué de jocicos
Á mi casa mesma,
Y al marcharsi me dijo: «Cerilo:
Pide lo que quieras,
Porque ya te he dicho
Que á ti te se aprecia.»
—¡Calla, no me jablis
De las cosas esas,
Que námas de oilas
No me jaci coción la merienda.
¡Lo que el tu deputao quería
Era que metieras
Dreuto de la urnia
La su papeleta!
¡Vaya unos quereres
Esos que me mientas!
Los queréris de adrento, compadri,
Son de otra manera,
Y me obligan á decírtelo námas
Que pa que lo sepas.
Cuando yo á la ciudá juí ahora
Námas que quisiera
Que habiesis golío
Los convitis que me han jecho en ella
Namás porque dicin
Que sé algo de letra.
Unos señorinis
Que jablan más finos que pelras,
cuantis supon que juí se ajuntaron,
Jablaron con priesa
Y le andaban diciendo á los otros
En la calli mesma:
«¡Señoris, señoris,
A vel qué se piensa,
Que ha venío por acá de las Jurdis
Un muchacho que sabi de letras,
Que jaci aleyuyas,
Que jaci comedias,
Que jaci unas coplas
Jasta allí de güenas!»

—¡Pues á comvialo!
Y que el hombri se jaga la cuenta
De que aquí solamenti hay convitis
Pa quien los mereza.»
¡Compadri, compadri!
Namás que quisiera
Que por un bujerino bien chico
Golío lo habieras.
¡Juy, Dios, qué salota!
¡Juy, chico, qué mesas!
¡Juy, Dios, qué comías!
¡Juy, qué güenas bebías aquéllas!
¡Juy, qué cigarrones!...
Los llamaban brevas,
Como aquí nombran tós á los jigos
Más tempranos que dan las jigueras.
¡Qué ricos, compadri!
¡Aquello es canela,
Y no los pitillos
De las pitilleras
Que paeci que sabin á istierco
Y á jiel de la tierra.
¡Y vengan cafesis,
Y vengan botellas,
Que extrumpian lo mesmo que tiros
Y jacía el licol al verterlas
Un espumarajo
Que cocía de puro la juerza.
Y luego, compadri,
¡Qué lenguas aquellas
Pa brindal y ponel pol las nubes
Las cosas de letra!
Yo no pueo explical lo que dijon,
Pero dijon tamién cosas güenas
De las coplas que jici hogañazo
Pa imprentarlas en libro ¿te acuerdas?
¡Compadri, qué gentis
Tan finas aquellas,
Qué gentis tan listas
Y tamién qué güenas!
Los quereris de aquellos señoris

Son quereris de adrento ¿te enteras?
Porque ná te piden,
Ni ná de ti esperan
Y námas te quierin
Porque dicin que sabis de letra,
Y como ellos son listos, les gusta
Que la genti sea lista y espierta;
Porque mira, pa brutos ya bastan
Entri gueyis, guarrapos y bestias.
—¿Y tú qué dicías
Cuando vías aquellas finezas
Que han jecho contigo
Pol sabel de letra?
—Pus, compadri, pal caso, ni chispa,
Pol que yo pa dicil cosas güenas,
Paeci que me jacin
Un ñúo en la lengua;
Pero mira, compadri, te digo
Que si yo te viera
Dir el río abajo
Con la genti aquella
Y á ti ú á ellos námas
Sacalsos pudiera,
¡Te ajogas, compadri
Como rata vieja!
Aunque mil gorgoritos jicieseis
Pa querel conserval la pelleja.
¡Aunque en crús me pidiesi socorro
La comadri Cleta!
¡Ya ves tú si vendré agraecío
De la genti aquella!
Námas una espina
Me escarabajea
Pa en drento, pa en drento
De las entritelas:
No poeli habel dicho á la genti
Con palabras bien finas y güenas:
—¡Señoronis, que yo no merezo
Toas esas querencias
¡Que Dios vos lo pagui
Y que yo de verdá lo agraeza!

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Pascua florida.—Novela por G. Martínez Sierra.

Pascua florida es, ante todo, la obra de un espíritu sereno, con la solemne y diáfana serenidad de una mañana de Mayo... En sus páginas no hay batallas fragorosas de almas, que vencedoras ó vencidas, enseñen, junto á actitudes heroicas, aspectos deleznables y lacerías, sombras y ruinas tras del relámpago esplendoroso del choque, sino armonías de sentimiento que fluye de los corazones, como la luz del día, pintando, primero, una sonrisa rosada en los espacios, vistiendo luego el paisaje de claros resplandores. Ni una vez en *Pascua florida* resuena, entre trompetazos de estilo y estruendos de frase, el alarido de las pasiones. Sus páginas son concierto melodioso, en que se mezclan los ecos agonizantes del dolor que pasa y los balbuceos aurorales de la esperanza que llega. Es la voz de la ternura la única que destaca en la novela. La vida no ruge á través de la fábula: canta. Canta, y su canto tiene la elocuencia sin ruido de la verdadera emoción.

Como en *Horas de sol,* Martínez Sierra ha huído con acierto en *Pascua florida*, ya al elegir asunto, como en la exposición y desarrollo del mismo, de todo lo que no encierra calor de humanidad y aroma de sencillez. Después de buscar la realidad con intención preconcebida en los que parecen más vulgares é insignificantes detalles y momentos, Sierra la pone delante del lector sobre un fondo de arte, matinalmente claro, destacando así lo que fué leve matiz, hasta el punto de que éste, sin otra virtud que la de su fuerza propia, vibra como un

latido universal, que lleva el alma en transporte de emoción al concepto total de la vida, por rápidas sucesiones á través de la trama del sentimiento.

***

Cuando el lector comienza las páginas de *Pascua florida*, nieva. Hay nieve — «estrellas blancas, que caen con aleteo de cosa viva y majestad de cosa santa»— en Fuenclara, un pueblo humilde, perdido en los repliegles de la sierra. Hay nieve de años y de soledad en la cabeza y en el pecho de un anciano, que es padre y no tiene hogar. Hay en el espíritu de una mujer, nieve de penas, bajo la cual tirita y se acobarda un corazón, que ha pasado á través del mundo sin lograr el contacto con la vida. Hay nieve de filosofías sobre el temperamento de un hombre, que ha aprendido escepticismo en los dolores ajenos y no ha recibido nunca la íntima caricia de una dicha propia. Hay, por último, un copo de nieve, congelado para siempre, en el corazón de una niña, nido y sepultura á la vez de una esperanza unigénita.

Pero luego, en lo alto, asoma el sol quebrando lentamente la uniformidad callada y fría del paisaje. Las nubes desfilan hacia su patria de duelo, dejando al descubierto la sonrisa azul del infinito, que brota de todas las lejanías; la nieve desciende á los valles, fecundando las entrañas de la tierra con gérmenes de vida, ó corriendo en tropel de gotas irisadas á fundirse en la ensoñadora canción de los arroyos... Y con aquella resurrección de la luz, que restituye su alma al cuadro, coincide el amanecer de la alegría en todos los corazones. La casa del viejo maestro— fría, con frío de años — va transformándose en hogar de mimos y risas. En el pecho de Josefina—la dolorosa errante—penetra un rayo de sol, que es calor de consuelo y al mismo tiempo luz redentora. Y las filosofías de Lorenzo vanse huyendo al país de las sombras, como las nubes del cielo, y sus ideas, heladas y duras, derritiéndose

como la nieve de las montañas y trocándose unas en gérmenes de sentimiento y las otras en dorados vapores de ensueño.

*
* *

Es sencillamente admirable el arte con que Martínez Sierra desenvuelve la fabulación. Poeta enamorado de la naturaleza, en las páginas que la dedica su estilo, es como mágico espejo en que se retratan, no sólo las cosas y el atavío de ellas, sino también el alma de cada una. Artista lleno de fervor hacia la realidad humana, ha sabido descifrar los misterios que la realidad encierra y convertirlas en flores de luz.

A través del relato, se perciben los grados del desarrollo del amor, que uña vez iniciado comienza su triunfo. Sierra va engarzando momentos de las almas de Lorenzo y Josefina, en diademas de ternura, de poesía, de gracia, y cuando ellos todavía lo ignoran ó resisten á saberlo, el lector ve como sus figuras se transparentan cual urnas de cristal inmaculado, con los relámpagos del sentimiento que dentro de ellos arde.

Al cabo un día, vibra en la atmósfera un toque de gloria. Alrededor de los dos amantes que han juntado las manos, la tierra toda parece abrirse en una melodía de cantos misteriosos, que apenas si eran perceptibles, y de pronto atruenan gozosamente en los aires. Las brisas, que se arrastraban perezosas, de súbito, aletean todas á la vez, levantando momentánea tempestad de aromas. Los trinos de los pájaros suenan de repente con un ritmo nuevo, que surge y muere en una sola y rápida cadencia... Es el primer día de primavera, en los campos y en las almas.

La dicha cae como bálsamo bendito en los espíritus de Josefina y Lorenzo, y fulge en la cabeza nevada del viejo maestro.

Tan solo hay una sombra que nadie ve, porque está muy honda. Es la de la hermanita de Lorenzo, la de Lucila—aquel

corazón siempre amante del bien de todos, y en que pesa el cadáver de la única ilusión de amor que en él había florecido.

***

Tal es la primorosa historia que nos cuenta Martínez Sierra. Una historia sin fragores de batalla, ni estruendo de pasiones. Una historia comovedora y hermosa, porque es humana y porque es sencilla.

J. Ruiz-Castillo.

***

Poemas breves, J. Ortiz de Pinedo.

Ya he tenido otra vez ocasión de hablar elogiosamente de este poeta. Tratábase de *Canciones juveniles,* su primer libro, un opúsculo fogoso y entusiasta, impregnado con optimismo animoso de adolescencia. Mostrábase en aquellos cantos atrayentes un rimador fácil y peculiar. De ello hice la observación. En los labios del joven rapsoda adquirió el endecasílabo cierta solidez robusta y sana; un algo de naturaleza fibrosa que me traía á las mientes remembranzas de austeridad clásica. No he de sentenciar yo aquí cuál sea preferible: si la grave tiesura y conceptuoso discreteo de nuestros patriarcas de la edad de oro, ó la grácil voluptuosidad ondulante de la moderna rítmica francesa. En esto, como en otras muchas cosas del querer y del pensar, me acomodo provisionalmente en el antipático término medio, me saturo de acomodaticias teorías eclécticas, y finjo una mediocre burguesía literaria, que no tendrá el gesto bello; pero que es, á no dudar, muy fecunda en buenos resultados. «Maestro»—decía Rubén Darío al abuelo español de la barba nevada—«mi esposa es de mi tierra», y luego añadía «mi querida es de París».

Poemas breves no es, como alguien pudiera deducir de su título, una imitación de nuestro adorado Campoamor.

Ortiz de Pinedo, que es ácrata en materia de estética, no tiene concreta genealogía literaria, no sigue camino hollado; como Alfredo de Musset, apura su cáliz, aunque su cáliz no sea muy grande; su alma es sensible y su imaginación expresiva: es un hombre para el que, como á Teófilo Gautier, el mundo exterior existe.

No detallo ni juzgo el fondo de los poemas que constituyen el libro, por parecerme tarea prolija é impropia de una nota bibliográfica; quizá en alguna otra parte hable más por largo de ello; sólo he de manifestar que el poema-dedicatoria (aquel poema doloroso y atrayente, que evoca lágrimas con su amargura íntima) me parece inspirado, y que *El desterrado de la vida* tiene grandeza trágica y hondo sentimiento y á las veces suscita el recuerdo de Verhaerem, el atormentado poeta, sin que desmerezca en la comparación. Y esto es bastante.

Ramón Pérez de Ayala.

INDICE

	Págs.
Un duelo (novela), por Antón Tchekhof	5
Poetas americanos, por M. Larrañaga Portugal	33
El Individualismo español; por Miguel de Unamuno	35
La Iglesia y la cuestión social, por P. Dorado	49
Fe, por Edmundo González Blanco	67
Curiosidades numismáticas, por Ignacio Calvo	98
El Renacimiento de Portugal, por Juan Pérez de Guzmán	113
Lecturas americanas, por Hispanus	128
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	145
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	155
Notas bibliográficas, por J. Ruiz Castillo y Ramón Pérez de Ayala	195

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos) 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.— Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval. — María Stuardo, 6 ptas.

Molins. — Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud, (agotada).— Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.— Mi Juventud, 3 pesetas.— Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner. — Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.— Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta. —Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.— Gautier, 1 peseta.— Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos. 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. —La Reforma integral de la legislación civil, (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero. — Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas. —El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée. — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba. — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho. 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislacin y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.— Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.— El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.— El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más hallá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.— El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. — El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraisos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de Cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalietas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en

un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 ptas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo. — La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. —Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

Spencer.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas. —La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas—El progreso, 7 pesetas.— Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.— Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer? 3 pesetas.— Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas. —Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier. — La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.
Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.
Korolenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 pts.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

AP
60
E8
año 15
no.169-71

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY